
PLACERES
VIOLENTOS
VERÓNICA A. FLEITAS SOLICH

“Los placeres violentos poseen finales violentos
y tienen en su triunfo su propia muerte,
del mismo modo en que se consumen el fuego
y la pólvora en un beso voraz.”

Romeo y Julieta.

W. Shakespeare.

I.
La noche en Verona.

Calcé mi Glock en la pistolera sujeta a mi muslo y dejé caer la corta falda sobre mi trasero.
La pesada y brillante tela plateada se pegó al perfil de mis muslos ocultando el arma.
Sacudí las caderas un poco para comprobar que al moverme, el arma no se viera y satisfecha con el resultado de mi atuendo para la noche, alcé la cabeza y contemplé la imagen en el espejo de tres cuerpos ante mí, que no solamente me devolvían mi reflejo sino el del todo el espacio que me rodeaba, el inmenso vestidor en el cual debería poner orden luego porque mientras decidía qué vestir, sacara la mitad de las cosas en su sitio y lucía como si una docena de policías hubiesen entrado para registrar el lugar en búsqueda de evidencias en mi contra.
Acomodé mi melena sobre mis hombros y alcé la frente para hacer una pose frente al espejo. Decididamente me veía bien, sobre todo a la altura del pecho, el escote era de muerte. No tenía demasiado que enseñar por esa zona pero la pesada tela cayendo sobre mi cuerpo en una sinuosa cascada de brillo, hacía parecer como si hubiese mucho más de lo que en verdad había sobre mis músculos pectorales.
En algún momento sopesé en añadir volumen, aquello no duro mucho puesto que tenía claro que no quería quedar igual que las demás. De hecho era la única en mi grupo de amigas que no se operara.
Aquí no había mucho pero todo era cien por ciento Capuleto.
Le tiré un beso al espejo antes de ir a por mi móvil el cual estaba cargándose conectado a uno de los tantos toma corrientes en el vestidor.
La batería estaba completamente cargada por lo que lo desconecté, regresé a mi pedestal frente al espejo, colocándome con las caderas un tanto de lado, con la barbilla en alto y parte de mi melena cayendo por mi espalda, parte sobre mi pecho izquierdo, me tomé una *selfie* que de inmediato subí a Instagram para contarle a mis seguidores que estaba lista para salir a disfrutar de mi noche.
Ni bien bajé del pedestal me llegaron las notificaciones de las primeras reacciones a mi foto.
Sonreí complacida y fui a por el bolso escogido para la noche.
Dejé el móvil a un lado del exhibidor con cajoneras en el cual guardaba mis alhajas y fui a por el reloj que quería, uno coronado por brillantes el cual me puse en la muñeca izquierda.
En la derecha regresé a su sitio mi pulseras de clavo de Cartier, la que era de oro amarillo y la que tenía la cabeza del clavo rodeada de brillantes.
Mis orejas ya estaban listas para partir, con todos mis *piercings* y aros de María Tash.
Recogí el teléfono, el pequeño bolso negro y salí del vestidor ordenándoles a las luces que se apagaran.
Sobre mi cama revuelta después de la siesta que tomara para lucir radiante esta noche, estaba mi billetera.
La busqué mi me aseguré de tener allí mis tarjetas y dinero suficiente para eventualidades. Como así era la guardé en mi bolso para finalmente colgar este de mi hombro agradeciendo que la

noche de primavera fuese lo suficientemente cálida para no necesitar de un abrigo. Hubiese sido pena tener que cubrir el vestido con un abrigo, y no solamente por el escote por delante sino porque mi trasero lucia como se suponía que debía con tantas horas invertidas en el gimnasio, si bien en honor a la verdad mis visitas al gimnasio no estaban directamente motivas por como dejara de dejase de verse o no mi trasero. Sudar en el gimnasio era una de las cosas que ayudaba a que mi mente se mantuviese afilada, a que mi cuerpo se liberase de las tensiones acumuladas durante el día, también era lo que me permitía huir de todo por una hora, escondiéndome dentro de mi cabeza con la ayuda de los auriculares en los que sonaba música a todo volumen.
Procuré evitar que mis pensamientos descarrilasen porque se suponía que esta noche sería una noche para divertirme, una noche en la que olvidarme de las responsabilidades, el trabajo y los problemas.
Giré sobre mis altos tacones de suela roja y enfilé en dirección a la puerta de mi habitación. La limusina no tardaría en llegar y no podía hacérseme tarde porque debía recoger a todas las demás.
En cuanto abrí la puerta allí estaba mi nana.
—El coche está abajo. Acaban de llamar de la recepción para avisar—. Me dijo y su mirada me recorrió de pies a cabeza—. ¿A esa falda no le falta una parte? Ese lado se descoció —bromeó señalando el tajo sobre mi muslo derecho—. Puedo zurcirlo en un instante.
—Nana —reí poniéndole una mano en el hombro para acercarme a ella y besar sus mejillas—, al vestido no le falta nada y no está descocido.
—Dime que al menos vas armada—. Me devolvió el beso en mi mejilla derecha y yo la solté.
Bajé mi mano a mi muslo izquierdo.
—Llevo la Glock—. Mi mano subió a mi bolso —y una pequeña daga plegable. No puedo cargar nada más, no tengo donde esconder otra cosa; el vestido no lo permite.
—Podrías cambiarte el vestido —ofreció.
—¿Por qué? ¿Acaso no me queda divino? Si hasta parece que tuviera más pecho del que tengo.
—Julieta —rezongó.
—El vestido está bien y yo estaré bien. Que alguien se atreva a ponerme una mano encima sin mi consentimiento.
—El Verona no es buen lugar, Julieta. Los Montesco van ahí.
—Pues nosotros comenzamos a ir primero, si alguien debe privarse de ir a disfrutar de sus noches, son ellos, no nosotros.
—Podrían haber disfrutado de la despedida de soltera en cualquiera de los hoteles de la familia.
—Con los ojos de mi padre y mi tío sobre nosotras, por no mencionar al resto de la familia, desde luego que no. No quiero a todo el mundo mañana en la misa, cuchicheando sobre lo que hicimos o dejamos de hacer.
—¿Irás a misa mañana?
Por respuesta, dejé escapar una carcajada.
—Julieta —no le permití darle rienda suelta a su preocupación, tomándola por el rostro, me alcé de puntillas y besé su frente.
—Nana, estaré bien—. La solté—. Ni se te ocurra esperarme despierta.
—Sabes que me es imposible conciliar el sueño cuando no estás en tu cama.
—Nana —reí otra vez—. Te privas de demasiadas horas de sueño por mí.
—Regresa temprano.
—Es la despedida de soltera de Marisa.
—Mi niña, por favor.

—Nana, tan solo nos divertiremos un poco, todo estará bien.
—¿Veras a Paris?
—No, nana, es una noche de chicas.
—Me quedaría más tranquila si el fuese contigo.
—Nana, Paris siquiera sabe disparar.
—Pero sus guardaespaldas sí.
—Buenas noches, nana —canturreé comenzando a alejarme por el corredor.
—Julieta —medio me llamó, medio lloriqueó.
—También te amo, nana. Que sueñes con los angelitos, nos vemos mañana.
—Julieta —me llamó otra vez y yo me despedí de ella con la mano, antes de dar la vuelta por el corredor de camino a la salida de mi enorme piso en lo más alto de uno de los tantos hoteles y casinos de mi familia. Aquí había instalado mi hogar no solamente porque era uno de los hoteles más nuevos de la familia, sino porque además quedaba justo frente a la playa y el mar era mi perdición. Poder bajar a la playa para ir a surfear sin más que dar unos pasos era un privilegio impagable.
Salí de mi piso al hall y pulsé el botón de llamado del elevador.
Las puertas se abrieron al instante.
Entré y pulsé el botón del lobby. Rara vez bajaba allí porque usualmente entraba y salía desde las cocheras donde tenía mis vehículos.
En cuanto las puertas se cerraron frente a mí, saqué mi móvil. Vi que tenía un par de comentarios más sobre mi atuendo de esta noche, algunos de los cuales eran de mis amigas; los contestaría más tarde.
Fui directo a enviarle un mensaje a Rosalina para avisarle que la limusina ya había venido por mí y que salía en su búsqueda.
Mi prima me respondió al instante con dos fotografías de ella, en atuendos diferentes, uno era un vestido azul sin tirantes que hizo que me diese mucha envidia de sus pechos y otro, uno negro que no era más que un vestido del montón.
Le contesté que se pusiera el azul y que se diera prisa porque no tardaría mucho más que cinco minutos en pasar por ella por su piso.
Rosalina tenía la suerte de no haberse visto en la obligación de partir de la casa de sus padres a otro de los hoteles de la familia sino que ella había comprado un piso en un edificio que nada tenía que ver con los negocios familiares por lo que no tenía que padecer el aliento de la familia sobre su hombro, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Ella gozaba de una independencia con la que yo solamente podía soñar. Su vida jamás sería la mía porque era sobre mi cabeza sobre la cual recaería la corona del mando familiar, el mando para el cual me entrenaran casi desde mi nacimiento.
Rosalina sabía disparar y defenderse sin embargo ella había aprendido más que nada, por diversión, lo mío fue y continuaba siendo un asunto de supervivencia así como lo era para mi hermano menor; nosotros dos éramos los principales herederos del legado familiar que mi padre creara.
Ni mi tío ni Rosalina tenían reales posiciones de valor en los negocios de la familia y de hecho toda mi vida creyera que mi tío no era más que una sanguijuela chupa sangre que disfrutaba del esfuerzo de mi padre sin hacer mucho más que plantarse en una silla al otro lado de mi padre para dormitar en las reuniones de la compañía. A mi tío siquiera le interesaba heredar el imperio creado por mi padre porque aquello implicaría demasiado trabajo para él. A él le contentaba saber que yo estaba lista para heredar el negocio familiar del cual continuaría obteniendo su

tajada.
Guardé el móvil y alcé la vista para verme reflejada en el espejo de la puerta del elevador, mi mirada ya no lucía como un momento atrás sino como la mirada de la Julieta que cuando en la tarde llegó de trabajar, quería montarse en su coche para conducir muy lejos y largase de aquí para, posiblemente no regresar jamás.
Se me escapó una sonrisa triste.
Por supuesto que no haría eso.
¿Cómo hacerle eso a mi padre?
¿Cómo abandonar sobre los débiles hombros de mi hermano, tamaña responsabilidad? Yago con su endeble salud apenas si era capaz de alejarse de la cama unas pocas horas al día.
—Basta, Julieta. Suficiente —me ordené. Esta era mi familia, mi trabajo, mi herencia, mi apellido y más que eso, mi sangre. Sangre de la cual no podría jamás drenar mis venas.
Inspiré hondo para darme fuerzas.
Al instante las puertas del elevador se apartaron para mí.
El bullicioso lobby del Hotel y Casino Capuleto playa, quedó a un paso de mis tacones.
No me demoré más que un parpadeo en reconocer la presencia de cinco de los empleados de seguridad, advirtiendo mi llegada.
Salí del elevador ignorándolos, dos de ellos de inmediato se movieron entre los elegantes huéspedes para seguirme a distancia prudencial.
Cuando llegué al corazón del lobby, otros tres se les unieron.
Vi que en la puerta, los cuatro allí apostados, se volvían en mi dirección mientras hablaban entre murmullos a través de los intercomunicadores escondidos entre sus ropas, con el resto de sus colegas.
Fui hasta una del las puertas de cristal, más precisamente en la que estaba apostado Horacio quien de inmediato abrió la puerta para mí, sonriendo.
—Señorita Capuleto.
—Buenas noches, Horacio.
—Te extrañamos esta mañana en el agua.
—Tuve una reunión de trabajo —le expliqué mientras él avanzaba a mi lado en dirección a la larguísima limusina negra.
—Una pena.
—Ni que lo digas.
—No creo que vayamos a verte mañana, ¿no es así?
—A la hora en la que usted estén en el agua, probablemente yo recién estaré regresando.
—Una pena. Te extrañaremos.
—Lo dudo. Aprovecha para surfear con Rodrigo. Lo tendrás otra vez, todo para ti. ¿Todavía no lo invitas a salir?
Note que se ruborizaba un poco.
—Bueno, algo así. En verdad fue solo… le propuse que fuésemos a desayunar juntos mañana por la mañana. Le dije que si venías, podríamos ir los tres.
—Acabo de hacerte un favor, mañana no seré mal tercio.
—Nunca eras mal tercio, Julieta —llegamos a la limusina y él abrió la puerta para mí.
—Aprovecha que lo tendrás todo para ti y consíguete otra cita con él. Invítalo a cenar en uno de nuestros hoteles, tú elije cual y luego me dices, la cena corre por mi cuenta.
—Julieta, no puedo hacer eso.
—Puedes y lo harás. Ustedes dos nacieron el uno para el otro. Es hora de que se dejen de

tonterías.
Horacio sonrió con timidez.
—Insisto. Mañana por la noche me dices a cual restaurante quieres ir y yo me encargo de todo. Elije el día y la hora y me avisas.
—Julieta.
—No pararé hasta que ustedes dos estén juntos. Es adorable verlos juntos, él modo en el que él espía en tu dirección cada vez que ves para otro lado, el modo en que buscas tocarlo ante la primer oportunidad.
—¿Soy tan obvio?
—Adorablemente obvio y guapo. Y dulce. Rodrigo puede considerarse muy afortunado, tiene a un príncipe perfecto cortejándolo.
—¿Cortejándolo? —sonrió con su mirada azul, chispeando de entusiasmo.
—Tan solo invítalo a cenar.
Lo vi ceder a mi insistencia, con una dulce sonrisa en los labios.
—Gracias, Julieta.
—No tienes nada que agradecerme.
—Claro que sí y lo sabes, tengo mucho que agradecerte. Tengo un trabajo y mucho más, gracias a ti.
La primera vez que vi a Horacio él vivía en la playa acarreando sus pocas pertenencias de aquí para allá porque su padre lo echara de casa luego de enterarse de que era gay.
Esa tarde él yo hablamos por horas de surf y de nuestras vidas, y por la noche, lo instalé en una habitación del hotel que sería su casa hasta que pudiese encontrarle un piso en el cual vivir.
A la tarde siguiente, Horacio comenzaba a trabajar en el hotel como portero.
Horacio ahora vivía en un pequeño pero muy bonito piso no muy lejos de aquí, pudo comprarse nuevas tablas de surf porque las suyas las destrozara su padre cuando lo echó de casa y al cabo de tanto insistirle, había comenzado a estudiar en una universidad que yo me encargaba de pagar con mucho gusto porque no pensaba permitir que dependiese de los hoteles de mi familia toda su vida.
No hacía más que unos días atrás, Horacio me enseñara las espectaculares calificaciones con las que terminara el año. Estaba segura de que sería un estupendo psicólogo cuando se recibiera.
—Ya no digas tonterías, lo único que me interesa escuchar es que lo besaste.
Su cejas doradas relucieron sobre lo enrojecido de su rostro.
—Eso cómo mínimo.
Rio y asintió con la cabeza.
—Querré detalles —lo pinché metiéndome dentro del vehículo.
—Claro. Que disfrute de su noche, señorita Capuleto.
—También tú, Horacio.
Horacio cerró la puerta para mí.
El conductor me preguntó por el intercomunicador, si estaba lista para partir hacia nuestra siguiente parada, le confirmé la dirección y partimos.
Le envié a las demás mensajes para avisarle que la noche comenzaba porque no quería tener que esperar a nadie.
Acabé teniendo que esperar a Rosalina quien en vez de aparecer en la puerta de su piso con el vestido azul de la fotografía, lo hizo con uno rosa pálido que por su blanca piel, la hacía lucir como si no llevase nada.
—¿Y bien? —quiso saber deteniéndose en mitad de la vereda a la espera de mi veredicto.

—¿A quién planeas matar de un infarto?
Ella sonrió satisfecha.
—No importa —respondió sin embargo la mueca en su rostro decía algo muy diferente.
—¿Acaso no me he enterado de algo? —le pregunté cuando paso frente a mí. Yo continuaba junto a la puerta, sosteniéndola para ella.
—No —respondió sin mirarme, mientras sostenía la cortísima falda de su vestido contra su trasero para entrar en el coche.
Sonó muy poco convincente.
—¿Rosalina? —insistí yendo tras ella.
Acomodó su bolso negro a un lado mientras se sentaba.
Ella evitó mi mirada cuando al cabo de cerrar la puerta, me acomodé en la butaca frente a ella.
—¿Podemos abrir una botella? —sin más se estiró en dirección al bar para alcanzar una de las tanas botellas de champagne que disfrutaríamos esta noche. Tomó la botella por el cuello sacándola del frío que la abrigaba del la noche primavera que el aire acondicionado aquí dentro, no lograba contrarrestar. Otra vez pensé en pedirle al conductor si podía hacer algo por el aire acondicionado desde allí porque controlándolo desde aquí, no había hecho la menor diferencia. El pensamiento pasó porque nos pusimos en marcha y Rosalina le quitó el capuchón metálico a la botella.
—¿No podías esperar a las demás?
—Tengo sed —me contestó todavía sin mirar en mi dirección.
Vi sus manos moverse ansiosas al comenzar a soltar el enrejado que mantenía el corcho en su sitio.
—¿Sucede algo?
—No.
Su mirada apenas si rosó la mía. Con una tensa sonrisa en los labios, arrojó los alambres a un lado y movió el corcho sosteniéndolo en puño con fuerza mientras estrangulaba la botella con la otra mano.
El pop de corcho al salir me hizo dar un respingo.
Tal vez simplemente fuese yo la que estaba un tanto ansiosa, la que no tenía la cabeza del todo puesta en el festejo de esta noche.
Me apresuré otra vez por alejar los pensamientos que querían regresar a mí; los recuerdos de la reunión de hoy temprano, no eran felices.
Mi estómago se puso a arder mientras veía a Rosalina beber directo del pico de la botella.
Los Montesco, los malditos Montesco.
Rosalina me tendió la botella.
Sinceramente, necesitaba un trago, o un par.
Tomé la botella de su mano y subí el poco directo a mis labios para beber.
El largo trago que di provocó que el gas de las burbujas que acumulara en mi garganta y nariz.
Bajé la botella y dejé escapar un eructo.
—¡Julieta!
—Salud —le dije devolviéndosela.
Ella sonriéndome, la tomó para beber.
—Entonces… ¿qué tan mala fue la reunión de hoy? Mi mamá me dijo que mi papá estaba de muy mal humor, que ni bien llegó a casa se cambió y fue al club. Le avisó que no la esperara a cenar.
Extendí mi brazo y con un movimiento de mis dedos, le reclamé la botella.

Bebí viéndola esperar mi respuesta. Por mi garganta descendieron dos largos tragos.
Con la botella asida con fuerza entre mis dedos, me relamí los labios. Inspiré hondo. Llenar mis pulmones de oxígeno no resolvió nada y tampoco alivió mi angustia.
—Consiguieron quedarse con el lote. Hicieron una oferta que nosotros no podíamos pagar. Mi papá se enteró en la madrugada, firmaron ayer por la tarde, en secreto. Mi papá había quedado con el dueño en que él le avisaría qué decisión había tomado el lunes por la mañana pero resulta que el muy desgraciado se lo vendió a los Montesco.
Rosalina se quedó viéndome todavía en silencio.
Te tendí la botella.
—El lugar era único.
—Lo sé —apenas si logré escuchar mi propia voz.
—¿Cómo consiguieron el dinero?
—No tengo idea.
—¿Están seguros?
Asentí con la cabeza y ella alzó el pico de la botella a sus labios otra vez. Iba a beber pero se detuvo.
—¿Qué? —otra vez, mi voz no fue más que un susurro.
—Nada —contestó espiando hacia fuera por la ventanilla.
Bebió.
Mi móvil sonó con un mensaje. Era Marisa, preguntando cuanto tardaría en llegar por ella. Le respondía cuando Rosalina me interrumpió.
—¿Qué sucederá ahora?
Alcé la vista de la pantalla de mi móvil hasta su mirada esmeralda.
—No lo sé —respondí. Se me puso la piel de gallina. En verdad no lo sabía y eso me preocupaba. Mi papá estaba furioso, fuera de sí en la reunión que no sirvió para nada productivo. Lo único que saqué en claro de aquella reunión fue que mi padre deseaba que sangre de los Montesco, fuese derramada y que lo sentí muy fuera de sí, casi como si estuviese decidido a hacer lo que fuera, para recuperar aquel terreno.
Cualquier cosa con tal de arrebatárselo a los Montesco.
Ver a mi padre en ese estado era motivo de preocupación suficiente porque ya de por sí, él no solía medirse en lo que respectaba a ir en contra de los Montesco.
—Julieta…
—Sería conveniente que evites salir sola a partir de ahora.
—¿Qué? —su sonrisa tembló porque en su mirada comenzaba a instalarse la preocupación.
—Esto no se resolverá de un modo sencillo, Rosalina.
—Pero… —la interrumpí otra vez.
—Mi papá no piensa quedarse de brazos cruzados viendo como alzan un hotel donde el quería instalar su propio proyecto.
—Sí, pero… —esta vez se interrumpió sola.
—Yo no creo que los Montesco estén en esto solos. Debieron conseguir un socio.
—¿Quién?
—Aún no lo sé. Se supone que sea mi trabajo averiguarlo para hacer que el hijo de puta se arrepienta de haberlos escogido a ellos y no a nosotros para hacer negocios.
—Julieta…
—Empiezo mañana. Si tienes alguna pista, agradecería que me lo hicieses saber —bromeé con amargura.

Ella negó con la cabeza.
—Lo siento —se disculpó.
Hice un esfuerzo para sonreírle.
—Está bien, ya no hablemos de trabajo esta noche.
—Sí puedo ayudarte en algo…
—Lo de siempre, tan solo agradecería que estuvieses atenta a sus redes sociales, aún no anuncian nada y sé que lo harán. Averigua todo lo que puedas sobre cada rostro o nombre que sea anunciado o que ocupe un espacio junto a ellos. Tarde o temprano algo se les escapará antes de que lo anuncien públicamente, si es que lo hacen y si no… —suspiré—, pues entonces tendremos que ir por otro camino para averiguar de dónde sacaron el dinero porque ellos no tenían esos números a su disposición, lo sé; es más, estoy segura de eso.
—¿Sabes quienes estuvieron en la firma?
Por un segundo, espié hacia fuera para ver la ciudad y sus luces, pasar.
—Romeo —entoné—, y su padre.
Rosalina me tendió la botella; la tomé.
—Mi papá juró que hará que se arrepientan de esto—. Se me puso la piel de gallina otra vez si bien el aire acondicionado aún no refrescaba el interior de la limusina, lo suficiente.
Bebí.
—Della Escala, él debió darle el dinero.
Negué con la cabeza bajando la botella.
—No, Damián Della Escala no es más que humo, su padre a duras penas conserva su título. El dinero que heredó lo despilfarró hace mucho. Si Damián lleva el estilo de vida que lleva es porque se lo costea Romeo.
—¿Paris?
—Sí, él me lo contó. De tanto en tanto se cruza con Damián en la casa de su abuelo. Decididamente nadie de su familia se alió a los Montesco, no les agradan y no ven con buenos ojos que Damián sea amigo de Romeo. Jamás lo han aceptado. Al padre de Damián le conviene la alianza con los Montesco, aquello no es más que por dinero.
—Pero Romeo y Damián son amigos desde pequeños.
—La conveniencia ha existido desde el principio. El padre de Damián apuesta desde antes de casarse. Lo ridículo es que juega en los casinos de los Montesco y son los Montesco quienes le prestan dinero para jugar. Y básicamente, para existir.
La vi removerse incomoda sobre su butaca y no entendí a cuenta de qué—. Esto no ha hecho más que comenzar —le advertí—. Solamente prométeme que tendrás cuidado, no creo que dé en nada bueno. Alguien del lado de los Montesco nos avisó y en cuanto se enteren de que uno de los suyos ha estado trabajando para nosotros, no dará en nada agradable.
—¿Por qué habrían de enterarse?
—Ningún secreto puede guardarse por demasiado tiempo.
—El sujeto que trabaja para ustedes… ¿no sabe si es que existe ese alguien que supuestamente le prestó el dinero y quién es?
—No. Creemos que Romeo es el responsable de la llegada de ese misterioso inversor y que él ha estado reuniéndose con esa persona en otro lugar que no es ni los hoteles de su familia ni las oficinas de la compañía familiar.
—¿Han estado siguiéndolo?
La miré sonriendo.
¿Acaso no era ella, parte de esta familia también?

—Sí, Rosalina. Procuramos no perderlos de vista así como ellos no nos pierden de vista a nosotros. Romeo tiene poco más de un mes haciendo salidas de la ciudad al menos dos veces por semana.
Rosalina dejó de parpadear.
—Yo hubiese jurado que era para verse con una de sus tantas mujeres.
Con un ademán, me pidió la botella y se la entregué.
—Tal vez, después de todo, no fuese para verse con una mujer. Sería lógico que buscara un inversor fuera de la ciudad. Todos aquí saben que mejor no involucrarse en nuestras disputas.
Rosalina bebió sin apartar su mirada de la mía.
—Agradecería que estuvieses pendiente de Romeo.
Bajó la botella.
—Claro.
—Ya puse a alguien a intentar interceptar sus mensajes y llamados pero podría estar utilizando otro teléfono.
O eran ideas mías o mi prima acababa de palidecer.
—Como sea, tarde o temprano, lo averiguaremos y entonces —fue su turno de interrumpirme.
—¿Y entonces qué?
—Pobre del desgraciado.
Rosalina frunció el entrecejo.
—Tuve que hacerle jurar a Teobaldo que no buscaría a Romeo para golpearlo hasta sacarle si se ha asociado con alguien y quién es ese alguien.
La mala cara de mi prima empeoró.
—Pero no podré hacer mucho por defender al sujeto que le diera el dinero, si es que existe. Mi papá lo quiere muerto. Por lo pronto no podemos ir directo con los contra los Montesco porque la policía nos lo advirtió, están hartos de todos nosotros. Sí es alguien de fuera de la ciudad…
Rosalina bajó la botella y se tapó la boca con una mano.
—El pobre infeliz no acabará bien.
—¿Julieta…?
—¿Sí?
—¿Vas armada?
—Como siempre, Rosalina.
—Pero… —ella se detuvo al perder el aliento—. Dices que la policía… Si ves a un Montesco…
—No te preocupes—. Con mi preocupación alcanzaba y sobraba.
—Julieta…
—Es la guerra.
—Siempre lo ha sido entre nuestra familias.
—Esta vez es en serio, Rosalina. Quien plante un hotel en ese lugar… —por la mueca en su rostro entendí que no necesitaba decirle nada más—. Además de eso —continué de cualquier modo, porque necesita sacármelo del pecho—, si consiguieron un socio para comprar esa parcela, tal vez lo conserven para otros proyectos y eso nos dejaría a nosotros…
Su mueca de preocupación fue más que evidente.
—Sabes que mi padre jamás ha querido asociarse a nadie, para él el negocio es un asunto de sangre en el que jamás incluirá a terceros. Que los Montesco se alíen con alguien podría significar nuestra ruina.
—Convence a tu padre de que busque un socio.
—¿Crees que no lo he intentado? Tengo años diciéndole de que es hora de buscar socios, de

expandirnos y ver más allá de la ciudad, hora de que forme una junta y se dedique a disfrutar del dinero que supo ganar. Mi papá no quiere soltar el comando, no quiere que yo lo suelte—.
Dediqué mi siguiente inhalación a tomarme un instante en el que contemplar lo que me rodeaba, se suponía que era una noche de felicidad y fiesta porque era una de las tantas despedidas de soltera de Marisa que le organizáramos, ella y Mateo se casarían en dos meses y esos dos eran el uno para el otro. Tenían de novios desde los quince y en mi vida, conociera jamás a dos tan enamorados, siquiera mis padres. Mi papá prácticamente había escogido a mi mamá como se escoge la pieza más cara de la vitrina de una joyería.
Paris no estaba en mi vida por motivos muy diferentes.
—Supongo que Romeo debió lograr convencer a su padre.
La limusina se detuvo. Giré la cabeza para ver a Beca y a Jazmín avanzar hacia nosotras chillando y festejando.
Abrí la puerta para ellas lanzándole a Rosalina una mirada de advertencia. La conversación moría aquí.
Para cuando pasamos a buscar a Marisa por su piso de soltera yo ya había logrado despegarme al menos en parte de la tensión de mi conversación con Rosalina. Además resultaba imposible estar junto a Marisa y no sentirte feliz, ella rezumaba amor y alegría.
Abrimos más botellas de champagne y también un par de vodka de camino al Verona, club que estaba decidida a conseguir comprar un día porque aquel lugar era increíble. Además que mejor que tener el comando de aquel sitio para impedirle a los jóvenes Montesco entrar.
Con nuestro grupo moviéndose al ritmo de la música, subí al reservado que me pertenecía, el cual balconeaba desde el nivel superior, a la pista de baile.
Bebidas frías esperaban allí por nosotras.
Fueron unos cuarenta minutos más de beber y acabar de instalarnos para luego bajar a la pista a disfrutar de la noche.
Mi cabello acabó sudado, mi espalda pegoteada y deseé poder soltar el arma que llevaba sujeta a mi muslo que además, dudaba que pudiese disparar con demasiada puntería porque tenía más que unas cuantas copas de más.
Mi arma permaneció en su sitio y yo junto a mis amigas, y sobre todo, pendiente de una muy bebida Marisa que no paraba de bailar con quien se le pusiese al lado sin fijarse quien era.
Hasta ahora no diera con señales de vida de los Montesco mas no pensaba bajar la guardia ni por muy entonada que estuviera.
Le pasaba una botella de agua a Marisa, quedándome con otra yo, cuando Rosalina me puso una mano en el hombro para inclinándome sobre mi oreja, avisarme que iba a los servicios.
—Te acompaño —le dije buscando a mi alrededor a quien estuviese lo suficientemente sobria para pedirle que se ocupara de cuidar de Marisa. El resto de mis amigas estaban en el mismo estado o peor que ella.
Rosalina me sonrió.
—Tranquila, enseguida regreso, quédate con ella —con la barbilla apuntó en dirección a Marisa quien en ese instante amenazaba con echarle los brazos a un sujeto de piel morena, de casi dos metros de alto que era un verdadero espectáculo de musculatura debajo de la camisa blanca transpirada que se le pegaba al torso.
Así como ella tendía los brazos hacia él, él movía sus manos en dirección a la cintura de mi amiga.
Me lancé al rescate de inmediato y el galán en cuestión medio se quejó.
—¿Ves ese pedazo de roca en su dedo? —le pregunté alzando la voz para que me oyera por

encima del aturdidor sonido de la música, el bajó la vista—. Va a casarse pronto.
—Por mí no hay problema —me contestó él, muy sonriente. Yo sabía que Marisa no se lo perdonaría jamás a sí misma, si le era infiel a Mateo.
Tomé a Marisa de la mano y ella con la otra, le tiró un beso al sujeto, despidiéndose de él.
—Mejor nos tomamos un descanso —le dije arrastrándola por la pista de baile, entre la multitud, para llevármela al reservado.
A los pocos minutos, comenzaron a aparecer las demás, buscando bebidas frescas.
Los camareros vinieron a servirnos. Ordenamos algo que picar.
Los minutos siguieron pasando y Rosalina no regresó; por más que hubiera cola en los servicios, ella se demorara demasiado.
Le pedí a Beca quien bebía de una lata de energizarte, que cuidara de Marisa por mí, y partí a buscar a Rosalina con la sensación de que la Glock sujeta a mi muslo, estaba al ojo vivo.
La busqué primero por la pista de baile porque ese espacio quedaba justo a los pies de la escalera que daba a los reservados; no logré dar con su renegrida melena.
Trepé una vez más un par de escalones para asomarme por encima de las cabezas. Nada, ni señales de Rosalina.
Bajé las escaleras otra vez y de camino a los servicios, pasé por la barra ella no estaba allí.
—¡Julieta! —me llamó uno de los bartenders asomándose hacia fuera por entre dos mujeres que bebían y conversaban. Las dos pusieron mala cara y como él no se apartó, se alejaron rezongando.
Fui hasta él.
Compartimos tres besos en las mejillas porque así lo hacíamos los Capuleto con quienes integraban nuestro círculo.
—Princesa, estás divina esta noche. Bien, esta noche y siempre—. Su mirada bajó a mi escote—. ¿Te parece que terminemos la noche juntos?
—No esta noche.
Recogió mi mano del borde de la barra y besó mis nudillos.
—¿Te verás con Paris? Estimé que sería una noche de chicas, como es la despedida de soltera de Marisa —entonó acariciando mis dedos.
—Escuchaste bien.
—Por eso mismo —tiró de mi mano en su dirección y yo corté el movimiento en seco.
—No eres una chica.
—Ya sabes que no —sus labios me dedicaron una sonrisa sexy. Se llevó mi mano a su sólido y bien delineado pectoral.
—No esta noche—. No porque me faltasen ganas, él era divertido de sobra y definitivamente había mucho hombre en su humanidad.
—Pero ese vestido se merece —no le permití seguir.
—No esta noche—. Le arrebaté mi mano.
—Paris es un jodido afortunado.
—Sí tú lo dices—. Espié en dirección a los servicios—. ¿Viste a Rosalina?
—No —respondió negando con la cabeza.
—¿Algún Montesco?
Su mirada se ensombreció siendo respuesta de sobra.
—¿Quién?
—Romeo. Lo vi temprano, no sé si sigue aquí.
—¿Solo?

Mi mano derecha ardió en deseos de tomar el arma que estaba sujeta a mi muslo.
—Eso creo. Al menos Damián no estaba con él. Quizá alguno de sus hombres pero yo no vi a ninguno. Te lo digo, es probable que no siga aquí.
Espié en dirección a los servicios otra vez. Todo mi cuerpo se puso en tensión.
—¿Julieta? —medio me llamó, medio se quejó—. Dime que no acabaremos la noche con una balacera, no quiero acabar pasando medio domingo en la comisaría, declarando.
—Declarando que no me has visto, que ningún Capuleto ha estado aquí esta noche.
—Julieta, por favor —gimió viéndome bajar la mano a mi muslo.
Saqué el arma de la cartuchera y mantuve mi mano baja entre mis piernas.
—Julieta.
—Si escuchas disparos, subes, buscas a las demás y las sacas de aquí.
—Julieta, por favor.
—No era consulta, era una orden. Si escuchas un disparo subes, las buscas y las sacas de aquí y tú a mí, no me has visto. ¿Estamos claros?
Asintió con la cabeza apartándose de la barra.
—Asegúrate de que si algo me sucede, mi padre sepa que Romeo estaba aquí.
Con mala cara, asintió con la cabeza.
Golpeé tres veces la barra a modo de despedida y me alejé.
Él me vio partir.
Con le arma en mi mano, apretada contra mi cuerpo y escondida de la vista de todos por el tumulto de gente que me rodeaba y la poca iluminación me dirigí hacia el corredor que daba a los servicios.
Allí había menos gente por lo que el arma sería más fácil de ver.
De hecho, el corredor estaba más vacío de lo que lo hubiese visto jamás por lo que las dos chicas que venían desde los servicios, vieron mi rostro y se percataron de la presencia del arma. Ambas dudaron en seguir caminando, retroceder o salir corriendo.
Me detuve cortándoles el paso.
—¿Saben quién soy?
El rostro de una de ellas pareció solidificarse, la otra articuló un quedo sí.
—Estoy buscando a Rosalina.
La que me contestara que sí, sacudió la cabeza negando.
La otra, para mi sorpresa, despegó los labios.
—Creo… —comenzó y se detuvo.
—¿Crees?
—La vi salir por la puerta de servicio —se rectificó.
—Cuando.
—Quince minutos atrás, tal vez un poco más.
—¿Sola?
Asintió con la cabeza.
—¿Estás segura?
—Sí.
—¿Ella no estaba contigo? —le pregunté apuntando con la barbilla en dirección a su compañera.
—No, salí sola a buscar unas pastillas. Me dio la impresión de que Rosalina salía para lo mismo.
Probablemente sí pero no dije nada.
—¿Alguna de las dos vio a Romeo Montesco?
Las dos sacudieron la cabeza negando frenéticamente.

—¿Están seguras?
—Sí —respondieron a coro.
—Bien, lárguense de aquí.
No necesité decírselos dos veces.
Las dos partieron corriendo sobre sus altos tacones, todavía dadas del brazo.
Quedé sola en el corredor, con la vibración de la música retumbando en las paredes negro azulinas a mi alrededor.
Iba a dar un paso cuando me pareció escuchar algo más, el tono de una voz que pese a que sonaba lejana, no por eso me resultaba menos familiar.
Casi andando en puntas de pie, para no hacer ruido con mis tacones, avancé hasta un metro del corredor transversal que a la derecha guiaba a los servicios y a la izquierda a la puerta de servicio que también era una puerta de emergencia y no solamente contra incendios y posibles tiroteos sino contra la realidad porque al otro lado estaba apostado cada noche, uno o más hombres de uno de los principales repartidores de la ciudad al que muchos Montesco y Capuleto, recurrían.
Me detuve y presté atención.
Lo siguiente que escuché fue su risa, bueno, más que risa era una suerte de ronroneo felino que sin duda él no merecía. Nosotros éramos los leones, los Montesco era víboras, las víboras que yo había visto tatuadas en su pecho, bajo su cuello, coronando sus pectorales y clavículas, víboras que trepaban por sus hombros y se enredaban en los músculos de su espalda. Todos los Montesco llevaban tatuadas víboras, todos nosotros leones. El mío estaba en mi muslo derecho.
Alcé mi arma y la sujeté firme en mis manos.
Quité el seguro y coloqué el dedo en el gatillo.
—Claro que ya te extraño —le escuché decir.
Obviamente hablaba con una de sus tantas mujeres.
—Todavía tengo tu sabor en mi boca.
Bueno, ella sería a la última que hubiese comido en su vida porque qué ganas de meterle una bala en la cabeza y acabar con esta mierda de una puta vez. Estaba harta de ellos, de esta jodida guerra.
Si el podía ronronear como un felino, yo moverme sigilosa como una serpiente.
Eso hice para encontrarlo reclinado contra la pared, con el teléfono en una mano y un vaso de whisky en la otra.
Iba en un sedoso traje negro con camisa blanca, camisa cuyo cuello caía suelto para enseñar las serpientes negras en su pecho.
Mi arma fue a posarse sobre su sien izquierda.
El imbécil estaba tan concentrado en su chica de turno que no se percató de mi llegada hasta que tuvo el cañón pegado a su piel blanca al borde del comienzo de su renegrida cabellera.
Rosalina tenía el cabello negro pero el de Romeo, el de Romeo era casi azul así como sus ojos azules eran casi negros.
Por el sobresalto, el vaso se el escapó de los dedos para hacerse trizas entre sus pies y los míos, salpicando sus piernas y las mías de bebida. Los cubos de hielo salieron en parte rebotando y en parte patinando por el suelo.
—Te mueves y tu familia tendrá que venir a recoger tus inútiles sesos del suelo, Montesco.
Romeo no hizo más que mover su mirada azul en mi dirección.
—¿Qué pasa Montesco, estabas distraído? —le pregunté con una sonrisa en los labios, apretando el arma contra su cabeza.

El muy hijo de puta, sin mover la cabeza, sonrió.
Lo vi cortar la comunicación con su pulgar.
—Al menos podrías haberte despedido de ella.
—Julieta —comenzó a entonar con su profunda voz. Se detuvo cuando empujé su cabeza con el arma otra vez.
—Hijo de puta.
—Paz, Julieta.
—Paz una mierda, Montesco. Tengo tantas ganas de acabar contigo.
—Pues a mí también me gustaría acabar contigo, es decir en ti. ¿Tu cama o la mía? Te permito elegir.
Procedí a hacer que se le quitaran las ganas de hacerse el gracioso. Alcé la mano y lo golpeé en la cabeza con la culata del arma. Romeo chilló de dolor agarrándose la cabeza por el lado derecho.
Me moví veloz, lo tomé por el cuello de la camisa pegando el cañón del arma a su frente, entre los dos ojos, apreté su cabeza contra la pared. Al instante sus dos manos aparecieron en mi muñeca. Sentí su mano pegajosa y al segundo detecté en la periferia de mi campo visual, la humedad en su cabello; sangraba.
—Joder, Julieta —se quejó.
Mi rodillazo cayó en su entrepierna. Romeo volvió a chillar de dolor. Intentó encogerse sobre sí mismo pero mi arma en su frente, se lo impidió. Su rostro se tiñó de rojo de un modo que creí imposible porque él era demasiado blanco. Se le saltaron las lágrimas.
—Jodido Montesco.
—Por Dios, Julieta —bufó todavía con el aliento entrecortado por el dolor.
Su mano intentó tirar de la mía y lo amenacé con la mirada.
—Suéltame —gruñí y para mi sorpresa, él obedeció. Apartó su mano de mí dejando impresas huellas de su sangre, en mi piel. Alzó sus dos manos, la ensangrentada y la que aún sostenía su móvil.
—Paz, Julieta.
Gruñí en respuesta a su pedido de paz.
—¿A qué se debe tan amable recibimiento?
—No deberías estar aquí.
—El Verona no es propiedad de los Capuleto. Todos tenemos derecho a venir aquí.
Afilé mi mirada sobré él.
Romeo se tocó el lado derecho de la cabeza, en cuanto las yemas de sus dedos entraron en su renegrida melena, puso cara de dolor, quejándose.
—Necesitaré puntos. ¿Me echas una mano? Son legendarias tus dotes. Sé que tienes muy buena mano. Siempre se ha comentado que tu mano es experta, que ahí donde pones la aguja, no queda una cicatriz.
—Montesco, si no quieres necesitar una prótesis para tus huevos, mejor cierras la boca.
Romeo apretó sus labios en una sonrisa y a continuación su oscura mirada bajó por mi escote.
—Lindo vestido. Parece fácil de quitar.
—Montesco, estás muy lejos de poder ponerme una mano encima.
—¿Todavía sigues con Paris?
—¿Qué haces aquí?
—Vine a divertirme.
Empujé el arma contra su cabeza.

—¿Qué haces aquí?
—¿En el corredor?
—No te hagas el idiota.
—¿Qué haces tú aquí en el corredor?
Apreté su camisa en mi puño y bajé el arma a su boca.
Así se le borró la sonrisa.
—Me jodes la vida, Montesco —gruñí.
Romeo se limitó a quedarse viéndome a los ojos.
—Estoy harta de ustedes.
Lo vi intentar mover la boca y metí el arma todavía más adentro.
—Debería matarte ahora.
Su mirada se mantuvo en la mía pero había perdido fuerza. Eran ideas mías o él de pronto, lucía tan cansado y harto cuando yo lo estaba.
Saqué el arma de su boca y la moví por sobre su carnoso labio inferior para deslizarla por su mentón y finalmente pegarla por debajo de este. Romeo siquiera hizo el amago de moverse, menos que menos de intentar desarmarme. Solamente se quedó viéndome por entre sus tupidas pestañas negras, con sus cejas coronando la profundidad de su mente, cuya entrada eran sus ojos.
—Anda, hazlo —murmuró con su frente alta. Pese a su tono, sonó definitivo. Su mirada lucía así, categórica, como si acabase de tomar una decisión rotunda e inamovible—. Vamos, hazlo, Julieta, date el gusto. Aprieta el gatillo.
Su voz, desprovista de sorna y altanería habitual, provocó que se me pusiese la piel de gallina.
—Hagámosle honor a lo que todos murmuran.
—¿Qué murmuran? —mi voz fue poco más que el lejano arrullo del viento en las afuera de la ciudad.
—Que nuestro final será violento.
El frío en mi piel, se clavó en mi carne para alcanzar mis venas y el torrente que me daba vida, la sangre Capuleto.
Romeo tomó mi mano y la movió para corregir el ángulo. Un profundo estremecimiento recorrió mi espina.
—Que no haya errores, no quiero acabar como un vegetal. Al menos permíteme la decencia de morir aquí y ahora.
Por supuesto, él sabía tan bien como yo, en qué dirección debía entrar la bala para que no quedasen dudas, para que el fin fuese definitivo sin la posibilidad o la esperanza de ver abrirse un capítulo extra.
Soltó mi mano para bajar la suya.
—Antes de que lo hagas… ¿Me permites decirte algo?
No contesté ni que sí ni que no por lo que él continuó.
—Jamás te lo he dicho y siempre lo he creído.
Mi cerebro fue todo silencio.
—Tienes unos ojos muy bonitos. Son como el sol.
Dudé, por un segundo dudé. ¿Y si esto estaba mal? ¿Y si esta guerra en realidad no tenía razón de ser?
—¿A ti no te gustan mis ojos?
Y así sin más, su sonrisa de mofa regresó a sus labios.
—¡Julieta! —Estalló la voz de Rosalina.
Vi la mano de Romeo lanzarse en dirección a la mía.

¡Maldito desgraciado!
Aparté la mano y alejado mi torso y mi rostro de él, le lancé otro rodillazo a la entrepierna.
Di en el blanco y me aparté de inmediato para evitar que cayese sobre mí.
El móvil se le escapó de la mano. Romeo cayó de rodillas al suelo, agarrándose la entrepierna, bufando e insultando.
Tomando distancia, parándome firme sobre mis tacones, apunté a su frente otra vez.
—Hijo de puta —ladré con Rosalina llegando a mí desde los servicios.
Romeo alzo la frente. Con los ojos anegados en lágrimas de dolor, me miró a mí y luego a Rosalina.
—Julieta —mi prima nos miró a ambos—. ¿Qué…?
—¿Dónde mierda estabas?
Antes de responderme, volvió a mirar en dirección a Romeo.
—En los servicios.
—Regresa con las demás.
—Julieta —jadeó volviendo a ver en dirección a Romeo, todavía de rodillas ante mis pies—. Sube conmigo —me pidió sin perderlo de vista.
No me moví.
—Julieta, por favor, es la despedida de soltera de Marisa.
—Y este desgraciado estaba aquí —escupí.
Romeo espió en dirección a Rosalina y luego clavó su mirada en la mía.
—Julieta —comenzó; no le permití seguir.
—¡No eres más que una víbora rastrera!
—Permíteme que te invite un trago.
—No necesito que me invites nada —rugí.
—Julieta, por favor —me rogó Rosalina.
—El muy hijo de puta —fue turno de Romeo de interrumpirme.
—Por favor, Julieta, era broma. Anda, tú y yo nos merecemos un trago y conversar cinco minutos.
—Ni treinta segundos.
—Julieta —insistió él.
—¡No!
—Julieta —Rosalina sonó como si estuviese a punto de desfallecer.
—Paz, Julieta.
—Entre tú y yo, nunca habrá paz.
—¿Por qué no?
—Eres un Montesco.
Su siguiente sonrisa, lució agotada.
—Julieta, sabes que necesitamos hablar. Esto… esto entre nuestras familias —di un paso, pegué el arma a su frente otra vez, eso lo detuvo.
—Víbora rastrera—. Susurré con mi pulso descontrolándose. Esto entre nuestras familias podía acabarse aquí y ahora.
—Julieta, por favor, no lo mates.
—Mañana, después de misa, en el Starbucks que hay en Mantua.
—No.
—Por favor. Estaré allí esperándote hasta mediodía.
—No.

—Julieta, vamos, sé que tú y yo…
—¡Cierra la boca, Montesco!
Tanto él cuanto Rosalina dieron un respingo ante mi grito.
—Julieta —insistió Romeo—. Paz.
Se me puso la piel de gallina otra vez.
—Vine porque quería verte. Por supuesto que sabía que estarías aquí. Tú y yo necesitamos hablar. Esperaba que aparecieras por los servicios en algún momento. quería verte a solas porque… —se detuvo—. No quiero que todo el mundo se entere.
—Rosalina esta aquí ahora.
Romeo deslizó su mirada hasta mi prima.
—Seguro Rosalina sabrá guardar el secreto.
Ella de inmediato, asintió con la cabeza.
—Mañana. Esperaré hasta el mediodía.
No sé porqué, bajé él arma y me aparté.
—Esperaré —me dijo.
—Pues te convertirás en polvo, esperando por mí.
—Una eternidad, de ser necesario —entonó sonriéndome pero no fue una sonrisa altanera, tampoco una de burla, siquiera una sexy, fue una sonrisa a secas, sincera y simple.
—No quiero volver a toparme contigo en lo que restra de la noche, Montesco. Repliega a tus hombres y lárgate.
—He venido solo.
—Sí, claro —resoplé.
—Hablo en serio, nadie sabe que estoy aquí —juró con su mirada fija en la mía—. Nadie sabe dónde fui, con quién estoy, o por qué. Esperaré. Esperaré hasta mediodía.
Mi mirada bajó hasta las serpientes en su pecho porque necesitaba recordarme a mí misma, una vez más, que Romeo era un Montesco.
—Julieta, guarda el arma, viene gente.
Me aparté de Romeo un paso y guardé el arma en la cartuchera sintiendo su mirada sobre mí.
Al alzar la vista, Romeo todavía tenía puesta la suya en el león en mi muslo.
—Hasta mañana, princesa —me saludó alzando sus ojos azul noche a los míos.
—No tienes derecho a llamarme así.
—Solamente reconozco tu estatus. ¿Acaso no eres la dulce princesa Capuleto, acaso no eres la princesa de tu padre, la de Paris?
—Debí dispararte.
—Dime cómo te gusta el café, para ordenarte uno mañana.
—No me verás mañana.
—Vamos, Julieta.
—Lárgate, Montesco, si vuelvo a cruzarme contigo esta noche, no habrá un mañana para ti.
—Paz, Julieta.
Lo ignoré y tomando a Rosalina por la muñeca, me alejé de espaldas para no perderlo de vista.
—Julieta, por Dios —gimió Rosalina cuando salimos del corredor.
—¡¿Dónde mierda estabas?!
—En los servicios —me contestó angustiada.
—Mentira, te vieron salir a buscar pastillas.
Rosalina apartó la mirada de inmediato.
—No puedes salir así, no puedes irte sin avisarme. Te advertí que…

Rosalina se liberó de mi tirando de su brazo.
—Suficiente, no eres mi madre.
—Si tu madre se entera de que te alejaste del grupo y que Romeo estaba aquí.
—No se enterará porque tú no se lo contarás a nadie.
—Sigue soñando.
—Tu arma estaba en su cabeza.
—¿Y crees que él no hubiese hecho lo mismo conmigo de presentársele la oportunidad?
Rosalina no respondió.
—Es un Montesco y nosotras somos Capuleto.
—¡Dios, eres igual a tu padre!
Aquello dolió.
—No haces más que odiarlos, parece que de eso te nutrieras, del odio que sientes por ellos.
—No tienes idea —solté entre dientes. Ella en verdad no tenía idea, Rosalina vivía al borde de todo, sin tener real panorama de la situación, ella solamente había visto al sangre en las noticias o quizá siquiera eso porque mi prima no veía las noticias, para ella el enfrentamiento entre los Capuleto y los Montesco no debían ser más que un cuento, una leyenda urbana. Ella no tenía idea de las desagradables decisiones que me tocaba tomar casi a diario. Rosalina disfrutaba del apellido, del dinero y la posición, ella no tenía necesidad de ir armada, no saltaba de su cama con el arma en la mano al percibir el mínimo ruido en la noche, a ella nunca habían intentado matarla o raptarla y por sobre todo, lo más importante, Rosalina no era la heredera a la corona Capuleto. Yo lo era.
De pequeña me encantaba que me llamaran princesa.
Dejó de agradarme cuando comencé a comprender lo que implicaba y definitivamente cada vez más, me revolvía las tripas al escucharlo.
Mi mirada bajó hasta mi mano izquierda, hasta la piel borroneada de su sangre.
El alcohol que bebiera en lo que iba de la noche, trepó por mi garganta. No era la primera vez que en mí quedaba la sangre de alguien más pero nunca fuera la suya; él y yo habíamos tenido nuestros enfrentamientos los cuales básicamente consistían en insultos, algún que otro golpe y arruinarnos el uno al otro, nuestros respectivos negocios privados sin embargo nunca entre nosotros, corriera sangre. El detalle me resultó ominoso.
¿Y si en verdad era como decía? ¿Y si lo que comentaban se hacía realidad? ¿Si al final encontrábamos nuestro final en el sumun de la violencia entre nuestras familias?
No era odio, era hartazgo, era querer que dejaran de existir para que la guerra se acabara, era necesitar acabar con este círculo vicioso de venganzas por, de sangre por dinero y dinero por sangre.
Tantas veces me había preguntado si la ciudad continuaría existiendo de desaparecer nuestra familia y la de él.
Con un ademán frenético intenté quitarme su sangre de encima de la piel. No resultó.
Rosalina entonó mi nombre atrapando mi mano. Me la quité de encima de inmediato. Ella se apartó todo lo que el tumulto de gente le permitió, luciendo como un cachorrito abandonado, como si yo acabase de abandonarla indefensa y pequeña, a la suerte de un mundo cruel.
—No lo entiendes, no tienes idea —mi voz tembló al salir de lo más profundo de mi pecho. Lo que acababa de suceder crecía dentro de mí ocupándome por completo, haciendo mi carne vibrar y no por un buen motivo. Tuve la sensación de que terminaría estallando y que sería mi familia, la que debería venir a recoger mis restos.
—Entiende que no me gusta saberte armada y menos que menos, verte con tu arma pegada a la

carne de otra persona.
La culpa cayó sobre mi como una pesada loza.
—Puedo no conocer los detalles pero —se detuvo—. No quiero la sangre de nadie más en ti y eso incluye la de ellos. No quiero verte enceguecida por el odio, tal como veo a mi papá y al tuyo, no quiero que esa sea tu vida, Julieta. Entiendo que los negocios… —volvió a interrumpirse—. Tiene que existir otro modo —me rogó.
Alguien pasó por su lado empujándola, lanzándola de regreso a mí.
—Habla con él.
—¿Qué? —se me erizó la piel otra vez.
—Ve y habla con él mañana.
—¿Enloqueciste?
—Escucha lo que tiene para decir.
—¡¿Lo que tiene para decir?! ¡Todo lo que sale de sus labios es veneno, Rosalina! ¡Mentiras! ¡Engaños!
—Julieta.
—No caeré en su trampa. No entiendo cómo puedes pensar que Romeo en verdad…
—Puedo acompañarte.
Me carcajeé frente a su inocente mirada verde.
—¡¿Acompañarme?! ¡Sí, por supuesto! ¡Estupendo! —ante mi grito dio un salto—. ¡Dos vidas Capuleto al precio de una!
—Julieta —su mirada se puso cristalina, se encontraba al borde de las lágrimas.
—Suficiente.
—Siquiera intentó defenderse de ti. Te pidió paz.
—¿Y tú crees en la palabra paz de los labios de los Montesco? Rosalina, qué inocente eres.
—Ve.
—Regresamos a la celebración, en este instante. Y no quiero volver a escuchar una palabra al respecto de tu parte. Lo que sí tendrás que explicarme es qué compraste.
Rosalina negó con la cabeza.
—Cómo si en verdad te importase.
—Claro que me importa, eres mi prima.
—A veces creo que más que nada, te preocupa que despilfarre el dinero de la familia. ¿Cuándo fue la última vez que tú y yo hablamos de algo que no sea los Montesco, mi trabajo o los problemas de la familia.
Me quedé muy quieta en mi sitio porque no pude hacer memoria.
—Solíamos ser las mejores amigas. De pequeñas lo compartíamos todo.
—Ya no somos pequeñas y la vida es distinta ahora.
La mirada de Rosalina recorrió mi rostro.
—Últimamente me cuesta mucho reconocer a mi prima Julieta en ti.
Ese golpe también dolió.
Rosalina, sin añadir nada más, dio la media vuelta y se internó entre la multitud para ir hacia las escaleras.
Ella no era la única que no podía reconocerme en mí.
Cierto, de pequeñas hablábamos de todo, de los chicos que nos gustaban, de cómo nos sentíamos, compartíamos nuestros miedos, nuestros sueños… soñábamos con irnos de la ciudad muy lejos, donde nadie pudiese reconocer nuestros rostros, jugábamos a escoger otros nombres y apellidos, jugábamos a ser otras personas, a tener otras vidas.

Alcé mi mano ensangrentada y la miré.
Esta vez, el alcohol trepó por mi garganta junto con jugos gástricos que lo quemaron todo a su paso.
Debí correr de regreso a los servicios para vomitar.
En el corredor ya no quedaba ni rastro de Romeo.
Vomité, me lavé las manos y antes de regresar al reservado, salí a la zona de carga. El sujeto que allí esperaba muy sonriente me ofreció venderme de lo mismo que le vendiera a Rosalina.
Lo mandé a la mierda y a continuación plante su mano derecha contra su choche y disparé.
Que le quedara claro que si volvía a venderle algo Rosalina, lo que fuera, lo próximo sería su cabeza.

II
Los hombres Montesco.

—¡Auch! Joder, Damián —me llevé la mano a la herida y él apartó las suyas, enguantadas en látex. Entre el índice y el pulgar cargaba la aguja y el hilo con el que me cocía, en la otra un algodón sucio con mi sangre—. Más cuidado que eso que coses es mi cuero cabelludo.
Damián me enfrentó con una ceja en alto.
—Debería golpearte yo también, ahí mismo. Sinceramente no entiendo qué fue lo que se te cruzó por la cabeza.
Suspiré; tampoco acababa de comprenderlo del todo. En el momento de tomar la decisión me pareció una idea perfecta, o si no al menos la única salida. Ahora mismo parecía más aquello último, el desesperado intento de un sujeto hastiado.
No respondí y eso levantó sospechas dentro de su cabeza.
Lo vi estudiarme con curiosidad.
—¿Romeo?
—¿No se te ha antojado nunca, tomarte vacaciones de tu vida?
Damián rio.
—¿Qué tonterías dices?
—Digo que —me detuve. A continuación, por dentro de mi lento parpadeo, la vi frente a mí, con su arma apretada entre mis dos ojos; hubiese jurado que ella en el fondo, añoraba lo mismo, un cambio, un punto final. Tal vez matarme era el punto final que ella deseaba. Yo, después de todo, no sería el primero cuyo ticket de partida, fuese una bala de Julieta Capuleto. ¿Tan tonto había sido al creer que ella accedería a verse conmigo en la mañana?
Al menos se lo había dicho, aunque dudaba que hubiese dado valor alguno a mis palabras.
—No me hagas caso —solté por fin.
—¿Qué no te haga caso? ¿Romeo, qué tienes esta noche?
—Estupidez.
—Al fin entras en razón —resopló inclinándose otra vez sobre mí, para poner en mi cuero cabelludo, un segundo punto de sutura—. Si tu padre se entera de que fuiste solo…
—No dirás nada.
—¿Acaso nadie más te vio?
Fue mi turno de alzar una ceja.

—Bien, apostemos a que nadie dirá una palabra. ¿Entonces qué, recuperaste la cordura?
—Iré, la esperaré.
Damián, que iba a clavar la aguja en mi carne, se detuvo. Espió hacia abajo sin moverse.
—Estás loco hermano.
—Las esperanzas son lo último que se pierde.
—Romeo, es una Capuleto y nosotros somos hombres Montesco.
Le sonreí. Desde luego que sí, con o sin sangre de por medio, él era mi hermano.
—Podría haberme disparado y no lo hizo.
—Hubiese aprovechado para disparar tú.
Reí.
—Y arruinar el sexy vestido en el que iba. No aquello hubiese sido un pecado.
Damián puso los ojos en blanco y regresó a su trabajo.
—Su falda era tan corta que podía verse casi toda la cabeza de león en su muslo.
—Joder, Romeo, la próxima vez, no pienses con tu polla. Julieta está muy fuera de tu campo de juego.
—Podría entrar en mi terreno.
—Sí, claro. ¿Antes o después de que su padre te busque para matarte personalmente? Eso por no mencionar a Paris; bueno, él jamás se ensuciaría las manos que es un chico fino, tiene gente que se ocupa de eso pero bien, ya sabes, Julieta es su chica. Él se pone frenético cuando osan poner su mirada sobre su novia.
—¿Qué tan corta la tiene tu primo, Damián?
—No sé ni me interesa saberlo —me contestó y pinchó mi carne.
—¡Mierda, Della Escala, más cuidado!
Damián no se detuvo.
—En serio, Romeo, lo que sea que te diera, mejor que se te quite. Deberías estar festejando, no poniéndote en peligro por una tontería. No le debes explicaciones, mucho menos ayuda. Los Capuleto son el enemigo, a ella no le interesa que le tiendas tu mano, mucho menos, cuando acabas de ponerle una pierna delante de sus pies, para hacer que se tropiece. En cuanto los Capuleto se enteren, aquí arderá Troya y lo sabes. No puedes permitirte otro descuido semejante. Será la guerra, Romeo.
—No necesariamente —le dije entre los dientes apretados porque él tironeaba de la sutura para realizar el nudo con la pinza que acababa de recoger de la mesa de apoyo.
—Tu súbita ingenuidad me conmueve.
—Su vida no ha sido muy distinta a la mía.
—Romeo, por favor —me pidió cortando el hilo.
—Iré, esperaré por ella.
—¿Y si no se presenta?
—Procuraré interceptarla en algún otro sitio.
—No puedes hablar en serio —se apartó un poco, buscando mi mirada—. Dios bendito, Romeo.
—¿No te gustaría vivir en paz?
—¿Paz? ¿Romeo, cuántos años tienes?
—Los suficientes para comprender que quiero y necesito evitar la guerra que se avecina. Un cambio es imprescindible para —Damián no me permitió seguir.
—Pero Romeo, el cambio ya comenzó. Fuiste tú el que lo impulsó y ha funcionado, está funcionando. Los Capuleto serán historia. Les guste o no, tendrán que capitular. Están acabados.
Mis tripas se convirtieron en un nudo gordiano y yo que poco y nada sabía de cabuyería, dudaba

lograr desanudarlo.
—Iré.
—¡Por la Virgen que eres terco! Bien, como sea, te acompañaré.
—No —lancé poniéndome de pie. Mi súbito movimiento nubló mi visión y me hizo experimentar un fuerte presión sobre la herida, lo cual reavivó el dolor.
—Romeo no seas…
—No es insensatez ni locura, tampoco impulso. Necesito demostrarle mi buena fe, iré solo.
—¿Tu buena fe?
Su pregunta me molestó.
¿Tan bajo pensaba de mí?
—Gracias por los puntos —le dije caminando para ir a recoger mi chaqueta del apoyabrazos del sofá.
—Romeo —soltó la pinza y la aguja a un costado de donde tenía todos su implementos de trabajo y comenzó a quitarse los guantes—, vamos, no tienes porqué ponerte así, solamente digo —lo interrumpí.
—Sí, lo sé. Gracias por ser mi amigo fiel.
—¿Me jodes? Romeo, ese tono, más suena a que en este instante, soy tu enemigo. Solamente intento hacerte entrar en razón. No le debes nada. Los Capuleto están acabados. Intentarán vengarse pero eso no cambiará el hecho de que su reinado llegó a su fin. Los tiempos cambian y de ahora en más, la ciudad será Montesco. Tal vez pueda largarse a intentarlo en alguna otra cuidad, tal vez simplemente se retiren. Tampoco es que vayan a quedarse en la ruina. Estimo que Julieta tiene una fortuna lo suficientemente grande para que hasta sus nietos vivan confortablemente.
Damián parecía no comprender que el dinero era solamente una parte de la ecuación.
—Eres mi hermano —le aseguré terminando de calzarme la chaqueta—. Es hora de partir, estoy cansado.
—No vayas, es un tontería. Romeo, por favor, ya has estado arriesgándote demasiado. Julieta no es —intuí lo que diría a continuación, por lo que lo detuve de inmediato.
—Tu hermano se compromete a llamarte a mediodía. Avisa a mi padre si no doy señales de vida para la una.
—¿Es joda?
Negué con la cabeza.
—Buenas noches, Della Escalla.
—Romeo, casi es de mañana, deberías —otra vez le impedí seguir.
—Pues serán buenos días, y gracias —di la media vuelta y me largué en dirección a la puerta para salir de su piso.
El elevador parecía haberse quedado allí esperando a por mi partida, como si supiese que yo tenía un sitio al que ir y que por lo tanto, no me quedaría.
Las puertas se cerraron frente a mí.
Inspiré y por un fugaz instante sopesé el hacerle caso, el marchar a mi piso a darle un descanso a mis heridas a lo que muy probablemente fuese mi derrota de noche.
No, me negué a aceptar la derrota tan pronto. Ella… Julieta había dudado y no por falta de coraje, no por cobardía. Julieta no era solamente una princesa sino también un fiel soldado de los Capuleto que conocía de sobra su obligación, sin embargo…
Se me puso la piel de gallina.
Ella se había quedado viéndome en silencio, más que viéndome, mirándome como si reconociese

mi real presencia, no solamente el espacio que mi cuerpo ocupaba.
Sus ojos, aquella mirada dorada que jamás erraban en su puntería se quedaran en los míos para sopesar el valor de mi propuesta, para darle espacio a lo que casi podía jurar, ella también necesitaba. Me rehusaba a creer que Julieta quisiese vivir por siempre así, que se resignaba a que el futuro que ahora era la realidad de la vida de su padre, si convirtiese en el suyo.
Vendría.
Ella vendría y encontraríamos un modo.
El elevador llegó abajo. Los sujetos de seguridad me reconocieron por mi apellido, inclinando sus cabezas otra vez para a continuación desearme que tuviese un buen día. Les devolví el saludo y anduve en el silencio del estacionamiento, hasta mi coche, acompañado únicamente por el sonido de mis pisadas.
Accioné el control y la alarma se desactivo.
Abrí la puerta y me senté al volante.
La cerré y moví la cabeza para ver sobre el asiento del acompañante, el pañuelo blanco sucio de sangre.
Saqué el móvil del bolsillo de mi chaqueta y lo conecté al cable para que se cargara, se encendió y vi que tenía varios mensajes, todos ellos de una única persona, persona con la cual me negué a ocupar mis pensamientos porque no tenía caso, porque si Damián tenía razón, no era momento de pensar con mi polla, Julieta requería toda mi atención.
Entré en el perfil falso que tenía de Instagram y busqué la fotografía que subiera anoche antes de salir a la despedida de soltera. Le sonreí al vestido el cual sin duda se veía mucho mejor en persona, ella se veía mejor en persona porque de aquel modo, la experiencia era completa. Julieta olía como nadie más debía poder oler en este mundo, su perfume era una mezcla exuberante de lujo, suavidad, sexo e inocencia. Olía a como deben oler las sábanas limpias de una cama, en verano cuando fuera cantan las chicharras y aún permanece en el aire el perfume a flores del día. Ella olía a la paz que yo quería encontrar y aún permanecían en su persona, algunas notas recuerdo de aquella niña de largas coletas rubias que cuando se cruzaba conmigo en el colegio, se detenía en seco para quedarse estudiándome con timidez, intentando decidir si le hacía caso al mandato familiar o se atrevía a hablar conmigo. Recordaba como si fuese ayer el día en que Fray Lorenzo nos puso a ambos juntos a su lado en la mesa a servir el pan y el guiso, en uno de los domingos de caridad. Una Julieta y un Romeo de nueve años habían trabajado por horas, sirviendo comida en platos descartables, codo a codo, sin matarse o siquiera insultarse. Todo lo contrario, había llegado un momento en el que nuestros movimientos quedaron por completo ensamblados en un ritmo perfecto que nos permitió servir más platos que cualquier otra mesa, sin chocarnos, sin derramar nada y sin demorar a quienes venían por un plato de comida caliente.
Ella, al final de la comida, había aparecido a mi lado para tenderme un plato, quedándose con otro. Yo le pasé un bollo de pan y ambos, comimos en silencio, sentados en el cordón de la vereda, solos, medio escondidos por detrás de la mesa en la que Fray Lorenzo acabara dejándonos solos satisfecho de habernos dado paz.
Nunca volvimos a tener un momento así y de hecho aquel momento tocó a su fin abruptamente cuando la madre de Julieta se la llevó de mi lado, tironeándola por un brazo, provocando que mitad de su comida cayese al suelo; gritándole y gritándome amenazas, como si yo fuese una plaga.
Julieta se había echado a llorar y sus suplicas a su madre de que la dejara en paz, murieron pronto.
Fray Lorenzo había intentado rescatarla de brazos de su madre; la disputa acabó cuando uno de

los hombres de su padre, apareció frente a Fray Lorenzo para ponerle el cañón de su arma sobre el corazón.
Solté el móvil y puse el motor en marcha.
Sabía que a Fray Lorenzo le alegraría verme en la misa pero hoy; yo era reacio a creer en Dios, hoy el mundo me parecía demasiado humano para que quedase espacio para milagros.
Saqué el coche marcha atrás, encendí la música y partí rumbo a Mantua, decidiendo que iría por el camino más largo, el de la costa, porque de cualquier modo aún era muy temprano.
Vi el sol asomar con avidez por encima del horizonte oceánico. A mitad de camino me detuve para bajar a la playa y con los pantalones arremangados, ir a tocar el mar con mis pies.
Me demoré hasta que la claridad fue total y en mis ojos surgió la necesidad de un café, o tal vez más de uno, para intentar remediar la falta de horas de sueño.
Llegué al Starbucks en el que prometí que la esperaría.
Ordené un café y regresé a mi coche a beberlo allí, a la espera de verla aparecer.
Bebí el café y procuré no quedarme dormido.
Mis ojos se cerraron un par de veces y en cada ocasión, desperté con la sensación de que me quedara dormido una eternidad.
A media mañana y al borde de la inconciencia salí del coche y fui a por mi segundo café. También ordené un sándwich caliente y fui a acomodarme en una mesa, no demasiado lejos de la puerta, porque quería estar pendiente de verla entrar; sí, pese a todo aun continuaba con las esperanzas en alto.
Bebí mi café y de mi sándwich no quedaron más que migas.
Esperé.
Esperé y esperé un poco más, sintiendo sobre mí, la curiosa mirada de los empleados.
Me levanté de la mesa y fui a por una botella de jugo que bebí sin real intención.
El jugo de naranja iba a provocarme un agujero en el estomago pero lo bebí igual, de pequeños sorbos, sin perder de vista la calle en el caso de que viese pasar alguno de sus coches.
Para las once y treinta y cinco, no había ni señales de ella y mi vejiga estaba a punto de estallar.
Me pregunté a mí mismo si tenía caso seguir esperando.
No, Romeo, no tiene caso —me dije en silencio.
Damián tenía razón, simplemente me comportaba como un crío ingenuo.
Desde lo más profundo de mi alma, maldije al universo entero y alzándome de mi silla, me di por vencido.
Recogí mi basura y de camino al los servicios la lancé al cesto.
Al cabo de mear como si fuese a acabarse el mundo, me lavé las manos y allí, frente al espejo que me devolvía la imagen de un muy estúpido Romeo Montesco, le envié un mensaje a Damián.

Voy de salida, ella no vendrá.
¿Nos vemos en la noche para cenar?

Para mi sorpresa, Damián no se demoró ni un instante en responder. Contestó que sí.
Le dije que iría a casa a dormir y que más tarde lo llamaría para convenir la hora y el lugar.
Regresé mi móvil al bolsillo interno de mi chaqueta y salí de los servicios.
Antes de partir ordenaría otro café porque lo necesitaba para conducir a casa y no llegar hecho puré.
La joven que tomó mi cuarto pedido en lo que iba de la jornada intentó darme charla y acabó frustrada, mi humor era absolutamente inexistente y lo único que se me antojaba era llegar a mi

piso, darme una ducha y meterme en la cama al cabo de bajar las persianas y poner el aire acondicionado al máximo porque se notaba que el día tenía más ganas de verano que de primavera.
Me hice a un lado de la caja para permitir que el siguiente cliente pudiese ordenar.
Mi móvil anunció que tenía un mensaje nuevo.
Lo saqué y vi que era ella.
Se me escapó un quejido de cansancio. Mi involuntaria respuesta puso en evidencia que aquello ya no resultaba divertido y que era hora de acabarlo.
Abrí el mensaje para ver que me preguntaba dónde estaba y si quería verla.
Moví el pulsar hacia la ene para comenzar respondiendo que no, allí se acabó todo. Escuché los tacones sobre el duro suelo y giré la cabeza para dar con su rostro apuntando en mi dirección.
El aire se escapó de mis pulmones al ser absorbido por su mirada. Quise volver a inhalar y no lo conseguí; la presión en mi pecho era demasiada. Su presencia…
Bien, en sus ojos resultaba evidente que si había dormido, no debió ser más que por un par de horas y que no implicó verdadero descanso.
Su mirada cansada recorrió mi aspecto al tiempo que la mía, sobrada de cafeína, quedó aturdida por cada uno de los detalles en su persona.
Julieta iba en jeans que se ajustaban a su cintura y muslos. Alrededor de su torso revoloteaba una vaporosa blusa de tirantes. De su hombro izquierdo colgaba un enorme bolso del mismo color rosado que sus sandalias.
Lamenté que hubiese recogido su cabello en una coleta.
Vi que sostenía unas enormes gafas de sol en su mano derecha.
Como un idiota, le sonreí.
La mueca a la que su bello rostro de dio forma a continuación, no fue ni remotamente feliz.
—Buen día, sol —le dije y en un primer instante, mi voz me falló.
—Montesco —fue su tirante respuesta.
—¿Qué bebes?
Por toda respuesta, se movió hasta la fila.
—¿Romeo? —me preguntó el barista, tendiéndome el vaso, interrumpiendo así, mi escapada hacia ella, para invitarle el café que le prometiera.
—Sí, soy yo.
La persona que estaba frente a ella se movió y la misma chica que tomara mi orden, tomó la suya.
No pude escuchar lo que pidió.
La vi pagar con su móvil.
Le agradeció a la empleada con una radiante sonrisa y se apartó de la caja.
Quedamos frente a frente, con su sonrisa borrándose de los labios.
—¿No te hace falta una ducha, Montesco? —gruñó para mí.
—Contigo, con gusto.
Julieta reaccionó como yo hubiese reaccionado ante mi estúpida lengua. Se movió para darse la media vuelta. Por poco y me tiró todo el café encima por detenerla.
—No, por favor.
Ella no hizo más que bajar su mirada dorada a mi mano en su muñeca; fue amenaza de sobra. La solté y retrocedí un corto paso. En mi mano se quedó el calor de su piel. Inspiré hondo y percibí su perfume; olía tal cual lo recordaba.
—Creí que no vendrías —la voz apenas si me salió porque de pronto, así, frente a ella, todo el

cansancio en mí, se hizo notar.
—No debí venir.
—Pero estás aquí —le recordé y reconocí. Estaba aquí, había venido. Sonreí porque en mí renació la esperanza, tal vez ambos fuésemos dos bobos ingenuos.
—Es un error.
—No, no lo es —me apresuré a asegurarle—. ¿Esperamos a por tu café y buscamos una mesa?
Julieta movió su mirada en dirección a las mesas junto a la vidriera y luego de un lento parpadeo, la regresó a la mía.
—¿Recuerdas cuando Fray Lorenzo…? —comencé y ella no me permitió terminar la frase.
—Ya no somos niños, Montesco.
—No, yo soy un hombre y tú eres una mujer, una que presumo ha llegado armada.
—Tú tienes un bulto ahí a la izquierda —con su prolija uña rosa pálido, apuntó hacia mi pecho.
Sonreí; sí, mi cartuchera ahí estaba.
—¿Todavía cargas otra en la pantorrilla derecha?
¡¿Cómo demonios lo sabía?!
Asentí con la cabeza.
—¿Y tú?
—Una dama que se precie no revela sus secretos.
—¿Julieta? ¿Dónde está mi doncella, mi ángel? Aquí tengo su café.
Giré la cabeza para disparar mi mirada hacia el imbécil al otro lado de la barra. El muy idiota del barista sonreía en dirección a Julieta, tendiéndole su vaso.
—La dama no está sola, y el firmamento de sus ojos, queda muy lejos del alcance de tus manos, galán. Regresa a tu sitio, que soy yo quién vela por ella —le quité el vaso de Julieta de la mano —. Y si no quieres mi filo en tu cuello, mejor no vuelves a mirar en su dirección.
—¡Montesco! —se quejó Julieta.
—Tú café, mis buenos días —le tendí su vaso.
—¿Qué sucede contigo? —gruñó fastidiada—. ¿Acaso estás drogado?
—Por tu presencia —le tendí el vaso otra vez.
—Me largo.
—No, por favor. Viniste hasta aquí. Tenemos que hablar.
Julieta dejó su mirada quieta sobre la mía.
—Viniste solo. Estás aquí solo —especificó.
Asentí con la cabeza, tendiéndole el vaso otra vez a modo de tregua.
—¿Qué quieres?
—¿Tomamos asiento?
—¿Por qué no está ninguno de tus hombres ni aquí, ni en los alrededores? Es extraño que tu primo Ben y Damián no estén contigo.
—¿Cuánto hace que llegaste? —curioseé divertido.
—Dos horas.
—¡¿Dos horas?!
¿Cómo? ¿Cuándo? Había estado muy pendiente de verla aparecer.
—¿Por qué viniste solo, Montesco?
—¿Tú viniste sola?
Estiró su brazo derecho y tomó el vaso. Sin decir nada, me dio la espalda para echarse a andar en dirección a las mesas. No me demoré ni un segundo en seguirla, tampoco en bajar la vista a su estupendo trasero enfundado en unos pantalones de jean que parecían cosidos a mano sobre su

firme carne. ¡Maldito Paris! Aquel desabrido desgraciado no le llegaba ni a los talones.
Julieta era demasiada mujer para él.
Julieta, tal si hubiese sentido mi mirada, se dio la vuelta.
Alcé la vista de inmediato.
—Deja de mirarme el trasero, Montesco.
Sonreí.
—No lo miraba, lo admiraba, que no es lo mismo.
—Necesitas tus ojos para ambas cosas, de modo que mejor dejas de hacerlo.
—¿Tú nunca me has visto el trasero?
Para mi delicia, Julieta puso los ojos en blanco.
—No me molesta si lo has hecho, entiendo que mi trasero llama la atención. Muchas manos darían oro por agarrarlo.
Ella frunció el entrecejo y poniendo cara de asco, volvió la vista al frente.
Volví a mirarle el culo.
La escuché gruñir.
¿Acaso tenía ojos en la nuca o un sexto sentido que le advertía cuando alguien admiraba las deliciosas curvas de su humanidad.
Julieta fue directo a sentarse en la silla que yo ocupara hasta un momento atrás, relegándome la posición de desventaja que era la silla de espaldas a la puerta.
—Desde aquí hay muy buena visión—. Se mofaba de mí.
Bajó su bolso a su regazo.
Tomándome todo mi tiempo, me senté al cabo de bajar mi café a la mesa. Ella resopló varias veces, de pura impaciencia.
Desabroché mi chaqueta otra vez y me despatarré en la silla, deslizándome sobre el respaldo.
Separé las piernas por debajo de la mesa terminando de ponerme cómodo.
Antes de beber, pasé los dedos de mis dos manos por mi cabello y la vi seguir mis movimientos con la mirada. Anoche había visto sus ojos bajar a las serpientes en mi pecho. Sus ojos la engañaron otra vez. Su mirada cayó a la base de mi cuello, a las palabras tatuadas en mí.
Sonreí y ella apartó la mirada de inmediato
Recogió su vaso y bebió.
—Habla —disparó al bajar su bebida.
—¿Qué tal terminaste la noche?
—No es de tu incumbencia, Montesco.
—Soy Romeo.
—Montesco —insistió.
—Romeo. Puedo ser tu dulce Romeo.
—Prefiero lo picante.
—También puedo ser picante.
—Montesco, me aburres.
—No me permites ser divertido.
—No vine para que me entretengas. Tampoco para perder el tiempo. ¿De qué querías hablar? ¿Por qué estás aquí solo? ¿Qué quieres?
Inspiré hondo, trepé por el respaldo de la silla, recogí mi vaso y bebí.
—Te dará un a úlcera de beber tanto café.
—¿Qué pediste tú?
—Un latte.

Así como ella, dulce, cremosa. ¿A eso sabría su piel?
—¿Oye, en serio no estás drogado?
Entendí que me había quedado embobado viéndola.
—Sobrio, completamente sobrio.
—Habla entonces.
—Mi cabeza está bien, gracias por preguntar. Damián debió darme dos puntos pero sanaré; no hubo mayores daños.
—Te lo buscaste.
—Te buscaba a ti.
—Y me encontraste, ahora habla de una puta vez o me largo en este instante.
—Paz, Julieta. Relájate. En serio no tiene por qué ser así.
—Entre los Montesco y los Capuleto no puede ser de otro modo.
—¿No?
—Estás armado y yo también, no es esa suficiente respuesta. Habla.
—¿Puede ser Mantua nuestra tregua?
Ella se quedó viéndome sin responder.
—Estoy cansado, Julieta.
—Vete a dormir.
—Mi cansancio no se resuelve con horas de sueño.
Ella resopló fastidiada.
—Julieta, tú y yo… —me detuve un instante al distraerme con sus labios—. ¿Nunca sentiste que la ciudad te queda pequeña?
—¿Por eso vienes aquí a encontrarte con tus mujeres?
Parpadeé a toda prisa, genuinamente sorprendido.
—¿Cómo dices?
—Digo que si ya te tiraste a todas las mujeres allí por casa, y por eso vienes aquí, buscando otras.
¡¿Cómo mierda lo sabía?!
Ante mi sonrisa, ella sonrió con suficiencia.
—Maldita seas princesa, sí que haces bien tu trabajo.
Julieta, todavía sonriendo, alzó su vaso y brindó conmigo para luego beber.
Estimé que no debía saber con quien venía a verme aquí, sino su café, seguro ahora rodaría por mi rostro y mi pecho. Cuando se enterara.
—Espero que tengas suficiente cerebro para comprender que yo no seré una más del montón.
—Tú jamás, bajo ningún concepto, serías una más del montón, princesa.
—Montesco, déjate de vueltas. Para qué necesitas que Mantua sea nuestra tregua. ¿Qué es lo que quieres?
—Paz. ¿No me escuchaste decírtelo anoche una y otra vez?
Esperó en silencio.
—Estoy harto de esta guerra entre tu familia y la mía.
—Bien, dile a tu padre que se retire del negocio y asunto resuelto.
Le sonreí apretando los labios. Ojalá fuese así de sencillo.
—¿Y si se lo propones a tu padre?
—Definitivamente estás drogado.
—Anoche podrías haberme matado y no lo hiciste.
—Mi error.

—Julieta, por favor.
—Nada de esto tiene sentido. Nadie pide una tregua cuando está ganando la partida.
—¿Qué? —la pregunta se me escapó.
—¿Acaso crees que soy idiota?
—No, por supuesto que no —me apuré a responder.
—Entonces no me tomes por idiota.
—Julieta…
—Si quieres una tregua, me vendes el terreno a un precio razonable.
—¿Disculpa?
—El lote, Montesco. Véndemelo y lo interpretaré como un símbolo de paz.
—¿Qué te venda el lote? —repetí aturdido terminando de comprenderlo—. ¿Cómo sabes…?
—Sé que compraste el lote que queríamos para el nuevo proyecto. Lo que no sé es quién te dio el dinero. Porque me consta que ustedes no tenían el dinero. No te lo dio la familia Della Escala, y podría jurar que tu inversor, tampoco es de la ciudad, nadie se metería en una disputa entre tu familia y la mía. ¿Quién te dio el dinero? Firmaste el viernes, Montesco, ya déjate de vueltas. Esta ridiculez se termina aquí. ¿Qué demonios quieres? ¿Para qué me hiciste venir?
Me enserié de inmediato. Mis tripas se convirtieron en un nudo otra vez.
—No todo en la vida es dinero, Julieta.
Ella se carcajeó en mi cara.
—Sí, claro. Por eso compraste el terreno, porque no todo es dinero. Bien, perfecto, no me digas quien es tu socio, ya lo averiguaré—. Abandonó su vaso en la mesa y recogiendo su bolso de su regazo, se puso de pie.
Me levanté al instante.
—No, por favor, no te vayas.
—Esto es ridículo.
—No, lo ridículo es que tú y yo no podamos tener una conversación en paz, que me llames Montesco cuando me conoces de toda la vida. Que los dos estemos armados y dispuestos a disparar cuando compartimos horas juntos, sirviendo comida para gente sin techo.
—Eso fue hace una vida atrás.
—¿No se te ha antojado nunca, regresara esa vida?
Fui testigo del rotundo cambio en su postura. Sus hombros perdieron tensión y sus marcadas cejas, suavizaron su ángulo. Julieta estudió mi rostro pero no con la mueca asesina de un momento atrás, su mirada de sol fue más tibia, amable.
—A mí sí. Estoy cansado, Julieta. Hablo en serio. No es una treta, es la realidad. Sí, es cierto, compré el lote el viernes.
Su mirada bajó a mis serpientes otra vez.
—Lo siento —me disculpé.
Su mirada se endureció otra vez.
—¿Lo sientes?
—Sé que tenías meses trabajando por ese lote.
—¿Y qué, a ti que te importa?
—Tu padre… sé que él te pone mucha presión.
—Montesco, ahórrate esa mierda.
—En verdad lo lamento, no es que quiera joderte la vida.
—¿No? —me dijo entre dientes apretado.
—No, desde luego que no. ¿Podemos volver a sentarnos, por favor?

—No creo ni media palabra de lo que sale entre tus labios.
Despacio me senté.
—Pues para mí, tu palabra si tiene valor.
Julieta me miró con desprecio.
—Ni tu familia ni la mía tenía el dinero suficiente para acabar con la puta disputa, Julieta.
—¿Cómo conseguiste que tu padre aceptara a un socio?
No respondí pero si entendí que ella debió intentar convencer al suyo de que accediera tener uno.
—Algún día debía acabar, Julieta.
—¿Esperas que te felicite por ganar?
—No, solamente espero que me ayudes a evitar la guerra que vendrá cuando se haga público. ¿Tú padre aún no manda matarme?
Julieta apartó su mirada de la mía y tomó asiento otra vez.
Bebió en silencio un par de sorbos que yo aproveché para disfrutar de su presencia.
—No hay modo de evitar lo que sucederá. No a menos que me vendas el terreno.
—No puedo hacer eso y lo sabes.
—Pues entonces sucederá lo que deba suceder.
—¿En serio estás tan resignada?
—¿Qué esperas que haga, Montesco?
—Soy Romeo.
—Cómo quieras. ¿Qué esperas que haga Romeo, pretendes que convenza a mi padre de no enviar a alguien a matarte? Porque lo más probable, es que me lo pida a mí y lo sabes.
Sus palabras me cerraron la boca. Su padre no podía hacerle algo así, ¿o sí? Anoche… ¿dudaría ella otra vez?
¡Dios!
—No pongas esa cara. Sabes que así será. Si no recuperamos el terreno, si no convencemos a quien se alió a ti, que se pase a nuestro lado, será el comienzo del fin.
—No… —mi boca se convirtió en un desierto—. No era mi intención.
Julieta se rio de mí.
—No eres tan estúpido, Romeo. ¿De verdad creíste que esto resultaría? Que vendría hasta aquí y que me convencerías de detener lo que tú iniciaste. Es tu responsabilidad, ahora te haces cargo.
Mi cabeza fue pura confusión, debí dormir porque definitivamente, mi cabeza no estaba en condiciones de sobrellevar esta conversación.
—No, yo solamente pretendía…
—Pues fuera lo que fuera que pretendieses, ahora aceptas las consecuencias.
—Julieta, puede terminarse.
—Sí, no lo dudo, tampoco dudo que vaya a terminal muy mal. Ya lo dijiste, es nuestro destino, tendremos un final violento. Esto es lo que la vida ha hecho de nosotros.
—Julieta, por Dios —gemí—. Tú y yo podemos hacernos a un lado.
Sus labios le dieron forma a la sonrisa más triste que viera jamás.
—No, no, no, no —me apuré a soltar—. Por favor, piénsalo. ¿En verdad quieres heredar la corona de tu padre, en verdad quieres que tu vida sea esto por siempre? Yo no. Joder que yo no quiero esto para mí —me sinceré sin más. Que pensara de mí lo que quisiera—. Hablo en serio. Estoy cansado de esta puta locura. No vengo aquí porque las mujeres se me acabaran allí por casa.
—No me interesa escucharlo.
—Tú y yo podemos parar esta locura.

—¿Cómo?
—No odiándonos.
—¿Y tú dejarás de odiarme primero a mí o seré yo quien deba ceder? Apuesto mi arma a que en cuanto baje la guardia, me dispararás por la espalda.
Sacudí la cabeza negando.
—Dime de dónde salió el dinero.
—No puedo.
—Si puedes, lo que sucede es que no quieres.
—Tú y yo podríamos volver a ser amigos.
—Jamás fuimos amigos.
—¿Recuerdas cuando te permití copiarte en el examen de historia?
—Teníamos quince años. ¿Esperas cobrarte el favor ahora?
—No quiero cobrarme nada. Julieta, joder, en serio, no lo entiendes.
—No, la verdad es que no. Quieres una tregua pero no estas dispuesto a ceder.
—Permitiré que tus vendedores entren al sur de la ciudad —ofrecí.
Ella me sonrió con desgana.
—Te abriré la playa de —ella no me permitió seguir.
—Guárdate tus migajas.
—Julieta…
—No necesito tu permiso para hacer mis negocios.
—No es que te de permiso, solamente intento demostrarte que voy en serio, no quiero reñir contigo. ¿Puedo verte mañana en el mercado? Podría presentarte a mi proveedor de… —ella me interrumpió otra vez con una sonrisa.
—Gracias pero tengo mis propios proveedores y de hecho, consigo mejores precios que tú.
—¿Cómo puedo hacer para ganarme tu confianza?
—No edifiques nada en el terreno.
—Si no alzo un hotel allí, esto jamás se acabará. Mírame a los ojos y dime que no añoras la libertad de hacer sin cargar el peso del apellido Capuleto en tus hombros. ¿Acaso jamás soñaste con ser simplemente Julieta?
—Deja de engañarte, tú jamás podrás ser solamente Romeo.
—En eso te equivocas, estoy decidido a conseguirlo.
—No debí venir.
—Sé que no eres como tu padre —le dije y ella de cualquier modo, se puso de pie.
—Tú si eres como el tuyo.
—No —entoné con firmeza, alzándome también.
—Eres igual de venenoso. Lamento decepcionarte, Montesco pero la próxima vez, no dudaré. En mi arma hay una bala con tu nombre y no hay nada que ni tú ni yo podamos hacer al respecto.
No lo pensé dos veces, moví mi mano hasta la cartuchera y saqué el arma.
Julieta reaccionó en consecuencia, extrayendo la que cargaba en su bolso. Así, en mitad del Starbucks en Mantua, la boca de su cañón quedó apuntando a mi frente, la mía a su pecho.
Sonaron gritos, sillas cayeron y de pronto todo fue silencio. La policía no tardaría en llegar.
—Julieta —entoné despacio.
Ella corrigió el agarre sobre su arma.
—Bájala.
—Bájala tú primero —me contestó.
—Paz, Julieta.

La vi dispuesta a disparar.
Escuché la sirena y ella también.
Comenzó a moverse para rodear la mesa sin perderme de vista, sin dejar de apuntarme.
Salió al corredor y desde allí, ordenándole a todos los presentes que no se movieran, caminó hasta la puerta.
Las sirenas sonaban cada vez más cerca.
Me miró a los ojos una última vez, abrió la puerta, y salió corriendo.
La vi salir disparada hacia el lado izquierdo.
—Nadie se mueva —ladré con mi arma en alto.
Salí corriendo por la puerta que ella dejara abierta.
Bajé el arma sin dejar de correr de camino a mi coche.
La policía no tardaría ni un parpadeo en aparecer.
Me lancé al interior de mi coche y de allí al camino, sin detectar ni rastros de Julieta.
Las sirenas quedaron atrás.
Huí de Mantua a toda velocidad.
Ben me llamó cuando estaba a mitad de camino, tenía desde ayer por la tarde sin saber de mí, porque tampoco había respondido a sus mensajes. El muy jodido de Damián le contó que yo había estado por su piso en la madrugada pero que había partido. Ben quiso saberlo todo. Me limité a explicarle que estaba bien, que iba de regreso a mi piso pero que necesitaba que hablara con el jefe de policía para que frenara lo que sucedería, porque seguro el Starbucks tendría cámaras y nos reconocerían a Julieta y a mí.
Ben reclamó más explicaciones que no le di. Me limité a repetir mi orden y él obedeció, se encargaría de que la policía de Mantua se quedase en su sitio para que así, mi reunión con Julieta, no fuese asunto de nadie más que nosotros.
Le dije a Ben que me largaría a casa a dormir pero que esperaba verlo en la noche. Él se relajó un poco ante el plan de cenar conmigo y con Damián.
Me di una ducha, me aseguré de que no entrara ni el más ínfimo hilo de luz por las ventanas, subí el aire acondicionado al máximo y en pelotas, me escondí bajo las mantas de mi enorme cama en el pent-house de uno de los Hoteles y Casino Montesco.

Comimos juntos y luego de saber que el jefe de policía ya tenía todo bajo seguro y de que no abriría la boca, me emborraché todo lo que pude, me emborraché hasta perder la conciencia.

III
Amenazas.

Mi papá tomó mi brazo y lo acomodó a alrededor del suyo. Le dio una palmadita al dorso de mi mano y se puso en movimiento, arrastrándome con él hacia la entrada del mercado.
Por detrás de nosotros avanzaron Teo y los demás.
Sabía que mi primo no nos perdería de vista pese a que mi papá había llegado con una numerosa cantidad de guardaespaldas.
—Tenemos mucho tiempo de no desayunar tú y yo aquí —comenzó a decirme—. ¿Recuerdas cuando te traía de niña? Te entusiasmaba tanto.
Por motivos que no pude precisar, se me puso la piel de gallina.

Entendía que su presencia aquí no se debía a recuperar recuerdos de mi niñez. Este ya no era su terreno, sino el mío y desde que lo pusiera en mis manos, jamás volviera a poner un pie aquí.
Una vocecita que nadie más que yo pudo escuchar, me susurró al oído que la cabeza de la familia Capuleto estaba aquí para ajustarme las tuercas, no para que desayunarmos conversando de tiempos pasados que no regresarían jamás.
Y por todo sitio, tenía que haber escogido el mercado para tener esta charla, y justo hoy, cuando el imbécil de Montesco había propuesto que nos viésemos aquí.
Desde lo profundo de mi alma deseé que ni se le ocurriera aparecer por estos lados porque en verdad no quería tener que volver a enfrentarlo, no hoy, mi cabeza estaba demasiado confundida para tener que pasar por esa situación y lograr tomar una decisión que no fuese ni horrible, ni terrible.
Ayer por la mañana no había sido solamente extraño sino desconcertante. Él había pasado horas esperándome, primero en su coche, luego en la mesa de la cafetería, solo.
Mentí cuando le dije que tenía dos horas allí. Había llegado al amanecer, incluso antes que él porque durante la noche apenas si pudiera pegar un ojo.
Él tampoco había dormido y se le notaba en la mirada, incluso en su cabello, opacado por la larga noche y al inquieta espera. Romeo tenía la maña de pasarse las manos por su cabello negro una y otra vez, alzándolo sobre su cráneo.
El muy jodido debía saber su que melena negra, cuyo largo flequillo caía sobre el lado derecho de su rostro era una delicia; parecía de seda. Y sí, era cierto que su trasero se tazaba en lingotes de oro. Romeo no tenía desperdicio alguno, hasta sus manos eran un espectáculo. ¿Qué hombre tiene unas tan bellas, dedos tan gráciles y al mismo tiempo, tan terriblemente masculinos?
Aquel tatuaje suyo en la base de su cuello que en inglés decía *puro* sin duda le hacía honor al puro blanco porcelana de su piel y también a la delicada cruz de oro que colgaba entre sus pectorales.
Ayer por la mañana me había encontrado a mí misma no solamente deseando sino necesitando tocar la tinta en su piel, las rosas que trepaban, hacia su hombros por debajo de las serpientes y el “hasta que la muerte nos separe” en inglés, tatuado sobre su corazón. Necesitando creer en su palabra y sentirla materializarse sobre el calor firme de su piel.
No podía terminar de entender lo que tramaba y eso me angustiaba porque además, todo lo que me dijera anoche se clavara en mí tal si yo fuese un alfiletero y no tuviese manos para quitarme las alfileres de encima.
Había pasado un buen rato, sin conseguir conciliar el sueño, intentando convencerme de que su mirada azul mentía; de que no estaba cansado de ser un Montesco, mucho menos de la guerra que debía saber, estaba a punto de embolsarse.
Por un instante, cuando su mano se movió hasta su cartuchera creí que era para bajar el arma a la mesa demostrándome que quería paz.
Nada de eso, él no bajó el arma.
Debí disparar.
De haber disparado me habría enviado lo que sabía que estaba a punto de caerme encima porque el brazo de mi papá era una solida viga tensa, porque sentí sobre su lado izquierdo su arma, porque hoy llevaba su trajes de impresionar.
—Te parece que demos un paseo antes de ir a desayunar —propuso.
Supe que se esforzaba por mantener el tono amable.
—Mejor vamos directamente a desayunar, supongo que podremos conseguir una mesa lo suficientemente privada para conversar sin que nos molesten.

Mi papá solía soltar sus reclamos sobre mí, con nosotros andando así, del brazo, o con él al volante de uno de sus tantos coches y yo en el asiento del acompañante como si constantemente necesitase recordarme quién estaba al mando, quién todavía continuaba al mando, quién tenía el control.
Apenas giró la cabeza y me miró.
—No, caminemos primero.
Incliné la cabeza dándole a entender que me sometía a sus designios, tal como siempre era.
Viendo su perfil, le pregunté mentalmente si seria capaz de enviar a alguien un día, a poner una bala en mí, si yo su pequeña princesa, lo decepcionaba de modo rotundo e insalvable.
Tuve tantas ganas de soltarme de su brazo, correr a su casa, buscar a mi hermano y desaparecer con él, muy lejos de aquí. Tenía dinero suficiente para que pudiésemos vivir con mucha holgura sin embargo, no sabía si sería suficiente para logar impedir que él fuese a encontrarnos. Romeo tenía razón, no todo en este mundo es dinero, también hay odio y mi papá me odiaría por siempre si lo abandonaba, peor que peor, si lo abandonaba llevándome a mi hermano conmigo, porque si se lo quitaba de las manos, él así perdía una de sus herramientas de coerción contra mí.
Tantas veces me amenazara con hacerle daño que había perdido la cuenta.
Entramos en el mercado y de inmediato nos rodeó el bullicio de la gente que iba y venía.

Mi padre alzó su mano derecha e hizo un ademán que yo le conocía de sobra.
Hasta Teo tomó distancia.
Aguardé porque sabía que él hablaría primero, porque comprendía que no me haría ningún favor intentar disculparme antes de que alzara los cargos en mi contra.
Sin importar qué, yo ya era culpable.
Estimé que mi delito de esta mañana, sería el haber permitido que el mal parido de Romeo Montesco, se hubiese hecho con el lote.
Mi padre saludó con un breve gesto al comerciante a su izquierda y a continuación, se aclaró la garganta.
—Esperaba verte en misa ayer.
Iba a despegar los labios; me detuve porque él continuó de inmediato.
—Sabes que no me gusta que faltes en nuestro banco. Si hasta tu hermano se levanta de su maldita cama para hacerse presente, tú al menos podrías hacer el esfuerzo de asistir.
A mi hermano lo arrancaba de su cama sin más, sin darle opción, sin importar cómo él se sintiese.
No dije nada.
—¿Por qué no viniste a almorzar?
—El sábado fue la despedida de soltera de Marisa.
—Sí, cierto, eso me recuerda que tú y yo debemos discutir sobre Paris.
—Papá…
—Ese bueno para nada comienza a molestarme.
—Papá, Paris y yo…
—Es hora de que te cases. Hablaré con él. Mi hija no nació para ser la noviecita de nadie, mi hija necesita un marido, no un niñito que se cree que por ser realeza, podrá follar a mi hija por siempre, sin ponerle un anillo en el dedo.
Me detuve en seco dándole un tirón a su brazo, mi padre se detuvo y me miró mal.
—Julieta, camina. El matrimonio no es negociable. Lo hablamos cuando comenzaste a verte con él. No me importa si luego tienes otros hombres o mujeres por ahí. Te casas de un a puta vez y me das nietos.
Parpadeé.
—Te quiero casada a más tardar en seis meses. ¿Estamos claros?
No respondí.
—Julieta —su vozarrón hizo temblar el suelo debajo de mí.
—Bien.
—Estupendo. Lo llamaré para hacérselo saber. Ahora camina.
Tiró de mi brazo y no me quedó más remedio que seguirlo.
—Ahora bien.
Supe que el asunto de Paris, solamente había sido una incómoda antesala, nada comparado a lo que estaba a puno de caerme encima.
—Quiero ese lote, Julieta. No me importa si tienes que matar a todos los Montesco para recuperarlo.
—Nunca fue nuestro.
Las palabras se me escaparon.
Mi papá, se movió tan rápido que nada pude hacer para evitar el puñetazo que me dio en la boca del estómago. Medio caí sobre él, y él me atajó con una sonrisa, como si acabara de rescatarme de irme al suelo después de tropezar.

Con la respiración cortada, mucho dolor y mis ojos haciendo agua, enfrenté su fría mirada gris, enmarcada en gruesas cejas negras.
—Julieta, suficiente tengo con la estupidez de tu madre. Hazme el favor de no joderme la vida todavía más. No te crié para que me des esa clase de respuestas. Te crié para que actúes, para que supieras defender a tu familia, para hacerle honor a tu sangre.
Las lágrimas se me escaparon cuando logré aspirar una bocanada de aire.
Fingiendo un gesto paternal, barrió con las yemas de los dedos de su pesada mano derecha, la misma con la que me golpeara, las lágrimas de mis mejillas.
No era la primera vez que mi papá me golpeaba, tampoco la primera con la que me demostraba que aún continuaba muy en forma porque al menos tres veces por semana, iba al gimnasio de siempre, a boxear.
—Quiero ese puto lote de regreso a mis manos, ¿queda claro? No me importa lo que debas hacer para recuperarlo. Quiero mi nombre en la escritura del terreno. Y tampoco estaría mal, que me trajeras en una bolsa, la cabeza de quien le dio a los Montesco el dinero que les faltaba para poder comprarlo—. Con su mano cubrió mi mejilla izquierda. Hacía dos años me había provocado una fractura en el pómulo después de golpearme por haber logrado que mi nombre y mi rostro aparecieran en una revista de negocios la cual me nombró la empresaria del año. Según mi papá, debió ser él quien apareciera en la portada.
A mí aquello desde el principio, me dio mala espina e intenté no acceder a la nota y a la sesión fotográfica pero cedí, porque después de todo, me lo merecía.
Según mi papá no, porque yo, sin el apellido Capuleto, no era nada.
—¿Queda claro, princesa?
—Sí —le contesté y mi voz salió quebrada. Lamenté verme en la obligación de demostrarle mi debilidad pero en realidad sabía que si no le daba una respuesta verbal, sería peor.
Héctor Capuleto palmeó mi mejilla y sonrió.
—Pronto, princesa, de preferencia antes de que todo el mundo se entere de que compraron el lote.
—Así será —le aseguré si bien no tenía idea de cómo haría para conseguirlo.
—Así me gusta —liberó mi mejilla del peso de su mano y reanudó el andar, arrastrándome tras él—. El próximo domingo no faltarás a misa. Sin importar lo que hagas el sábado por la noche, irás.
—Sí, papá.
—Ve a ver a tu hermano hoy, necesita que le pongan los puntos.
Lo miré y él debió sentir mi mirada sobre su perfil porque giró la cabeza y me enfrentó.
—Ayer pasó todo el rato quejándose de que no se sentía bien.
—¿Lo vio su médico?
Me respondió con una mirada cargada de desdén.
—Mamá debió llevarlo, o al menos —me detuve porque él dejó de andar.
—Tu madre, para la hora de ir a misa, ya estaba medio borracha.
Aproveché la oportunidad.
—Permíteme que me lo lleve a vivir conmigo. Yo me ocuparé de —desistí porque la severidad de su mueca, lo dijo todo.
—Estoy muy decepcionado de ti, Julieta y con tu comportamiento de esta mañana, no haces otra cosa que tornar mi tristeza todavía más profunda. Eres mi hija, mi heredera y por momentos siento que eres el enemigo. Permitiste que se nos escapara el lote y ahora quieres arrebatarme a tu hermano.

—No, no es eso, solamente digo que puedo ocuparme de eso. Mamá no puede y tú tienes demasiadas responsabilidades —lo intenté una vez más, casi esperando sentir el siguiente golpe.
El golpe que cayó, no fue físico.
—Julieta, a duras penas puedes con las responsabilidades que te encargo. Imagina, si se te fue de las manos un maldito trozo de tierra, lo que podría suceder si permito que te hagas cargo de tu hermano.
Se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez.
Tragué sus palabras sin más, no tenía caso intentar convencerlo de lo contrario.
—Necesito buenas noticias pronto.
Asentí con la cabeza.
Anduvimos un par de pasos si cruzar palabra, haciéndonos espacio en el tumulto de gente que iba y venía, que regateaba precios y movía exorbitantes sumas de dinero.
Usualmente el olor del mercado no me molestaba sin embargo esta mañana, me revolvía las tripas desde el olor del pescado, hasta el de las exóticas frutas.
—Tu tío me llamó anoche —entonó mi padre recuperando el habla—. Está preocupado por Rosalina. Me ha dicho que sus hombres le informaron que ha estado saliendo, más precisamente, escapándose de ellos.
—¿Qué?
—Que ha de estar viéndose con alguien que no quiere que su padre sepa o en el peor de los casos, que se ha envuelto en algún negocio al margen de la familia. Averigua qué es y ponle un fin.
Esta mañana no podía empeorar todavía más. Bueno, al menos ni su padre ni el mío, habían mencionado las drogas, si bien a mí, aquello era lo que más preocupaba, de cualquier modo entendía que ni mi padre ni el suyo moverían un dedo para alejarla de aquello y que si intentaban hacerlo, lo empeorarían todo. Ya me encargaría yo de hablar con ella otra vez. Por lo demás… mierda, que lo que menos se me antojaba era tener que investigar a mi prima.
—Párale los pies a esa niña, que suficiente tengo con su padre.
—Sí, papá, no te preocupes
—Claro que me preocupo. Tú también comienzas a demostrarme que eres una buena para nada.
—Recuperaré el lote.
Mi papá lanzó en mi dirección, una mirada de desconfianza.
Anduvimos un par de pasos más en silencio.
Interrumpió la tensa paz al detenerse frente al puesto de especias que por sobre todo, olía a curry con ácidos toques de menta.
—Nuestra vida sería tanto más sencilla si la línea Montesco se interrumpiera.
Mi estómago vacío, dio un vuelco.
—¿Si se interrumpe?
—Sí, estaría bien que le pusieses un punto final. Lo estupendo que sería verte embarazada y saber que aquel bastardo ya no está para darle descendencia.
Parpadeé a toda prisa.
—Por supuesto, ese punto debe ser puesto con cuidado para que nadie apunte en nuestra dirección. Hemos tenido suficiente de los Montesco. Mi princesa, llegó tu hora, arréglalo. Demuéstrame que eres digna heredera de la corona que heredarás.
—Papá.
—Primero te ocuparas de todo lo demás pero no estará más, que fueses orquestándolo. Celebraremos tu boda y la muerte de Romeo Montesco.

—Papá, si hacemos eso… —alzó un dedo deteniéndome.
—No, no lo haremos, tú lo harás y nadie más que yo, lo sabrá.
—¿Qué?
—Que nadie puede saberlo. Los soplones están a la hora del día. Nadie puede saberlo, no puedes utilizar a nadie del entorno. Será un secreto entre tú y yo. Consíguete otra arma, no quiero que nadie identifique la tuya. Asegúrate de Ponerle una bala en la cabeza y que nadie se entere de que fuiste tú.
—Sabrán que fuimos nosotros.
—No nosotros, tú —me corrigió otra vez—. Pero no importa porque lo harás bien, tal como se te enseñó y no habrá pruebas en tu contra. Primero recupera el terreno.
—Yo…
—Se me abrió el apetito —soltó conjuntamente con una gran sonrisa que no condecía con la conversación que mantuviéramos hasta un parpadeo atrás.
Sentí la sangre escurrirse de mi rostro.
—Mi princesa, su sangre en tus manos será prueba de tu honor. La sangre Capuleto renacerá en tus manos cuando él muera.
Cuando él muriera…
Me pregunté si cuando él muriera, quedaría algo mí o acabaría consumiéndome yo también, conjuntamente con los latidos de su corazón.
—Andando, vayamos a desayunar.
Le dio unas palmaditas a mi mano y me guió hasta la cafetería de siempre.
Tomé asiento en la silla a su lado y él ordenó por ambos.
Muda y asqueada, necesité huir de él, al menos cinco minutos.
—Necesito ir a los servicios —anuncié poniéndome de pie.
—Bien, llévate a Teo.
—No es necesario, voy armada. Enseguida regreso.
Por suerte, no me lo discutió.
Recogí mi bolso, esquivé nuestra mesa y salí del espacio rodeado de canteros de con flores que delineaban la pequeña terraza de la cafetería.
A los empujones y codazos, me abrí paso en dirección a los servicios, conteniendo las lágrimas y las ganas de vomitar, pero por sobre todo, las ganas de salir corriendo y huir muy lejos de aquí.
Vi el cartel que indicaba la entrada a los servicios ubicados en un corredor entre un negocio que vendía vajilla para la industria de la hotelería y la restauración, y un muy bonito puesto que se dedicaba a vender artículos de hierro forjado, entre estos, sartenes, calderos, cacerolas y morillos.
Entré en el corredor a toda prisa y aún así, por detrás de mis pasos, algo impactó contra mi espalda a toda velocidad. Algo no, alguien cuyo brazo rodeó mi cintura para apretarme contra su cuerpo. Sentí la presión del metal sobre la parte baja de mi espalda, en mi lado derecho.
Su perfume lo delató antes que su voz.
—Camina, no te detengas y ni se te ocurra gritar.
Giré la cabeza para ver a un Romeo encapuchado con una sudadera blanca como las que utilizaban los que trabajaban en los frigoríficos. La sudadera le quedaba enorme por lo que la capucha le caía sobre el rostro, su maldito escultural rostro de altiva frente, regia nariz y pornográficos labios.
—Muévete —me susurró al oído y su aliento me hizo cosquillas en la oreja y por detrás de esta.
El maldito de mi cuerpo me traicionó. Entre su aliento, su perfume y la dureza y calor de su cuerpo pegado al mío, me estremecí de gusto.

No me moví, simplemente no podía moverme, estaba paralizada, confundida, perdida en un círculo vicioso y tóxico de ver sus ojos y sus labios.
Romeo estudio mi rostro también sin amagar tener la intención de moverse.
De pronto, su mueca se aflojó.
—¿Qué tienes? —sonó genuinamente preocupado y lo odié por ser tan buen mentiroso.
Apreté los dientes para que no se me escaparan las lágrimas.
—El cañón de tu arma pegada a mi riñón —gruñí furiosa por tener tantas ganas de llorar y tanta necesidad de contarle todo lo que acababa de suceder para luego pedirle ayuda.
Romeo negó con la cabeza.
—No fui yo el que provocó esas lágrimas —entonó en voz baja. Fue un susurro dedicado únicamente a mí, como si pretendiese darme a entender que podíamos guardar el secreto entre nosotros—. ¿Tu padre? —soltó—. Tu padre —se respondió a sí mismo de inmediato—. ¡Maldito sea Capuleto! —bufó con su frente tensándose de enojo—. Camina —me ordenó empujándome con su brazo todavía rodeando mi cintura.
En cualquier otro momento, sin importar si su arma estaba pegada o no a mí, yo ya habría intentado soltarme. No lo intenté y para mayor vergüenza, le permití empujarme. Pasamos por delante de la entrada de los servicios y él me guió hacia el angosto corredor posterior, hacia su lado derecho. A menos de dos metros había una puerta entreabierta, hacia la cual me empujó.
La puerta era el acceso a una pequeña trastienda repleta de cajas polvorientas y húmedas. Entre los bártulos, había una pequeña mesa redonda de bar, una mesa de madera renegrida, y dos sillas de aspecto destartalado.
—Siéntate —me ordenó cerrando la puerta tras de sí después de liberarme de su abrazo, el cual para incrementar mi angustia, me dejó sintiéndome fría y abandonada. Mi espalda no tardó ni un parpadeo en echar en falta que calor de su rotundo pecho.
No me senté, permanecí en pie junto a la mesa, turbada, viéndolo enganchar su pistola dorada con rosas labradas todo a lo largo del cañón, en la cintura de su pantalones blancos, por detrás de su espalda.
Al levantarse la sudadera, quedaron expuestos sus oblicuos y parte de sus abdominales recubiertos por aquella piel de porcelana suya. El muy desgraciado de Romeo Montesco tenía un cuerpo que parecía tallado en mármol. ¡Una jodida obra del renacimiento! Bien podría ser el David de Miguel Ángel Buonarroti solo que mucho mejor dotado, ese último detalle era evidente incluso viéndolo llevando pantalones.
Su arma dorada, desapareció de mi vista cuando la sudadera cayó otra vez, cubriendo sus angostas caderas.
Me di cuenta de que tanto me había distraído con sus músculos que no había prestado atención a lo que dibujaba la tinta negra en aquella parte de su cuerpo.
Romeo apartó la capucha de su cabello negro que esta mañana relucía de limpio.
Terminó de hacer y buscó mi mirada con la suya.
—¿Julieta, qué tienes?
Apreté los labios.
¿Cómo si en verdad le importara?
—Tu padre tenía muy mala cara y te veía a ti con esa mala cara. Dime qué sucedió. En un momento creí que él — se detuvo, dio un paso al frente y yo retrocedí.
¿Desde cuando tenía siguiéndonos? ¿Acaso fuera testigo de todo sin que yo siquiera me percataba de que estaba allí.
El arma, debía sacar mi arma y disparar a su cabeza. Le volaría los sesos y se acabaría todo y a la

mierda si todo el mundo se enteraba.
—¿Princesa, te golpeó, no es así?
Maldije a la dulzura en su voz y al universo por hacerme pasar por esto. ¡¿Qué necesidad había de complicarlo todo?!
¡Maldito Montesco!
Las lágrimas fueron ácido en mis ojos.
Con las manos temblando como nunca, saqué el arma de la cartuchera en la cintura de mis pantalones, cartuchera que él debió sentir pero que no hizo nada por vaciar, alcé al arma y apunté a su cabeza.
Su mirada, en vez de preocuparse, al verse directamente apuntada por el cañón de mi arma, se dulcificó todavía más.
—Sí, te golpeó —entonó en voy muy baja—. El muy maldito te dio un puñetazo en el estómago, ¿no es así? No tropezase ni te torciste un pie. Él te golpeó. Joder, apuesto mi sangre a que no es la primera vez que te golpea—. Romeo, frunciendo en entrecejo, ladeó la cabeza—. ¿No fue un accidente de esquí, no es así?
Supe que se refería a mi pierna rota el invierno anterior.
—Y la vez… aquella vez que apareciste con el morado en tu rostro, creo que fue hace dos años. ¿No te fracturaste el pómulo surfeando? ¡Joder, cómo no me di cuenta antes!
Mis manos se echaron a temblar con furia, quise decirle que cerrara la boca, que parara, lo único que conseguí fue llorar todavía con más fuerza.
—Princesa —me dijo con la voz cargada de preocupación.
—¡Cierra la puta boca! —logré rugir.
—Princesa, esto tiene que acabar, no puede seguir haciéndote daño. Tu mano, antes de tu cumpleaños de dieciséis, en la escuela dijiste que estabas cocinando y que se te cayó el agua de la pasta. Mentira. Tú no eres torpe, jamás lo has sido.
Sí lo era y por eso ahora él lo sabía, por eso aún no le disparaba.
—La golpea a tu mamá también, no es así.
Antes, para eso ahora me tenía a mí. Desde que yo podía resistir mejor los golpes, mi mamá casi había quedado por completo en el olvido para él.
—Julieta, por Dios. Tenemos que acabar con esta locura—. Dio un paso al frente y yo lo amenacé con mi arma—. No te haré daño, te lo juro, no es para eso para lo que vine—. Amagó con dar otro paso pero le gané de mano, pegando el arma a su frente otra vez, a la cual él siquiera le prestó atención—. No soy tu padre, tampoco soy el mío y sé muy bien que tú no eres como tu padre. Tú… Tú simplemente eres distinta, siempre lo fuiste.
—Cierra la boca —lloré no pudiendo contener los hipidos, quería matarlo y también, soltar el arma y salir corriendo.
—A mí mi padre no me golpea, al menos ya no, porque sabe que si lo hace, le devolveré el golpe y no saldrá bien parado, mas no por ello… mi padre puede golpearme de otros modos, que duelen tanto o más que puñetazos. Estoy cansado de esta mierda, cansado de no ser más que un soldado para él.
Yo era un soldado, un sicario, su princesa la que más generaba dinero en la familia pero no su hija, jamás su hija.
—Julieta, tú y yo podemos ponerle fin a esto.
Sacudí la cabeza negando. Sentía que me asfixiaba aquí dentro y al mismo modo, no quería irme, no quería regresar con mi papá, quería confiar en él, creen en su palabra.
Todavía ignorando mi arma, Romeo alzó su mano derecha, sus dedos se acercaron cautelosos a

mi rostro.
Espié en dirección a sus dedos sin moverme.
Su mano continuó su vuelo hasta mí.
Las yemas de sus dedos vinieron a posarse sobre mis lágrimas.
—¿Necesitas ver a un médico? ¿Te golpeó en el estómago o en las costillas? —sus cálidos dedos se deslizaron hacia abajo siguiendo el camino de mis lágrimas.
No pude responder.
—Juro que me aseguraré de que no vuelva a golpearte.
Aparté la mirada de las yemas de sus dedos que llegaran al perfil de mi mandíbula, para subirla a sus ojos.
—No puedes jurarme tal cosa.
—Estoy haciéndolo. El muy maldito —escuché sus dientes grujir cuando apretó las mandíbulas a continuación—. ¿Cuántos de tus otros supuestos accidentes han sido su mano?
No teníamos tiempo suficiente para que le diera una lista.
—Julieta, escucha, hablo en serio, tú y yo podemos terminar esto.
—¿Cómo? —me encontré preguntándole sin querer.
Romeo, muy despacio, apartó su mano de mí. De a poco, sus labios, le dieron forma a una tímida sonrisa.
—Dando un paso al costado.
—¿Quieres que de un paso al costado?
—Ambos lo daremos, cuando llegue la hora.
—¿Qué?
—Eso, que nos bajaremos de este tren descarrilado.
—No acabará por más que nos larguemos de aquí.
—Eso es cierto pero no haremos solamente eso.
—No puedo creer que quieras dejar a tu padre—. No podía tragarme esta mentira, definitivamente él tenía que estar engañándome.
—Preferiría no tener que hacerlo pero mi padre —se detuvo y su sonrisa se tiñó de tristeza—, mi padre ya no es mi padre, tan solo mi jefe.
En mis manos transpiradas de nerviosismo, el arma se me resbaló.
—Viven por el odio que se tienen el uno al otro, nada más, ya siquiera les interesa quién de los dos tiene más dinero o poder. Continuarán odiándose igual aunque se queden en la calle.
—Acabas de decirlo, no tendrá fin.
—Si se quedan en la calle, ya no podrán ni manipularnos ni controlaros.
—Es imposible de hacer y yo no puedo dejar a mi padre en la calle.
—Julieta…
—Estás loco, Montesco, no sabes lo que dices.
—Julieta, no estoy loco y lo haré con o sin tu ayuda.
—Mi papá acaba de ordenarme matarte.
—Y aún así, continuo en pie frente a ti.
Su maldita mirada azul me perforó el cráneo. Se me puso la piel de gallina. Romeo volvió a sonreír para mí.
—No será una venganza, tú y yo ya hemos tenido de sobra, cobrándonos las que les pertenecen a ellos y que jamás fueron nuestras, será solamente ser tú y yo. Julieta y Romeo, a secas. ¿Acaso no tienes hambre de libertad?
El golpe en el estómago todavía me dolía.

—Julieta, esta nunca fue nuestra guerra, tú y yo éramos amigos, y cuando nos obligaron a actuar como si fuésemos enemigos, apenas si funcionaba. Tan solo les seguimos la corriente porque nos cansaron. Pues bien, yo ahora estoy cansado de seguirle la corriente. No tengo nada en tu contra, todo lo contrario, guardo muy buenos recuerdos de nuestra infancia.
También yo porque en clase, no había nadie que nos hiciera reír tanto como él, porque Romeo siempre estaba allí para sonreírme en los momentos más impensados, para defenderme de otros niños, elogiar mi cabello o gritar para darme ánimos en los partidos de vóley. Por mi parte, yo cada año lo votaba como el mejor compañero de la clase y cuando el equipo de futbol del colegio participaba en torneos interescolares, me aseguraba de que más de una pancarta, llevase su nombre para darle ánimo y en más de una ocasión, sin que él lo supiera, lo había salvado de los arranques de ira de mi primo Teobaldo.
De cualquier modo, el pasado nada tenía que ver con el presente. Mi papá quería que matara a Romeo y entendía que aquello no era negociable, mucho menos, evitable. Mi papá todavía tenía a mi hermano al alcance de su mano.
—¿Te dio un plazo de tiempo?
Su cabeza funcionaba como la mía, porque nuestros padres, nos habían criado del mismo modo.
—Se supone que primero deba recuperar el lote—. Se me escapó una risa áspera—. Y organizar una boda.
—¿Una boda?
—La mía con Paris.
—¡Tú no te casaras con ese idiota! —chilló y resultó cómico porque lo lanzó con tanto desparpajo que en verdad sonó a que éramos amigos de toda la vida. Después de todo, nos conocíamos desde siempre. Los dos habíamos nacido en el mismo hospital, en distintos días pero con diferencia apenas de horas. Romeo había nacido a las once y treinta y uno de la noche de un cuatro de diciembre, yo a las seis y treinta y tres de la mañana del siguiente día, lo cual sin duda, para nuestros padres, fue una broma del destino. Incluso nos bautizaron el mismo día, a mí por la mañana, a él por la tarde, ambos por fray Lorenzo, en la misma iglesia en la que tomáramos la comunión y nos confirmáramos, la misma a la que aun su familia y la mía iban para asistir a misa.
El arma pesó demasiado en mi mano y siquiera sopesé a posibilidad de tornarla más liviana, descargando una bala en su cabeza porque yo simplemente no quería terminar de convertirme en mi padre.
Bajé el brazo y él me vio hacer en silencio.
—¿Con esto quieres decirme que no te casarás con Paris? Me alegra haberte convencido —bromeó.
—Montesco —comencé y él me interrumpió.
—Puedes volver a llamarme Romeo. Me gusta como suena en tus labios.
—Decididamente, no lo haré.
—¿Quieres casarte con Paris?
Me limité a mirarlo.
—Ya sabía yo que no podías estar enamorada de se sujeto. Es un inútil.
Sí, en efecto lo era pero en la cama nos divertíamos y… me detuve ante su sonrisa sexy.
—¿Qué?
—No te casarás con ese idiota, te casarás conmigo.
—¡¿Acaso enloqueciste?!
—Sería el final perfecto, ¿no te parece?

—¿No que tú y yo, íbamos a tener un final violento?
Por una fracción de segundo, su sonrisa tembló.
—Le dirás a tu padre que trabajas arduo para recuperar el terreno.
—De nada servirá que le diga eso si no puedo recuperar el lote. Mi papá… cuando lo hagas público… quiere la cabeza de quien se haya asociado contigo, Romeo.
—Ok, no lo haré público. Dejaremos eso para cuando tengamos lo demás resuelto.
—¿Qué?
—Lo demoraré todo lo posible para que no te veas en la obligación de buscar a mi socio.
—¿Entonces sí tienes uno?
—Sí.
—Maldito desgraciado —reí.
—Mi socio es nuestro ticket de salida, Julieta. Él es nuestro salvador.
—Eres muy ingenuo.
—No, tengo fe y así como tú, se trabajar duro. Lo lograremos.
—¿Cómo?
—¿Tienes dinero fuera? Me refiero a si tienes dinero lejos del alcance de las garras de tu padre.
Dudé, dudé un poco más.
—Yo sí, de sobra. Si no tienes, si no puedes fugar dinero en lo que queda de tiempo hasta que esto estalle, te daré la mitad.
Parpadeé a toda prisa.
—Tengo de sobra para los dos y yo no —medio se encogió de hombros—. No necesito mucho.
—¿No?
Romeo se enserió.
—No. ¿Y tú?
—No puedo dejar a mi hermano aquí y el necesita atención médica pero sí, si tengo dinero afuera, el suficiente para mantenernos a mi hermano y a mí.
Su sonrisa fue un estallido de felicidad.
—Por cierto, ¿cómo está Yago?
No supe si responder, yo podía tomar riesgos con Romeo mas involucrar a mi hermano en la situación… no hasta que terminase de asegurarme qué sucedía aquí.
—La última vez que lo vi fue hace semanas, en misa. Hace mucho que no voy por ahí —esto último lo acotó con una sonrisa pícara en los labios—. Y mi padre ya me lo reclamó ayer por la noche en un mensaje que me dejó en mi móvil.
Continué sin decir nada y él me contempló un instante en silencio.
—Tu hermano es parte de esto, y no lo abandonaremos.
Si él supiera lo muy en serio que quería tomarme sus palabras.
—Aún recuerdo cuando era un bebé. Con su cabello tan claro que apenas si se le veía—. Rio con dulzura y en este instante, el condenado Romeo Montesco, no podía lucir más adorable—. Lo recuerdo en tus brazos, contigo siempre dejaba de llorar.
Era cierto pero no dije nada.
—A mí me habría gustado tener hermanos.
Eso mismo me había dicho años atrás, cuando los miles de males que aquejaban a mi hermano, se hicieron públicos. En ese entonces, también se había interesado por él.
—Julieta —me llamó ante mi silencio.
Lo miré directo a los ojos.
—Hablo en serio. Te doy mi palabra. Esto terminará—. Negó con la cabeza—. No permitiré que

vuelva a golpearte—. Bajó la mirada al arma en mi mano—. Paz, Julieta Capuleto. Te pido que entre tú y yo, haya paz.
Despacio, alcé el brazo y regresé el arma a la cartuchera.
—Mi hermano… necesito sacar a mi hermano de la casa de mis padres —y así sin más, estaba pidiéndole ayuda a Romeo Capuleto.
—Bien, lo haremos, todavía no sé como, pero lo haremos.
—Lo antes posible, cada vez que —se me fue la voz—, cada vez que hago algo que no le gusta o cuando algo no me sale bien, me amenaza con Yago, de forma velada pero lo hace.
Vi su rostro contorsionarse de furia. Su blanca piel se puso como un hierro al rojo vivo.
—¿Qué dices?
—Eso, y mi hermano no puede defenderse. Apenas si consigue levantarse de la cama. Ayer lo arrastró a misa.
—Joder con el hijo de puta de tu Héctor Capuleto —lanzó—. Está bien, dame unos días a que piense en algo, yo me encargaré, no quiero involucrarte para no levantar sospechas, si piensa que es algo tuyo… —se detuvo—. Lo sacaré de allí.
Una sonrisa quiso aflorar en mis labios pero la detuve, la alegría que quería sentir era demasiado prematura.
—¿A él… a él también lo maltrata?
De pronto me invadió una profunda vergüenza que sabía no era mi responsabilidad. El golpeador era mi padre, no yo.
Bajando la vista, negué con la cabeza.
—A mi mamá, a veces. Ella solía ser su blanco, ahora mayormente soy yo. Mi mamá no le sirve de mucho porque pasa casi todo el día, todos los días borracha. Es un blanco muy sencillo para su gusto.
—Joder, Julieta —gimió con voz ahogada—. Debería salir y ponerle una bala en el corazón al muy maldito.
—Llegamos con una docena de hombres, incluido mi primo Teobaldo, no te lo recomiendo. ¿Por cierto, estás solo?
En respuesta me sonrió. Me dio la impresión de que aquello era un sí.
—Cada vez me convenzo más de que perdiste la cabeza.
—Tal vez —canturreó con una mueca altanera.
—Romeo, si se enteran de que estás aquí…
—Nadie lo sabrá.
Me quedé viéndolo a los ojos y por poco y me pierdo en su profunda mirada azul.
—Ayer —comencé a decir y él me detuvo.
—Olvídate de ayer. Es hoy, Julieta. Hoy y de aquí en adelante. En unos días le dices a tu padre que encontraste una posible pista que podría dar en mi inversor.
Esto no iba a funcionar.
—De ser necesario, le daremos pistas falsas para confundirlo y ganar más tiempo.
—¿En serio crees que lograrás evitar que tu padre haga pública la compra del lote?
—Sí, no te preocupes por eso, ya le inventaré alguna excusa.
—¿Y tu socio, no quiere él que todo el mundo sepa que hace negocios con ustedes?
Su siguiente picara sonrisa ladeada aceleró los latidos de mi corazón, él muy maldito era un jodido espectáculo.
—Tranquila, déjalo en mis manos, sé cómo funciona esto.
—Sí, yo también, por eso tengo mis dudas.

—Dame la oportunidad de demostrarte que sé lo que estoy haciendo. Tengo años planeando esto.
¿Años?
Mierda, o iba en serio o de verdad era un estupendo actor.
—Te lo demostraré. Sé que todavía no confías en mí, puedo verlo en tu mirada. Te juro que no miento mas de cualquier modo te lo demostraré con hechos.
Sacudí la cabeza.
—Creerás en mí.
—¿Tan seguro estás de eso?
—Por supuesto, después de todo, soy un Montesco, ¿no?
Lo miré mal.
—Bromeo, Julieta.
No podía estar segura de que así era, no todavía, al menos.
—También te demostraré que iba en serio cuando decía que me encantan tus ojos.
Resoplé revoleándolos.
—Ni lo intentes, Romeo. No funcionará conmigo.
—¿Qué es lo que no funcionará?
—No soy como las mujeres que te tiras.
—¿Qué mujeres me tiró? —me provocó sacando pecho.
—Ahórratelo para tus conquistas —alcé la mano derecha, le puse un dedo en el pecho, y lo empujé hacia atrás, él me dejó hacer riendo divertido.
—Dime, ¿qué tan chiquita la tiene Paris?
—Y así vuelves a ser tú —canturreé.
Romeo rio con ganas y fue una absoluta delicia.
—Es aburrido, insípido. No entiendo cómo es que alguien como tú, acabó con sujeto como él. No necesitas ni su dinero ni su posición.
—No voy a explicártelo.
—No hace falta, tan solo dime que no te casarás con él y que aceptarás venir a cenar conmigo uno de estos días.
—¿Cenar contigo?
—Sí, y luego si todo sale bien, podemos desayunar juntos en la cama.
Me carcajeé en su cara.
—¿Estás haciendo esto para acostarte conmigo? —En verdad no me lo parecía pero de cualquier modo.
—No, besarte sería un extra, uno muy agradable.
—Pues lamento decepciónate.
—¿Nunca soñaste con besarme?
Sí y no pesaba decírselo.
Negué con la cabeza.
—Yo sí he soñado contigo. ¿Te gustaría que te cuente qué soñé?
—Prefiero que me reveles el nombre de tu inversor.
—No lo besarás a él.
—Eres imposible.
—Conozco un restaurante italiano estupendo, queda en Mantua, es un sitio pequeñito y muy agradable. Podríamos cenar allí mañana. Yo invito.
—No voy a ser parte de tu circuito de Mantua, Montesco.
—Los ravioles son increíbles.

—No iré a cenar contigo.
—Allí nadie sabe quien soy. Es gente muy agradable, lo regentea una familia que ha tenido aquel restaurante por tres generaciones. Son gente estupenda. El restaurante no tiene demasiadas pretensiones sin embargo la comida es deliciosa. Nunca probarás algo tan bueno. Hacen su propio pan.
—No, Romeo.
—Tan solo piénsalo. No tiene que ser una cita, solamente dos viejos amigos comiendo juntos, poniéndose al día con sus vidas.
—Como si yo no supiese todo de ti, como si tú no supieses todo de mí.
Romeo perdió la sonrisa.
—De haber sabido todo de ti, tu padre estaría muerto ahora —su tono sonó tan rotundo que me impactó—. Ese hijo de puta no volverá a golpearte, y ahora entiendo porque no le devuelves el golpe —se detuvo un instante—, tu hermano. Temes que se su revancha sea tu hermano.
La sangre de mi rostro cayó a mis pies, por lo que mis mejillas se helaron.
Romeo Montesco lo entendía como nadie.
—¿Qué me dices si mañana por la mañana, aparezco en tu playa a verte surfear? Iré solo. Te invitaré otra vez a cenar, y si me dices que sí pues será un sí.
—¿Tú nunca te das por vencido?
Negó con la cabeza.
—Sí me necesitas —comenzó a decirme.
Lo vi sacar un móvil del bolsillo derecho de sus pantalones, que no era el que yo le conocía. El móvil tenía una funda rosa pálido.
—¿Y eso?
—Es mi número privado, el que no figura a mi nombre, el que solo un puñado de personas tienen.
—¿El que le das a tus mujeres? —el número que yo sospechaba que tenía, el que debía usar para contactarse con su maldito socio.
—No. Este número, contándote a ti, lo tendrán cuatro personas.
Romeo manipuló el aparato y a los pocos segundos, mi móvil en mi bolso, comenzó a sonar.
—¿Cómo mierda…? —gruñí.
—¿A caso tú no tienes mi número? Al otro me refiero.
No contesté ni que sí, ni que no.
Mi móvil dejó de sonar.
—Sería conveniente que te buscaras otro móvil para que podamos mantenernos en contacto sin miedo. Si lo consigues, me mandas un mensaje desde allí, que preferiría que por el bien de ambos, ese número —con la barbilla apuntó hacia mi móvil en cuya pantalla todavía figuraba la llamada perdida de su móvil—, no quedara registrado allí. Puedo conseguirte uno en el mercado negro.
—Uno robado.
Romeo me dedicó una sonrisa ladeada.
—Por supuesto. Robado y descartable en caso de problemas. No irás a comprar un móvil nuevo con tu tarjeta de crédito.
—Claro que no.
—Lo sé, que además sé de tus negocios, princesa. Consíguete otro móvil y me llamas desde allí.
—¿Tienes un tercer móvil?
—No, princesa, no lo necesito. Voy en serio, para que lo entiendas, sé muy bien que podrías

rastrearme con este aparato porque siempre lo cargo, incluso cuando dejo en mi piso o en mi coche, el otro. De este no me desprendo nunca. A ver si terminas de hacerte a la idea de que no miento y de que yo sí confío en ti.
—Tu error, no el mío.
—No, no es un error creer en ti. Sé que no.
Con aquello me cerró la boca. ¿En verdad confiaba en mí?
—Cuídate y si me necesitas, me llamas. Si el mal parido de tu padre vuelve a ponerte una mano encima, me llamas y lo mato.
—¿Cómo si tú no me hubieses golpeado nunca? —lo enfrenté.
Romeo bajó la mirada un instante.
—Sí, es cierto. Te pido perdón. Sé que no sirve de mucho que me disculpe, eso no resuelve todo lo que ha pasado entre nosotros. Por mucho tiempo yo creí… en serio creía que eras el enemigo. Ya no. Y lo cierto es que nunca lo fuiste, eres una victima así como yo, una victima de nuestros padres y su locura. Esta jamás fue nuestra guerra —insistió—. No es nuestra guerra. Ojalá tu padre y él mío hubiesen tenido los huevos necesarios para enfrentarse el uno al otro y dejarse de joder, que tienen décadas fastidiándole la vida a todo el mundo aquí.
—Demasiada gente vive de tu padre y el mío.
—No es vida, nosotros los lo sabemos.
—Romeo, no resultará —susurré.
—Julieta, mírame.
Fijé mi mirada en la suya.
—Funcionará —me prometió—. Seremos libres.
—Eres tan ingenuo.
—Soy un soñador, que no es lo mismo.
No pude más que reír.
—Y tú tienes la mirada más bonita que yo viera jamás.
Sus ojos bajaron a mis labios.
La puerta se abrió de pronto y el corazón me trepó a los labios. Romeo se lanzó hacia mí, con sus manos por delante, las cuales tomaron mi cuello.
Su boca impactó contra la mía y por una fracción de segundo, pensé en quitármelo de encima. El pensamiento quedó bloqueado de inmediato por culpa de sus labios carnosos y tibios moviéndose sobre los míos, por culpa del sabor mezcla de café y vainilla, en su boca, por su maldita lengua que rosó la mía, porque sus caderas chocaron contra las mías y de pronto se me antojó enredar mis piernas en él para rodearlo y apretarlo contra mí.
—¡Joder, búsquense un hotel, esto es propiedad privada! —rezongó una potente voz masculina —. ¡Lárguense de aquí en este instante! ¡Vamos, fuera de aquí!
Romeo apartó su boca de la mía y su mirada lo dijo todo, debía seguirle la corriente.
—Sí, sí, ya nos vamos— le dijo sin darse la vuelta, sin dejar de verme a los ojos. Se subió la capucha y luego me abrazó escondiendo mi rostro en su cuello. Mi cabello cayó sobre mi perfil —. Ya nos vamos—. Le dijo poniendo su mano sobre mi mejilla, tapándome al tiempo que él bajaba al cabeza para que la capucha lo escondiera todavía más.
Salimos de allí en esa incómoda posición con el sujeto todavía rezongando.
Romeo me llevó por la calle posterior y no me soltó hasta que estuvimos a una veintena de metros, y solo al cabo de anunciar que no había nadie alrededor.
No hice más que alejarme un paso de él, que volví a notar el vacío que su distancia ponía en mí. Me agradó todavía menos reconocer que aún percibía su sabor en mi boca y la suavidad de sus

labios en los míos.
Mi mirada tropezó con la suya para caer en sus labios, para ver al muy desgraciado, sonreír satisfecho.
—Nunca he estado más feliz de que alguien me interrumpiese en una conversación. ¿A qué mi distracción funcionó de maravillas? El sujeto no tiene ni idea de que éramos nosotros.
Su tono me provocó una mezcla entre ganas de golpearlo y de volver a besarlo porque si algo era cierto, era que mis labios no se habían quedado quietos, tampoco mi lengua. La brevedad no me había permitido terminar de decidir si su boca en la mía era buena idea o no, sin embargo… bueno, no había estado mal, tampoco era el largo beso romántico y dulce con el que soñara de adolescente al verlo en compañía de sus incontables novias, las que él cambiaba a cada parpadeo.
—La próxima vez, nos tomaremos más tiempo.
—Sigue soñando, Montesco.
—Eso haré, ya te lo dije, soy un soñador—. La sonrisa burlona que enarbolara un momento atrás, se diluyó en una mueca de preocupación—. ¿Estarás bien si me voy ahora, si te dejo sola con él?
Con amargura, asentí con la cabeza.
—Bien, te veré mañana por la mañana en la playa.
—Eres imposible.
—Sí, soy tan magnífico que parezco irreal. Te besaré otra vez para que se te quiten las dudas, para demostrar que soy de carne y hueso—. Dio un paso al frente con sus manos en alto, con intención de tomar mi cuello otra vez.
Sus manos en mi cuello tampoco habían estado nada mal.
Escapé de él, dando un paso atrás.
—Vete de una vez porque si alguien te encuentra aquí conmigo, no habrá mañana para ti.
—Prométeme que te verás conmigo en la playa.
—Si te ven…
—Tú no te preocupes por eso.
Se me escapó un suspiro.
—Qué bueno es ser testigo de tu preocupación por mí —ronroneó intentando otro acercamiento.
—Montesco, si alguien se entera de esto, los dos podemos darnos por muertos y lo sabes.
Puso una muy cómica cara de asco.
—Ya tenías que arruinarlo.
—Fuiste tú el que me recordó que la gente dice que tendremos un final violento.
Romeo, recuperando su dulce sonrisa, negó con la cabeza.
—No lo permitiré. Eso no sucederá. Te lo juro.
Una filosa hoja de terror, atravesó mi corazón.
Esto era una locura, muy mala idea.
—Romeo —no pude seguir porque no supe por dónde seguir.
—Prométeme que te cuidarás y que me llamaras si me necesitas.
Mi cabeza al moverse, le contestó por mí.
Romeo se movió en mi dirección pero no para besarme sino para tomar mi mano y alzar mis nudillos hasta sus labios, los cuales inclinaba en una reverencia.
—Mi dulce doncella de mirada de sol y labios de ternura —besó mis dedos.
—Montesco, sea lo que sea que estés intentando, te sale pésimo.
Así, con la cabeza todavía inclinada, me espió por debajo de sus tupidas cejas negras.
Entendí que me mentía a mí misma, al muy desgraciado estaba saliéndole a la perfección, mi corazón latiendo descontrolado le dio la razón, este y mis labios ardiendo de deseo por los suyos,

también.
Despacio y con sumo cuidado, dejó ir mi mano.
—Hasta mañana, princesa.
Inspiré hondo.
—Hasta mañana.
Romeó sonrió y salió corriendo.
No me moví de mi sitio hasta perder de vista su espalda a la distancia, en la angosta callejuela que acababa en contenedores verdes de basura.
Me tomó unos largos minutos volver a mí y reaccionar.
Antes de regresar a la mesa con mi padre, pasé por los servicios.

Mi padre sonreía alegremente, conversando con el camarero que justo llegaba con nuestro desayuno, cuando entré en la terraza.
—¡Aquí llega mi princesa! —exclamó porque las apariencias y las demostraciones grandilocuentes, eran lo suyo.
El camarero giró la cabeza para mírame.
—¿Todo en orden, princesa? —quiso saber mientras yo me movía entre las sillas para regresar a la mía.
—Todo en orden, papá.
Desayunamos juntos, tal si nada hubiese sucedido y luego cada uno, marchó a ocuparse de sus obligaciones.

IV
Un santo maldito, un villano honorable.

La puerta de mi oficina se abrió sin que nadie llamara antes.
Tan solo una persona, entraba así sin tocar.
Aparté la vista de los papeles que tenía entre mano; Ben la suya de la pantalla de su ordenador y giró la cabeza para espiar hacia atrás.
—Y así, Montesco padre, entra en escena —anuncié impostando la voz.
Mi padre, que llegaba solo y con cara de buen humor, cerró la puerta tras él.
—Pero que visión más estupenda, mi hijo y mi sobrino, ambos trabajando en silencio. ¿Qué traman ustedes dos? Espero sea la caída de los Capuleto, una estrepitosa y irrevocable.
Nada parecido pero de cualquier modo, le sonreí.
—Próspero Montesco —entonó mi primo a modo de saludo—. Señor, debería saber que respiramos con ese fin. Qué más motivo para ser, que la casa Montesco y honrarla con nuestra sangre.
Las palabras de Ben no me agradaron ni un poco; procuré simplemente dejarlas pasar, porque, por supuesto que en mí habitaba tanto la capacidad de ser un santo maldito, cuando un villano honorable.
—Ben —mi papá llegó a él para posar sus pesadas manos sobre los hombros de mi primo—. Mi corazón canta de gozo al escuchare hablar así.
—¿Qué sucede con ustedes dos hoy? ¿Está a la orden del día el drama y no me llegó el memo?
—Romeo —canturreó mi padre al tiempo que reía, sacudiendo a mi primo, divertido—. La vida es poesía y esta aquí, es una de las mejores rimas jamás entonadas, la descendencia Montesco, nuestro futuro—. Palmeó los hombros de Ben—. Y hablando de futuro —efectuó una pausa—. Ben, ¿tendrías la amabilidad de permitirnos un momento, por favor? Necesito hablar con este granuja un momento.
—Granuja, pero si Romeo es un santo, nuestro santo salvador.
El café que terminara de beber un momento atrás, amenazó con horadar mi estómago.
Mi padre le dio un apretón a los hombros de mi primo.
—Anda, danos un momento. Seguro necesitas un descanso.
—Siempre —rio Ben comenzando a cerrar su portátil.
Próspero Montesco se hizo a un lado para permitirle partir.
Mi primo empujó hacia atrás su silla al tiempo que me miraba.
Asentí con un ligero movimiento de cabeza y él entendió que estaba bien, que podía irse, aunque hubiese preferido que se quedara porque sinceramente, pese a que mi padre sonreía, no se me antojaba hablar con él. Mi padre nunca aparecía así sin avisar, por buenos motivos.
Ben terminó de recoger sus cosas y partió en silencio.
Su silla quedó vacía hasta que la puerta se cerró tras él.
Mi padre se acomodó despacio, desabrochando el botón de la chaqueta de su traje. Mientras lo hacía, fingió interés en los papeles que esparcidos sobre mi escritorio. Agradecí que aquí no hubiese nada que él no debiese ver.
No hallando nada que despertara su interés, finalmente alzó la vista a mis ojos.
—¿Cómo va todo?
—Bien —respondí fingiendo una despreocupación que no sentía.

—Eso es estupendo —entonó sonriendo—. ¿Alguna novedad?
—No, la verdad es que no. Ha sido un día tranquilo sin eventualidades.
Noté en su mirada que mis palabras no lograron convencerlo.
—¿En qué trabajas?
—En nada nuevo. Solamente avanzando con negocios de los que ya estás al tanto. Hoy entró un pago importante. ¿Supongo que lo viste?
—Sí, ha de ser que los rumores dan su fruto. Pronto todos sabrán que la ciudad será nuestra, que si quieren progresar, será de nuestra mano.
Decidido a no continuar con el tema, me puse a recoger mis papeles.
—Pensaba en una fiesta —comenzó y yo hice de cuenta que no lo había escuchado porque estimaba por dónde iban los tiros—. Una fiesta grande, con todo el lujo, en nuestro hotel céntrico.
Seguí con lo mío.
—¿Podría ser de aquí a unas dos semanas a más tardar? A mí me gustaría que fuese mucho antes; quiero que toda la ciudad se entere. Habla con tu socio y pregúntale si está libre para venir. Por su puesto que su estadía corre por nuestra cuenta. Le daremos todo lo que pueda necesitar y querer, y mucho más.
Me esforcé por continuar ignorándolo.
—Romeo.
No alcé la cabeza.
—Romeo, ¿escuchas lo que te digo?
Inspiré hondo y alcé la frente.
—¿Por qué tienes esa cara? Tal parece que te dijera que organices un funeral, no una fiesta. Romeo, seremos dueños de la ciudad, y todo, gracias a ti.
Si él supiera.
Sentí el agujero en mi estómago agrandarse.
—Ya puedes relajarte, está hecho, la escritura está a nuestro nombre y en unos días estará legalizada. Entonces podremos anunciarlo con bombos y platillos, trae a tu hombre y festejarlo por todo lo alto. ¡Y al infierno con los Capuleto! —rio mi padre aplaudiendo feliz—. Mi niño —rugió lleno de algarabía, alzándose un poco de su silla para inclinándose sobre mi profundo escritorio, llegar a tomar mi rostro entre sus manos—. Mi maravilloso niño. Tan bien me saliste. Eres mi mejor obra.
Sus palabras para mí, no eran un elogio, sino todo lo contrario.
—Mi rufián —exclamó sacudiendo mi cabeza. Me soltó—. Anda, llama a tu socio y pregúntale cuando puede venir. No estaría mal que se hiciera una escapada hasta aquí antes de la fiesta para que pudiese conocerlo. Me gustaría cenar con él, por supuesto, contigo presente.
En silencio, me quedé viéndolo.
—Vamos Romeo. Está hecho, él ya no tiene nada que temer. Los Capuleto pasaran a la historia en menos de un parpadeo.
—Deberíamos esperar —intenté sonar tranquilo, bajo control.
—¡¿Esperar a qué?!
—A que la escritura esté legalizada, los planos aprobados y la construcción en marcha.
La frente de mi padre se pobló de arrugas.
—¿Qué?
—Digo que no quiero que intenten nada en nuestra contra, tampoco en contra del proyecto. Sería mejor aún si no decimos nada hasta el día mismo de la inauguración del hotel.

Mi padre me estudió muy serio, en silencio, por un par de segundos y luego estalló en una estruendosa carcajada que me puso los pelos de punta.
—¿Es broma, no es así? —lloraba de la risa.
—No, hablo en serio. Intentarán boicotearnos.
—Romeo —rio.
—Papá, piénsalo un instante. No es una propuesta tan descabellada. Démosle tiempo a la construcción a avanzar. Los rumores seguirán corriendo sí, y es probable que eso nos ayude en los negocios pero si no lo hacemos oficial hasta último momento, es probable que nos ahorremos muchos disgustos. Dales tiempo a caer. Que sufran de a poco. Los rumores serán suficiente para que todos, poco a poco, vayan pasándose a nuestro lado. No tiene que ser de hoy para mañana. Seguro quieres que sufran. Si no tienen la certeza y ven que el dinero poco a poco se les escapa de las manos para pasar a la nuestra, será la perfecta venganza.
Definitivamente podía ser un santo maldito y un villano honorable.
—La policía no les permitirá ir sin más contra alguien que no sea nosotros y lo sabes, y si no tienen la certeza de que el terreno es nuestro, que él proyecto se alza con nuestro dinero, ellos…
— En la mueca de mi padre vi que comenzaba a sopesar la posibilidad de esperar—. Entiendo que quieras verlos caer y los verás caer. De a poco, escalón a escalón, papá—. Así como también caería él y el resto de la familia. Y también los Capuleto.
—¿Cuánto tiempo? —quiso saber mi padre.
—Un año —arriesgué el máximo.
—¡¿Un año?! —estalló mi padre—. ¡No esperaré un año! Tres meses como mucho. Los trabajos en el pozo podrían comenzar en menos de un mes.
Un mes era demasiado poco tiempo.
—Papá —mi padre no me permitió seguir.
—Es una locura esperar tanto.
—Papá, podrían surgir imprevistos. Sabes que los trabajos desde el pozo, siempre son complicados y todavía más en esa zona, los ingenieros nos los advirtieron, el terreno está cerca de la playa y —me interrumpió otra vez.
—No esperaré tres meses.
—Como mucho. Iremos viéndolo sobre la marcha.
—Romeo —gruñó en advertencia.
—Papá, si esperaste hasta este día, puedes esperar un poco más. Apresurarnos ahora sería descuidado. Ya ganamos y tú lo sabes. Es esperar un poco más, no por siempre.
Lo vi acomodar su espalda contra el respaldo de la silla. En silencio, movió su mirada hacia la ciudad al otro lado de los ventanales de mi oficina.
—Bien —aceptó por fin, todavía con la vista puesta en la ciudad—. Esperaremos para la fiesta y para hacerlo público. De cualquier modo, poco a poco, todos se enterarán que los rumores corren rápido.
Yo me encargaría de evitar que así fuese.
—Igualmente, llama a tu socio y dile que quiero conocerlo, que lo invito a cenar. Seguro puede hacerse una escapada pronto, no necesitaría estar aquí más que una noche. Será una cena privada, en casa.
—Papá…
—Llámalo y pregúntale.
—Luego.
—No, luego no, ahora.

—¿Qué?
—Que lo llames ahora y le preguntes cuando puede venir.
Sobre mi enorme silla de escritorio, me convertí en piedra.
—Llámalo.
No me moví.
—Romeo —mi nombre fue una advertencia en sus labios.
Lo enfrenté con la mirada.
—Hijo, esto que haces no habla bien de ti. Tienes tres meses esquivando el asunto. Al principio me dije "bien, déjalo, haz que haga su camino, que se tome su tiempo, confía en él, es tu hijo", pero ahora… Romeo, no soy idiota, ¿crees que no me doy cuenta que no quieres presentármelo?
—No es eso.
—¿No? —escupió con sorna—. Romeo es tu socio pero el dinero… sigues siendo Montesco, así como la sangre a la que debes responder. ¿Acaso crees que puedes hacer esto solo, qué podrías haberlo hecho solo? Si tienes la oportunidad de hacer negocios, es porque eres mi hijo y nada más. De tu apellido haber sido cualquier otro, no ocuparías una oficina de este tamaño y no tendrías todas las cosas que tienes, de no ser mi hijo, probablemente serías un fracasado, uno con muchos humos y altanería, pero fracasado al fin. Sin mí, no serías más que humo y ten presente que puedo hacer que seas incluso menos que eso. Si crees que por no hablarme de tu socio conseguirás despegarte de la familia y hacer tus propios negocios al margen de esta, te equivocas. Romeo, si das un paso en falso, lo sabré.
Apreté los dientes por no soltarle a la cara, todo lo que tenía ganas de decirle. No era el momento, debía esperar, había trabajado mucho para llegar a este aquí y ahora, y demasiado estaba en juego como para dejarme llevar por sus pullas de siempre.
—Tú sin mí no serías más que una cara bonita, Romeo y pese a lo que crees, a las mujeres los que simplemente son caras bonitas, no les importan mucho. Recuerda que tus mujeres están contigo por el dinero que es mío, porque eres un Montesco.
Con furia, apreté los apoyabrazos de mi silla en mis puños cerrados.
—Quiero conocer a tu socio de una puta vez y eso no se discute, ¿estamos claros?
No respondí.
—¿Estamos claros, Romeo?
Asentí con la cabeza.
—No te escucho decirlo.
—Estamos claros, papá.
Mi padre me midió con una mirada severa.
—Mejor así.
Levantándose de su silla, se estiró otra vez sobre él escritorio y puso sobre mi mejilla unas palmadas que pretendían ser afectuosas pero que eran cualquier cosa menos eso, sus palmaditas eran su recordatorio de que él me había dado vida, que me tenía bajo su control y que si se le antojaba, podía destruir mi existencia sin más. Más de una vez me había advertido que tuviera cuidado, recordándome que iba armado y que su puntería era legendaria.
Apreté los dientes y furioso vi mi mirada aguarse. ¿Por qué no podía ser simplemente mi padre, un padre común y corriente? Uno que me dijera que estaba orgulloso de mí, que quería verme crecer, un padre que deseara para mí, felicidad, uno que mirara en mi dirección con cariño.
Mi padre apartó su mano, creí que iba a alejarse y en vez de eso… su puño atrapó mi cabello por encima de mi cabeza para darme un tirón. Tuve una reacción inmediata que no fue la mejor, mi mano derecha fue a buscar el arma que estaba sujeta bajo la tapa del escritorio y con esta, le

apunté a la cara.
Mi padre no soltó mi cabello, todo lo contrario, tiró haciendo saltar todas las alarmas de mi cuero cabelludo; sonreía.
—Bien, al menos termina de quedarme claro, quién es mi hijo. Lo sospechaba pero me negaba a creerlo.
Mi padre me soltó sacudiendo mi cabeza hacia atrás.
Por un instante lo perdí de vista pero no dejé de apuntar a su rostro.
—Te doy una semana para presentarme a tu maldito socio. Ni un día más, Romeo. Si no está frente a mí, en una semana, sabré que todo esto no es más que un engaño tuyo. No sé lo que tramas, Romeo, lo que sí sé, es que no te funcionará. Ni tú ni nadie podrá conmigo.
No bajé el arma.
—Ten mucho cuidado, hijo. Podría salirte el tiro por la culata.
Mi padre, ignorando el arma que aun apuntaba en su dirección, dio la media vuelta y salió de mi oficina, dejando la puerta abierta.
Pasaron más que un par de inhalaciones de mi respiración entrecortada para que pudiese terminar de reaccionar a su partida y bajar el arma, la cual acabó junto a la pila de papeles frente a mí.
Sentí y escuché el móvil vibrar en el bolsillo interno de mi chaqueta. No era mi móvil sino mi otro móvil.
A toda prisa, lo busqué.
La pantalla me enseñó mensajes de un número que no tenía registrado ni conocía pero que estimé de quién podía ser.
Abrí el mensaje y sonreí.

Tengo móvil nuevo.
No tiene una funda rosa tan bonita como la tuya pero funciona.
¿Te veo mañana en la playa?

¡Maldita Julieta que tenía el poder de poner una sonrisa tan enorme en mis labios!

Mañana muy temprano, estaré allí.

Su respuesta no se hizo esperar.

Bien, trae café caliente, nos hará falta.
Para mañana anuncian mal tiempo y olas grandes.

Se me puso la piel de gallina. A mí me gustaba el mar pero no a ese extremo.

Café caliente y algo de comer.
¿Los rollos de canela siguen siendo tus favoritos?

Deseé que mañana llegase en este instante.

Así como a ti todavía te gustan los churros.

Reí con ganas.

Por supuesto que lo sabía.
Fui a contestarle que moría de ganas de verla mas borré las palabras al cabo de terminar de escribirlas.
Se me antojaba decirle también, que tenía ganas de besarla.
Lo dejé estar con un suspiro.

Hasta mañana, princesa.

Hasta mañana, Roro.

Se me escapó una carcajada al leer que me llamaba así.
Darío solía llamarme Roro cuando éramos pequeños porque mi nombre no le salía bien. Ahora me llamaba Roro cuando quería fastidiarme.
Maldita Julieta.
Ella no escribió más y yo entendí que mejor siquiera me daba la oportunidad de decirle nada más, no era le momento porque estaba demasiado enojado con mi padre y con la vida, demasiado necesitado de mandarlo todo a la mierda y correr muy lejos de aquí.
Guardaba el móvil cuando llamaron a mi puerta que aún continuaba abierta.
Era Ben.
—¿Todo bien? —quiso saber sin atreverse a entrar.
—Sí, todo bien —mentí—. Pasa.
Mi primo entró y cerró la puerta tras de sí.
En silencio regresó a su silla. Sobre el escritorio, desplegó su portátil otra vez.
—Aproveché para hablar con nuestro chico. Se encargará de lo que me pediste.
—Gracias bien.
—Te tomas en serio esto de acabar con los Capuleto.
Sonreí. Fue una sonrisa falsa que él se tragó sin problemas.
—Dice que se pondrá a trabajar de inmediato.
—Mejor así.
—Igual no creo que necesitemos preocuparnos por Yago Capuleto. Escuche comentar que el domingo en misa, se veía más que pálido, verde. El muchacho ha de estar dando sus últimos hurras. No creo que le quede cuerda para mucho.
Sus palabras me angustiaron y rogué, por Julieta, que no fuesen ciertas, ella amaba a su hermano y sin duda, nadie se preocupaba tanto por él cuanto ella lo hacía, siquiera su madre. Yo sabía de sobra que Lucrecia Capuleto pasaba casi todos sus días borracha y que por ahí se rumoreaba que la endeble salud de su hijo pequeño, de tan solo quince años, era su culpa porque había bebido durante todo en embarazo sin parar. Mis estimaciones no descartaban que las golpes de su padre a su madre, debieron colaborar y mucho.
En el transcurso de la tarde había logrado acceder a los informes médicos de la mamá de Julieta para comprobar que sus ingresos al hospital se contaban por docenas, así como los de Julieta, hasta un par de años atrás. Le había pedido a Ben que se contactara con nuestro pirata informático para que averiguara sobre el hermano de Julieta porque en el hospital no había más que un registro de su nacimiento, sin más detalles. A Yago Capuleto lo atendía un médico en una consulta privada a cuyos archivos, no había podido acceder; solamente tenía el nombre del tipo y dinero de sobra para pagarle a nuestro pirata porque necesitaba averiguar todo lo posible sobre Yago pero no para matarlo; estaba muy lejos de desear su muerte.

—Así como lo requeriste, él se pondrá en contacto contigo en cuanto tenga novedades.
—Perfecto, gracias, Ben.
Ben le dio a un par de teclas en su ordenador.
—¿Salimos esta noche?
Asentí con la cabeza y seguimos trabajando.
Supe que mañana por la mañana, lamentaría el salir por la noche porque en mi estado de ánimo, la noche no acabaría bien.

Detuve el coche en el estacionamiento a cuarenta y cinco grados, de cara a la playa cubierta de bruma salada, la mañana estaba gris, demasiado oscura para ser llamada mañana. Esto que me rodeaba era una desagradable extensión de una muy desagradable noche.
La lluvia no paraba de martillear en el cristal de la luneta delantera y caía a mares porque había apagado los limpiaparabrisas.
—Joder contigo, Julieta —murmuré achinando la vista para intentar distinguir el alto de las olas en el horizonte plomizo.
Era casi imposible determinar dónde terminaba el cielo y dónde comenzaba el mar.
Me incliné hacia delante sin soltar el volante y lo vi, las olas eran montañas enormes, bestiales. Prefería no estimar que alto tenían porque mi tabla estaba enganchada en el porta equipajes por encima del techo de mi camioneta y se suponía que debía entrar al agua a buscarla.
Sí sin ver las hora, ya había estado lamentándome todo de camino aquí por tener que entrar el agua con este clima espantoso y porque tenía los nudillos destrozados de pelearme con un sujeto cuyo rostro no recordaba por motivos que no podía hacer memoria. El agua iba a escocerme como el carajo en la carne rota, también en mi cuero cabelludo porque la herida aún no terminaba de cerrar del todo.
Igual, dudaba que fuese a demorarme mucho en morir ahogado allí dentro porque mis aptitudes para el surf no eran las de Julieta. Cierto que yo me veía bien sobre la tabla pero eso era en los días de sol y no con un mar picado como este.
Lo único bueno era que como no había sol, no necesitaba embadurnarme en protector solar para evitar morir achicharrado como un camarón. Mi puta piel blanca como el papel no era apta para la playa, sin duda, nada parecida a la radiante piel cálida de Julieta que en cuanto le daba el sol se ponía de un sexy dorado que provocaba que te urgiese quitarle la biquini, si bien sus malditas biquinis jamás dejaban mucho a la imaginación.
Me enloquecía que ella a diferencia de su grupito de amigas, no se hubiese operado los pechos. Sus pechos eran pequeños pero firmes y los quería en mis manos, de preferencia con ella gimiendo mi nombre sobre mi oreja, mientras yo la penetraba.
Bueno, ahí tenía mi incentivo para no ahogarme en el turbulento mar.
—Me cago en todo —rezongué sabiendo que era hora de bajar.
Al buscar donde estacionar había detectado su camioneta de modo que ella debía estar por ahí, junto con el resto de los desquiciados que aparcaran a su alrededor, los jodidos de siempre que la tenían como compañera de esta locura.
Estimaba que muchos de ellos habrían preferido no tener que meterse al mar hoy porque eran todos unos malditos cobardes y si lo hacían, sería para no perderse la oportunidad de estar con ella, para intentar ganársela; seguro que sí, que si bien eran todos unos idiotas, seguro comprendían que una mujer como Julieta nada tenía que hacer al lado de un hombre tan insulso como Paris.
Resoplé por la nariz, vaciando mis pulmones. Abrí la botella de jugo de naranja que comprara

junto con el café que guardara en el termo para evitar que se enfría, y sus rollos de canela (para mí, medialunas porque no tenían churros), y tragué una aspirina porque la resaca estaba matándome, eso y que no había dormido, apenas si me había dado tiempo a pasar por mi piso a lavarme los dientes para no apestar a alcohol, buscar mi traje de neopreno y la tabla de surf que apostaba la camioneta dentro de la cual me encontraba, a que acabaría partida en dos en menos de quince minutos.
¿Cómo carajo iba a hacer para lograr entrar en el mar? —me pregunté al volver a divisar la cúspide de una ola. La rompiente debía tener cinco metros de alto.
Y la puta lluvia…
Con esta tormenta no se suponía que aquí debiera haber alguien que sacara a todos los surfistas del mar para evitar que se ahogaran.
A mí iban a sacarme escupiendo algas marinas.
Resoplé una vez más, solté el volante y abrí la puerta de la camioneta.
La furiosa tormenta impactó de inmediato contra mi cabeza, mi rostro, mis hombros y mi pecho cubiertos en neopreno.
De inmediato olí el mar porque lo que chocaba con mi rostro no era solamente agua de lluvia sino también arena que levantaba el viento y diminutas gotas de espuma de mar que volaban en todas direcciones.
De inmediato comenzaron a escocerme lo ojos.
Cerré la puerta de la camioneta dando un portazo para evitar que el tapizado de piel se arruinara.
Para cuando me di la vuelta buscando alcanzar la tabla, mi cabello ya se me pegaba al cráneo por culpa de la lluvia.
A los tirones solté la tabla y en cuanto quise bajarla, el viento me la trió encima. Justo a tiempo la atajé evitando que me partiera todos los dientes.
Logré bajarla junto al costado de la camioneta y me aparté el flequillo de la cara, el cual chorreaba lluvia.
Al menos tuve el tino de prever que esto sucedería.
Solté la goma de mi muñeca derecha y junté la porción superior de mi cabello para recogerla y sujetarla con la goma. La lluvia no me lo puso fácil pero lo conseguí. Por lo menos vería por donde andaba. Eso para que luego al entrar al mar, me ahogara sin lograr determinar qué era el fondo del océano y que el firmamento tormentoso.
Agarré la tabla con todas mis fuerzas y salí de detrás de la camioneta para desandar el camino que hiciera con esta al ver la camioneta de Julieta estacionada junto a los oros vehículos.
Anduve por la arena empapada y fría viendo que los pocos cuerpos que se encontraban en la playa en pie, de frente al mar, no pertenecía ninguno a Julieta.
Eran dos hombres, uno de ellos con la cabeza rapada a cero y una chica de cortísimo cabello negro, sujeto en su nuca.
Afilé la mirada en dirección a los puntos oscuros en el mar. Estaban demasiado lejos y la mañana demasiado brumosa.
Detecté a dos surfistas alzarse en el cielo con una ola, por detrás de la rompiente, esperando.
Estaban locos, al igual que Julieta.
El viento me tiró un poco más de arena y agua de mar a mi rostro ya por sí maltratado por la lluvia de camino al grupito que esperaba en la playa.
Ellos se volvieron en mi dirección al escucharme llegar.
—Buenos días —los saludé alzando la voz para que pudiesen escucharme por encima del ruido de la tormenta y los rugidos del mar.

Recibí sus saludos, notando que ninguno de ellos reconoció mi rostro.
—¿Tu primera vez aquí? —me preguntó la chica, la cual por cierto, era bellísima.
—Así es. ¿Ustedes vienen seguido?
—Casi todos los días —me contestó el de cabeza calva.
—Yo venía recorriendo las playas buscando donde entrar al mar. Los vi y me detuve de inmediato. ¿Hay muchos dentro? —con la barbilla apunté en dirección al mar.
—Cuatro. Horacio, Fabiana, Mateo y Julieta. Yo soy Pedro, ellos son Claudia y Franco.
Le tendí mi mano.
—Luis —mentí porque no pensaba acompañar mi presencia con mi nombre sobre todo, porque él acababa de pronunciar el nombre de ella—. Es un placer. ¿Entonces qué, entro o no?
—Si estás tan loco como los demás —me dijo Claudia.
Sonreí.
—Locura no falta.
—Espero te despidieras de tu familia antes de venir —soltó el otro sujeto.
—Sí, claro —reí.
—Diviértete —me deseo Pedro.
—Si no te ahogues, te invito un café después de surfear.
—Gracias, Claudia, espero no ahogarme pero ya tengo planes para el desayuno.
—Una pena, igual procura no ahogarte, sería una gran pérdida.
Le sonreí y comencé a caminar en dirección al mar, haciéndole frente a las poderosas ráfagas de viento que me obligaron a comenzar a andar medio inclinado hacia delante.
Mis pies entraron en el agua helada y en nada, el agua que era más que nada espuma, me llegó a las rodillas. De pronto la tenía por la cintura y era hora de bajar la tabla al agua para intentar cortar el mar.
En nada, no podía hacer otra cosa que pensar en el agua, en las poderosas corrientes que amenazaban con arrástrame en todas direcciones, en remar y patalear.
Me había preocupado por el ardor en mis nudillos destrozados pero acabaron ardiéndome los pulmones porque respirar con las olas que rompían sobre mí una tras otra, era más que complicado, también me ardieron los brazos, los hombros, la espalda y las piernas por el esfuerzo de nadar.
Cuando al fin logré atravesar la última y más potente de las rompientes, casi no me quedaban fuerzas, de cualquier modo sonreí al ver su perfil a un par de metros de mí.
Ella giró su rostro en mi dirección y eso fue lo único que necesité para ponerme a remar otra vez en paralelo a la playa para llegar a ella.
—Roro, buen día —me saludó con todo entusiasmo, echando hacia atrás, la trenza rubia en la que recogiera su cabello. Parecía no notar la lluvia que estallaba contra ella.
Un montón de deliciosos mechones se le habían soltado del peinado y se pegaban a sus mejillas y a su cuello.
—Buen día, traje café y rollos de canela. ¿Podemos salir ya? Mi camioneta está seca y calentita.
—¿No viniste a surfear?
La ola nos levantó tanto que me dio vértigo.
Cuando nos bajó al cabo de pasar, el corazón me quedó en la garganta. Me mareé.
No pude responderle.
Ella sonrió sentada sobre su tabla, sin evidenciar la feroz tormenta a su alrededor.
—Me gusta tu peinado —se burló—. Y ese traje te sienta. Luces bien. Sería un desperdicio que salieras del mar sin más.

—Casi me ahogo de camino aquí.
—Tranquilo, no permitiré que te ahogues.
Julieta procedió a presentarme a sus compañeros y no dijo nada, cuando yo les dije que me llamaba Luis.
Conversamos un rato, de temas inconsecuentes hasta que uno de los sujetos anunció que se subiría a la siguiente hola.
Lo vi remontarla y creo que contuve el aliento hasta que lo vi llegar a la playa.
Julieta me preguntó si me atrevía con la próxima, sugirió que lo hiciésemos juntos.
Si acepté fue porque quería salir del mar y la quería a ella fuera conmigo.
La vi hacerlo de maravillas hasta que me caí de la tabla y la ola me revolcó a gusto dentro de sus entrañas, amenazando con ahogarme y desmembrarme.
Mi tabla no se quebró de milagro pero yo llegué a la playa jadeando, asustado y jurando que no volvería a entrar en el agua, mientras Julieta me sostenía por los brazos riendo divertida.
Fue ella la que soltó la correa de la tabla de mi tobillo, y la que la alzó para luego guiar nuestro andar en dirección a mi camioneta, cuya presencia ya detectara.
Había pasado la vergüenza de mi vida frente a Julieta Capuleto y ella no paraba de preguntarme si me encontraba bien, entre dulces risas, con sus manos buscando mi cuerpo a cada instante, con su mirada dorada, adherida a la mía y yo, no podía parar de pensar en lo mucho que deseaba besarla y no solo hoy y ahora, sino mañana y los días siguientes. Siempre. Por siempre.
Anduve tras ella, procurando lograr entender qué sucedía conmigo. ¿Sería solo por haberme sentido al bode de la muerte al atraparme la ola entre sus fauces? Tenía que ser eso, sino pobre de mí.
Al menos logré no pasar más vergüenza al detenerla a tiempo, cuando ella iba a subir mi tabla al techo de mi camioneta. Se la quité de las manos y luché contra el viento para colocarla en su sitio, también le quité la suya y la sujeté al techo, pese a que ella rezongó.
Le dije que cerrara la boca y entrara en la camioneta.
¡A la mierda con los tapizados de cuero!
La lluvia me tenía harto, quería mi café y estar a solas con ella en un sitio en el que no tuviese que tener los ojos entrecerrados para mirar, porque quería poder admirarlo todo de ella, sin molestias.
Riendo, se metió por la puerta del acompañante.
Acabé con mi tarea y entré por mi lado, lo hice para atraparla espiando dentro de la bolsa de papel marrón con delicados dedos con los cuales apartaba el doblez.
Le di un golpecito juguetón a sus dedos y ella apartó la mano riendo y quejándose.
—Tan hambrienta estás.
—Famélica, el agua me da hambre. Tenía un muy buen rato allí entro esperándote. Creí que dijiste que vendrías temprano—. Añadió luego de apuntar hacia el mar por el parabrisas sobre el cual todavía se estrellaba la lluvia—. Por cierto, ¿en quién te dejaste el resto de tus nudillos?
—En un sujeto que no debió abrir la boca —me limité a explicar. El sujeto me había dicho que yo era un bueno para nada, un inútil, no mucho más que trajes caros y músculos, lo cual me recordó demasiado a las palabras de mi padre, y como no podía descargarme con mi padre, me la tomé con él. Entre mis amigos y los suyos, tuvieron que arrancarme de encima de él porque yo había perdido la cabeza y estaba muy lejos de recuperarla.
Para que no adivinara la vergüenza en mi mirada, la bajé al termo dentro del cual guardara el café para evitar que se enfriara. Recuperé los vasos limpios de detrás de la palanca de cambios y sacando uno de dentro del otro, le tendí uno.

Dejé el otro entre mis piernas y comencé a abrir el termo. Ella me vio hacer en silencio, en un silencio demasiado profundo que acompañó con una mueca de preocupación.
Había escuchado comentarios sobre Julieta que mencionaban estos momentos suyos de introspección; la gente los tomaba por una seriedad excesiva, la acusaban de ser poco divertida y demasiado sincera. Esas personas la acusaban de ser buena actriz ante las cámaras pero una arpía por detrás.
Yo entendía que Julieta cumplía su rol así como yo y que ella en verdad era esta persona, una persona normal que no tenía verdadero interés por los flashes, probablemente tampoco por los lujos. En este momento no llevaba más que sus piercings de oro de siempre y por supuesto ni una gota de maquillaje.
En este momento Julieta no era más que una chica, pero ciertamente, no una chica más.
Terminé de abrir el termo y comencé a verter la bebida caliente en su vaso.
—Tienes los dedos arrugados —el detalle me provocó un arranque de ternura.
—El agua fría —me explicó rodeando el vaso con su otra mano también. No sé porqué lo hice pero lo hice. Mi mano izquierda fue a rodear su mano derecha sobre el vaso. Estaba helada.
Estaba helada y no apartó mi mano.
—Tienes que quitarte el traje de encima —le dije alzando la vista a su rostro para solamente entonces notar que tenía los labios un tanto azules.
—Mi ropa está en mi camioneta. Estaré bien en cuanto beba el café y coma algo.
—Tengo ropa seca atrás —la solté y al instante dejé el termo en el espacio por detrás de la palanca de cambios. Alzándome del asiento, me estiré hacia atrás para buscar la tira del bolso que preparara a las apuradas.
—Romeo, no —se interrumpió cuando el bolso se me cayó al suelo de la camioneta entre los asientos y solté un rosario de insultos.
El bolso se abrió y por milagro, medio escupió exactamente lo que buscaba. Manoteé la sudadera blanca y regresando el culo a mi asiento, se la tendí.
—Quítate eso y póntela.
—No hace falta.
—Obedece, tengo un arma debajo de mi asiento.
Su siguiente sonrisa fue una absoluta delicia.
—¿Me obligarás a desvestirme a punta de cañón?
—Corrección, a vestirte. Jamás he necesitado obligar a nadie a desvestirse conmigo, cuando llegue el momento comprobarás que es algo orgánico y natural.
—Eres tan creído.
—Anda. Póntela. Y te busco unos pantalones.
—¿Y qué te pondrás tú?
No perdí la oportunidad.
—Te lo dije que saldría naturalmente. Ya quieres verme desvistiéndome.
—Montesco.
—Metí un montón de ropa ahí dentro, hay de sobra. Todavía estaba medio borracho cuando pasé por casa a prepararme para venir.
Ella sacudió la cabeza todavía con rastros de sonrisa en los labios, le dio un corto trago a su vaso, lo colocó en el soporte en la puerta de su lado y tomó la sudadera. Giró sobre su asiento.
—Ayúdame con el cierre, aquí no puedo moverme.
Sin más, me tendió su espalda, apartando su trenza sobre su hombro derecho.
Las manos me temblaron cuando las subí hasta la tira del zipper en su cuello. Despacio lo hice

correr hacia abajo, disfrutando de aquello. Tenía muy en claro que pese a todas mis ganas, esta probablemente fuese mi única oportunidad de desvestir a Julieta Capuleto.
La tinta en su espalda fue apareciendo lentamente. Flores y filigranas negras que componían un patrón simétrico que en la puta vida se me borraría de las retinas porque estaba sobre su piel, por encima de su espina y sus musculosos omóplatos.
El zipper llegó a lo más bajo de su espalda. Allí había aves, golondrinas tal vez, no podía verlas enteras.
—Gracias —susurró dándose la vuelta, y así la tira del zipper se me escapó de la mano.
—De —se me cortó la voz y tuve que aclararme la garganta—, de nada.
No llevaba traje de baño, no al menos la parte superior.
Julieta se inclinó hacia delante y desencajó sus hombros del traje.
Se pasó la sudadera por la cabeza, la capucha se le enganchó.
Fue quitándose el traje a medida que quedaba atrapada en el torso de la sudadera y así con esta cubriéndola, terminó de quitarse las mangas del traje.
Calzó sus brazos en las mangas de la sudadera y se quitó la capucha de la cabeza. Giró la cabeza y me atrapó viéndola absolutamente embobado.
—Cierra la boca, Romeo.
Cerré la boca.
—¿Pantalones?
Di un respingo.
—¡Sí, por supuesto, los pantalones! —exclamó y ella al instante estiró las piernas alzando el trasero del asiento para comenzar a tirar del traje hacia abajo.
De refilón, mientras buscaba los pantalones, vi que llevaba una biquini color lila. De la cual sobresalía más tinta sobre su trasero y muslo.
Julieta dejó caer el traje de neopreno por delante del asiento al tiempo que yo le tendía los pantalones de deporte negros que eran los que yo llevara de camino aquí. La sudadera también era la que vistiera. La ropa limpia estaba en el fondo del bolso.
—Huele a ti. Te pones mucho perfume, Romero —me dijo arrebatándome el pantalón de la mano.
—No uso perfume, es mi olor natural.
—Sí, claro —rio encajando su pie derecho en mi pantalón.
Me sentí como un estúpido adolescente que no puede controlar sus hormonas al verla vestir mi ropa.
—¿No te cambiarás? —quiso saber encajando la otra pierna en el pantalón.
En vez de decir, hice.
Intenté pescar la tira del traje y ella de inmediato salió al rescate, sin entonar palabra me puso una mano en el hombro derecho para hacerme girar el torso. Tomó la tira y tiró hacia abajo sin demora.
—¡Listo! —exclamó soltándome.
Ella no se había tomado ni un segundo para mirarme.
Giré para verla regresar a terminar de calzarse mis pantalones, alzando el trasero.
Encogiéndome de hombros tiré de la parte superior del traje. Siempre me había fastidiado el proceso de vestirlo y quitármelo por lo que rezongué con gusto al quitármelo.
Por el rabillo del ojo derecho vi que tenía su vaso de café en las manos otra vez y bebía de a pequeños sorbitos espiando en mi dirección.
—¿Una cuarenta y cinco? —me preguntó.

Alcé el brazo derecho exponiendo un poco más, mi abdomen. Giré un poco en su dirección.
—Fueron dos disparos —puse mi índice y medio sobre los agujeros de entrada. Aparté la mano y giré para enseñarle mi espalda—. Salieron por ahí.
Julieta siseo entre dientes, demostrándome su desagrado.
—Joder. ¿Quién fue?
Me enderecé sobre la butaca. Se me puso la piel de gallina.
—Próspero Montesco.
Julieta dejó de parpadear.
—Hace un año —continué—. Porque me reí de algo ridículo que comentó en mitad de una cena con gente del negocio. Yo estaba medio borracho; no creí que me hubiese escuchado reír. Creo que también comenté algo, él debió oírme, se levantó de su silla y me disparó. Mi papá tiene muy buena puntería.
—Su puntería es legendaria —puntualizó ella.
—Sí, por eso pudo asegurarse de no matarme. Por entonces todavía creía que me necesitaba; ya no.
Ella se quedó viéndome en silencio y yo a ella.
A continuación hizo lo más impensado. Extendió su mano izquierda hacia mí. Con sus dedos helados, tocó mi carne. Fue una suave caricia que me puso la carne de gallina otra vez.
—¿Ha amenazado con matarte?
—Ayer fue la última vez.
Julieta apartó la mano.
Joder que ganas de que continuase tocándome. No tenía porque ser un gesto sexual, es más, lo que más se me apetecía eran caricias tan dulces y delicadas como la de recién. Ella con esa misma mano, fue a alzar el lado derecho de mi sudadera que la cubría, giró sobre el asiento y me enseñó el morado en sus costillas.
—El puñetazo de ayer en el mercado. Tengo una costilla fisurada.
Mi cuerpo entró en ignición.
Quise poner en marcha la camioneta y conducir hasta su padre para volarle la tapa de los sesos.
Julieta dejó caer la sudadera.
—Quiero que se termine —me dijo con la voz quebrada.
Me quebré con ella.
—Lo terminaremos.
—¿Cómo?
—Los arruinaremos y luego nos largaremos de aquí.
—No resultará.
—Sí —le juré porque necesitaba creerlo.
—Romeo…
—Está encaminado. Lo perderán todo, incluidas las herramientas con las cuales nos sometieron hasta ahora.
Su mirada rebosando de incredulidad, no se movió de la mía.
—Te lo suplico, confía en mí —le pedí porque necesitaba que alguien lo hiciera, y si no era ella que estaba en mi misma posición, quién.
—Me pides —empezó a decirme y acabó perdiendo la voz—. Eres el enemigo.
—¿En verdad crees eso?
Mi corazón por poco y se me escapa del pecho, destrozando mis costillas, cuando la vi negar con la cabeza.

—¿Cómo lo lograremos?
—Mi socio.
—¿Quién es tu socio?
—Alguien que sabe aprovechar oportunidades —me limité a decir—. Tiene el dinero y el poder suficiente para desbancarlos a ambos y de hecho, tiene un tiempo haciéndolo—. Entendía que a sus oídos mis explicaciones debían sonar increíblemente vagas pero no podía decirle nada más —. Digamos que he estado ayudándole.
Vi su entrecejo fruncirse y supuse que acababa de perderla porque hasta lo que yo sabía, Julieta le era increíblemente fiel a su familia.
—¿Cómo?
Dudé contárselo.
—Quiero ayudar, quiero ser parte de esto, no me quedaré de brazos cruzados… —se detuvo—. Es decir… no es que quiera arruinarlo.
La miré y ella apretó los labios.
—Solamente quiero poder irme y llevarme a mi hermano conmigo.
—Si tienen dinero, tendrán poder sobre nosotros, Julieta. No vamos a dejarlos en la calle y sin dinero para comer, solamente nos aseguraremos de que pierdan sus imperios, de que ya no tengan la posibilidad de costear a la policía y al resto de la cuidad. Sin dinero ya no podrán hacer nada.
Su mirada recorrió mi rostro.
—¿Cuánto tiempo llevas en esto?
—Tengo tres años socavando los negocios de mi padre.
—¡¿Qué?! —exclamó sorprendida.
Y hace unos meses encontré a alguien dispuesto a ayudarme.
—¿Cómo que socabando los negocios de tu padre?
—Bueno, he evitado que buenos negocios cayeran en sus manos para ponerlos en manos de terceros. Le he hecho perder dinero de a poco, en negocios menores durante todo este tiempo. He provocado tres incendios en depósitos y —su carcajada histérica me detuvo.
—¿Qué dices?
—Eso y que he estado haciendo muy buenos negocios por mi parte, de los cuales él no está al tanto. Técnicamente evité que mi padre, hoy por hoy, consiguiese tener mucho más poder y dinero que el tuyo.
Julieta se quedó viéndome boquiabierta.
—Di lo mejor de mí para detectar buenos negocios y ponerlos en manos de alguien más, evitando que llegaran a mi padre y al tuyo.
Confundida, medio sonrió.
—No soy tan inútil como mi padre cree.
—He visto nuevos negocios crecer en manos de terceros pero no tenía idea de que…
—¿De que soy el que los puso en sus manos? Bueno, los demás no tienen porqué padecer con nuestros padres. Es bueno que la ciudad crezca, que los frutos del crecimiento queden distribuidos en la mayor cantidad de gente posible.
Quise comerme a besos su siguiente dulce sonrisa.
—Sí me dieces una mano, mi plan, sería todavía más efectivo.
—Yo no sé cómo…
—Eres buena empresaria y conoces a mucha gente.
—Pero…

—Busca pequeños negocios que sepas que quieren expandirse y crecer. Ponlos en contacto con otros, no involucres tu dinero ni el de tu padre. Tan solo pásales el dato, asegúrate de que tengan el camino libre para conseguir su objetivo. Ustedes trabajan con un banco, asegúrate de que el empleado de prestamos no sea tan jodido con los nuevos inversores. Seguro puedes ajustarle las tuercas y permitir que el dinero llegue a quienes necesitan crecer.
Su sonrisa creció.
—En serio no es tan difícil. Puedes echarle una mano y así evitar que tu padre amase todavía más dinero.
—Hablaste de incendios.
Reí.
—Sí, de los depósitos que no tienen seguro, de esos que así como mi padre, tu padre no quiere que nadie sepa que tiene.
Se le iluminó la mirada.
—¿Qué porcentaje tiene tu socio del negocio en el nuevo lote?
Supe que debía darle algo más.
—El setenta por ciento.
Se le escapó un jadeo ahogado.
—Por lo pronto —añadí—. Si los negocios siguen empeorando para mi padre ese porcentaje deberá bajar.
—¿Podría invertir yo allí para que el negocio crezca, si tu padre necesita ceder una parte…?
—Si mi padre necesita soltar la cuerda un poco más, la tomará mi socio. Tú no te preocupes por eso. No quiero que involucres ni tu dinero ni tu nombre allí.
—No será dinero del que mi papá esté al tanto.
—Guárdatelo.
Ella me miró mal.
—No hace falta, es todo. No es que no quiera que te involucres. Mi socio quiere comprar un par de restaurantes y pequeñas hosterías y necesita inversores. Búscame gente y si quieres invertir en algo de eso, con ese otro dinero, estará bien.
—¿Qué otros restaurantes y hosterías?
—Sitios que tu padre y el mío pusieron al borde de la quiebra.
—Eso será perder dinero.
—No si de pronto mi padre tiene problemas con alguno de los restaurantes de la zona o si pierde alguno de sus hoteles.
—¿Perder uno de sus hoteles?
—Los negocios no van bien. ¿Cómo van los de tu padre?
—Bueno, supongo que la recesión nos a afectado a todos —suspiró y yo sonreí.
Ella me estudió con los párpados entornados.
—¿Acaso la recesión tiene tu nombre?
Se me escapó una sonrisa pícara.
—Digamos que he estado dando muchas noches de habitación gratis en los hoteles de mi padre y pagando por la ocupación de hoteles cerca de los hoteles de tu padre.
—Eso último… no entiendo.
—Paso mucho tiempo llamando a gente que no conozco para decirle que se han ganado noches de hotel en la ciudad. Les pago la habitación pero no las comidas. Ellos vienen, se quedan y gastan en el hotel y sus casinos y todos felices.
—Le regalas a la gente noches de hotel.

—Sí.
—¿Con qué dinero lo pagas?
—Con dinero de mi padre, por supuesto.
—¿Y cómo lo justificas?
—Bueno, siempre puedes decir que necesitas cerrarle la boca a alguien y que la policía se pone cada vez más cara.
—¿Y tienes tres años haciendo esto?
Asentí con la cabeza.
Vi sus ojos descender hasta las serpientes en mi pecho.
—Además tengo a alguien filtrando dinero de sus cuentas a las mías, desde entonces.
—También hago eso. No desde hace tres años, desde hace unos cuantos más. Hace mucho que tengo claro que quiero sacar a mi hermano de aquí.
—¿Quién te hace el trabajo?
—Antes un sujeto que conocí con el que salí un tiempo. Me enseñó mucho. Todavía estamos en contacto y él me pone al tanto de los avances en el negocio a cambio de dinero pero mayormente soy yo la que se encarga de hacerlo.
—¿Disculpa?
—Bueno, cada quien es bueno en algo. Ojalá supiese hacer otras cosas pero me conformo con saber robarle de a poco.
—¿Me das clases?
—Vístete o pescarás una pulmonía.
No me moví.
Ella bebió un sorbo, sin mover su mirada de la mía.
—¿Recuerdas cuando fuimos de campamento en cuarto año?
Lo recordaba a la perfección.
—Odié a tu papá por venir a buscarte, por gritarte frente a todos que aquello era una tontería, que su hijo no debía perder el tiempo frente a una fogata con un montón de niños tontos.
Mi padre había llegado en mitad de la noche, cuando estábamos reunidos alrededor de una fogata, riendo y cantando junto con los guías que nos cuidaban.
Julieta había visto a mi papá llegar con sus matones, tomarme de un brazo y levantarme del suelo para sacarme de allí a la rastra.
—Lo odie por llevarte. Estábamos pasándolo bien.
Durante el campamento, ella se había atrevido a sonreírme en un par de ocasiones, si bien no habíamos cruzado palabra.
—Iba a levantarme para gritarle a tu papá que te dejara en paz; Rosalina me atrapó por el brazo. Me dijo que eras tú, que no me entrometiera. Debí entrometerme.
Me derretí sobre la butaca.
—Menos mal que no dijiste nada. Mi padre…
—No debí guardar silencio.
Mi mirada cayó de sus ojos a sus labios.
—Julieta —susurré estremeciéndome por las ganas de besarla, de besarla y mucho más.
—Deberíamos reunirnos más tarde para discutir sobre los negocios.
Lloriqueé como un niño.
—¿Qué?
—¿Negocios? Julieta, estábamos teniendo un momento aquí.
La escuché reír con ganas.

—Vístete.
—Sí, mejor, que te empacharas de mí, estoy demasiado bueno.
—No pierdes lo imbécil.
—Y tú lo sexy, me encanta cuando te haces la difícil.
—No me hago la difícil, soy difícil.
—¿Discutimos de negocios en tu cama o en la mía?
—Ya quisiera verte intentando entrar en mi hotel.
—Podría.
—Júrame que no lo intentaras. Te necesito vivo para derrocar a mi padre y al tuyo.
—Bien, cenemos juntos, te paso por mensaje la dirección del restaurante en Mantua.
Su sonrisa me contestó que sí antes que ella.
—Bien —respondió—. Ahora en serio, vístete.
—¿Te enseño antes, los tatuajes que tengo en la ingle o esperas a la noche?
—Guárdatelos para tus chicas en Mantua.
—Podríamos ser tú y yo con exclusividad si me dices que sí.
—Tengo novio, Romeo.
—Paris no es un novio, es simplemente una cosa, un ente, ni a Darío le cae bien.
—No me interesa meterme en las disputas de los Della Escala, suficiente tengo con mi familia y la tuya.
—No puedes casarte con Paris.
—Romeo, llevaremos al plan a cabo. Por supuesto que no me casaré con Paris.
Mi pecho se hinchó de esperanza.
—No pongas esa cara que no es mérito tuyo.
—No festejo mi mérito, festejo que no vayas a casarte con él.
—No entiendo qué tanto te importa lo que yo haga con mi vida privada.
—Lo creas o no, es de mi interés.
—Bueno, a mí no me interesa la tuya.
—¿Segura? Porque estoy soltero.
—Tu soltería no implica libertad, eres esclavo de tu placer, por no decir de tu polla. Prefiero los hombres que piensan con el cerebro.
—Yo tengo dos cerebros, uno aquí arriba —me di unos toquecitos sobre la sien—, y otro allí abajo. El de abajo sabe hacer muy buenos negocios.
—Olvídate de hacer esos negocios conmigo—. Julieta sin más, terminó de abrir la bolsa y sacó un rollo de canela—. En serio, vístete o te enfermarás.
Le sonreí y procedí a buscar con qué vestirme,
Pesqué la sudadera azul y los pañalones del mismo color.
Ella espió un par de veces en mi dirección mientras me cambiaba pero no estoy seguro de cuanto vio.
Al cabo de vestirme, me serví café y como los dos continuábamos medio helados y húmedos, conecté la calefacción de la camioneta.
Le pasé por mensaje de texto la dirección del restaurante a su nuevo móvil y para mi sorpresa, acabamos hablando de negocios. Lo hicimos durante más de una hora acordando varios puntos en los que trabajaríamos para continuar propiciando la caída de nuestros padres.
En el fondo, agradecí que hablásemos de negocios entones porque así, en la noche, seríamos solamente nosotros dos.
De ser por mí podría haberme quedado todo el día allí con ella. Julieta anunció que debía irse a

trabajar.
Le di arranque a mi camioneta y avanzando marcha atrás, la acerqué hasta la suya.
Entre los dos, bajo la lluvia, pasamos su tabla y su traje a su vehículo.
Ella me dijo que esperara, que se cambiaría y me devolvería al sudadera y el pantalón. Le dije que se quedara con todo porque mi ropa tenía mi olor, así no me extrañaría tanto.
Ella me llamó idiota y se metió en su camioneta, soltando bajo el estruendo de la tormenta, que nos veríamos en la noche.
Aparté mi vehículo para permitir que el suyo saliera.
Antes de largarme a casa, le permití alejarse hasta perderla de vista.
Comencé a extrañarla al instante.
Iba a ponerme a conducir, en vez de eso busqué mi móvil.

Fue bueno verte, princesa.

Su respuesta llegó casi de inmediato.

Ídem. Gracias por el desayuno.
Cuídate.

Joder con ella.

Y tú.
Llámame si me necesitas.

Su siguiente respuesta, tardó un poco más en llegar.
No fue mucho, solo un corazón violeta que yo atesoraría por siempre.
Sonriendo como un bobo, saqué la camioneta al transito de la mañana.

V
Ángel en la portada.

Rosalina soltó la revista a los pies de mi cama con un aparatoso y grandilocuente ademán.
Todavía en bata y con una toalla envolviendo mi cabello, giré sobre mis talones y le eché un vistazo, en realidad, deseando no ver. No tenía idea de que saldría en la portada de una revista y de hecho, la revista en cuestión no estaría disponible al público hasta mañana por la mañana. Ella, que manejaba nuestros medios, solía recibir los ejemplares antes.
Inspiré hondo y enfrenté la imagen. Era una fotografía mía, vistiendo un vaporoso vestido blanco, y sandalias doradas, con el cabello suelto, el rostro enrojecido de bailar y con la mano de Paris en la parte baja de mi espalda desnuda, mientras salíamos de una fiesta, la noche del viernes.
“Como un ángel caído del cielo” rezaba el titular.
Julieta Capuleto, el ángel de la ciudad, nuestra princesa ¿será que pronto se convertirá en nuestra reina?
El texto me cayó mal. ¿Convertirme en la reina?

De un zancada me plante frente a la cama y aparté la portada para buscar la nota.
—En la página diez —me avisó Rosalina.
—¿Qué significa esto? ¿Leíste la noche? —le pregunté espiando en su dirección.
Puso mala cara.
—No hasta hace un rato, cuando me llegó. Por eso vine a toda prisa.
Di con la nota y busqué entre las palabras. Al instante me dio dolor de estomago.
Julieta Capuleto está a próxima a hacerse con el comando del imperio Capuleto, eso afirman fuentes cercanas a la familia.
—¿Qué es esta mierda? —tomé la revista en mi puño y la sacudí frente a ella, no necesitaba leer nada más—. Rosalina, ¡¿qué es esta mierda, cómo pudiste permitir que la publicaran?!
—No tenía idea —entonó compungida.
—Se te paga para que estés atenta a lo que se publica sobre la familia —le grité no logrando contenerme. En cuanto mi padre leyera esto, montaría en cólera, él seguro daría por hecho que era cosa mía.
—Pero no soy adivina. Tengo gente en esa revista. No me avisaron.
Revoleé la revista sobre la cama gruñendo de furia.
—¡Detén la publicación!
—Lo intenté. El director de la revista me dijo que nada en el articulo es ofensivo, todo lo contrario, dijo que deberías agradecerle.
—¡¿Agradecerle?! —exploté—. Mi papá va a ponerse furioso. No es cierto. Yo no podría estar más lejos de asumir el comando de la compañía familiar.

—Es una revista de segunda, tienen una tirada poco numerosa.
—Cómo si eso fuese a hacer alguna diferencia.
Rosalina puso cara de no saber qué decir.
Suspiré.
—Lo siento —me dijo y alcé la vista para mirarla.
—De haberlo sabido habría intentado —se detuvo y reparé en sus rostro, en las oscuras ojeras debajo de sus ojos.
Sacudí la cabeza negando.
—Está bien, no importa, hablaré con mi papá mañana.
—En verdad lo siento, Julieta.
—Sí, lo sé.
Se sentó a los pies de la cama, se estiró para recoger la revista y la apretó contra su pecho.
—Saliste muy bonita en las fotografías. ¿Regresó Paris, saldrás a verte con él?
Negué con la cabeza.
—Intentará estar de regreso mañana por la tarde.
—Ah, bien. ¿Es una cena de trabajo?
—Sí —me limité a responder—. ¿Saldrás esta noche?
Ella se aclaró la garganta antes de responderme.
—No. Bueno, tenía planes pero ya no.
Esperé.
—No tiene importancia.
Permanecimos un momento en silencio hasta que yo lo interrumpí.
—Rosalina tu papá… Habló con mi papá, le dijo que sus hombres le avisaron que has estado escapándote de ellos. Mi papá me pidió que… —me detuve—, quería hablarlo contigo en otro momento, con más calma pero no se dio la oportunidad y prefiero no continuar dejándolo pasar.
Se removió incómoda sobre el colchón.
—¿Estás consumiendo otra vez, no es así?
Su mirada se endureció.
—Quiero ayudarte. Permíteme ayudarte. Dime qué hacer, tu papá y el mío —mierda que hacer esto no era sencillo—, sabes que los dos son muy complicados. Mi papá no quiere problemas y —la sonrisa amarga que me dedicó, me interrumpió.
—¿Te pidió que me quites de en medio si me convierto en un problema? Tu papá está muy mal —escupió con asco.
—Sí, eso ya lo sé —entoné procurando no ponerme a la defensiva ni convertir esta conversación en una conversación sobre mí—. Por eso mismo, porque saben que has estado alejándote de la mira de la familia y mi papá me pidió que averiguara dónde vas y qué haces.
Rosalina se puso de pie con intención de marcharse.
—No puedo ayudarte si no sé cual es el problema.
—No tienes que ayudarte.
—Rosalina, mi papá está furioso con todo, no quiero que se lo tome contigo.
—No tienes que preocuparte por mí.
—Podemos buscar un tratamiento juntas para que lo intentes otra vez.
—No me escapo para drogarme.
—La otra noche —ella me interrumpió con una carcajada cruel—. Compré dos pastillas para Anabela porque a la muy tonta le daba vergüenza, siquiera eran para mí. Me ofrecí a compararlas por ella porque de cualquier modo, iba a salir para verme con alguien. Iba a ver a ese mismo

alguien que he estado viendo todas las veces que me escapé de los perros falderos de tu padre y el mío.
—Yo pensé que…
—Hazme un favor y no pienses por mí.
—¿Por qué sales a escondidas para verte con él?
—Porque no quiero a toda la puta familia metiéndose en mi vida. Por eso.
—Mi papá sospecha que haces negocios al margen del resto de la familia.
Rosalina se rio en mi cara.
—Pues dile a tu padre que no es el caso, yo no soy como ustedes, no sé hacer de todo un negocio, y por eso, me veo con él a escondidas, para que la familia no intente hacer de eso, otro negocio más.
—¿Quién es?
Rosalina dejó caer la revista sobre la cama otra vez.
—En vedad lo lamento. Si puedo ayudarte en algo con tu padre…
Negué con la cabeza.
—Sería conveniente que ya no te escondieras cuando vas a verlo. Tranquilizaría a tu papá y al mío. Tarde o temprano se enterarán y lo sabes. Ahórrate un problema y hazlo público.
—No lo creo —contestó con voz tirante.
—Rosalina, cuanto más lo escondas peor será. Estamos en un momento complicado. Al menos dime quien es.
Sus labios se tensaron formando una línea que atravesó su rostro partiendo sus delicadas facciones.
—No.
—¿No? —Entendía que nuestra relación de un tiempo aquí había cambiado mucho, que ya no nos contábamos todo como antes pero esto era importante y no para compartir cosas entre nosotras en pos de fomentar una cercanía sino para evitar que mi papá y él suyo se pusiesen en plan de desconfiar de ella a un punto potencialmente dañino.
—No. Por una vez, quiero mantener privada, una parte de mi vida privada. Además no necesito el escrutinio de toda la familia.
—Sabes que eso es imposible de evitar.
—No necesito que mi relación se convierta en eso —con su barbilla, apuntó en dirección a la revista sobre la cama. Eso era Paris y yo.
La crueldad de sus palabras y su gesto me lastimó más de lo que me permití demostrar.
—Rosalina…
—Si quieres decirle a tu padre que no pude evitar que la revista vaya a circulación, díselo.
—¿Rosalina?
—Te dejo ahora para que puedas terminar de prepararte para tu noche. Mañana hablamos.
—Rosalina por favor. Discutámoslo. Podríamos llegar a un acuerdo.
—Mi relación con él no es parte de un acuerdo familiar. Estoy harta de esta familia.
—¿Y crees que yo no? —las palabras se me escaparon.
—No te he escuchado quejarte.
—De nada sirve quejarse.
Me dedicó una última mirada poco amistosa.
—Me voy. Lamento esto. Nos vemos mañana.
—Rosalina —la llamé una vez más; ella no me hizo caso. Salió de mi habitación sin mirar atrás.
Tuve muchas ganas de quemar la revista, no lo hice porque eso nada solucionaría.

Y lo muy ilusionada que estaba por salir a encontrarme con Romeo, a pesar de lo que eso implicaba.
Ahora mi ánimo estaba por el suelo y en verdad que volvía a verlo todo muy negro, dudando que fuese a funcionar. Romeo Montesco era un jodido soñador, un ingenuo o en su defecto un mentiroso de primera y yo estaba dejándome arrastrar.
Fuese como fuese, las cicatrices de los disparos estaban allí y cuando me contó la historia sobre su padre, sonó y lució sincero.
Otro suspiro se escapó de mí.
Mandé al universo al infiero y me dirigí a mi vestidor a cambiarme para salir a cenar con él.

Así como en mi visita anterior, salí de la ciudad rumbo a Mantua en un coche que no era mío y que nadie tenía cómo relacionar conmigo. No era la primera vez, ni sería la última que me escaparía de los ojos de la familia para hacer de las mías, solo esta vez no era para hacer negocios.
Conduje con el mar a mi derecha con la música sonando a todo volumen dentro de la camioneta de cristales tintados después de relajarme al comprobar por un par de kilómetros, que nadie me seguía a mí y a este vehículo que olía a nuevo porque era nuevo y robado.
En más de una ocasión durante el trayecto, me sentí tentada de llamarlo, necesitaba escuchar su voz para recuperar la seguridad porque no me bastaba con tener un montón planes entre manos, para convencerme de que esto funcionaría; arruinar a mi padre, hacer caer su imperio era una cosa; lograr zafarme de sus garras llevándome a mi hermano conmigo, una muy distinta y en este punto de mi vida, para mí sorpresa y porque el destino era muy descarado, Romeo Montesco era la única persona con la que podía conversar sobre lo que más me preocupaba. Aquel a quien me enseñaran a llamar enemigo hoy era solamente la otra cara de una moneda que tenía mi mismo valor.
Entré en la ciudad hecha un manojo de nervios; no tenía idea de cómo actuar frente a él porque incluso en el agua, cuando llegó, tuve ganas de lanzarle mis brazos al cuello y apretarme a él en búsqueda de cobijo, más aún cuando estuvimos solos en la camioneta, cuando me habló de los disparos, cuando descubrió su cuerpo y se comportó como muy él.
Si supiera que no tenía intención de regresarle su sudadera y el pantalón que me prestara, así como no pensaba lavar las prendas para evitar que perdiesen su reconfortante olor.
El GPS anunció que me encontraba a menos de dos calles de mi destino final.
—Mi destino —susurré para nadie más que mis oídos—. Mi destino era Romeo Montesco.
A baja velocidad pasé por el frente del restaurante buscando donde estacionar y lo vi, Romeo esperaba de pie en la puerta del local, viendo los coches pasar. Por supuesto, la camioneta en la que iba no llamó su atención.
Él si llamó mi atención porque iba con su cabello recogido en una media coleta en lo alto de su cabeza, luciendo un traje gris y camisa blanca sin corbata. Tenía el cuello y el primer botón de la camisa suelto por lo que las serpientes debajo de su cuello no eran más que una porción de tinta imposible de identificar.
Su aspecto era una simple delicia; el traje le calzaba a la perfección y su cabello renegrido brillaba como si fuesen hilos de obsidiana. Su boca y sus manos continuaban tan perfectas como siempre, la primera identificable como parte de su humanidad por su carnosa abundancia y las segundas, por los tatuajes que eran adorno permanente en sus dedos y por los anillos que ya le viera llevar antes, el más llamativo de todos, uno con una gran piedra negra sujeta por un poderoso armazón de oro que de un costado tenía labrada una R y del otro, una M. Me pareció

ver que sus nudillos lucían un poco mejor.
Llegando a la siguiente esquina, había un espacio vacío. Fui a aparcar.
Recogí mis cosas y emergí de la camioneta. Al cabo de rodearla vi que Romeo estaba girando en dirección de donde venía el transito y no me vio. Crucé la calle, él aún seguía buscándome en el tránsito que corría por esta calle y la transversal.
Por la calle había bastante gente porque era una noche preciosa y esta cuadra y la siguiente estaban pobladas de bares y restaurantes con terrazas que daban a la calle, con mesas en la calle. A mi alrededor flotaban deliciosos aromas y un ambiente que invitaba a dejar partir las tensiones.
Romeo giró en mi dirección por un segundo pero no me vio, o tal vez me vio y no me reconoció.
Continué caminando hacia él. Lo vi sacar su móvil rosa y escribir.
El móvil en mi pequeño bolso me avisó que tenía un mensaje.

Estoy esperándote.
Llegas tarde.

Sonreí.

Estoy justo a tiempo.
Tu reloj ha de estar adelantado.

Todavía continuaba sin darse cuenta de que me le aproximaba.

Seguro tu móvil tiene la misma hora que el mío.

—¡Idiota! —reí casi llegando a él.
Vi que escribía algo más.
—¿Qué cosa tan importante te tiene tan concentrado con tu móvil? —entoné alzando la voz. Lo sorprendí. Romeo alzó la cabeza y su mirada azul chocó con la mía—. Buenas noches, Roro.
Descaradamente, antes de responder a mi saludo, Romeo se tomó un momento para registrar mi aspecto, comenzando por mi chaqueta de jean, la que cubría la parte superior de mi escotado vestido de tirantes muy hippie que no condecía con lo que solía ser mi estilo.
La falda estampada con flores, búlgaros, franjas lisas y una guarda de leones era amplia y vaporosa, y nada tenía que ver con mis vestidos y pantalones ajustados de siempre, tampoco mi calzado. Iba en unas sandalias muy simples de cuero con una suela muy baja, sin tacón. Mi pequeño bolso de gamuza también era sencillo y poco llamativo.
En mi rostro no llevaba más que un poco de mascara de pestañas, brillo de labios.
Llevaba mi cabello recogido en una larga trenza floja por detrás de mi espalda.
Mis únicas piezas de joyería eran mi reloj –uno de los más sencillos que tenía-, mis piercings –los cuales no me quitaba- y la pulsera de clavo la cual tampoco solía quitarme.
Cuando alzó la vista, sonreía.
—Buena noches, princesa. Estás bellísima.
—Tampoco te ves mal.
Mis palabras provocaron que su sonrisa acabase ladeada y luciendo muy sexy. Romeo tomó una de las solapas de la chaqueta y la abanicó.
—No puedo evitarlo, así soy yo.
Revolé los ojos.

—Me gusta el vestido. Esa falda es tentadora.
No entendía que podía parecerle tentador en una falda que me rozaba los empeines.
—Y hueles tan rico como siempre. Mejor que la comida de este restaurante y eso ya es decir mucho. Haces que me de hambre.
—Estoy casi segura de que tu hambre es constante.
—Bueno, permíteme convencerte de que no todas las comidas me satisfacen del mismo modo.
—¿No puedes no hacer eso?
—¿Qué cosa? —dijo intentando poner cara de inocente. Imposible con esa boca, ni que hablar de su profunda mirada de noche cerrada y del pronunciado arco de sus cejas negras sobre su piel blanca, el cual parecía una curva cerrada y peligrosa por la cual conducir sin mucha experiencia al volante.
Y el muy maldito que se había recogido el cabello otra vez como si no le importase el modo en que se veía, lo cual lo hacía lucir un millón de veces más sexy y presuntuosamente masculino.
Y por supuesto, él también olía como los dioses, como un gran dios griego, todo poderoso y altivo.
—Flirtear.
—No hago tal cosa —soltó como si nada y al cabo de guardar su móvil en el bolsillo interno de su chaqueta gris, me tendió su mano derecha—. Andando, dame la oportunidad de convencerte de acostarte conmigo mientras cenamos.
—¡Romeo! —reí.
—¿Qué? —lanzó poniendo cara de nada, con su mano todavía tendida en mi dirección.
—Deja de hacer eso, vinimos a hablar de negocios—. La verdad era que no se me antojaba hablar de negocios.
—Hablamos de negocios en la mañana esto es placer.
Lo amenacé con una mirada.
—Un placer gastronómico —acotó.
—Sí, claro.
—Bueno, y el placer de verte a ti. ¿Ya te he dicho que luces absolutamente adorable.
—Romeo, este vestido es ideal para ocultar armas.
—¿Me permites palparte de armas? Prometo que te permitiré devolverme el gesto. Pálpame donde gustes —entonó bajando la voz, tornándola más profunda de lo que ya era.
Sentí un delicioso cosquilleo por detrás de las orejas.
—Joder que la mera idea de que me palpes…
—Suficiente, Romeo.
—Comenzaba a imaginarte tocándome.
—Pues si quieres tener un fantasía, la tienes, no tienes más que decírmelo y te dejo solo.
—Prefiero la realidad palpable de tu deliciosa humanidad frente a mí. Anda, vamos a comenzar la noche que seguro abundará en placeres—. Con sus dedos, llamó a mi mano.
Resoplando le tendí mi mano derecha. Creí que sería rodear su palma con la mía así como el rodearía la mía con sus dedos, en vez de eso, Romeo entrelazó sus dedos en los míos y bajó el brazo atrayéndome a su lado.
No necesitó volver a tirar de mí para que yo terminase de acomodarme a su lado. Mi brazo se enroscó un poco en el suyo juntando nuestros hombros. A escasos centímetros de su persona, la incómoda carga eléctrica en mí, que me tenía inquieta e incomoda, perdió fuerzas; sentí que parte de la angustia y el nerviosismo bajaba por mis piernas y caía de mis pies al suelo.
Romeo espió en mi dirección para sonreír reconociendo mi cercanía y me dio la impresión de

que también, lo bien y natural que se sentía esto entre nosotros, porque más allá de las bromas, nos conocíamos de toda la vida y más allá del título que le pusiésemos a nuestra relación, la familiaridad entre nosotros, era real.
No bromeaba cuando le dije que el vestido era perfecto para ocultar armas pero cuando cargué las armas, no lo hice pensando en defenderme de él, mucho menos en atacar, sino en defendernos a ambos de la locura en la que vivíamos.
—Me alegra que vinieras —susurró solamente para mí.
Todo lo que quise decirle se amontonó en mi garganta formando una pelota de intensos sentimientos.
Aceptó mi silencio con una sonrisa amable y me condujo de la mano hasta la entrada del restaurante.
En la recepción atendida por un sujeto que debía tener nuestra edad que le sonrió al instante reconociéndolo y dándole las buenas noches por su nombre, anunció que tenía una reserva para dos.
—Sí, claro, tu mesa está lista. Estábamos esperándolos.
Romeo giró la cabeza y me miró rebosando satisfacción.
—Bienvenida —me dijo el recepcionista a mí.
—Gracias.
—Si gustan seguirme.
—Vamos tras de ti, Miguel.
El tal Miguel salió detrás del atril y se movió en dirección al pequeño pero muy poblado salón.
—Y bien, ¿te gusta?
El restaurante era pequeño, acogedor, cálido. Había pequeñas mesas redondas para dos y otras que formaban largos grupos de gente que asumí, comía en familia o con amigos. La iluminación era agradable, el aroma de aire una delicia. Aquí no había ni manteles ni servilletas caros, las copas y los vasos eran de vidrio, no de cristal y la vajilla se notaba que tenía mucho uso. Lo que más que agradó fue que tanto la concurrencia cuanto los camareros, sonreían.
—Es perfecto.
—Aquí no hay nada demasiado refinado.
—Es perfecto, Romeo —insistí—. Me encanta, es todo lo que imaginé que sería —me sinceré. Todo lo que necesitaba que fuera, ni más ni menos.
Su siguiente sonrisa me enseño su blanca dentadura al completo.
Vi que el recepcionista se detenía ante nuestra mesa. Romeo estiró el brazo para cederme el paso. En cuanto su mano soltó la mía, la extrañé.
Fui a sentarme y él se acomodó frente a mí.
—Enseguida vendrán a atenderlos.
—Gracias, Miguel.
—Es bueno tenerte otra vez aquí, Romeo —le sonrió y lo miró como si se le fue la vida en ello y luego giró su cabeza en mi dirección otra vez—. Bienvenida —repitió siendo muy correcto pero nada más. Me dio la impresión de que yo no le provocaba ser tan efusivo como lo era con Romeo.
Después de lanzarle una última mirada a Romeo, dio la media vuelta y se marchó.
Esperé a que se alejara lo suficiente para no poder escucharme.
—¿Son ideas mías o le gustas? —solté sobre él cuando comenzaba a quitarse la chaqueta del traje.
Romeó se detuvo con la chaqueta caía a mitad de los brazos.

—Le gustas —repetí—. Se puso muy contento de verte. Deberías darle una oportunidad.
—No es mal tipo pero no me gustan los hombres.
—A mí me dio la impresión de que tal vez él no lo tiene de todo claro. ¿Acaso no te ha visto venir en compañía de mujeres?
—No —respondió acabando de quitarse la chaqueta.
—¿No?
—Es la primera vez que traigo a alguien. Supongo que acabo de romper su corazón. Me quedé estudiando su rostro. ¿En serio jamás había traído a nadie aquí?
—Es mi restaurante favorito —continuó—. Hasta ahora siempre vine solo.
—¿Me haces el honor de compartirlo conmigo?
—¿En verdad necesito responder a esa pregunta? —soltó colgando la chaqueta en el respaldo de la silla—. Pobre, no me había dado cuenta —siguió mirando en la dirección en la que se alejara Miguel—. Soy irresistible—. Bromeaba otra vez—. ¿No te quitarás la chaqueta? Hace calor aquí.
Lo miré mal.
—En serio lo digo solamente porque hace calor, no porque me pierda tu escote y quiera ver de cerca el resto de tus tatuajes.
—Sí, claro —canturreé.
—Te cocinarás.
Empecé a quitármela alejando mi mirada de la suya.
—No te conocía ese. ¿Es nuevo? —su índice apunto al hueco entre mi hombro y clavícula izquierda. No lo noté en nuestros anteriores encuentros, supongo que estaba o bien muy distraído viendo tu boca o tu arma.
—Eres descuidado —bromeé colgando mi chaqueta por detrás de la silla.
—Mea culpa —admitió bajando la cabeza—. ¿Son hojas de ginkgo biloba?
—Sí.
—¿Puedo saber por qué te tatuaste dos hojas de ginkgo?
—Es el árbol favorito de mi hermano. Somos él y yo.
Su mirada quedó soldada a la mía.
—Mi hermano también lo tiene. Fue su primer tatuaje —me detuve al sentir el aguijonazo en el pecho, que nada tenía que ver con los recuerdos de la máquina de tatuar sobre mí—. No fue buena idea, estuvo veinte días con antibióticos porque se le infectó. Su salud —me detuve definitivamente.
Romeo estudió mi rostro y luego mis manos, sobre la mesa las cuales no me había percatado, aferraban el borde de esta, con furia.
—No fue tu culpa —me dijo dando en el centro de la diana.
—No debí permitir que se tatuara.
—La salud de tu hermano —fue su turno de interrumpirse—. ¿Es mucho entrometerme si te pregunto qué es lo que tiene?
Sonreí angustiada.
—Ojalá lo supiésemos. Le han diagnosticado todas las enfermedades menos comunes que existen y dudo que tenga nada de eso porque nada funciona con él. Ha pasado por tantos tratamientos.
Romeo movió su mano derecha sobre la mesa, sus uñas quedaron frente a las mías, esperando.
Alcé mi índice y forzando una sonrisa a mis labios, le di unos toquecitos al suyo.
—¿Sigue sonriendo tanto como siempre? —me preguntó con una gran sonrisa en su labios.
La devolución del gesto por mi parte, fue inmediata, él vibraba de energía que se contagiaba.

Estimaba que gran parte de su encanto no residía en su aspecto sino en lo que emanaba de su persona. Incluso en los peores momentos, en los momentos más tensos, Romeo siempre encontraba el modo de sonreír, bromear y hacer el tonto.
—Sí, siempre.
—Me gustaría verlo. Deberíamos quedar un día los tres.
La idea me encantó pero no tenía idea de cómo hacer para materializarla porque la salud de Yago era muy endeble y trasladarlo no era tarea pequeña; menos que menos movilizarlo lejos de mi papá y su mirada, para reunirlo con Romeo.
—Ya lo organizaremos —me aseguró. Su indicé buscó el mío y se enganchó para no soltarme—. Creí que te parecería poca cosa. Lo siento —se disculpó.
—¿Qué?
—El restaurante, creí que no te parecería suficiente —me explicó y agradecí estar sentada porque mis piernas se aflojaron. Dentro de mi pecho mi corazón dio una sacudida—. A veces olvido que así como te sucederá conmigo, los comentarios que te llegarán de mí, no son más que una versión inflada y desdibujada de la realidad.
Muda, me quedé viéndolo.
—Prefiero las sudaderas y los pantalones deportivos pero a mi padre le crispa los nervios verme en zapatillas deportivas si es que no las llevo puestas para ir al gimnasio.
A lo único que atiné fue a relamer mis labios, nerviosa. ¡Joder con Romeo Montesco!
—De hecho te llevaste mi pantalón y mis sudadera favoritos.
Y yo que pensaba no devolvérselos.
—En cuanto estén limpios, te los regreso —fue lo único que atiné a decir.
—Está bien, no te preocupes.
Nos quedamos en silencio.
—No es poco para mí. Esto es mucho, Romeo.
Romeo apretó una sonrisa en sus labios.
—También significa mucho para mí —sus palabras fueron más sinceras y claras que las mías y pusieron de manifiesto lo que yo en verdad quería decir—. Todavía no consigo terminar de asimilar que esto esté sucediendo, que aceptaras. Creí que tendría que seguir adelante solo y no estaba seguro de poder seguir adelante solo. El soñador comenzaba a quedarse sin sueños y sin fuerzas para seguir soñando.
Este hombre iba a matarme y no de un disparo.
—La vida estaba poniéndose muy difícil. Demasiado —lo último lo entonó con voz entrecortada que cortó en mi pecho los lazos con viejos resentimientos que no tenían razón de ser. Cabos que me mantenían anclada en profundidades oscuras, estallaron y me soltaron al mar; no sería fácil, tendría que nadar en un océano turbulento pero al menos, me reencontraba con la libertad, con aquella que de pequeña me ponía difícil el ver a Romeo como aquel al que debía odiar sin motivo.
Mi vida también se ponía cada vez más complicada pero sí, al menos ahora estaba él.
—Sigue difícil pero al menos ahora allí, en el horizonte, hay un sol que es el espejo de la energía que creía perdida—. Su mirada bajó a mis labios.
Iba a pedirle que me besara cuando una mujer muy sonriente, de inmensa cabellera castaña risada, se plantó junto a la mesa entre nosotros.
—Muy buenas noches, bellezas, mi nombre es Sofía y seré su camarera esta noche.
La mirada de lo dos saltó hasta el rubicundo y sonriente rostro de la mujer que procedió a tendernos los menús. Romeo soltó mi dedo.

—Buenas noches, Sofía —la saludó Romeo recuperándola sonrisa.
— A ti ya te conozco, ¿no es así? Una no olvida ni confunde semejantes ojazos —le dijo la mujer y yo le di la razón, una simplemente no podía olvidar ni desprenderse del zafiro de los ojos de Romeo.
—Sí, he venido un par de veces pero de cualquier modo, esta es como si fuese la primera porque vine acompañado de alguien muy importante para mí—. Sus radianes ojos se movieron hasta mí —. Sofía permíteme que te presente a Julieta.
Sofía me tendió su mano.
—Es un placer conocerte, cariño.
Estreché su mano.
—Lo mismo digo, me alegra estar aquí.
—Y a nosotros nos alegra sumarte en la familia, que las personas que vienen a comer aquí, son parte de nuestra familia para nosotros.
—Gracias —le dije con mi corazón palpitando con fuerza, sobre todo porque Romeo no apartaba su mirada de mi rostro y sonreía manso, viéndome como si tuviese en frente, un evento celestial, o algo así, que le traía mucha paz.
—De nada cariño. Si les parece los dejaré para que vayan escogiendo qué disfrutarán esta noche e iré a buscarles agua y mucho pan, que está recién horneado y huele fenomenal.
Romeo le agradeció y sonrió y yo no atiné a mucho más que mirarla porque de pronto estaba demasiado conmovida por toda la situación.
Volvimos a quedarnos a solas.
Él recogió su menú.
—Ahora es nuestro lugar —me dijo en voz baja, entregándome mucho más que su restaurante favorido—. Anda, elige qué comer, yo invito.
Entendí que él necesitaba un instante y como a mí también me hacía falta, tomé mi menú y me dediqué a estudiarlo, comprendiendo que me apetecía todo.
Romeo me recomendó un par de cosas y al final nos decidimos por pedir mucho más de lo que podíamos comer, para compartir y que yo pudiese probarlo todo.
Sofía regresó con nuestra agua y él ordenó la cena y una copa de vino para cada uno, que me dijo que era el mejor de la casa.
Nos quedamos a solas otra vez, con nuestros enormes vasos de agua con hielo y una canasta desproporcionalmente grande, en comparación a lo pequeña de nuestra mesa, rebosante de panes de todas las variedades.
—Prométeme que no permitiremos que vuelvan a envenenarnos. Que nos salvaremos el uno al otro de sus garras. Dime una vez más que no mientes, que es real. No podría resistir que sea mentira, que mi última esperanza no sea más que humo.
Ante mis palabras, su rostro se puso solemne de inmediato. Su seriedad no era ficción, entendí que se lo tomaba en serio, que había tocado una fibra.
—No tengo mucho por lo que jurar que valga la pena, siquiera mi vida. No soy ni tan especial ni tan valioso. No puedo jurar por un hermano que no tengo y mis afectos últimamente —dejó escapar una risa triste—. Ya no sé a quién quiero, a quién temo, quiénes son costumbre y a quiénes en verdad necesito y daría la vida por ellos.
Comprendí a la perfección a qué se refería.
Romeo me tendió sus manos con sus palmas hacia arriba.
—Con estas manos vacías te lo juro, por estas manos que pongo a tu disposición. Estas manos y el resto de mí.

Me estremecí de modo rotundo.
—Joder contigo —medio jadeé, medio reí, desarmándome.
Extendió su brazo derecho atravesando la mesa en búsqueda de mi mano derecha, la atrapó entrelazando nuestros dedos otra vez.
No necesitó decir nada más.
Apreté mi palma contra la cuya.
—Te lo doy todo, menos el pan de ajo que es todo mío. Me puede, es increíble, jamás probarás un pan de ajo tan rico como este.
Al bode de las lágrimas, reí.
—Idiota.
Romeo soltó mi mano riendo.
—Hablo muy en serio —Estirando el cuello, buscó dentro de la canasta una larga rebanada de pan que estaba tostada—. Esto aquí —alzó la rebanada—, es valioso.
—No me gusta el ajo.
—¿Disculpa, qué acabas de decir? —me amenazó con los ojos entornados. Jugaba.
—Es todo tuyo, no me gusta el ajo.
Sofía reapareció con nuestra entrada de quesos y embutido.
—Sofía, acaban de apuñalarme por la espada. Julieta termina de revelar que el ajo no le gusta —lloriqueó.
—Pues lamento romperte el corazón, cielo, a mí tampoco.
Reí con ganas porque su cara de horror fue extremadamente cómica. Romeo resbaló por su silla, tomándose el pecho sobre el corazón, con ambas manos.
Con Sofía nos burlamos un poco más de él y luego ella nos dejó.
Nos pusimos a hablar de comida, y más comida llegó.
Disfrutando al punto de chuparnos los dedos, continuamos conversando de comida, negocios y viajes. Recodamos la época del colegio y tontos cortes de cabello a los que nos atreviéramos. Hablamos de tatuajes, de nuestros pintores favoritos y él me sorprendió contándome que le gustaba pintar pero que lo que hacía, no era más que basura. Le pedí que me enseñara su trabajo y me aseguró que me decepcionaría. Insistí y sacó su móvil, el rosa y me enseñó un par de fotografías de sus retratos a todo color y con grandes pinceladas de rostros que yo conocía, Darío, Ben, su madre, quedé boquiabierta.
Cuando le aseguré que su trabajo era estupendo me soltó que no opinaría lo mismo cuando hiciera un retrato de mí.
Sofía regresó en ese momento para interrumpirnos con más comida.
No sé cómo logró sonsacarme que tenía una obsesión por los libros de historia y que era casi el único tema sobre el que leía.
De algún modo, de aquello, volvimos a saltar a descurtir sobre negocios y nuestros siguientes pasos a seguir.
Sofía se llevó todo lo que poblaba nuestra mesa y Romeo ordenó una porción de postre que insistió que compartiésemos.
La acompañamos con café en la tranquilidad en la que de a poco había ido cayendo el salón del restaurante.
El tiramisú estaba exquisito.
Romeo pidió la cuenta y se encaprichó con pagarla toda él.
Para cuando me di cuenta, los dos nos poníamos nuestras chaquetas ya en pie, alistándonos para salir y reconocí que no quería despedirme de él si bien no sabía cómo seguir la noche a su lado,

en el fondo temía en lo que pudiese dar.
—¿Te parece si caminamos un rato? Comí demasiado y necesito bajar la comida —propuso.
Acepté de inmediato.
Me ofreció su mano y salimos así, muy juntos, agradeciendo a Sofía y a todos en el restaurante.
Fuera estaba fresco y yo me encogí debajo de mi chaqueta, Romeo de inmediato, soltó mi mano y pasó su brazo por encima de mis hombros, pegándome a él sin intentar nada más. Su gesto fue pura protección.
—¿Te apetece ver la playa? Estamos solamente a unas calles.
—Por supuesto —el mar era mi perdición.
Caminamos en silencio y eso estuvo bien, mejor que bien porque reafirmó la sensación que comenzaba a echar raíces en mí, que esto entre él y yo no necesitaba adornos; solamente necesitábamos ser él y yo, nada más.
En cuanto percibí el olor a mar sonreí.
Nos detuvimos al bode de la arena para quitarnos los zapatos. Ya sin su brazo en mis hombros, caminamos por la arena fría hasta el agua. Por la playa andaban un par de personas y en el agua, se encontraban unos poco corajudos pero contábamos con la privacidad suficiente para sentirnos a gusto.
Caminamos un poco, con los pies en el agua hasta que en mí, terminó de cuajar el coraje. Me detuve y lo frené poniéndole una mano en el pecho, que él cubrió con la suya libre.
No necesité más que mirarlo a los ojos.
Romeo bajó su vista a mis labios.
—Si me haces daño, te mato —susurré.
—Si te hago daño, estaré matándome a mí mismo.
—No necesitas decir eso.
—No digo más que la verdad —su mirada se soldó sobre la mía—. Eres mi espejo —añadió en un susurro.
Acorté la distancia entre nosotros.
—Tu mirada brilla todavía más ahora.
Y la suya; no pude decírselo porque estaba sin aliento.
—Julieta —susurró inclinando su rostro sobre él mío hasta que su frente quedó posada sobre la mía.
—Se suponía que esto sería negocios.
Él negó con la cabeza sin despegar su frente de la mía.
Sonreí y me estiré para acariciar sus labios con los míos y se sintió maravillosamente bien, la calidez y suavidad de su labios era única. ¡Joder, su perfume! ¡Y su aliento que olía a una mezcla de café y tiramisú!
—Por Dios, Julieta —susurró sobre mi boca sonando a que se quedaba sin aliento.
—¿Qué? —mi voz no sonó ni remotamente más firme que la suya.
—¿Estoy soñando? —subió su mirada de mis labios a mis ojos otra vez.
—Solo si yo estoy soñando.
Sonrió y negó con la cabeza, otra vez sin despegar su frente de la mía.
Romeo soltó mi mano y despacio, las yemas de sus dedos vinieron a posarse sobre mi cuello con delicadeza para acariciar mi piel. De gusto, se me puso la piel de gallina. Él deslizó sus dedos sobre mí, para encontrar mi pulso desbocado.
—Cuando tenía quince, me enamoré perdidamente de ti —confesó viéndome a los ojos, sin parpadear y así sin más, el universo se resumió a este espacio que él y yo ocupábamos.

—¿Qué? —gemí rebosante de miedo y esperanza.
—Escribía tu nombre y el mío por todas partes y luego pintaba encima para que nadie se enterara.
Se me escapó una risa nerviosa.
—Romeo—. Mi mano sin querer, se prendió de su camisa. Necesitaba aferrarme a este momento porque si lo perdía, mis esperanzas se harían trizas, también mi espíritu y no podía quebrarme, no sin antes de asegurarme que mi hermano estuviese a salvo.
Romeo se relamió el labio inferior parpadeando lentamente.
—En el fondo, creo que nunca se me quitó del todo. Fuiste mi primer amor y dicen que el primer amor, nunca se olvida.
—¿Te burlas? —no lucía a que estuviese burlándose porque de hecho, más me daba la impresión de que se había sonrojado.
—No. Es verdad. Estaba tan enamorado de ti y sufría tanto porque sabía que era imposible. No era imposible, yo solamente tenía miedo.
—¿Y ahora ya no tienes miedo?
—Estoy más aterrado de lo que nunca estuviera en mi vida. Cuando temes solo por ti es una cosa, cuando temes por alguien que te importa, el terror no tiene límite.
No necesitaba escuchar nada más, mi boca al instante buscó la suya.
Romeo inspiró sobre mí, moviendo su mano hacia mí nuca.
Dejé caer las sandalias al suelo y con esa mano, busque su nuca también, poniéndome en puntas de pies para poder profundizar el beso.
Mis dedos encontraron su cabello sedoso y frío por la brisa del más. Joder que en mi vida había tocado nada más suave y delicioso. Bueno, su lengua superó a la sensación de su cabello.
Escuché que sus zapatos caían a la arena con un sonido seco y lo que sentí a continuación fue su mano estrujando la falda de mi vestido por detrás, en la parte baja de mi espalda.
Atrapando mis labios en los suyos, Romeo ladeo la cabeza.
—Julieta —jadeó a continuación.
—Romeo —aparté los párpados para encontrarlo mirándome con intensidad.
—Yo… no miento —me juró en voz baja sonando irrefutablemente sincero—. Puedo ser un idiota pero no miento. Siempre supe que eras demasiado para mí. Siempre creí que pedirte una oportunidad sería esperar demasiado. Joder no te imaginas la cantidad de veces que deseé correr hacia ti para pedirte que me rescataras, que te largaras de aquí conmigo. Julieta…
Vi sus ojos ponerse cristalinos.
—Podría hablarte sobre las largas noches sin ti, sobre cada segundo de miedo durante el cual me pregunté cómo te sentirías tú pero no quiero volver al pasado porque ahora estás aquí—. Sus manos se prendieron de mí todavía con más fuerza—. En serio no sé qué habría sido de mí si no aceptabas. No podía más, en serio no podía más —la voz acabó quebrándosele—. Podrías dispararme ahora y yo de cualquier modo… —lo vi tragar con dificultad—. De cualquier modo moriría convencido de tu inocencia porque no quiero perder mi última esperanza. Porque si no eres tú quién; ya no me queda nada más que una máscara.
—Romeo —las lágrimas se le saltaron.
—Estoy dando un espectáculo patético y no me importa, no tengo nada más que esconder, tampoco que perder.
—Romeo, yo…
—Es en serio, si tú no puedes entenderme, nadie lo hará.
Acaricié su nuca.

—Por supuesto que te entiendo.
Romeo cerró los ojos; lágrimas corría por sus mejillas. Fue él quien buscó la unión de nuestros labios otra vez para besarme con una dulzura tan delicada que mi cuerpo comenzó a derretirse en sus brazos.
Me apreté a él buscando aprenderme sus formas con las mías y tal vez no quedase con un registro consciente de todos sus músculos pero si la certeza de que mis músculos, la próxima vez que estuviésemos juntos, recordarían a la perfección cómo acoplarse a los suyos.
Su boca se alejó de la mía para besar mi rostro, su mejilla rosó la mía humedeciéndola de sus lágrimas.
Con un millón de delicados besos llegó a mi oreja.
—Besé a Julieta Capuleto —susurró y luego movió su cabeza para enfrentarme.
—¿Lo publicarás en los periódicos y las revistas para que todo el mundo se entere?
Viéndome a los ojos, negó con la cabeza.
—Yo hubiese pensado que pasaría a ser una más de la larga lista —le dije medio en broma, medio en serio.
—No, Julieta. No tienes lugar en mi lista. Mi lista soy yo, no tú.
Mi mirada recorrió la suya.
—No sé cómo hacer esto, mentiría si te dijera que lo tengo clarísimo, que estoy seguro de que me saldrá bien. Lo cierto es que no, pero quiero intentarlo. Si no resulta, me conformaré al menos con sacarte de aquí. Será más que suficiente, sacarte de aquí.
No pude mover mi mirada de la suya.
—Si no aceptabas —tragó y su garganta hizo un ruido que me dolió hasta a mí—. Si no aceptabas de cualquier modo iba a asegurarme de sacarte de esto, de sacarlos a ambos.
—¿Por qué?
Antes de responder enredó sus dedos en una hebra de mi cabello que se soltara por debajo de mi trenza.
—Porque siempre he creído que tú hubiésemos sido los mejores amigos, perfectos cómplices.
Sonreí.
—Tuvimos nuestros momentos de complicidad sin saberlo —le recordé.
—Sí —amagó una sonrisa. Soltó mi falda y con esa mano se limpió el rostro—. Lamento esto. No suelo llorar en mi primera cita. Suelo guardármelo para la segunda. En la tercera me permito tener una crisis de nervios —bromeó.
—¿Y cuándo pensabas llevarme a la cama? —bromeé y él rio deliciosamente.
—Por lo pronto intento asimilar que me besaste y no fue por motivos ajenos al beso en sí. Esta vez no necesitábamos escondernos de nadie.
—No —susurré y él bajó su mirada a la mía.
—Creo que necesitaría besarte otra vez para terminar de convencerme.
—¿Lo crees?
—Estoy seguro—. Bajó sus labios a los míos pero no me tocó—. ¿Recuerdas el día de nuestra comunión?
—Por supuesto que sí.
—¿Recuerdas haberme visto llorando?
Asentí con un ligero movimiento de cabeza porque no quería alejar mis labios de los suyos.
—Lloraba porque creía que en cuanto fray Lorenzo pusiera a hostia en mi boca, iría a parar al Infierno o quedaría consumido en llamas allí mismo.
—¿Y eso por qué?

—Esa mañana mi padre me llamó a su despacho y me dio una charla en la que me dijo que a partir de ese día comenzaría a convertirme en un hombre y que por lo tanto debía hacerme responsable de mis obligaciones como miembro de la familia. Me dijo que debía odiarte y juré que lo haría. Lo hice mintiéndole, cruzando mis dedos. Yo siempre supe que no te odiaría jamás y de cualquier modo se lo prometí. Mi padre me dijo que Dios velaba por todos los Montesco. Creí que Dios me castigaría por mentirle a mi padre, por prometer algo que no estaba dispuesto a cumplir sin importar que él estuviese de nuestro lado.
—Romeo —jadeé comprendiendo que en realidad hasta ahora, yo apenas había arañado la superficie de su existencia. No tenía ni idea de lo que había vivido él y de quién era en realidad. La imagen que me enseñaran de Romeo Montesco era la del sujeto que arrasaría con nuestra casa si se lo permitíamos. Mujeriego o no, peligroso, rufián o altanero, a fin de cuentas, Romeo, así como yo, permitía que se viese de él, solamente una parte, la que su padre quería que se viera de él. Yo dudaba que nadie supiese que Romeo pintaba o que no dormía en sus elegantes trajes hechos a medida—. ¿Qué permitimos que hicieran de nosotros?
—Lo único que importa ahora es qué haremos nosotros de nosotros mismos.
Sonreí y él besó la comisura de mis labios. Me tomó por la cintura otra vez.
—Qué bueno que no ardí en llamas. Así puedo arder ahora. Joder que estas que ardes —bromeó amagando una sonrisa.
Quise empujarlo por el pecho, dándole un golpe. Él riendo, me sujetó con fuerza para volver a besarme otra vez, primero con sus sexys y carnosos labios que se movieron con precisión y delicadeza sobre los míos, atrapándolos y soltándolos tentándome. A los pocos segundos, la dulzura se transformó en pasión y nuestro besos en mordidas hambrientas que nos provocaban cada vez más hambre.
Romeo gruñó de gusto y mi pecho contra el suyo experimentó aquella reacción de primera mano. Mis manos rodearon su cabeza y sin querer toqué donde lo lastimara con el arma. Me angustié cuando se quejó de dolor, interrumpiendo el beso.
Le pedí disculpas y él me contestó que se lo merecía por no haber tenido mucho antes, el coraje de hablar conmigo y terminar con esta locura sin sentido entre nosotros.
Le pedí perdón otras tres veces y él me pidió disculpas a mí, por las veces en las que me provocara y enfrentó. Se disculpó por los insultos que dijo que tenía muy en claro sabía que yo no merecía e insistió en que me olvidara de las veces en que entre nosotros fuera más la relación que nuestros padres tenían, que la nuestra.
Mis brazos bajaron por su pecho palpándolo, no porque en este instante me apurase el placer si bien lo deseaba, sino para tomar conciencia del hombre a quien tenía en frente, el hombre que en cuanto rodeé su cintura con mis brazos, rodeó con los suyos mis hombros y me apretó contra él para esconder su rostro en mi cuelo poniendo un delicado beso sobre mí piel, repitiendo otra vez que yo olía muy bien.
—Si esto nos sale de puta madre, imagínate lo que será en la cama —por su tono, supe que bromeaba.
Le di un pellizco en el costado y por supuesto, el dramatizo como la reina de la actuación que era.
—Agradece que no te disparé.
El tonto se rio de mí para a continuación robarme un rápido beso.
—Tuviste tu oportunidad el otro día y la perdiste.
Me avergoncé de inmediato y él lo notó.
—No, Julieta, bromeaba. En serio, recodar ese tipo de cosas no tiene sentido.

La sinceridad en su mirada era aplastante, y también la inocencia que había allí. Era como si hasta este cambio entre nosotros, Romeo hubiese llevado una máscara en la mirada, una que permitía ver quién era en realidad él.
—En serio, no quiero que te aferres a ese tipo de recuerdos, ya pasó.
—Podría haberte disparado, iba a hacerlo. Creí que era la solución, que si te mataba, todo se terminaría —me sinceré.
Él se relamió los labios y a continuación los apretó.
—Bien, lo entiendo, no te preocupes.
—¿Lo entiendes?
—Sí.
—¿Se te cruzó por la cabeza alguna vez, el quitarme de en medio a mí?
Su mirada se endureció.
—No, jamás. Siempre he creído que eras inocente.
Yo a él, siempre lo había creído culpable de todo, incluidas mis desdichas.
La cena trepó por mi garganta.
—¿Julieta? —estudió mi rostro y frunció el entrecejo.
—¿Y si te hubiese hecho daño en serio?
Romeo se encogió de hombros.
—No me contestes así como si no tuviese importancia, mi arma estaba en tu cabeza.
—Sí, lo sé —su cuello se ensanchó cuando tragó.
—¿Y no te importa?
Viéndome a los ojos, negó con la cabeza.
—Romeo —lloriqueé.
—No lo hiciste. Supongo que no era ese el final que el destino quería para nosotros.
—¿Y cual crees que sea el final que el destino quiere para nosotros?
—Lo que yo creo es que el destino puso esa elección en nuestras manos y eso es lo que estamos haciendo; escoger un camino diferente.
Reí derritiéndome ante él.
—Eres…
—Maravilloso, perfecto, increíble, sexy, excelente besador, inteligente, guapo, un poeta, el mejor artista que tengas la oportunidad de conocer, ¿tu príncipe?
—Idiota.
—Sí, a veces un poco pero me lo tolerarás porque todo lo demás es demasiado bueno y además la tengo de un muy buen tamaño y sé cómo usarla.
No pude más que carcajearme.
Romeo me atrapó en sus brazos para besar mi cuello. Primero me resistí y luego me rendí a sus brazos, su perfume. Terminamos abrazados, viéndonos a los ojos con él otra vez contemplándome como si yo fuese un milagro.
—No es que quiera separarme de ti pero es tarde y el camino de regreso a casa el largo. ¿Sales primero y te sigo en cinco minutos? Deja tu móvil a mano, quiero saber de ti y asegurarme de que llegues a casa bien.
Asentí con la cabeza sin soltarlo. Cuando llegué aquí estaba casi segura de que él haría lo imposible por llevarme a la cama.
—Si algo cambia, si por algún motivo te arrepientes te ruego tengas piedad de mí.
Lo miré.
—Solo te ruego que me dejes irme con mi vida, no necesito nada más.

—¿Qué dices?
—Digo que si por algún motivo con quieres seguir adelante con el plan o con nosotros tengas piedad de mí y me lo digas, solamente te pido que me permitas largarme de aquí, te juro que no regresaré, que me olvidaré de tu familia y la mía.
—Romeo…
—Solamente déjame ir si te arrepientes.
No supe qué decir.
—Andando. Te acompañaré a tu coche.
Romeo rodeó mis hombros con uno de su brazos que dejó a mi alrededor hasta que la franja de arena fresca que me hacía cosquilla entre los dedos y que me recordaba que aún estaba viva, finalizó en la línea de cemento de la vereda. Él me ofreció sus manos para que pudiese sostenerme y colocarme mis sandalias.
Sacudió sus pies, se calzó sus zapatos y en silencio, me a acompañó a mi camioneta.
Me dijo que iría detrás de mí y con un suave y rápido beso que puso en mis labios, me dio las buenas noches.
Su coche me acompañó a distancia prudencial hasta casi la entrada de la ciudad en la que lo perdí de vista en mi espejo retrovisor.
Veinte minutos más tarde me envió un mensaje para sabes si me encontraba bien.
Yo casi llegaba a casa.
Le contesté que sí y él volvió a desearme buenas noches.
En mi cama, conmovida, lista para dormir, no pude parar de pensar y pensar en nosotros, en nuestras vidas y nuestras familias.
Al final el agotamiento me venció.

VI
A escondidas.

Mi móvil sonó una vez más. Espié hacia mi derecha, porque allí, sobre mi escritorio, estaba mi móvil. Vi que era ella y suspirando, ignoré el llamado. Damián me vio hacer.
—¿Y eso? ¿Esperas que se canse de llamar?
Mi móvil me avisó que tenía un mensaje de voz.
—Algo así.
—Cobarde.
—Posiblemente—. Regresé a mis papeles.
—Termina con ella si ya te aburriste. Dudo que desista por si sola. Si no le pones un punto final, ella seguirá llamándote.
Alcé la mirada de mis papeles a él.
—¿O es que tienes algo más para sacarle?
—No le he sacado nada.
—¿No? —me espetó con una ceja en alto.
—No —respondí.

Darío rio.
—Sí, claro, tú la inocente palomita. Vamos que te conozco de toda la vida. Entiendo que no debían quedarte muchas mujeres en la ciudad a las que tirarte, igual dudo que fuera el azar lo que los uniera. Lo que tú quieres, y estás en proceso de conseguir, es acabar con ellos. Ben me contó que le encargaste contactarse con tu pirata informático para que te consiga información sobre el menor de los retoños Capuleto.
Apreté los dientes.
—No te preocupes por el crío, Romeo, que no durará mucho. Su salud podría irse a la mierda en cualquier momento, con un soplido. Yo me preocuparía más por Julieta.
Todo mi cuerpo se puso en tensión al instante.
—¿De paso, si te la cargas, podrías quitar a mi primo de en medio también? Paris es insufrible.
—Apenas si lo ves —fue lo único que logré articular.
—Y desearía no tener que hacerlo. Además, si esos dos contraen matrimonio… todos en la familia están deseosos de verlos comprometidos. Dicen que sucederá pronto. ¿Comprendes que si Paris se casa con Julieta, deberé ir a la boda?
Eso no sucedería jamás; ni matándome lograrían impedir que yo diese todo de mí para evitar que eso suceda.
—Te encantaría ir y arruinarle la fiesta.
—Sabes cómo se pondrá mi papá si Paris se casa con Julieta. Encontrará el modo de echarme la culpa, de hacerme responsable porque nuestra parte de la familia es un desastre, si bien la culpa es puramente suya.
Bajé la vista a los papeles otra vez, en un burdo intento de cortar la conversación. Darío no entendió la indirecta y siguió adelante.
—Puedes encontrar el modo de conseguir que suceda y que nadie pueda relacionarte con el asesinato.
—¿Qué? —solté asqueado.
—¿No surfea cada día? Podría ahogarse. Los calambres en el mar son comunes.
Bilis trepó por mi garganta.
—Eso nos obligaría a luego tener que eliminar a Paris luego pero… —hizo una mueca que fue pura despreocupación—, supongo puede arreglarse, ¿no?
Asco. Que otra cosa podía sentir. Asco y vergüenza porque hasta un tiempo atrás, yo había sido este sujeto que buscaba ver odio y desprecio en todas partes, porque eso era lo que se me enseñara.
Me pregunté que habría sido de mí si fray Lorenzo no se hubiese cruzado en mi camino, en el momento justo, si yo hubiese cerrado mis oídos a sus palabras. De aquello no haber sucedido probablemente en este instante estaría complotando contra ella.
No dije nada y él siguió adelante.
—¿Qué harás con Capuleto padre?
—Además de matarlo —aquello salió demasiado fácil.
—Me refería a cómo pero ahora que me respondes así no pudo más que temer por sus restos, ¿acaso lo desmembrarás y repartirás su cuerpo a los cuatro vientos? Yo tengo una idea mejor, en su hotel de la playa, en el que vive Julieta —hizo una pausa para ponerle suspenso pero yo ya sabía hacia donde se dirigía; iba a vomitar—, tienen esa enorme pecera con tiburones. Arrojar su cuerpo allí, no sería mala idea.
Le había acertado.
Me tapé la boca con una mano esperando que la bilis bajara.

—A tu padre le encantaría la idea.
Tragué.
Seguro que sí.
—¿Por cierto, cómo van las cosas con él?
Mi móvil se puso a tocar otra vez. Era ella, insistiendo.
—Joder, en serio, dile que la verás, te la follas e intentas sacarle —Damián se detuvo al darle yo, un puñetazo al escritorio. El aparato paró de sonar.
—¿Podrías parar de intentarme ordenarme lo que debo hacer? —gruñí y él puso cara de ofendido.
—¿Qué sucede contigo hoy? De no ser tu hermano, estaría mandándote a la mierda ahora.
Mi mirada se quedó fija en sus ojos castaños. Me quedé preguntándome qué pensaría de mí si supiese la verdad, continuaría considerándose mi amigo y hermano. Tenía en claro que cuando me largara, no sería dejándolo sin nada, pero de algún modo, la duda estaba enquistada en mí, ¿me consideraría un traidor, le enojaría mi abandono, le parecería suficiente el dinero, me defendería, sufriría por defenderme?
Comencé a sentirme lívido y asqueado como un instante atrás.
¿Joder y si estaba equivocándome y si lo único que conseguía con esto era terminar de arruinar mi vida y la de Julieta? Me entró pánico.
—¿Rome?
Alcé la mirada hasta sus ojos, su rostro moreno lucía preocupado.
—¿Eh, hermano, estás bien?
—Creo que necesito salir a tomar un poco de aire.
—¿Qué?
—No me siento bien —me levanté y la cabeza medio se me fue a la mierda. Recogí mi chaqueta del respaldo de mi silla y comencé a vestirla.
—Romeo, no tienes que irte así. ¿Oye, te parece que vayamos a beber algo?
—Son las tres y media de la tarde.
—¿Y? —rio—. Desde cuando es un impedimento la hora para salir a beber.
—Luego hablamos —le dije metiendo el móvil en el bolsillo de mi chaqueta, junto al otro, aquel en el que tenía todo el día ver esperando la palabra princesa, aparecer en la pantalla para luego escuchar su voz.
—Rome, vamos no te pongas así.
—Solamente necesito salir. Luego acabamos con esto —me detuve—, si quieres irte… no me esperes —solté y comencé a rodear el escritorio.
—Vamos, Rome, que no es para tanto. Déjame que te invite unas cervezas, verás como enseguida te cambia el humor.
Sí, ese solía ser yo.
—En otra ocasión.
—Hermano —no le permití seguir.
—Luego te veo —le dije y salí a paso raudo de mi oficina.
Mi secretaria al verme, de inmediato se puso de pie.
—Señor Montesco ¿puedo hacer algo por usted?
—No, Clara, estoy bien. Saldré. No creo que vaya a regresar. Es probable que Della Escala también se vaya. Si surge algo, me llamas.
—Claro, señor Montesco, como usted desee.
—Buenas tardes.

—Buenas tardes para usted también.
Cerrándome la chaqueta del traje, caminé hasta la línea de elevadores.
Uno llegó a los pocos segundos, iba cargado de gente que me dio las buenas tardes con lo que sonaba una mezcla entre miedo y respeto.
Pulsé el botón del primer subsuelo que era allí donde se encontraba mi coche.
Fui el último en descender del elevador.
Los hombres de seguridad con los que me crucé de camino al espacio de estacionamiento reservado para mí, me dieron las buenas tardes.
Alcancé mi coche y enfrenté la carrocería deseando no haber escogido conducir algo tan estrafalariamente llamativo hoy.
Bien podría pasar por casa a cambiar de coche.
No, más pesaba la urgencia de hablar con él.
Quité la alama y me metí dentro. El motor soltó una mezcla entre gruñido y ronroneo cuando le di encendido.
Mi móvil comenzó a sonar otra vez.
Lo ignoré especulando con que podía ser ella, y de cualquier modo, si era mi padre, tampoco me apetecía atenderlo.
Puse música, y salí del estacionamiento.
Afuera brillaba el sol y hacía un día estupendo, aún así, por un par de calles continué sintiéndome como si siguiese dentro del estacionamiento oscuro y frío.
Un semáforo me detuvo. Aproveché la oportunidad para sacar mi móvil, el público y miré quién había llamado, era ella otra vez.
Abrí la guantera y metí el móvil dentro para olvidarme del aparato y de todos los que estaban ligados a este.
Bajé las ventanillas. El semáforo se puso en verde. Le di velocidad a mis neumáticos y cuando la corriente de aire se arremolinó dentro de la cabina, aproveché para respirar hondo. Fueron un par de inhalaciones profundas que me provocaron que se me pusiese la piel de gallina.
Miré la ciudad a mi alrededor reconociéndola como el lugar que me diera forma, igual que si hubiese crecido y nacido dentro de una lata, una que ahora me ajustaba demasiado, que me sofocaba.
Pasé por las calles que le pertenecían a mi familia, calles en que los Capuleto no se aventuraban ni por error y vi a los hombres de mi padre, disimulados en las esquinas, haciendo negocios y cuidando negocios, ejecutando por mandato de mi padre, lo que fuera que se les ordenara hacer, sin poner reparo alguno en las posibles repercusiones de sus actos, siquiera las inmediatas; yo había sido uno de esos hombres, uno cuya mayor preocupación era no arruinar sus trajes con sangre de terceros.
Ante aquel pensamiento que hubiese preferido no tener, estrujé el volante.
De cualquier modo iba a ir al infierno, me consumiría allí por serle fiel a mi padre y por traicionarlo.
Salí del territorio Montesco por las calles neutrales que eran una suerte de tensa tregua entre nuestra familia y la de Julieta y me desvié por la avenida que daba al paseo marítimo. Por allí el camino era más largo pero también más seguro, por este lado de la ciudad no se aventuraba ni mi familia, ni la de ella.
Conduje con la música a todo volumen, espiando hacia el mar cada tanto, no pudiendo evitar que me recordase a ella, que tornase todavía más acuciante mis ganas de verla.
Tuve que abandonar el mar pero no por eso, ella se alejó de mí.

El mar quedó a mis espaldas y un momento más tarde, lo perdí de vista. Dejé de espiar hacia atrás por el espejo retrovisor para ver hacia delante y toparme con la cúpula y el campanario que eran mi destino. Aminoré la velocidad y comencé a buscar lugar en el que aparcar.
Antes de salir del coche le presté atención a mis alrededores en procura de posibles amenazas. Pese a que sentía que la prisa me asfixiaba, me tomé un momento para estar seguro de que no me habían seguido y de que ninguna e las personas que andaba por la calle, era alguien que no debía verme.
Comprobé el arma en mi cartuchera, la que llevaba en la pantorrilla, tomé las llaves del coche y salí.
Dejé pasar un coche que venía desde mi dirección y crucé sin más por la mitad de la calle en dirección a la manzana de enfrente, totalmente ocupada por el templo y el colegio que le pertenecía y llevaba su nombre, el mismo colegio al que Julieta y yo asistiéramos juntos.
Por este lado de la manzana estaba la pared que daba a uno de los jardines del claustro.
Nadie en la calle me prestó atención. Giré en la esquina. A menos de diez metros estaban las escalinatas de ingreso a la iglesia.
En la puerta había un par de vendedores, uno con los brazos llenos de rosarios y otro, vendiendo velas y estampitas de San Lorenzo de Roma, el santo a quien estaba dedicado el templo.
Primero me intercepto el que vendía rosarios. No eran más que rosarios de plástico pero de cualquier modo, escogí uno de color blanco. En cuanto el sujeto de las estampitas me vio sacar el dinero, vino a ofrecerme sus productos. Así fue como acabé con una estampita del santo el bolsillo interior junto a mi móvil mientras remontaba las escalinatas, enroscando el rosario en mi muñeca derecha.
Mis dedos tocaron el agua vendita y con mi rodilla flexionada, mi frente.
La enorme nave estaba casi desierta.
Una mujer mayor íntegramente vestida de negro ocupaba un banco a mi derecha dos filas más allá.
Un sujeto que no pasaba de los cuarenta estaba de rodillas delante de todo, con la cabeza inclinada.
Susurros llamaron mi atención; gire la cabeza y vi a una mujer encendiendo una vela votiva del centenar que descansaban en un suporte, a los pies del santo.
Me moví hacia los bancos a mi derecha y pasé por detrás del último para andar despacio por la nave lateral dejé atrás la capilla auxiliar y continué avanzando de camino a la puerta que daba al pasillo que llevaba a la secretaría.
Sabía que encontraría la puerta abierta y por eso, avancé sin más. Si alguien se fijó en mí, no lo noté.
Entré en el corredor desierto y en silencio para cerrar la puerta tras de mí.
Enfilé en dirección a su despacho, esperando encontrarlo allí.
Al retumbar de mis pasos en el suelo de piedra, las paredes despojadas y la calma de aquel espacio, se le sumaron voces y risas lejanas de niños.
Estimé que alguna clase del colegio, debería estar de visita o haciendo alguna actividad en los jardines porque sonaban demasiado cerca. Escucharlos de algún modo me alegró, me recordó a mi época en el colegio, a un fray Lorenzo más joven que jamás fallaba en escucharme e intentar guiarme.
Llegué a su despacho y llamé a la puerta.
—Lorenzo, soy Romeo. ¿Estás ocupado?
Esperé y la respuesta jamás llegó.

Volví a tocar si bien intuía que no debía estar aquí.
—¿Lorenzo?
Otra vez nada.
Presioné la manija y abrí la puerta.
Su escritorio era el caos de siempre y aquí flotaba la misma paz de siempre que no era otra que la que él sabía imponer con su presencia y que incluso perduraba mucho después de su partida.
Cerré la puerta sonriendo, apostando mis armas a que sabía dónde los encontraría.
Dejé que las risas de los niños me guiaran hacia él.
Anduve todo el camino hasta el patio, sin toparme con nadie pero una vez a sus puertas…
Los chicos estaban jugando a la mancha con el hermano Lorenzo quien en ese instante era la mancha y corría sosteniendo los faldones de su hábito. El cordón de tres nudos rebotaba contra sus muslos mientras la capucha flameaba tras su espalda.
Fray Lorenzo tocó a uno de los niños en el hombro y salió corriendo en dirección opuesta, al igual que el resto de los niños que huyeron de quien ahora era la mancha.
Mi confesor y amigo, giró la cabeza y me vio.
Vi su rostro dudar en si sonreír o preocuparse por mi inesperada visita.
Me esforcé por sonreírle y eso tranquilizó su mueca.
Di unos pasos por el jardín hacia los niños que reían y él a sus vez, se separó del grupo en mi dirección.
La mancha ahora era una niña de bellísima cabellera risada que sonreía rebosante de gusto y que acaba de poner su mira en fray Lorenzo.
Por supuesto él no se dio cuenta de que se le acercaban por detrás y la niña lo tocó en la espalda.
Lo escuché soltar una exclamación de sorpresa y lanzar su mirada en mi dirección, en clara amenaza.
Comprendí la situación y salí corriendo huyendo de él.
Los niños comenzaron a correr en mi dirección huyendo de Lorenzo quien al final me alcanzó tocando mi espalda. Los niños chillaron y salieron despavoridos alejándose de mí.
En un paneo rápido de los niños divisé a uno que corría a toda velocidad y que de inmediato, cuando mi mirada se cruzó con la suya, se burló de mí. Fue instantáneo. El niño era rubio y de ojos castaños pero toda su postura y actitud de inmediato me recordó a mí. Me lancé hacia él corriendo como un desquiciado y sin piedad. Con toda malicia, fui tras él, no me costó mucho atraparlo.
El crio se enojó. Lo escuché gruñir y riendo, me escapé de él.
Al dar la media vuelta, por poco y me llevo por delante a Lorenzo.
—Mejor nos largamos de aquí, creo que el niño buscará mi sangre. Se le notaba en la mirada que quería vengarse.
Lorenzo rio.
—Anda, sal de aquí. Yo te cubro.
Me alejé corriendo hacia las arcadas que bordeaban el patio mientras fray Lorenzo le pedía a sus hermanos que se ocuparan de los niños.
Ya a salvo, me eché andar por el corredor bordeando de santos a mi izquierda y rosales a mi derecha. Fui andando tranquilo para permitir que fray Lorenzo me alcanzara pronto.
Llegó a mí cuando me encontraba a un par de pasos de una de las tantas fuertes que decoraban los espacios externos.
Me detuve.
—Romeo —entonó él a modo de saludo.

—Buenas tardes, Lorenzo.
—Es bueno verte. Espero tu visita —se detuvo—, por un momento me preocupé. Cuando apareciste por esa puerta, no tenías buena cara.
Intenté sonreírle otra vez, me dio la impresión de que la mueca que me salía, no era demasiado agradable de ver.
—Vuelvo a preocuparme. ¿Sucedió algo?
Medio me encogí de hombros y sacudí la cabeza.
Lorenzo me puso una mano en el hombro y recuperó su andar llevándome con él, lejos de los niños y de las miradas de terceros. Le permití alejarme de allí porque lo que debía decirle, no podían escucharlo otros que no fuesen sus oídos.
Rodeamos el templo y en nuestro camino, él me indicó la huerta que era su pasión y que comenzaba a dar sus frutos.
Entramos en el pequeño jardín que siempre me había parecido, fuera erigido para la meditación, para la contemplación y el silencio, además que para convertirse en uno de los rincones favoritos de Lorenzo. Él me confesara una vez que era su escondite favorito.
También era él mío aquí.
En el pequeño jardín siempre se respiraba a flores, en verano, predominaban los jazmines.
Con su mano firme todavía en mí, fuimos hasta nuestro banco predilecto, él me cedió el paso y los dos nos acomodamos allí, yo soltando el botón de mi chaqueta.
Lo vi bajar la vista y detectar la presencia de mi arma a mi izquierda; puso mala cara.
—Romeo —me reprendió.
—Son momentos turbulentos.
—Es la casa de Dios.
—Lamentablemente la casa de Dios no es a prueba de balas y no creo que esté dispuesto a darle forma a ningún milagro por mí, como sea hacerme inmune a los disparos, menos que menos, permitirme la resurrección.
—Romeo.
—Lo lamento —me disculpé sinceramente.
Fray Lorenzo apoyó sus codos sobre el respaldo del banco y palmeó mi pecho, sobre el arma.
—Mientras se quede ahí guardada.
—Ojalá pudiese jurarte que no necesitaré sacarla.
Me miró de reojo.
—¿Qué sucede?
—Lo mismo de siempre.
—¿Y por eso estás aquí a media tarde? ¿Ha vuelto a presionarte?
Negué con la cabeza.
—¿Julieta se encuentra bien?
—Le envié un mensaje esta mañana, dándole los buenos días. Ella respondió. No sé nada desde entonces. Se supone que Paris regrese hoy de viaje.
Lorenzo se quedó viéndome.
—Y hasta lo que sé, su padre ha estado ocupado con otras cosas.
—¿Entonces que es lo que te preocupa? No es que me molestes que me visites.
Le sonreí.
—Dime.
—Estoy cansado, es todo. Trabajaba con Darío y él… bueno, estábamos teniendo una de esas conversaciones que unos años atrás me hubiesen parecido normales, una conversación que me

habría entusiasmado tener por aquel entonces. Acabé asqueado y nauseoso.
Lorenzo le dio un apretón a mi hombro.
—Tengo que terminar con esto cuanto antes.
—¿Algún avance?
—Sé que Julieta ha estado trabajando. Ha tenido una mañana muy productiva.
Sonrió.
—Van viento en popa.
—Y ahora es cuando más peligroso se pone.
—Lo entiendo. ¿Decidiste qué harás?
—Tengo un plan, espero funcione, al menos para salvar el momento si es que la situación se complica.
—¿Puedo saber qué plan es ese?
—Mejor que no, te preocuparas.
—Romeo, ya estoy preocupado.
—Por eso mismo.
—Por Dios, Romeo.
—Tranquilo, sé lo que hago.
—No lo dudo, lo que sucede es que conozco a tu padre.
—Y yo. En serio, creo que puedo manejarlo.
Lorenzo apretó mi hombro.
—Tu coraje…
—Creo que más que coraje es fe y espero te alegre escuchar que tengo fe en él porque necesito que lo convenzas de que me eche una mano. Al final, necesitaré su ayuda.
—La tienes y también la mía, Romeo. No estás solo.
Yo sabía que podía contar con él para lo que fuera, en este último par de años, Lorenzo había cumplido para mí, el rol de padre que mi padre jamás supiera ejercer. Lo penoso era que cuando todo esto acabase, tendría que separarme de él y probablemente nunca volviese a verlo.
—Tus silencios se hace muy largos, hoy. No digo que no tengan su mérito, todo lo contrario pero aún así, me gustaría que hablaras conmigo, Romeo.
Amagué una sonrisa que se diluyó pronto en la preocupación que bañaba mi rostro.
—Mi responsabilidad ahora es mayor. La involucré en esto y… —me detuve y Lorenzo esperó —. Ahora es mi responsabilidad.
—Mi niño —me dijo dedicándome una sonrisa afectuosa.
—Tu niño está muy crecido, Lorenzo.
—Pero siempre serás mi niño. Desde que te conocí, desde que la conocí ha ella, jamás ha pasado un día sin que me preocupara por ustedes. Los he cargado en brazos, los he visto crecer. Últimamente, no hago más que poner la cabeza en la almohada y comenzar a preguntarme si no debí hacer más por ustedes en el pasado, si no es que ahora, estoy haciendo muy poco.
—¿Muy poco? Te pones en peligro por nosotros.
—Debí insistir para que esta disputa acabara antes de convertirse en la guerra que hoy es.
—Jamás ha sido tu responsabilidad.
—Lo es.
—Debería haber una estatua de tu persona allí dentro—. Con la cabeza apunté hacia atrás, hacia el templo que quedara a nuestras espaldas.
—No gracias, jamás he necesitado eso. No quiero que enciendan velas por mí.
Sonreí.

—Podría traerte ofrendas de whisky y otros alcoholes —lo tenté y él rio con ganas.
Cuando su sonrisa sucumbió en los susurros de aves y vegetación que poblaban el jardín, los dos nos tomamos un momento.
—Lorenzo —él giró la cabeza y me miró—. Si esto sale mal —él despegó los labios, decidido a interrumpirme, lo silencié alzando una mano—, por favor asegúrate de que ella pueda escapar de aquí, así sea ella la que me delate, la que sea la responsable de que yo no esté aquí. Esfuérzate por apartarla de esta locura.
—¿Romeo? —gimió con el entrecejo fruncido.
—La besé, me besó. Lo primero fue un recurso para ocultarla de posibles miradas traicioneras, lo segundo, su decisión. Y joder con lo bien que me sentara aquella decisión suya porque entre sus brazos las dudas se evaporaban. Si mintió al besarme o al verme a los ojos, yo no lo sabría jamás. Su cara de sorpresa fue para una foto.
—Para que estés orgulloso de mí, procedo a contarte que me he comportado como todo un caballero. La escolté a su coche y no insistí en meterla en mi cama.
Lorenzo puso los ojos en blanco.
—No porque me falten ganas. Es una mujer bellísima pero además de eso, bien, ya sabes, es Julieta —eso ultimó lo entoné con una gran sonrisa en los labios que ni pude ni tuve intención de contener.
—Romeo —su mano derecha voló hasta mi cabeza, la tomó por detrás y le dio una sacudida, tal cual hacía cuando yo era un niño—. Tú no cambiarás jamás y eso es bueno.
—Si tú lo dices.
—Tienes un corazón grande que tal vez perdiera el rumbo por un tiempo pero que jamás se perdió a sí mismo. Abriste los ojos, te permitiste ver y tomaste una decisión. Lo que iba a decirte, tu coraje, Romeo, cambiará la historia.
—No apuesto a tanto pero gracias por tu fe.
Lorenzo se tomo un momento y luego continuó.
—Con respecto a Julieta…
—No puedo darte explicaciones porque no las tengo.
—Romeo, por el bien de ambos, ve con cuidado. Ustedes se necesitan él uno al otro más de lo que jamás se atrevieron a imaginar.
—Créeme que lo sé—. La necesitaba con desesperación en este instante; si al menos pudiese escuchar el sonido de su voz. Joder que de tan solo pensar que Paris podía estar de vuelta y con ella… me enfurecí con el universo al punto de que me dieron palpitaciones.
¿Estaría muy mal que le hiciese caso a Darío y me lo cargara?
—Tu mirada luce peligrosa en este instante.
—¿Por qué será? —bromeé haciéndome el tonto.
—Romeo, cuanto cargas esa mueca de peligro en la cara, asustas. ¿Qué tramas?
—Nada, es solo que no me agrada saber que Paris está de regreso.
—¿Ella aún está con él?
—Lorenzo, fue un beso, no nos comprometimos y además, fue anoche.
—Sí, pero —no le permití seguir.
—A mí me gustaría mucho que Julieta cortase con él sin embargo comprendo a la perfección que hacerlo, nos complicaría en vez de facilitarnos la situación.
—Pero ustedes dos… ¿qué se supone que…?
—¿Lorenzo, en que siglo vives?
—Tan solo dime que no es otra de tus mujeres. Es Julieta, Romeo.

—Julieta es ella, no más de un montón, dudo que lo sea para nadie.
Lorenzo me midió con una mirada.
—Mejor vas con cuidado —me recomendó.
—Eso hago.
—A mí no me molestaría en lo absoluto casarlos en secreto.
Se me escapó una estruendosa carcajada.
—Detén tus caballos, Lorenzo. Es demasiado temprano.
—Y mientras tanto, tú no te acostarás con ella.
Reí, él no.
—No puedes hablar en serio.
—No es cualquier mujer, no mancillarás esta unión que se ha generado entre ustedes.
—Lorenzo, soy una gran mancha llena de vicios.
—No justificarás el proceder de mal modo, con una excusa semejante. Te enderezas y te aguantas.
—No soy un monje —reí.
—No la tocarás hasta el matrimonio.
—¡Joder, Lorenzo, en qué realidad paralela vives!
Me amenazó con una mirada.
—Lo lamento, no puedo prometerte nada, entre nosotros hay mucha química y tú sabes que soy irresistible para las mujeres.
—Sinvergüenza.
—El mismo que viste y calza.
—Te lo advierto, mejor vas con cuidado.
—Por supuesto que tendré cuidado. Soy el tipo de amante que se fija en los detalles.
La reacción de su rostro me arrancó una carcajada.
—No es un juego, Lorenzo —le dije enseriándome—. Nada de esto lo es.
—Lo sé.
—También me tomo en serio tu seguridad. Dime que cargas el arma que te di.
Se removió inquieto a mi lado.
—Si se ha quedado en tu celda…
—Te lo avisé, a las armas las carga el diablo.
—Fui yo el que cargó la tuya.
—No bromees con eso.
—Puedes esconderla con facilidad en tus ropas. Ya lo hablamos.
—Romeo, no voy a esconderme.
—Ya lo haces, todo esto…
—No escaparé a lo que pueda suceder. No es que busque mi fin, nada de eso, quiero que esto salga bien.
—Mierda, prométeme que te defenderás, tienes una puntería estupenda.
—Una cosa es dispararle a latas de cerveza, otra a personas.
—Sería en defensa propia.
—Romeo —canturreó sonando agotado.
Me quedé un momento en silencio, dándole tiempo a que él permitiese que sus sentimientos se asentaran.
—Ahora que ella está con nosotros, esto irá más rápido. Porque además, con ella trabajando podré darle curso al resto de mis acciones.

Lorenzo me miró.
—¿Cuál es tu siguiente paso?
—Mejor que no lo sepas —me limité a responder
Lorenzo suspiró.
—Tendrás cuidado —me ordenó.
—Desde ya.
Otra vez nos quedamos sin decir nada, por un par de minutos, no hicimos más que ver las hojas de las plantas, arbustos y arboles que nos rodeaban, balancearse al arrullo del viento.
—¿Te quedas a cenar conmigo?
Negué con la cabeza.
—No lo creo, mi coche está allí afuera. No quiero levantar sospechas.
—Dime si hay algo más que pueda hacer por ti.
—Ya haces demasiado.
—Romeo, tengo la impresión de que contigo, siempre es poco. Lo que estás haciendo… No sé nada de negocios como para ayudarte en ese sentido. Y lo que sí sé hacer, o al menos lo que creí que sabía hacer… —se detuvo—. Quisiera poder alivianar el peso que cargas en tu alma.
—Ni se te ocurra o acabarás con dolor de ciático.
—Romeo —rio.
Palmeé su rodilla derecha.
—Creo que en verdad no escucho todo lo que debería escuchar de ti. Debería aprender a leer tus silencios.
—Sería tu primer milagro para postularte como santo.
Me miró mal.
—En serio, Lorenzo, haces demasiado por mí. El escucharme, el sentarte aquí conmigo, el permitirme entrar aquí después de tanto.
—Esta casa siempre estará abierta para ti.
Palmeé su rodilla a modo de despedida.
—Que te parece si antes de que huyas de mí, compartimos una taza de té.
El muy santo, me conocía bien.
Acepté.
Ambos nos pusimos de pie y anduvimos un rato por el jardín. Lorenzo me llevó hasta su huerta y me puso al tanto de cada nuevo brote y fruto.
De allí fuimos a su despacho.
Preparó té y en compañía de nuestras tazas, hablamos de números.
Al final, para cuando salí de allí, el sol caía.
Regresé a mi coche con una pesada sensación de finalidad acompañándome, una que tenía un sabor agridulce.
Sentado en el asiento frente al volante, vi el sol anaranjado descender.
Lo dejé estar al darme cuenta de que si se lo permitía, el súbito arranque de melancolía que estaba a las puertas de mi pecho, terminaría aplastándome.
Busqué mi móvil en la guantera y comprobé que tenía media docena de mensajes.
Darío, Ben, mi padre, mi madre, trabajo y…
Troya.
Troya, que no era ni más ni menos que mi pirata informático de cabecera. En su mensaje ponía que estaría en el lugar de siempre, hasta las nueve de la noche, esperándome para hablar.
Mi pulso se aceleró porque cuando él me pedía de hablar cara a cara, era porque había obtenido

algo de su búsqueda.
Él no esperaba respuesta mía, mi respuesta era aparecer o no.
Ansioso por largarme en su búsqueda, comprobé antes que los mensajes de los demás, no fuesen urgentes.
Darío me preguntaba si todo estaba bien, Ben si salíamos a beber más tarde, mi madre me pedía que pasara a verla cuando tuviese tiempo porque supuestamente, yo la tenía abandonada, si bien era ella la que jamás estaba disponible para que nos pusiésemos en contacto. Mi padre me preguntaba una tontería de los negocios que no corría urgencia y que me permití ignorar.
Regresé el móvil a la guantera y salí al transito para dar quinientas vueltas de camino a mi destino, comprobando que nadie me seguía.
Ya con la ciudad a oscuras, aparqué a unas cuantas calles de mi destino y caminé procurando confundirme entre el gentío que abundaba en aquella calle repleta de bares y restaurantes que no tenían demasiada buena reputación.
Entré al bar y un par de rostros que tenían en claro que jamás me habían visto por aquí, registraron mi llegada con un asentimiento de su cabezas.
Aquí dentro olía a alcohol, escondite y oscuridad.
Me moví entre las mesas con un destino fijo con el que no me costó dar.
Allí el barullo de música, risas y alguna que otra discusión era suficiente para camuflar mi aproximación pero de cualquier modo, él que parecía demasiado concentrado en su vaso de cerveza barata, alzó su rubicundo y grasiento rostro en mi dirección.
Juraría que todas las veces que me encontrara con él llevaba la misma camisa leñadora azul, gastada al punto de que los colores comentaban a fusionarse entre sí. Y por supuesto, siempre con el cabello recogido en una coleta por debajo de su nuca, luciendo a que le hacía falta un lavado, o dos.
Sus ojos pequeños y tan claros que casi parecían blancos, como siempre, registraron mi humanidad de pies a cabeza en un intento de decidir si además de cargar mis armas, iba con una bomba encima, o algo así. Parecía como si desde que comenzáramos a trabajar juntos, él esperase que el mismísimo Armagedón cayese sobre su persona, de un momento a otro.
—Mi amigo —lo salude moviéndome para entrar en el pequeño reservado. El tapizado del banco estaba tan gastado que me dio la impresión de que en cuanto me sentara, la tela se desgarraría.
—Jefe —me respondió él.
—¿Te invitó otra?
Su cerveza estaba a la mitad y rodeada por otros dos vasos vacíos.
—¿Una de las buenas? —añadí. De las buenas era cerveza embotellada no de la que bebía él, tirada, que presentaba dudas frente a su composición. Bien podía ser meo de los presentes.
—Con gusto —respondió.
Con la mirada busqué a una de las camareras y al cruzarse su mirada con la mía, le hice una seña. Ella vino a nosotros de inmediato, mejor dicho, a mí, porque me conocía y también a mis propinas, pedí cerveza y mi compañero, añadió a la orden unos chupitos que sabía yo pagaría también.
Me moví rápido y antes de que la camarera tuviese tiempo de alejarse, tomé su muñeca y puse en su puño, un billete lo suficientemente tentador como para que no se le antojase nada más. De cualquier modo ella sabía que no debía abrir la boca, no fuese que se arriesgase tontamente, a perder su lengua por ahí.
Nos quedamos a solas.
—Te escucho.

Antes de hablar tomó su vaso de cerveza barata y escanció en su garganta, el contenido. Eructó y dejó el vaso a un lado.
—Tu gente siempre está muy sucia, jefe —comenzó a decirme.
Preferí no responder a su comentario porque además, qué decir en mi defensa; sí, la gente que le mandaba a investigar usualmente estaba tan sucia como yo.
—Dime, ¿qué fue lo que encontraste?
—Nada, cero, absoluto silencio.
—No entiendo. ¿Podrías ser más claro, por favor?
—Ese médico no anda en nada bueno. ¿Sabías que pura y exclusivamente, atiende a gente de dinero?
—Me lo imaginaba pero ese no es el punto. Explícate.
—No sé cómo le permiten conservar su licencia.
—Podrías parar de dar vueltas y explicarme qué fue lo que encontraste —le ordené poniéndome muy en plan Romeo Montesco.
—No encontré nada, eso es lo que digo. Bueno casi nada. Di con lo que se supone ha de ser la historia clínica del chico y al margen de contener su nombre, edad y peso, esta vacía, así como la de muchos de sus otros pacientes.
—¿Qué?
—Es extraño porque digo… quien a esta altura del campeonato, no guarda registros electrónicos por más que los tenga en papel. Todas las clínicas tienen sistemas con las historias clínicas de los pacientes con respaldos en papel. O bien en la clínica de este sujeto tienen todo en papel sin otro respaldo o bien, todo allí es humo.
—¿Entonces no conseguiste averiguar nada?
Negó con la cabeza.
—Mierda.
—Si quieres saber mi opinión, ese sujeto no anda en nada bueno.
¿No lo había insinuado ya?
—Lo qué sí —continuó—, encontré correos electrónicos con la devolución de los resultados de análisis efectuados a otros pacientes. Análisis de laboratorios y también de estudios del tipo de resonancias, radiografías y esas cosas. Ninguno de esos era del paciente Yago Montesco. O bien al chico no le han efectuado ninguna prueba…
—O bien nadie quiere que se sepa el resultado de las pruebas o… —mi cabeza se enredó en la situación.
—Para alguien que está tan enfermo, allí debería haber información de sobra. Entiendo que es un Capuleto y que su padre ha de tomar sus recaudos. Lo que sí encontré, porque me frustró no dar con nada por allí, es la medicación que se le está dando. Comencé por buscar las farmacias cercanas a la vivienda de los Capuleto, me metí en sus sistemas y en la cuarta en la que me infiltré logré dar con los registros de medicación comprada a nombre del crío.
Lo vi buscar su chaqueta la cual estaba sobre el banco, de uno de los bolsillo sacó un montón de hojas impresas y me las tendió.
—Busqué lo que son y añadí esa información al montón. Allí hay para tratar toda una variedad de enfermedades raras. El chico está hecho mierda.
Tomé las hojas y les eché un vistazo; Julieta había dicho que a Yago le habían diagnosticado toda suerte de enfermedades poco comunes.
Vi los nombres de síndromes y otra enfermedades de las que jamás escuchara hablar en mi vida.
Por el rabillo del ojo noté que la camarera se aproximaba con nuestras bebidas.

Guardé los papeles en el bolsillo interior de mi chaqueta.
—Yo que tú enviaría a alguien a esa clínica a descubrir qué sucede allí. Si hay algún registro de lo que se le ha hecho al crío, tiene que estar en las oficinas.
La camarera comenzó a bajar nuestras bebidas a la mesa.
Le puse otro fajo de billetes en la bandeja y ella me sonrió.
—¿Crees que puedas dar con algo más?
—Puedo seguir por el doctor. Intentar sacar información de su ordenador personal, porque seguro ha de tener uno en su casa.
—Bien hazlo y luego me pasas la cuenta.
—Claro, jefe.
Iba a beberme mi cerveza pero me arrepentí.
La dejé en su sitio y me puse de pie.
Avísame cuando tengas algo más.
—Desde luego, jefe.
Me largué de allí.
Regresé a mi coche y otra vez frente al volante, le envié un mensaje a Julieta, pidiéndole verla.
Ella no respondió.
Ante su silencio llamé a Darío para interrumpirlo en una cita. Lo dejé en paz e intenté con Ben, él aceptó ir a beber al instante.
Quedamos vernos en el bar de siempre y hacia allí fui.

VII
Con un beso muero.

Abrí la puerta.
Paris con su mano posada en la parte baja de mi espalda, entró pegándose a mí.
—Es tan bueno, estar de regreso —susurró bajando su rostro a mi cuello cortando mi intención de cerrar la puerta.
Hubiese preferido que no me acompañara a casa; de nada sirvió que le dijera que estaba cansada, él insistió en que se conformaría con dormir a mi lado.
Puso un beso en mi cuello y no se sintió nada bien.
No quise admitir que desde que me reencontrara con él no podía sentir mucho más que rechazo pero allí estaba mi necesidad de quitármelo de encima, de apartarlo de mí. No quería sus besos, siquiera su cercanía.
Desde que Romeo se metiera en mi vida, desde que yo le abriera la puerta, mucho en mi existencia me provocaba asco. No podía hacer mucho más que desea largarme de aquí lo antes posible, lo más lejos posible.
Por suerte, Paris se apartó y comenzó a alejarse por el hall de entrada en dirección a la sala de estar, quitándose la chaqueta del traje.
Cerré la puerta suspirando agotada.
Mi plan había sido intentar ver a Romeo después de cenar con Paris. Le había enviado un mensaje en una de mis escapadas a los servicios del restaurante; él hasta ahora, continuaba sin responder y por mi parte, procuraba no preocuparme por los cientos de terribles escenarios que ya había imaginado.
Suspirando fui tras Paris, deseando que estuviese muy cansado por el viaje y se largara a dormir cuanto antes.
Al entrar en el salón lo encontré sirviéndose un vaso de whisky. Le agradecí a Dios, Paris tenía cero resistencia para el alcohol, él con una copa de vino quedaba atontado, con un vaso de whisky, sumado al cansancio de viaje y el cambio de horario, caería fulminado en nada de tiempo.

La chaqueta de su traje estaba sobre el respaldo del sofá y allí fue a sentarse.
—Ven aquí, hazme compañía —no fue una orden sino una invitación que me hizo con una sonrisa en los labios, pero igual me cayó mal porque además, no se había molestado en preguntarme si quería beber algo.
Arrojé mi bolso sobre la mesa de cristal y sin decirle nada, rodeé el sofá en el que se encontraba para ir a buscar algo de beber.
—¿Traes la botella? —soltó no disculpándose por servirse de mis bebidas sin preguntar, por no ofrecerme nada.
Volqué dos dedos de aquella bebida de delicioso cobrizo y tomé la botella por el cuello; era un whisky muy caro pero no me abría molestado partirle a Paris la botella en la cabeza y desperdiciarlo todo, en verdad no habría sido un desperdicio.
Cierto que yo conocía sus momentos de egoísmo y usualmente los toleraba, porque no eran comunes sin embargo hoy por hoy, mi tolerancia estaba agotada.
Me contuve. Rodeé el sillón, dejé la botella en el centro de la mesa y fui a acomodarme en el sillón de enfrente. Posé mi vaso sobre la mesa para quitarme los zapatos, sintiendo su mirada sobre mí.
Lo ignoré.
Recuperé mi vaso y subí las piernas al sillón.
Bebí esquivando su mirada.
—¿Amor, sucede algo? —me preguntó con una sonrisa dulce en los labios. Paris tenía tanta cara de niño, cara de inocente y en un punto, lo era porque jamás había tenido que preocuparse por nada, no en realidad. Paris tenía a su servicio docenas de personas que resolvían sus problemas, que tornaban su vida sencilla y flotando en una nebulosa de despreocupación que había logrado que él en cierto modo, no terminase de madurar. Si bien era fatal en los negocios, fatal para sus oponentes y despiadadamente exitoso para su familia, en el fondo no era un mal hombre. Tal vez hubiese arruinado a un par de personas pero para él los negocios no eran personales. Paris no cargaba un arma y jamás disparara en su vida.
Paris hubiese sido el perfecto consorte, el perfecto socio para mí porque no se metía en mis asuntos y se limitaba a obedecerme, así como obedecía a mi padre, solo por congraciar con él.
Por momentos me daba la impresión de que le faltaba carácter.
Sí era divertido y dulce, y extremadamente fiel, eso lo sabía porque en el fondo, los ojos de mi familia no se apartaban de él.
Sí, estaba mal que me llamase amor, no porque dudase de su palabra cuando me llamaba así sino porque el sentimiento no era reciproco.
En la cama lo pasábamos muy bien mas tenía claro que el sexo lo podía tener con cualquier otra sin problemas, mejor o igual.
Aparte de un negocio, mi relación con Paris era poco y nada. No ciertamente una que me hubiese motivado a mí a casarme con él, si mi papá no me obligaba.
—Julieta, amor —canturreó levantándose de su sillón.
Lo vi rodear la mesa y venir a sentarse a mi lado.
Rodeó mis hombros con su brazo y se pegó a mí.
—Dime qué sucede. ¿Ya no me creo eso de que solamente estás cansada? ¿Qué te preocupa? ¿Yago se encuentra mal?
Negué con la cabeza.
—Está igual que siempre, ni bien ni mal.
—¿Entonces qué es?

Bebí.
—Mucho trabajo, es todo.
Fue su turno de beber.
—Deberíamos tomarnos unas vacaciones en algún sitio tranquilo para descansar. Nos sentaría bien a ambos no tener que hacer mucho más que tirarnos al sol, comer, dormir y hacer el amor.
Eso último era lo que menos se me antojaba hacer con él.
Bebió otro sorbo.
—Trabajas demasiado. Tu papá tiene que darte un respiro alguna vez.
Dudosamente —pensé y él se movió para encontrar mi mirada.
—Te extrañé —me dijo y no era la primera vez que lo hacía, en el correr de la noche.
No pude contestarle nada.
Paris se limitó a besar mis labios para a continuación arrojar el resto del contenido de su vaso en su garganta, cosa que en año y medio que teníamos juntos, jamás le viera hacer.
Su siguiente movimiento tampoco fue común en él; me soltó, fue a por la botella y bebió medio vaso más todo de una vez, si parar para respirar siquiera.
No dije nada, solamente me quedé viéndolo. Había dicho que en su viaje, todo saliera bien, que fuera productivo.
Dejé mi interrogatorio para otro día porque esta noche, ya tenía suficiente de angustias y asco.
Paris dejó su vaso vacío sobre la mesa y se acurrucó a mi lado. Tomó mi mano derecha entre las suyas y acarició mis dedos con delicadeza.
Bebí.
Los dos permanecimos en silencio por un par de minutos.
—Creo que necesito irme a la cama —susurró contra mi cuello—. ¿Vienes o terminarás tu bebida primero?
Contuve dentro de mí el suspiro de alivio que se quiso escapar.
—Terminaré mi bebida primero, revisaré mis mensajes y luego te acompaño. Adelántate.
Paris se enderezó un poco, puso un beso en mi mejilla y se levantó del sillón para salir de la sala rumbo a mi cuarto.
Esperé a perderlo por completo de vista para beber todo lo que quedaba en mi vaso y luego ponerme en pie no para comprobar si tenía mensajes de trabajo sino para buscar mi móvil, aquel cuyo número solamente Romeo tenía.
Levanté el bolso de la mesa y busqué en el bolsillo oculto, no hice más que rodear el aparato con mis manos, que vibró; o al menos eso me pareció. Vibró una segunda vez y ya no me quedaron dudas.
Bajé el bolso a la mesa y desbloqueé el aparato.

Estoy abajo en la playa.
¿Vienes?

Sorprendida, volví a leer su palabras en la pantalla del móvil.
Otro mensaje entró.

Tengo todo el día con ganas de verte.

Por mi parte, había intentado no pensar todo el día en él; no me funcionó del todo bien. Aun ahora, tenía ganas de estar en su presencia, escuchar su voz, besar sus labios y contarle todo lo

que lograra durante el día, en favor de nuestra causa.
¡En la playa!
Romeo estaba aquí, en medio del territorio Capuleto, a media noche, pidiendo verme.

¿Puedes venir?
Dime que no te acostaste a dormir ya.
¿Julieta?
Veo que estás viendo mis mensajes.
¿Vienes?

Tipeé una respuesta.

Es medianoche y estás en mi playa.

Romeo contestó al instante.

Sí, aquí estoy ardiendo en ganas de verte.
Sonreí y con un mensaje, le pedí que me diese unos minutos.
Romeo me dijo que allí esperaría, que nos encontraríamos junto al parador del hotel que a esta hora, debía estar desierto.
Esperé unos minutos y fui a mi habitación, me asomé a la puerta y vi que Paris dormía y que de hecho, roncaba.
Me largué al vestidor a cambiarme a algo más cómodo para bajar a la playa y fui a su encuentro.
Salir sin ser vista hubiese sido imposible, de cualquier modo me esmeré por ser vista por la menor cantidad de personas posible y lo logré.
La playa estaba desierta y desde el camino, no se veía nadie en el parador. Intuí que Romeo debía esconderse en las sombras.
Me quité las zapatillas, las medias y me eché a andar por la arena fría desviándome de la cinta de madera iluminada por las elegantes y modernas farolas.
Detecté a lo lejos un par de personas pero aquí ya no quedaba nadie puesto que pasaba de la medianoche y la noche estaba fresca y nublada.
Rodeé la edificación porque estimé que él no había ido a quedarse en el frente de la estructura, la cual quedaba a los pies del camino.
Pasé junto a la suerte de corralito que mantenía las sillas, mesas y reposeras en su sitio, en caso de que hubiese una subida agresiva del mar; la oscuridad de la noche sin luna terminó de tragarme.
Giré a la izquierda en la esquina del edificio y lo vi.
Romeó estaba sentado sobre la terraza que en este lado de la playa quedaba a poco más de un metro de altura.
Iba descalzo y sus piernas colgaban de la terraza.
Sus zapatos y medias estaban a un lado.
El viento que venía desde el mar, sacudía mechones de su cabellera por delante de su rostro.
Romeo alzó la cabeza, la giró y me vio.
—Princesa —entonó a modo de saludo.
Su sonrisa fue una obra de arte en sí misma.
—Buenas noches, Romeo.

Amagó con saltar a la arena.
—No, está bien, quédate ahí.
Se quedó quieto en su sitio, acomodando sus manos sobre el borde del *deck* de madera de la terraza siguiéndome con la mirada hasta que llegué a él.
Me senté a su lado.
—Hola —susurró y noté que su aliento olía alcohol.
—¿Estuviste de fiesta?
—No exactamente —respondió viéndome a los ojos—. Estás muy bella esta noche.
Iba en leggins y sudadera.
Romeo alzó una mano y atrapó un mechón de mi cabello que flotaba entre nosotros por culpa del viento y lo enganchó detrás de mi oreja izquierda.
Sus dedos bajaron un poco para apenas rosar mi cuello.
—Pasé todo el día pensando en ti —susurró.
—¿Sí? —lo provoqué—. ¿No se suponía que tenías trabajo que hacer?
—Cuidarte —respondió.
—¿Cuidarme?
—Me importas.
—Sí, creo que algo así insinuaste anoche —lo pinché.
—No fueron insinuaciones. Fue una declaración—. Su mano abandonó mi cuello y vino a posase por detrás de mí, en el *deck*.
—¿Una declaración de qué, exactamente? —lo pinché y me quedé viéndolo a los ojos, a esa mirada que sería mi perdición porque en este instante me moría de ganas de besarlo y tocarlo, de apretar mi cuerpo al suyo y deslizar mis dedos por su cabello negro.
—Entrega. Fue una declaración de entrega, eres mi reina y yo tu caballero. Te defenderé con mi vida —me dijo inclinándose sobre mí.
—¿Cuánto bebiste exactamente? Por favor, dime que no condujiste hasta aquí.
—No creí que fuese buena idea entrar a esta parte de la ciudad con mi coche.
—¿Y por eso no condujiste, no por haber bebido?
—No estoy borracho, solamente un poco entonado—. Con su mirada no dándome tregua, aproximó sus labios a los míos—. También tienes aliento a alcohol.
—Bebí un solo vaso de whisky.
—¿Con él? Supe que regresó a la ciudad.
—Está arriba en mi piso. Llegamos juntos del restaurante y él se fue a dormir —entonar aquello me puso incómoda.
—¿Se fue a dormir sin ti o te escapaste de la cama?
—¿En verdad quieres conocer los detalles?
—No, la verdad es que preferiría no saber que te ha besado, mucho menos que te ha hecho el amor.
—¿Tú no has estado con nadie?
No sabía qué sentiría si me contestaba que sí o si le creería si me decía que no.
—No desde la noche en que te vi en el club, la noche de la despedida de soltera de tu amiga.
—¿Se supone que deba creerte?
—No, no me debes nada. Supongo que debo ganarme tu confianza.
Sus palabras penetraron mi piel y comprendí que me había tornado permeable a él.
Mi carne absorbió su significado el cual se mezcló con esta tontera que experimentaba al estar frente a él.

—No quiero que me beses dudando —me dijo después de bajar la mirada a mis labios—. Tampoco quiero dudar de ti, de esto —jadeó y se interrumpió.
Le sostuve la mirada.
—Ojalá todos los besos fuesen irrefutables. Uno debería poder identificar en un beso, si la persona que te besa es fiel a ti.
—A veces por fidelidad, hacemos las cosas más terribles —las palabras se me escaparon en un susurro ahogado.
—Me dejas sin herramientas. ¿Cómo hago para convencerte de que quiero estar contigo y con nadie más?
—¿No eras el amo de la diversión? ¿Cuándo descubriste que querías dedicarte a la monogamia?
—La monogamia no era más que un sueño, divertirme una realidad, una forma de tornar más manejable la realidad.
Reí no pudiendo creer lo que oía de sus labios.
—¿La monogamia un sueño? ¿Quién eres tú y qué has hecho con Romeo Montesco?
—Soy yo, sin la armadura, es todo —me dijo serio, sin despegar su mirada de la mía.
Se me puso la piel de gallina.
—Nunca pude plantearme el tener una relación que implicara meter a alguien más en esta vida. No por lo menos desde que comencé con el plan.
La imagen que yo tenía de Romeo Montesco continuaba cayéndose a pedazos.
—No creas que mi padre no ha intentado emparejarme con hijas de sus socios. Al menos supe emplear bien mi fama para espantarlas a todas. Cuando una tercera se entera de que estás con otras dos al mismo tiempo, en nada comprende que no soy un buen plan.
—¿Lo dices en serio?
—No iba a enamorarme y meter a una mujer en esto. Esta vida es una mierda.
La pasmosa sinceridad que quedó impresa en su rostro me hizo encogerme sobre mí misma.
—Romeo…
—No iba a permitirme hacerle nada semejante a nadie. Habría sido egoísta de mi parte, inmiscuir a alguien en esta vida, siendo todavía Romeo Montesco.
—¿Y qué hay de tu felicidad?
—¿Serías feliz sabiendo que alguien queda enredado en esta mierda, por enamorarse de ti?
Sus palabras me dejaron muda.
Un instante después, negué con la cabeza.
—En una infinidad de ocasiones me cuestioné en si en verdad era buena idea el ofrecerte involucrarte en esto. No me perdonaría el ver que algo te sucediera por mi culpa.
—Romeo.
—Joder y al mismo tiempo pasé toda la noche ardiendo en celos, pensándote junto a él.
No pude más que sonreír, mi corazón se aceleró al punto de que sabía que hiperventilaría y intentaba esforzarme por hablar.
—Por eso me arriesgue a venir. Sabía que podría metete en un problema al aparecer aquí, al enviarte esos mensajes. No pude contenerme.
—¿En serio estás celoso de Paris?
—¿De sujeto que duerme en tu cama ahora? —me preguntó con una ceja en alto y una mueca tan forzada que resultaba cómica—. No, para nada.
—No pasó nada entre nosotros. Entre Paris y yo —se me fue la voz—, algo cambió.
—¿Qué?
—Tú —le respondí y el muy idiota sonrió orgulloso, siendo muy él.

—¿En serio?
Lo empujé con el hombro.
Romeo se tambaleo más de lo que creí que resultaría de mi empujón que tampoco había sido tan fuerte. Tuve que atajarlo por el pecho y él tomó mi mano con su mano derecha y mi muñeca con su izquierda para retener mi palma sobre su pecho. Pude sentir su corazón retumbar en su pecho.
—Creo que ya no me importa si por venir aquí a verte, me matan.
—No digas tonterías. Cuando quieres eran tan la reina del drama.
—Es cierto, si por un beso muero, lo haré sabiendo que toqué el paraíso.
—Romeo estás borracho.
—No es eso, es que me inspiras poesía.
Hice una mueca y él se fingió herido.
—No me permites ser romántico.
—¿Vas en serio con eso de ser romántico conmigo? —le pregunté si bien el significado de mi pregunta era mucho más amplio que eso.
—Sí —respondió con voz firme, viéndome a los ojos.
—Romeo…
—No quiero que nada malo te suceda pero sí, voy en serio con aquello de ser romántico contigo. Creo que contigo, no hay otro modo que ir en serio.
—Nunca creí que escucharía nada semejante, emerger de los labios de Romeo Montesco.
—Mis labios pueden decir muchas cosas bonitas y también, muchas cosas sucias.
Me sonrió sexy. Supe que se hacía el tonto.
—¿Cosas sucias? —reí muriéndome de ganas de besarlo.
—Sí, muy sucias.
—¿Me das un ejemplo?
Su enorme sonrisa fue absolutamente radiante.
Apartó la mirada y con su bello rostro, le dio forma a una mueca pensativa. Se quedó un instante así.
—Que tengas que pensarlo tanto hace que dude que seas capaz de decir nada sucio.
—Tan solo dame un momento.
—Ya te lo di —reí.
Su frente se tensó.
—Julieta, no me apures.
Reí otra vez.
—Oye, en serio —se quejó.
—No sabes decir cosas sucias.
—¿Tú sí?
Sonreí picara.
—Julieta Capuleto —chilló falsamente horrorizado.
—Si te resulta más sencillo, dime algo bonito.
Romeo se enserió.
—Quisiera ser yo el que tiene el privilegio de dormir en tu cama —se detuvo—, esta noche y todas las noches —completó.
Alzó su mano derecha otra vez y sus las yemas de sus dedos, vinieron a acariciar el contorno de mi mandíbula.
—Que conste que quiero hacerte el amor pero también quiero follar contigo como un salvaje —susurró acercando su boca a la mía.

Se me escapó una carcajada que lo hizo a alejarse.
—¡Julieta, te ríes de mí? —lloriqueó.
—Joder, qué sensible eres. Ya basta de dar tantas vueltas y bésame de una vez.
—Qué mandona.
—Sigues dando vueltas. ¿Viniste a besarme o qué? —iba a seguir provocándolo; no me lo permitió, sus manos me atraparon por el cuello y su boca estalló en la mía.
Sus labios me supieron a un sabor ahumado y especiado, a algo fuerte y al mismo tiempo, en extremo refinado. Su boca tenía el sabor de una bebida que ha visto siglos pasar para impregnarse de toda la vida.
Y su lengua… tuve la impresión de que su lengua iba darle nueva forma a mi vida. Sus besos tenían la capacidad de cambiar el universo.
Mordí su boca inspirando sobre él, atrapando su cabello frío y húmedo por la brisa del mar. Joder con el modo en que olía. La cabeza empezó a darme vueltas.
Me prendí de él con furia, rodeando su cuello con mis brazos, atrayéndolo hacia mí y despacio, tiré de él, bajando sobre la terraza.
—Julieta —susurró entre mis labios.
Romeo atajó nuestro descenso con su brazo izquierdo, su mano derecha estaba ocupada sosteniendo mi nuca, con sus dedos enredados en mi cabello.
Nos movimos sobre el deck sin interrumpir nuestro beso.
Le hice espacio entré mis piernas y él se acomodó sobre mí.
Cuando descargó parte del peso de su cuerpo encima del mío, lo deseé todavía más. Enredé mis piernas en las suyas, bajando con mi mano derecha palpando su cuello tenso y firme, su pecho sólido y seguro que parecía un chaleco antibalas.
Palpé sus pectorales y me topé con su arma pero no le hice caso.
Romeo gruñó de gusto cuando mi mano bajando entre nosotros, alcanzó su abdominales.
Mordí su labio inferior y tiré.
Él sonrió de gusto, con su labio todavía entre mis dientes.
—Esto hace que me vengan a la mente un par de cosas sucias que decirte —articuló con voz profunda cuando solté su labio.
—Soy todo oídos.
—Quiero follarte sin preservativo y correrme dentro de ti de forma feroz para que sepas lo mucho que me gustas, lo mucho que siempre me has gustado, quiero sentir tu interior contrayéndose a mi alrededor, quiero provocarte que pierdas el control de tu cuerpo por culpa del placer. Quiero conseguir que no quieras follar con nadie más que conmigo y que después de follar, no puedas hacer otra cosa que pensar en mí, y que cuando te bese, recuerdes las cosas que has sentido a mi lado y te excites.
Mi interior se contrajo.
—Quiero asegurarme de darte placer como nadie te lo ha dado jamás.
—Eso sonó muy Romeo Montesco.
—Muy Romeo, punto. Romeo contigo. El mismo Romeo que te conoce de toda la vida. El mismo que en la puta vida imaginó que podría encontrarse un día, entre tus piernas, besándote. Joder con tus manos en mí, Julieta —eso último lo jadeó.
Sin despegar mi mirada de la suya, moví mi mano todavía más hacia abajo, pasando por encima de la hebilla de su cinturón.
—Tampoco hubiese creído que esto sería posible —lo cubrí con mi mano palpando su tamaño.
Romeo se estremeció bajo mi mano. Un gruñido de gusto hizo su pecho temblar.

Alcé la cabeza y besé sus labios.
—Joder, la primera vez voy a hacerte el amor pero la segunda, voy a follarte y vas a gritar de gusto.
Sonreí.
—Te tomo la palabra —le dije y volví a besarlo.
Su mano derecha apareció en mi cadera y se movió por mi muslo hasta mi rodilla para alzar mi pierna sobre su cadera. Romeo se movió sobre mi mano y mi mano sobre él. Comenzaba a ponerse duro.
Mi pierna no necesitó más de su guía y por eso él quitó su mano, la cual fue a buscar la cintura de mi sudadera y se coló por debajo; yo no llevaba más que sostén y su mirada, en cuanto su mano registró el detalle después de subir por mis abdominales y costillas acariciando a mi piel, comenzó a echar chispas.
Asentí con la cabeza y él entendió el mensaje.
Sus dedos se colaron por debajo de mis sostén, subiéndolo y al instante, las yemas de sus dedos rosaron mi pezón. Bastó que me tocara para que se pusiesen duros, que sintiera mi carne ponerse pesada y en llamas por él. Sus dedos se movieron sobre mi pezón con delicadeza y su caricia se convirtió en dolor y placer.
—Joder que en serio me gustaría estar en tu cama, no te imaginas cuanto.
Mi mano se cerró sobre su erección. Gruñó y fue una delicia.
Sonreí complacida.
—Si sigues así, conseguirás que me corra en mis pantalones.
Me esforcé porque mi siguiente mueca, fuese pura malicia.
—Viciosa —me acusó y acepté su veredicto porque estaba casi segura de que después de esta noche, me convertiría a una adicta a su cuerpo, sin posibilidad de rehabilitación. En todo caso, moriría de una sobredosis pero dudosamente, podría volver tiempo atrás o olvidar el modo en que su pecho se sentía sobre el mío, el perfecto calce entre mis caderas y su pelvis, el peso de su erección en mi mano, y el modo en que sentía sus caricias, mucho más allá de la piel.
Volví a mover mi mano sobre él.
Romeo apretó los parpados.
—Fuiste la dueña de mis fantasías de adolescente y ahora mi mano está en tu teta.
Reí.
—Idiota.
Cerró su estupenda y varonil mano sobre mi pecho.
—Joder y lo bien que se siente. Lo perfecto que se siente tu mano en mi erección. Esto es mejor que cualquier fantasía que tuviera de crío.
—Cuanto me alegro —le dije sin parar de acariciarlo.
Romeó volvió a hacerme saber que disfrutaba lo que le hacía, en gruñidos y besos que quise guardar dentro de mí para siempre, moviéndose sobre mi mano como quería que se moviese dentro de mí, con ondulantes y lentos movimientos, como olas que se deslizan sobre la playa sin apuro.
Por un par de minutos fue una absoluta delicia, hasta que soltó mi pecho y con la respiración debocada, tomó mi muñeca y frenó m mano. Lo vi apretar los parpados y los dientes, estremeciéndose.
—Julieta —jadeó dejando caer su rostro entre mi cuello y mi hombro.
—No acabaste.
Negó con la cabeza sin apartarla de mi cuello.

Acaricié su nuca y lo sentí inspirar hondo sobre mí. Exhaló y puso un beso sobre mi piel, uno delicado que nada tuvo de sexual y que se sintió simplemente perfecto.
Su rostro emergió para enfrentarme con la mirada azul más radiante que le viera cargar jamás.
—No será aquí, no así a escondidas —negó con la cabeza—. Tú y yo no seremos así. Dime cuando podemos escaparnos a Mantua.
—No creo que pueda mañana.
—¿Pasado?
—¿Te confirmo mañana? —ofrecí deslizando mi mano hasta su oreja, la cual acaricié, bajado por el arco hasta tomar su lóbulo entre mis dedos. Romeo inclinó su cabeza hacia mi mano, dejando caer sus párpados. Solté el lóbulo de su oreja y con mi palma cubrí su mejilla para acariciarlo. Romeo aceptó mi gesto con la placidez de un gato que entrega su independencia al menos por unos segundos. Hizo más que eso, giró un poco más su rostro y besó mi palma.
Abrió los ojos y me miró.
—Estaré esperando tu respuesta. Extrañándote.
Articuló aquello y los dos nos quedamos en silencio, mirándonos.
La rotundidad del momento, por poco y me aplasta. Entendí que quería encontrar un modo de verme con él, de que él ocupase un lugar en mi cama, de tener más tiempo para escucharlo decir más de sus ridículas tonterías. Romeo se había metido bajo mi piel.
—Espero que esta escapada no te complique mucho.
Negué con la cabeza.
—En verdad moría de ganas de verte. Sabía que era una locura venir hasta aquí; necesitaba hacerlo.
—Me alegra que lo hicieras.
Besó mis labios.
—Podría quedarme toda la noche aquí.
—Y yo —admití.
—Pero mejor regresas allí arriba—. Con la cabeza apuntó en dirección al hotel a los pies de la playa.
—Sí, y mejor te vas antes de que alguien…
—No será así siempre. Te lo juro.
Se me puso la piel de gallina.
Alcé la cabeza y lo besé.
—Te tomo la palabra.
Le devolví el beso y muy despacio, comenzó a despegarse de mí.
No me quedó más remedio que dejarlo partir.
Romeo se sentó y me tendió sus manos para ayudarme a incorporarme.
Cuando me abrazó para pegarme contra él para a continuación, poner un beso sobre mi sien, por poco y muero de amor.
—Anda, vete, me quedaré aquí vigilando.
—No, te acompaño hasta fuera de nuestra playa y luego regreso por la calle.
—Estaré bien, estoy armado.
Yo había bajado desarmada pero igualmente planeaba acompañarlo.
—No importa.
—Julieta, entré solo y saldré solo. Anda, me quedaré aquí hasta asegurarme de que estas a salvo.
—Estoy a salvo.
—No discutas conmigo.

—Tú discutes conmigo. Este es mi territorio.
—Da igual.
Saltó de la terraza a la arena y me ofreció sus manos.
—Romeo.
—Esto no es negociable.
—Este no es modo de hacer negocios.
—Me importa una mierda. No cederé —insistió ofreciéndome sus manos.
Resoplando las tomé y bajé a la arena.
Su siguiente beso fue pura dulzura. Me soltó, buscó mis zapatillas y me las tendió.
—Andando, mueve el culo, lárgate de aquí de una vez entes de que me arrepienta de no bajarte los pantalones y follarte contra la terraza.
Entre la fingida seriedad en sus rostro y sus palabras me tenté de risa. Romeo me dio una palmada en el trasero y me quejé.
—Joder con tu culo, princesa. En serio, lárgate de aquí ahora.
Lancé mis brazos a su cuello y me comí su boca con un beso que nos dejó a ambos sin aliento y que acabó con mi cuerpo apretado al suyo y sus bazos uno alrededor de mi cintura y el otro, firmemente atravesado en mi espalda.
Cuando nos separamos la cabeza me daba vueltas otra vez.
Por poco y caigo de trasero en la arena.
Él también lucía medio ido.
—Joder, en serio, lárgate —me amenazó.
—Buenas noches, Romeo.
—Buenas noches, Julieta.
De no estar Paris en mi cuarto, no habría conseguido despegarme a mí misma de al lado de Romeo.
Anduve espiando cada dos pasos hacia atrás. Lo hice hasta que tuve demasiado cerca la presencia del jardín posterior del hotel, con su piscina y su bar que aún bullía de vida.
El elevador escupió mi presencia en mi piso.
Encontré a Paris durmiendo en mi cama sin más. Dudaba que hubiese notado mi ausencia.
Fui a darme una ducha y me metí en la cama, agradeciendo que fuese lo suficientemente grande como para tomar distancia de él.
Me dormí pensando en Romeo, en nosotros juntos, en que de estar él aquí, yo me habría acurrucado a su lado luego de que me hiciera el amor, para dormirme a su lado, arrullada por su respiración, la tibieza de su piel y su perfume.
Cuando desperté de madrugada y busqué mi móvil, porque lo extrañaba, vi un mensaje suyo que respondía al mío de antes de meterme en la cama.
Había llegado sano y salvo y me extrañaba.
Le prometí que haría todo lo posible para que pudiésemos vernos al día siguiente.
Paris intentó que sucediera algo entre nosotros a la mañana. Lo esquivé de modo grosero.
Lo que no conseguí esquivar fue el tener que almorzar con mi papá, mi mamá y Paris.
Por suerte mi papá no sacó a colación el tema de nuestro posible compromiso pero sí le pidió a Paris que pronto se reunieran ellos dos solos para conversar, lo cual tampoco auguraba nada bueno.
De ser por mí, en vez de comer con ellos, habría ido a visitar a mi hermano.
Me decidí a hacerlo en cuanto terminara la comida. No lo concreté, no hice más que decirle a mi papá que iría a visitar a Yago que él me soltó que teníamos asuntos urgentes de los que

ocuparnos.
En efecto, eran asuntos urgentes porque una de mis primeras acciones contra de su imperio había detonado tal cual esperaba y alguien en la compañía se había dado cuenta.
Yo esperaba que lo hiciesen.
Lo vi histérico en la sala de juntas, gritando como un desaforado, amenazando a todos.
Acabó rojo y fuera de sí, retirándose a su despacho.
Lo vi alejarse informándole mentalmente que este no era más que el comienzo de su caída.
De camino a mi piso, le avisé a Romeo que podía verlo al día siguiente.
Él respondió al instante, propuso que nos encontrásemos en la puerta del restaurante otra vez.
Acepté sin pestañear.

Mi día amenazó con hacerse interminable, con convencerme de que jamás podría librarme de las garras de mi padre, a quien tampoco le sentó muy bien que en la mañana le avisaran que en uno de sus depósitos más grandes, surgiera una falla técnica, los rociadores del sistema anti incendios, se habían encendido y arruinado por completo una carga de ordenadores portátiles que llegaran en la noche. Por supuesto la carga no tenía seguro y si bien la suma perdida no era exorbitante, conformaba otro golpe más a su imperio, el cual no estaba en condiciones de ver más dinero partir.
Por supuesto, mi papá se lo tomó conmigo de cualquier modo, sin tener idea de que yo era la responsable de aquello.
Agradecí que los dos no hubiésemos tenido ni un momento a solas porque sabía lo que podría haber sucedido de ser así.
Y por suerte, hasta lo que tenía entendido, con el mal humor que se acumulaba en él, mi papá tampoco se había preocupado por llamar a Paris para reunirse con él. Mi papá había optado por salir de la oficina temprano para lo que era normal en momentos así, para ir al gimnasio a soltar unos golpes.
Con Paris reunido con sus amigos para cenar y mi papá en el gimnasio, descargando su furia, yo había quedado libre y en paz para largarme a casa a cambiarme para salir y ahora estaba casi llegando a Mantua, luego de haber conducido todo el viaje, espiando por los espejos retrovisores para asegurarme de que nadie me siguiera.
Aproveché el no tener otras preocupaciones rondando por mi cabeza, para llamar a Yago.
Su móvil tocó una, dos y tres veces.
—Juli.
—Hola, bello. ¿Cómo está mi hermano favorito?
—Esperando que vengas a visitarme. ¿Estás llegando?
Me sentí asquerosamente culpable.
—No, amor, no esta noche.
—Me tienes abandonado.
—Sí, lo sé, lo siento. Intentaré pasar por allí mañana.
—Lastima que no puedes venir esta noche, supongo que sabrás que papá se fue al gimnasio.
—Lo sé.
—Mamá también ser largó, tenía la inauguración de una exposición de arte creo, ¿o era una gala en el museo? No recuerdo.
—Sí, sabía que mamá tenía planes. Lamento no estar ahí.
—¿Estás con Paris?
—No, Paris iba a cenar con unos amigos.

—¿Trabajo?
No me quedó más remedio que mentir, quería hablarle de Romeo sin embargo no lo haría por teléfono, no a menos por esta línea y llamar al móvil de mi hermano desde un número que nadie conocía, tampoco era buena idea. Debería sacarlo de la casa de mis padres para contarle de él.
—Algo así.
—Deberías tomarte un descanso alguna vez. Trabajas demasiado, mucho más que papá.
No dije nada.
—Bueno, igual me alegra que llamaras. Tenía ganas de hablar contigo, quería contarte que hoy me sentí mejor; en realidad desde ayer. Tengo dos días de estar fuera de la cama. Hoy tomé mis clases sentado frente a mi escritorio y ayer y hoy por la tarde, salí al jardín. Rosa me preparó pasta, así con langostinos como me gusta y pude cenar todo el plato. Y eso que era una porción enorme.
—Eso es estupendo—. Me emocioné, Yago a veces siquiera podía pasar la comida y por lo general, comía como un pajarito, si no debía caer en los batidos nutricionales que pasaba por entre sus labios con cara de asco. Tantas veces había necesitado de sondas nasogástricas para alimentarse y aún así, acababa vomitando.
—Y adivina qué.
—Estoy comiendo postre. Se me antojaba helado, estoy comiéndolo directo del pote. De vainilla, el que te gusta a ti.
De la emoción, se me cerró la garganta.
—Yago —fue lo único que logré articular forma.
—Deberías invitarme a almorzar mañana.
—Eso haré.
—¿A qué hora pasarás por mí?
—¿Te parece a las doce? Te enviaré un mensaje antes de salir.
—Estaré aquí esperándote.
—No te haces una idea de lo feliz que me hace, que te sientas mejor —se me llenaron los ojos de lágrimas por lo que las luces de los vehículos que avanzaban en sentido contrario al mío, me encandilaron—. ¿Sabes que eres lo que más amo en el mundo, no?
—También te amo. Eres mi hermana favorita.
—No tienes otra —reí con las lágrimas escapándoseme. Agradecí que él no pudiese verlas, de cualquier modo, las espanté de mi rostro a toda prisa, con un movimiento veloz de mi mano izquierda.
Yago rio divertido.
El enorme cartel verde, me dio la bienvenida a Mantua.
—Tampoco quiero otra.
Inspiré hondo.
En mi otro móvil, el cual descansaba por detrás de la palanca de cambios, apareció un mensaje. No podía ser otro que Romeo. Agradecí que se hubiese forzado dentro de mi vida porque así como él, yo no podría haber hecho esto sola. Nadie más que nosotros tenía real idea de lo que era vivir esta vida; la gente solamente podía ver el dinero, las joyas, las cenas en los mejores restaurantes, los viajes pero no ponían atención a los golpes físicos y sin duda no imaginaban los psicológicos.
No tenía intención de quejarme porque por mucho tiempo, yo fuera miembro activo de la familia Capuleto y sin duda, no era una santa, de hecho estaba traicionando a mi papá del peor modo posible; de lo que si tenía derecho era de decir basta; no quería que esta continuase siendo mi

vida y sin duda, que estaba harta de las farsas; me largaría de aquí y me llevaría a mi hermano conmigo.
—Me alegra —respondí obligándome a contener las lágrimas—. Y mejor para ti porque mañana te obligaré a pasar toda la tarde conmigo.
¡A la mierda con mi papá si le molestaba que me largara de la oficina a mediodía!
—Ok, confío en que cumplas tu amenaza.
—Eso haré. Pobre de ti —reí y mi hermano me acompañó—. Tengo que dejarte ahora.
—Bien, supuse que no sería un llamado muy largo. No trabajes hasta muy tarde, ¿ok?
—Te lo prometo. Y tú vete a la cama temprano que de cualquier modo, necesitas descansar.
—Te lo prometo —me dijo. Nos despedimos y busqué el otro móvil.
Romeo me avisaba que estaba en la puerta del restaurante esperando por mí.
Le avisé que en cinco minutos estaba con él y conduje.
Fueron menos de cinco minutos y mi mirada dio con él desde la bocacalle.
Romeo iba en una simple camiseta negra de mangas cortas con una gran cruz blanca estampada en la espalda. Llevaba la parte superior de su melena recogida en una coleta. Los jeans que vestía no hacían ningún esfuerzo por ocultar lo perfecto de su trasero, todo lo contrario. El muy desgraciado lucía como un millón de dólares en testosterona, con un enorme reloj negro haciendo juego y su anillo de siempre.
Lo vi alzar el móvil y cuando su brazo se flexionó, me entró calor, quería sus brazos rodeándome, su boca besándome, todo él moviéndose al compás de mi cuerpo, en mi cama y sin ropa.
No pude contenerme, a metros de él, toqué bocina. Romeo se dio la vuelta al instante; el coche en el que iba no era mío y tampoco era el mismo que utilizara la vez anterior para llegar aquí.
Detuve el coche en doble fila y bajé la ventanilla.
—Hola, guapo, ¿esperas a alguien? —solté asomándome un poco hacia delante para que viera que era yo.
—Al amor de mi vida pero ya que tú estás aquí —canturreó haciéndose el bobo caminado hacia el coche que nos separaba.
—Idiota —reí.
—Es que no es más que verte, que me pongo más estúpido de lo normal—. La terrible sonrisa sexy que me dedicó, dejó fuera de juego a mis neuronas. Porque además… ¡joder con sus pectorales y sus abdominales en esa camiseta que se le pegaba a los músculos como si fuese una segunda piel.
—Ya lo creo. Tal vez sea buena idea que me aleje de ti.
—No, eso nunca.
Reí.
—Voy a buscar donde estacionar y regreso.
—No, no es necesario —Romeo se metió entre los coches estacionados junto al cordón y bajó a la calzada.
—¿Qué? ¿Por qué?
Romeo llegó a mi puerta e intentó abrirla. Yo tenía las trabas puestas.
—¿Abres?
Mi mano se movió al instante. Romeo abrió la puerta y vino a sentarse a mi lado.
—No hace falta que me acompañes a estacionar —le dije y él me sonrió.
—Hola, buenas noches, a mí más se me antojaba que al entrar en tu coche, me saludaras con un buen beso, que me has hecho mucha falta. ¿No me extrañaste ni un poco?

Le estampé un beso en los labios sin más.
—Lo digo en serio, puedo ir a estacionar sola.
Romeo se quedó viéndome, con una mueca de ofendido en el rostro.
—¿A eso le llamas un beso?
—Lo siento, ok, si fui —no pude terminar la frase. Romeo se inclinó sobre mí, tomó mi cuello con sus dos potentes manos y primero que nada, atrapó mis labios con los suyos y luego los soltó. Ladeó la cabeza y en su segundo acercamiento, su lengua se deslizo por la delicada hendija entre mis dos labios. Busqué su lengua con la mía, al instante y él se apartó sin permitirme recuperar la distancia, al frenarme por el cuello. Lo miré y él me sonrió con malicia, su mano derecha se movió hasta mi nuca y atrapó mi cabello. Ante su gesto, el aire se me escapó de los pulmones. Por Dios que quería que me besara, lo quería dentro de mí.
Su boca cayó sobre la mía y perdí la cabeza. Mis manos se prendieron de su camiseta. ¡A la mierda si se la arruinaba, le compraría otra!
Los besos con Romeo eran románticos y sexys, eran pasión y dulzura. En mi vida una boca me supo tan deliciosa como la suya. Sus labios eran una delicia, tersos, cálidos y los muy jodidos, así como él, sabían muy bien que hacer.
Él gruñó y a mí se me escapó un gemido de placer.
Abrí los ojos y lo encontré viéndome. Sus ojos azules no eran más que pupilas dilatadas de placer que devoraran el zafiro de su mirada.
—En serio, me matas —susurró.
—¿Yo te mato a ti? —jadeé. Apenas si podía meter aire en mis pulmones de lo desacompasado que quedara mi pulso después de nuestro beso.
—Sí —su mirada firme sobre la mía hubiese sido confirmación suficiente.
—Ok, me convenciste, acompáñame a estacionar.
Romeo rió con ganas.
—No estacionarás por aquí.
—¿Por qué?
—Porque no cenaremos aquí.
—¿Y dónde cenaremos?
—En mi piso.
—¿En tu piso? ¿Acaso perdiste la cabeza? Conduje hasta aquí, no regresaré a la ciudad otra vez sin comer que estoy famélica, no tuve tiempo de almorzar hoy. Y más que eso, dudo que sea buena idea ir a tu piso.
—No a mi piso en casa. Al piso que tengo aquí.
—Debí sospecharlo —procuré que mi humor no se desinflara. Claro que debía tener un piso aquí, uno al que traer a sus mujeres sin necesidad de registrarse en ningún hotel, con su nombre.
—Julieta —me llamó.
Volví a mirarlo porque sin querer, mis ojos se habían deslizado hacia la calle al otro lado del cristal de parabrisas.
—No te mentiré diciéndote que no he llevado a nadie allí.
Sentí mi rostro terminar de descomponerse. Romeo soltó mi cuello y mi cabello, creí que se apartaría, en vez de eso, buscó mis manos.
—Esto entre nosotros no es lo mismo que —lo interrumpí de inmediato.
—No necesitas decir nada.
—Pero quiero. De otro modo se me quedará atravesado. No lo es, Julieta. Tan solo una mujer ha estado allí antes si bien yo he estado con otras personas aquí en Mantua, no en mi piso.

—Creo que no quiero saber nada más—. Me puse nerviosa. Yo sabía de sus aventuras más hasta ahora, hasta nosotros, lo que él hiciera era muy parte de aquel otro Romeo Montesco, no de mi Romeo Montesco. No debí permitirme engañarme y pensar que eran dos personas distintas así como yo no lo era, los dos éramos los mismos, solo que ahora, comenzábamos a cambiar. El proceso de cambio, no erradicaba los pasados de ninguno de los dos.
—No he vuelto a verme con ella desde antes de la noche de la despedida de soltera de tu amiga, te lo dije.
—Sí, lo dijiste—. No pude evitarlo, mi mirada se escapó de la suya otra vez.
—Julieta, mírame —me pidió.
A regañadientes moví mi mirada hasta la suya.
—No quiero a nadie más que tú allí y si te llevo allí es porque quiero preparar de cenar para ti, no porque vaya a obligarte a acostarte conmigo.
Lo dejé seguir.
—No voy a negar que me encantaría sin embargo mi intención era ser romántico. Hasta esta mañana no tenía en mi piso más que unas copas en las que beber. Compré sartenes, cacerolas, una tabla de picar, cuchillas, cubiertos y vajilla. También compré sábanas nuevas. No hice a tiempo a comprar una mesa y sillas pero sí un mantel así que será una suerte de picnic.
Joder con él.
Sus pulgares acariciaron mis nudillos.
—Compré helado, pan y buen vino. No necesita ser más que eso, lo juro—. Romeo sin parpadear, esperó a por mi respuesta.
Lo pensé y con el correr de los segundos, mi corazón no hizo otra cosa que acelerar sus latidos.
—Entonces qué, ¿no vamos a necesitar los preservativos que tengo en mi bolso? —porque sí, los había metido allí después de ducharme.
Su carcajada fue una delicia.
Romeo alzó mis manos hasta sus labios y las besó.
—Tú decides —me dijo y supe que sería verdad si bien me constaba que él tenía ganas de nosotros, se le notaba en la cara. Para qué negar lo obvio.
Tirando del cinturón de seguridad, me acerqué a él y besé sus labios.
—¿Qué me prepararás de cenar? —le pregunté apenas alejándome un par de centímetros de su boca.
—Bueno, considerando que no soy ni remotamente un experto en la materia, compré pasta, pollo, espinaca, nata y unos condimentos. Encontré una receta en Instagram que parecía fácil.
Por poco y se me cae la baba por él.
—Bien, te daré una mano.
—¿Sabes cocinar?
—Ni huevos revueltos.
—¡Qué par, nosotros dos!
—Supongo que podemos ordenar comida si sale mal.
—Sí, siempre se puede ordenar comida—. Besó mis labios—. Mi piso está a tan solo cuatro calles de aquí. Vine caminando.
—¿Me indicas cómo llegar? —le pedí porque estaba decidido, quería hacer esto, quería hacerlo antes de que me hablara de su piso y, mis ganas y necesidad, no cambiaran con la verdad que expusiera.
—Sí —respondió parpadeando lentamente, para sonreír bonito. Continuó sin soltar mis manos—. Por cierto, estás muy bella.

—Tú estás terriblemente guapo.
—Estoy cómodo y bueno… lo cierto es que tú y yo sabemos quién es el otro. No necesitamos adornos, tú no necesitas adornos, eres arrebatadoramente bella.
—Zalamero —sonreí bajo sus labios. Él me besó—. Yo estoy muy segura de que tú luces todavía mejor sin ropa.
—Julieta, no digas nada más de ese estilo, o tendremos que saltarnos la cena.
—Tengo hambre. Mucho.
—Bien, andando —besó mi mano derecha—. Vayamos a casa.
Romeo soltó mis manos y se acomodó en su butaca para colocarse el cinturón de seguridad.
Resultó que sí, su piso estaba a un paso de allí, en un barrio de edificios antiguos remodelados con un estilo muy moderno. Su calle era una delicia, con una arboleda estupenda, buena iluminación y fechadas que eran un sueño arquitectónico.
Conseguí aparcar frente a su edifico que era uno de tres pisos, ladrillo rojo y molduras claras. Su piso era el último. La terraza, suya.
Bajamos del coche y él buscó sus llaves.
—Lo compré seis meses atrás, está a nombre de una de las compañías fantasma a las que he estado enviado el dinero que he desviado de las cuentas de mi padre. Hasta hoy no tenía más que un colchón y un televisor. Tal vez me creas, tal vez no, la verdad es que lo compré porque necesitaba un lugar al que escaparme. Las playas aquí son más tranquilas que por casa. Es bueno que la ciudad sea más pequeña y que aquí no haya ni Montesco ni Capuleto —entonó mientras trepábamos por las escalinatas de acceso a la entrada.
Romeo abrió la puerta y me cedió el paso.
—Hoy hice un juego de las llaves para ti. Puedes venir cuando quieras.
Iba a entrar pero sus palabras me fijaron al suelo. Me quedé viéndolo.
—No es obligación si no las quieres, solamente me tranquilizaría saber que si algo sucede, puedas venir aquí, es un lugar seguro. Sola, o con tu hermano, cuando lo necesites, Julieta. Este lugar es tuyo.
No supe qué decir.
—Y si todo se va a la mierda —se detuvo para inspirar hondo—. Arriba tengo dinero. Sé que dijiste que tienes tus cuentas pero si necesitas efectivo… También tengo un coche aquí, te enseñaré donde están las llaves, por si también hace falta que salgas de Mantua y yo no estoy aquí.
—Romeo…
—Soy muy consciente de que todo esto puede salir muy mal. Solamente intento tomar precauciones.
Asentí con la cabeza y entré. Me tomaría un momento terminar de asimilar todo esto.
Subimos a su piso por un moderno ascensor que daba directamente a su puerta, la cual el abrió para enseñarme un espacio gigantesco y blanco, vacío más allá de las modernas lámparas que colgaban del techo y de una estupenda alfombra persa.
—No mencionaste que tuviese una alfombra —lo pinché cuando él cerraba la puerta.
Romeo encendió las luces y gran sala pasó de estar iluminada por las lámparas de la calle y la luna, a cobrar brillo por los modernos artefactos.
—Sí, fue de lo primero que traje, la encontré en una feria de pulgas aquí en Mantua. Estaba sucia y cuando la cargué en el coche creí que había cometido una gran estupidez al comprarla. La envié a limpiar y descubrí esta belleza. Es de seda.
La alfombra era estupenda, un intricado patrón en gris, celeste, beige y azul que relucía como si

sus hilos fuesen de perla.
—La cocina está por allí —indicó hacia la arcada detrás de la cual pese a las sombras, ya detectara un espacio con mucho cuarzo blanco, muebles blancos, artefactos de cocina de acero —. Romeo giró para apuntar hacia detrás de mí—. Allí tengo dos cuartos en suite y por las escaleras de ahí se va a la terraza. Arriba hay un estudio y al exterior un jacuzzi. Es bonito, compré el piso con la jardinería ya hecha y me honra decir que la gran mayoría de las plantas aún sobreviven.
Le sonreí.
—Luego me lo enseñas. ¿Te molesta si me descalzo?
—No, para nada. Esa puerta de ahí es un armario, si quieres colgar tu bolso o lo que sea.
Asentí con la cabeza y él sin más se inclinó para arrancarse las zapatillas sin molestarse en aflojar los cordones, también se quitó las medias y las arrojó sobre las zapatillas que quedaran a un lado.
Yo me quité mi balerinas y colgué mi bolso del gancho que estaba en el lado interior de la puerta. Por un instante me sentí demasiado tentada de tomar los preservativos y guardarlos en el bolsillo trasero de mis jeans.
Vendría a buscarlos luego.
Romeo me espero sonrisa en alto.
—Bien, supongo que llegó la hora de la verdad. A ver si logro prepararte algo medianamente comestible de cenar.
Fuimos dos tontos que hasta tuvieron que buscar cuanta sal gruesa se le ponía al agua para hervir la pasta. Y a los dos nos dio un poco de impresión manipular el pollo para cortarlo en trozos y rehogarlo.
Reímos bromeamos, e hicimos un enchastre porque él insistió, después de buscar online cómo se suponía que podía saber cuando la pasta estaba lista, al tirarla contra los cerámicos de la pared por detrás de la encimera a ver si se pegaba o no. Abrí la botella de vino y Romeo junto la pasta, el pollo ya cocido, la nata y la espinaca, todo en un wok grande para terminar de cocinarlo.
Con todo listo, fuimos a acomodarnos a la mesa puesta sobre el mantel, junto a uno de los ventanales que estaban abiertos de par en par.
Resultó que la comida nos quedó increíble y eso que era la primera vez que cocinábamos.
Los dos repetimos y bebimos más vino.
Entre los dos retiramos los platos y los lavamos.
Saqué el helado de la heladera y él buscó dónde servirlo.
Nos largamos de regreso a nuestro mantel de picnic para comerlo medio en penumbras porque él propuso apagar algunas luces y yo no tuve problema con eso.
Comimos el helado con él contándome sobre el barrio, el cual supuestamente estaba poblado por artistas de todas las artes, en la esquina había una pequeña galería y a la vuelta un taller de cerámica, en la otra calle un bar de jazz donde casi todos los días, había música en vivo.
—Deberías traer de tus cuadros para colgarlos aquí, también eres artista.
Él sonrió descreído.
—Puedo ayudarte al colgarlos. Nunca he hecho un agujero en una pared pero siempre hay una primera vez.
—Como la cena.
—Como la cena —confirmé bajando mi cuenco con helado al mantel.
Me incliné sobre él y estirando el cuello, busqué sus labios.
Romeo todavía tenía la cuchara en una mano y el cuenco en la otra. Sonrió debajo de mi beso.

—Tu boca huele a vainilla.
—Y sabe a vainilla. ¿Quieres probar?
—Julieta… ¿Estás segura?
Mordí mi labio inferior.
—Sí.
Sin perderme de vista, movió su boca hasta la mía para tomar delicadamente mis labios entre los suyos.
—Estoy loco por ti. Por esto, por nosotros, no es solo por lo que sucederá, es por lo que ya sucede.
Sonreí.
—Joder, espero que me salga bien porque si la cago —jadeó se detuvo—. No quiero cagarla, quiero que te guste estar conmigo. Quiero que podamos seguir estando juntos, quiero… —se interrumpió otra vez—. Estoy perdiendo la cabeza por ti. Bien, no solamente mi cabeza. Tú eres… ¿Recuerdas cuando ganaste ese campeonato de surf hace tres años?
—Sí, por supuesto.
—Te vi. Estaba allí, medio escondido entre la gente agolpada en la playa. Te vi ir con tu trofeo hasta donde estaba tu hermano y entregárselo.
Se me puso la piel de gallina.
—Soy muy consciente de quien eres, de las cosas que haces. Sé que ayudaste a ese sujeto, el portero del hotel en el que tienes tu piso.
Dejé de parpadear.
—Y sé todas las otras cosas que has estado haciendo sin que nadie lo sepa, Julieta.
Mi mirada se enturbió de lágrimas al instante.
—Lamento que tuvieras que vivir escondiendo quién eres en realidad. La vida no debería ser así.
Mi pulso se descontroló.
—También he hecho otras cosas de las que no me enorgullezco. Tengo un arma debajo del asiento de mi coche, Romeo —le dije porque no quería que me idealizara, quería que esto fuese real.
—Julieta, mis manos están tan sucias de sangre como las tuyas. Yo solamente sé que ninguno de los dos habría elegido esta vida, de haber tenido la posibilidad de elegir. Estamos eligiendo ahora.
—Sí.
—Y yo te elijo a ti.
Sonreí.
—Y te elegiría una y otra vez, mil veces porque joder que no puedo arrancarte de mí ni quiero. Esto que siento por ti es tan…
Me estremecí otra vez y noté que al él le sucedía lo mismo.
—Es tan —le confirmé con una sonrisa y él sonrió.
—Lo es—. Bajó el cuenco a un lado y su mano subió hasta mi cuello—. Julieta —susurró sobre mi boca.
Tome sus labios entre los míos y su mano se movió hasta mi nuca para tomar mi cabello y sujetar mi cabeza. Inspiró hondo antes de arrebatarme el aliento con su siguiente beso el cual fue pura pasión. Su labios tomando los míos, mi lengua buscando la suya, mis dientes buscando prenderse de él.
Sonreímos como idiotas mientras nos besábamos.
Mis manos buscaron primero su musculoso cuello, el cual era pura tensión, la tensión más

deliciosa. Bajo mi palma derecha, lo sentí tragar. Romeo jadeo cuando mi mano se prendió del cuello de su sudadera y tiró. Quería arrancársela.
Su mano izquierda apareció en mi muslo para deslizarse hacia arriba por mis jeans, se detuvo en mi cadera para sostenerme con firmeza.
Llegó otro beso que hizo que él anterior pareciera un juego de niños porque mi cabello estaba en su puño y su boca parecía querer follarme. Tuve ganas de que eso mismo hiciera.
Toqué su pecho reconociendo sus formas de camino a la cintura de su camiseta. Quería arrancársela, apartar de entre nosotros toda barrera.
Di con el final de la prenda y tiré hacia arriba.
Romeo, sin terminar de apartar su boca de la mía, espió hacia abajo y sonrió sexy.
—¿Princesa, acaso intentas desvestirme?
—Es para palparte de armas.
Romeo tomó mi otra mano y la bajó hasta su entrepierna para cubrir el bulto con mi palma y dedos.
—Cuidado, está cargada.
—¿Acaso acabas de hacer una regresión a la adolescencia? —jugué.
—Sí, eso ha de ser pero se me puso dura de solo besarte. Lo que si te prometo es que duraré más que si fuese un crío. O eso intentaré, temo correrme en cuanto te vea desnuda.
Puse los ojos en blanco.
—No es broma—. Soltó mi mano pero yo no la aparté de su erección—. Joder que tengo la impresión de que me estallarán la bolas de besarte.
—Romeo —reí haciendo una mueca—. Eres un niño.
—Un crio no tiene el cuerpo que yo tengo, te lo puedo asegurar.
Lo desafié con una ceja en alto.
—Ya lo verás. Mejor dicho, lo sentirás.
—Engreído.
Su mirada se dulcificó al tiempo que sus labios bajaban otra vez a los míos.
—Si mi yo de quince años hubiese tenido un poco más de coraje —susurró.
Entendí a qué se refería con sus palabras.
—No era solamente tu responsabilidad, Romeo.
—Era yo el que estaba perdidamente enamorado de ti.
Mi corazón dio una sacudida.
—Estoy seguro de que hubiésemos sido de esas parejas que se conocen desde la escuela y no se separan, para de adultos, contraer matrimonio.
No pude más que quedarme mirándolo a los ojos.
—Y de muy viejitos, nos habrían enterrado juntos a ambos, porque yo no hubiese podido sobrevivir un día si ti, ni tú sin mí. Imagínate lo felices que hubiésemos sido, lo grande que habría sido nuestra familia. Grande y unida, pero no por el miedo sino por el afecto.
Por poco y me da algo allí mismo porque lo que él sentía al respecto de su familia, yo lo sentía por la mía.
—Nuestros hijos jamás nos hubiesen temido y sin duda que les habríamos permitido ser ellos mismos, y apoyado para que lo fueran—. Su mano, que aflojara el agarre en mi cabello un momento atrás lo soltó, para acariciarlo y acomodarlo por detrás de mi oreja—. Habríamos tenido docenas de nietos.

Tragué saliva sin poder apartar mi mirada de la suya.

Romeo mordió se mordió los labios con los dientes.
—Lo siento, hablé de más —se disculpó en un susurro.
Negué con la cabeza; en mis brazos se me puso la piel de gallina.
Inspiré hondo.
—Todavía podría ser nuestro futuro —la voz apenas si me salió porque estaba aterrada.
Romeo amagó una sonrisa.
—¿Sí?
—Sí.
Su siguiente beso fue delicado, dulce.
—Julieta.
—Romeo.
Meneó la cabeza sonriendo.
—Joder contigo, que estoy loco por ti.
Los dos nos deseábamos demasiado y al mismo tiempo nos movimos para buscarnos el uno al otro y comenzar a besarnos otra vez.
Encontré la cintura de su camiseta otra vez y comencé a tirar hacia arriba.
Romeo se apartó, alzó los brazos y me permitió quitársela para descubrir el impresionante mapa de tatuajes en su pecho y hombros, y la cruz colgando de su pecho.
Entre la tinta y los músculos, me quedé sin aliento.
Me tomé otro instante para registrar cada línea y él me permitió hacerlo.
Arrojé la camiseta a un lado si bien me habría encantado llevarme a la nariz para olerla. Bueno, de cualquier modo, en un instante, estaría oliendo su piel, de primera mano.
Moví mi mano y posé mi dedo índice a su lado izquierdo, entre sus oblicuos y la cintura de sus jeans.
—Tienes un espacio vacío ahí.
Romeo espió hacia abajo y volvió a mirarme.
—Lo dejé libre para tatuarme tu nombre.
Reí con ganas.
—Zalamero.
—Es cierto.
—¿No deberías haber dejado un espacio sobre tu corazón sin tan romántico eres?
—Lo que está tatuado sobre mi corazón se aplica a ti.
—¿Acaso me pedirás matrimonio? —Intenté bromear pero en el fondo, estaba increíblemente nerviosa.
—Un día, cuando me lo permitas, igualmente no hace demasiada diferencia para mí, tú ya eres mi mujer.
Lo miré.
—El hasta que la muerte nos separe, nos quedará pequeño, Julieta. Ya lo verás. Por siglos y siglos se hablará de nosotros, los amantes de Verona.
Sonreí.
—Definitivamente eres un soñador empedernido.
—Puedo soñar para nosotros, los futuros más maravillosos.
¡Maldito él y su dulzura!
—Y esforzarme por convertirlos en realidad.
Toqué sus labios con los míos.
—Supongo que puedo intentar echarte una mano.

—Se agradece la ayuda.
—¿Entonces qué, voy a buscar los preservativos que tengo en mi bolso?
—No hace falta, compré hoy cuando hice el resto de las compras. Están en el cuarto.
Reí tomando su cuello para besarlo otra vez.
—¿Me llevas a tu cuarto? —susurré entre sus labios.
—Princesa —entonó acompañado de una combinación entre un gruñido y un gemido. Romeo comenzó a ponerse de pie, llevándome con él porque mis brazos estaban otra vez en su cuello.
Nos besamos mientras nos alzábamos de la manta y fue el beso más torpe y delicioso.
Mis brazos rodearon su cuello, mi mano derecha encontró la coleta en la que sujetara la parte alta de su melena. Sus brazos regodearon mi cintura. Me pegó a él, a su magnífica erección que yo provocara. Nos besamos otra vez, conmigo deseando trepar por su cuello.
Sus manos bajaron a mi trasero; jadeé de gusto.
—Salta —me invitó y acepté su invitación al instante. Riendo, salté y él me tomó por los muslos. Como los zarcillos de una enredadera, mis piernas rodearon sus angostas caderas.
Comenzamos a besarnos otra vez y no paramos de hacerlo siquiera cuando entramos en su cuarto; en otro momento me dedicaría a admirar la belleza arquitectónica de aquel sitio, ahora prefería rendirle culto a la suya.
En la penumbra. Me llevó de espadas hasta el colchón en el suelo. El muy jodido tenía tanta fuerza que logró bajarme antes de que yo atinara a soltarlo para bajar los pies al suelo y sentarme allí, por mis propios medios.
—Un día te follaré contra la pared, así contigo colgando de mi cuello —me prometió.
—Cuento con que cumplas tu promesa.
—Te doy mi palabra.
Me lo llevé conmigo besando otra vez, sus labios hinchados de tanto comernos la boca el uno al otro, mientras me tendía sobre las sábanas blancas que olían a nuevo.
Romeo me dejó hacer, acomodándose entre mis piernas, con una de sus manos en mi muslo, la otra por encima de mi cabeza.
Descargó su peso sobre mí y su erección quedó justo encima de mi pelvis, haciéndome desearlo todavía más. Se movió sobre mí y fue una locura, porque la tela de mis jeans era fina, y el bulto entre sus piernas grande y además de eso exacerbado por el zipper y la firme tela de sus jeans.
—Julieta —gruñó.
Tomé su barbilla, puse un beso en sus labios y lo solté para ir a por mi blusa, la cual me quité con él siguiendo de cerca cada uno de mis movimientos.
Mi piel no estaba casi por completo cubierta como la suya pero de cualquier modo, tenía tatuajes que enseñar.
Los dedos de la mano derecha de Romeo descendieron para aterrizar con suavidad sobre la mariposa nocturna entre mis costillar, por debajo de mis pechos.
Sus dedos subieron por entre mis pechos a medida que volvía a bajar su boca para colocarla sobre la mía, viéndome a los ojos.
—Para mí la perfección tiene tu nombre.
Se me puso la piel de gallina.
Su mano se movió hasta mi pecho izquierdo para cubrirlo por encima del sostén.
—Julieta —susurró y yo volví a erizarme de pies a cabeza—. Julieta—. Movió su mano hacia abajo y sus dedos despacio, apartaron el sostén.
En cuanto su piel tocó la mía, mi interior lo reclamó.
Incluso antes de que las yemas de sus dedos tomaran mi pezón, yo ya tenía ambos pechos duros

y necesitados de sus caricias.
Cerró los ojos y me besó, sin dejar de acariciarme.
Mis manos buscaron la cintura de sus jeans y luego sus abdominales.
Romeo jadeó dentro de mi boca cuando moví mis dedos de puntillas por la cintura de su pantalón hasta encontrar el botón. Se detuvo para quedarse muy quieto y verme a los ojos. Así con él en ese estado, solté el botón y fui a por el zipper.
Lo bajé diente a diente, con su mirada fija en mí.
Mi mano derecha entró primero en sus pantalones. A través de los bóxer que llevaba, lo sentí pesado y caliente. Grande. Definitivamente no era el cuerpo de un niño y estaba listo para hacerme el amor.
—Tú también eres muy bello.
—Y eso que todavía no la ves.
—Idiota —reí.
—Es perfecta. Te enamorarás de mi polla.
Mordiéndome el labio interior, solamente para tentarlo, para ponérselo más difícil, moví mis manos despacio, empujando un poco hacia abajo, su pantalón y su ropa interior, con mi mano derecha terminé de liberar su erección para tomarla con cuidado entre mis dedos y acariciarla con delicadeza.
—Por Dios, Julieta —jadeó.
Espié hacia abajo y estudié su erección. No había necesitado verla para saber que era larga y ancha, sí definitivamente pude comprobar que era absolutamente perfecta. En cuanto toqué la cabeza enrojecida de tanto deseo, él se estremeció.
Ante mis caricias, las primeras gotas emergieron, delicadas. Me las llevé en la yema de mis dedos y despacio deslicé mi piel sobre la suya con mi otra mano, buscando sus testículos.
Romeo inspiró entre sus dientes.
—Joder.
—Definitivamente me gustas mucho.
—Te —se le cortó la voz porque mi mano lo rodeó para subir, haciendo más presión—. Te dije que te gustaría.
Mis dedos pasaron por encima de su humedad otra vez y su cuerpo se movió involuntariamente contra mis manos buscando más.
—Me matas —susurró entre mis labios.
Sonreí con malicia mientras continuaba acariciándolo.
—Mejor voy por esos preservativos —me dijo un segundo después.
—¿Tan pronto?
—Julieta, ansió esto desde adolescente. Cuando me corra se enterarán hasta en China—. Tomó mi mano y yo lo solté.
Puso un rápido beso sobre mis labios y se levantó de encima de mí.
Aprovece para sentarme y quitarme el sostén, y verlo andar como pato hasta el baño de la suite.
La espalda y el trasero de Romeo no tenían precio.
Dejé el sostén a un lado y comencé a desabrocharme los pantalones.
—Madre santa —le oí jadear.
Giré la cabeza para verlo reaparecer con la caja en mano.
—¿Qué?
—Tú —me respondió.
—Ya, suficiente, no necesitas hacer eso, voy a acostarme contigo.

Viéndome a los ojos, Romeo regresó a mí para ponerse frente a mis piernas las cuales aparté para hacerle espacio.
Romeo empujó de una vez, sus pantalones y ropa interior hacia abajo.
A los tirones se los arranco de las piernas para enfrentarme en aquella magnífica escultura de carne, hueso y tinta que era su cuerpo.
Joder con sus oblicuos, sus muslos, si hasta las rodillas tenía perfectas y sexys.
Así como estaba, se arrodilló entre mis piernas y me tendió la caja de preservativos.
—Recuéstate.
Su voz de comando no logró otra cosa que excitarme todavía más. Podía sentir la humedad en mis bragas.
Obedecí, recostándome sobre los codos.
Romeo tomó la cintura de mis pantalones y tiró hacia abajo.
Alcé el trasero para facilitarle la tarea.
Él muy despacio deslizó mis pantalones hacia abajo.
Lo que hizo a continuación me dejó aturdida. Romeo se detuvo en cuanto desnudó mis muslos para inclinarse sobre mí y poner un beso sobre la cabeza de león tatuada en mi piel. Fue una reverencia, un gesto de reconocimiento.
Enderezó la espalda para buscar mi mirada otra vez.
—Romeo. Mi Romeo.
—Julieta. Mi Julieta.
Sus manos terminaron de quitarme los jeans.
Anduvo de rodillas un poco para acomodarse.
Bajó la vista a mis bragas y a mí se me escapó el aire de los pulmones.
Con sus dedos andando de puntillas por mis muslos, Romeo bajó con su rostro hasta mi pelvis, su primer beso cayó en lo más alto y su calor, con el que me cubrió, atravesó la tela de mis bragas para llegar a mí.
Eché la cabeza hacia atrás, de puro gusto.
Con uno de sus dedos, apartó un poco mis bragas, su siguiente beso cayó sobre mi carne.
—Romeo —jadeé y él volvió a besarme para tomarme entre sus labios y tirar de mí con suavidad, alterando todavía más, aquel nudo de terminales nerviosos, completamente sobrecargados de estímulo.
Me soltó pero no me dio tregua, su lengua se movió por encima de mi clítoris primero no haciendo más que lamerme y tentarme, luego con más fuerza, buscando el llevarme a la locura.
Tiró de mis bragas para apartarlas otro poco y entonces su lengua bajó por encima de mí, buscando mi entrada.
Su nombre se escapó por entre mis labios otra vez.
Me dejé caer en la cama. Solté caja de preservativos sobre las sábanas y busqué su cabello. Romeo pasó por encima de mi entrada una y otra vez con su lengua hasta que esta se empujó dentro de mí, arrancándome un jadeo de placer.
Acaricie su cabello y él gruñó de gusto sobre mí.
Su boca trepó hacia mi clítoris otra vez.
Su dedo me tocó y di un respingo.
—Dios —jadeé.
Entró en mí con uno de sus perfectos dedos mientras su boca succionaba y lamía mi cuerpo con maestría. Se movió dentro de mí buscando alterar hasta el último de mis procesos mentales, los cuales ya estaban alterados por su perfume, por el contacto de su piel contra la mía, su beso y el

delicado y sinuoso sonido de su dedo moviéndose hacia dentro y hacia fuera de mí, húmedo de mi placer.
Y para más locura, su cabello entre mis manos.
Sin dejar de mover su lengua sobre mí, Romeo deslizó su dedo fuera de mí y cuando volvió a penetrarme, lo hizo con dos dedos.
La presión fue puro placer, una delicia.
Romeo alzó la frente y su pulgar reemplazo a sus lengua. Lo vi relamerse y por poco y combustiono.
—Mi reina —entonó y su aliento al hablar me hizo cosquillas.
—Romeo —lo llamé incorporándome un poco para buscar su boca.
Él apartó su mano de mí y lo lamenté solamente un instante porque a continuación, fue su erección la que se deslizó por encima de mí para apretarse contra mi pelvis y la parte baja de mi abdomen al llegar su boca a la mía para matarme con un beso.
—Te quiero dentro de mí ahora.
Me besó y sonrió.
Jamás tendría suficiente de sus sonrisas.
—Tus deseos me comandan.
Con un último beso puso distancia entre nosotros.
Romeo palpó la cama en busca de la caja de preservativos.
Disfruté de verlo colocarse uno en aquella magnífica erección que en nada, estaría dentro de mí.
Mis manos volaron a su pecho, llamándolo.
Él volvió a acomodarse entre mis piernas. Tomó su erección en su puño y la movió para pasarla apretándola por encima de mi entrada, una y otra vez. Subió su erección hasta mi clítoris para acariciarse y acariciarme.
La soltó y se inclinó bajando su pecho sobre él mío. Sus labios encontraron mi boca otra vez y sus caderas comenzaron a moverse para aprisionar su erección entre su cuerpo y él mío.
Jadeos de placer emergieron por entre nuestro beso, suyos y míos, rebosantes de sensaciones.
Ya no solamente era mi interior el que lo necesitaba dentro de mí sino todo mi cuerpo, en especial me pecho. Necesitaba a Romeo, lo quería.
Romeo alzó sus caderas y otra vez su mano apareció entre su cuerpo y el mío. Lo sentí tomar su erección la cual otra vez apretó contra mi clítoris para bajarla hasta mi entrada la cual palpitaba por él. Su puño empujó su erección unos centímetros dentro de mí y fue la gloria.
—Romeo —jadeé necesitando más de él, todo de él.
Apartó su mano y me miró a los ojos.
—Por siempre, princesa. Hasta el fin de los tiempos —me prometió y despacio, se empujó dentro de mí colmándome lentamente, dilatándome, haciéndome sentir que no aguantaría ni dos segundos sin estallar de placer.
Mi cuerpo se contrajo a su alrededor y fue su turno de gruñir de gusto.
Con él todavía entrando en mí, deslicé mis manos hacia abajo por su pecho hasta llegar a su cintura. Me alcé un poco y tomé su trasero para terminar de empujarlo dentro de mí y para robarle otro beso.
Romeo sonrió complacido.
Bajé mi espalda otra vez a la cama moviendo mis manos hasta la parte baja de su espalda. Él salió un poco de mí; volvió a entrar despacio.
—Dios, se siente… se siente increíble —jadeó sobre mi boca.
Apartó sus caderas y su erección me abandonó.

Despacio fue a moverse dentro de mí, fue una delicia verlo empujar su erección con un dedo para acomodarla en su ingreso.
Mis ojos se fueron hacia la parte de atrás de mi cabeza y mi interior tomó fuego.
Romeo apartó su dedo y terminó de entrar en mí.
—Joder que quiero follarte como si el mundo fuese a acabarse mañana. Cuando lo haga, destrozaré el preservativo.
Reí.
—No puedes ser más tú.
—Yo —me dijo enfrentando mi mirada con la suya, orbitando con su boca sobre la mía—. Tú y yo.
Terminó de entrar en mí y allí se quedó mientras me besaba. En mi vida había sentido mi cuerpo tan lleno, tan tenso de placer. Por un instante creí que necesitaría pedirle que saliera de mí porque era demasiado. La urgencia se convirtió en necesidad de pedirle más de él, de sentirlo moviéndose dentro de mí, dándome placer, buscando el suyo.
Romeo salió de mí y cuando volvió a entrar, contraje mi interior a su alrededor una y otra vez. Él apretó los párpados y gruñó de gusto.
—Eso que haces… —Su mueca a continuación, fue pura malicia.
Romeo tomó mis muslos, deslizo sus manos hasta mis rodillas y colgó mis piernas de sus hombros alzando mi trasero.
Apartó sus caderas y su erección salió de mí.
Bajó con mis piernas en sus hombros, hasta mis labios para quedarse viéndome fijo sin besarme, solo viéndome, despacio, entró otra vez en mí.
Fue un avance milimétrico y precioso, puntadas que cosieron su alma a la mía, que unificaron nuestros cuerpos y le pusieron punto final al pasado.
Él y yo, aquí, éramos el presente y el futuro.
Romeo me besó otra vez y entonces ya no pudimos parar de buscarnos el uno al otro.
Entoné sus nombre un millón de veces y él repitió el mío tantas, que su significado perdió sentido.
No pude sentir otra cosa que su cuerpo moviéndose dentro del mío, que el mío deseando atraerlo más y más adentro. Sentí su respiración descontrolada, la mía no comprendiendo cómo había hecho para mantenerme viva hasta ahora, sin inspirar su perfume cada segundo de cada día.
Mi cuerpo comenzó a colapsar como un edificio que se viene abajo por culpa de su propio peso, por culpa de lo que él me hacía, por esta química entre nosotros.
—Julieta. Julieta. Julieta —gruñó entre dientes y supe que estaba a punto de correrse. Yo también estaba al borde del abismo y estallé.
Con mi cuerpo todavía convulsionando, él encontró su placer, bombeando en mi interior. Lo sentí estallar una, dos, tres y cuatro veces. Me prometí que un día lo tendría para mí así, sin nada entre nosotros, quería que se corriera en mi interior, necesitaba sentirlo.
Sin salir de mí se dejó caer sobre mi pecho y mis labios.
Ambos, sudorosos y jadeantes sellamos aquel pacto con un beso, una sonrisa y una mirada.
—Hasta el fin de los tiempos, Julieta.
—Hasta el fin de los tiempo, Romeo.
Despacio salió de mí, se quitó el preservativo para hacerle un nudo y dejarlo a un lado. Sus brazos me encontraron y estrecharon, yo terminé de evaporar la distancia entre nosotros al acurrucarme contra su pecho para poner un beso en su cuello.
—¿Podemos vivir el resto de nuestras vidas aquí, tú y yo, en esta cama? —me preguntó

viéndome a los ojos.
—Eres tú el soñador. Dime, ¿podemos?
—Eres tu la que convierte los sueños en realidad. Dime, ¿podemos?
Asentí con la cabeza y puse un beso en la comisura de sus labios.
Pasamos largo rato, allí tendidos entre arrumacos. Jamás había sido del tipo que disfruta quedarse en la cama sin hacer nada, sea durmiendo o teniendo sexo pero si disfruté quedándome allí con él. No tuve prisa por partir o por hacer mucho más que recibir sus caricias y retribuirlas.
Romeo fue a buscar agua que bebimos ya tonteando otra vez.
Lo obligué a tenderse en espaldas y comencé a acariciarlo. Cuando estuvo lo suficientemente duro, le puse un preservativo y me senté sobre él para balancear mis caderas a nuestro ritmo. Sus manos pasaron por mis caderas y mis pechos y al final, terminaron en las mías, con nuestros dedos entrelazados. Ni me soltó ni lo solté. Yo acabé primero y en cuanto recuperé el control de mi cuerpo, fui a por su placer.
Romeo gruñó como un salvaje y yo impregnada de su energía, continué moviéndome para tener otro descomunal orgasmo que me derribó sobre su pecho, con su erección todavía dentro de mí.
Nuestro siguiente abrazo fue más breve porque empezaba a entrarme sueño y no podía quedarme allí a dormir con él, debía regresar a casa.
Mientras me daba una ducha, Romeo preparó café para los dos. Café que bebimos mientras poníamos orden en su piso.
Salimos juntos de allí.
Él primero me acompañó hasta mi coche en aquella madrugada silenciosa.
Lo esperé frente al volteante a que fuera a buscar el suyo.
Conduje a la cabeza con él siguiéndome apenas a metros de distancia.
Antes de rezagarse él para entrar en la ciudad, me envió un mensaje en el que ponía que era mío y que ya me extrañaba.
Mi respuesta fue un corazón púrpura.
Romeo me envió otro.
Su coche fue tornándose cada vez más pequeño en mi espejo retrovisor.
Se lo comió la noche y a mí me engullo la realidad de la ciudad, de nuestras familias enemistadas.
En cuanto entré al hotel, deseé poder largarme de allí en ese instante.
Mi piso me supo ajeno, irreconocible. Aquí no estaba ni su perfume ni su presencia. Este espacio a mi alrededor era encierro, una jaula, una que dolía y me sofocaba cada vez más.
Tuve una crisis al entrar en mi cuarto y caminar hasta la cama; las sábanas olían a Paris.
Furiosa conmigo misma, las arranqué y las saqué del cuarto.
Puse sábanas limpias, encendí el aire acondicionado y lo puse en máximo. Busqué la sudadera blanca de Romeo, me la puse y me metí en la cama.
No habría sobrevivido a mi siguiente día de no ser porque a mediodía, me largué mandando todo a la mierda para ir a almorzar con mi hermano, a quien vi rozagante como en años no lo viera, con energía y ganas de pasear y disfrutar del sol.
Pese a que me moría por contarle sobre Romeo preferí no hacerlo todavía, Yago estaba de muy buen humor y temí que su ánimo fuese a opacarse cuando se lo contara porque ¿y si no lo aceptaba, y si creía que traicionaba a la familia?
Me acobardé y preferí tener la tarde en paz, escondiéndome para contestar los mensajes que me envió Romeo, uno de ellos para decirme que misteriosamente, cinco de los pisos de uno de los hoteles que su padre tenía en remodelación, se habían quemado, sufriendo severos daños. Nadie

había salido herido, solamente las costosas alfombras, papeles tapiz y mobiliario de las habitaciones recién decoradas.
Sonreí y le contesté que nada podía hacerse contra los imprevistos.
Romeo me dijo que quería verme pero que por culpa del siniestro, pasaría gran parte de la noche solucionando problemas.
Le juré que lo extrañaría y le dije que estuviese pendiente de las noticias al día siguiente.
Bebía mi café frente al televisor en la cocina de mi piso, con mi nana terminando de preparar mi desayuno cuando la noticia estalló en el noticiero. Ratas habían invadido el hotel céntrico de mi padre. Estaban mayormente en las cocinas, en los depósitos, en las áreas de servicio pero también unas cuantas se habían escapado a las habitaciones por los ductos de ventilación. El gobierno de la ciudad había ordenado evacuar el hotel para clausurarlo hasta nuevo aviso.
A continuación de aquella noticia, anunciaron que los ingenieros del gobierno de la ciudad también habían clausurado el hotel siniestrado de los Montesco, por peligro de derrumbe.
Sonreí.
Nana puso el plato con mi desayuno frente a mí, y una mano sobre mi hombro.
—Esos Montesco tienen lo que se merecen —soltó evitando mencionar que el hotel de mi padre, también había sido cerrado.
Los Montesco y los Capuleto —pensé.
A los dos segundos llamó mi papá para gritarme y ordenarme que me ocupara al instante de buscar a una empresa que acabara con las ratas. Con voz calma le prometí que me encargaría de buscar un buen presupuesto.
Pasé toda la mañana haciendo tiempo frente al ordenador de mi oficina, consultando empresas de fumigación y afines, sin apuro alguno.
Contraté una después de regresar de un almuerzo de trabajo, a las cuatro y media de la tarde.
Los de la compañía me dijeron que intentaría presentarse al día siguiente.
Yo no tenía prisa alguna.
Le envié un mensaje a Romeo para preguntarle si estaba libre.
Él primero me contestó con un emoji de carita triste y luego…

Había olvidado que era cumpleaños de la hermana de mi papá.
Tengo fiesta grande.
Intentaré escaparme temprano.
Esto de no verte me mata.

Leí su mensaje tres veces, quedándome con sus últimas palabras.

Tranquilo, nos vemos mañana.
También te extraño.

Su respuesta tardó en llegar.

Odio esto todavía más porque ahora, además de todo, me impide verte.
Intentaré llamarte en la mañana para que arreglemos.

Le contesté que así quedábamos y que disfrutara de su fiesta.
En cuanto envié el mensaje, por el otro móvil me llamo Rosalina, las chicas habían quedado para

verse en el Verona. No era que muriese de ganas de ir pero acepté porque entendía que no me haría ningún favor quedarme en mi piso encerrada corriendo el riesgo de ser interceptada allí por Paris.
Salí de la oficina temprano y fui a casa a prepararme para mi salida nocturna.
Todavía estaba en bata cuando Romeo me envió una fotografía suya diciéndome que luego de verla, la borrara.
Era una fotografía de él, frente al espejo del que debía ser su enorme vestidor, trajeado de gala. El muy jodido era un diamante negro, magnífico, y un tanto rebelde porque a pesar de la elegancia, en vez de peinar su cabello, se lo había recogido en la media coleta que llevaba últimamente.
Alguien podría pensar que le hacía falta un corte de cabello pero para mí, lucía simplemente increíble.
Si bien él no necesitaba que nadie le inflara el ego, le escribí diciéndole que se veía arrebatadoramente guapo.
Le conté que también iba de salida, a donde y con quienes.
De inmediato me pidió una foto.
Le contesté que aún no me vestía y él me contestó que quería una foto de mí no llevando nada.
Le respondí que ni soñara con eso.
Romeo me contestó que necesitaba una foto mía para hacerse una paja luego.

Que te jodan, Montesco.
Te aguantas hasta que volvamos a estar juntos.

Su respuesta fueron todas carcajadas y luego, que lo pasara bien y tuviera mucho cuidado. Insistió en que lo llamara si lo necesitaba.
Se despidió de mí y lo dejé ir.
Me dio pena borrar su fotografía pero no podía arriesgarme.
Terminé de arreglarme y salí a disfrutar de mi noche.
Creí que no lo pasaría bien pero estaba tan contenta por lo sucedido durante los últimos días con Romeo, con el hotel de su padre y del mío, que acabé divirtiéndome a lo grande y bebiendo un poco de más también.

VIII
Plaga.

Mis sienes palpitaban, podía sentir el flujo entrecortado y pesado del circular de la sangre dentro de mi cabeza así como un redoble de tambor.
De nada sirvió vomitar, tampoco el paracetamol, el café o el batido que supuestamente sería para desintoxicar, que comprara luego de pasar a buscar a Darío por su piso, la resaca no quería dejarme. Tampoco ayudaba que apenas hubiese dormido tres horas, nada más, para que me despertaran con un llamado que no traía buenas noticias.
Lo único bueno de mi despertar fue que vi en mi otro móvil, un mensaje de ella, en el que me avisaba que iba a visitar a su hermano, pasaría el resto del día con él y me proponía que si yo quería, podríamos vernos más tarde en la noche, después de cenar.
Verme con ella era mi incentivo para soportar lo que sabía que estaba a punto de venir, lo que no sería ni remotamente bueno. El llamado había sido de uno de mis hombres para ponerme al tanto

de que Teo Capuleto fuera visto rondando por nuestra zona en calles próximas a nuestras playas. Teo iba en un vehículo acompañado de tres de sus secuaces, seguidos por dos de sus hombres en moto. Según me contaran, Teo tenía más de una hora dando vueltas por el barrio sin más, solamente provocando, estimé. Mis hombres estuvieron siguiéndolo, le hicieron notar su presencia y el hecho de que fuera detectado rodado por nuestras calles; por lo visto Teo no había entendido el mensaje y aún seguía allí. Cuando mi hombre llamó fue para pedirme permiso para disparar. Le respondí que no con un grito que lo sorprendió, muy probablemente más que nada, porque mi antiguo yo no hubiese puesto peros a la posibilidad de deshacerme de Teo Capuleto con la excusa perfecta a mano; nosotros no entrabamos en su territorio, ellos no entraban en el nuestro; parte del aquel acuerdo tácito era el de tomar medidas ante la transgresión y ninguna de las partes tenía derecho a quejarse o a reclamar resarcimiento alguno si al invasor se le ponían los puntos, acabando con su vida. Aún así, si mis hombres le disparaban a Teo, dadas las circunstancias, el plan que teníamos con Julieta, se complicaría mucho de llevar a cabo. Teo era el favorito de su tío, primero que nada porque no tenía cerebro y lo obedecía sin protestar, segundo, porque era tan sanguinario y salvaje como él.

Como fuera, yo no podía darme el lujo de permitir que una guerra semejante estallara frente a mi nariz, no si podía evitarlo.

Con Darío en el asiento del acompañante, toqueteando sus armas cada diez segundos, iba de camino a intentar convencer a Teo de que se largara de regreso a su territorio.

—Joder, debiste permitir que le dispararan y ya. El sol y el calor está matándome —se quejó Darío.

—Sube el aire acondicionado.

Darío giró su rostro en mi dirección; con un dedo deslizó hacia abajo por el puente de su nariz, sus anteojos de sol, y me miró mal.

—No es ese el punto, el punto es la resaca, que dormí una hora y que pretendía follar cuando me levantara. ¿Te dije que la mujer con la que estaba tenía unas tetas de puta madre? Esperaba que me follara otra vez con sus tetas más tarde.

—Es la tercera vez que me lo reclamas.

Sí, lo había sacado de la cama a la que se fuera con la hija de una amiga de mi tía. Su nombre era Lamia y de hecho, mi polla había estado entre sus tetas más de una vez. Ella me saludó afectuosamente, tal vez demasiado afectuosamente, cuando bajó con Darío al cabo de que yo los esperara más de quince minutos en la vereda, junto a mi coche. A Darío no se le pasó por alto que ella besó mis labios y tal vez escuchó que me pidió que la llamara uno de estos días.

—Lo siento —me disculpé.

Darío empujó sus gafas de sol hacia arriba otra vez.

—Me lo debes. Tomé algo cuando llegamos a mi piso, no sé qué mierda era, ella me lo dio. Me puso como una máquina y tengo la sensación de que todavía no se me pasa el efecto. Tengo la impresión de que se me pondrá dura otra vez de un momento a otro. Admito que también me excita mucho la idea de volarle la cabeza a Teo Capuleto.

Bilis trepó por mi garganta.

—Mataré al desgraciado y llamaré a Lamia para que pase el resto del día conmigo, follando y festejando que esa rata Capuleto pasó a mejor vida.

—Dejarás tu arma guardada; ambas. Yo me encargo de resolver esto.

—Sí, imagino las ganas que tendrás de ser tú el que le ponga el punto final a su patética existencia. No sé qué pretendía Capuleto al enviarlo aquí; evidentemente no sopesó bien las posibles consecuencias.

—Haremos que se largue.
—¡Al infierno!
—Darío, la situación no está para eso.
—Invadió nuestro territorio, tenemos todo el derecho.
—Si nos ponemos de culo con la policía… —me detuve—. No quiero generar problemas innecesarios con el gobierno de la ciudad, necesitamos que nos den el permiso de reabrir el hotel lo antes posible —mentí.
—¡A la mierda con el hotel! Que permanezca cerrado unos días más, unos días menos, no hace diferencia. Hace toda la diferencia borrar del mapa al Teo Capuleto. El muy jodido se ha llevado a muchos de los nuestros. Es hora de tomarnos revancha. Lo mataremos y a todos los que están con él.
—Hoy no morirá nadie, Darío. Haremos que se largue y luego tú te vas a buscar a Lamía y yo me iré a casa a dormir.
—Romeo —entonó quejumbroso.
—Hablo en serio. Si lo matamos, no acabará aquí.
—No, ese es el punto. Que nos jodan y tendremos todavía más motivo de acabar con todos ellos. Es hora de que eliminemos a los putos Capuleto de una vez. Después de todo, su imperio ya está cayéndose a pedazos.
A él por lo pronto, no le importaba saber que nuestros números a pesar de todo, tampoco iban tan bien. Si todo seguía según lo planeaba, pronto comenzaría a experimentar las consecuencias; mi padre no podría guardar el secreto por siempre y de a poco, necesitaría más y más de nuestro misterioso socio inversor, el cual aún no le presentaba, mi padre había vuelto a recodármelo anoche durante la fiesta cuando nos quedamos a solas después de estar conversando con unos amigos de la familia, sobre los futuros proyectos de las empresas Montesco. Por suerte, mi padre estaba lo suficientemente bebido y alegre, como para no ponerse pesado con el tema, no de un modo agresivo al menos.
Me limité a mirarlo.
—Romeo, en serio, ¿qué tienes hoy? ¿Acaso no te das cuenta de que esta es la oportunidad perfecta? Empezaremos por Teo Capuleto, luego Julieta —Darío se interrumpió en seco cuando yo sin querer, siendo pura reacción, puro instinto, pisé el freno. De no llevar lo dos los cinturones de seguridad puestos, habríamos acabado contra el interior de la luneta frontal.
El motor del coche se paró ahogado por la brusquedad de mi reacción y quien venía detrás de nosotros, tocó bocina.
—¡¿Romeo?! —se quejó masajeándose el hombro—. ¿Qué carajo sucede contigo?
—Sucede que no entiendes que quien da las ordenes aquí, soy yo —solté por no saber qué más decir. Al menos así, actuaba como era de esperarse de Romeo Montesco—. Si digo que hoy no muere nadie, es que hoy no muere nadie—. Quise poner el motor en marcha y no pude. Volvieron a tocar bocina por detrás de mí—. El que da aquí las putas órdenes, soy yo—. Logré poner el moto en marcha y poner primera. El coche que venía por detrás del mío me rebasó, tocando más bocina, supe que me insultaba así por casi llevarlo a una colisión—. No mataremos a nadie, tú no dispararas y sí, arruinaremos a los Capuleto, los dejaremos sin nada y los obligaremos a vivir para presenciar lo que hemos hecho de ellos —solté esperando que con eso, fuese suficiente.
Darío subió los gafas de sol a lo alto de su cabeza sin quitarme la mirada de encima.
—Los quiero de testigos de su derrota —añadí con mi corazón desbocado. Estaba tan jodidamente nervioso por todo. Y por sobre todo, tan deseoso de hablar con ella, de tenerla otra

vez en mis brazos, de decirle y hacerle saber que yo aún era ese adolescente que en silencio era su cómplice y que como nada en el mundo, deseaba ser su amigo.
La otra noche había sido simplemente perfecto y al mismo tiempo, era consciente de que fuera solamente el comienzo; un comienzo que auguraba cosas buenas entre nosotros, las mejores. En serio estaba convencido de que entre los dos, podíamos arreglar el mundo. Estar junto a ella me hacía sentir capaz de cualquier cosa y yo estaba decidido a hacer todo lo que hiciese falta por ella, por nosotros, por su hermano y por acabar con esta mierda sin sentido.
—No se librarán de ver su imperio caerse a pedazos —rematé y eso pareció satisfacerlo.
—Bien, entiendo —me dijo en voz baja, un instante después—. No les quedará más remedio que largarse de la ciudad con el rabo entre las patas.
—Esa el la idea —medio gruñí, mintiendo, sintiéndome cada vez más lejos de él.
Una vez, antes de comenzar con esto, en un arranque de sinceridad y necesidad de descargarme, esperando que quien yo sentía mi hermano, pudiese comprender lo que experimentaba, le conté que estaba harto de la guerra entre mi familia y la de Julieta y le dije que estaba seguro de que Julieta en el fondo, tampoco debería querer esto, Darío me soltó que seguro Julieta pondría una bala en mi cabeza ante la primer oportunidad y que la paz entre los Montesco jamás sería posible. Según él, la guerra no acabaría hasta que una de las dos familias se extinguiera, para él, mi deber era encargarme de eliminarnos para que así, mi padre estuviese orgulloso de mí.
Por lo visto, pese al paso de los años, Darío continuaba pensando del mismo modo.
¿Cómo era posible que aun no le asqueara toda la sangre que se pegoteara en nuestras manos con el correr del tiempo? ¿Cómo podía ser que no se hartara de vivir en guerra y odiando?
Darío me palmeó el hombro derecho y su mano se quedó allí. Supe que no había terminado.
—Igual, sería tonto permitirles la oportunidad de rearmarse y regresar. Tarde o temprano tendremos que mátalos a todos. Incluso al desgraciado de Yago Capuleto.
Ácido trepó por mi garganta otra vez.
—Anda, admite que te gustaría matarla. La cantidad de veces que te ha despreciado, que ha mirado en tu dirección como si no fueses nada. Se la da de niña perfecta y no es más que una puta cara.
No, Romeo, no —me frené a mí mismo sujetándome con fuerza del volante. Si soltaba mis manos de allí o bien le lanzaría un puñetazo y lo acogotaría.
Las llamas de furia que nacieran en mi pecho, subieron por mi cuello en forma de un calor abrazador que rogué porque no alcanzara mi rostro, no quería que Darío notase mi enojo.
—Escuché decir que se acuesta con uno de los porteros del hotel en el que vive.
A mis oídos también llegara ese estúpido comentario y hacia un tiempo que sabía que no era así, el sujeto era gay. Julieta y el sujeto solamente eran amigos. Ella lo había ayudado a salir adelante sin pedir nada a cambio.
Sí descubrí que se había tirado más de una vez, a uno de los barman del Verona pero quien carajo era yo para acusarla por tener sexo. Julieta era libre de hacer la vida que quisiera así como yo lo fuera, como Darío lo era. Lo único que esperaba era que así como me sucedía a mí ahora que estábamos juntos, era que ella no quisiese tirarse a nadie más, en verdad había soñado con la monogamia a su lado.
Procuré no escucharlo más.
—En fin, que tiene bueno puntería pero eso no la salvará de lo que se le viene encima a ella y a su familia.
No respondí nada, no tenía caso.
Entre el tránsito, me pareció divisar el coche de mis hombres, estacionado en la ochava.

—Allí están —me avisó Darío apuntando en dirección al coche.
Entre el tránsito, me aproximé al cordón de la vereda para detenerme en doble fila, casi llegando a la esquina. Gaviola que era el líder del grupo, bajó del coche y se aproximó a mi ventanilla, la cual yo bajé.
—Señor Montesco, buenas tardes.
—Sí, buenas —resoplé—. ¿Dónde está? ¿Se ha ido?
Gaviola negó con la cabeza.
—Nuestra gente lo siguió hasta la playa, esta a la altura del parador dieciocho.
—Eso es a dos calles de aquí.
—Sí, señor —confirmó—. Está allí con sus hombres, en la playa.
Me quedé viéndolo. ¿En serio? ¿Qué carajo pretendía Teo bajando a nuestras playas?
—Dejaron sus coches y motos estacionadas de frente al mar como si nada y bajaron a la playa, me avisaron hace tan solo un instante que están allí en el parador, comiendo y bebiendo. Como usted indicó, le ordené a nuestros hombres que no hicieran contacto pero están allí vigilado. Esta es nuestra parte de la ciudad, es nuestra gente y estamos aquí para protegerlos. Le pedí a uno de mis hombres que fuera hasta al parador y le avisara al dueño que usted estaba en camino. Ellos por supuesto no quieren a los Capuleto allí.
—¿Han estado tranquilos?
—Hasta ahora, señor, pero el clima está tenso. Mucha gente los reconoció y no los quieren allí. Creo que debería ir cuanto antes, dudo que aquello vaya a acabar bien. Los muy malditos se han buscado la que les caerá encima.
Apreté los dientes e inspiré hondo.
Le rogué a Dios y a la Virgen para que me permitiese que esto saliese bien.
—Ok, Gaviola. Vamos para allí, síganme. Repítele a tus hombres que no saquen sus armas, nadie desenfundará una espada hasta que yo lo ordene.
Gaviola me sonrió.
—Desde luego, señor. Como usted ordene.
—Anda. Súbete a tu coche. Vayamos a sacar a esos Capuleto de nuestra playa —solté porque eso se esperaba de mí.
—Esos putos Capuleto —murmuró Darío entre dientes.
Mantuve mis labios sellados sin perder de vista a Gaviola mientras juntaba a sus hombres, los cuales estaban reunidos en la esquina y les ordenaba subir al vehículo.
Su conductor entró y él se subió por el lado del acompañante; los otros dos, atrás.
Agradecí que Julieta hubiese sacado a pasear a su hermano y le rogué a Dios que si esto pasaba a mayores y su padre la llamaba para ponerse en acción, ella no escuchara su móvil.
Puse la luz de giro y arranqué, doblando hacia la derecha rumbo a la playa cuyo horizonte divisé de inmediato. El coche de mis hombres se pegó a mi cola.
Vi que Darío volvía a toquetear sus armas.
—Darío —lo llamé al tiempo que él volvía a acomodar los anteojos sobre su nariz.
—¿Qué?
—Hace buen día, la playa ha de estar llena de gente.
—En toda guerra mueren civiles —me contestó—. Y lo que hacemos, lo hacemos por ellos.
Mi piel se heló y no por culpa del aire acondicionado sino por su frialdad, por lo profundo del lavado de cerebro que mi familia pusiera en él.
Lo vi, en efecto, la franja de arena estaba en extremo concurrida.
—Carajo —rezongué buscando donde estacionar.

Los Capuleto habían dejado sus coches de cara a la playa, estacionados sobre el lado de la cinta de arena de la avenida, a nosotros nos tocaba aparcar del lado de los altos y elegantes edificios de la zona.
Encontré un sitio. Mis hombres se detuvieron detrás de mí.
Fue involuntario, porque en efecto, en el fondo, tenía miedo. Toqué mi arma, deseoso de quitarle el seguro. No lo hice, debía contenerme; casi seguro que Teo estaba aquí solamente para provocar, para fastidiarnos el día, para joder nuestro descanso porque sabía que toda la familia Montesco estuviera de fiesta hasta bien entrada la mañana, porque debía tener muy en claro que la mayoría de nuestra gente debió pasar parte de la noche, cuidando de la familia.
No necesité decirle que bajara.
Darío salió dando un portazo.
Parpadeé a toda prisa terminando de reaccionar.
Salí y de inmediato, Gaviola y sus hombres llegaron a mí. Darío rodeó el coche por el frente, llegando por mi derecha.
—Ustedes quédense fuera del parador, entraré solo.
—¿Señor?
—Aguardarán a mi señal. No vamos a provocarlos. Hay niños en esa playa—. Y me parecía ver niños comiendo en el parador también. Familias. Se notaba que la primavera más que nada, se encontraba muy próxima al verano.
—Claro, señor, como usted diga.
—Yo voy contigo —me dijo Darío.
Supe que no me permitiría moverme sin él.
Asentí con la cabeza. En cuanto nos encontrásemos lejos de los oídos del resto de mis hombres le repetiría que ni se le ocurriese disparar si yo no le daba la orden.
—Andando —ladré y todo el grupo avanzó conmigo, cruzando por mitad de la calle, aprovechado que el semáforo estaba cortado.
Nos movimos entre los coches detenidos, con muchos conductores reconociendo nuestra presencia, nuestros rostros. Divisé un par de caras de terror. Supuse que estarían rogando que el semáforo se pusiese en verde otra vez para evitar quedar enredados en lo que fuera que estuviese a punto de suceder a continuación.
—Voy a quedarme con su puta moto —le escuché decir a uno de los hombres de Gaviola cuando pasamos por delante del coche de Teo el cual era tan chabacano, absurdo y salvaje como él, una bestia modificada con caños de escape que hacían un ruido infernal y un color verde ácido que hería la vista, todavía más, bajo un sol rajante como el que ardía sobre nuestras cabezas en este instante.
Me maldije a mí mismo por haber bebido tanto en la fiesta.
Y me odié por haber escogido un traje gris oscuro el cual parecía absorber todo el sol y el calor de la tarde. Sobre de mi espalda, húmeda en sudor, se me pegó la camisa y sentí que en la sobaquera llevaba un yunque, no mi arma.
Entré a la playa por el camino de cemento que dirigía al parador, con Darío a mi lado y mis hombres siguiéndonos.
Darío tuvo que ponerse por detrás de mí un instante para dejar pasar a las dos mujeres que avanzaban en sentido contrario, una de ellas se apartó, la que iba en silencio, la otra que hablaba sin parar pasó por mi lado sin notarme, la otra… su mueca lo dijo todo, se puso pálida y sus mejillas cayeron.
Al cabo de dejarnos atrás, le escuché decirle a su compañera que apurara el paso.

Darío regresó a mi lado, resoplando una risa.
—Mañana saldremos en las noticias.
—Darío, no me jodas, en serio, esto no es divertido. Hay niños allí. Tu puta arma se queda donde está, ¿entendido?
Me miró mal.
—¿Entendido?
Sacudió la cabeza contestándome que sí.
Pasé junto al cartel que daba la bienvenida al parador.
—Hasta aquí, Gaviola —ladré.
Escuché que sus hombres y él, se quedaban atrás.
Continuamos avanzando por el camino, ya con mesas rodeándonos. Parte de la concurrencia allí reunida, reparó en nosotros, parte siguió alegremente con lo suyo.
Divise el cabello rubio oscuro del primo de Julieta. Teo estaba en la barra del parador, rodeado de sus cinco hombres, bebían cerveza y comían patatas fritas como si nada.
Teo estalló en una carcajada e inclinándose hacia delante, golpeó la barra con las palmas de sus manos, riendo una y otra vez.
Por una puerta lateral del parador que vi daba a la cocina, apareció el dueño del lugar, el sujeto lucía entre compungido y asustado.
Le hice una mueca intentando tranquilizarlo.
El sujeto se metió dentro y cerró la puerta.
A metro y medio de llegar a la espalda de Teo, uno de sus hombres espió hacia atrás y me vio. Teo aún reía.
—Montesco —entonó el sujeto. Teo no lo escucho—. Montesco —repitió alzando la voz y esta vez, Teo si lo oyó, también muchos de los que ocupaban las mesas más próximas.
Teo antes de darse la vuelta, recogió su vaso de cerveza. Con este en mano, giró un poco sobre su asiento bajando solamente su pierna izquierda al suelo. La otra se quedó apuntalada en el travesaño del banco.
Todos sus hombres se volvieron en nuestra dirección.
Odie que tuviese el mismo color de ojos que Julieta también.
—Romeo Montesco —canturreó sonriéndome.
—Hola, Teo.
—Estaba esperándote.
—Sí, me lo imaginaba. Ya me has visto, puedes irte ahora. La cerveza y las patatas fritas corren por mi cuenta. Fue bueno verte. Hasta nunca.
Teo sonrió.
—Gracias por invitar, creo que mis chicos y yo, pediremos otra ronda—. Teo alzó el vaso hasta sus labios y bebió enfrentándome. No bajó el vaso hasta que acabó, viéndome, desafiándome.
Darío a mi lado, se removió inquieto.
Teo bajó el vaso y a la barra sin terminar de darme la espalda. Eructó estruendosamente.
—Otra —le pidió al sujeto que estaba al otro lado de la barra.
—No, el señor Capuleto irá a beber a otro sitio —le dije al empleado—. Pero igualmente, gracias por tu atención.
La mirada de Teo apenas si me rozó y luego fue a concentrarse en el empleado.
—Ponme otra.
El pobre sujeto no supo qué hacer.
Buscó mi mirada.

Negué con la cabeza y él prácticamente salió corriendo hacia la cocina.
—No, no, no, no, qué decepción. Qué mal servicio tienen aquí —rezongó Teo volviéndose en mi dirección otra vez.
—Teo, vete. Sal de aquí y llévate a tus hombres contigo. Están en el lado errado de la ciudad y lo sabes.
—Lo que yo sé es que estoy harto de escuchar nombrar el apellido Montesco.
—Teo, simplemente lárgate. Este no es sitio para discutir, hay familias aquí. Sí quieres —no me permitió seguir.
—Son tu gente, tus niños, no los míos.
—Teo, te lo pido amablemente. Por favor, recoge a tu gente y sal de mi playa.
—¿Tu playa? —rió—. Yo diría que es playa de tu padre. Tú no tienes nada, jamás te habrías ganado nada por tu cuenta, eres un inútil. Anda niño bonito y lárgate por donde llegaste.
—Teo, vete.
—No iré a ninguna parte, quiero otra cerveza.
—Te enviaré un camión de tu cerveza favorita, a tu casa. Tan solo vete.
Teo se carcajeó en mi cara.
—¿Qué te pasa, Romeo, tienes miedo?
—Vete, rata —soltó Darío.
Teo bajó el otro pie al piso y todos sus hombres se pusieron en pie con él al instante. La brisa de mar que nos rodeaba, se cargó de tensión al instante.
—¿Disculpa? ¿A quién mierda llamaste rata, maricón de mierda? ¿Se la chupaste a Romeo antes de salir?
Darío dio un paso al frente. Lo frené de inmediato atravesando mi brazo frente a su pecho.
—¡No! —ordené.
—¿O será que le permitiste que te la meta por el culo?
—Pedazo de miera voy a…
—¡Basta, Darío!
Mi orden provocó una carcajada en la garganta de Teo.
—Teo, lárgate de una puta vez. Estoy intentando ser civilizado contigo. Sabes que estás en mi territorio y que esto no acabará bien. El resto de mis hombres se quedaron en la entrada del parador y tengo más gente en la playa. Los sobrepasamos en número por mucho. Tan solo recoge a los tuyos y vete.
—No se me antoja.
—Teo, vete ahora mismo —ordené plantándome firme.
—¿O qué? —resopló viéndome con desdén en la mirada.
Escuché que a mi derecha, las personas que ocupaban la mesa más próxima, se levantaban.
Teo registró el movimiento y sonrió.
—Tu gente es tan cobarde como tú.
—Son civiles, Teo. Dejemos esto para otro día, para otro sitio.
—No, será aquí y ahora.
Los de la mesa a nuestra izquierda también se levantaron y alejaron.
Gente de la barra también se fue y el resto de los empleados se movieron, algunos buscando refugio, otros apartando a los comensales.
Teo sonrió complacido.
—Teo, por favor, vete. Sabes que si hacemos algo, nadie nos lo reprochará, estás en mi lado de la ciudad. No compliquemos las cosas.

—Le prometí a mi tío que la ciudad seria toda suya.
—No debiste prometer algo que no puedes cumplir.
Reaccioné ante su movimiento. Su arma y la mía quedaron expuestas al ardiente sol de la tarde al mismo tiempo. No fuimos los únicos en desenfundar, Darío a mi lado, sacó su arma y apuntó en dirección a Teo. Los hombres de Teo me apuntaban a mí en su mayoría.
Así como nosotros reaccionamos, también los presentes en el puesto. Hubo gritos, sillas caídas, corridas. Vi a un par de personas esconderse debajo de sus mesas. Escuché pasos por detrás de mí y más seguros siendo liberados. Gaviola y sus hombres estaban tras de mí. La mueca de preocupación en el rostro de Teo terminó de poner en evidencia la llegada de mis hombres.
—Vete, Teo. Lárgate ahora y nadie saldará herido.
Teo en vez de bajar su arma dio un paso en mi dirección apuntando a mi cabeza. Darío fue a reaccionar.
—No —gruñí entre dientes—. No derramaremos sangre.
—Romeo —se quejó Darío.
—¿Qué pasa, perrito, tu correa no permite que te muevas? —se burló Teo.
Vi el arma de Darío temblar en su mano.
—¿Cómo pude ser que cayeras tan bajo? Ya entiendo el porqué de la vergüenza de Paris al hablar de ti. Tu padre y tú no son más que sanguijuelas chupasangre que no serían nada de no ser por su familia —Teo sacudió el cañón de su arma a centímetros de mi frente—. Escogiste la familia incorrecta, Darío y pronto terminarás de darte cuenta de tu error.
—Teo cierra la puta boca y vete.
—¿Te deja follarlo? —me preguntó a mí.
—He dicho que te largues.
—Siempre he creído que sus mujeres no son más que una fachada. Muchas de ellas comentan por ahí que cuesta que se le ponga dura. ¿Dime, cuando está contigo se excita de verdad, no es así?
—¡Jodido, cabrón de mierda! —ladró Darío.
Vi la mirada de Teo trastocarse por el insulto y el brazo de Darío, listo para disparar.
No necesité pesarlo dos veces, de inmediato me interpuse entre Darío y Teo.
Todas las armas acabaron apuntando en mi dirección.
Alcé la mía junto con mi mano izquierda.
—Paz, Teo, tan solo vete. Tú no quieres esto.
—Estás equivocado. Claro que sí. Voy a matarte a ti y luego a ese chupa pollas que se esconde por detrás de ti. ¿Dime, Darío, te gusta cuando se corre en tu boca?, seguro que te lo tragas todo y te relames para no perder ni una gota.
—¡No! —estallé al percibir el movimiento por detrás de mí. Forcejeé con Darío y Teo se nos vino encima.
Sonaron dos disparos al mismo tiempo. El mundo pareció detenerse y mi cerebro quedó completamente incapacitado para leer la situación. Siquiera podía recordar si había apretado mi gatillo. Esperé sentir el dolor, el ardor de la entrada de la bala en mí. Eso no sucedió. En vez de mi quejido de dolor sonó el de una voz familiar.
—Mierda —jadeó Darío.
Me di la vuelta al tiempo que los hombres de Gaviola se cerraban alrededor de los de Teo.
—¡Todos quietos o no salen vivos! —gritó Gaviola.
Lo segundo que vi fue la frente de Darío, perlada en sudor y atravesada por profundas arrugas.
—Darío —su nombre se me escapó en lo que creí que era mi último aliento. Mi mirada bajó por

su rostro registrando sus labios tensados de dolor; su cuello con las venas marcadas. Su pecho subiendo y bajando, y finalmente, sus dos manos sobre su abdomen, en su lado izquierdo. Sangre rezumaba por entre sus dedos—. No debiste —fue lo único que conseguí decir.
Darío me miró en silencio, con su mirada acuosa que casi de inmediato, dejó ir una lágrima.
—Debiste dejarme disparar.
—Darío…
—El desgraciado podría estar muerto ahora.
Y sin embargo, ahora era él el que tenía una bala en su cuerpo.
—Te dije que no quería que ni un sola gota de sangre corriese hoy.
Su entrecejo se frunció de furia y su mirada fue puro fuego, fuego dedicado a mí.
Darío retrocedió un paso torpe, alejándose de mí para apartar las manos ensangrentadas de su vientre y enseñármelas.
—¿Preferías mi sangre a la suya?
Se me revolvieron las tripas del asco, no por su sangre sino por sus palabras, por toda la situación. Por toda esta mierda.
—No, desde luego que no. Darío…
—¡Estúpido! —me gritó.
—Darío —di un paso para recuperar la proximidad entre nosotros y él volvió a alejarse para acabar chocando contra una mesa, por poco y termina de perder la estabilidad. Se sujetó de la mesa que se tambaleó, con una mano y con la otra, se cubrió la herida, su camisa celeste claro tenía un gran manchón rojo que se esparcía por sus pantalones oscuros.
—Necio —escupió sobre mí, demostrándome su enojo.
—Tenemos que buscarte un médico.
—Eres tan necio —rió—. Él podía estar muerto. Si me hubieses permitido matarlo, tu padre estaría orgulloso de mí pero por supuesto —sus rostro se contrajo de dolor. Soltó la mesa y se agarró el abdomen apretando los parpados. Me lancé hacia él y Darío me tiró un manotazo con el que me apartó. Su mano pegajosa de sangre dejó una marca en la mía que incluso antes de verla, con solo sentirla, me revolvió las tripas. Yo no solía ser susceptible a la sangre, sí a la suya, si a esta situación y sus palabras.
—Idiota. Para ti es fácil —gruñó en mi dirección, mitad resoplando las palabras.
—Darío, ¿qué dices? Anda, permíteme llevarte con un médico—. Quise alcanzarlo otra vez y él alzó en mi dirección su mano y su arma empapadas de sangre. Su cañón apunaba en dirección a mi cabeza.
—Tú nunca jamás has logrado comprender lo que tienes.
—¿Lo que tengo? —jadeé no pudiendo creer lo que me decía. Cómo si no supiese de mi padre, de mi vida. ¡¿Lo que tenía?! Yo no tenía nada más que cosas y si hubo un tiempo en el que creí que nos teníamos como amigos y hermanos…
—¡Una plaga sobre sus dos casas! —gritó con su arma temblando frente a mi cabeza—. Malditas sus familias. Todos los Montesco y los Capuleto arderán en el Infierno.
—Darío, baja el arma, buscaremos un médico.
Darío volvió a encogerse sobre su abdomen para a continuación toser y escupir ante mis pies y sobre mis zapatos.
Sangre.
Alcé la vista y vi un delgado hilo rojo mezclado con saliva que pendía de su labio.
Su rostro se había puesto pálido y el brillo sobre su piel, nada tenía de saludable.
—Darío.

—¡Maldigo a sus familias! —gritó y volvió a darle un ataque de tos. Quiso moverse hacia atrás y tropezó. Chocó contra una silla que volcó.
Quise acercármele y él disparó a mis pies.
De refilón vi a Gaviola apuntarle.
—¡No!, ¿qué mierda haces?!
—Mi deber es defenderlo, señor —me contestó.
—Así como era el mío —acotó Darío—. Morirás —le aseguró a Gaviola—. Todos ellos están malditos.
—Hermano…
—¡Jamás he sido tu hermano! —berreó y por culpa del esfuerzo, su cuerpo se quedó si energía para nada más. Las rodillas le fallaron.
—¡Llamen a una ambulancia! ¡Necesito una ambulancia aquí, ahora! —bramé lanzándome sobre Darío quien intentó volver a apuntarme. Le arrebaté el arma de la mano y la lancé a un lado.
Guardé la mía en la cartuchera y recogí su rostro en mis manos.
Darío me miró.
—Te dije que nadie moriría hoy. Nadie morirá hoy.
—Estúpido —rio Darío con lo que le quedaba de voz.
—Ayúdenme a levantarlo —ordené.
Gaviola le indicó a dos de sus hombres que levantaran a Darío del suelo y me preguntó que hacía con Teo.
Giré sobre mis rodillas con Darío todavía en mis manos.
—Tus hombres y tú pueden largarse ahora.
—¡Señor! —estalló Gaviola.
—¡Cierra la boca! —le ordené. Lo que menos se me antojaba era que cuestionase mi posición. Gaviola retrocedió—. Más te vale que ores para que se recupere pronto —amenacé a Teo—, o de otro modo, me convertiré en el demonio que atormente todas tus noches, maldito Capuleto. ¡Lárgate! ¡Lárguense todos de mi playa, ahora!
Teo no despegó su mirada de la mía y de hecho, me pareció notarlo asustado, como si ya estuviese arrepintiéndose de lo que acabara de suceder. Si se movió de su sitio, fue porque uno de sus hombres lo tomó por los hombros y lo empujó.
Los demás lo rodearon para convertirse en un escudo humano a su alrededor.
Así lo sacaron del parador mientras la sirena de la ambulancia comenzaba a escucharse.
Levantamos a Darío del suelo y con una de mis manos en la herida, lo sacamos de allí.
Conmigo no pudiendo creer que esto estuviese sucediendo, anduvimos por el camino hacia la calle.
Le juré una y otra vez que nadie moriría aquella tarde.
La ambulancia apareció frente a nosotros. Me lo quitaron de las manos pero al menos, me permitieron subir a la ambulancia con él.
Los vi ponerle una vía, inyectarle cosas. Cubrir su boca y nariz con una mascarilla.
Los vi hablarle.
Darío no respondió.
El enfermero lo sacudió.
El medico fue a tomarle el pulso.
Lo siguiente que supe fue que le hacían resucitación.
Los vi intentarlo igual que si estuviese viendo una película.
Le inyectaron más cosas, su cuerpo se estremeció ante las descargas eléctricas.

Volvieron a intentarlo una y otra vez.
En nada llegamos al hospital y al mismo tiempo, pareció transcurrir una eternidad.
Bajaron la camilla de Darío con el médico todavía sobre ésta, con sus manos en el pecho de mi amigo, intentándolo.
Alguien vino a sacarme de la ambulancia y llamándome por mi nombre me peguntó si estaba herido.
Le contesté que no, de cualquier modo me guiaron hasta un cubículo de emergencias sin responder cuando les pregunté sobre Darío. Allí me dejaron solo, sentado en una camilla en su sangre en mis manos y mi ropa, al cabo de correr la cortina para darme intimidad.
Perdí el control de mi cuerpo, el cual se puso a temblar.
Darío…
Su cuerpo no reaccionaba.
Darío no podía estar muerto. Le había jurado que nadie moriría hoy.
Le había fallado, mentido.
Permití que Teo le disparara.
No le permití disparar.
Todo era mi culpa.
Mi culpa.
Si Darío moría sería mi culpa, no de Teo.
Mi estómago dio un vuelco, iba a vomitar.
Bajé de la camilla mareado, con todo poniéndose blanco a mi alrededor, llenándose de chispas de luz que me enceguecían.
En ese exacto momento apareció alguien que en un brusco pero rápido movimiento puso en mis manos algo de plástico dentro de lo cual vomité lo poco que tenía en el estómago.
Ese alguien resultó ser un enfermero que me ayudó a regresar a la camilla y me quitó aquella cosa de las manos para bajarla al suelo.
Solamente atiné a decirle que estaba mareado.
Él me hizo bajar la cabeza entre las piernas y me ayudó sosteniéndome.
Luego me incorporó y me tomó la presión, la cual estaba baja. Revisó el resto de mis signos vitales. Salvo mi pulso desbocado, todo era normal.
En cuanto me recuperé un poco, le pregunté por Darío y él me dijo que no sabía nada. Él también, llamándome por mi apellido, el cual yo en ningún momento diera, me pidió que me quedara recostado mientras iba a averiguar.
Se fue cerrando la cortina otra vez por detrás de él.
Con manos temblorosas, saqué mi móvil, no el que todos conocían sino el otro.
Busqué su número y llamé.
Me saltó el buzón de voz.
Llamé otra vez y lo mismo.
Lo intenté dos veces más odiándome por insistir en interrumpir su tarde con su hermano.
Volvió a saltar el buzón de voz.
—Soy yo, estoy en el hospital. Sucedió —perdí la voz—. Teo apareció en una de nuestras playas —mi voz se quebró porque así estaba mi pecho al revivir la visión de Darío con sus manos ensangrentadas—. Intenté hacer que se fuera. Se lo rogué —las primeras lágrimas se me escaparon—. Le pedí por favor que se fuera. No quería más sangre, no quiero más sangre. Darío estaba conmigo, Julieta. Antes de entrar le di ordenes de no disparar. Teo lo insultó. Ambos dispararon. No sé dónde dio el disparo de Darío; el de Teo —no pude seguir. Con mis manos

empapadas de su sangre, barrí las lágrimas de mi rostro—. Llegamos al hospital con su corazón no funcionando y no sé nada de él. Mi hermano —tuve que detenerme porque el llanto pudo conmigo—. Teo está bien —le avisé para tranquilizarla—. Llámame cuando puedas, por favor —la voz se me cortó otra vez—. Julieta —la llamé llorando.
Corté la comunicación porque no quería convencerla de lo que yo sentía en este momento, lo cual era, estar muy seguro de que nuestro plan no funcionaría, que jamás podríamos despegarnos de nuestros padres y nuestras familias, que esta locura jamás tendría fin.
Escondí el móvil otra vez entre mis ropas y el otro, comenzó a sonar de inmediato.
Supe que debía ser mi padre y en efecto era él.
—¡¿Romeo, qué carajo?! —me gritó al oído—. ¡¿Lo dejaste ir?! ¿Eres estúpido o qué? —bramó —. Lo tenías a tu merced y lo dejaste ir. Debiste matarlo allí mismo, era la excusa perfecta porque ya le había disparado a Darío. ¿Eres idiota o todavía estás muy borracho o drogado después da fiesta de anoche?
Sus gritos se quedaron retumbando dentro de mi cabeza cuando guardó silencio.
—Darío —comencé y él me interrumpió de inmediato.
—Estoy en camino, llegaré en menos de cinco minutos. Encárgate de avisarle al padre de Darío —soltó y cortó la comunicación sin preguntarme antes si Darío estaba bien o no.
Me quedé en silenció, sosteniendo mi móvil frente a mi rostro.
Conseguí parpadear y en ese mismo instante alguien apartó a un lado la cortina que me encerraba.
Era una doctora muy joven, bajita y pequeñita, con anteojos, cabello lacio que apenas si le rozaba los hombros y traje celeste de cirugía sobre el que llevaba guardapolvo blanco. El enfermero que me socorriera la acompañaba.
—¿Romeo, no es así? —me preguntó sonando entre incómoda y compungida.
—Sí, soy yo.
Ella inspirando hondo, avanzó hasta la camilla en la que me encontraba.
La vi apretar los labios y lo supe.
—No —la voz apenas si me salió—. No, no, no, no —solté a toda prisa, no quería escuchar lo que tenía para decirme, que no lo dijera.
—Lo siento, Romeo, no pudimos hacer nada por él. Llegó a nosotros con un paro cardiorrespiratorio; tenía varios minutos en ese estado. El disparo atravesó —la interrumpí al instante.
—Regresa con él y has algo.
—Lo intentamos por más de veinte minutos y él llevaba así otros quince. Lo siento.
—¡No! —grité y el enfermero de inmediato pasó por delante de la pequeña doctora para llegar a mí. Me aparté un poco escapándome de él, todo lo que me permitió la camilla—. Regresa con él, seguro hay algo más que puedas hacer.
—No, Romeo, lo siento. Su familia… si quieres que me encargue de llamar.
—No. No llames a nadie, tan solo regresa con él y —volví a marearme. Tuve que cerrar los ojos —. Por favor, regresa con él —le rogué con los ojos todavía cerrados.
—Romeo, en verdad lo lamento —escuché sus pasos y abrí los ojos—. Necesitamos avisar a su familia.
—Yo me encargo —articulé con un torrente de lágrimas rodando por mis mejillas y con mi pecho apretado a causa de una sensación de incredulidad total. Esto simplemente no podía estar sucediendo.
—¿Estás seguro?

Le contesté que sí con la cabeza.
—¿Estás herido?
—No, es su sangre.
—¿Alguien más salió herido?
Negué con la cabeza.
—La policía llegó hace un momento, saben que Teo Capuleto entró en tu playa.
Aturdido, la miré.
—Uno de mis hermanos mayores trabaja para tu padre —soltó por toda explicación.
No me atreví a preguntarle haciendo qué, en verdad no quería saberlo.
—Lamento lo que le sucedió a Darío. Supongo que harás que Teo pague por esto.
Apenas si pude creer las palabras a las que le daban forma sus labios.
—Es nuestra mitad de la ciudad.
Vomitaría otra vez si ella seguía hablando.
—Puedo llamar yo a su padre, en verdad, no es molestia. Tú quédate aquí descasando hasta que vengan a buscarte.
Definitivamente podía lucir inocente pero no lo era.
—¿Seguro que no necesitas que te revise?
Tuve ganas de ganas de gritarle que se apartara de mí.
—No, gracias —me obligué a responder.
—Bien, claro. Hay un policía a fuera, cuidado de ti. Tranquilo, aquí estarás a salvo hasta que lleguen tus hombres.
Toda la maldita ciudad estaba corrompida.
—Gracias —repetí y ella me sonrió.
—¿Necesitas algo?
Sacudí la cabeza negando.
—Bien, si cambias de opinión, no dudes en pedirlo. Tengo que irme ahora pero Rubén se quedará contigo.
El enfermero asintió con la cabeza.
—Me encuentro bien, no necesito que nadie se quede aquí.
—No es problema, nosotros —no le permití seguir.
—Tengo que llamar al padre de Darío y preferiría hacerlo a solas.
—Ah, si claro. Bien, regresaremos luego. Intenta descansar.
Me dejaron solo e intenté comunicarme con el padre de Darío quien no contestó su teléfono en mi más de media docena de llamados.
Llamé a su asistente y el sujeto contestó de inmediato.
—¡Señor Montesco! —soltó con voz ahogada—. Gracias a Dios que llama. Acaban de avisarme de lo sucedido. ¿Cómo se encuentra el señor Darío? Estoy intentando ponerme en contacto con su padre pero no responde.
—También lo llame y no contesta. ¿Sabes dónde está?
—En el bar de siempre, señor.
Esto era en el bar de uno de los hoteles de mi padre.
—¿Cómo está el señor Darío, dónde lo hirieron?
Mi boca se secó al instante.
—Llegó —comencé y no pude seguir—. En la ambulancia él —perdí la voz—. Para cuando llegamos aquí al hospital él ya estaba con un paro cardiorrespiratorio. No pudieron hacer nada —logré articular y así como de mi lado de la línea, de su lado, también fue silencio absoluto.

Darío ya no estaba.
—Señor Montesco —la voz del hombre tembló.
—Busca a su padre. Estamos en el Santa Elena. Mi padre está en camino.
—Sí, señor —me respondió y colgó.
Bajé el móvil a mi lado sobre la camilla y busqué el otro para comprobar no haber perdido una llamada o mensaje suyo.
Nada.
Llamé otra vez.
Julieta no respondió.
Llamé una segunda vez.
—Soy yo otra vez —me detuve para tragar saliva. El llanto me quebró—. Está muerto —no pude seguir. Corté la comunicación y me apuré a esconder mi móvil; menos mal que lo hice. Mi padre llegó cuando recogía el otro de mi lado.
—¡¿Qué mierda haces llorando?! —rugió y así mi infierno no hizo otra cosa que empeorar. A los gritos me ordenó, frente a los seis hombres con los que llegara, que me levantara de la camilla y que parara de llorar.
Apareció la doctora que tratara a Darío y que viniera a darme la noticia, que nos llevara a verlo.

Mi padre me obligó a verlo, me obligó a mantenerme en pie a su lado mientras las doctora le explicaba qué daño causara el disparo.
Gaviola llegó y le hizo un raconto de la situación mientras yo en silencio, acariciaba la cabeza de mi amigo, no sabiendo cómo hacer para regresar el tiempo atrás y evitar su muerte.
Tuve que darle mi visión de los hechos y soportar que me llamara idiota. Por supuesto me culpó de la muerte de Darío y me acusó de ser un inepto por no matar a Teo allí en ese instante.
Con su vozarrón haciendo eco por el hospital me gritó que era mi responsabilidad ajusticiar a mi amigo y recomponer nuestra posición después de semejante despliegue de debilidad de mi parte.
La doctora que aún seguía allí, parecía muy de acuerdo con mi padre.
Ben llegó en mitad de aquel griterío, ya al tanto de todo y aguantándose las lágrimas.
Para cuando el papá de Darío llegó el hospital estaba bajo invasión de las fuerzas Montesco y fuera del edificio, una barrera de medios de comunicación entre periodistas y móviles de televisión.
El papá de Darío entró en la sala tambaleándose y llorado, seguido de su asistente.
Tuve que verlo abrazarse a su hijo sin derramar una lágrima porque mi padre ya me había advertido al respecto.
Las horas no quisieron pasar así como los insultos no pararon de llover sobre mí porque por supuesto que el padre de Darío me culpó.
Tenía razón.
Salí de la sala para hacer un par de llamadas telefónicas con las que organizar el sepelio.
La policía me interrogó allí mismo, por supuesto, en presencia de mi padre quien no paró de soltar que teníamos todo el derecho del mundo a reclamar la sangre de Teo Capuleto porque después de todo, Darío era un Montesco, o al menos, de algún modo lo era.
Fueron horas interminables.
Pasaban de las once de la noche cuando vinieron a buscar el cuerpo y al fin mi padre me dejó ir.
Ben me llevó a buscar mi coche. Quiso acompañarme a casa y le dije que se fuera, que necesitaba estar solo. Me costó horrores convencerlo. Al final lo conseguí. Dentro de mi coche todavía estacionado a metros de la playa, busqué mi móvil rosa.
Tenía cinco llamadas perdidas de Julieta, todas llegadas cuando veníamos de camino aquí en el coche de Ben.
Pulsé su número al instante.
—Romeo —jadeó ella sonando a preocupación pura.
En cuanto su voz llenó mi cabeza me quebré.
—Romeo. ¿Romeo estás bien? —me llamó— Romeo, por favor, habla conmigo. Dime qué fue lo que sucedió. Teo está con mi papá. Yo dejé a mi hermano en su casa hace un momento. Romeo.
Logré tragar un grueso y denso puñado de lágrimas.
—Dime dónde estás.
—Ben me trajo recién a recoger mi coche —logré entonar entre hipidos, apenas logrando contener mi tristeza, mi vergüenza—. Fue mi culpa, le dije que no quería sangre, le prohibí disparar y ahora está muerto —lloré.
—Romeo, nada de esto fue tu culpa. La bala no salió de tu arma.
—Debí ser yo el blanco. Esa bala —las lágrimas que me ahogaban me impidieron seguir.
—No digas eso, no es así, solamente intentabas evitar algo peor. Romeo, la culpa es de mi primo. Fue él quien ese metió en tu playa. Lo dejaste ir —susurró.
—Estoy harto de esta guerra.

—Lo sé, también yo —me dijo en el mismo tono. Julieta guardó silencio un instante—. Lo siento. Era tu mejor amigo —su voz también acabó por quebrarse—. Sé que no soluciona nada que te diga que lamento lo que sucedió. Teo es mi familia. Yo… entenderé si no quieres volver a verme.
Se me puso la piel de gallina.
—¿No querer volver a verte? —con un gesto brusco de mi mano, aparté las lágrimas de mis mejillas—. Julieta, hoy te necesito más que nunca. Te llamé para pedirte —tragué un montón de lágrimas—. ¿Podemos vernos al menos un rato? Necesito salir de la ciudad. Necesito tus brazos a mi alrededor —mi pecho se partió en dos—. En verdad te necesito ahora.
—¿Nos vemos en tu piso en Mantua o eso es muy lejos? No sé si… imagino que…
—Iba a pedirte eso mismo.
—Bien, te veo allí entonces.
—¿Necesitas que yo…? —se detuvo—. Mataré a Teo.
—No, tú no harás nada. Basta de sangre, Julieta. Suficiente de esta locura. Basta de sangre. No quiero perder a nadie más.
—Es un jodido estúpido, siempre lo ha sido. Intenta imitar a mi papá y lo hace del peor modo. En verdad no sé qué esperaba con ir allí.
—Matarme, quería matarme.
Julieta se quedó muda.
—No sé en qué piensas pero si por alguna estúpida razón, de algún modo buscas echarte la culpa por compartir apellido con Teo, no lo hagas, fue él el que disparó, no tú.
—Romeo —en su voz se notó que lloraba.
—Te veo allí en un rato. Tengo las copias del piso para darte, la próxima vez no tendrás que esperarme fuera —intenté sonreí.
—Nos vemos ahí —efectuó una breve pausa—. Te extrañé hoy.
—Y yo a ti.
—Salgo para ahí.
—Y yo. Julieta…
—Shhh no digas nada más, todo lo demás que tengas para decirme, me lo dices luego, viéndome a los ojos, ¿sí? —me dijo con un tono dulce y reconfortante que hizo que me sintiese un poco menos solo.
Le contesté que sí y nos despedimos.
Me tomó un instante terminar de calmarme para apartar las lágrimas y así poder ver para conducir.
Me escapé hacia Mantua como si el alma se me fuese en ello.

IX
Dile buenas noches a tu inocencia.

Tenía más de veinte minutos esperando dentro de mi coche a oscuras cuando detecté el automóvil entrando en la calle; era el coche de Romeo; había venido hasta aquí en su vehículo.
Joder con él —gemí dentro de mi cabeza.
Entendía que él debía estar muy mal, acaba de perder a su amigo y todo esto era un puta locura, pero llegar aquí en su coche… era demasiado peligroso.
—Romeo —susurré lamentándolo por él.
No podía creer lo mal que terminaba este día que para mí fuera absoluta perfección. Mi hermano y yo pasáramos unas horas estupendas, él se sentía mejor y pese a que un par de veces habíamos tenido que detener nuestros paseos y actividades para que descansara, desde ya, su humor era

otro. Poder comer, conseguir pasar el día fuera de la cama y dentro de todo, no llegar al fin del día apenas pudiendo mantenerse en pie, sin duda que lo predisponía de otro modo.
Yago tenía varios días de sentirse mejor y eso no podía hacerme más feliz.
Sin embargo…
Se me escapó un suspiro.
Romeo pasó por delante de mi vehículo para ir a estacionar frente a su edificio porque allí había sitio. Por seguridad yo mantuve la distancia.
Aparcó y las luces de su vehículo se extinguieron.
Le tomó un momento bajar y cuando lo hizo el mundo se me cayó encima con todo su peso.
La luz de la entrada de su edificio lo iluminó.
Se le notaba que había llorado y mucho, y seguía llorando.
Llevaba el cabello recogido de un modo desprolijo y sus ropas…
Su camisa blanca tenía grandes manchas oscuras que no podían ser otra cosa que sangre.
A toda prisa recogí mi bolso del asiento del acompañante y salí del coche.
Romeo giró en mi dirección en cuanto escuchó el portazo que di.
Su mueca…
Se me puso la piel de gallina.
—Romeo —Entoné y él rompió en un llanto desesperado que sentí despegaba la carne de mis huesos. Romeo que era puro dolor, se cubrió el rostro con ambas manos.
Corrí hacia él no pudiendo soportar la distancia entre nosotros.
—¡Romeo! —chillé desesperada al verlo caer de rodillas sobre la vereda.
Me lancé sobre su cuerpo al tiempo que él bajaba sus manos al suelo para sostenerse. Sus brazos pese a que eran estructuras musculosas y firmes, no lograron soportar el eso de su tristeza y medio cayó hacia delante. Rodeándolo con mis brazos atajé su derrumbe.
—Su sangre —fue lo único que logró entonar antes de que los hipidos lo ahogaran, obligándolo a detenerse.
La sangre de Darío estaba hasta en sus manos, debajo de sus cortas uñas, entre los pliegues de su piel, en su camisa, hasta en su rostro y su cuello. Asociar a la imagen que tenía en mis brazos con mi familia me causaba una vergüenza insoportable. Vergüenza y dolor.
—Shhh, tranquilo —susurré acariciando su rostro.
—Es mi culpa —lloró prendiéndose de mi camiseta por la espalda, con su rostro oculto entre mi hombro y mi pecho—. Es mi culpa, le ordené no disparar.
—No, no es tu culpa—. Se aseguré acariciando su cabello—. Fue Teo quien disparó.
—Solamente intentaba evitar que las cosas empeoraran —sollozó.
—Sí, lo sé. Yo sé muy bien que solamente quieres acabar con esto, que sigues siendo el mismo muchacho dulce del que todas las chicas se enamoraban en el colegio. El que me permitió copiarme en el examen de historia.
Pretendía calmarlo y solamente conseguí hacer que llorara con más fuerza todavía.
Al pensar en el colegio no pude hacer más que recordar a Darío allí con nosotros, él no había asistido al mismo colegio desde pequeño como nosotros sino que entrara cuando teníamos diez años, después de que su papá quedara en la ruina y el padre de Romeo se hiciera cargo de pagar su educación.
Joder que si hasta Teo había ido al mismo colegio y compartido muchas cosas con nosotros porque era apenas un año mayor.
¿Cómo podía ser que nuestras vidas condujeran a esto?
¿Qué hubiese sido de nosotros si Romeo y yo no estuviésemos así de decididos a dar un paso al

costado? ¿Habríamos acabado matándonos todos, unos a otros?
Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me cerró la garganta.
—Romeo —lo llamé. Su llanto era la tristeza más profunda—. Romeo—. Él no se calmó—. Lo siento. Nada de esto tiene sentido pero tú sabes tan bien como yo que no podemos detenernos ahora. Nadie más puede morir. Tenemos que parar esta locura. Tenemos —se me cerró la garganta—. Dile buenas noches a tu inocencia y ponte en pie otra vez. Desde ahora necesitamos ser más que nosotros que nunca o el dolor nos devorará vivos. Deberemos ser solo carne y hueso y esconder nuestras almas donde no las puedan tocar. Guarda al soñador que eres en un lugar seguro, cuídalo por mí, dile que le prometo que un día será libre de vivir como quiera, dile que le juro que conseguiré paz para él.
Romeo alzó la cabeza, su rostro estaba completamente empapado en lágrimas.
Acaricié sus mejillas limpiándolas.
—Me encargaré de Teo —le juré a sabiendas de lo que hacía. Teo era mi familia, mi primo y sin embargo… conocía a Teo muy bien, este no era su primer asesinato y tampoco sería el último.
—¿Qué? —me preguntó con la voz tomada por el llanto.
—Será su último asesinato.
—Julieta, no.
—No le hará daño a nadie más —le aseguré con mi voz cargándose de enojo.
—Te lo hará a ti si buscas justicia del modo en que creo que la buscarás y no puedo permitir eso.
—Es mi familia. Lo conozco, Teo vive para eso y… —tragué saliva—. Alguien debe detenerlo.
Sus ojos de zafiro recorrieron los míos con desesperación.
—No.
—Se metió en tu playa.
—Julieta, no.
—No le daré oportunidad de hacerle daño a nadie más.
—En todo caso es mi responsabilidad ajusticiar a mi amigo.
Yo sabía muy bien que Romeo jamás disparaba si podía evitarlo y por lo general, lo evitaba; él tenía gente para esas cosas, yo en cambio jamás había podido darme el lujo de demostrar debilidad alguna. Todo el mundo sabía que mi papá a los ocho me había obligado a matar al conejo que tenía de mascota, el mismo que él me regalara un año antes por mi cumpleaños. Todo el mundo sabía que la primera vez que pusieron un arma en mi mano y a mí frente a un blanco, todavía no cumplía los siete.
El conejo no había sido más que una lección, una que en su momento creí terrible porque no sabía lo que me esperaba a futuro.
Los blancos se hicieron cada vez más grandes, más terribles y dolorosos por lo que me empeñé en aprender a disparar lo mejor posible para que aquello fuese instantáneo.
Qué clase de padre le ordena a su hija de trece años recién cumplidos a ponerle un arma a un hombre en la cabeza y disparar.
Bilis trepó por mi garganta.
Al cabo de aquello había pasado una semana en cama, enferma, asqueada, aterrorizada y creyéndome un demonio, segura de que iría a parar al infierno.
Qué clase de padre manda a golpear a sus hija por sus hombres, una y otra vez, para que aprenda a soportar el dolor.
Debíamos acabar con esta plaga que eran nuestras familias. Arrancar la enfermedad de raíz.
Negué con la cabeza.
—Es mi familia.

—Darío es mi familia. Era —sacudió la cabeza—. Lo es.
Tomé su rostro en mis manos.
—Yo me encargó.
Romeo soltó mi camiseta y tomó mis muñecas.
—No. Tu primo me quería a mí.
—Y no te tendrá. ¿Crees que permitiré eso?
—Si muero… mi padre no tiene otro heredero.
—No morirás, no digas tonterías.
—Mi padre me obligará a hacerlo. Está furioso, no tanto por la muerte de Darío sino —se detuvo —. Está furioso conmigo. Lo del negocio del nuevo hotel —se interrumpió para llevarse una mano a la frente otra vez.
—Yo me encargo de Teo.
Romeo bajó la mano y negó con la cabeza.
—Larguémonos —la voz apenas si le salió.
—Sabes que no podemos irnos así, nos buscarán a ambos.
Él bajó la mirada.
—Sí, lo sé —susurró. Subió su mirada hasta la mía otra vez—. Lo sepultarán mañana por la mañana.
No supe qué decir.
Romeo alzó su mano derecha hasta mi mejilla.
—Gracias a Dios que te tengo aquí —las yemas de sus dedos acariciaron mi piel.
Me estremecí de gusto y también de agradecimiento, saber que él estaba, que podía contar con él, que tenía su mirada, su voz y sus caricias para mí, no tenía precio.
—Julieta…
—No necesitas decir nada más.
—¿Si no lo digo y luego no vuelvo a tener oportunidad de decírtelo?
—No hables así.
—Quiero asegurarme de que puedas largarte de aquí.
—Romeo, por favor.
Intenté alejarme de él y no me lo permitió.
—No, déjame hablar.
—Romeo, estamos en mitad de la calle.
—Jamás he dejado de quererte, tú siempre me importaste y mucho.
Mi corazón reaccionó a sus palabras echándose a latir a toda velocidad.
—Te amo y quiero asegurarme de que puedas largarte de aquí.
—Romeo —me quejé siquiera soportando la idea de pensar en que él ya no estuviese. No quería irme sin él, no quería que el mundo siguiese girando sin él no ahora que había visto quien realmente era. Necesitaba tiempo para recuperar todas las oportunidades perdidas, para intentar reparar mi estupidez hacia él, para curar las heridas que inútilmente nos infligiéramos el uno al otro.
—Arriba, junto con las llaves están los papeles con los datos de las cuentas a mi nombre que ahora también están a tu nombre.
—¿Qué dices? —jadeé.
—Tengo una casa lejos de aquí, es una preciosidad en mitad del Caribe.
—Romeo —me quejé otra vez.
—Solamente falta que pongas tu firma y también será mitad tuya. Si algo me sucede, te largas

allí con tu hermano. Las personas que cuidan la casa ya están avisadas.
Mi piel se heló. Nada en esta conversación me agradaba ni un poco.
—Escuché suficiente. Vamos a ponerte de pie para que subas, te des un baño y te cambies—. Quise tirar de él hacia arriba y no me lo permitió.
—Hablo en serio. Si por alguna razón debes dejar la casa, te largas. Mi abogado de allí la venderá y…
—¡Suficiente! —lo corté liberándome de él para ponerme de pie—. Esto no va a transformarse en una despedida—. A duras penas conseguí atajar el torrente de lágrimas que quería escaparse de mí.
Romeo se alzó en pie despacio, pese a todo, me moví hacia él. Quería escapar de la situación pero no de él.
Poniendo una débil sonrisa en sus labios, se puso de pie. Tomó mis manos en las suyas.
—Lo que menos quiero es despedirme de ti —se acercó a mí empujando su sonrisa un poco más alto. Lo vi intentando recomponerse, ser muy él y la congoja me invadió. No debí decirle que le dijese buenas noches a su inocencia, no tenía derecho a forzarlo a ser lo que su padre quería, lo que mi familia esperaba de él porque Romeo no era nada de eso.
Me sentí miserable.
—Entonces no lo hagas —me costó mantener mi tono de voz para que no se quebrara con cada palabra.
—Bien, no lo haré. Tú y yo jamás nos diremos adiós.
—Nunca —acoté al borde del quiebre.
Vi su cuello ensancharse cuando tragó.
—Nunca —convino.
Mi mirada se empañó otra vez.
—En verdad lo siento.
—Lo sé.
—Mi primo es un maldito —las palabras se me escaparon—. Y yo… —quise decirle que también lo era y no pude, lo único que conseguí fue morder mi labio inferior.
Romeo soltó mis manos, sus brazos vinieron a rodear mi cuello y yo de inmediato, me prendí de su cintura para pegarme a él y esconder mi rostro en su cuello, el cual sin duda, era el mejor refugio del mundo. Su mano derecha sostuvo el peso de mi nuca mientras sus labios ponían un beso sobre mi sien.
—Se supone que sea yo la que debía estar consolándote a ti —lloré sin lograr contenerme más. Tuve la sensación de que mi pecho se rasgaba en dos.
—Lo haces —susurró.
—No, solamente —no me dejó terminar de hablar, con sus manos sujetando mi cabeza con decisión, me obligó a enfrentarlo.
—Te amo.
¡Joder con él!
Y así, el quiebre fue total.
Lloré como una magdalena mientras él me sonría con dulzura, con esos labios que sabrían ser arrebatadoramente sexys.
—Shhh, ahora estamos juntos.
—Sí —hipé y a él volvieron a escapársele las lágrimas.
—¿Te quedas a dormir conmigo?
Asentí con la cabeza.

—Subamos.
Abrazados fuimos hasta la puerta y de la mano, entramos y subimos a su piso.
En silencio y con apenas unas pocas luces encendidas le ayudé a quitarse la ropa sucia de sangre y prepararse un baño.
Mientras él estaba en la bañera fui a poner agua para té, té que bebimos en su cama, conmigo todavía vestida y él en camiseta y boxers. Romeo se durmió en mis brazos, medio sentado, después de llorar otro tanto. A él lo venció el sueño, a mi la angustia de saber que la sangre que corría por mis venas, era la responsable de su dolor.
Así a su lado, efectué un par de llamados con los que averigüé que mi primo había estado hasta muy tarde con mi papá y que luego se largara a beber; Teo continuaba disfrutado de su noche, muy probablemente festejando lo que él debía creer era una gran victoria.
Maldije a mi sangre, a mi apellido y a la ciudad que parecía abonar cada día, la guerra entre los Montesco y los Capuleto.
A pesar de que mi cerebro se negaba a relajarse, al final, caí rendida.

El arma de Teo estaba pegada a la sien de Romeo y sin importar mis ruegos, mi primo no desistía.
—Suéltala —le grité sin dejar de apuntarle.
—Baja él arma.
—Deja que se vaya.
—Traidora.
—¡Baja el arma!
—Lo mataré y luego a ti.
—Baja el arma ahora, Teo. Esto no tiene porqué ser así.
—No hay otro modo.
—Teo, por favor.
Teo negó con la cabeza.
—Así ganaremos la guerra —me dijo y el estallido que sonó a continuación arrancó de mis pulmones y alarido feral.
Romeo cayó hacia delante con mi grito todavía sonando.
Teo desapareció, también el cuerpo de Romeo; no así el dolor en mi pecho, tampoco las lágrimas que rodaban por mis mejillas.
Abrí los ojos y vi la ventana iluminada por pálida luz de día que no podía ser otra que la del amanecer.
Inspiré una gran bocanada de aire y parpadeé a toda prisa derramando todavía más lágrimas.
—Romeo —llamé con voz queda porque aún estaba muy dormida y además tenía la garganta atenazada por un feroz correa de miedo y dolor.
Como pude me impulsé hacia arriba buscándolo. Romeo no estaba en la cama.
Entendía que aquello era un sueño y de cualquier modo, necesitaba verlo para asegurarme de que se encontraba bien.
Entumecida por un tenso dormir, me levanté llamándolo otra vez.
La puerta del baño estaba abierta pero él no parecía estar allí.
—¿Romeo? —rodeé la cama en su búsqueda.
El baño estaba vacío.
La puerta del cuarto estaba entornada.
No hice más que dar unos pasos por el corredor que de inmediato percibí el aroma del café.

La gran sala estaba tan vacía como siempre, solamente vistiendo la bonita alfombra que él comprara en el mercado de pulgas de Mantua.
Con mis pies descalzos pasé por encima de esta de camino a la cocina.
Sentado sobre la encimera, con una taza de café entre ambas manos, Romeo alzó la cabeza y me miró, pese a que tenía los ojos hinchados de tanto llorar, que su cabello era un absoluto descontrol, el más bello de todos, desde ya, no pudo parecerme más masculino, más perfecto, sobre todo porque al poner su mirada azul sobre mí, sonrió.
—Buenos días.
Sin responderle llegué a él y fui a abrazarlo.
Por suerte él reaccionó rápido y apartó la taza de entre nosotros para dejarla en la encimera. Por poco y lo estrangulo con el abrazo que le di y cuando me percaté de ello, aflojé el agarre.
—No debí dejarte sola en la cama —entonó con dulzura acariciando mi espalda.
—No—. Me aparté otro poco.
—¿Estás bien?
—Tuve una pesadilla.
Romeo esperó.
—No quiero perderte.
Él pareció comprender el cariz de mi pesadilla.
—No me perderás. Estoy aquí contigo, estamos juntos.
Viéndolo a los ojos, besé sus labios.
—Necesito que sepas que también eres muy importante para mí.
Una tímida sonrisa afloró en sus labios.
—Todavía no puedo creer lo estúpida que he sido. Saber que mientras yo creía odiarte tú —perdí la voz.
—Sé que jamás me has odiado. Soy adorable, eso es imposible —bromeó consolándome.
—Romeo, hablo en serio. Me comporté como… —No pude seguir.
—Estos somos nosotros —sus pulgares acariciaron mis mejillas con un ademán delicado. Me sentí protegida entre sus manos, y ciertamente también más fuerte—. Lo importante es ahora, y ahora nos tenemos el uno al otro.
Lágrimas ardieron en mis ojos, mis labios temblaron y de inmediato, sus ojos se pusieron cristalinos; las primeras lágrimas se le escaparon.
—Tengo que regresar a casa. Lo sepultarán a media mañana —para cuando terminó de articular aquello, por sus mejillas rodaban ríos caudalosos.
—Mataré a Teo —gruñí con las primeras ardientes lágrimas encontrando un lugar por el que fugarse.
—No, júrame que no harás nada.
—El daño que te hizo…
—No es tu deber subsanarlo.
—No lo subsanará pero sí al menos haré justicia.
—No —repitió con firmeza afianzando la contundencia de su agarre sobre mí—. Debemos terminar con esto pero no así.
Me quedé viéndolo.
Algo haría. No planeaba quedarme cruzada de brazos.
—¿Julieta?
Alcé la vista al percatarme que mi vista había quedado baja a la altura de sus labios.
—En serio, tus silencios me inquietan. Yo he sido siempre un bocón, mucho ruido y pocas

nueces pero tú… —se detuvo—. Dime en qué piensas.
—En que estoy furiosa con toda la situación —admití—. En que les haré pagar por tu dolor.
—Julieta —comenzó y no le permití seguir.
—No necesito derramar sangre y nos ayudará en nuestro cometido.
—Tal vez deberías esperar unos días, meditarlo.
Me dio vergüenza admitir frente a él que estaba segura que tanto mi papá como Teo debían haber pasado toda la noche festejando la muerte de Darío.
—No.
Romeo se quedó viéndome.
—Podríamos largarnos esta noche —susurró al final.
Negué con la cabeza.
—No funcionaría y lo sabes.
—No hagas nada —me rogó.
—No puedo prometerte eso. No quiero mentirte.
Amagó otra sonrisa.
—Quisiera poder acompañarte, estar contigo.
—Estarás conmigo—. Sus dedos acariciaron mis mejillas otra vez—. Podríamos vernos luego. Tengo tus llaves y…
—No esta noche—. Esta noche comenzaría a ajustar cuentas con mi familia.
—Julieta —entonó; su voz sonó cargada de preocupación. Tal vez debiera avisarle que yo le había dicho buenas noches y hasta nunca a mi inocencia, mucho tiempo atrás.
Besé sus labios otra vez y me empujé hacia atrás para apartarme de él; Romeo me lo impidió.
—Joder, en serio, no me hagas esto. Julieta, si no me dices qué harás, no te permitiré salir de aquí.
Tomé sus manos en la mías; se resistió un instante pero al final, me dejó hacer.
—Si termino temprano te llamo y nos vemos en el Verona.
—Julieta no me jodas. En serio, no saldrás de aquí si no me dices qué harás.
Mejor que no supiese de lo que era capaz.
—Julieta.
—Se nos hará tarde a ambos.
Él negó con la cabeza a toda velocidad.
Aparté sus manos de mí y las solté.
—Habla conmigo.
—Luego, en la noche.
—Cuando esté hecho —jadeó con desesperación—, no definitivamente esa opción no es viable.
—¿Me das mis llaves? —le pregunté recogiendo la taza que abandonara sobre la encimera. Bebí un sorbo del fuerte café.
—No desviarás el tema así.
—No pasa nada sino quieres dármelas —bajé la taza por un instante—. Soy buena forzando cerraduras —me obligué a sonreírle.
—Julieta.
—Tengo que irme, desaparecí sin decir a dónde iba.
—No saldrás de este piso si no —tapé su boca con mi mano izquierda y negué con la cabeza. Romeo suspiró.
Bajé mi mano, él la atrapó en el descenso para enredar sus dedos en los míos.
—No me lo perdonaría si algo te sucediera—. Se llevó mis nudillos a los labios.

—Despreocúpate.
—Eso que acabas de soltar hace que me preocupe todavía más.
—Lamento que perdieras a tu mejor amigo.
Su rostro se angustió otra vez.
—Por favor —susurró.
Aparté mi mirada de sus bellos ojos azules y bajé por mi garganta el resto del café. Bajé la taza a la encimera.
—Tengo que irme. ¿Estarás bien si te dejo ahora?
Él puso cara de necesitar convencerme de que no me fuera; lo ignoré con mi alma llorando.
—Mierda —resopló—. Espera que busco tus llaves y los papeles que debes firmar.
Iba a decirle que no cuando él saltó de la encimera al suelo—. Mejor ven conmigo, necesito enseñarte dónde están las cosas por si algo me sucede.
Iba a quejarme pero él volvió a ponerse en marcha. No pude seguirlo. Él me llamó desde la arcada que conectaba la cocina con la sala de estar.
Suspiré y fui tras él.
Romeo me enseñó la caja fuerte con su contraseña y todo lo que esta contenía.
Firmé una infinidad de papeles que me esforcé por no ver qué eran porque me angustió ver de refilón, que Romeo ponía toda su red de seguridad en mis manos.
Al final, lo que puso en mis manos, fueron las llaves del piso.
Nos despedimos en la puerta de su piso con un beso del cual ninguno de los dos quería desprenderse.
Romeo se enteraría de lo que planeaba hacer y yo entendería si luego no le quedaban ganas de volver a verme. Como fuera, alguien debía parar a mi primo.
Montada en mi coche, encendí mi móvil. De inmediato saltaron mensajes de mi papá y de Paris, también de mi hermano, el cual fue el primero que revisé. Yago solamente había llamado para decirme que ayer lo había pasado estupendamente, que estaba feliz y que deseaba que pasásemos más tiempo juntos.
Escuché los mensajes de trabajo y los respondí.
Llamé a Paris.
—Hola, amor. ¿Acabas de llegar de fiesta? —me dijo sonando entre dormido y emocionado.
—¿De fiesta? —le pregunté sin darle los buenos días antes.
—Un Montesco menos.
Darío no era un Montesco sino su primo. En su mensaje de texto ponía que se había enterado de lo sucedido y quería que nos viésemos; no imaginé que me creería festejando sino que me llamaría preocupado por su tío, por su familia porque en el fondo, eso eran a pesar de las diferencias entre su papá y el papá de Darío.
—No era un Montesco. Tu tío —Paris se apuró a interrumpirme.
—Amor, sabes cómo son las cosas. En cuanto me enteré llamé a mi padre, está aliviado de que Darío ya no corra prendido de las faldas de Romeo Montesco. Un problema menos.
Ácido trepó por mi garganta.
—Ningún integrante de la familia irá al sepelio. ¿Nos vemos para un brunch? Te extraño, me haces falta. Te quiero entre mis sábanas o en su defecto, podría enredarme en las tuyas. Podríamos pasar todo el día en la cama haciendo el amor.
Eso no iba a suceder.
—Tengo trabajo.
—Julieta, puedes tomarte un día libre.

—Ayer pasé toda la tarde fuera de la oficina.
—Sí, escuché que estuviste con tu hermano. Qué bueno que está disfrutando de una buena racha con su salud.
El tono en que dijo aquello me molestó porque me supo a que él daba por hecho que la salud de mi hermano en nada, recaería otra vez.
No dije nada.
—Podríamos vernos más tarde, pasear un poco y pasar por algunas joyerías.
Mis tripas se solidificaron dentro de mi abdomen al entender que mi papá debía haber hablado con Paris, sin no en persona, al menos por teléfono para apurarlo.
—Ayer tu papá y yo nos vimos en la oficina cuando no estabas allí. Le pedí su permiso.
Mi mirada se nubló. Hubiese apostado mi vida a que no había sido así, mi papá debió apurarlo, él tenía intención de hacerlo y Paris solamente deseaba suavizar la realidad. Me constaba que le tenía miedo a mi papá y hasta unos días atrás, nosotros jamás habláramos de una boda, siquiera de comprometernos.
—Quiero comprarte el anillo de compromiso más bello que pueda encontrar.
—Siquiera me pides matrimonio —las palabras se me escaparon ásperas.
—Estoy haciéndolo ahora —rio—. O eso creo. ¿No?
No, lo que hacía era intentar sacarse de encima las amenazas que seguro mi papá, pusiera sobre él.
—Amor, somos el uno para el otro.
No, no lo éramos.
—Anda, pasemos la tarde juntos buscando un anillo que sea la envidia de todas tus amigas.
Apreté los dientes por no mandarlo a la mierda porque en el fondo, de esa Julieta él se había enamorado o lo que fuera. Esa era la Julieta que le permití conocer; no podía culparlo por ello.
—No hoy —mi voz apenas si sonó.
—Pero no podemos anunciarlo sin un anillo en tu dedo.
—Esperaremos.
—No podemos esperar —su voz fue alarma pura. Definitivamente mi papá lo había amenazado.
—Hoy no es momento, Paris. Sabes lo que sucedió. No necesito explicarte las consecuencias de los actos de mi primo.
—La única consecuencia será que Romeo no tendrá quien se la chupe —soltó sin más—. Es un jodido maricón. No hará nada. Ayer no hizo nada; no tiene los huevos. Deberías ponerle una bala en la cabeza de una vez para que podamos disfrutar de nuestras vidas sin más.
Porque supe que iba a mandarlo al quinto infierno, corté la comunicación y le di de puñetazos al volante, bufando y resoplando de asco e incredulidad. Las lágrimas se me saltaron.
El móvil se puso a tocar, era él.
—Mierda —rezongué limpiando las lágrimas que al instante fueron reemplazadas por otras, sobre mi piel.
—Amor ¿se cortó? ¿Estás en la calle, no es así?
—Sí, se cortó. Estoy fuera.
—Bien, lo que te decía, que podrías acabar con Romeo para que así tengamos paz para organizar nuestra boda.
Esas palabras no eran suyas sino de mi papá.
—No quiero que arruine nuestra boda. Quiero que todo sea perfecto para ti.
Y por eso un momento atrás me pidiera que pusiera una bala en su cabeza.
—Hoy no es el día para discutir esto.

—Bien preciosa, si te alivia la presión, qué te parece si te propongo ir a ver yo un par de anillos, antes.
—Sí, claro —que hiciera lo que quisiera, yo no pensaba llevar un anillo que él me diera y si debía llevarlo por un tiempo, no significaría absolutamente nada. Lo lamenté por él porque debía terminar lo nuestro en este instante y si no lo hacía, era para poder seguir adelante con el plan que teníamos con Romeo.
—Estupendo —festejó—. Eso haré. Si ves a tu primo, dile que admiro los huevos que ha tendió para hacer lo que hizo.
¡Mi primo había matado al suyo!
Mi cabeza fue puro horror y se me dificultó la respiración.
—Te diré qué, mi papá quería almorzar para festejar que tenemos un dolor de cabeza menos, le dije que no porque quería verte. Almorzaré con él pero si quieres unirte a nosotros, nos haría muy feliz. Sobre todo a mí. Me llamas si tienes un momento libre a mediodía.
—Sí, claro —respondí como un loro que no ha aprendido más que esas dos palabras.
—Magnífico, preciosa. Ve a hacer lo tuyo y luego hablamos.
Apenas si le di tiempo a despedirse de mí y corté la comunicación para llamar a mi papá.
—Buenos días, al fin das señales de vida. Admito que creí que no escucharía de ti hasta mediodía. ¿Con quién saliste a festejar? Por lo que sé, no con Rosalina y el resto de tus amigas.
—Buenos días papá. No, no fue con ellas.
—Podrías haberte unido a tu primo y a mí, o al menos haber ido a ver a tu primo para felicitarlo. ¿Eso hiciste? Él todavía no llega. Imagino que se quedaría hasta tarde bebiendo.
Soporté sus palabras con los dientes apretados.
—No, todavía no lo veo. Lo buscaré más tarde. Tengo que ocuparme de unas cuantas cosas antes.
—Estaría bien que le hagas saber que se valora su esfuerzo.
¿En verdad estaba diciéndome esto?
—Teo tomó un gran riesgo.
—Papá, los Montesco no se quedarán de brazos cruzados.
—No harán nada —se carcajeó—. Ayer Romeo Montesco se cagó en sus pantalones. Siempre he sabido que ese crío es un cobarde maricón. Ha de estar llorando por los rincones. Ya lo verás. Si fuese mi hijo se me caería la cara de vergüenza. Ni modo, no lo es, tú eres mi hija y espero que seas lo suficientemente inteligente para aprovechar la situación.
Claro que la aprovecharía.
—Eso haré.
—Lo sé. Sé muy bien a qué hija críe. Yo jamás permitiría que mi progenie fuese como la Montesco, mis hijos son soldados de su familia, no perfectos inútiles.
¿Acaso no recodaba a mi hermano?
Lo dejé estar porque no era momento para discutir.
—A ver cuando te deshaces de él, Julieta. En honor a la verdad creo que le harás un favor a su padre si lo matas, ha de estar muriendo de la vergüenza ahora mismo. De ser yo su padre ya le habría volado la cabeza de un tiro. Hasta el padre de Darío está furioso con Romeo. O eso dicen. No te demores mucho más, Julieta. No quiero verte a ti convertida en una vergüenza para esta familia.
—No, papá —respondí de manera mecánica.
—Eso espero —medio resopló—. ¿Qué estas haciendo ahora? Suena como si estuvieses en la calle.

—Sí, estoy ocupándome de uno asuntos.
—Bien, hazte tiempo para ir a felicitar a tu primo.
—Sí.
—Y recuerda, ve pensando en Romeo. Es el momento oportuno.
—Claro, papá.
—Bien, tengo otro llamado. Espero buenas noticias de tu parte, muy pronto.
Sí, lo imaginaba.
No dije nada, nos despedimos y colgué.
Salí de Mantua y fui directo a mi centro de operaciones, aquel del que apenas unos pocos sabían. Allí bebí el café que hiciera mientras me vestía y organizaba todo para la misión que tenía entre manos.
Le quité el polvoriento protector a la moto que tenía allí para cuando la necesitara y que descartaría al acabar con mi trabajo.
Recogí todo lo necesario y terminé de prepararme.
Antes de montarme en la moto lo llamé y él no respondió.
Contaba con que estuviese durmiendo. Si no lo estaba, de cualquier modo, su destino sería el mismo.
Siempre supe que los hombres de mi primo eran unos inútiles. Volví a comprobarlo al lograr entrar en los terrenos de su propiedad sin demasiado problema, constatando también que mi primo era terriblemente descuidado, para no variar a su costumbre, debió llegar a casa demasiado bebido como para recordar armar la alarma. Y aunque la hubiese armado, yo estaba al tanto de su contraseña porque para eso me sobraba el dinero y gente trabajando a mi cargo.
La cerradura de la puerta de la cocina era de buena calidad, excelente mas de cualquier modo, no me tomó más que unos segundos abrirla.
Entré en el espacio que si estaba así de limpio y prolijo era porque tres veces a la semana alguien venían a poner orden y limpieza.
Cerré la puerta y comprobé que anoche mi primo ya había comenzado a arruinar el trabajo de quién limpiaba aquí, sobre la encimera al fondo del espacio había un montón de latas y botellas vacías de alcohol.
El aire aquí dentro era helado y quieto; no se escuchaba absolutamente nada más que mi respiración camuflada por lo que estaba a punto de hacer.
Salí de la cocina al pasillo de distribución que llevaba al frente de la casa y a unos metros, a la escalera que conectaba con los pisos superiores de la propiedad. Fui hacia la escalera.
Las suelas de mis botas apenas si crujieron con mis pisadas porque no era la primera vez que hacía algo semejante y sabía que no debía hacer ningún ruido; se enterraron cuando llegué a la planta alta, en el corredor alfombrado que metros más adelante era un opulento balcón de cristal que daba a una de las tantas salas de estar de la casa.
La habitación de Teo era la suite ubicada al fondo del corredor.
Andando despacio, saqué el arma y le quité el seguro.
Mi corazón acusó la tensión del momento más no le permití descontrolarse. Esto que estaba a punto de hacer debía salir bien.
Con el arma en alto y prestando atención a todos los sonidos que me rodeaban, caminé en dirección a la puerta abierta que era la boca de entrada a un cuarto a oscuras.
Avancé dos metros más y vi que mi primo había abandonado ni bien entró a su habitación, su chaqueta.
Di unos pasos más y visualicé sus zapatos ya más adentro del espacio.

Solo para asegurarme de no recibir sorpresas, eché un vistazo en el resto de las habitaciones; resultaron estar todas vacías y heladas por el aire acondicionado.
Ralentizando mi andar, me pegué a la pared del corredor a mi derecha. Me detuve junto a la entrada. Esperé. No escuché nada y entonces me asomé dentro estirando el cuello.
Teo dormía boca abajo con el rostro hacia los ventanales por lo que no podía verlo.
Estaba en boxers camisa y medias; el resto de su ropa yacía desparramada por el suelo. Sobre la mesa de luz había una botella de champagne, su sobaquera estaba a los pies de la cama, el arma estaba allí. No vi por ninguna parte el arma que solía llevar en su pantorrilla; él no la cargaba.
Se me puso la piel de gallina porque iba a hacer esto.
Teo, por más que fuera lo que fuera, continuaba siendo mi primo.
En silencio, antes de entrar en su cuarto, le pedí perdón.
Acomodé el agarre de mis dedos sobre el arma y entré en su habitación sabiendo que por una infinidad de motivos, no sería sencillo.
Teo era enorme y sabía defenderse y además de eso…
Mis pasos se hundieron en la mullida alfombra de su habitación casi desestabilizándome.
Él no dio señal alguna de reconocer mi llegada y de hecho, su respiración era profunda y larga. Debía estar muy dormido, incluso quizá todavía algo atontado por su festejo de anoche. Imaginé que muy probablemente tal vez hubiese consumido algo más que alcohol.
Terminé de acercarme a la cama.
Frente al costado de esta, con mi primo a centímetros de mí; inspiré hondo moviendo la cabeza para ver su mano derecha con la palma hacia arriba a la altura de su cintura con su brazo semi flexionado.
Calculé mis movimientos.
Él inspiró hondo.
Yo inspiré hondo.
Despacio subí mi rodilla derecha al colchón, él no reaccionó, subí la izquierda, nada. Me moví despacio y cuando no tuve más lugar…
Salté sobre él, lo despertó el culatazo que le di en la cabeza.
Teo chillo de dolor. Intentó levantarse y se percató de que alguien estaba sobre él. Su intención fue rodar, volví a golpearlo. Su siguiente reacción fue cubrirse la cabeza con las manos. Allí fue cuanto sujeté su muñeca derecha con mi mano izquierda. Clavándole una rodillas una en la parte baja de la espalda, la otra entre los omóplatos, planté su mano sobre las almohadas.
Su mano izquierda a tientas me buscó. Poco faltó para que consiguiera pescar el pasamontañas. Sin soltar su mano volví a golpearlo en la cabeza.
Gritó e insultó.
Pegué el arma a la base de su pulgar y disparé rogándole a mi cerebro que olvidara lo que vería a continuación.
Su chillido de dolor fue espantoso. La sangre, la carne y demás, no lo fueron menos. Me moví de prisa y fui a por su dedo índice. Disparé una vez más, destrozando otro de sus dedos.
Sus alaridos. La sangre. Él batallando, pataleando y removiéndose para librarse de mí, intentando levantarse de la cama conmigo encima.
Solté su muñeca, manoteé los dedos los cuales lancé al bolsillo del chaleco antibalas que vestía y salté para bajar de la cama.
Libre de mi peso, Teo se encogió sobre sí mismo para recoger su mano herida y sangrante. Llorando y maldiciendo al infierno, giró y lanzó una patada.
—¡Hijo de puta!

Su patada no me alcanzó, sí paralizó la escena, debía salir corriendo y en vez de eso estaba allí parada, viéndolo verme sin tener idea de a quien tenía en frente.
Sosteniendo su mano se sentó. La sangre que ya manchaba sus almohadas y el cubre cama, ensució su camisa blanca y goteo sobre sus muslos.
Petrificada lo vi moverse para buscar algo entre las almohadas con su mano izquierda. Todas las alarmas sonaron dentro de mi cabeza a tiempo; la otra arma debía estar allí. No esperé a comprobarlo.
Salí disparada hacia fuera de la habitación por el corredor.
Lo escuché saltar de la cama y correr tras de mí.
Alcancé el final del corredor escuchándolo refunfuñar con el arma la cual cayó sobre la alfombra con un sonido amortiguado.
Mi carrera fue escaleras abajo.
La carrera de Teo fue en mi caza.
Escuché el disparo pero no vi donde dio, no cerca de mí, eso seguro. Teo era diestro e intentar disparar con la izquierda ensangrentada en mitad de una carrera no era lo mejor.
Alcancé el corredor de la planta baja y me lancé hacia el interior de la cocina.
Llegaba a la puerta cuando sus pasos secos golpearon el piso de mármol del espacio.
Volvió a disparar y la bala salió por uno de los cristales.
—¡Carajo! —gritó porque acto seguido, el arma se le escapó de los dedos.
Tiré de la puerta y corrí esperando encontrar a sus hombres alertados por los disparos.
Nadie me dio la señal de alto, si me dispararon cuando trepaba por el árbol para saltar la pared por donde las ramas crecieran por encima del muro obstaculizando el trabajo de los sensores de movimiento. Teo era muy descuidado.
Salté a la calle y fui a buscar la moto que dejara estacionada y medio escondida entre dos camionetas.
Guardé el arma, le di encendido al motor y me lancé al transito para alejarme de allí a toda velocidad.
Conduje por quince minutos registrando los espejos retrovisores sin detectar señal alguna de que estuviesen siguiéndome.
Me alejé a una calle poco transitada y allí busqué un contenedor de basura dentro del cual dejé el chaleco antibalas con su contenido. Mi primo no tendría posibilidad alguna de que le injertaran sus dedos.
Me monté en mi moto otra vez y a unas calles me quité el pasamontañas y la chaqueta, los cuales convertí en un bollo que arrojé en otro contenedor de basura.
Salí de la ciudad en busca de uno de los tantos terrenos que eran tierra de nadie y que bien conocía. Allí dejé la moto que de cualquier modo, era robada.
Me fui andando a pie a buscar un taxi, para encontrar uno debí andar más de veinte minutos.
En taxi regresé a mi centro de operaciones, fui a por mi coche y desde allí, a buscar a alguien que me hiciese un favor.
El chico estaba medio ido por las drogas y terminaría su día aún peor porque yo acababa de poner en sus manos, muchísimo dinero.
El chico fue con el mensaje hasta uno de los enemigos de mi primo, el sujeto con quien batallaba por el mercado de motos, tanto las robadas como las nuevas; el dato que le pasé y las sugerencias que le hice, arruinarían a mi primo y quitarían toda duda de encima de mis hombros.
Dos horas más tarde, el viejo garaje que Teo utilizaba de deposito, volaba por los aires; el fuego se expandió al terreno lindero donde estaban las motos robadas y los repuestos.

Los bomberos nada pudieron hacer.
Al tercer llamado de mi papá contesté, de inmediato me fingí preocupada y le avisé que en ese instante iba a verlo al hospital.
Papá me dijo que detrás de todo, debía estar el sujeto a quien yo le pasara el dato para acabar con el negocio de Teo, sobraba la evidencia. Mi papá me dijo que él lo resolvería.
Llegué al hospital para ver a Teo pálido de dolor y medio drogado de calmantes, con la mano en un enorme vendaje.
Fui a acariciar su cabello rubio, a asegurarle que todo estaría bien, mintiendo frente a mis tíos y el resto de los presentes.
Diez minutos después tuve que salir del cuarto a toda velocidad para ir al baño a vomitar.
Papá fue a visitar a Teo y allí le informó que su agresor no sobreviviría a la noche. Supe que aquella sería otra muerte cuyo peso, debería echarme a los hombros. La acepté.

X
Sangre en el agua.

Podría haber evitado el golpe, en vez de eso me quedé quieto a la espera del dolor. Si no le permitía golpearme sería peor.
Su puñetazo dio sobre mi lado izquierdo, al costado de mi boca, por debajo de mi pómulo.
Por un instante, mientras trastabillaba hacia atrás buscando mi rostro con mis manos, tuve la sensación de que me había partido el hueso y arrancado un par de dientes.
—¡Maldito desgraciado! —me gritó mi padre mientras me enderezaba con mi boca llenándose de gusto a sangre.
Con los ojos hechos agua, lo miré.
—Me das vergüenza. ¡Asco!
No era la primera vez que me lo decía.
Registré mis dientes con mi lengua; no me dio la impresión de que tuviese ninguno roto o flojo de cualquier modo la carne me latía.
Me enderecé del todo, tomado distancia.
—Alguien más aprovechó la oportunidad mientas tú hacías qué, ¡¿dormir?! ¡¿tirarte a otra de tus putas?! ¡Eres un inútil!
A pesar del dolor, apreté los dientes, de nada me serviría responder.
Habíamos recibido la noticia de que Teo Capuleto fuera a parar al hospital porque alguien se metiera en su casa para dispararle mientras dormía, arrancándole el índice y el pulgar; el agresor se había llevado sus dedos. Teo intentó disparar, o al menos eso comentaban. Sus hombres también dispararon pero quien se metiera en su casa forzando la cerradura de la cocina en la planta baja de la propiedad, logró escapar.
La puta cerradura.
Yo no podía hacer otra cosa que pensar en lo que ella dijera sobre las cerraduras.
Se suponía que el responsable de lo sucedido era uno de los mayores competidores de Teo en el negocio de la venta de motos nuevas y robadas, quien también había volado por los aires su depósito.
Quería creer aquello pero no podía sobre todo porque Julieta no respondía a mis mensajes.
Papá soportó en silencio la noticia mientas nos encontrábamos con la familia y todos los que después del entierro vinieron aquí a casa de mi padre para darnos las condolencias, sí, a nosotros porque al padre de Darío, borracho como una cuba, apenas si se le aproximaron. Ahora que nos encontrábamos a solas en su despacho, luego de una larguísima jornada, su furia fluía libre y estaba por completo dirigida a mí porque sobre mi persona recaía la responsabilidad de lo sucedido. Ya todos sabían que les prohibí disparar, que permití que Teo se fuera.
—Estoy casi convencido que lo que dicen de Darío y tú es cierto. ¿Te la chupaba, te lo follabas? ¿Eres un puto maricón de mierda que siquiera fue capaz de defender a su amante?
Mi mano derecha ardió de deseos de moverse hasta la sobaquera debajo de la chaqueta de mi

traje negro para sacar mi pistola dorada y disparar.
Me aguanté las ganas. Si lo mataba aquí y ahora, dadas las circunstancias, muy probablemente el resto de mi familia se encargaría de lincharme.
Apreté y solté mi puño varias veces para liberar tención.
—¡Contesta! ¿Eres maricón?
Terminé de enderezar la espalda y lo enfrenté con la mirada sin darle más respuesta que esa.
Mi padre sacudió la cabeza fastidiado.
—¡Mátalo y asegúrate de que todos sepan que fuiste tú?
Despegué los labios para decirle que no lo haría; él me interrumpió antes de que sonido alguno pudiese emerger de mí.
—Y mejor vas pensado cómo resuelves esto. Todos se ríen de nosotros, de mí, porque eres un puto cobarde. ¡Qué hice para merecer un hijo tan inútil!
Si quería, podía pasarle una lista de motivos que podían ser los responsables de que la vida le diese un hijo al que se le revolvían las tripas cada vez que disparaba, un hijo que estaba harto de su padre mafioso, de esta ciudad y de la puta guerra contra los Capuleto.
—Y desde ya te lo advierto —continuó apuntándome con un dedo amenazador—. Quiero conocer a tu puto inversor secreto de una maldita vez, ¿me oyes? No esperaré más; y tú no me harás esperar más si no quieres acabar mal, Romeo. Que comienzas a convencerme de que estás en contra de tu familia.
Me mantuve en silencio.
—¡Esfúmate! —ladró—. Estoy harto de tu rostro, de tenerte frente a mí porque no pudo hacer otra cosa que pensar que no vives para más que para meter tu polla en donde quepa.
Con mi mano derecha limpié el hilo de sangre que corría por mi barbilla y que hasta ahora no limpiara porque sabía que mi padre necesitaba ser testigo de mi sangre para aplacar sus ánimos.
—¡Lárgate! —bramó—. ¡Desaparece! Ya no quiero verte aquí y ni se te ocurra salir por el frente de la casa. Sal por detrás, como el cobarde que eres. No te despedirás ni de tu madre ni de nadie más. ¿Entendido?
Asentí con la cabeza.
—No te he oído.
—Entendido —entoné entre dientes por lo que sabía corría sangre.
—¿Entendido qué?
—Entendido, señor —respondí porque eso esperaba.
—Sal de aquí.
Mis pasos se movieron lejos de mi padre mucho más rápido de lo que le tomaría a mi mente alejarse de él y de lo que acababa de suceder.
Salí de despacho cerrando con cuidado, la puerta por detrás de mí si bien tenía muchas ganas de dar un portazo. De haberlo dado, muy probablemente mi padre hubiese venido tras de mí para golpearme otra vez y yo no estaba muy seguro de tener la disciplina necesaria para quedarme quieto y soportar otro golpe.
Enfilé por el corredor hacia la parte posterior de la casa siendo el cobarde que mi padre me acusaba de ser porque ciertamente no se me antojaba salir por el frente y de camino tener que enfrentar a todos otra vez, hasta mi madre repitiera para mis oíos una infinidad de veces que no debí permitir que Teo saliera del parador con vida, que no debí prohibirle disparar a mis hombres.
Pasé por la entrada de la cocina para ver a los del servicio de banquetes trabajando a plena marcha.

El olor a comida me revolvió las tripas y al instante se me cerró la garganta.
Deseé un trago de algo bien fuerte para permitir que se me volviese a abrir.
Lamenté no tener nada en el coche y tampoco tener el coraje de desviarme hasta la bodega en búsqueda de algo por miedo a toparme con alguien a quien no debiese ver.
Abrí la puerta que daba a las cocheras y las luces se encendieron iluminando al colección de vehículos de mi padre la cual ignoré.
Pasé entre los coches y camionetas buscando la salida.
Tiré de la puerta y sobre mis ojos dio la luz del sol que casi se perdía por detrás de los picos de lo pinos que poblaban el terreno circundante.
Salí al camino.
A la derecha entre arbustos y matas de plantas que un batallón de jardineros mantenían en perfecto estado, fumaban dos cocineros y una camarera. Los tres se voltearon a verme.
Registré su presencia con un parpadeo y sentí sus miradas sobre mí a medida que me alejaba por el camino hacia los coches estacionados al costado de la casa en procura del mío.
Mi mirada subió hasta los balcones de la casa, custodiados por hombres de mi padre, armados hasta los dientes.
Todo mundo se enteraría de que saliera de aquí escapándome como un cobarde.
Llegué a mi coche y tiré de la puerta.
Ni bien me lancé al interior le di encendido y coloqué el aire acondicionado. Busqué mi móvil rosa y la llamé otra vez.
Julieta respondió.
Fui a los mensajes y vi que ella había visto mis palabras.

Necesito verte.

Envié el mensaje y esperé un momento.
Julieta no respondió ni vio mi mensaje.

Dime donde estás, paso a buscarte.
Necesito hablar contigo.

Esperé otro poco, ella ni vio ni respondió a mi mensaje.

¡Julieta!

Otra vez, mi mensaje fue ignorado por completo.
Puse en marcha el motor para salir de la propiedad de mi padre, volvería a llamarla en cuando tomase distancia suficiente del lugar.
La llamé una docena de veces más y le envié tantos otros mensajes que ella no vio.
Con la noche adueñada de la ciudad por completo, esperé en la frontera de nuestra parte de la ciudad con la parte que le pertenecía a su familia.
El mar era parte de la noche y la cinta de arena, una sombra apenas más clara que quedó casi desierta.
La llamé dos veces más y nada.
Por un instante me sentí demasiado tentado de llamar a quien no debía llamar reavivando sus esperanzas en pos de dar con Julieta.

Lo descarté.
Puse el motor en marcha otra vez y me largué a buscarla.
La esperé en la puerta de su hotel y como no la vi, bajé del coche, conseguí a una chica que por unos billetes aceptó ir a preguntarle al portero amigo de Julieta si la había visto.
La chica regresó quince minutos más tarde justo cuando pensaba que se había largado con mi dinero sin darme nada a cambio, para decirme que el portero no sabía nada de Julieta, ella no regresaba desde ayer por la mañana.
Fui hasta las oficinas de su familia para comprobar que allí no quedaba nadie, me las ingenié para saber que ya no estaba en el hospital con su primo, que de hecho de allí partiera a las cuatro de la tarde.
Julieta no estaba con su hermano, o al menos eso supieron decirme, tampoco con su padre, quién estaba en el gimnasio. Su madre estaba en un evento de beneficencia. Por lo que pude ver en su Instagram, Rosalina estaba en una cena con algunas de las amigas que también eran amigas de Julieta.
¿Habría ido sola al Verona? ¿Estaría con Paris?
De camino al Verona hice un par de llamados que me costarían mucho dinero y con estos averigüé que Paris saliera a cenar con un montón de amigos y aún estaba en el restaurante bebiendo alegremente, riendo de hecho, o al menos eso me dijeron. Al muy hijo de puta le importaba una mierda la muerte de su primo; su padre y él debían estar festejando.
Si no la encontraba en el Verona acabaría enloqueciendo.
Prácticamente abandoné mi coche en el primer sitio que encontré para estacionar en las proximidades del Verona y corrí hacia la entrada frente a la cual si importar qué día de la semana fuese, siempre estaba repleta de gente deseosa por entrar en el exclusivo club.
No fui por la entrada principal sino que crucé en diagonal por mitad de la calle para entrar por la parte posterior, no solamente para evitar el gentío sino para intentar averiguar si Julieta estaba dentro sin que todo el mundo se enterara de que la buscara.
Rodeé el enorme edificio y en cuanto llegué a la parte posterior, busqué un par de billetes grandes que convertí en un grueso cigarro que acomodé entre mis dedos.
Los dos sujetos que le compraban una bolsa con pastillas, comenzaron a alejarse de él.
Me vio de inmediato y también al fajo de billetes entre mis dedos, que le convidé.
Tomó los billetes de inmediato y se los metió en el bolsillo interior de su chaqueta.
—¿Qué puedo hacer por ti, Romeo?
—Julieta Capuleto. ¿Está dentro?
En vez de contestar con palabras, sonrió.
—¿Está o no? ¿La viste?
Su sonrisa se ensanchó todavía más.
—¿A qué viene esa sonrisa tuya?
—A la coincidencia.
—¿Qué coincidencia?
—Ella vino a preguntarme por ti hará cuarenta minutos atrás.
—¿Te preguntó por mí? —Si quería encontrarme porqué no me llamó. No tendría su otro móvil encima.
—Sí, me preguntó si te había visto aquí. Le contesté que no —respondió con su gran sonrisa todavía en alto—. Ah, lo siento, todavía no te doy mi pésame —continuó todavía sin perder la sonrisa.
Que se metiera su pésame en el culo.

¿Por qué mierda continuaba sonriendo?
—¿Quieres saber algo?
—Dime.
—Hoy por primera vez, Julieta me compró algo.
Hasta lo que mi conocimiento abarcaba, Julieta nunca consumía nada.
—¿Qué compró?
En vez de responder, comenzó a rebuscar en el bolsillo trasero de sus pantalones.
—De estás —delante de mis ojos puso una bolsa con un montón de pastillas de colores pastel.
—¿Qué son?
—Una noche de puta madre, eso es lo que son. Te doy dos a modo de vuelto por lo que me diste por la información.
—No las quiero.
—No digas que no las quieres antes de probarlas. Busca con quien divertirte y toma una, tendrás la mejor noche de tu vida te lo aseguro.
—¿Y mañana?
El muy desgraciado dejó escapar una estruendosa carcajada.
—¿A quién le importa mañana? —contestó abriendo la bolsa para sacar dos pastillas.
Me arrebató mi mano pese a que tarde, quise apartarla él logró poner en mi palma una patilla amarillo pálido y una lila.
—Si Julieta se las tomó, podrías divertirte con ella, dudo que registre que eres tú.
—¡¿Qué?! —gemí alarmado.
—Te vuelan la cabeza.
—¿Julieta se llevó de estas? ¿Eran para ella?
—Hasta lo que yo sé, está sola. O tal vez ya no. Eran para ella, me dijo que necesitaba algo para poder pasar la noche, que necesitaba desconectar.
—¡¿Y le diste esta mierda?!
—¡Eh, más respeto con mi mercadería! No son mierda, valen un huevo cada una.
—Julieta, ella no —jadeé y me detuve, no podía continuar con la frase frente a él si comprometer nuestro secreto.
—¿Ella no qué?
Encerré las dos pastillas en mi puño.
—¿Qué tal va lo tuyo con…? —no le permití terminar la frase.
—No te metas en mis putos asuntos —gruñí. Di la media vuelta y me eché a andar en dirección a la entrada posterior recordando como si hubiese sido nada más que un instante atrás cuando ella me interceptó en el corredor que conducía a los servicios, para poner su arma sobre mí.
Aún tenía los puntos que Darío cosiera en mi cabeza. Con todo lo que tenía entre manos no había atinado a hacer que nadie me los quitara y ahora…
Ahora Darío no estaba aquí y el mundo se había puesto de cabeza.
¿Julieta comprando drogas?
Apenas si podía creerlo.
Tiré de la puerta y volví a llamarla.
Me tapé el otro oído con un dedo para que la música que retumbaba en el corredor, no me molestara.
El aparato llamó y llamó y ella no contestó.
Fui a los mensajes y de frente me encontré con la realidad de que ella había visto mis mensajes para no responderlos.

¿Por qué había preguntado por mí si me evitaba?
La llamé una vez más y nada.
Justo cuando giraba la cabeza en dirección a la entrada de los servicios de mujeres, pensando en preguntar por ella, una chica salió.
—¿Julieta Capuleto, viste si está dentro?
En su rostro supe que ella sabía de quien le hablaba, lo cual podía ser malo si ella estaba del lado de los Capuleto.
—No, no la he visto por aquí.
—Gracias—. Iba a alejarme cuando ella continuó hablando.
—Lamento lo de Darío.
—Gracias.
—Tampoco he visto a Rosalina o a las demás, no creo que estén aquí. Esas malditas cada vez que vienen copan todo el lugar como si fuese suyo.
Así me quedó claro que no era una defensora de los Capuleto.
—¿Necesitas que te ayude a buscarla?
—No, está bien, gracias.
—Sí me necesitas…
—Gracias —repetí y antes de darle oportunidad de decir nada más, me largué por el corredor.
El lugar estaba a reventar.
Comencé a buscarla entre los rostros que poblaban la pista y la barra. No la encontré. Julieta tenía un palco vip que estaba siempre reservado para ella, estimé que estaría allí.
Supe que me sería difícil pasar desapercibido.
Solté la goma que tenía en la muñeca y para cambiar un poco mi aspecto, recogí mi cabello; la media coleta, que era a eso lo que me llegaba el pelo, no era un aspecto conocido en mí.
Caminando entre la gente hacia las escaleras que daban a la planta superior, recogí mi cabello.
De la bandeja de una camarera arrebaté un vaso de whisky, ella se detuvo en seco. Saqué un billete que pagaba cuatro de estos y se lo tendí para luego cruzar un dedo sobre mis labios. Ella comprendió el mensaje y se largó.
Comencé a remontar las escaleras.
El vip de Julieta era uno de los más privados y grandes del Verona.
Pasé frente a un grupo de sujetos que no me prestó atención.
La entrada de su reservado tenía las cortinas echadas.
Por a través de la vaporosa tela negra la vi, Julieta estaba sentada en un rincón del sofá curvo, con las piernas recogidas sobre su pecho, los brazos rodeando sus rodillas y su mirada perdida más allá de la baranda que daba a la pista de baile.
Sobre la enorme mesa baja frente a ella había una botella de vodka helada y un vaso, a la botella le faltaban al menos cuatro o cinco chupitos.
Me bastó con verla para comprender que esta no era una noche de fiesta, no solo porque iba en jeans y una simple camisa celeste claro que caía por fuera de sus pantalones, porque había olvidado sus zapatos de tacón en el suelo sino porque iba sin una gota de maquillaje, su cabello caía suelto sobre su espalda y hombros sino porque además su mirada perdida, no estaba perdida en la distancia sino en una profunda tristeza que opacaba sus delicados y perfectos rasgos.
Di un paso al frente y aparté las cortinas.
Ella no registró el movimiento en la periferia hasta que entré en el reservado.
Me miró. Sus ojos miel estaban ennegrecidos por el alcohol y tal vez por las pastillas que le comprara a hijo de puta de allí afuera.

—Julieta.
Su mirada registró mi rostro de un modo tal que me dio la impresión de que estaba costándole reconocerme.
—¿Julieta?
Ante mi nuevo llamado, soltó sus rodillas y bajó los pies al suelo.
Sosteniéndose del borde del sofá, se puso de pie. La vi tambalearse.
—¿Por qué no contestaste ni a mis mensajes ni a mis llamados? Me dijeron allí afuera, que preguntaste por mí.
Ella, sin entonar palabra se echó a andar entre la mesa y el sofá. Parecía estar haciendo equilibrio sobre una barra, igual que una gimnasta.
—¿Tomaste las pastillas que te vendió?
Sin responder continuó caminando en mi dirección.
—Julieta —su nombre en mis labios no fue más que un susurro.
Ella se detuvo frente a mis pies y alzó su mano derecha como si fuese a subirla a mi rostro. Su mano se detuvo frente a mi cuello.
Me pareció ver que tenía algo oscuro debajo de las uñas.
—¿Qué sucede?
Su mano recuperó el movimiento y vino a posarse sobre mi mejilla izquierda. Despacio dejó caer sus parpados y su cabeza sobre mí para posar su frente sobre mis labios.
Inspiré hondo sobre su cabello y besé su frente.
Su mano cayó de mi mejilla a mi pecho para colocarse junto a la otra que posara allí.
Pude sentir mi corazón retumbando contra su palma.
Estaba aliviado por finalmente tenerla frente a mí y preocupado por su estado. Podía oler el alcohol en ella.
—¿Julieta?
Sus dos manos comenzaron a deslizarse hacia abajo por mi pecho, alcanzando mis abdominales.
La tomé por la cintura.
—Dime qué sucede.
Julieta detuvo sus manos en la cintura de mis pantalones, alzó la cabeza y me miró a los ojos.
—Maté a un hombre esta noche. De hecho fueron tres. Tenía que matar a uno pero los otros dos intentaron defenderlo.
Bilis trepó por mi garganta.
—¿Qué?
—Se suponía que mi padre se encargaría pero me envió a mí, dice que estoy demorándome mucho en matarte.
Por poco y vomito mis tripas.
—Amor —jadeé ahogándome en el asco que me provocaba su padre.
Sus ojos de pupilas muy dilataras se cargaron de lágrimas al instante.
—El sujeto que era competidor en el negocio con mi primo, al que me encargué de que responsabilizaran de los dedos que le volé a Teo. Mi papá quería que me vengara de él en nombre de mi primo.
Ante mi cara de horror, ella se apartó un poco sin soltar la cintura de mis pantalones.
—Te doy asco.
No me lo preguntó, lo aseguró.
—No, no tú, el hijo de puta de tu papá.
—Soy su hija.

—No eres él.
—Esta mañana le volé dos dedos a mi primo. Al menos por un tiempo, hasta que aprenda a disparar con la izquierda, si es que aprende, no podrá matar a nadie.
—Julieta —jadeé comprendiendo a la perfección los motivos por los que hiciera aquello. Sabía que algo haría, lo noté; debí hacer más por impedirlo que pedirle por favor que no se involucrara todavía más en el asunto.
—No podía permitir que le hiciese daño a nadie más —continuó.
—No debiste—. Busqué su mano derecha y entrelacé nuestros dedos.
—No pude terminar de quitarme su sangre. Mucha quedó en el agua pero… Tuve que quemar lo que llevaba puesto
—Julieta —apreté su mano en las mías.
—Había sangre en el agua, sangre por todas partes; sobre la camisa de Teo, en su pecho, sangre en su cama. El vendaje que le hicieron.
—Julieta —susurré.
—Necesito que esto se termine. ¿Cómo puedo esperar que Dios me escuche cuando le ruego que cure a mi hermano si hago cosas como las que hice hoy? Asesiné a tres hombres y mutilé a mi primo. Mi hermano es lo más preciado para mí. Estoy haciéndole esto a Yago —musitó con la voz quebrada.
—No, no digas eso.
—¿Y si me castiga llevándose a mi hermano? Yago no tiene culpa alguna de que su hermana sea una asesina.
—No eres una asesina.
—Perdí la cuenta de con cuantas vidas he acabado. Llegó un punto en el que no podía seguir contando o iba a perder la cabeza.
—No digas nada más—. Me sentí inútil por no saber cómo contenerla, por no poder contenerla.
—Deberías irte. Aléjate de mí —una de sus manos me empujó por el abdomen mientras la otra intentaba zafarse de la mía—. Vete.
Sus ojos estallaron en lágrimas.
Se me puso la piel de gallina.
—Vete —ella me empujó otra vez por el abdomen y tiró de su mano.
Negué con la cabeza.
—No eres como yo. Romeo, aléjate —lloró.
Dejé de escuchar la música, dejé de olor cualquier otro aroma que no fuese el de su piel.
—Solamente quiero —la voz se le cortó—. Vete, huye.
¿Huir de ella?
—No puedo, no quiero, no lo haré. Te amo.
Julieta apretó los parpados y sacudió la cabeza negando.
—Vete, no quiero lastimarte. Vete, lárgate lejos de la ciudad, lejos de todos nosotros. No debí decirte que te despidieras de tu inocencia, no debí… Vete, déjame, Romeo.
—Salgamos de aquí—. La atraje hacia mí por su cintura, ella se resistió medio resbalando en el suelo. Por culpa del alcohol y muy probablemente, también de las pastillas que ingiriera, sus reflejos eran muy pobres.
—Vete y llevarte a mi hermano contigo.
—Nos lo llevaremos cuando nos larguemos de aquí, juntos.
Julieta se quedó viéndome sin parpadear.
—No iré a ninguna parte sin ti —le juré.

Ella sacudió la cabeza negando, llorando. Intentó soltarse de mí. La dejé ir solo para tomar su rostro en mis manos.
—Julieta —la llamé y ella no hizo más que responder con intentos de soltarse de mí. Sacudí su cabeza—. ¡Mírame! —le grité. Su mirada aturdida y asustada, encontró la mía—. Tú y yo para siempre, ¿me oyes? —le juré y me estremecí de pies a cabeza porque aquello era simplemente rotundo de tan cierto—. Nos largamos de aquí ahora.
—No puedo conducir.
—En mi coche.
—No.
—En mi coche y luego vendré por el tuyo para que no quede aquí.
—No irás hasta Mantua para regresar y… —se detuvo, la vi entonar los parpados y tambalearse.
De inmediato la recogí en mis brazos.
—Tranquila, te tengo.
—Romeo —lloró contra mi pecho.
—Ven aquí, te pondré los zapatos y recogeré tus cosas. Nos vamos.
—No podemos ir a mi piso.
—No iremos a tu piso.
—Tampoco al tuyo. Si alguien de tu familia me ve…
—No iremos allí.
—¿Y entonces a dónde?
—En el lugar que siempre nos acogió sin importar qué.
Ella me miró desconcertada.
Sosteniéndola en mis brazos, la guié hasta el sofá, allí le calcé sus zapatos. Del hombro me colgué su bolso. La alcé del sofá otra vez para pasar uno de sus brazos por mis hombros. Julieta me dio se dejó caer contra mi pecho repitiendo una y otra vez que debía dejarla allí y alejarme de ella.
Entendí que en efecto, había sido un cobarde, debí ser yo quien me encargara de Teo para que ella no se sintiera en la necesidad de dispararle a su primo mutilando sus manos, para que luego, por lo que entendía, hacer lo que fuera que hubiese necesitado hacer para que todo el mundo pensara que el competidor en los negocios de su primo, era el responsable de aquello. Si yo hubiese hecho lo que debía hacer, su padre jamás la hubiese enviado a matar al sujeto para vengar a Teo. Si yo estuviese muerto, su padre no la enloquecería a ella con matarme.
La gente que nos rodeaba me importó una mierda.
Me la llevé conmigo escaleras abajo, con ella abrazada a mí atravesé la pista de baile y me dirigí hacia el corredor que llevaba a los servicios.
Salimos por la puerta trasera y un par de ojos sorprendidos, se fijó en mí para sonreír una risa maliciosa que me cayó terriblemente indigesta.
—Dices una sola palabra de eso, un solo susurro sale de tu boca sobre lo que estás viendo ahora y te meteré las pelotas por la garganta, ¿estamos claros?
—Claro, Romeo, como digas, yo siquiera estoy viéndote ahora. No te he visto en toda la noche.
—Tampoco a ella.
—Tampoco a ella —convino.
Julieta medio alzó la mirada sin decir nada.
En silencio me la llevé hasta mi coche para acomodarla con cuidado en el asiento del acompañante. Julieta ya no intentó convencerme de que me alejara de ella.
Conduje unos cinco minutos y entonces ella me dijo que se sentía mal, paré el coche y vomitó.

Con agua que tenía en una botella en el coche, se enjuagó la boca.
A los calles se quedó dormida.
Detuve mi coche en nuestro destino veinte minutos más tarde y ella siquiera se percató.
Frente a la entrada de vehículos, busqué mi móvil rosa y lo llamé.
—¿Romeo? —Lorenzo sonó a que acaba de despertarse y no de un modo agradable—. ¿Qué pasa, qué sucede, dónde estás? —jadeó a toda prisa.
—Estoy afuera, frente a la entrada de vehículos lateral. ¿Puedes venir a abrirme, por favor?
—Sí —soltó de inmediato—. Sí, sí —añadió como si recién entonces comprendiese que yo estaba fuera—. ¿Qué sucede? ¿Estás bien?
—Sí, digamos que estoy bien, todo lo que puedo estarlo. Tengo a Julieta conmigo. En serio que necesito que vengas a abrir la puerta para mí.
—¡De inmediato!
Cortó la comunicación.
Sentí movimiento a mi lado.
Al girar la cabeza vi que Julieta había volteado su rostro en mi dirección.
—¿Dónde estamos?
—En la casa de Lorenzo.
—¿En casa de Lorenzo? —su frente se frunció, no entendía de qué le hablaba.
—Fray Lorenzo —solté al tiempo que ella también lo llamaba así.
—¿Fray Lorenzo?
—Sí, ya viene a abrirnos.
—Pero… —se detuvo—. ¿Qué hacemos aquí?
—Es un lugar seguro.
—Fray Lorenzo y mi papá… —no acabó la frase.
—Tranquila, Lorenzo no dirá nada, es de confianza.
—Pero…
—Lorenzo y yo somos muy buenos amigos.
—No me extraña, Fray Lorenzo es… y tú eres… un ángel —me dijo esforzándose por fijar su mirada nublada en la mía.
—No soy un ángel, te lo aseguro. ¿Tomaste las pastillas que te dio?
—Sí. Quería… ¿Por qué te quedaste conmigo?
Le sonreí.
—No sonrías así, harás que termine por enamorarme de ti.
—Creí que eso era parte del plan —le dije con mi corazón palpitando a toda velocidad.
—Eres tan dulce.
—Y tú tan valiente, tan fuerte.
Ante mis palabras, Julieta me miró a los ojos. Su mirada se cargó de lágrimas otra vez.
—Me aseguró que las pastillas me harían sentirme feliz. Me siento miserable.
—No necesitas unas pastillas para sentirte feliz y esta noche no necesitas sentirte feliz, tampoco pretender que nada pasó, sino simplemente comprender que lo que te viste forzada a hacer hoy, no eres tú. Saldremos de esta mierda lo dos juntos.
Julieta se dejo caer hacia mi lado. Su cabeza acabó en mi hombro.
—Te amo —le dije al cabo de besar su frente otra vez.
—Y creo que yo estoy enamorándome de ti.
—Es inevitable, princesa —bromeé.
—Idiota —me dijo.

—Tu idiota, solamente tuyo para toda la eternidad.
Julieta se prendió de mi brazo derecho con sus dos manos. La vi dejar caer sus parpados.
Sentí su respiración tornarse más lenta y profunda.
Supe que se quedaba dormida otra vez.
Lorenzo apareció por la puerta y me hizo unas señas para luego con un mando a distancia, alzar el portón para vehículos.
Cerró la puerta y yo encendí el motor otra vez, las luces de mi coche iluminaron el camino y más allá, el jardín que al fondo tenía uno de los tantos edificios que componía el completo de la escuela, el templo, lo que alguna vez fuera un seminario que hoy se utilizaba para retiros, y demás edificios. Lorenzo tenía habitaciones vacías de sobra aquí.
Desde dentro, Lorenzo me hizo señas de que entrara.
Entré con mi coche a baja velocidad y siguiendo sus indicaciones lo llevé hasta las cocheras a unos metros de allí, cuyas puertas él abrió para mí con uno de los mandos.
Para cuando bajé del coche dejando a Julieta dormida en el asiento del acompañante él ya estaba allí.
—¿Qué pasó, está herida?
—No, solamente drogada y algo borracha.
Su mueca fue de extrema sorpresa.
—Necesito un cuarto para ella y que me prestes tu bicicleta.
—¿Qué?
—Pasaremos la noche aquí. Tengo que ir a buscar su coche al Verona. No puede quedarse allí o llamará la atención.
Lorenzo parpadeó a toda prisa.
—Te lo explico todo luego. Corre prisa, Lorenzo.
—Sí, bien, los ubicaré en mi piso. Hay dos habitaciones bonitas allí.
—Solamente necesitamos una.
—Ni en tus sueños Romeo Montesco.
Lo dejé estar por el momento.
Lorenzo me ayudó a llevar a Julieta hasta una habitación a unas puertas de la suya. Ella no se despertó.
En su bolso busqué las llaves de su choche y le pedí a Lorenzo que se quedara cuidando de ella hasta que regresara.
Lorenzo me prestó un juego de llaves y me dijo donde estaba la bicicleta.
Regresé al Verona pedaleando.
Me costó unos buenos cinco minutos encontrar el coche de Julieta en las inmediaciones del club. Me dio la impresión de que nadie había notado nada extraño porque todo lucía tranquilo.
Cargué la bicicleta en el maletero y regresé a Julieta y a Lorenzo. Por supuesto, Lorenzo me esperó despierto en el cuarto en el que la instaláramos, para interrogarme sobre lo sucedido. Las respuestas a sus preguntas se las di en la cocina, mientras bebíamos té que él preparara.
Ahora que estaba al tanto de todo, Lorenzo era por completo presa de una preocupación que me provocó culpa; él no paraba de ponerse en riesgo por mí, por nosotros.
—En verdad es que no comprendo cómo es que su padre y el tuyo, no entran en razón. Cómo es que no ven lo que han hecho de ustedes, a la vida a la que los han empujado.
No podía decirle nada más de lo que repitiera para él cientos de veces. No era la primera ocasión en la que Lorenzo y yo discutíamos sobre el tema.
—Ustedes dos siempre fueron tan buenos niños.

Bajé mi té sonriéndole.
—Lo eran. Sé lo que piensas de ti. Ustedes lo eran, aún continúan siendo buenos niños. El Señor debió protegerlos mejor, yo debí protegerlos mejor. Nada de lo que hice fue suficiente.
—Lorenzo, nada de esto es tu responsabilidad.
—Lo es. Debí… —su mirada se quedó sobre mí, cargada de angustia.
—Hiciste más que nadie por nosotros. Y esto…
—Esto no es nada.
—Por supuesto que lo es. Julieta y yo estamos aquí, contigo, seguros. Una vez nos dijiste que era nuestra casa y sé que continua siéndolo. Sabes que no cualquiera estaría dispuesto a abrirle la puerta a alguien como nosotros.
—No hables así, eres un poco travieso pero sé que sentarás cabeza pronto. Puedo sentirlo, verlo en tu rostro.
Sonreí sin despegar los labios.
—Sí, eso mismo. Lo veo en ti pero no creas que por eso, te permitiré dormir en el mismo cuarto que ella.
—¡Lorenzo! —me quejé riendo.
—Ella descansa tranquila.
—Y yo solamente descansaré tranquilo si la tengo a mi lado, si puedo cuidar de ella durante la noche.
—Mi habitación está pegada a la suya.
—Lorenzo, por favor, Julieta y yo ya no somos niños y para que lo sepas, nosotros —me interrumpió de inmediato.
—Siquiera quiero escucharlo. Como sea, es mi casa y no dormirás en su habitación.
—Esperas demasiado de mí.
—Romeo, te lo advierto.
Reí.
—Hablo en serio.
—Y yo. Sabes que te quiero, ¿no?
—Y yo a ti pero no me convencerás con eso.
—Eres como un padre para mí.
—Por eso mismo, compórtate como si fueras mi hijo.
—No podría vivir sin follar.
—¡Romeo! —se quejó. Escuché su grito alejarse lejos de la amplía y cavernosa cocina, por los fríos corredores de este en enjambre de edifico que siempre me pareciera poco menos que un misterioso laberinto de intrigantes puertas.
Era cierto, aquí, en la cocina con él, los dos bebiendo té en mitad de la madrugada, se sentía mucho como mi hogar.
—También te amo, Lorenzo.
—¡Niño! —resopló falsamente enojado.
Me quedé mirándolo a los ojos.
—¿Qué será lo próximo que saldrá de tus labios? —soltó intentando mantener la pose de enojo.
—Gracias. Te debo mi vida, mi futuro.
—Romeo, no empieces con eso otra vez.
—Es cierto, no haces otra cosa que salvar mi pellejo una y otra vez. Bien, es más que mi pellejo lo que salvas.
—Sí, estoy intentando salvar mis esperanzas, también.

—¿Tus esperanzas?
—De que la humanidad puede mejorar, de que aún queda esperanza por justicia.
Se me formó un nudo en la garganta, la justicia que yo conocía era la del tipo que Julieta se viera en la necesidad de imponer hoy.
Perdí la sonrisa y por supuesto, Lorenzo lo notó de inmediato.
—En la mañana hablaré con ella.
—Gracias, Lorenzo.
Alzó su bebida y sorbió un trago.
Bajó un poco la taza.
—Aún así, no dormirás en su cuarto.
Se me escapó una carcajada.

XI
Sin escape.

Lo que fuera que estuviese soñando, no era agradable. Desperté con una presión en el pecho que no era otra cosa que culpa. Abrí los ojos y vi el simple techo de estuco amarillento por el paso del tiempo sobre el cual sentí que reverberaban mis desesperadas exhalaciones; mi respiración era un desastre, también los latidos de mi corazón el cual temí no fuese a recuperarse. Creí recordar que había soñado con sangre pero no tenía idea de la sangre de quién; el sueño fue una

pesadilla, la angustia todavía estaba en mí así como el sudor que pegoteaba mis ropas a mí.
Por la rigidez sobre mis muslos comprendí que aún llevaba mis jeans. La camisa de gasa que se enredara en mi torso estaba medio enganchada en mi hombro derecho.
El sudor empapaba las sábanas por debajo de mi espalda y mi cabello en mi nuca.
Parpadeé un par de veces en un intento de aclarar mi cabeza.
¿Romeo? Había visto a Romeo, ¿no?
¿Había vomitado en su coche?
Mierda que no tenía idea de dónde estaba.
Cerré los ojos con fuerza y fue así que registré el dolor de cabeza y lo revuelto que tenía el estómago.
Se me escapó un quejido. Inspiré hondo y abrí los ojos otra vez.
Mi vista cayó primero en la puerta a no mucho más de metro y medio de los pies de la sencilla cama de madera en la que me encontraba, en el crucifijo sobre esta, en la austeridad de las paredes blancas.
Romeo había dicho que me llevaría a un sitio en el que siempre habíamos sido bien recibidos sin importar qué, o al menos eso creía recordar.
—Lorenzo —entoné en un susurro que al instante fue respondido por una inhalación profunda y tranquila que sonó a mi izquierda.
Moví mi mirada pasando por encima de mis piernas cubiertas por una sábana blanca. Mis pies y los de mi acompañante estaban cubiertos por una manta marrón.
Quise girar la cabeza para ver su rostro, para confirmar que el perfume que percibía era el suyo y el cuello me dio un tirón. Mi espina parecía haberse solidificado con el correr de la noche que debía estar apenas clareando porque la luz que entraba por las hendijas de la contraventana aún era grisácea y pálida.
Se me escapó otro quejido de dolor del cual se hizo eco el resto de mi cuerpo.
—Putas pastillas —gemí porque sabía que la culpa de esto no la tenía el alcohol.
Fueron las pastillas que compré para intentar olvidar lo que hiciera.
Así sin más, los recuerdos regresaron a mí.
Mi primo llorando en brazos de su madre en su cama de hospital.
Mi arma sobre la frente del sujeto, él llorando, rogándome que le perdonara la vida, jurándome que me guiaría hasta quien le había pasado el dato de dónde tenía Teo su deposito; una y otra vez lloró que podía encontrar al soplón que traicionara a mi primo.
Me encontré sin escape porque de esta culpa, no me libraría nadie.
Lo intenté otra vez, moviéndome lentamente. Giré mi entumecido cuello para toparme con su perfil.
Romeo dormía plácidamente a mi lado con su cabello azabache desparramado sobre la almohada. Su frente suave en una pendiente que acababa en sus pronunciadas cejas, sus parpados relajados con sus pestañas posadas sobre los perfectos picos que eran sus mejillas; el ángulo de su nariz recortado en la claridad que entraba por las contraventanas.
Iba en camiseta blanca y su brazo derecho estaba cruzado sobre su abdomen.
A la deliciosa visión de él profundamente dormido a mi lado, le sonreí.
Enfrentando a mi cuerpo que no quería moverse, me coloqué de lado para tener una mejor vista de él.
Romeo despegó sus labios rosados y movió el índice de su mano sobre su estómago.
Estiré mi cuello para mover mi cabeza sobre la almohada aproximándola a él.
Inspiré hondo viendo su cuello, su oreja, su cabello a centímetros de mi nariz.

Tampoco tenía posibilidad de escapar de él. No quería escapar de él ni de lo que sentía por él cada vez que lo tenía cerca, de lo que me pasaba cuando la distancia nos separaba solamente físicamente.
Tuve la impresión de que jamás lograría convencerme de que esto entre nosotros en verdad sucedía. Creía haberle contado, al menos someramente, lo que hiciera el día anterior y él aún estaba aquí, conmigo.
—¿Por qué? —susurré y él no respondió.
Estiré un poco más el cuello, como no alcancé su piel, me moví por encima del colchón para pegarme a él un poco más. Romeo no despertó siquiera cuando mi nariz rozó su oreja. Besé su lóbulo y él continuó respirando lenta y pesadamente.
—Mi soñador —susurré y pese a que continuó durmiendo, me dio la impresión de que sus labios se curvaban en una tímida sonrisa—. Me desarmas —le dije y mi cuerpo se hizo eco de mis palabras. Se me puso la piel de gallina. Mi carne comenzó a despertar de verdad—. Me curas —admití ahora estremeciéndome por dentro. Sentí en mi pecho, la sacudida que dio mi corazón—. Eres mi esperanza Romeo Montesco—. Alcé la cabeza. Mis labios buscaron la comisura de los suyos, la cual besé con delicadeza. Mis labios se quedaron sobre los suyos y mi mirada puesta en sus estupendas y tupidas pestañas. Aparté un poco mis labios y sonreí—. Ahora que estás dormido puedo decirte que eres el sujeto más sexy que conociera jamás —tonteé. En realidad era mucho más que eso, muchísimo más que eso.
Romeo al instante movió los ojos por debajo de sus párpados.
Lo sentí tomar una profunda inhalación.
Apartó los parpados y el zafiro de sus ojos, oscurecido por sus pupilas dilatadas, me encontró. Sus pupilas se encogieron un poco cuando su mirada enfocó sobre mi rosto.
Alzada sobre mi codo izquierdo, le sonreí.
—Buenos días.
Sus buenos días fue una sonrisa enorme que se desplegó en su boca, en sus sexis labios.
Nadie en este mundo sonreía como Romeo.
—Gracias —mi voz no fue mucho más que un susurro porque muchas palabras se apelotonaron en mi pecho, necesitando salir sin poder; era demasiado lo que necesitaba decirle.
—¿Gracias? —me contestó su varonil voz ronca por el sueño.
—Por esto.
—¿Por meterme en la cama contigo? —me dijo con una sonrisa pícara en los labios.
Con mi mano izquierda fui a pellizcar lo que no sobraba de piel o grasa en sus abdominales.
—No toques la mercadería si no vas a comprar nada —jugó.
—¿Y quien te ha dicho que no quiero comprar nada?
—¿Tienes con qué pagar? No vendo fiado.
—Pon el precio —respondí siguiéndole el juego porque en verdad, lo que menos se me antojaba era discutir sobre ayer o anoche.
—El precio —canturreó—. Que sepas que mi cuarto en verdad está al otro lado del pasillo y que tuve que esperar mucho rato a que Lorenzo se durmiera de una puta vez. Estuvo cuarenta y cinco minutos con la luz de su cuarto encendida, podía verla por debajo de su puerta.
—¿Cómo es eso?
—Que desde ya me dijo que no me permitiría dormir en tu cama. No aseguramos de que estuvieses bien y luego me mandó a dormir al otro lado del corredor. Su cuarto es el de al lado —con su barbilla, la cual se me antojaba morder, apuntó hacia su derecha por detrás de mí—. De modo que comprenderás que el riesgo de meterme en tu cama a hurtadillas, sube el precio.

—¿Qué otros riesgos corriste por meterte en mi cama?
—Bueno, tu compañía es adictiva. Si no puedo alejarme de ti, no podría ir a trabajar. Eso provocaría severas repercusiones en mis negocios.
—¿Ah sí?
—Sí, porque incluso logrando salir de esta cama, mi cabeza no servirá de mucho. Estimo que de por vida, no podré hacer otra cosa que pensar en ti.
—¿Pensar en mí como? —susurré bajando mis labios a los suyos otro vez. Fue apenas rozar mi piel contra la suya para sentir la palpitante necesidad entre mis piernas. Quería su boca en mí, su erección moviéndose dentro de mí.
—No de un modo inocente—. Su sonrisa fue fuego, uno capaz de derretir acero.
Reí.
—¿Entonces qué, cuál es tu precio?
—Un beso.
—¿Un beso? ¿Nada más?
—Eso, que me permitas besarte.
—Mi boca es un asco. No sé lo que me vendió —me detuve porque sentí que si continuaba, una avalancha me llevaría por delante para revolcarme cuesta abajo.
—Estoy seguro de que tu boca sabe tan bien como siempre pero no me refería a besar tus labios.
Sonreí.
—¿No?
—No.
—Mi precio es mi cabeza entre tus piernas.
Mi interior se contrajo de gusto.
—¿Ahora? —la pregunta se me escapó en un jadeo.
—Ahora y luego me follas como quieras.
—Lorenzo está en la habitación de al lado.
—Será más divertido —contestó con su mirada lanzando chispas—. Me encantará verte intentar aguantarte los gemidos de placer porque te lo advierto, no podemos despertarlo. Claramente me dijo que si me metía aquí poco menos que me desheredaría.
—¿Eso te dijo?
Más tarde discutiría sobre Lorenzo con él porque intuía que nuestra presencia aquí era mucho más que un favor. Dudaba que pese a que Lorenzo en verdad era un buen hombre que intentaba mantenerse al marguen de la guerra entre nuestras familias y mucho más que eso; de pequeña lo había visto esforzarse por conseguir que Romeo y yo nos olvidásemos de la enemistad que nuestros padres se esforzaban por inculcarnos, se involucrarse así, a este nivel de riesgo en esta locura, desde ya que no era solo poner paños frescos para aplacar el ardor de las llamas. Esto para él era meterse directamente en el infierno y debía saberlo.
Romeo asintió con la cabeza.
—¿Y qué hay de tus jadeos cuando te folle? —mi mano bajo por sus abdominales para encontrar la cintura elástica de su ropa interior.
Romeo siseó al inspirar entre sus dientes cuando mi mano descendió para tomarlo por encima del suave algodón. Su cuerpo comenzaba a dar señales de que así como le sucedía a mi interior, esta conversación le afectaba.
—¿Vas a poder quedarte en silencio?
—Joder —gruñó cuando cerré mi mano sobre él. Tenerlo así en mi mano, sintiendo su peso, su tamaño, me hizo desearlo dentro de mí todavía más.

—No creo que vayas a poder mantenerte en silencio.
—No, no lo creo. Contigo es perder la cabeza y lo prefiero así. Con nadie ha sido jamás tan libre.
—Vamos, no necesitas decir esas cosas —medio aparté la mirada, medio me sonrojé. No estaba acostumbrada a los elogios, menos que menos a las declaraciones de amor o afecto, siquiera a las que involucraban que entre mi persona y quien me dedicaba el elogio pudiera existir una relación sincera y desinteresada de esas que llevaba una vida deseando y necesitando. Sus declaraciones hacia mí me hacían sentir más segura de mí misma y al mismo tiempo aterrada porque si tenía y luego perdía la proximidad, el amor y el cariño, no lo resistiría.
—Porqué no habría de decir que contigo no temo hacer el ridículo. Que a tu lado, puedo ser el idiota que soy sin miedo a lo que puedas pensar de mí. No es que crea que pienses que soy un idiota, lo que digo es que a pesar de que sabes que soy un idiota, te quedas conmigo.
Sus palabras me dejaron muda.
—Si me acobardo espero que me tengas paciencia y sé que no irás a los medios a decir que soy un imbécil, por dinero, y no porque no necesites el dinero o porque no puedas hablar de nosotros sino porque somos tú y yo. Y entre tú y yo… —Romeo se detuvo un instante—. Cuando estoy contigo mis escudos de defensa no funcionan. Cuando estoy contigo no puedo actuar y la realidad es que ni quiero. No tengo intención de intentar convencerte de que no soy otro que yo.
—Romeo —susurré.
—Esto que ves es lo que soy y lo sabes. Y si aún no te largas…
—Si no te largaste tú anoche. No estoy muy segura de cuanto te conté…

—Lo que sucedió ayer… Te he visto, Julieta, tengo toda la vida viéndote. Ayer no fue más que una consecuencia de esta puta vida que no pedimos, de la vida que dejaremos atrás porque esa es nuestra elección.
—Yo en ti vi lo que quise ver.
—No discutiremos eso otra vez, no tiene sentido.
—Tal vez debieras largarte y buscar a alguien normal.
—¿Normal? —rio bajito—. ¿Normal cómo quién? ¿Qué crees que significa eso?
—Alguien que no —Romeo alzó la cabeza de la almohada para presionar sus labios sobre los míos.
—Te lo dije anoche, lo repito ahora. Te amo —susurró frente a mis labios, viéndome a los ojos —. Y ahora te jodes porque eres el amor de mi vida y no tengo intención de… —se detuvo junto con mi respiración.
¡Joder con Romeo Montesco!
—Permíteme convencerte de que somos el uno para el otro —continuó—. Comenzaré besándote, seguiré por pasar el resto de mi vida contigo.
—Romeo…
—Te amo y me gustas, te amo y tenemos una vida de historias juntos.
Hice una mueca.
—La tenemos, se la relataremos a nuestros nietos. Ellos se aprenderán de memoria la historia de cómo sus abuelos pasaron de enemigos a amantes.
No pude más que reír.
—Tan solo piensa en todos los recuerdos que forjaremos juntos de ahora en más —se quedó un instante viéndome a los ojos—. Los dulces —besó mis labios otra vez—, los ardientes —otro beso —, los felices. Cada momento entre tú y yo será real, tan real como somos cuando estamos juntos porque somos tú y yo y entre nosotros no hay máscaras que valgan.
—No, no la hay —susurré.
—No —su mirada azul descendió hasta mis labios, permaneció allí un instante y luego regresó a la mía—. Me permites besarte ahora, porque te lo aseguro, con tu mano ahí —se detuvo y gruñó —. Tengo un par de minutos entrenando para monje y si bien está saliéndome de puta madre… joder, cuanto me folles se enterarán en toda la ciudad. Lorenzo me quitará la palabra.
Sonreí.
—No te rías, mi polla y mis huevos están en tu mano y he estado haciendo fuerza para que no se me ponga dura. Comienza a flaquear mi decisión. No quería quedar como el tipo que solamente puede pensar en follar mientras se hablan de temas serios pero me afectas. Te amo y mataría a todo el mundo por ti pero en este instante, necesito hacerte el amor o mi cerebro comenzará a recalentar me estallarán los huevos.
—¿Besarme, dices? —jugué moviendo mi mano por encima de él.
—Joder, recuéstate y ya no me mires así, y por cierto —su mano derecha atrapó mi muñeca—. Deja de hacer eso al menos por unos minutos. Primero mi boca en ti, luego lo que tú quieras.
Su boca en mí… mi interior estalló en llamas. Deseaba sentirlo dentro de mí, su pecho pegado al mío, el peso de su cuerpo… mis dedos deslizándose sobre sus tatuajes.
Al instante bajé mi mirada hasta sus labios.
—Recuéstate —susurro.
Quité mi mano de él poniendo cara de pena. En verdad me daba pena, tenía ganas de tocarlo, de sentirlo ponerse duro entre mis manos.
—Te lo aseguro, es tuya, puedes soltarla por un momento.

Sonreí.
—Es tuya y se muere de ganas de entrar en ti —me dijo comenzando a incorporarse. Me senté con él pero no pude ir muy lejos porque Romeo tomó mi cuello con su mano izquierda y ladeando la cabeza, buscó mis labios, quise apartar mi boca y él no me lo permitió. Sus carnosos labios tomaron los míos una y otra vez con movimientos sinuosos que me llevaría a la locura porque cada rose fomentaba mi deseo tanto como las fracciones de segundo en las que sus labios se apartaban de mí. Como no desear a esto que era él, carne sustentada por un corazón enorme que no tenía idea de como cabía en su pecho. Fuerza, buen humor, dulzura, y por momentos, ese macho alfa que había pasado por demasiadas camas para contra toda previsión, acabara en la mía jurándome amor.
Mi enemigo, este idiota que toda la vida me afectó muchísimo más de lo que me permitiera admitir. Romeo, mi Romeo, este que despacio deslizó su lengua entre mis dientes, buscando la mía. El mismo Romeo cuya mano se movió hasta mi nuca para cerrar sus dedos sobre mi cabello lo que provocó que se me escapara un jadeo de placer al que él sonrió con malicia, interrumpiendo el beso.
—Estoy loco por ti.
Mis manos desesperadas se lanzaron hacia su camiseta, quería su piel contra la mía en este instante. Encontré la cintura de la prenda y tiré hacia arriba.
Romeo soltó mi cuello y me ayudó en la tarea de desvestirlo de la cintura para arriba.
Sus tatuajes, joder con sus tatuajes, con lo sexy de sus labios hinchados por besarme.
Si alguien lo tocaba sin mi permiso, si él se atrevía a tocar a alguien, correría sangre. Sabía que pese a ayer, no lograría contenerme.
Romeo dejó caer la camiseta sobre la cama y me miró.
—Princesa —susurró ante mis labios.
Sin apartar mi mirada de la suya, comencé a soltar los botones de mi camisa.
Él no hizo el amago de ayudarme y no me quejé, supe que disfrutaba de verme desvestirme para él.
Su mano derecha vino a posarse sobre mi muslo izquierdo por encima de las mantas, su izquierda acabó en mi rodilla cubierta por mi pantalón vaquero.
—Eres tan bella —jadeó cuando solté el anteúltimo botón—. Mataría por ti. Lo haré. Julieta —jadeó y perdió la voz.
Solté el último botón y me encogí de hombros para permitir que mi camisa se deslizara por mis hombros hacia abajo. Moví un poco los brazos y con eso bastó para que la amplia y vaporosa prenda abandonara mi cuerpo.
—¿Te he dicho que tienes los pezones más perfectos del mundo? —soltó siendo muy él.
Bajé la vista hacia mis pechos cubiertos por la fina y semi transparente tela celeste bordada con flores del mismo color. Estaba excitada y mis pechos se habían hecho eco de la situación, de hecho, el rose de la prenda me enloquecía desde un par de minutos atrás.
—Y tus pechos… —sus manos se movieron por mis muslos hasta mis caderas.
—¿Qué tienen mis pechos?
—Permite que te muestre qué tienen tus pechos —me dijo tomándome por la cintura para tirar de mí hacia arriba.
Alzada sobre mi rodilla, bajé la cabeza para mirarlo a los ojos.
Las manos de Romeo soltaron mi cintura para moverse hacia mi espalda y allí buscar el broche de mi sostén el cual encontró al instante soltó.
En sus dedos entrelazó las tiras a la altura de mis hombros para deslizarlas despacio por mis

brazos, descubriéndome.
Con cuidado apoyó mi sostén junto a él sin apartar sus ojos de los míos. Así, viéndome subió su mano derecha hasta mi pecho izquierdo. Lo primero que tocó mi carne fue su pulgar el cual aterrizó sobre mi pezón mientras el resto de su mano, con una delicadeza extrema, cubrió el costado de mi pecho.
Romeo se movió un poco hacia delante y lanzándome una última mirada que supe era una advertencia, apartó sus ojos de los míos para bajar un poco su boca a mi pecho.
Su pulgar se alejó por el otro costado de mi pecho y así me sostuvo.
Con su respiración, acarició mi piel y luego…
Su saliva, la textura de su lengua… di un respingo de placer el cual me cortó la respiración.
Romeo espió hacia arriba por debajo de sus tupidas cejas negras. Así, viéndome a los ojos, volvió a lamerme otra vez con un movimiento en extremo lento que se me hizo eterno. Su lengua dejó mi pezón pero no se alejó de mí, marcó un círculo perfecto en mi pecho con su lengua mientras su mano derecha se movía por mi cintura para ir a instalarse en la parte baja de mi espalda.
Su lengua pasó otra vez por mi pezón y pude sentir que la humedad en mí era más que evidente; me encontré necesitando tocarme o mejor, que él me tocara. Me estremecí de gusto otra vez.
—Esto es lo que tienen tus pechos —susurró viéndome a los ojos.
Sin aviso previo, Romeo tomó mi pezón entre sus dientes y tiró un poco. Fue placer y dolor. Mi mano voló hasta mis labios para atrapar dentro de mi boca el gemido de placer que se me escapó. No llegué a apartar la mano porque entonces él me tomó entre sus labios, con su boca y succionó para luego todavía sin soltarme, deslizar su lengua sobre mí mientras le daba un apretón a mi pecho.
Sentí que mis dos pezones se ponían en carne viva y que mis pechos se ponían duros de deseo. Así, con su boca en mí, me moví para terminar de acomodar mis rodillas una a cada lado de su muslo izquierdo. Me senté sobre él y comencé a moverme hacia delante y hacia atrás por su pierna. Mi acción provocó que la mano de Romeo se cerrara con fuerza sobre mi pecho, que su brazo izquierdo acabara de rodear mi cintura para guiar los movimientos hacia arriba y hacia debajo de mi pelvis sobre su muslo.
Iba a correrme en mis jeans sobre su pierna y joder que no podía importarme menos, siquiera si Lorenzo nos escuchaba; tampoco tenía filtro con Romeo, no se me antojaba fingir que él me enloquecía, que lo deseaba con todas mis fuerzas y que quería escucharle decir un millón de veces más, que me amaba.
Mis caderas se movieron de un lado al otro, buscando las partes más duras de su muslo, gemí de gusto tomándolo por la cabeza mientras él me enloquecía con su boca en mí.
Romeo apartó su boca de mí y alzó la frente para regalarme la visión de su espléndido rostro.
—Déjame darte lo que necesitas.
Su otra mano llegó a mi cadera.
Me detuve.
—Quiero que te corras en mi boca, no sobre mi pierna.
Moví mi pelvis sobre su muslo otra vez porque sus palabras lo provocaron, porque no pude evitarlo.
—Quitémoste esos vaqueros, los cuales por cierto, permíteme decirte, hacen que tu culo se vea como mil millones de dólares. En realidad tu culo es de mil millones de dólares pero estos vaqueros… no tienes piedad de los hombres que se cruzan por tu vida—. Se detuvo para relamerse los labios—. No tengas piedad de mí—. Tomándome con una seguridad que agradecí

porque tuve la impresión de que no me quedaba cabeza para nada, me apartó un poco para él también alzarse sobre sus rodillas. Me empujó hacia abajo buscando mis labios. Fue un beso ardiente y demandante con el que me encontró para acabar de empujarme contra la cama.
Sus labios, su lengua y sus dientes me convencieron de que lo que estaba a punto de hacerme me volaría la cabeza.
Mi cabeza contra el colchón, su boca devorándome, el peso de su pecho sobre el mío, contundente, masculino; Romeo exudaba la más varonil de las esencias por su piel.
—Julieta —gimió apoyando entre mis piernas su erección. Fue su turno de moverse sobre mí.
—Vamos directo al grano —le pedí.
—No, ni borracho, primero voy a besarte.
—Pero… —mi mano derecha se metió entre nosotros para buscar su erección, casi lo logro; Romeo tomó mi muñeca, así, sosteniéndome alzó mi mano por encima de mi cabeza. Se acarició contra mí otra vez—. Paciencia, princesa.
—Romeo.
—Te juro que no se va a bajar y que no voy a correrme hasta entrar en ti.
Mis ojos se dieron vuelta dentro de su cuencas al imaginarlo corriéndose dentro de mí.
Soltó mi mano y se despidió de mi boca con un beso que no fue más que el aleteo de una mariposa sobre mis labios.
Alzándose sobre sus rodillas, entre mis piernas, buscó el botón de mis jeans. Lo soltó y fue como si alguien abriese mi pecho en dos. Sus dedos buscaron el zipper, en cuanto empezó a deslizarlo hacia abajo, la abertura en mi pecho se abrió exponiendo mi interior. Me entregué por completo al dar con su mirada azul inmensa y profunda, la cual él me ofrecía sin pudor, sin miedo y por sobre todo, sin duda.
Romeo tomó la cintura de mis jeans y despacio, comenzó a tironear hacia abajo. Alcé un poco el trasero para facilitarle la tarea. En aquella operación, medio se llevó mis bragas pero estas se quedaron enganchadas por debajo de mi cadera, apenas al borde de mi pelvis cuando él alzó el pantalón, casi llevándose mis piernas también.
En sus labios apareció una sonrisa juguetona que algo tenía de predatoria lo cual no me molestó en lo absoluto.
Los pantalones medio se trabaron en mis pantorrillas al quedar del revés. Con una de sus deliciosas muecas tontas tironeó para soltarlo de mis tobillos y talones.
La victoria brilló en su mirada cuando logró su cometido, además de eso, el muy bobo hinchó el pecho al cabo de arrojar mis vaqueros a un lado.
Flexionó los brazos y, venas y músculos se marcaron por debajo de los tatuajes. La tensión en su cuerpo empujó su pelvis hacia el frente, su pelvis y su magnifica erección la cual era imposible de ocultar por sus boxers negros.
—Ahora sí, prepárate para sufrir.
Me sonreí.
—¿Sufrir?
—No te será tarea sencilla aguantarte los gemidos de placer que te provocaré.
—Romeo —no logré decirle nada mas porque de inmediato él se inclinó hacia delante para con un dedo, enganchar el borde de mis bragas, apartarlas un poco y en lo alto de mi pelvis, poner un beso; se me puso la piel de gallina del gusto, él no se demoró en continuar con su tarea; lo siguiente fue tomar la cintura de mis bragas para deslizarlas lentamente hacia abajo, descubriéndome por completo.
—Amo tu cabello así largo —le dije cuando él se acostó frente a mí, para tomar mis muslos y

acercar su rostro a mi cuerpo que palpitaba por él.
Busqué unas hebras de su cabello negro en lo alto de su cabeza luego de acariciarlo y allí, enredé mis dedos, Romeo sonrió complacido y con una mirada felina en los ojos, viéndome a los ojos, descendió con su boca sobre mí, despacio, muy despacio.
El primer contacto entre mi cuerpo y su boca fue un beso casi sublime que no pude decidir si fue real o imaginario, fue como si me tocara con energía, energía pura, radiante y poderosa que fue absorbida por mi cuerpo para que yo pudiera sentir con una sensibilidad extrema, ese era el efecto que él causara en mí.
Si aquella primera oleada de sensaciones fue intensa, la segunda, cuando Romeo buscó mi clítoris con su lengua fue sencillamente avasalladora, por un instante mi visión se puso en blanco, mi cuerpo tembló y creí que moriría de gusto y felicidad.
Su boca al cubrirme me regresó a la vida para luego arrebatármela otra vez con su lengua al moverse ejerciendo presión sobre mí. Mi puño se cerró sobre su cabello; el tirón que le di no fue intencional pero sí bien recibido, Romeo gruñó con su boca sobre mí, entre mis piernas y la vibración de aquella demostración de placer fue una ola expansiva que se expandió por mi cuerpo para al final llegar a mi cabeza y hacer sonar todas las alarmas.
Aún escuchaba el agudo sonido de campañillas cuando él regresó a su tarea sobre mí, tarea que ejecutó con maestría, buscando mi lado más sensible, ocupándose de aquel nudo tenso de placer con besos, con la presión de su lengua y la succión de sus labios.
Estaba tan sensible de placer que el corazón por poco y se me escapa por la garganta cuando uno de sus dedos encontró mi entrada para tentarme con deliciosos círculos lubricados por mi propia humedad. Como llamándolo, mi interior se contrajo una y otra vez y mis abdominales bajos alzaron mi pelvis hacia su boca, con la cual, por cierto, él no me daba tregua. Su dedo se detuvo justo sobre mi entrada y con él deteniendo su boca para alzar su mirada y verme a los ojos, entró en mí.
—Romeo —jadeé sonando desahuciada. Lo estaba, aquí no quedaba trinchera en la que ocultarme, no quedaba defensa posible.
Con él sin parpadear, su dedo me penetró lentamente, saboreando cada segundo del proceso al igual que yo. Romeo entró en mí y ni bien sus nudillos se frenaron ante mi entrada, hizo que su dedo recorriese el camino contrario. Salió de mí pero no por mucho por lo que no tuve tiempo de reclamarle que entrara en mí otra vez.
Su dedo esta vez entró firme y decidido a buscar mi placer. En cuanto me tocó, mi cuerpo dio una sacudida.
Me retorcí por dentro de gusto mientras él me acariciaba, por dentro con su dedo, por fuera con su lengua.
Acaricie su cabeza, su cabello, entoné su nombre un millón de veces y le rogué por favor cuando su dedo salió de mí.
Romeo me hizo caso para a continuación penetrarme con dos de su exquisitos dedos de prolija manicura, sus dedos tatuados… sus gloriosas manos que nadie podía negarle, sabían hacer milagros. Lorenzo tendría que perdonarle todo pecado estas manos, a él. Sus manos… sus dedos eran la gloria, la elevación divina que me arrancó de los dolores y las tristezas y, por sobre todo, de la vergüenza que yo no quería soltar porque sin importar si Dios me concedía el perdón, ni mi cabeza ni mi corazón olvidaría jamás lo que hiciera.
Sus dedos entrando y saliendo de mí, su boca succionando y mordiendo con su mirada sobre mí y su respiración chocando sobre mi pelvis me arrancaron a los tirones la sangre que ya no se veía en mi piel. Casi pude escuchar los estallidos en mi pecho cuando los amarres se reventaron por la

tensión porque de un lado tiraba la vergüenza y del otro, la felicidad que Romeo me provocaba.
La felicidad fue más fuerte y todo salió volando por el aire incluido el *te amo* que solté en un jadeo y que fue un evento aislado al poderoso orgasmo que a continuación sacudió mi cuerpo para quitar de encima de mi piel las cenizas de lo malo que su compañía quemaba.
Un torbellino llamado Romeo Montesco sacudió mi existencia para eliminar la suciedad que le quitaba el brillo a todo en mi vida.
Tapándome la boca, continué chillando, repitiendo su nombre hasta que él trepó por mi cuerpo para devorar su nombre de mis labios, dándome oxigeno puro que respirar.
—Te amo, te amo, te amo —susurró sobre mi boca viéndome a los ojos.
Con mis manos en su rostro, besé sus labios, sus cejas, su frente.
—Te amo, Romeo Montesco.
Romeo sonrió pero no fue una sonrisa de suficiencia, tampoco una de victoria provocadora, fue paz, sus labios al besar los míos con ligereza fueron paz.
Lo que no fue paz fue su erección apretada contra mí y mis ganas de él dentro de mí pese a que mi interior todavía sufría los espasmos del orgasmo que acababa de darme.
—¿Puedo hacerte el amor ahora?
Su siguiente sonrisa valió todas las penurias que pasara en mi vida.
—Sí mi amor, soy tuyo, has de mí lo que quieras. Ámame, consúmeme, eres dueña de todo.
—Zalamero.
En respuesta a mi acusación, movió su erección por encima de mí.
—Mi reina, decididamente eres mi reina. Mi reino es tuyo, todo lo que soy, todo lo que tengo es tuyo.
—Bien —le dije poniendo mis manos sobre su pecho para empujarlo hacia arriba para apartarlo de mí.
Romeo me dejó recostarlo de espalda entre mis piernas, me aparté hacia un lado para que pudiese terminar de acostarse. En cuanto estuvo extendido sobre la cama, pasé mi pierna derecha sobre sus caderas para acomodarme a cada lado de él sobre sus rodillas. Bajé despacio sobre él hasta que mi cuerpo húmedo hizo contacto con el suave algodón de su ropa interior. Bajé mis palmas a su pecho, una quedó sobre él *hasta que la muerte nos separe* tatuado sobre su lado derecho. Mi otra mano se movió hasta la palabra *puro* tatuada en la base de su cuello. Él de inmediato cubrió mis manos con las suyas y así con aquella unión que se completó con sus dedos atrapando mis manos, comencé a moverme hacia delante y hacia atrás, sobre él.
—Julieta.
—Romeo.
—Joder —gruñó cuando me quedé sobre lo alto de su erección para allí, dibujar círculos entre nosotros.
—Eres bello.
—No, pero lo que tú digas, en este momento no puedo negarte nada —articuló entre dientes apretados porque yo otra vez me movía por todo el largo de su erección.
—Es verdad, lo eres, eres bello, dulce… —mi dedos se clavaron en su carne— ardiente.
—Eso sí, ardo, me quemo, soy una caldera a punto de estallar.
Me detuve, fue mi turno de jugar mis cartas; la sonreí con malicia.
—¿Puedo sentirte ahora?
—¿No me sientes? Mi erección está como una columna de hormigón, creí que te habías dado cuenta ya.
—Dentro de mí.

—Lo que tú quieras.
Mi mano derecha soltó la suya, Romeo la dejó ir para apartar el cabello de su frente.
Con las yemas de mis dedos fui de puntillas bajando primero por entre sus tensos pectorales, pasando por encima de la araña colgando de una tela, bajé por sus abdominales que eran escalones perfectamente marcados hasta llegar a su ombligo, Romeo se estremeció debajo de mí. Apreté mi cuerpo contra él y él gimió de placer.
Alcé mis caderas y metí mi mano dentro de su ropa interior, primero di con la cabeza de su polla la cual ya demostraba lo muy excitado que estaba. Supe que se correría pronto.
Saqué su erección de dentro de sus bóxer y tomándola firme en mi puño, bajé por su largo percibiendo el calor y el tenso deseo que lo hinchaba.
—A mí me gusta tu polla, y mucho.
Su erección, pese a mi firme agarre, se estremeció sacudiéndose un poco.
—Julieta —jadeó.
Mi mano subió apretada, tirando y él bufó y gruño de gusto.
Con mi puño, pasé por encima de él una y otra vez y vi su rostro ponerse rojo en sus intentos de contenerse, de no acabar todavía.
—Joder, lo que me haces —bufó.
Mi otra mano abandonó su pecho para llegar a él. Lo tomé por su base y por la cabeza girando mis puños en sentidos contrario.
Romeo apretó los dientes, se puso morado y siseo entre sus dientes al soltar el aire que contenía sus pulmones.
Tomándolo así entre mis dos manos me alcé hacia delante y hacia arriba para acomodarme sobre él, para comenzar a acariciarme con él, humedeciéndolo de mí, humedeciéndome de él. La cabeza de su polla era como una rosa, una perfecta con la que acaricié mi clítoris hasta que los dos acabamos hiperventilando de placer.
Supe que no aguantaría más y que él hacía lo indecible para no estallar. Despacio lo moví hasta mi entrada y con mis manos, lo sostuve para sentarme sobre él un par de centímetros.
Aparté mis manos y las regresé a su pecho, él intentó mover sus caderas hacia arriba y yo me alcé teniendo cuidado de no sacarlo de mí.
—Creí que habías dicho que podía follarte como quería.
—Por Dios, Julieta.
—Quieto —le ordené.
—Mandona.
—Quieto o la próxima vez, te amarro a la cama.
—¿Harías eso por mí?
Lo enfrenté con una ceja en alto y la pose me duró un parpadeo.
Reí y bajé sobre su pecho para besar sus labios.
—La próxima —susurré sobre su boca.
—Joder —jadeó.
—Quieto —besé sus labios otra vez y empujándome por mis palmas en su pecho, enderecé la espalda otra vez.
Sus manos aparecieron en las mías otra vez.
Se quedó quieto y yo bajé despacio sobre él, sintiendo cada centímetro de su cuerpo llenándome, dilatándome, dándome placer.
En cuanto me llenó, me moví en círculos sobre él buscando espacio para nosotros. Lo encontré y despacio me alcé para comprender lo mucho que me gustaba tenerlo dentro de mí.

Lentamente, me senté sobre él otra vez y entonces ya no pude parar de moverme.
Él hizo lo posible por quedarse quieto; al final, su cuerpo acabó colisionado con el mío una y otra vez mientras ambos buscábamos el placer.
No hicimos escandalo pero nuestros bufidos y jadeos eran evidencia suficiente del sexo que estábamos teniendo, imposibles de disimular con nada más.
Creí que Romeo acabaría antes que yo y sin embargo, fue mi cuerpo el primero el perder el control con espasmo que me hizo sentir que su erección dentro de mí, era fuego puro, de tan sensible que estaba. Romeo acabó dentro de mí, cuando mi orgasmo todavía no terminaba de pasar. Lo sentí bombeando en mi interior una y otra vez lo que provocó que mi cuerpo se disparara al placer otra vez. Me moví un par de veces y el mero sonido de la humedad entre nosotros, mezclada con sus jadeos y los míos, puso en colapso mi cerebro y ya no supe ni cómo hacer para respirar, mucho menos para moverme.
Chillé de gusto y su gruñido fue absolutamente feral.
Si Lorenzo no se despertaba con esto era porque era de los que tienen un tipo de sueño que no se perturba ni porque una bomba les caiga al lado.
Caí sobre el pecho de Romeo jadeando, con él todavía dentro de mí.
Su erección se escapó un poco de mi interior. Busqué sus labios y metiendo mi mano derecha entre nosotros, atrapé la deliciosa suavidad que corría por su erección, fuera de mí, con esta en mis dedos, me acaricié. Volví a humedecerme de él y así, con mis yemas resbaladizas de él subí hasta mi pecho por mi centro. Mis dedos pasaron por mi cuello y de allí, acabaron entre mis labios. Lo saboreé en mi boca y él me vio hacerlo.
—La próxima vez, te tendré aquí —susurré sobre sus labios.
—Te tomo la palabra.
Sonriendo, lo besé.
—Te amo —me dijo viéndome a los ojos, separando sus palabras del sexo que acabábamos de tener.
—Y yo a ti.
Despacio lo saqué de dentro de mí y me recosté sobre él.
Estuvimos acurrucados bajo las mantas hasta que el canto de los pájaros se hizo demasiado evidente.
Romeo me dijo que mejor regresaba a su cuarto.
Disfruté verlo salir de la cama no vistiendo nada más que la tinta sobre su piel, para luego vestirse.
Antes de dejar mi habitación, me besó.
Quedamos en que le daría diez minutos para vestirse y bajar a la cocina que me explicó donde estaba para que yo pudiese reunirme con él allí.
Romeo salió de mi cuarto y yo me puse a buscar mis cosas.
Me puse mis bragas, él sostén y vi que sobre el modesto escritorio a un lado de la puerta, se encontraba mi bolso.
Fui a recogerlo, a mi móvil todavía le quedaba batería.
Tenía varios llamados y un mensaje de Rosalina preguntándome dónde estaba y si me encontraba bien, alguien le había dicho que me vieron entrar al Verona, incluso que me vieron comprar drogas pero nadie me vio salir. Rosalina estaba preocupada por mí.
Más tarde le respondería.
También tenía un mensaje de Paris en el que decía que me amaba y que tenía el anillo perfecto para mí. En su voz era evidente lo ebrio que estaba y en el sonido de fondo, el fiestón que lo

rodeaba. Paris además me invitaba a festejar porque sabía que yo había vengado a mi primo, me dijo que me admiraba y eso por poco y provoca que vomite mis tripas.
El siguiente mensaje era de Yago para avisarme que estaba en cama, que había vomitado la cena y no se sentía muy bien. También me contó que papá había regresado a casa furioso y que los gritos que le dedicó a mamá por estar bebida, duraron largo rato. Lamenté y agradecí que me aclarará que no había escuchado golpes si bien aquello no era garantía de nada.
Jamás dejaría de amargarme que Yago tuviese que estar pendiente de situaciones semejantes.
Durante el día me haría un rato para ir a verlo y para verificar si mi mamá necesitaba atención aunque muy probablemente, ella de cualquier modo se negase a verme porque a ojos de ella, yo era y siempre sería demasiado parecida a mi padre, motivo por el cual me despreciaba.
Arrojé mi móvil al fondo de mi bolso y me largué al pequeño baño de la habitación a higienizarme.
Ya vestida y lista –o medianamente lista– para enfrentar al mundo, salí de mi cuarto con mi bolso colgando del hombro. La puerta del cuarto de Romeo estaba abierta, la de la habitación de Lorenzo, contigua a la mía, también.
Me perdí dos veces de camino a la cocina pero al final, la encontré, encontré allí a Romeo acompañado de Lorenzo, quien dando la vuelta desde la encimera hacia la mesa, con una taza de té en cada mano, me vio de inmediato. Romeo, atraído y guiado por la mirada de Lorenzo, giró la cabeza en mi dirección.
—Buenos días —mi voz tonó tímida, pequeña porque ante la mirada de Lorenzo, lo que acabamos de hacer con Romeo en el cuarto contiguo al suyo me supo a profanación de un lugar sagrado.
—Julieta —Lorenzo me sonrió bajando las tazas a la mesa colocando una frente a Romeo quien se encontraba sentado en la cabecera—. Buenos días, hija.
Romeo se puso de pie de inmediato.
—Buenos días —me saludó como si no me hubiese visto antes. Me pareció imposible que Lorenzo no se percatara de lo mucho que la mueca en el rostro de Romeo, lo delataba. Decididamente Romeo era un pésimo actor.
—Buenos días—. A mí tampoco me salió muy bien, pude sentir el modo en que mis mejillas se encendían.
El muy bobo me regaló una enorme sonrisa que lo empeoró todo. Mis ganas de besarlo fueron prácticamente incontenibles.
—¿Cómo te encuentras Julieta? —quiso saber Lorenzo.
Desde que me quedara sola en el cuarto, comenzara a notar que un poderoso dolor de cabeza, crecía en mí. Me lo merecía por lo que fuera que tomara.
Las malditas pastillas.
Además de eso me moría de sed.
—Creo que más o menos bien. Me duele un poco la cabeza.
La mirada de Lorenzo se apiadó de mí de inmediato. No me la merecía.
—Ven a sentarte —Romeo dejo su silla y la tomó por el respaldo para apartarla de la mesa.
Antes de sentarme…
—Gracias a ambos, por lo que hicieron por mí.
—No tienes nada que agradecer —se apuró a decirme Romeo.
—¿En serio te encuentras bien? No me refiero… Romeo me contó —Lorenzo se detuvo—. Nada de lo sucedido saldrá de estas paredes.
Espié en dirección a Romeo sin tener idea de cuanto le contara sobre anoche. Sabía que él estaba

al tanto de nosotros pero…
—Gracias por permitirnos pasar la noche aquí.
—Ni que lo digas, Julieta. Esta es tu casa. Lo fue y sigue siéndolo. Y yo continúo siendo el mismo sujeto que un millar de veces te ha ofrecido su apoyo. Vuelvo a ponerme a tu disposición.
No supe qué decir.
—Pese al marco que encuadra esta situación, he de decir que es agradable verlos juntos.
—A que hacemos buena pareja, somos los dos imposiblemente guapos —tonteó Romeo haciéndose el payaso con una mueca de las suyas. Lorenzo le lanzó una mirada de advertencia.
—No es lo guapos, Romeo, y lo sabes, es el hecho de que ambos han sabido derribar las murallas imaginarias que los separaban. Julieta, te lo aseguro, por momentos aparenta no tener cerebro pero lo tiene, también un enorme corazón —Fray Lorenzo acabó la frase con una sonrisa.
Romeo estiró un brazo en su dirección para posar una mano sobre el hombro de Lorenzo.
—Gracias, sé que siempre serás mi amigo.
Los miré a ambos y la situación me pareció imposible.
Romeo le dio un apretón al hombro de Lorenzo y entre los dos, compartieron una mirada que fue pura complicidad. Lo soltó y palmeó el respaldo de la silla.
—Anda, ven a sentarte, yo me prepararé otra taza de té.
—Yo me ocupo —ofreció Lorenzo.
—No, tú siéntate. Comiencen a desayunar, en un instante los acompaño—. Romeo me llamó otra vez palmeando el respaldo de la silla. Él se apartó y yo colgué mi bolso allí.
Me senté y un segundo más tarde, Lorenzo se acomodó a mi derecha si perderme de vista.
—Si necesitas hablar con alguien— ofreció.
—Gracias.
—Es bueno tenerte aquí.
—La verdad es que hubiese preferido… mi comportamiento de anoche…
—Tan solo prométeme que no volverás a consumir nada. Tu vida es demasiado preciada para muchos.
Lágrimas que se materializaron de la mismísima nada, se acumularon en mis ojos.
—Romeo me ha hablado sobre ustedes dos.
Guardé silencio.
—Entiendo que tienes novio, Paris.
Así como cuando era niña y me confesaba con él, mi rostro se puso morado.
—Lorenzo, por favor —le pidió Romeo parando de verter agua en su taza.
Lorenzo vio en su dirección un instante y luego regresó su vista a mí.
—Entre Paris y yo no hay nada, desde que regresó de su último viaje —iba a explicarle que no teníamos sexo desde entonces pero me detuve, no estaba muy segura de que Lorenzo quisiera escucharme pronunciar aquellas palabras—. Preferiría terminar con él… poder haber terminado con él en cuanto —mi mirada se desvió en dirección a Romeo quien con su taza en la mano, se movía hacia nosotros—. Mi papá… bien, lo conoces. Él quiere que nos casemos, obligó a Paris a proponerme matrimonio.
—¿Perdón? —Romeo se detuvo por detrás de mi silla.
—No hace la menor diferencia. Creo que compró un anillo; no pienso llevarlo y si debo llevarlo, no será por mucho.
—Julieta, Romeo y tú —no le permití seguir.
—Mi papá quiere que mate a Romeo cuanto antes para que así yo pueda organizar mi boda en paz. Eso es con lo que debo lidiar. No me casaré con Paris, no volveré a estar con él pero no

puedo acabar nuestra relación hasta que…
—Hasta que su padre y el mío estén por completo arruinados y sin armas para ir tras nosotros —completó Romeo por mí—. Ya lo sabes, Lorenzo, los dos debemos continuar actuando tal si nada hubiese cambiado. Créeme que no me hace la puta gracia que el hijo de puta de Paris le pidiera matrimonio sin embargo no pienso echar en hombros de Julieta, la presión de tener que enfrentar a su padre por terminar con Paris.
Lorenzo concentró su atención en Romeo.
—Hacemos lo mejor que podemos.
—Lo sé. Lo siento, no pretendía… Ustedes están juntos y es más fuerte que yo. Es mi vocación y…
—Lorenzo, estás salvándonos del Infierno y lo sabes, de uno mucho mayor al que podríamos ir a parar porque ella continúe con una supuesta relación aparte de la nuestra, la cual en realidad, no significa nada.
Lorenzo me miró, entendí que esperaba mi confirmación.
—Estoy enamorada de Romeo.
—Y yo de ella —soló Romeo de inmediato para inclinarse sobre mí y poner un beso sobre mi sien—. Te amo —susurró y fue mi turno de sonreír como una boba.
Romeo me guiñó un ojo y recuperó el andar para ir hacia la silla a mi izquierda y acomodarse allí frente al sencillo desayuno compuesto por rebanadas de un pan oscuro y denso, dulce y mantequilla.
Mientras él se acomodaba en su silla, Lorenzo nos estudió a ambos.
—¿Qué planean hacer luego de que logren arruinar a sus padres? —nos preguntó sin vueltas y no me pareció notar reproche alguno en sus palabras. ¿Sería que no le molestaba que nuestra intención fuese traicionar a nuestras familias si bien en el fondo, lo que necesitábamos era terminar con la guerra entre los Capuleto y los Montesco para poder vivir en paz?
—Largarnos de aquí —contestó Romeo adelantándoseme.
—Entiendo que si los padres de ambos pierden su dinero, no contarán con las mismas herramientas con las que cuentan hoy en día para llevar a cabo sus actos pero —se detuvo un instante, su mirada pasó por la mía—, ¿no creen que deberían tomar medidas extra?
—¿Cómo qué?
—No quiero que el padre de ninguno de los dos, los encuentre. Sería devastador.
—¿Qué propones?
—¿Me dejas pensarlo? —le contestó Lorenzo a Romeo. Su respuesta me dejó sin palabras, ¿en serio era este, el fray Lorenzo que yo conocía? Podría ser que este hombre que muchas veces le escuchaba llamarse a sí mismo, un siervo de Dios estuviese dispuesto a complotar con nosotros en contra de nuestros padres.
—Sí me lo dices, es porque tienes algo en mente —soltó Romeo alzando la taza hasta sus labios. Él soltaba chispas por la mirada y no parecía para nada, sorprendido por la actitud de Lorenzo.
Romeo bebió, por mi parte siquiera atiné a recoger mi taza y no por culpa del estado en que se encontraba mi cuerpo luego de la noche de anoche sino porque toda la situación me parecía absolutamente irreal.
—Lorenzo —me detuve y el aludido, movió su rostro en mi dirección—, disculpa que te pregunte esto, tal vez me lo cuestiono porque estoy muy acostumbrada a relacionarme con personas que no son de la mejor cepa pero… ¿por qué nos ayudas, porqué estás dispuesto a involucrarte tanto? Estimo que sabrás que por recibirnos aquí, te pones en peligro, que incluso por el simple hecho de saber de nosotros dos, pones tu vida en riesgo. Romeo confía en ti, es

evidente, vino aquí, trajo mi coche aquí.
Lorenzo movió su mirada en dirección a Romeo sin responder.
—¿Qué tan involucrado estás en eso, Lorenzo? —mi cabeza se lanzó a especular y no para bien.
—¿Romeo?
—Como tu quieras, Lorenzo —le contestó el aludido.
Lorenzo me enfrentó con su mirada otra vez.
—Mis intenciones siempre han sido buenas pero no soy un santo.
—¿Disculpa?
—Soy un hombre de Dios pero tengo mis flaquezas.
—¿Y qué flaquezas son esas?
—Me gusta el dinero.
Lo soltó con tanta frescura que tuve la impresión de que deliraba por culpa de un efecto tardío de las pastillas que tomara anoche.
—¿Te gusta el dinero?
—Y estoy cansado, quiero retirarme.
—¿Retirarte?
—Amo a los niños del colegio, amo esta congregación mas en el fondo, al final del día siempre acabo sintiendo lo mismo, y le pido perdón a Dios por eso.
—¿Qué? —no podía creer lo que mis oídos escuchaban.
—Quiero retirarme muy lejos de aquí, Julieta.
Miré Romeo y él me dedicó una mueca que decía que eso era, que Lorenzo no bromeaba y yo no imaginaba lo que salía de sus labios.
—Pues eso, que llevo un tiempo pensando en largarme muy lejos de aquí.
Esperé y lo bien que hice porque él de inmediato siguió.
—Tengo un tiempo preparando mi retiro. He estado intentando asegurarme un futuro lejos de aquí, así como ustedes.
Despegué los labios pero no pude decir nada.
—¿Te decepciono?
—Siquiera sé qué pensar y —me detuve—. Estoy sorprendida.
—Tal vez yo tampoco sea de la mejor cepa.
—¿A qué te refieres?
—He hecho negocios con tu padre y con el suyo —eso último lo entonó apuntando con la mirada en dirección a Romeo.
—¿Disculpa? —jadeé no pudiendo creerlo.
—Así es y ambos en mayor o en menor medida, me han estafado. Aun así he logrado juntar un buen dinero, que los negocios un tanto fallidos que hice con ambos, me sirvieron para aprender del negocio.
—¿Aprender del negocio? —me quedé sin aliento. Definitivamente esto no podía ser cierto. ¿Habría alucinado también lo que sucedió en la cama con Romeo?
—Tengo negocios en la ciudad. Romeo me ha ayudado y enseñado mucho.
Miré a Romeo.
—Así es, soy bueno, no hay nada que hacer contra eso.
—¿Hablas en serio?
—Sí, totalmente. Le he hecho ganar un buen dinero que le di buenos consejos y honor a la verdad, bien, que Lorenzo también sabe del negocio y ha hecho camino, uno muy prolífico.
Giré la cabeza otra vez en dirección a Lorenzo y por poco y me desnuco.

—Tu padre y él suyo han arruinado a mucha gente —continuó Lorenzo.
Yo había arruinado a mucha gente para mi padre.
Apreté los dientes.
Intenté recordar si en algún momento pasara frente a mí, evidencia de que Lorenzo tenía negocios con mi padre. No pude hacer memoria, mi papá debió mantener aquello en silencio.
—Por poco y me arruinan a mí. Lo cierto es que ambos me mintieron.
—No puedo creerlo, no el hecho de que mi papá te estafara y mintiera —me mordí el labio inferior—, lo demás. Es totalmente surreal.
—Te lo advertí, no soy un santo.
—¿Entonces qué, nos ayudas por dinero? ¿Para vengarte de nuestros padres?
—Los ayudo porque amo a Romeo como si fuese mi hijo, porque le debo lo que me ha enseñado y su apoyo. Los ayudo porque esta ciudad necesita librarse de los padres de ambos y porque quiero asegurarme de que quede libre para poder largarme de aquí en paz sin que me remuerda la conciencia el largarme dejando a mi congregación en las manos de tu padre y el de él.
Mi cabeza comenzó a sumar y los números dieron en un resultado que entendí debía ser el correcto.
—Eres su inversor secreto —no lo preguntaba, lo afirmaba.
Lorenzo se limitó a sonreír tímidamente.
—Lo eres.
—Sí todo sale bien, lograré que Lorenzo se quede con una buena parte del dinero de mi padre. En eso estamos.
Miré a Romeo.
—Yo tengo dinero de sobra y sé que también eres buena. Los dejaremos sin un centavo y nos largaremos de aquí.
—¿Cómo huirás tú sin levantar sospechas?
—Tú no te preocupes por eso —me respondió y espió en dirección a Romeo.
—¿Sabes lo que hará? —le pregunté a éste último.
Romeo asintió con la cabeza sonriendo.
—Mejor que no lo sepas. Cuando nos larguemos de aquí, no podremos volver a vernos. Necesitas tener claro que tendrás que dejar de ser Julieta Capuleto, amor.
—Sí, bien, eso me lo imaginaba pero… —todo esto era demasiado para mi cabeza después de anoche.
—Deberías hablarlo con tu hermano si quieres que lo llevemos de aquí con nosotros. Sé que no quieres dejarlo aquí. Es que necesitamos asegurarnos… no será sencillo.
—Ya lo sé, entiendo las consecuencias de —perdí la voz.
—Lamento no habértelo contado antes. Creí que cuanto menos supieras, menos riesgo para ti.
—Romeo, estoy estafando a mi papá con casi todas las compras que se hacen para la compañía familiar para desviar dinero a cuentas que tengo en el exterior, tengo claro lo que es el riesgo.
—Julieta, no te enojes con él, su padre ha estado presionándolo para que le presente a su inversor misterioso.
—Lo sé. No estoy enojada, solamente sorprendida. Ni en sueños hubiese esperado una confesión semejante de tu parte.
—Lamento decepcionarte. Lamento si me idealizaste y yo te decepcioné.
—No me decepcionas, Lorenzo —era la verdad—. Es extraño, es todo.
Lorenzo me dedicó una sonrisa que en parte me supo a disculpa.
—Ojalá hubiese logrado acabar con esta guerra y con los reinados de tu padre y el de él, sin

necesidad de nada de esto. Estoy al tanto de lo que te has visto en la obligación de hacer, conozco de los dolores y pesares de Romeo. Tu hermano y tú me preocupan, también tu madre. Es lamentable que se presente la situación en que debes resignarte a salvar a unos pocos abandonando a los demás.
—No es tu responsabilidad.
—Sí, lo es; esta ciudad es mi responsabilidad. Ustedes lo son —nos sonrió—. No se hacen una idea de lo feliz que me hace verlos juntos. Mi alma no es la más pura pero reconoce esta unión con regocijo, en serio, verlos a ustedes juntos es una enorme satisfacción. Me encantaría casarlos.
Romeo, que justo bebiera un sorbo de té, se atoró.
Lo miré.
Tosió.
—Joder, Lorenzo, no pierdes el tiempo.
Sonreí, yo tampoco tenía apuro. Pensar en la idea de casarme con él no me disgustaba en lo más mínimo, todo lo contrario pero de cualquier modo, no lo necesitaba, lo que teníamos iba mucho más allá de un rito religioso o un papel firmado.
—Antes de que se vayan, podría ser una ceremonia pequeña, tan solo nosotros, en la capilla. Sería bonito que bendijese al unión entre ustedes en el mismo sitio en el que fueron bautizados, en el que tomaron la comunión y se confirmaron.
—Son demasiados ritos para un mismo templo. Creo que este lugar tiene suficiente de los Capuleto y los Montesco.
—Para nada.
—Mejor nos los tomamos con calma, Lorenzo, para mí este desayuno está siendo mucho más de lo que esperaba.
—Siquiera tocas tu té.
—Por eso mismo, Lorenzo. Todo esto es demasiado y mi cabeza por el momento, no funciona del todo bien.
—¿Pero quisieras casarte conmigo, no? —curioseó Romeo sonando a muy él—. Digo, no tiene porqué ser ahora pero seguro no aborreces la idea.
—Eres adorable —le dije sonriéndole.
—Esa no es respuesta.
—Romeo, siquiera necesitas preguntarlo.
—Te equivocas, necesito escucharlo.
—Pídeme permiso a mí.
—¡¿A ti?! Lorenzo, no eres su padre.
—No puedes pedírselo a su padre.
—En serio, los dos, por favor, apiádense de mi dolor de cabeza.
—Dame tu permiso para casarme con ella —demandó Romeo.
Lorenzo se carcajeó.
—Esos no son modos, niño. ¿Julieta, te busco paracetamol?
—Te lo agradecería, Lorenzo.
—Lorenzo, por favor, ¿dónde vas? —lanzó Romeo al verlo levantarse de su silla.
—A buscar algo para el dolor de cabeza de la mujer que amas y con la cual deseas casarte, deberías preocuparte más por ella.
—¡Me preocupo! —resopló ofendido.
—Enseguida regreso. Procura beber algo de té y comer un poco de pan, no sería conveniente que

tomases nada con el estómago vacío —me dijo a mí y luego rodeó la mesa para salir de la cocina.
—¡Lorenzo! —lo llamó Romeo girando sobre su silla y este no le hizo caso.
Busqué su mano izquierda con la mía.
—Ya déjalo —entrelacé mis dedos en los suyos y él de inmediato, giró sobre la silla para enfrentarme.
—¿Estás enojada por lo de Lorenzo, por que mantuviera el secreto contigo?
Negué con la cabeza, en verdad que entendía los motivos para su secretismo.
—No se dio cuenta de que salí de tu cuarto. Él se había levantado ya.
—Eres terrible.
—Y tú —le dio un apretón a mi mano—. Necesitamos acabar con esto cuanto antes. No quiero… no pienso permitir que vuelvas a verte en la obligación de hacer nada semejante a lo que hiciste ayer, ni lo que hiciste por cuenta propia porque creíste que era hacer justicia ni lo que tu papá te envió a hacer.
—Romeo, no —no quería pensar en ayer.
—Necesitas hablar con tu hermano, esto podría estallar en cualquier momento.
—Lo sé. Nunca creí que Lorenzo fuese a ayudarnos a urdir un plan para largarnos de aquí y desaparecer definitivamente.
—Lorenzo quiere lo mejor para nosotros.
—Aún así me parece irreal.
—Creo que también deberíamos hacer algo con respecto a la presión que tu padre te ejerce para borrarme del mapa.
—Olvídate de eso—. Lo manejaría como pudiese.
—Se me ocurrió una idea.
—¿Una idea?
—Sí, no te preocupes, yo me encargo de eso. Tú solamente debes decir que fuiste tú.
—¿Qué fui yo? —eso no sonaba bien—. Romeo, por favor, va a estallarme la cabeza, no digas nada más. No sé qué planeas y de cualquier modo desde ya te lo adelanto, tú quédate quieto, puedo soportar a mi papá un poco más.
—No, eso no sucederá.
—Romeo, por favor —me llevé una mano a la sien derecha porque la cabeza empezaba la latirme, las palabras retumbaban dentro de mi cráneo.
—No quiero que tengas que recurrir otra vez a nada —se detuvo.
—No volverá a suceder.
—No, porque lo evitaremos, los dejaremos sin armas.
Se me revolvieron las tripas al recordar lo que mis armas hicieran ayer.
—Si necesitas ayuda para…
—Estoy bien, estaré bien.
—Deberías beber algo de té al menos.
Bajé la vista a mi taza.
—Me aseguraré de terminar de arruinarlo —le prometí y alcé mi mirada otra vez a él.
—Aceleraré un poco lo que está en mis manos. Veré qué puedo hacer. ¿Tú ya tienes un plan?
Mi cabeza pese a turbado por anoche, ya había comenzado a darle vueltas a un par de ideas.
—Sí lo tienes —canturreó él—. Joder cómo te admiro, yo jamás puedo trabajar cuando tengo resaca.
—Estoy demasiado acostumbrada a trabajar bajo presión sin importar qué —admití con

amargura.
—Joder, Julieta, no me digas eso que me parte al medio.
—Tranquilo, solamente acabemos con esto cuanto antes. No quiero tener que fingir que el puto anillo que Paris haya visto, comprado o lo que sea, me hace feliz porque sé que se me revolverán las tripas al verlo, y además de eso, no quiero que pierdas a nadie más, querido para ti.
—No me quedas más que tú —me dijo atrapando mi mano que ya tenía en la suya, con la derecha también.
Bilis trepó por mi garganta.
—No, Julieta, no pongas esa cara, lamento haber dicho eso. No pretendía… no es tu culpa, es que… bien, en verdad solamente me quedas tú. No permitiré que nada malo te suceda.
A los dos nos sorprendió mi móvil al sonar.
Romeo soltó mi mano en cuanto yo di un respingo al escucharlo.
A los apurones y con manos torpes busqué el aparato en mi bolso el cual colgaba del respaldo de la silla.
Con el bolso sobre mis muslos, rebusqué hasta encontrarlo. La angustia se convirtió en un gran grumo que quedó atravesado en mi garganta al ver en la pantalla que era mi papá. Más me angustié al ver la hora. Todavía no eran ni las siete de la mañana.
—Mi papá —solté en un gemido y me apuré a responder.
—Al fin respondes —fue lo primero que aturdió mi oído—. Joder que empiezo mi día del peor modo. Es que no puedo tener una jornada en paz —rugió.
—¿Qué sucede papá?
—Sucede que tu hermano tenía muchas ganas de cagarme él día.
Mi corazón dio un vuelco.
—¿Qué pasa con Yago?
—Tuve que traerlo al hospital porque no se siente bien. Me tiene harto con sus ñañas. Debería madurar de una puta vez y comportarse como un hombre.
—¿Qué tiene?
Me sentí asquerosamente culpable por no haber ido a verlo en la noche.
—Lo que tiene es que es un mañoso consentido de tu madre que no tiene huevos para soportar un simple malestar.
—Anoche me dejó un mensaje diciendo que había vomitado la cena.
—Ha de ser bulímico.
—¿Papá, qué dijeron los médicos, ya lo vieron?
—Están viéndolo ahora. Yo tengo que regresar a casa a prepararme para ir a trabajar que tengo un montón de asuntos importantes de los que ocuparme hoy y la inútil de tu madre no pudo traerlo porque anoche tenía más alcohol que sangre corriendo por las venas y esta mañana estaba medio inconsciente. Ven a encargarte de esto y cuando acabes aquí, te vienes a la oficina. Joder que ya tuve suficiente de hospitales por un año. El inútil de tu primo también está aquí que anoche pedí que le dieran el alta y él quiso quedarse. ¿Puedes creer que hasta le pidió a su madre que se quedara a pasar la noche con él? —resopló con asco—. Es de no creer. En serio, espero tú no me decepciones así. A ver para cuando terminas con el maldito de Romeo y terminamos con esto de una puta vez.
La mueca en el rostro de Romeo empeoró al escuchar su nombre porque además, escuchara todo lo otro que mi papá me gritara al teléfono. Cómo no escucharlo si vociferaba como un desaforado.
—Voy para allí.

—¿Dónde estás, con Paris?
—No, papá, Paris salió a festejar anoche. Tengo entendido que se vio con su padre.
—A ver ese otro también, cuando se consigue un par de huevos de verdad que no está siendo lo que yo esperaba.
Una parte de mí deseó que mi papá se hartara de Paris, mi otra mitad tuvo miedo porque sabía lo que podía suceder cuando mi papá se sentía decepcionado, de alguien o simplemente cuando se cansaba de una persona.
—Me encargaré de él también, no te preocupes.
—Quiero creer que lo de anoche está asegurado, que esta mañana no tendré que resolver algún desaguisado tuyo también.
—Lo de anoche está asegurado.
—Bien, eso espero. Me largo de aquí, ven a ocuparte. Hablamos más tarde.
Mi papá cortó la comunicación sin despedirse, sin añadir nada más.
Bajé mi móvil a la mesa.
—Es un maldito —me dijo Romeo—. En serio, no sé quién es peor, si tu padre o el mío.
—Aquí está el paracetamol —anunció Lorenzo ingresando en la cocina.
Su rostro se tensó al notar nuestras malas caras.
—Mi hermano está en el hospital, debo irme.
—¿Qué tiene? Te acompaño.
—No lo sé, no es necesario.
—Julieta… —Romeo mordió sus labios entre sus dientes—. Yo no puedo estar allí contigo, me tranquilizaría si Lorenzo… a nadie le sorprenderá verlo allí.
—No, está bien, voy sola —comencé a ponerme de pie—. No se preocupen.
—Julieta, bebe tu té y toma el paracetamol. No es bueno que partas así.
—Dudo poder pasar nada por mi garganta.
—No le haces ningún favor a nadie, poniéndote en riesgo así, como algo. Mejor que no conduzcas con el estómago vacío y dolor de cabeza.
Hice una mueca.
—Por favor —me pidió Romeo.
Lorenzo me tendió el frasco de paracetamol que tomé porque entendía que si no lo tomaba, me estallaría la cabeza.
Me hicieron sentar, beber una taza de té y comer una rebanada de pan.
Lorenzo y Romeo me acompañaron hasta el garaje a buscar mi coche y plantados en el jardín frente a la salida, me vieron partir rumbo al hospital.
Conduje como si fuera en una ambulancia; que se atrevieran a ponerme una multa.

X
Una montaña de mentiras.

No era la primera vez que venía a su piso y aún así, me impresionó lo abarrotado del espacio que se fundía en la oscuridad de las persianas bajas, el ronroneo constante del aire acondicionado y la presencia inesquivable del sujeto que era un genio de la informática.
—Pase jefe, mi casa es su casa —me invitó terminando de llevase la puerta consigo para permitirme pasar.
Dando un paso al frente le tendí el pack de latas de cerveza que me pidiera cuando le ofrecí llevar el desayuno. Para mí había comprado un café enorme porque lo necesitaba, el día había comenzado complicado y no aparentaba que fuese a mejorar. Me angustiaba no poder acompañar a Julieta al hospital a ver a su hermano y no poder hacer otra cosa que quedarme al margen esperando. Bien, al margen esperando y procurando encontrar algo por mí cuenta, por eso estaba aquí, para ajustar un poco las tuercas de Troya que tomó el pack de cervezas de mi mano con la mueca de un lobo sediento de sangre, si cuando sonrió, sus colmillos sobresalieron.
—Gracias jefe, siempre es un placer trabajar con usted.
—¿Si lo es, por qué te demoraste tanto en conseguirme la información?
—Perdón, jefe —se disculpó cerrando la puerta—. Pero el sujeto de la empresa proveedora de internet que tenía que hacerme el favor, estaba de malas conmigo. Según él, yo le debía dinero.
—¿Se lo debías?

—No, jefe, claro que no, yo soy limpio para trabajar. Al final nos amigamos porque me pidió un favor y como no me costaba mucho… —apuntó hacia el interior del diminuto departamento—. Pase, pase—. Tomó la delantera y lo seguí hacia ele de escritorios arrinconados en lo que se suponía era la sala de estar del piso. Aquí el espacio se dividía en ordenadores y pantallas sobre los escritorios, más ordenadores a un lado en el piso y un sofá en la pared restante. La mesa del café era un cementerio de latas y botellas de cerveza y unas cuantas de vodka, el sofá, un vertedero olvidado de mantas en no muy buenas condiciones, entre sucias y raídas—. En fin, como le decía, que preferí mantener la relación porque sabe mucho y tiene acceso a un montón de servicios útiles para la profesión. Lo que no me consigue él, hace que me lo consigan otros de sus compañeros de la empresa. Ayer al mediodía le cortó el servicio al doc y el doc de inmediato llamó para quejarse, en cuanto vio el pedido de reparación, fue. Desde anoche tengo enlace directo a su ordenador portátil, lo encendió hace un momento, nada más; está en el consultorio, por lo visto el doc se levanta tan temprano como usted, jefe. Venga, tome asiento—. Apartó para mí una de las dos sillas tipo *gamers*, tuvo la delicadeza de dejarme la más nueva, la otra tenía el tapizado gastado y lucía un tanto desvencijada. Colocó el pack de cervezas sobre el escritorio junto a un teclado que por debajo de las teclas se iluminaba de un verde ácido y chillón.

Aparté la silla un poco más para hacerle espacio a la suya frente al ordenador. Él se sentó y yo a su lado. Antes de hacer nada arrancó una cerveza del pack, bebió un largo sorbo y eructó.

—Bien —pulsó un par de teclas—, la conexión ha estado enviando información desde hace unos cuarenta minutos, poco antes de que usted me llamara, jefe.

Eso era cuando lo desperté.

—Aún no veo nada pero deme dos minutos y buscaré a ver qué encuentro sobre el chico.

—Esta mañana lo internaron otra vez.

—Sí quiere luego probamos otra vez entrando al sistema del hospital aunque no creo que demos en nada.

Tampoco yo lo creía.

—Empecemos por el ordenador personal del doctor de los Capuleto.

Bebió otro sorbo, hizo la lata a un lado e instaló sus dos enormes manos sobre el teclado para comenzar a teclear a toda velocidad.

Por la pantalla vi pasar número y símbolos, extensos renglones de comandos.

Vi el nombre y el apellido del hermano de Julieta.

Bebí un par de sorbos de café mientras él trabajaba porque pese a que había pasado por mi piso a ducharme, aún no estaba del todo despierto.

Él mientras lo hacía, bebía su cerveza, de hecho acabó una y fue a por otra que abandonó a un lado sobre el escritorio al tiempo que ponía una mueca de concentración.

—Bingo —articuló medio entre dientes.

En la pantalla apareció las imágenes en tonos de grises de lo que debía ser una ecografía, si no me equivocaba, era de la parte abdominal de alguien.

—Páncreas e hígado de tamaño conservado —leyó para mí. Lo vi continuar leyéndolas notas al pie de las imágenes—. Según esto, todo esta bien.

—¿Qué fecha tiene el estudio?

—De hace dos meses. Buscaré algo más nuevo que me fui muy atrás.

Pulsó un par de teclas más y ante nosotros la pantalla quedó poblada de lo que estimé debía ser una resonancia magnética, también de la región abdominal.

Las imágenes pasaron una tras otras al cambiar los perfiles de corte del estudio. De las imágenes saltamos a un correo.

—Según esto, la resonancia efectuada hace veinte días es completamente normal —me dijo girando su rostro en mi dirección—. Raro porque me pareció ver que una de las medicinas que tomaba era para el hígado, no recuerdo para qué problema.
El café que bebiera comenzó a solidificarse en mi estómago, en el hospital la historia clínica de Yago era inexistente y esto aquí, al menos desde hacía dos meses atrás, no ponía en evidencia problema de salud alguno.
Entendí que había hecho una mueca porque él de inmediato siguió.
—Sí, es raro —convino y reclamó posesión de su cerveza para beber un larguísimo sobro que debió vaciarla porque al bajarla al escritorio otra vez, sonó a metal.
Regresó sus dedos al teclado y una lista de archivos pasó por delante de mi vista, corriendo a toda velocidad.
Me atreví a alzar el vaso de café hasta mis labios. Fui más allá y acabé atragantándome porque en la pantalla estalló el blanco de un archivo que se desplegó como haciendo el camino inverso de un hoja que se hace un bollo.
Lo que quedó ante nosotros en la pantalla, si no me equivocaba, era un archivo PDF que tenía toda la apariencia de ser los resultados un análisis de sangre. Lo era y de un laboratorio privado cuyo nombre no reconocí. También se me escapó la ubicación de aquella calle en la que supuestamente estaba instalado; el nombre de la calle no terminaba de sonarme, supuse que debía pertenecer al territorio de los Capuleto.
—Jefe —medio jadeó acercando su nariz a la pantalla.
—¿Qué? —gemí entre preocupado y nervioso.
Sin apartar su rostro del enorme monitor rectangular, sonrió y no respondió.
—¿Qué? —insistí.
Por respuesta golpeó sobre la pantalla con una uña larga y no muy limpia.
Posando mi mano libre sobre el apoyabrazos, me incliné hacia delante.
—¿Qué mierda es eso? —le pregunté luego de leer que se habían detectado en sangre, rastros de aquello que no era capaz de pronunciar el voz alta porque su nombre, a esta hora, para mí, era chino.
Sin decir nada, minimizó esa pantalla, abrió otra y escribió el nombre de aquello, fuera lo que fuera.
En el buscador que no era Google ni ninguno otro que yo conociera, saltaron un montón de lo que me parecieron eran anuncios de venta de aquello.
—Qué carajo —exclamó y clicqueó sobre el primer enlace—. Es veneno.
—¿Veneno? —el aire se me escapó de los pulmones.
—Sí, veneno, y si tienes suficiente dinero puedes comprarlo, puedes conseguirlo. No porque en sí sea caro sino porque necesitas asegurarte de que a quien se lo compres, no habrá la boca.
Iba a leer lo que ponía la publicación pero no pude porque él se movió veloz sobre el teclado cerrando el buscador para regresar a lo archivos que correspondían a Yago.
Frente a nosotros salió otro análisis de sangre que él leyó tan rápido que a mí ni me dio tiempo a enfocar en un renglón.
Lo siguiente fue un análisis de orina.
Regresó al buscador y tipeó a toda velocidad, abrió el primer enlace.
—Un veneno distinto que provoca efectos similares en un comienzo y que luego afecta al sistema nervioso provocando entre tantas otras cosas, problemas motores. Las cantidades encontradas son mínimas pero no me sorprende, son todos venenos difíciles de detectar y lo que yo creo que han estado dosificándolos de modo que no hagan mucho daño —giró su rostro en mi

dirección—, con eso me refiero a no matarlo, simplemente a —lo interrumpí.
—¿Mantenerlo enfermo? ¿Es eso?
—Eso mismo, jefe. Los primeros síntomas —tecleó buscando algo más, leyó y continuó—. Los tres dan vómitos, algunos hemorragias intestinales, mareos. Alguien ha estado envenenando al chico.
De la sorpresa, mi cabeza no lograba terminan de procesar la noticia.
—¿Quién? —balbucí.
—¿Tu familia? —ofreció muy tranquilo.
Sacudí la cabeza intentando reacomodar las ideas dentro de mi cabeza. Yo no tenía idea pero no por eso, lo creía imposible, mi padre podría haberle encomendado la tarea a alguien más.
Lo que desentonaba con la situación era que el registro de dicho envenenamiento figuraba solamente en el ordenador privado del doctor de los Capuleto.
¿Sería porque el padre de Julieta no quería que nadie se enterara hasta capturar al responsable?
Estimaba que no le costaría mucho silenciar al hospital para evitar que la información se filtrara pero…
Yago tenía años de tener muy mala salud y…
Al chico le administraban una montaña de medicamentos que no eran más que una montaña de mentiras porque el chico no padecía nada de lo que supuestamente esos medicamentos ayudaban a sobrellevar, siquiera a curar.
Nada de esto tenía sentido.
—Tu gente es muy retorcida, jefe.
Parpadeé y enfoqué en su mirada clara.
—¿Y si no somos nosotros? —mi voz apenas si sonó.
—¿Tienen un tercer rival?
—Yago tiene años de padecer males y yo no tenía idea de esto. No creo que mi padre… me hubiese enterado en algún momento.
—No si los Capuleto son tan soberbios para guardarse el secreto y así no quedar como idiotas por ser incapaces de cuidar el heredero más joven de la casa.
Julieta me había contado lo mucho que su padre despreciaba a su hermano. Esta mañana más temprano simplemente lo había abandonado en el hospital sin más.
Una idea cruzó mi cabeza y apenas si pude creerlo.
—¿Y si es el propio Capuleto quien ha estado envenenando a su hijo?
—Bueno, de ser así, tendría sentido el hecho de que no hay más registro de la verdad, que este.
—Creí que me tratarías de loco por sugerirlo.
—Jefe, los Capuleto son capaces de cualquier cosa.
—Y también nosotros.
—Bueno, si no son ustedes los que han estado envenenando al chico… —regresó al ordenador. Otro estudio apareció—. Aquí sus riñones dan evidencia de la intoxicación—. En la pantalla apareció una imagen de una cabeza. Otra resonancia supuse—. Está bien —buscó algo más a toda velocidad—. También un encefalograma que le hicieron—. Es el veneno, no queda duda.
—La única duda es quién ha estado administrándoselo.
—¿Tiene alguien que lo cuide?
—Sí, supongo.
—Puede ser esa persona.
—Busca si alguien está al cuidado de Yago Capuleto.
—Claro, deme un rato.

—Intenta averiguar todo lo que puedas sobre esa persona. Necesito saber hasta quién es su familia, en qué trabajan, dónde viven, dónde hacen sus compras y a cuál bar van. Necesito saberlo todo de ellos.
—Delo por hecho.
—Hay algún modo en que puedas averiguar si alguno de esos enlaces que vimos fue los que vendieron lo que a Yago le dieron. No tenemos un nombre pero si pudiésemos saber quienes han vendido qué y cuándo.
—Va a ser muy difícil. A esta red no entra cualquiera y la gente que se mueve por estos lugares sabe protegerse.
—Inténtalo.
—Será como buscar una aguja en un pajar.
—No importa, yo pago sin importar si hay resultados o no. Si necesito pagar todas tus horas del día y lo que puedas perder por no atender a otros clientes, lo haré.
—Jefe, lo más probable es que no encuentre nada, esta gente no es dada a conversar sobre lo que hace.
—Tan solo inténtalo.
—¿Por qué no va directo a preguntarle a su padre? Tal vez sea más sencillo.
—Tú ocúpate de tu trabajo que yo me ocupo del mío. Luego te envió el dinero —comencé a ponerme de pie.
—Jefe, no se ofenda. Solamente quiero ayudarle a ahorrar billetes que muy probablemente no necesite gastar.
—No te preocupes por mi economía. Te dejo trabajando.
—¿Quiere que descargue y guarde toda esta información?
—Sí, por favor. ¿Corres riesgo estando conectado mucho más? A Yago lo ingresaron esta mañana muy temprano, hasta lo que sé, sigue en el hospital.
—No se preocupe, el doc no tiene demasiado cuidado con sus trapitos sucios. Si veo algo sospechoso me desconecto, igual tomo mis precauciones para no ser detectado.
—Me lo imagino.
—Jefe, sabe que lo aprecio.
—Sí, lo sé —medio gruñí entre dientes.
—No espere mucho de esto. Intente por casa, seguro que se quita la duda pronto.
—Gracias por la recomendación, y por el trabajo.
—Jefe, no se ofenda.
—No me ofendo.
Se levantó, su mueca me dijo que se apiadaba de mí.
—Tal vez sea el propio Capuleto como usted dice.
En verdad debía creerme un estúpido ingenuo y no pude culparlo porque muchos me creían un idiota, un soñador.
—Sí, tal vez. Disfruta de tu desayuno.
—Y usted de su café, jefe. Lo llamo si averiguo algo.
Le agradecí y marché rumbo la puerta que él vino a abrir para mi porque aquí aparte del cerrojo normal, cerraba la puerta una cerradura electrónica con un código que él tipeó a toda prisa con su mano cubriendo el teclado rectangular.
La luz cambió de rojo a verde y la puerta se abrió para mí.
—En serio, jefe, averigüe en su casa y si no es por ahí —lo interrumpí.
—Has tu trabajo, yo haré el mío. En cuanto tengas novedades me llamas.

—Claro, jefe, como usted quiera.
Salí de piso al lúgubre corredor, nuestra despedida final fue un único cruce de miradas antes de que yo entrara en el elevador.

Me encontraba a unos pasos de la mesa, viendo la diminuta bola saltar de casillero en casillero cuando en la periferia de mi mirada, apareció el rostro de Ben.
Busqué su mirada a la que él respondió dándome a entender que llegaría a mí.
La bola se instaló en uno de los casilleros y ni bien el número fue entonado en voz alta, una pareja que debía rondar los cincuenta y varios millones en el banco, comenzó a festejar con cuidado de no derramar el contenido de sus copas de champagne.
Ella de elegante vestido verde oscuro, el con un traje haciendo juego.
Lo que acaban de ganar era un tercio de lo que llevaban perdido desde que se acercaran a la mesa.
Las fichas cambiaron de dueño; no sería por mucho tiempo, la velada apenas comenzaba para ellos y en cierto modo, sentía que para mí también lo hacía porque en lo que iba del día, no había logrado averiguar mucho más sobre Yago.
El único avance en la investigación había sido que mi pirata logró encontrar a la persona que cuidaba de Yago durante el día, de lunes a sábado; una mujer de sesenta y cinco años, enfermera que había llegado a la ciudad luego de abandonar su trabajo de enfermera en un hospital en una ciudad al otro lado del país. La mujer era viuda, había llegado con su madre a la ciudad, su madre había muerto tres años atrás. La mujer no tenía hijos ni parientes, solamente un par de amigas en la ciudad con las que jugaba a la canasta cada tarde de domingo en la casa de una de ellas.
El reporte sobre su vida era absolutamente completo y aburrido, la mujer vivía a una sencilla casa en un barrio tranquilo dentro del territorio de los Capuleto, su cuenta bancaria no era nada del otro mundo, conducía un choche normal y no tenía muchos gastos, no compraba productos extravagantes y su vida era lo más mundano que puede ser una vida.
Había podido leer algunos de sus correos también, los que intercambiaba con viejos amigos y en aquello no había nada.
No encontramos conexión alguna ni con mi padre, ni nadie de mi familia; ni con nadie más que pudiese levantar sospechas.
De los venenos nada de nada pese a que por mi cuenta, le ordené que comenzara transacciones como si fuese a comprar.
La otra novedad era que el doctor privado de Yago había dejado su consulta para ir a ver a su paciente al hospital y según tenía entendido, aún continuaba allí al igual que Julieta, quien todavía no respondía a mis mensajes si bien los había visto.
—Romeo —entonó Ben a modo de saludo al llegar a mí, tendiéndome su mano, la cual estreché en mi puño, los dos nos movimos al mismo tiempo para que su hombro izquierdo y el mío derecho, se tocaran.
—Gracias por venir —le dije mientras nos alejábamos el uno del otro.
—Ningún problema, tenía un tiempo de no entrar aquí—. Amagó una sonrisa—. Últimamente hay demasiado trabajo.
—Sí, lo sé.
—¿Me invitarás un trago?
—Claro, andando, a la barra.
Ben me siguió de inmediato. Yo también necesitaba un trago tanto para bajar lo que tenía vivido

de este día, cuanto lo que estaba por venir porque no tenía idea de si sentirme aliviado por ninguna prueba de que mi familia pudiese ser la responsable del envenenamiento de Yago.
Había hurgado en todos los lugares posibles los cuales implicaron desayunar con gente que no me agradaba, la cual trabajaba para nosotros, almorzar con el mejor amigo de mi padre en su restaurante (el sujeto era un asco de persona y aún intentaba digerir el almuerzo, no porque la comida en aquel sitio no fuese de excelente calidad sino porque el sujeto en cuestión había logrado que la comida se me indigestara).
Tampoco había faltado en hurgar entre los archivos de personales de mi padre, los cuales se encontraban en su oficina a la cual me metí a hurtadillas cuando su secretaria salió al encomendarle yo la tarea más larga que se me ocurrió.
Mi padre me tenía por idiota pero yo conocía todas sus contraseñas, incluidas las de las cerraduras de sus archivos los cuales revisé para no encontrar nada.
Ben se colgó de mis hombros con ambas manos.
—Escuché por ahí que tuviste un día ajetreado.
Me asomé hacia atrás.
—Sí, así es —fingí una sonrisa.
Ben palmeó mis hombros y me soltó.
—Por eso estamos aquí. Tengo entendido que tu papá está arriba.
—Sí, si te parece, podemos subir después.
Me midió con una mirada.
—¿Tienes que pasarle parte?
—No, solamente intento hacer un poco de buena letra.
—Sí, entiendo, ya sé a qué te refieres. Tranquilo, relájate, bebe unos tragos y luego subimos a intentar disfrutar de la noche.
—Sí, ese es el plan —mentí.
—Podemos aprovechar para festejar, imagino que escuchaste que Yago Capuleto está otra vez en el hospital.
Y yo que me había preocupado pensando que debería recaer en mí, la responsabilidad de sacar el tema.
—Sí, lo escuché.
—Oye, porqué no mandas a alguien allí a darle el último empujoncito al chico. Estarías haciéndole un favor. Dicen que solamente Julieta está allí con él, bueno, ella y alguno de los sujetos de seguridad de su padre pero seguro puedes conseguir a alguien para que llegue al chico disimuladamente y lo mande a la otra vida de una puta vez.
Fingí que sus palabras no me revolvieron las tripas y me senté sobre una de las banquetas altas. Inmediatamente al cabo del asco, sobrevino la comprensión; Ben tampoco debía tener idea del envenenamiento de Yago.
—¿Y cómo sugieres que lo haga? —tiré de la cuerda mientras él se acomodaba a mi lado. Solamente necesitaba terminar de confirmar que él no supiese nada del asunto.
—No sé, Romeo. La asfixia no parece mala idea. ¿Sobredosis de algún sedante? ¿Un tiro en la cabeza? Tú elige —terminó de articular aquello y con una mueca de entusiasmo en el rostro llamó al barman. El sujeto en cuanto giró la cabeza en nuestra dirección y me vio, soltó lo que hacía y se lanzó en nuestra dirección.
—¿Señor Montesco, qué le sirvo? —me preguntó a mí.
—Whisky.
—Y para mí un par de chupitos de Vodka, por favor.

—De inmediato —respondió para a continuación dejarnos solos.
—Tal vez se muera solo —entoné sintiendo asco de verme en la obligación de hablar así.
—Sí, tal vez —rio, Ben—. El crio es un desastre. Supongo que su padre no tuviese tanto dinero, el chico ya estaría muerto. Dicen que gastan una fortuna en médicos, estudios, internaciones y medicación.
Le sostuve la mirada.
—En serio, estarías haciéndole un favor al chico.
Mi mirada se quedó sobre su perfil pese a que el barman regresó con nuestros tragos.
Vi a mi primo bajar los dos chupitos uno tras otro apenas dándose tiempo para respirar.
—¿Qué pasa, por qué me miras así? ¿Por qué no bebes?
Medio amagué una sonrisa y negué con la cabeza, recogiendo mi bebida.
Por la siguiente media hora tuve que escucharlo contarme cómo esta tarde dos de sus hombres y él habían golpeado a un pobre desgraciado que le debía dinero a mi padre para luego desvestirlo y dejarlo abandonado a las afueras de la ciudad, por suerte vivo. Mi padre le había indicado que no se pasara con el sujeto porque quería recuperar su dinero y muerto, no le servía de nada.
Terminé de convencerme de que si alguien estaba envenenando a Yago, no era una tarea de Ben.
Mi primo bebió y bebió y cuando le propuse subir a reunirnos con mi padre, no puso objeción.
Entonado como estaba, en el viaje en el elevador hasta el exclusivo bar de la planta más alta del hotel al que no entraba cualquiera, sino invitados especiales, propuso un par de modos más de terminar con Yago Capuleto y de paso, sugirió que debía ir pensado en cómo borrar del mapa a Julieta.
En cuanto salimos del ascensor al hall de entrada, abrieron la puerta para mí y me dieron las buenas noches.
Entré por delante y la recepcionista de inmediato, me indicó donde estaba mi padre.
Hacia él fuimos.
Mi padre estaba en su mesa, en compañía de dos sujetos a quienes yo no conocía.
En cuanto me vio, me llamó con una efusividad que no era normal en él, no al menos para conmigo. Si hasta se levantó de su sillón para entonar mi nombre.
Mi padre jamás se levantaba por mí.
Con Ben siguiéndome, entramos en su box.
Los dos sujetos que lo acompañaban, se pusieron de pie.
Mi padre me buscó con su brazo y con este, rodeó mis hombros atrayéndome hacia él. Su aliento era inconfundible, debía tener mucho rato bebiendo y por los motivos que fuese no se midió al hacerlo pese a que estaba con gente que no era de su confianza. Mi padre no solía emborracharse así si no había con él, alguien de la familia.
—Señores, este es mi primogénito y heredero, mi hijo Romeo Montesco en toda su gloria.
Con su brazo izquierdo todavía rodeando mis hombros medio tumbándome en su dirección porque mi padre era más bajo que yo, me palmeó en el pecho con su mano derecha.
—Romeo, estos son —empezó mi padre y se detuvo.
Giré la cabeza a tiempo para verlo achinar la mirada, frunció el entrecejo. Lo vi esforzarse.
—No puedo pronunciar sus nombres, lo lamento, he bebido demasiado.
Los dos sujetos sonrieron y desestimando el insulto de mi padre, me tendieron sus manos para presentarse, en efecto sus apellidos eran irrepetibles.
—Han llegado desde Polonia para hacer negocios con nosotros.
—¿A sí?
—Sí —palmeó mi pecho con fuerza otra vez—. Tú te buscas tus socios, yo me busco los míos,

por cierto, si no me presentas al tuyo de una puta vez, te quedas sin pelotas. Todo lo que ha sucedido lo demoró todo pero no creas que —no le permití seguir.
—Pronto, papá. ¿No deberíamos ordenar más bebidas? ¿Y presentarles a Ben?
Mi padre bebido y por lo visto, de buen humor, pidió más champagne a los gritos y les presentó a Ben.
Con la bebida llegando, mi padre se puso hablar de las mujeres que podía conseguibles, por lo visto, discutían el tema antes de que Ben y yo llegáramos porque a nadie le sorprendió que mi padre les dijera que dos de las chicas que trabajaban para él, no tendrían problema de tener sexo anal con ellos.
Con nuestras copas llenas, brindamos por la noche; yo apenas si humedecí mis labios en la bebida.
Ben se puso a contarle a los nuevos conocidos de mi padre las drogas que podía conseguirle y entonces aproveché para ir a la carga.
—¿Escuchaste que Yago Capuleto está otra vez en el hospital?
Mi padre bebió, bajó la compa haciendo una mueca por lo áspero y seco del champagne y me apuntó con un dedo que despegó del cristal empañado de su copa.
—Deberías encargarte de ese desgraciado y también de Teo. Aun no ajusticias la muerte de tu amigo y hermano, debería darte vergüenza.
—Yago tal vez la palme solo en cualquier momento.
—Eso ha de desear su padre, escuché que el muy hijo de puta lo abandonó en el hospital esta mañana. Bueno, la verdad es que yo habría hecho lo mismo. En fin, Teo, Romeo. Permitiste que el muy hijo de puta matara a tu amigo, lo mínimo que puedes hacer es ajusticiarlo.
—Yago —comencé y él no me permitió seguir.
—¡Yago importa una mierda, Romeo! —exclamó—. No es y jamás será un problema para nosotros.
—Me pides que lo mate.
—Bueno, sí, en realidad no importa, lo que yo quiero es borrar a todos los Capuleto de esta tierra pero el chico apenas si es uno. Es nada, una mota de polvo. No significa nada para nosotros, desde hace años que tengo claro que no vale nuestra pólvora. No me molestaría saber que hay un Capuleto menos pero tarde o temprano, alguna de todas sus enfermedades se lo llevará—. Dicho esto, mi padre bebió hasta vaciar el contenido de la copa en su garganta.
Me decidí a tomar el riesgo.
—Escuché comentarios de que al chico están envenenándolo.
Mi padre se carcajeó con ganas.
—¿Dónde escuchaste esa estupidez? Romeo, por favor, si al menos no puedes ser más inteligente, finge que lo eres.
—Bueno, tal vez deberíamos al menos intentar averiguar si hay algo de realidad en esos comentarios.
—Jamás escuché de esos comentarios y estoy seguro que no son más que una tontería, Romeo. Ocúpate de lo que debes. Mata a Teo.
—No nos costaría mucho —mi padre no me permitió seguir.
—No seas tan idiota, ¿quieres? Nadie está envenenando al chico, el chico salió fallado, es todo. Tiene todo lo malo que podía tener.
—Dicen que eres responsable del envenenamiento, que hace años que le —la estruendosa carcajada de mi padre empujó el resto de mis palabras para dentro de mi garganta otra vez.
—¿Qué yo estoy envenenándolo? Romeo, por favor. ¿No acabas de escucharme decirte que el

chico no me importa en lo absoluto.
—¿Entonces no eres tú?
—Debería buscar a alguien para que te envenene a ti, a veces eres tan imbécil.
—Tío, no seas duro con Romeo, no es imbécil, solamente tiene mucha imaginación, es todo. Pero gracias a esa imaginación, se le ocurren muy buenas ideas.
—A ver qué ingenia para matar a Teo Capuleto.
—Nosotros no permitimos que nuestros enemigos lo tengan fácil —lanzó uno de los sujetos con un fuerte acento que hizo que sus palabras sonaran todavía peor—. Deberías torturarlo hasta que te pida que tengas piedad de él. Cualquier otra cosa no sería suficiente. No puede permitirse ser débil —su mirada sobre mí no lo era, sino todo lo contrario. Imaginé que no debía preocuparle ensuciarse con la sangre de sus enemigos, estimé que incluso, debía disfrutarlo. La sonrisa a la que le dio forma con sus labios a continuación, me lo confirmó.
—Mi hijo sabe ocuparse de nuestros enemigos —saltó mi padre, no por defenderme sino por no admitir la vergüenza que sabía sentía por mí.
—Claro —confirmé.
La mano izquierda de mi padre, vino a posarse a mi rodilla derecha, a la cual le dio un apretón. A continuación se inclinó sobre mí.
—Liquida al Teo y déjate de bobadas —susurró sobre mi oído. Apartó un poco su rostro y buscó mi mirada.
—Me juras que no eres tú el que está envenenándolo.
El puñetazo que me dio en la entrepierna provocó que soltara mi copa para derramar mi bebida encima de mí y de él. Se me cortó el aliento y mi visión se puso blanca de dolor. Bajo la mirada de sus nuevos socios, me obligó a enderezarme porque yo me había partido en dos. Al menos permitió que mis manos se quedaran sosteniendo todo lo que en este instante creía destrozado.
—Suficiente —me advirtió con su puño cerrado sobre el frente de mi camisa—. Te disculpas, vas a los servicios y mejor que cuando regreses, no te comportes como un idiota.
Mi padre tiró del frente de mi camisa y por poco y caigo de boca sobre la mesa en la que estaban el champagne y las copas.
Como pude me levanté y medio cojeando, me largué al baño con lágrimas de dolor, rodando por mis mejillas.
Estuve casi diez minutos sentado sobre la tapa del inodoro esperando que se me pasara el dolor, y cuando el dolor amainó, la llamé.
Julieta no respondió; saltó la casilla de mensajes.
—Soy yo, necesito hablar contigo con urgencia. ¿Estás en el hospital o en tu casa? En serio que no puede esperar. Por favor llámame, a la hora que sea—. Viendo la puerta azul profundo del cubículo, me detuvo—. Julieta —volví a interrumpirme, si le decía por teléfono que alguien envenenaba a su hermano y que no era mi familia, no me lo creería—. Llámame —añadí.
Todavía no cortaba la comunicación cuando mi otro móvil se puso a sonar.
En cuanto vi su nombre mi día terminó de empeorar porque lo cierto era que estaba convencido de que al fin, se había olvidado de mí.
Por lo visto no.
Mi móvil dejó de tocar.
Solté la media coleta en la que estaba sujeta mi cabello, me peiné el pelo con las manos y volví a sujetarlo. Terminaba de hacerlo cuando la pantalla de mi móvil se encendió otra vez con un mensaje de texto de ella.

Desgraciado hijo de puta.
Debí esperar un comportamiento semejante de tu parte.
Ni sueñes con volver a llamarme, no quero volver a verte.
Alguien debería poner una bala en tu cabeza.
COBARDE.
Continua pretendiendo que nada de lo que sucede tiene
que ver contigo. No te durara mucho.
MALDITO SEAS.

Leí el mensaje dos veces y lo borré, luego procedí a eliminar su número de mis contactos.
Bien, que entendiese que debía darlo por terminado, que estaba acabado.
Cómo pude me rearme y salí de los servicios porque sabía que si no regresaba a mi padre y sus nuevos amigos pronto, él enviaría a alguien a buscarme y no sería agradable, todavía menos si por estar así de entonado, se le ocurría venir a él.
Por dos horas hice de cuenta que todo estaba bien, que bebía a la par de ellos y que sus bromas estúpidas o sus conversaciones sobre mujeres, dinero y droga, me interesaban.
Mis fuerzas para fingir se agotaron cuando llegaron cuatro chicas que mi padre pidió.
Uno de los dos nuevos socios de mi padre se largó a su cuarto al instante, el otro se quedó en nuestra mesa, con la mano de la chica que lo acompañaba, dentro de sus pantalones.
La chica que se sentó a mi lado intentó besarme y cuando aparté la cara de inmediato giró en dirección a mi padre a quien por lo visto la doble dosis de atención femenina, no le importaba.
Ben se largó con su chica, mi padre se puso de pie un instante después y yo me apuré por anunciar que iba de salida; él, que no había parado de beber, no puso objeción a mi partida.
Lo último que supe de él fue verlo salir de elevador en la planta en la que él tenía una habitación que utilizaba cuando no dormía en casa con mi madre, es decir, en casa en su habitación, al otro extremo del corredor en el que dormía mi madre.
Antes de poner el coche en marcha, en la seguridad y privacidad de mi vehículo, saqué mi móvil rosa y revisé mis mensajes, vi que tenía uno de Julieta.

Todavía estoy en el hospital.
Pasaré la noche aquí.
Yago está un poco mejor, mañana por la mañana le dan el alta.
Lo acompañaré a casa de mis padres.
Podemos vernos luego.

A toda prisa tipeé mi respuesta sin saber si ella aún estaría despierta.

Es un alivio que Yago esté mejor.
¿Te veo a mediodía en Mantua?
Estaré allí esperándote, de cualquier modo, si llegas antes, entras.

Envié el mensaje y añadí.

Te extraño.
Te amo.

Terminaba de escribir cuando vi que ella le daba forma a una respuesta.

Bien, mañana en Mantua.
También te extraño, me has hecho mucha falta.
Te amo, mi soñador.

Releí esa última frase tres veces.

Descansa.

Ella me contestó que me deseaba lo mismo.
Puse mi coche en marcha y me largué de allí.

Al llegar a casa me di un ducha y me metí en la cama con una taza de té. Contemplaba la superficie de mi bebida cuando mi móvil rosa se puso a tocar. De la sorpresa por poco y me tiró el té encima, creí que sería Julieta y temí que no fuese para anunciar nada bueno.
No era Julieta.

—Jefe, buenas noches, ¿lo desperté?
—No, está bien, ¿qué pasa, tienes algo nuevo?
—Podría decirse que sí.
—¿Qué es? —inquirí bajando la taza a la mesa de noche.
—Descubrí que el doc tiene otra casilla de correos, una no oficial, por decir de algún modo.
—¿Y eso?
—Fue un tanto por accidente. Vi que estaba en línea y me puse a rastrear lo que hacía. Resultó que escribía un correo.
—¿Viste el correo?
—Ese y todos los demás, jefe.
—Dime.
—Me topé con un montón de comprobantes de transferencias bancarias a una cuenta no muy limpia en un banco en el Caribe.
—¿Ah sí? —esto comenzaba a tomar cuerpo.
—No pude ayudarlo con lo del veneno pero era de esperarse. Con esto sí podía ayudarlo. Tengo horas trabajando en esto para que no quedaran dudas y adivine qué.
—¿Qué?
—Adivine —jugó.
—No estoy de ánimo para eso.
—Bueno, que no es su padre, jefe, ni nadie de su familia.
Mi pecho se puso rígido y me costó respirar.
—Tal parece que la cabeza del clan Capuleto es un maldito desgraciado.
No pude decir nada.
—Las cuentas fueron difíciles de rastrear pero lo logré, son de Capuleto, él ha estado pagándole al doc para que mantenga la boca cerrada y adivine porqué.
No quise entonarlo en voz alta.
—Porque ha estado envenenando a su propio hijo.
—¿Cómo lo sabes? Es decir… ¿qué certeza tienes? —el corazón me trepó a la garganta.

—Mi certeza es que el doc le escribió un correo a Capuleto para decirle que esta vez se le había ido la mano y que tuviera cuidado, tal parece que poco faltó para que el chico se fuera para el otro lado.
Julieta me había dicho que Yago se encontraba mejor.
—Eso jefe, que el tipo está envenenando a su hijo, no sé cómo, no sé si es él quien le administra el veneno o le paga a alguien para que lo haga, yo me tiro a que es lo primero. Como sea, qué es el responsable. Al crio le darán el alta en la mañana, lo vi en el sistema del hospital. Estaría mejor si se quedara en el hospital, lejos del alcance de su padre.
Mi vista quedó clavada en la pantalla negra de mi televisor apagado.
—Capuleto le contestó al doc que él sabía lo que hacía. El doc no la peleó, yo por esa cantidad de dinero también guardaría silencio. Esa gente está mal, jefe —rio y por supuesto, no pude acompañarlo porque apenas si podía creer lo que sucedía. Que la tomara con nosotros los Montesco era una cosa pero con su propio hijo…
Acaso no sería más beneficioso para él, tener a su otro hijo preparándose para ir a la universidad y para asumir la responsabilidad de al menos una parte del negocio familiar.
En cuanto lo pensé mi cerebro se lanzó a toda prisa en esa dirección, Capuleto de este modo, mantenía a su hijo controlado, sostenido con una correa corta que le impedía hacerle frente a su padre o lograr nada por su cuenta y además de eso… ¿podría Capuleto padre continuar golpeando a su esposa y a su hija si Yago le hacia frente?
Yo desde ya no creía que Yago fuese a permitirlo, si pudiera evitarlo, que su padre le pegara a su hermana, Yago adoraba a Julieta según lo que me contara Julieta, y el amor era recíproco. Yago lo era todo para Julieta.
Yago lo era todo para Julieta y así, su padre lo mantenía bajo sus garras, controlado e indefenso.
¿Hasta ese punto había llegado para mantener a Julieta controlada?
¿Corría demasiado a prisa mi imaginación?
No, claro que no porque si Capuleto conocía a Julieta él debía saber muy bien que ella no iría a ninguna parte sin su hermano.
Definitivamente Capuleto debía saber que Julieta jamás dejaría a su hermano.
—Hijo de puta —gruñí.
—¿Por qué, qué hice?
—No tú, Capuleto.
—Ah, sí, se es uno de no creer. Envenenar a su hijo —resopló—. Y encima decirle al doc que no se meta, que él hace lo que quiere. Un día se le irá la mano en serio y terminará matándolo.
—No le conviene —fue lo único que logré articular.
—Si usted lo dice, jefe.
—Yo lo digo. No es necesario que presiones con lo del veneno, solamente necesito que estés atento a las comunicaciones entre esos dos y si puede, averigua desde hace cuanto que trabajan juntos y cuanto dinero le ha pagado.
—Jefe, por quien me toma, ya tengo todo. Estoy enviándoselo ahora mismo.
—Gracias. Si se te antojan unas vacaciones, yo las pago.
—No necesito vacaciones, jefe, me divierte mi trabajo. Envíeme unas cervezas de las buenas, y por supuesto, el pago. Con eso me conformo.
—Dalo por hecho.
Me saltó el aviso de que me llegaba un correo.
—Acabo de recibir lo tuyo.
—Estupendo, jefe, si necesita algo más, me llama.

Corté con él y me puse a revisar los correos y las largas listas de transacciones que se remontaban a años atrás.
Los correos ponían los pelos de punta sobre todo porque los primeros fue cuando aquello aún no empezaba y el doctor le recomendó qué hacer y cómo, pese a que todavía no era el doctor oficial de la familia Capuleto. Pasó a serlo un año después cuando el doctor de la familia, falleció en un accidente de coche, uno que según pude averiguar fue demasiado confuso y que llegó después de diez meses de que Yago cayera enfermo por primera vez.
Con lo que tenía en mi poder, no quedaban dudas, Capuleto tenía años envenenando a su hijo.
Al cabo de terminar de leer todo aquello, en la madrugada que ya quería amanecer, tuve que correr al baño a vomitar.
Vomité hasta que no me quedó nada en el estómago, me duché una vez más, me cambié y me largué rumbo a Mantua porque no pude soportar más esta ciudad maldita, su olor y sus vistas.
Paré en la playa, a las afueras de la cuidad para escribirle a Julieta y avisarle que ya iba de camino a Mantua, que la esperaría allí.
Ella no vería mi mensaje hasta mucho después.

XI

Enemigo.

Mi preocupación desde hacía más de un día, no era poca.
Había intentado calmarme luego de dejar a Yago en casa de mis padres, en su cama durmiendo al cuidado de su enfermera y sin embargo…
Trepando las escalinatas de la entrada, busqué las llaves de la puerta.
No fue difícil dar con la llave, sí encajarla en el cerrojo; la mano me temblaba si bien mi pulso solía ser bueno hasta en los peores momentos de tensión. El mensaje de Romeo me inquietara y mucho, y no tenía en claro porqué.
Giré la llave y el pestillo saltó de inmediato. Empujé la puerta para dar de frente con un sujeto joven que probablemente rondaba mi edad y que debía ser vecino de Romeo.
—Hola —me saludó dedicándome una enorme sonrisa.
—Hola —le entregué la puerta que él de inmediato tomó y terminó de apartar para mí.
—¿Somos vecinos?
En su mirada y en su voz era evidente el interés y la curiosidad.
—Sí, eso creo. Mi novio vive aquí—. No iba a darle más detalles.
—Bien, entonces supongo que nos veremos seguido.
Mi respuesta no fue ni un sí ni un no. El sujeto se movió retrocediendo de espaldas, con los hombros un par de centímetros más bajos que un instante atrás.
Con un simple adiós nos despedimos y yo marché a meterme en el elevador que él dejara, buscando la llave del piso.
De subida, le rogué a Dios que no tuviésemos más problemas, en serio me sentía al borde de mi resistencia, de mis fuerzas para continuar enfrentando la adversidad. Yago lo había pasado muy mal y aún no se encontraba del todo bien; los médicos del hospital accedieron a permitirle marchar a casa porque Niowski afirmó que él se haría responsable de la salud de mi hermano, no era la primera vez que nuestro medico debía interceder a favor de lo deseos de Yago quien aborrecía los hospitales y con motivos de sobra. De cualquier modo, al ver su tristeza y lo mal que predisponía a su carácter y ánimo, el quedarse en una habitación hospital, hasta yo tuve que aceptar que lo mejor para Yago pese a que todavía no recuperaba por completo el control de sus brazos y piernas, era regresar a casa a pasar su convalecencia allí, acompañado de un batallón de nuevos medicamentos que esperaba sirviesen de algo.
Yago tenía resistencia de sobra, él estaba demasiado acostumbrado a batallar por mejorar mas yo no quería tener que verlo pasar por aquello otra vez; la presencia de la silla de ruedas con motor, a un lado de su cama fue demasiado.
Parpadeé y volví a verla, era de lo mejor, lo más moderno, silencioso y ligero pero imaginar a mi hermano montándola llenaba mis ojos de lágrimas.
El elevador se detuvo frente a la puerta de Romeo.
Moví el manojo de llaves hasta dar con aquella que encajaba en la cerradura ante mí.
Empujé la puerta para, todavía desde la cabina del ascensor, ver a Romeo de espaldas a mí, al fondo, en su cocina, haciendo algo.
En cuanto escuchó la puerta se dio la vuelta.
Vi que sobre la encimera, quedara una taza.
Mi mirada saltó de la taza a sus ojos, más precisamente a su mala cara.
De no ser por su mueca, me hubiese derretido aquí mismo de lo adorable que lucia con su pantalón traje gris azulino, su camisa blanca de botones sueltos y mangas remangadas hasta los codos, con su cabello sujeto en una media coleta.

La expresión en su rostro lo opacaba todo.
—Dios —gemí saliendo del elevador, llevándome la puerta conmigo con la llave todavía en el cerrojo.
Romeo vino en mi procura.
Tironeé para quitar la llave de la cerradura y por detrás de mí, sin mirar lo que hacía, cerré la puerta.
Sus brazos me rodearon en cuanto me tuvo a su alcance, por mi cintura porque a su cuello fueron mis brazos y mi rostro a buscar refugio y reparo en el hueco entre su cuello y su hombro. Inspiré hondo sobre su piel y sus ropas mientras sus manos se desplegaban contra mi carne, sosteniéndome.
—¿Te encuentras bien? —le pregunté con mi voz sonando agotada y escasa.
—Eso debería preguntarte yo a ti.
En mi alejamiento, aproveché para que mis manos hiciesen contacto con el cabello en su nuca y la piel de su cuello.
—¿Cómo te encuentras, cómo está Yago? —se interesó ni bien mi mirada dio con la suya.
Por toda respuesta, me encogí de hombros; no tenía idea de cómo responder y tampoco pude encontrar el sonido de mi voz pese a que un instante atrás, lo escuchara.
—Julieta —susurró.
Se me puso la piel de gallina.
No fue intencional, fue que no me quedaban más fuerzas para contenerlas porque había estado esforzándome por no llorar frente a mi hermano. Un par de lágrimas se me escaparon, el resto, todas las que quise llorar al escuchar a sus médicos hablar, se había consumido dentro de mí por culpa del enojo, la furia de no ser capaz de ayudar a mi hermano más que con mi compañía.
—Princesa, amor… —Sus manos aparecieron en mi rostro para guardar mis lágrimas en su piel.
—Estaré bien. Es que dormí poco y nada—. Mis manos reemplazaron las suyas sobre mi rostro —. Dime qué sucede.
—¿Te preparo algo de comer? Tengo huevos, pan, aguacate, puedo hacerte una tostada, huevos revueltos y una taza de té o café.
—Dudo que pueda comer, necesito saber qué sucede.
Romeo se quedó viéndome en silencio.
—Dime.
—Come algo primero.
—Tienes horas aquí esperando; ha de ser por algo importante. Dime.
Despegó los labios, iba a insistir otra vez. No se lo permití.
—Dime.
—¿Te molesta si voy por mi taza de café, primero? Puedo prepararte uno, la máquina está encendida. Tan solo tardaré un instante. Y la tostadora —lo interrumpí.
—Solamente el café.
—Bien, el café.
Romeo buscó mi mano derecha y en esta entrelazó sus dedos para llevarme con él rumbo a la cocina que olía a café y a azúcar tostada.
Romeo puso una taza para mí debajo del pico de la cafetera y con una palmada me ofreció la encimera a su lado.
—A falta de sillas —canturreó.
Pese a qué pasara gran parte de las últimas treinta horas sentada, acepté el ofrecimiento; mi cuerpo pedía descanso.

La máquina de expreso se puso a hacer toda suerte de ruidos mientras Romeo me preguntaba si quería mi café con leche. Acepté y él puso a funcionar la batidora mientras yo me acomodaba sobre la encimera, dejando mi bolso a un lado sobre el mármol.
Su mano derecha se quedó sosteniendo el aza de mi taza, su izquierda vino a instalarse sobre mi rodilla, para acariciarme a través del lino de mis pantalones.
—Hoy aún no te digo lo bella que estás.
Agradecí su mentira no porque necesitara que alguien reafirmara el modo en el que me veía por fuera sino porque no pasaba vez sin que me enterneciera lo que antes de conocerlo de verdad, creyera que era simple flirteo, no lo era, Romeo ponía atención a la gente que lo rodeaba y era amable y dulce, teniendo siempre un gesto o palabras para dar. Su mano silenciosa en mi rodilla, era prueba de ello. Su otra mano sobre mi taza también. Su presencia.
Atontada me quedé viéndolo mientras vertía la leche en mi café.
Mi único amor, surgido de mi único odio —pensé.
Él giró la cabeza y al encontrarme viéndolo, sonrió.
—¿Qué?
—Eres adorable.
Bajó la espumadora de leche a la encimera y se estiró para poner un breve y delicado beso sobre mis labios.
—¿Me dirás de una buena vez, qué es lo que sucede?
Romeo amagó una mueca que no fue nada y recogió la taza de la encimera para tendérmela.
La recogí y él se quedó esperando; comprendiendo que quería que bebiera primero, me llevé la taza a los labios y bebí un buen sorbo del exquisito café. Bajé la taza y él, demorado todo un poco más, buscó la suya para beber un sorbo que me dio la sensación duraba mucho más de lo que pudiese contener su taza.
Finalmente la bajó al otro lado de mis muslos.
—Bien —comenzó y se detuvo para pasarse una mano por los labios—. Necesito que me escuches, que me permitas terminar de explicarte todo lo que tengo para contarte y luego —se detuvo para morder sus labios entre sus dientes—. Luego si no quieres volver a verme porque crees que miento, al menos júrame que seguiremos adelante con esto para que tu hermano y tú puedan largarse de aquí, lejos de él.
—¿Lejos de quién? —fue lo primero que salió por entre mis labios.
—Tu padre —respondió con voz profunda pero no demasiado alta.
—¿Romeo, qué pasa? Me preocupas.
—Lo siento, no es mi intensión angustiarte. Ojalá la verdad fuese otra.
—¿De qué hablas?
—Desde que empezamos tú y yo —tragó y permaneció en silencio un instante—. He estado pagándole a alguien para que averiguara todo lo que pudiera sobre la enfermedad de tu hermano.
—¿Qué? —Solté comenzando a sentir rechazo por lo que me rodeaba. Fue inmediato, me sentí incómoda, estúpida, traicionada y muy ingenua. Mi arma estaba en mi bolso, al cual dirigí mi mirada.
—Julieta, por favor escucha, fue sin mala intención. Yo jamás le haría daño a Yago.
Sonó angustiado y sincero sin embargo en mi estado de agotamiento mental y físico, se me ponía difícil mantener mi confianza en alto.
—Julieta, solamente escúchame un instante, tengo pruebas.
—¿Pruebas de qué? —gemí necesitando saltar al suelo, alejarme de él para salir y volver a entrar y borrar esto que no quería que continuase sucediendo porque temía dónde fuese a dar.

—Tu hermano no está enfermo.
—Disculpa… ¿qué? —¿acaso acusaba a mi hermano de hipocondríaco, de fingir?
—Tu hermano no está enfermo, han estado envenenándolo por años, en pequeñas dosis.
La idea estalló de inmediato dentro de mi cabeza.
—¡Tu padre! —solté.
El enemigo —completé dentro de mi cabeza.
Los Montesco.
Los Montesco eran el enemigo.
—No, no mi padre, el tuyo.
Sus palabras se quedaron reverberando dentro de mi cráneo una y otra vez mientras intentaba frenarlas sujetando mi mirada a de la de Romeo para no precipitarme en caída libre.
—¿Qué dices?
—Tengo pruebas —comenzó sacando el móvil rosa del bolsillo trasero de sus pantalones.
Romeo puso las pruebas delante de mí, las cuales releí una y otra vez, viendo también las imágenes de los estudios que jamás estuvieran en mis manos, registrando los intercambios vía correo electrónico entre mi padre y Niowski.
Tuve la sensación de estar viendo una película, una de una ficción tan extraña que se me antojaba imposible de sentirla compatible con la realidad pese a que sabía que la realidad podía ser extremadamente cruel. Yo había sido parte de esa realidad cruel mereciendo que cayera sobre mí, todo el peso de la justicia divina.
¿Sería este mi castigo, el ser testigo de que mi papá era responsable de años de sufrimientos de Yago?
Sin duda mi familia merecía agotarse y extinguirse pero no Yago, Yago jamás le había hecho daño a nadie, mi hermano siquiera de pequeño, influenciable y sin comprensión de la realidad, fuera jamás permeable a la violencia que lo rodeaba. Mi hermano lloraba, mi hermano sentía y registraba a muertes como algo más que un número. A mi hermano nada lo rozaba, todo lo que pasaba cerca y quizá no tan cerca de él, le afectaba, se metía en su cuerpo y mezclaba con su composición para provocar una reacción muy humana en él.
—Lo siento —susurró Romeo ante mi silencio—. Ojalá hubiese sido mi padre. Anoche lo interrogué al respecto para terminar de confirmarlo. Le dije que había rumores, mi padre estaba borracho pero no se privó de decirme que aquello era un ridiculez. Nosotros no somos responsables —comenzó y se detuvo—. Eso no es cierto, en realidad todos los somos. Si esta guerra se acabara de una puta vez…
—Mi papá está envenenando a su propio hijo—. Creí que darle forma a aquellas palabras en voz alta, me ayudaría a terminar de asimilarlo. No funcionó—. ¿Por qué? No tiene sentido. Es su hijo. Amenazarme con él es una cosa pero realmente hacerle año… así, de este modo, por años.
—Es lo más preciado para ti.
Mi corazón se saltó un latido.
—Estás siempre pendiente de él.
Se saltó otro.
—Julieta, lo que creo es que tu papá ha estado manipulándote a través de tu hermano —soltó y lo que le siguió a eso fue un helado silencio que me hizo estremecer—. Han sido más que amenazas.
Mi papá, el mismo sujeto que no dudaba a la hora de lanzar un puñetazo en mi dirección, la misma persona que me había enseñado a matar, que me obligó a hacerlo, el mismo sujeto que quería que acabara con Romeo. El mismo padre, mi padre quien abandonara ayer a Yago en el

hospital al cuidado de dos custodios cuando mi hermano apenas si podía moverse o hablar, luego de haberse orinado en la cama porque no pudo levantarse ni pedir ayuda, la noche anterior.
Mi padre el mismo que cuando de pequeña, tomaba a mi hermano en brazos, me gritaba que lo soltara, que Yago ya tenía una madre y esa no era yo.
Mi madre.
La vi golpeada.
Vi a Yago enfermo en su cama.
Mi papá que no se había molestado a regresar a ver a mi hermano o llamar para preguntar por él, siquiera contestó cuando lo llamé en una docena de ocasiones, solamente respondió cuando Niowski lo llamó para comentarle sobre el deseo de mi hermano de regresar a casa.
—¿Julieta?
El frío traspasó mi piel y se me clavó primero en la carne, luego en los huesos.
—Tengo que sacar a mi hermano de la casa de mi padre —jadeé.
Mi cuerpo, soltándose de mi control, se echó a temblar.
—Tengo que sacarlo de allí. Ayúdame a sacarlo de allí. Romeo, por favor, ayúdame a sacarlo de allí —comencé a desesperar—. Lo mataré.
Mi hermano.
Mi hermanito.
Mi padre estaba envenenando a su propio hijo y pagándole a Niowski para que guardara silencio. Debía estar pagándole a los del hospital también porque allí no había historia clínica de mi hermano, porque todo lo que hicieran por él, no fue más que ficción.
—Ayúdame a sacarlo de allí—. Recogí mi bolso, necesitando rescatar el arma de sus profundidades, conducir hasta la casa de mi padre, poner el cañón sobre su cabeza y disparar.
Romeo atrapó mis muñecas.
—No podemos hacerlo así, no podemos hacerlo ahora.
—Suéltame —le pedí tironeando de mis muñecas con las pobres fuerzas que me quedaban.
—Amor, si lo sacamos de casa de tu padre ahora, pondremos en juego todo lo demás.
—¡Es la vida de mi hermano! —estallé no pudiendo creer su frialdad.
—Lo sé, lo sé —susurró a toda prisa—. Lo sé y lo entiendo, te juro que hubiese preferido que la verdad fuese otra. Ni yo lo quería creer—. Sus pulgares acariciaron mi piel—. Lo sé, amor, te entiendo.
Yo a esta altura de mi vida, ya no entendía nada más.
Romeo soltó mis muñecas para tomar mi rostro acercando el suyo al mío.
Su mirada fue fiera.
—Te lo prometo, no permitiremos que continúe haciéndole daño a tu hermano.
—¿Cómo? Romeo —gemí y él sonriéndome con dulzura, posó sus labios sobre los míos. Su mirada permaneció sobre la mía.
—Lo siento, juro que le pondré un fin.
—Está en su casa —mi voz tembló por el llanto que quería salir.
—Lo sé. Estoy trabajando en eso, tengo desde temprano trabajando en eso. Tu padre debe contaminar su comida.
—Dios —gemí porque todavía no podía creerlo.
—Estoy en tratativas con alguien que trabaja en la cocina de la casa de tus padres, es uno de los ayudantes. Hasta lo que tengo entendido no sabía nada del asunto, solamente pudo decirme que sí, que tu padre pasa por allí cada tanto por ninguna razón en particular. Estará atento, descubriremos si es directamente él o alguien que trabaja para él. Confía en mí, controlaremos la

situación hasta que podamos sacar a tu hermano de allí, de modo definitivo. Julieta, debes hablar con Yago de esto, de nosotros y de lo que planeamos, necesitamos saber si está con nosotros.
—Con nosotros —repetí—. Mi hermano no es —se me cerró la garganta. Me forcé a tragar saliva y dolió—. Yago no es parte de esta guerra.
—Pero tal vez no le agrade la idea de huir con un Montesco.
Hasta yo lo había temido; eso era antes de descubrir lo que hacía mi papá.
—Necesito que lo aclares con él y que me digas si crees en lo que te he dicho o si te quedan dudas.
Pese al grumo de emociones que era mi pecho en este instante, entendía que no era en lo absoluto descabellado pesar que mi padre podía estar manipulándome de ese modo con mi hermano. Que ayer, me obligara a pasar todo el día en el hospital con él por… ¿porqué? ¿Fue su intención quitarme del medio? ¿Y las otras veces en las que mi hermano estuvo internado? Intenté recordar y comenzó a darme dolor de cabeza.
—¿Julieta?
—Necesitamos averiguar qué fue lo que estuvo haciendo ayer —le dije con mi piel enfriándose otra vez porque me entró miedo.
—¿Qué? ¿A qué te refieres?
—A que necesito saber que estuvo haciendo ayer mi papá mientras yo estuve lejos todo el día, en el hospital con mi hermano.
Romeo se enserió como si acabara escuchar la amenaza de un látigo dando un chicotazo en el suelo, muy cerca de sus pies.
—Bien, enseguida me encargo de eso —me dijo recuperando el móvil rosa de bolsillo trasero de sus pantalones.
Detuve la situación, tomando su móvil, sin quitárselo de las manos.
—¿Quieres que desaparezca de tu vida? Lo sabía, por ahí lo dicen, es casi ley que lo amores eternos son más breves.
Ante sus palabras, sonreí como una tonta.
—Te juro que no me puse a investigar sobre tu hermano para hacerle daño. Por supuesto permití que Ben y Darío lo pensaran eso pero…
—No lo pienso, por no dispararle al hijo de puta de mi primo —me detuve.
—Debí contarte que estaba investigando.
Tiré del móvil y se lo quité de la mano.
—Me hiciste falta y en este momento te necesito más que nunca.
—Julieta —jadeó Romeo cuando lo tomé por el cuello.
—Llévame a la cama y hazme el amor. Esto entre tú y yo está muy lejos de su fin y el fin, no solo no llegará en breve sino que no llegará nunca. Eres mi comienzo, jamás mi fin, Romeo. No quiero esta vida si no es contigo porque estás dándomela, estamos creándola juntos. De qué me serviría sin ti.
—Tienes a tu hermano.
—Al hermano que no he sabido cuidar —entoné con mi saliva tornándose amarga.
—Eso no es cierto.
—Lo es.
—No. Tu papá. Si quieres a un responsable, ahí lo tienes.
Lo miré a los ojos amándolo.
—Llévame a la cama. Necesito mi piel en contacto con la tuya, necesito tus besos sobre mí para recuperar mi cuerpo. Te necesito dentro de mí para convencerme de que soy real.

—Eres real.
Lo sentí apenas real cuando rocé sus labios con los míos.
—Julieta.
—Hazme el amor —susurré sobre sus labios.
Romeo se acomodó entre mis piernas, sus las yemas de sus dedos se posaron delicadas sobre mis rodillas.
Besé sus labios quedándome con su labio inferior entre los míos para apenas tirar. Lo solté a tiempo para ver esa sonrisa generadora de enormes cantidades de energía, florecer en sus labios como el hongo de una potente explosión que nos elevaría a ambos al cielo y mucho más allá. Eso mismo precisaba yo en este instante, perderme en el infinito del universo con él, en sus brazos, compartiendo besos y caricias, caricias que subieron por mis muslos, erizando mi piel del modo más delicioso.
—Te amo, Julieta —susurró bajito y solo para mí. Que así continuase siendo su amor, uno que no necesitaba alzar la voz para imponer su verdad porque ante sobrados argumentos, no necesitaba más que ser, para convencerme de que era real.
Mi *te amo* fue conectar mi beso con el suyo otra vez en la más tierna de las locuras a la que se sumó mi lengua, buscando la suya.
El sabor del café dulce en su boca; su sabor lanzando cabos en mi dirección para que tuviese de donde sujetarme porque de a poco comenzaba a entender que podía aceptar la ayuda que se me brindaba que aquello no me hacía débil o menos capaz.
Sus manos alcanzaron mis caderas y lo siguiente que me colmó con la mejor de las sensaciones fueron sus pulgares metiéndose por debajo de mi camisa para acariciar mi piel con cuidado y mimo.
Inspiré sobre su boca, sonreí. Romeo detuvo su beso conmigo para terminar de concretar la complicidad entre nosotros en este momento.
—Todo lo que me pidas —susurró entre mis labios.
Mis piernas se movieron para rodearlo; las alcé un poco y así atrapé sus muslos. Entendió el mensaje, el mimo que necesitaba era el que me dio a continuación al bajar sus manos a mi trasero para tomarme, levantarme y terminar de pegarme a él mientras yo me colgaba de su cuello y sus caderas. Nuestras bocas hicieron contacto otra vez en un beso que sonó a deslizarse en sábanas frescas y limpias en una noche de intenso calor. Me estremecí de gusto y por lo visto, a él su cuerpo también le hizo saber que entre nosotros funcionaba, porque apretando mi trasero, me pegó a él.
Mi mano derecha encontró su coleta y él gruñó entre mis labios interrumpiendo el beso. Me miró, sus ojos eran acero al rojo vivo.
—No te cortes nunca el cabello.
—Como quieras princesa.
Sonreí y despacio, aterricé con mis labios sobre los suyos. Romeo ladeó la cabeza para hacerle espacio a mi boca, para devorar mi boca con un beso que lo fue todo, la ternura de sus labios, la pasión de lengua y el filo peligroso y enloquecedor de sus dientes.
Con mis piernas apretando su cuerpo, me pegué todavía más a él. Sentí su creciente erección por debajo de la altura de mi pelvis y tuve ganas, y necesidad, de moverme sobre él.
Lo siguiente que supe fue que mi espalda chocaba contra una pared a la que Romeo me apretó para marcar mi cuello con sus besos y sus dientes. Mis manos se cerraron sobre su cabello y pidieron por su nombre un y otra vez.
Romeo me despegó de la pared para llevarme hasta su cuarto.

Reconocí el cuarto y que estábamos junto a la cama, yo de espaldas a los pies de esta. Quise bajar una pierna al suelo y medio desconectamos en intenciones porque él ya estaba queriendo bajarme al colchón de espaldas. Reímos como idiotas cuando medio nos enredamos, medio caímos.
Las risas mutaron a un beso al que se sumaron sus manos y las mías, buscando, tocando, desesperadas por despojar al otro de sus ropas para alcanzar la piel.
Creo que arranqué al menos dos de los botones de su camisa pero Romeo no se quejó. La mía, ayudada por sus manos, me la quité por la cabeza.
Con besos que acabaron en mi pezón derecho, Romeo me quitó el sostén.
Su lengua hizo de las suyas sobre mi pecho, también sus labios, mientras su mano derecha bajaba por mi costado para luego disimuladamente moverse hasta mi cintura y allí dar con el botón y el zipper de mi pantalón el cual bajó conmigo repitiendo cual mantra, su nombre una y otra vez.
Quise buscar su erección y no me lo permitió.

Con sus besos marcando mi pie,l también con su saliva, bajó por mi abdomen.
Sus besos se interrumpieron a la altura de mis bragas.
Conmigo viéndolo, Romeo se alzó sobre sus rodillas, buscó la cintura de mis pantalones y mis bragas y comenzó a bajar todo por mis piernas.
No se me pasó por alto que dejara en mis pies, las altas sandalias de tacón que vestía.
Su mano se movió por mi muslo derecho hasta mi rodilla por el lado externo de mi pierna y continuó subiendo por mi pantorrilla hasta mi tobillo. Lo vi girar la cabeza para besarlo, para besar mi empeine y luego colocar mi tobillo sobre su hombro.
Ante esta mirada mía que no estaba dispuesta a solarlo, Romeo desabrochó el botón de sus pantalones, bajó el cierre y empujó hacia abajo todo lo que lo cubría.
Su erección…
Él siendo muy mío.
No pude evitarlo porque verlo así, verlo a él de rodillas ante mí, con mi tobillo sobre su hombro era demoledoramente sexy.
Moví mi mano hasta mi clítoris y comencé a acariciarme. Bajé mis dedos hasta mi entrada y con la humedad que allí era ya evidente, lubriqué mis dedos para volver a acariciarme mientras él me veía.
Romeo fue a por su erección cerrando su puño en lo más alto para moverlo allí y luego bajarlo despacio, cubriendo su perfecta polla que era puro deseo, para mí también.
Lo vi acariciarse mientras yo hacía lo mismo.
El ritmo de las manos de ambos se combinó para darle forma a una sinfonía a la que se sumaron nuestras respiraciones agitadas y jadeos, su nombre y mi nombre sonando hasta confundirse para luego fusionarse.
A mi cuerpo dejó de parecerle suficiente mi mano, mi interior palpitó y se contrajo de ganas de él.
Dejé de tocarme para buscar su erección.
La cual encontré y tomé porque él apartó su mano para cedérmela por completo.
Su erección dio una sacudida cuando la rodeé con firmeza.
—Julieta —gruñó Romeo.
Tocarlo…
Aflojé le agarre apartando mi palma, quedándome solamente con las yemas de mis dedos sobre él los cuales subieron y bajaron por su ardiente carne hasta que las primeras gotas emergieron para enloquecerme de gusto.
Humedecí mis dedos de él y volví a acariciarlo viendo sus abdominales, pectorales y muslos contraerse.
Romeo se inclinó sobre mí acomodando mi pierna sobre su hombro hasta que mi rodilla quedó colgada de este.
Con su mano plantada a mi lado, apreté su erección contra mí para acariciarme.
Creí que podría demorarlo más, para hacer de este encuentro una deliciosa y suntuosa sesión de nosotros, amándonos. Entendí que no era le mejor momento para eso y no solo por mí, Romeo estaba conteniéndose de detonar, lo vi en lo tenso de sus facciones, en el sudor que estallara perlando su gloriosa piel, en el rubor de su rostro.
Lo tomé en mi mano y lo guié hasta mi entrada para calzarlo un par de centímetros dentro de mí.
Aparté la mano.
Romeo se inclinó sobre mí para besar mis labios.
Luego de eso, los dos perdimos el control.

Mi cabeza estalló al igual que mi cuerpo cuando lo sentí correrse dentro de mí.
Exhausta y desbordada de placer, me acomodé contra su cuerpo para a los pocos parpadeos y con su respiración sobre mi cabello, me quedarme dormida.

Habíamos pasado toda la tarde juntos no haciendo mucho más que remolonear en la cama compartiendo besos, caricias y palabras en susurros y aún así ya me hacía falta.
A dos calles de llegar a casa de mis padres, con el semáforo en rojo frente a mí, aproveché a oportunidad para echarle un vistazo a mi móvil. Romeo me prometió que averiguaría cual fuera el paradero de mi papá durante el día y si bien apenas le diera tiempo para trabajar, ya necesitaba respuestas.
La pantalla de mi móvil no me enseñó mensaje alguno.
Antes de salir del piso de Romeo intenté comunicarme con mi padre sin resultado alguno; no tenía idea de dónde se encontraba, en su oficina no, ya lo había comprobado.
Resé una y otra vez para que no estuviese en su casa, para no tener que cruzarme con él porque no estaba muy segura de ser capaz de contener mi reacción a su presencia.
El semáforo se puso en verde y continué con mi camino decidida a aclarar la situación con mi hermano. Iba a contárselo todo, él necesitaba conocer la verdad porque esta era su vida no solamente mi decisión. Yago debía tener la verdad en sus manos para tomar una decisión real y válida.
Bajé un poco la ventanilla frente a la casilla de seguridad de la entrada de la casa de mis padres y de inmediato el portón se puso en movimiento. Al otro lado, desperdigados por el jardín cual venenosos hongos, se hallaban los hombres de mi padre, armados para la guerra y tan sedientos de sangre como siempre.
Mi remontada por el camino hacia la entrada principal me granjeó supuestos saludos respetuosos de su parte que más que nada, resultaban intimidatorios si bien se suponía que su presencia era justificada para salvaguardar mi seguridad también.
Estacioné mi coche frente a las escalinatas principales y al instante alguien estuvo allí para abrir la puerta para mí.
Era una de las muchachas que asistía en tareas generales, vistiendo su uniforme negro.
La muchacha, de mirada tímida y contextura menuda tenía apenas dos meses trabajando aquí y el miedo a todos los integrantes de mi familia, aún no se le pasaba, y con razón.
—Buenas tardes, Claudia —la saludé remontando los escalones.
—Buenas tardes señorita Capuleto.
Entré y ella cerró la puerta por detrás de mí.
—¿Se encuentran mis padres?
—Solamente su madre, señorita. Ella está en el salón.
—¿Bebiendo?
La muchacha no supo qué hacer con su vergüenza y con la respuesta que yo ya conocía.
—¿Tiene mucho tiempo de estar allí?
Asintió con la cabeza a toda velocidad.
—¿Te dijo si cenaría?
—Se lo pregunté hace un momento otra vez. Me contestó que esperaría a saber si su padre quería comer.
—¿Y de él no tienes noticias?
—No señorita, no ha pasado por aquí en todo el día, tampoco llamó. ¿Se quedará a cenar, usted?
—Todavía no lo sé. ¿Mi hermano está en su cuarto?

—Sí, el doctor estuvo aquí por unos minutos, se retiró hace una hora, más o menos. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?
—No, Claudia, no te preocupes por mí, pasaré a ver a mi mama y luego subiré a quedarme con mi hermano un momento.
—Claro señorita. ¿Está segura que no necesita que le traiga nada?
—No, estoy bien, gracias.
Ella me dedicó una ligera reverencia con la cabeza y se retiró dejándome a solas en el hall de entrada.
Una parte de mí tenía muchas ganas de largarme escaleras arriba sin tener que verla, ayer no había podido localizarla para pedirle que pasara a visitar a Yago y ella en ningún momento llamó para saber de su estado. En todo lo que iba del día, ella no movió un dedo para saber de él. Si iba en su encuentro era para ponerla al tanto de lo cerca que había estado su hijo de quedar sometido a un cuerpo sin control, a una silla de ruedas y una vida a completa merced de mi padre.
Las mullidas alfombras de seda absorbieron mis pisadas, camuflando así mi llegada.
Me detuve ni bien atravesé la arcada de elaboradas molduras; ella estaba en el sofá blanco, sentada justo en el centro, con la vista fija en la oscuridad de la boca de la chimenea apagada, bebiendo de un largo vaso empapado en condensación, un líquido transparente en el que empequeñecían dos cubos de hielo.
Sus sorbos eran los de un pequeño pajarillo sediento, cortos y rápidos.
En su mirada perdida era evidente que el alcohol tenía mucho rato de haber tomado cuenta de su mente porque aún no se percataba de mi llegada y de que la botella de vodka no estaba en el posa botellas, lo cual era su obsesión estando sobria, o medianamente sobria, sino sobre el cristal de la mesa, formando a su alrededor, un charco de condensación que todavía goteaba por la superficie. A la botella le quedaban cuanto mucho, tres dedos.
Si a algo no faltaba mi mamá, pese al estado de ebriedad en el que se encontrara, era a lucir impecable. Mi papá se lo había hecho aprender del peor modo posible, con golpes.
—Mamá —la llamé y ella no me escuchó o tal vez estuviese demasiado absorta en sus propios pensamientos—. Mamá —probé una vez más.
Bastó que apenas moviera la cabeza para ver el morado alrededor de su ojo izquierdo, el cual el maquillaje no alcanzara a cubrir.
—Mamá —mi voz fue un quejido de dolor, corto y ahogado.
Ella parpadeó con su mirada sobre mí, intentando enfocar o tal vez identificarme.
—Julieta, hija —su voz sonó a como si hubiese fumado un atado de cigarrillos completo no más de unos minutos atrás, pese a que ella dejara de fumar hacía años, al cabo de quedar embarazada de Yago.
—Hola, mamá.
No tenía la intención; mi mirada sola, se desvió hacia el morado alrededor de su ojo. Ella debió darse cuenta porque alzó su mano hasta su pómulo. Sus dedos no llegaron a tocar su piel.
—¿Cuándo fue? ¿Ayer? —estimé por el color del morado.
—Sí, por la tarde, después de almorzar —me dijo con la lengua patinándole.
—¿Dónde está ahora?
Por respuesta se encogió de hombros y bebió.
—¿Viste a Yago? Esta mañana lo traje del hospital. Tú dormías.
—Sí, sé que está en su cuarto.
—¿No subiste?
Bebió.

No necesité que me dijera que era para evitar que viera el golpe.
—¿Te contaron de su estado?
—El doctor Niowski me lo explicó. Dice que tiene esperanzas de que mejore del todo, dice que fue un susto.
Un susto provocado por mi padre, pensé.
—Mejorará —le aseguré—. ¿Ordeno que te preparen de cenar?
—No tengo apetito.
—Intenta comer algo y vete a la cama.
—No lo creo.
—Mamá…
Mi voz murió en mi garganta cuando alzó el vaso a sus labios y descargó el contendido en su garganta sin detenerse hasta que los cubos de hielo chocaron con sus dientes.
Bajó el vaso y se movió hacia delante para servirse más.
Entré en el salón.
—Mamá, es suficiente —me interné entre los sofás y la mesa para llegar a ella viéndola llenar el vaso hasta el borde—. Te ayudaré a subir. Te das un baño —quise atrapar su muñeca y ella apartó su mano tan bruscamente que la bebida roció mis pantalones, la alfombra, los suyos y el sillón.
—¡Estúpida! —me gritó—. Mira nada más lo que hiciese.
Intenté pescar su brazo otra vez, acabé arañando su muñeca. Ella chilló de dolor y se apartó, fui otra vez a por el vaso el cual se me resbaló de la mano, a ella se le soltó de su agarré y acabó cayendo sobre su regazo bañándola.
—¡Maldita desgraciada! —chilló—. Mira lo que hiciste —se puso de pie, el vaso rodó al suelo —. Eres una basura igual que tu padre. ¡Déjame en paz!
—Mamá, por favor —intenté buscar sus manos y ella se apartó de mí tambaleándose, dejándome a mí en el mismo estado, por culpa de su desprecio.
—¡Lucrecia! —bramó el vozarrón de mi padre y así, mis rodillas terminaron de aflojarse.
Mamá se alejó de mí de modo definitivo.
Giré la cabeza para ver a mi padre lanzarse sobre nosotras como un león saltando con sus garras y fauces por delante, para atrapar a su presa. No necesitaba que nadie me explicara que la presa era mi madre porque él debía haberle escuchado decir que yo era basura al igual que él. No era que se equivocara pero…
—Papá, por favor —intenté detenerlo por el pecho y su manotazo pasó por mi lado en búsqueda de mi mamá.
—Quítate de en medio —me empujó y me resistí.
—Déjala, está bebida.
—Eso, déjame en paz, estoy demasiado borracha para recordar esto mañana de modo que no vale la pena es esfuerzo.
—Maldita puta —gruñó mi padre empujándome hacia el sillón para pasar. Me colgué de él haciéndole frente. Pudo dar un paso, no mucho más, llevándome por delante, forcejeando conmigo.
—¿Qué pasa, Héctor, ya siquiera puedes controlar a tu propia hija? —se burló mamá y todas las alarmas saltaron en mi cabeza; ella acababa de dar en su punto débil y eso a mí, tarde o temprano no me haría ningún favor. Mis dedos lo soltaron al instante y mi cuerpo reaccionó buscando por dónde escapar.
Siquiera vi por donde él atrapó un mechón de mi cabello y tiró de mí para frenar mi huida.

—¿Quieres ver que sí? —le escuché decir. De un tirón de cabello que hizo girar mi cabeza para que pudiese verme de frente, me arrojó sobre la mesa. Caí intentando atajarme con las manos para evitar aterrizar con la cara sobre la botella y los adornos de cristal y plata que había sobre la mesa.
Mi caída fue torpe pero no todo lo mala que pudo ser.
Lo malo fue que mi padre no se detuvo allí. Pese al grito de suplica de mi mamá, me lanzó una patada al estómago que me empujó fuera de la mesa hacia el espacio entre esta y el sofá. Caí medio de lado, medio de espaldas con fuego sobre mi lado derecho entre mi estómago y las costillas, apenas pudiendo respirar porque el dolor era demasiado.
Con los ojos enturbiados de lágrimas lo vi lanzarse hacia mí. Alcé entre nosotros mi brazo izquierdo y el derecho fue seguro a su objetivo al tiempo que flexionaba la rodilla. Antes de salir el piso de romeo había pasado mi arma de mi bolso a mi pantorrilla.
Él me había ensañado a ser rápida, a no dudar.
Gatillé apuntando en dirección a su frente la cual se detuvo en seco a centímetros de la boca del cañón.
Escuché a mi mamá chillar.
El rugido de mi padre no tuvo voz, fue solamente una mirada, una que me tildó de traidora, que me coronó como el enemigo y me hizo saber que mi reacción tendría un precio, uno que yo estaba decidida a pagar.
—Si vuelves a tocarme te mato —mi amenaza no fue vana y él lo entendió porque a pesar del dolor, de la tensión del momento y de que mi mamá lloraba y chillaba sin parar, mi pulso no temblaba—. Apártate o disparo. Sabes que no fallaré. Siquiera te darás cuenta cuando la bala entre en tu frente.
Su siguiente parpadeo se demoró una eternidad.
—¿Qué crees que haces?
—No volverás a ponerme una mano encima.
La sonrisa que se desplegó en sus labios a continuación fue estremecedoramente terrorífica.
Enseñándome sus palmas enderezó la espalda y se apartó un poco. El cañón de mi arma lo siguió.
—¿Es eso lo que hacías en Mantua?
Agradecí estar en el piso, de otro modo la debilidad en mis rodillas me hubiera delatado.
Le exigí a mi corazón que se calmara porque no quería que el pulso me temblara.
—¿Intentas destronarme?
¿Qué?
—Te vieron salir de Mantua —continuó y yo lo dejé seguir—. Vine hacia aquí en cuanto me avisaron que tu coche salía de la ciudad de regreso a casa.
—¿Mantua? —lloriqueó mi mamá con voz ebria.
—Sí, Mantua y no te metas, no creas que me olvido de lo que te escuché decir al llegar—. Mi papá regresó su fiera mirada a mí—. Creías que podías hacer esto sola sin que nadie se enterara. Te di la orden pero esperaba que me pusieras al tanto de tus movimientos. ¿Qué creías que sucedería si lo atrapabas sola por tu cuenta? ¿Acaso esperabas que la gloria de asesinar al heredero Montesco te catapultaría directamente a mi altura sin más?
Por sus palabras comprendí que pese a mi miedo, él no tenía idea, mi padre simplemente debía creer que yo de algún modo había salido tras Romeo sin decirle nada.
—Esta mañana lo vieron salir de la ciudad y lo siguieron, fue a Mantua. Los ineptos que lo seguían lo perdieron en una barrera y ya no pudieron dar con él.

Tragué saliva que amenazaba con convertirse en ácido dentro de mi boca.
—¿Qué hace en Mantua? ¿Va siempre u hoy fue un evento aislado? ¿Diste con él? ¡Habla!
—Tus hombres son unos estúpidos. Que no vuelvan a pisar Mantua. Si Romeo los ve, lo echaran todo a perder —bufé fingiéndome ofendida y enojada. En el fondo temblaba y estaba aterrorizada.
Mi padre se cruzó de brazos sonriendo.
—¿Cuándo pensabas decírmelo?
—Cuando te trajera su cuerpo —mentí.
Mi padre rio con ganas.
—Tan solo por eso, olvidaré que me apuntaste con tu arma.
—Saca a tu gente de en medio, Romeo es mío.
La satisfacción en el rostro de mi padre me revolvió las tripas.
—Bien, cómo quieras. Aún no me contestas —no le permití terminar la frase pese a que mi padre odiaba que lo interrumpiera.
—Déjame hacer mi trabajo. Hay un motivo por el que hice esto por mi cuenta.
—¿Se reúne allí con su inversor misterioso, aquel que todavía no le presenta a su padre?
Si él supiese que esa persona no era otra que fray Lorenzo.
—No discutiré esto así. De hecho no planeo discutirlo de ningún modo. No quiero que haya filtraciones o intromisiones. Me pediste que matara a Romeo y eso haré pero no antes de tener todas las armas para acabar con su padre y el resto de su familia.
—Y yo que comenzaba a creer que te ablandabas.
—Pues te equivocabas —le dije empujándome hacia arriba, mordiendo el dolor entre mis dientes para no demostrar ni un gramo de debilidad frente a él.
—No me vendría mal una demostración más consistente.
Alcé el arma y le apuné a la cabeza otra vez.
Mi papá apretó sus labios y me dedicó así, una sonrisa ladeada.
—Ten mucho cuidado, Julieta.
Que lo tuviera él.
—Mamá, lárgate a tu cuarto.
Y así, mi padre perdió la sonrisa.
—Tu madre no va a ninguna parte, ella y yo tenemos cuentas que arreglar.
—¿Qué, le pondrás el otro ojo morado para igualar sus perfiles? —resoplé.
—¿Quién ha estado metiéndote a ti, ideas raras? ¿Fue Paris?
—Paris es un imbécil.
Mi papá se enserió todavía más.
—Vete a la cama, mamá —le ordené apuntándole por un segundo.
Ella me miró y luego a mi padre.
—¡Vete! —grité y ella al cabo de dar un respingo, se largó.
Mi papá la vio partir, siguiéndola con una mirada cargada de pesado y denso odio.
En cuanto giró su rostro en mi dirección se percató de que otra vez, el arma le apuntaba a él.
—Haré esto a mi modo —continué—. Mantén a tu gente fuera de mi camino. Esto es entre Romeo Montesco y yo.
—No sé lo que tramas sin embargo te lo advierto, ante el menor indicio de que haces algo en mi contra, me aseguraré de que te arrepientas.
Yago. Estaba segura que se refería a Yago.
Al final sería él a quien le tocaría arrepentirse de todo el daño que hiciera en su vida.

—No vuelvas a apuntarme con un arma, Julieta.
—No vuelvas a golpearme.
—Hablo en serio.
—Y yo. Tampoco vuelvas a levantarle la mano a mamá.
—¿Ella te odia y tú la defiendes? —soltó en una grotesca carcajada. Su única intención era herir.
—En todo caso, es asunto mío.
Mi papá dio un paso al frente, mi arma aún le apuntaba.
—Julieta te equivocas si piensas que te necesito. Te di la vida y puedo quitártela.
No bajé el arma.
—Si te propones tenerme de enemigo, lo conseguirás.
Él ya lo era.
—Subiré a ver a Yago.
—No. Seguramente tu hermano está descansando.
—Subiré igual.
—Julieta —me advirtió.
—Subiré y me quedaré un rato con él —insistí con mi arma todavía apuntándole.
—Deberías irte a casa, cambiarte y salir a cenar con Paris. ¿Cuántos días tienes de no verte con él, de no ser vista con él? Sal con él y asegúrate de que les tomen fotografías juntos. Estaría muy bien que desde mañana todo el mundo te viese con el estúpido anillo que te compró.
Entonces sí había comprado un anillo.
—No veré a Paris esta noche y si quieres la cabeza de Romeo no insistas en obligarme a hacerme perder el tiempo con Paris. Tengo demasiado trabajo que hacer.
Lo vi tensar sus mandíbulas, frustrado.
—Al menos asegúrate de anunciar el compromiso pronto, con la muerte de Darío tan presente, es un bueno momento para hacerlo público. Si el torpe de Paris no te propone matrimonio pronto, te aseguras de aclararle cuales son las circunstancias. Si creyó que esta familia tolerará su lenta capacidad de reacción, se equivoca. Que haga algo productivo de una puta vez. Y ahora baja esa maldita arma, los dos sabemos muy bien que nunca me dispararías.
Muy tarde entendí que aquella no era la mejor reacción.
La bala atravesó la tela del costoso oleo colgado en la pared por detrás de él.
Mi papá no pudo evitarlo, ante el disparo se encogió sobre sí mismo.
—No olvides quién me crió, quién me enseñó todo lo que sé —me limité a decirle.
Su mirada fue puro odio.
—Ah, y te lo aviso, sacaré a Yago de aquí. Es probable que lo instale en un lugar más tranquilo, fuera de la ciudad.
Tres hombres de mi padre entraron como tromba en la sala de estar, empuñando sus armas. Yo ya no le apuntaba a mi papá pero el arma todavía estaba en mi mano y ellos la vieron.
—¿Señor? —articuló a la espera de una orden, por parte de mi padre.
—Lárguense que no pasa nada —rezongó mi padre—. Mi hija está un tanto torpe hoy y se le ha escapado un disparo.
Los hombres me miraron, claramente no le creyeron.
—¡Ya lárguense!
Ante el bramido de mi padre, los tres salieron de la casa.
Mi papá esperó a escuchar que la puerta se cerrara por detrás de él para continuar hablándome.
—No te llevarás a tu hermano de aquí.
—No te lo consultaba —efectué una breve pausa—. El siguiente disparo daría en tu cabeza.

Sabes que tengo muy buena puntería—. Subí mi brazo con el arma en la mano y así, rodeé la mesa—. Buenas noches, papá.
Él no me respondió.
Con los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos, apuré el paso rumbo a las escaleras y las remonté, asustada, creyendo que vendría tras de mí para matarme. Era la primera vez que le hacía frente de este modo, que lo amenazaba y tenía muy en claro que de esta situación no había vuelta atrás porque él jamás me lo perdonaría. Mi cuenta con él no haría más que seguir sumando y sumando porque no planeaba volver a ser la misma Julieta que lo soportaba todo.
Llegué arriba temblando puesto que ya no me quedaban fuerzas para contener mi miedo.
Di unos pasos por el corredor en penumbras y cuando me sentí medianamente a resguardo, me detuve y descansé mi espalda contra la pared para sostenerme. Procuré inspirar hondo, calmarme. Quise guardar el arma mas por los primeros minutos siquiera pude obligarme a quitar el dedo del gatillo.
En la soledad y el silencio de corredor calmé mi pulso. Logré guardar el arma en mi pantorrilla y estudié mi torso y abdomen; en cuanto me toqué las costillas sentí como si me golpeara otra vez; para la mañana mi costado sería un gran morado.
Pasé las manos por debajo de mis ojos, por encima de mis mejillas y por mi cabello una y otra vez, procurando recomponer mi imagen, mi hermano tendría motivos e sobra para alarmarse con todo lo que tenía para contarle.
¿Habría escuchado el disparo?
Probablemente sí; de cualquier modo, escuchar disparos no era una novedad para esta casa.
Comprendiendo que mi noche no se pondría más sencilla en los próximos minutos, recuperé el andar de camino a su habitación.
Llamé a la puerta de su cuarto y nadie respondió.
Toqué con un poco más de fuerza.
—Un momento—. La voz de Sandra, la enfermera de mi hermano, sonó lejana.
Abrí la puerta apenas una hendija y nadie dijo nada. La empujé un poco más y entre para ver la cama de mi hermano vacía, con las mantas apartadas a un lado. había varias luces encendidas, incluida la del baño que se veía por la puerta entornada.
La silla de ruedas de mi hermano no estaba en su sitio y el aire olía a jabón; incluso pude sentir en el aire que me rodeaba, el vapor del agua caliente de su baño.
—Soy Julieta —anuncié cerrando la puerta tras de mí.
Escuché la voz de mi hermano esforzándose por pronunciar mi nombre, anoche apenas si podía articularlo.
—En un instante estamos con usted, señorita Capuleto —me avisó Sandra.
—Bien, aquí espero.
—No te vayas —me pidió mi hermano, con dificultad, sonaba a que tenía que arrancar de entre sus labios, cada palabra.
—Tranquilo, no iré a ninguna parte.
No iría a ninguna parte, no sin él.
Al cabo de echar una mirada más en dirección al baño, caminé hasta su mesa de noche y me puse a revisar los frascos y cajas de sus medicamentos en procura de alguno que no tuviese identificación, que no formase parte del nutrido grupo de químicos que se suponía le ayudaría a contrarrestar los males que lo aquejaban. El único verdadero mal aquí era mi papá.
No di con nada que resultara sospechoso por lo que volví a revisar todo lo que se encontraba sobre la cajonera alta, al otro lado de la cama, aquí eran en su mayoría vitaminas y suplementos

dietarios. Revisé a toda prisa el primer cajón donde se guardaban otros elementos que se dedicaban al cuidado de mi hermano, aparatos de medición, jeringas, agujas, apósitos y demás elementos que no tenían nada que envidiarle a una sala de urgencias de un hospital. Mi búsqueda fue otra vez infructuosa y acabé abandonándola porque mi hermano me llamó.
—¿Te fuiste? —me preguntó.
Caminé de prisa hasta los pies de su cama para esperarlo.
—No, todavía estoy aquí —me forcé a reír.
La puerta del baño se abrió cuando una mano femenina la sujetó por lo alto.
Bajé la vista para encontrarme con el rostro pálido pero sonriente de mi hermano, quien en su silla de ruedas, iba en pantalón pijama y una camiseta de Batman. Tenía el cabello mojado y olía a su perfume favorito.
Me pareció notarlo más delgado que en la mañana cuando lo dejara, si es que eso era posible.
—Hola, guapo —lo saludé—. ¿Te ha sentado bien ese baño?
—Habría sido mejor si no hubiese necesitado ayuda para dármelo—. Se interrumpió un instante —. Estuvo bien, al menos ahora no huelo a hospital.
No pude hacer más que devolverle una sonrisa apretada entre mis labios por culpa de la tensión en mis mejillas, provocada por la necesidad de vomitar la verdad. Por años tuviera que escucharle decir a mi hermano, lo mucho que odiaba a su propio cuerpo por hacerle todo lo que le hacía, por coartar sus posibilidades , por infligirle tantos dolores y penurias. No era su cuerpo, era nuestro papá.
Sandra lo trajo hasta mí porque yo fui incapaz de moverme de mi sitio.
Lo que sí pude porque mi cuerpo no necesitó que se lo ordenara, fue inclinarme sobre él para abrazarlo. Me prendí de él con fuerza.
—Eh, despacio —se quejó falsamente—. Me despeinas y desbaratas lo mucho que me arreglé.
Despacio me tocó sobre el costado y con cierta torpeza porque por lo visto sus brazos aún no se encontraban por completo bajo su control.
Se me escapó un quejido de dolor que él tomó a broma, lo cual agradecí.
—No tengo tanta fuerza —me dijo y lo solté luego de parpadear a toda prisa para barrer las lágrimas de dolor.
—¿Tienes un momento para conversar conmigo?
—Puedo hacerte un espacio en mi agenda.
—¿Quiere regresar a la cama? —le ofreció Sandra.
—No, estoy bien así. Gracias Sandra.
—Bien, si no me necesita para nada más, iré a encargar su cena.
Al escucharle mencionar la comida para mi hermano, se me revolvieron las tripas, existía una alta posibilidad de que el veneno le fuera administrado así.
Sandra se retiró antes de que yo pudiese decir nada.
—No creí que fueses a regresar a hoy.
—Te dije que volvería, ¿no es así? —intenté sonar alegre y no funcionó.
Vi a mi hermano registrar mi persona con su mirada.
—¿Todo bien?
Asentí con la cabeza.
¿Habría escuchado el disparo?
—¿Te quedas a cenar?
—Sí, claro. Comeremos juntos.
—¿Viste a mamá?

—Se marchó a su cuarto hace un momento.
—No ha venido a verme —me dijo perdiendo él también, el entusiasmo.
—No estaba en condiciones.
—¿Y papá?
—Llegó unos minutos después que yo.
Los dos nos quedamos en silencio y otra vez él me estudio con una intensidad que parecía querer ver a través de mi carne.
—¿Qué es, qué sucede? ¿Discutiste con papá? ¿Con mamá?
—Sabes como es —comencé procurando no hacer demasiado grande aquello en lo que los dos teníamos experiencia de sobra; nuestros padres no eran nuevos conocidos para nosotros.
—Sí, sé cómo es y también te conozco. ¿Me dirás que sucede?
Dejando partir el aire que contenían mis pulmones, fui a sentarme a los pies de su cama.
—¿Julieta?
En su voz era palpable el miedo.
—Tenemos que hablar tú y yo.
—Ya lo creo.
—Algo tiene un par de semanas sucediendo. Quería contártelo pero no estaba segura de cómo fuese a… —perdí la voz.
—¿Qué pasa?
—¿Qué me dirías si te dijese que quien creímos que era el enemigo, en verdad es nuestro mejor aliado?
Yago frunció el entrecejo.
—¿De quién hablas?
Inspiré hondo. Se me puso la piel de gallina.
Era ahora o nunca.
Mi hermano me sostuvo la mirada.
—Romeo —entoné estremeciéndome porque lo necesitaba, porque hubiese dado cualquier cosa por tenerlo aquí, por presentárselo a mi hermano; quería que él conociese al verdadero Romeo Montesco.
—¿Qué dices?
—Él y yo estamos juntos.
—¿Cómo?
—Romeo y yo estamos juntos. Comenzó… —volví a verlo frente a mí en el pasillo. recordé el golpe que le diera en la cabeza por el que Darío debió suturarlo. Tuve la impresión de que de aquel momento no pasaran días sino siglos.
—¿Julieta? —el rostro de mi hermano mutó a una mueca de horror.
—Estoy enamorada de él, y él de mí. Romeo —ante un aturdido Yago, lo solté todo, dejándolo boquiabierto y mudo.
Cuando acabé con mi relato, esperé.
Mi hermano bajó la vista hasta sus rodillas e intentó subir su brazo izquierdo hasta su frente. Su mano se quedó a mitad de camino. Bajó el brazo y alzó la vista.
—¿Fray Lorenzo?
Asentí con la cabeza.
—¿Por qué Mantua?
—Supongo que porque está cerca y al mismo tiempo, fuera de la influencia de cualquiera de las dos familias.

—¿Funcionará? A arruinarlos, me refiero.
—En eso estamos.
—Si papá descubre que has estado desviando dinero… si alguien te ve en Mantua con él…
—Supongo que a partir de ahora, deberemos ser muy cuidadoso.
—Pero —jadeó—. ¿Dónde iríamos?
—Lejos.
—Nada es demasiado lejos para papá. Nos encontrará y —se detuvo. Entendí que entraba en pánico.
—No podemos quedarnos, Yago.
—Yo no puedo ir a ninguna parte, no contigo, lo único que haría es demorarte, ser un lastre. Ustedes dos deberían —se detuvo para quedarse viéndome otra vez—. ¿Romeo Montesco?
—Romeo Montesco —convine—. Y eso no es todo, Yago. No voy a dejarte, no podría dejarte jamás. Romeo lo sabe, lo supo desde el principio y por eso… —tomé coraje—. Hay más.
—¿Más? Apenas si puedo asimilar todo lo que acabas de contarme. ¿Qué más puedes tener para decirme? —cerró los ojos—. Creo que me da vueltas la cabeza por todo lo que te escuché contar.
—Lo lamento; no puedo detenerme ahora, tienes que conocer toda la verdad.
Me dio la impresión de que mi hermano empalidecía.
—Romeo se puso a trabajar en ello cuando comenzamos. Me enseñó las pruebas hoy más temprano.
—¿Las pruebas de qué?
—No estás enfermo, Yago.
—¿Qué dices? —rio nervioso.
—No estás enfermo, vi los resultados de análisis de sangre y orina, vi imágenes de estudios y lo más importante, vi comunicaciones entre papá y Niowski; está pagándole para que encubra lo que hace. Vi las cuentas a las que ha estado trasfiriendo el dinero. Le ha pagado millones. Es probable que tenga al alguien en hospital también, allí tu historia clínica está vacía así como la mía y la de mamá.
Mi hermano dejó de parpadear.
—Yago, no estás enfermo.
—Pero —empezó a negar con la cabeza más detuvo el movimiento de su rostro al instante—. Entonces… no entiendo… Yo… no estoy inventando lo que siento. No invento no poder mover las piernas porque apenas si las siento —soltó con su voz haciéndose trizas.
—No es eso lo que digo. Se que no es un invento tuyo.
—¿No? —articuló sonando a como si dudase de sí mismo.
—No. Vi resultados de laboratorio en los que —se me cerró la garganta y no pude seguir—. Papá ha estado haciéndote daño por años —logré vomitar—. No con golpes como a mamá y a mí sino…
—¿Qué?
—Envenenándote.
La reacción de mi hermano fue a como si lo hubiese golpeado.
—En los análisis hay registros de pequeños rastros de dos venenos distintos.
—¿Cómo?
—Romeo tiene a alguien que trabaja para él, que pirateó el portátil de Niowski. Allí estaban los resultados de los análisis.
—Pero —jadeó—. Eso… si alguien sabe que papá… ¿envenenándome? —su voz se quebró con la desesperación que en la mueca de su rostro era más que evidente que sentía.

—Papá tiene medios de sobra para silenciar a todos los involucrados.
—¿Por qué?
—Para controlarnos, para —no pude seguir, las lágrimas se me apelotonaron en la garganta—. Eres lo más preciado para mí.
—Soy su hijo —articuló con la voz temblando. Las primeras lágrimas rodaron por sus mejillas.
—Lo siento.
—Él —se interrumpió.
—Jamás me iría de aquí sin ti.
Mi hermano que desviara un instante la mirada, volvió a mirarme.
—Hace un momento le apunté a la cabeza porque cuando llegó mamá —tragué saliva—, me golpeó y le apunté y le dije que si volvía a tocarme lo mataría.
La palidez de Yago fue total.
—¿Sabe que lo sabes, sabe que sabes lo que hace?
Negué con la cabeza.
—Me vieron salir de Mantua, le he hecho creer que estoy siguiendo a Romeo para espiarlo y para planear cómo matarlo. Se ha complicado todo un poco más. Además de eso le dije que te sacaría de aquí porque este sitio no es lugar para tu convalecencia. Me dijo que no y disparé. Ahora el Rembrandt tiene un agujero de bala.
—¡¿Qué?! —soltó con voz ahogada.
—No está asegurado porque es robado de modo que ya veremos cuanto pagará por repararlo.
—Julieta no… no me refería al cuadro. ¿Le disparaste?
—No permitiré que continúe haciéndote daño.
—Le disparaste.
—No lo pensaré dos veces, es tu vida o la de él.
Mi hermano se quedó en silencio mirándome a los ojos.
—Debí ser yo la que lo descubriera, debí sacarte de aquí mucho antes. Esta puta familia —gruñí.
—Mucho cuidado que esta puta familia somos tú y yo —tuvo la fuerza para bromear.
Mi sonrisa tembló y las lágrimas se me escaparon.
—Julieta.
No pude más. El llanto terminó de quebrarme.
—Lo siento —lloré escondiéndome por detrás de mis manos. El dolor en mi pecho era insoportable y también las lágrimas que al salir, abrieron camino para la tensión concentrada en mí, luego de la escena que protagonizara allí abajo.
—Julieta que no puedo empujar la puta silla de ruedas.
Salí de mi escondite y de inmediato me lancé sobre él, para aterrizar de rodillas frente a su silla de ruedas. Su brazo izquierdo que era el que mejor respondía a sus comandos, me abrazó cuando yo me prendí a su cintura sin poder parar de llorar.
—Apenas si puedo creerlo —susurró.
—Te enseñaré las pruebas —alcé la cabeza—. Romeo…
—¿En serio te dio acceso a sus cuentas?
—El Romeo que crees que conoces es muy distinto al Romeo que tengo la oportunidad de conocer ahora. ¿Sabías que pinta?
—¿Pinta? ¿Cuadros?
—Cuadros maravillosos.
—¿Romeo Montesco?
—Él quiere verte, quiere que lo conozcas.

—Papá no nos permitirá irnos.
—No te preocupes por eso. Romeo y yo nos encargaremos de todo. Fray Lorenzo está de nuestro lado.
—Romeo no le disparó a Teo.
—No, no le disparó. Sabes que Romeo no dispara.
—Dicen que es por cobardía.
—Es porque en él no hay un gramo de —no fui capaz de acabar la frase pero sí la pensé, sin duda que Romeo no era como yo.
—Preferiría que no cenaras aquí. Creemos que papá tiene a alguien en la cocina…
—El baño, el baño. Necesito vomitar.
Me puse de pie de un salto respondiendo a su pedido.
Fui tan a prisa que la silla de ruedas chocó contra el inodoro.
Mi hermano vomitó más que nada, jugos gástricos, de cualquier modo las arcadas lo hicieron atorarse una y otra vez, hasta que dentro de él, no quedó nada.
Apenas si le di tiempo a recuperarse, mientras él aún se limpiaba los labios con el dorso de la mano, comencé a recoger sus cosas del baño.
En un bolso de viaje que encontré en el armario del baño metí su cepillo de dientes, su desodorante, perfume, sus productos de afeitado, con él diciéndome algo que no llegué a pescar, salí rumbo a la habitación.
Pantalones, camisetas, zapatos, en una de sus maletas metí cosas sin ton ni son mientras él recogía un puñado de cosas de su mesa de noche.
En un momento dado lo vi juntar sus medicamentos y tuve que recordarle que no necesitaba nada de aquello. Los dos entre aturdidos, asustados y a las prisas, juntamos lo que pudimos.
Con la valija, un bolso y su mochila en la cual él había metido un par de libros, nos subimos al elevador de carga de la casa que bajaba al área de servicio junto al garaje.
Lo primero que hice fue empujar su silla de ruedas fuera del elevador, registrando con una única mirada la presencia de la cámara de seguridad que yo sabía, se encontraba allí.
Saqué del montacargas sus maletas y con él llevado abrazada en su brazo, su mochila, fuimos a buscar mi coche.
Lo subí al asiento del acompañante y calcé a los empujones en la parte trasera, la silla de ruedas para dejar libre el baúl para su valija y bolso.
Con miradas ansiosas por el espejo retrovisor, mi hermano siguió mis movimientos mientras yo cargaba todo en el coche.
Nadie vino a molestarnos y pese a mi miedo, el personal de seguridad de la casa, abrió el portón para nosotros.
Hubiese deseado tener una casa en la que guardarnos a ambos. En el futuro la conseguiría, por lo pronto, mi piso en mi hotel, debería servir. Hacia allí nos conduje a ambos y respiré aliviada al ver a Horacio en la puerta avanzando para recibirme en cuanto reconoció mi coche.
Si a Horacio no le llamó la atención la presencia del equipaje de mi hermano o el hecho de verlo en silla de ruedas, sí notó y le preocupó nuestras muecas y el evidente hecho de que ambos estábamos tensos y alterados.
Sin comentar nada, de inmediato nos ayudó a bajar todo de mi coche y llamó a uno de los chicos del estacionamiento para que pasara a recogerlo. Tampoco efectuó comentario alguno cuando le pedí que nos acompañara arriba.
Él cargó las maletas mientras yo empujaba la silla de ruedas.
Entre los dos instalamos a mi hermano en el cuarto junto al mío y fue él quien se encargó de

pedir de cenar cuando yo le insistía a Yago de que debía comer algo.
Horacio recibió la cena y comió con nosotros ya despojado de la larga y estructurada chaqueta de su uniforme. Pese a que Yago y yo no podíamos más de los nervios, él intentó bromear y tener buen humor para relajarnos.
Fue él quien despachó los platos sucios de la cena y quien pasó a Yago de la silla de ruedas a la cama.
Su turno se terminó mucho antes de que acabáramos solos en el sofá con sendas tazas de café en la mano.
—Si quieres puedo quedarme a dormir en el sofá —ofreció sin tener idea de nada porque hasta ahora, continuaba sin hacer preguntas.
—No, está bien, no creo que sea necesario.
—Julieta si —empezó y se detuvo—, no sé lo que sucede, no intento entrometerme pero si necesitas ayuda, en lo que sea, cuentas conmigo.
—Lo sé.
—Sé disparar, he estado yendo al campo de tiro.
Se me escapó una sonrisa amarga.
—No soy bueno como tú —su sonrisa fue un reflejo de la mía—, cuentas conmigo. Me sacaste de un agujero muy profundo y yo… —se detuvo para quedarse viéndome.
—Está bien, en serio, Horacio. Esta noche hiciste mucho.
—Tengo amigos fuera de la ciudad. Si necesitas —lo interrumpí al instante.
—Tranquilo, no iré a ninguna parte—. No al menos por ahora sin embargo mejor que él no supiera nada más, por su bien que no supiera nada más porque yo no estaría aquí para defenderlo y tampoco podía llevarlo conmigo.
—Bien, solamente recuerda que cuentas conmigo, para lo que sea. Ambos. Sé que tu hermano es muy importante para ti.
—Lo es.
Su sonrisa fue un compromiso conmigo y acepté su apoyo devolviéndosela.
—Eso, que sabes que para lo que necesites…
—Gracias, Horacio.
—¿Puedo hacer algo más por ti?
—Vete a casa a descansar que ya pasa de tu horario.
—No te preocupes por eso.
Me puse de pie y él conmigo. Fui a abrazarlo y lo tomé por sorpresa; su abrazo fue un tanto cauto.
—Vete a casa a descansar.
—Claro, eso haré, me llamas si me necesitas.
Asentí con la cabeza y lo acompañé a la puerta.
Desde la entrada lo vi meterse en el elevador.
Las puertas se cerraron ante él mientras lo saludaba con la mano.
Me metí en mi piso, pasé llave y conecté la alarma.
Apagué las luces de camino a mi cuarto allí, saqué el arma de mi pantorrilla y fui a rellenar el cargador, también busqué el móvil que utilizaba solamente para ponerme en contacto con él y con este, el cargador y ropa interior limpia y un pijama, me metí en el baño.
Dejé mi arma a un lado de la bañera y puse a llenarla. Enchufé el móvil para cargarlo y lo llamé.
Romeo contestó al segundo timbrazo.
—Joder Julieta, que estaba a punto de salir a buscarte. No quería llamarte, temía que sonara o

algo y… —se interrumpió—. ¿Te encuentras bien? ¿Cómo fue? ¿Me tienes en altavoz? —me peguntó con su voz llenando el espacio de mi baño, yéndose por la puerta entreabierta hacia mi cuarto—. ¿Lo que escucho es agua?, hace mucho eco.
—Hola. Largo saludo el tuyo —intenté bromear—. Si te tengo en manos libres porque estoy en mi piso, llenando la bañera—. Me descalcé—. Estoy aquí con Yago, lo saqué de casa de mis padres.
—¿Qué sucedió?
—Tuve un enfrentamiento con mi papá. Me golpeó, le apunté a la cabeza, discutimos, le dije que me llevaría a Yago a un sitio en el que pudiese pasar su convalecencia en paz. Intentó oponerse, disparé y le hice un agujero a un Rembrandt que estaba por detrás de él. Le avisé que el siguiente disparo —se me cortó la voz y mi mirada se enturbió de lágrimas—. Yago ya lo sabe todo, absolutamente todo, sobre nosotros, el plan, Lorenzo, mi padre.
—Julieta —susurró él—. Puedo ir —se detuvo—. Iré, buscaré el modo de entrar en tu hotel sin ser visto.
—No, ni se te ocurra —le advertí con voz estrangulada, la presión en mi pecho que era angustia reconcentrada, subió hasta mi garganta—. Las cosas se complicaron todavía más que eso, la gente de mi papá te siguió hasta Mantua, te perdieron de vista en una barrera—. Tragué saliva—. Me vieron a mí salir de Mantua y le avisaron a mi papá, él llegó a la casa por detrás de mí. Le hice creer que estoy siguiéndote para averiguar quien es el inversor que trabaja contigo y para… —tuve que detenerme para poder respirar porque en el estado en que me encontraba, no era capaz de hacerlo y hablar al mismo tiempo—. Le dije que si quería tu cabeza que me dejara trabajar en paz y que mantuviera a su gente lejos de Mantua y fuera de este asunto.
—Mierda. ¿Te creyó?
—Sí, eso creo.
—Joder.
—De cualquier modo, no podemos arriesgarnos.
—Nos veremos en lo de Lorenzo, él nos ayudará.
Mis lágrimas otra vez, encontraron un curso por el cual fluir.
—¿Julieta? Amor —me llamó él en cuanto me sorbí la nariz—. Voy, no puedo quedarme aquí de brazos cruzados… Joder, voy a matar al maldito de tu padre y al mío.
—No.
—Sí. Esta mierda, toda esta mierda —gruñó y a mí por culpa del hipido del llanto que no pude contener, me dolió hasta el alma, el costillar donde mi padre me golpeara. Él por supuesto, captó mi quejido—. ¿Qué tienes?
—Nada —mentí.
—Dime.
—No es nada, fue un día muy largo.
—Voy para allí.
—No.
—Dime que tienes.
De cualquier modo, sería imposible ocultar frente a él, los colores que por culpa del golpe comenzaban a florecer en las capas más profundas de mi piel.
—Me golpeó. Estaré bien.
—¡Ese hijo de puta! ¡Voy!
—Si vienes lo pondrás todo en riesgo. Quédate donde estás. Hay demasiado en juego. Estaré bien.

—Te diré qué haremos, ya mismo marcho a quedarme en lo de Lorenzo. Si me necesitas me llamas o vienes.
—No es necesario.
—Sí lo es. Si algo más sucede, si va, si notas algo extraño, me llamas.
—Tranquilo.
—No puedo quedarme tranquilo —efectuó una pausa que yo no me atreví a interrumpir porque temía hacerlo con más llanto y no quería angustiarlo todavía más—. ¿Cómo está Yago?
—Sorprendido, asustado, todavía en shock, supongo. Apenas si comió. Cuando empacamos para venir aquí, hizo el amago de traer sus medicamentos.
—Mierda.
—Sí, eso.
—¿Y cómo se tomó lo de nosotros?
—Fue mucho para él. Supongo que necesita ver para creer.
—Hablaré con él cuando quieras.
—Ya veremos.
—Julieta…
—Estaré bien. Voy a darme un baño, tomar algo para el dolor y me meteré en la cama. La alama está conectada y tengo mis armas conmigo.
—Mi móvil estará encendido toda la noche. Para lo que sea, si me necesitas, me llamas. Estaré a apenas unos minutos de ti.
—Lo sé. Quédate tranquilo.
—No puedo, amor, quiero sacarte de aquí, sacarlos a ambos de aquí.
—Pronto.
—Julieta…
—También te amo.
Lo escuché sonreír.
—No nos detendremos.
—No, no lo haremos —le aseguré.
—Procura descansar.
—Y tú—. Nos despedimos más que nada, porque yo necesitaba meterme en el agua en la que pasé unos largos veinte minutos para luego meterme en la cama, con mis móviles y mis armas a mano. El cansancio pudo conmigo entrada la madrugada.

XII
Bye bye Romeo.

Estiré mis rodillas y me puse en marcha hacia el altar.
Sin duda no era la hora más concurrida aquí y agradecía el compartir el espacio apenas con un puñado de personas, en su mayoría, personas mayores que oraban en silencio, algunos con la vista puesta en el altar, otros con su mirada un poco más arriba, en el cristo crucificado de gran tamaño que era una visión inesquivable.
Decidí que me sentaría en la segunda fila, el banco estaba vacío.
Me acomodé sobre el lado externo del banco y descansé mi espalda contra el respaldo.
Entrelacé mis dedos y lo miré, buscando en su rostro de madera y yeso, una respuesta a toda esta locura. Él me devolvió un silencio críptico que supe debía estar esperando que yo descifrara.
No soy tan inteligente —le dije dentro de mi cabeza—. Esperas demasiado de mí. Es probable

que para esto debieras escuchar más a mi padre. Si tan solo pudieses darme un empujón en la dirección correcta.
Silencio.
Escuché pasos que retumbaban por el frío y cavernoso espacio.
Me di la vuelta para ver entrar a una joven mujer que no debía pasar de los treinta.
Ella tocó la superficie del agua bendita con las yemas de sus dedos.
Aparté la mirada para regresarla a Él; le pedí por Yago, por Julieta, le agradecí por poner a fray Lorenzo en nuestras vidas; le supliqué su perdón y le juré que pagaría todo lo malo que hiciera durante mi vida.
Me percaté de que los pasos sonaban otra vez y vi a la mujer avanzar por el otro lado del tempo hacia el frente de este. Nuestras miraras se cruzaron por un instante. Ella apartó la vista primero, al sentarse.
Enderecé mi postura y al cabo de un segundo, por ningún motivo en particular, volví a mirarla, la encontré concentrada en lo suyo de modo que allí la dejé, yo tenía mis propios problemas, no necesitaba buscarme más, ni involucrar a nadie más en éstos, suficiente con imponerle mi presencia a fray Lorenzo quien se preparaba para la primera misa de la mañana.
Él y yo desayunáramos juntos muy temprano, casi al alba. Todavía estábamos a la mesa cuando Julieta me llamó, ella se encontraba bien, Yago aún dormía. Julieta poco y nada había dormido; al menos estaba un poco más tranquila. Esperaría a que su hermano despertara y de acuerdo a cómo siguiera él, veríamos qué hacer.
Por lo pronto, hasta lo que yo sabía, su padre no intentaba nada en mi contra y según pudiera averiguar, tal como se lo conté a Julieta, ayer su padre había visitado unos terrenos en las afueras de la ciudad, almorzado con su hermano y su sobrino, y por la tarde estuviera en el gimnasio tirando golpes, había dejado a un crío inconsciente después de que lo subieran al ring con él. Del gimnasio partiera a su casa para interceptar a Julieta allí.
El último informe de su paradero, el cual llegara cuarenta minutos atrás era que Héctor Capuleto partiera de su casa, no rumbo a su oficina sino a una reconocida y elegante casa de té a desayunar; por lo que pudieran averiguar para mí, el padre de Julieta estaba reunido allí con dos sujetos con los que solía hacer negocios.
A simple vista, la vida parecía continuar discurriendo de modo normal; de cualquier modo, no pensaba fiarme demasiado de esta pseudo tranquilidad, podía ser estúpido pero no tanto.
Le agradecí por llevarse a Yago, por permitirle a Julieta tener a su hermano con ella a salvo.
Para mí le pedí fuerzas para ser capaz de seguir adelante con esto.
A modo de despedida, volví a agradecerle y me puse de pie.
Eché a andar por el costado de los bancos y miré otra vez en dirección a la mujer que sintiendo mi mirada, giró la cabeza. Ella me dedicó dos parpadeos de su atención y volvió la vista al frente.
Continué con mi camino, ya le había dicho a Lorenzo que saldría en busca de café a la cafetería de la otra cuadra y que pasaría allí un rato mientras él daba misa. Lorenzo se esforzó por convencerme de no salir, le expliqué que no planeaba quedarme todo el rato aquí encerrado y que de cualquier modo, este sector de la ciudad era una zona franca, tanto mi familia como la de Julieta asistían aquí a misa y todos teníamos claro que la guerra, aquí no entraba. Aquel acuerdo tácito era algo de toda la vida que todos sabíamos, el otro no se atrevería a romper.
Emergí de la penumbra y el perfume a mirra, a una mañana radiante que me encegueció; los jardines y el interior del edificio eran tranquilos y amables con la mente y los sentidos, no así la calle que fluía del bullicio de un día laboral. El tránsito sobre la calzada estaba a tope y el barullo reinante no se quedaba atrás.

Guareciendo mi mirada detrás de mi mano, descendí las escalinatas de mármol hasta pisar la vereda que de a poco era reclamada por los vendedores ambulantes de estampitas, rosarios, velas y demás implementos para la devoción.
Acomodé mis hombros dentro de mi chaqueta augurando un día cálido y pegajoso. Disimuladamente acomodé la sobaquera sobre mi lado derecho, la cual se corriera un poco hacia delante con el movimiento de mi torso.
Podía ser un soñador, podía ser un tanto estúpido pero no era kamikaze, ni por un instante se me cruzara por la cabeza salir a la calle desarmado.
Creía recordar que la cafetería de la otra cuadra, tenía buen aire acondicionado.
Bajé el último escalón y me uní a la marea humana que avanzaba hacia mi derecha. Sería cruzar la calle en la esquina y luego la avenida hacia la vereda de enfrente.
Un par de personas y yo cruzamos la calle y luego me coloqué detrás de quienes esperaban a que el semáforo cambiara para pasar al otro lado de la avenida. Mi altura y mi aspecto no eran sencillos de camuflar, hice lo posible por mantener la cabeza un tanto gacha.
Los tatuajes en mis manos eran imposibles de ocultar, aun llevaba mi anillo y si bien había abrochado mi camisa hasta el último botón, dejando solamente el cuello suelo, los tatuajes trepaban por mi piel mucho más allá de este.
Inspiré hondo y procuré convencer mentalmente a todo lo que me rodeaba, de no ver en mi dirección, de no prestar atención a mi persona.
El semáforo para peatones se puso en verde. Caminé utilizando a los demás como escudo para que los conductores de los automóviles detenidos frente a la senda peatonal no me vieran.
Una vez que estuve en la vereda de enfrente, me pegué a los edificios y anduve sin mirar a nadie a la cara. La cafetería estaba emplazada en la mitad de cuadra.
A esta llegué pronto.
El sitio estaba a reventar de concurrencia y no quedaban muchas mesas libres. Un camarero sumamente amable pero un tanto invasivo, llegó a mí de inmediato, me dio los buenos días rebosante de entusiasmo y me preguntó si desayunaría solo. Cuando le contesté que sí, me salió con que era una pena y me ofreció una de las pocas mesas vacía, una pequeña, redonda en una esquina entre la pared lateral y el frente de cristal del local.
Se me vería un poco desde fuera mas tampoco estaría en primer plano y de hecho, si me sentaba de espaldas a la pared quedaría un tanto oculto y con buena visión de la entrada y de los transeúntes.
Acepté procurado relajarme un poco.
Terreno neutral —me recordé y eso ayudó a que pudiese darle forma a una sonrisa con la que le agradecí al camarero que me señaló el código QR impreso en un folleto sostenido de pie en la mesa, para ver el menú.
—Puedo traerte una carta si quieres.
—No, ninguna de las dos cosas es necesaria, quiero café con leche y si tienes, un sándwich con salmón y lo que sea, pero que esté bien cargado, me muero de hambre.
—Claro que tenemos —me dijo alegremente, sonriéndole a mi apetito.
—¿Me traes un jugo de naranja, también?, por favor.
—Desde luego. ¿Algo más?
—No, por ahora con eso estaré bien.
El sujeto asintió con la cabeza y se retiró dejándome solo en mi mesa a la cual llegaba una agradable corriente de aire fresco de la cual pude disfrutar por escasos tres segundos porque entonces mi móvil rosa se puso a vibrar sobre el lado izquierdo de mi pecho; mi otro móvil se

encontraba en mi bolsillo interno derecho.
A toda prisa lo saqué, incluso todavía más rápido, el corazón me saltó a la garganta, al temer por Julieta y Yago.
Saltó un número en la pantalla que no era el de Julieta pero sí el de otra mujer.
El móvil sonó se sacudió dentro de mi mano otra vez. Entendí que no desistiría hasta que lo terminara y mejor terminarlo en este instante.
Acepté el llamado y subí el aparato a mi oreja.
—Hola.
—Eres un hijo de puta —gruñó en mi oído, furiosa.
—Buenos días para ti también.
—Maldito desgraciado, a quien más te llevas a Mantua. ¿Esperabas que no fuese a enterarme? ¡Toda la maldita ciudad lo sabe!
Dudaba que fuese para tanto; me callé la boca, lo que menos necesitaba era provocarla.
—Estás al final del camino, Romeo —me advirtió.
—¿Me delatarás?
—Hijo de puta, sabes que no puedo.
Desde luego que no.
—Jodido mentiroso, me das asco. No puedo creer que me hicieras creer que —se interrumpió—. No debí tragarme tus estupideces. No entiendo porqué se me ocurrió pensar que podía funcionar entre nosotros.
—Porque querías que funcionara. Nos mueve la esperanza.
—No te esfuerces, Romeo, no pienso continuar escuchando tus mentiras.
—No son mentiras, nunca lo fueron, no te prometí nada pero sabes que no soy el sujeto que ahora pretendes que soy. Mi apellido me importa una mierda, esta puta ciudad me importa una mierda. Deberías largarte lejos. Aquí no hay nada para ninguno de nosotros. Te lo digo por tu bien, márchate mientras puedas.
—¿¡Por mi bien?! —estalló—. Sí, desde luego —resopló con sorna—, por mi bien porque a ti te preocupa mucho lo que le sucede a otras personas. No tienes sentimiento alguno, eres mentiroso, vil, ¡eres un maldito Montesco!
—Hazme caso y búscate una vida en otra parte.
—¿Para que tú te quedes viviendo aquí tan tranquilo?
—¿En serio te parece que vivo tranquilo?
—Eso depende, de si tienes conciencia o no.
—La tengo, por eso te pido disculpas.
—Vete a la puta mierda —me gritó aturdiéndome para luego colgar.
Bajé el móvil a la mesa y me quedé viéndolo.
Suspiré.
—Estúpido —me dije a mí mismo en voz baja—. Nunca debiste enredarte con ella.
Tras otro suspiro, recogí el móvil y le envié un mensaje a Julieta para preguntarle cómo seguía todo por allí.
Ella vio el mensaje al instante y comenzó a responder. Esperé rogando que todo fuese bien.

Yago despertó.
Parece encontrase mejor.
Va a desayunar ahora, tiene hambre.
Dice que siente sus manos más fuertes.

Con un poco de suerte, su organismo de a
poco eliminará el veneno.
Hasta el momento mi papá no da señales de vida.
Por aquí sigue todo tranquilo.
¿Y por allí?

Mis pulmones se llenaron de alivio cuando inspiré hondo.

Cuanto me alegro.
Yo salí a desayunar, estoy esperando mi café y mi sándwich.
Estoy en la cafetería de la otra cuadra de la iglesia.
Comeré aquí mientras Lorenzo da misa.
Regresaré allí luego.
¿Vienes?

Ella leyó mi mensaje y se puso a tipear.

Aun no lo sé.
Quisiera poder ir con Yago pero no estoy segura.
Tengo un par de cosas que resolver durante la mañana,
parte de aquello que hacemos juntos. Lo haré desde aquí.
Si todo sigue tranquilo, quizá más tarde.
Dame un par de horas para tantear el terreno.

Le di forma a mi respuesta al instante.

Bien, aquí estaré si me necesitas.
Me alegra muchísimo que Yago se encuentre mejor.
Dile que le envió mis saludos.
Te amo, Julieta, no lo olvides.

Su respuesta fue una línea infinita de corazones seguida por un par de palabras.

Tengo que ayudarle con el desayuno.
Luego hablamos.
Te extraño .

Le respondí con un corazón y guardé mi móvil.
Mi desayuno llegó y resultó ser que las porciones allí, eran enormes. Iba a poder nadar en mi café con leche y el sándwich era digno de mi apetito voraz de después de entrenar. El tamaño de mi jugo de naranja me granjearía las vitaminas c para un año.
—Que lo aproveches —me deseo el camarero y se retiró.
El café era una exquisitez y el sándwich…
Me lancé a disfrutar de mi desayuno con el entusiasmo que me proveyeran las buenas noticias de saber que Yago se encontraba mejor y de que por el momento, todo estaba en calma.
Masticaba el primer bocado de mi sándwich cuando al otro lado de la vidriera de la cafetería,

pasó la mujer que entrara en la iglesia cuando yo estaba allí.
Bajando el bocado con un buen sorbo de mi jugo de naranja, la vi alejarse.
Ojalá Dios nos escuchase a ambos.
Me chupaba los dedos luego de meter otro gran bocado de sándwich en mi boca cuando el camarero llegó a mi lado.
—¿Todo bien?
Busqué una servilleta de papel al cabo de bajar el sándwich al plato. Le sonreí y asentí con la cabeza.
Me limpié los labios y tragué.
—Sí, estupendo—. Recogí la taza de café y bebí un buen sorbo.
—El *refill* es por cuenta de la casa.
—Suena tentador, el café es buenísimo.
—Sí, nuestro café…
El camarero no pudo terminar la frase, el estallido atravesó el cristal y dio sobre su pecho derribándolo. Escuché gritos y luego llegó el siguiente disparo con el que yo me arrojé al suelo, cayendo junto al camarero quien se agarraba el costado. Lo siguiente fue una ráfaga de ametralladora y más disparos que provocaron que nos cayese encima una lluvia de cristales entre los gritos desesperados de la concurrencia.
—Joder —alcancé a soltar antes de que el ruido devorara mi voz.
Como pude me moví para cubrir al camarero porque él estaba boca arriba y los vidrios le caerían en la cara.
Se quejó de dolor mientras los disparos que volaban en nuestra dirección por docenas, continuaban sonando. Los gritos y el llanto eran devorados por el estruendo.
Me levanté un poco de encima del camarero y tiré de su camisa para sacarla de los pantalones, estaba sucia de sangre pero no demasiado. Fue más lo que conseguí palpar que lo que pude ver porque con la balacera no podía moverme demasiado.
—Solamente te rosó —le dije.
—Me dispararon.
—Sí, lo sé.
—Siguen disparando.
—Sí, me di cuenta. Tenemos que movernos hacia la parte trasera del local.
Alcé la cabeza y vi sillas y mesas caídas por todas partes, gente en el suelo en posición fetal, dos camareras llorando. Vi sangre, tazas, paltos y medialunas que volaran por los aires.
—Puedes empujarte hacia atrás. Te ayudaré.
Él asintió con la cabeza a toda prisa y me incorporé un poco para comenzar a empujarlo hacia atrás para alejarlo de la entrada destrozada.
Los disparos cesaron y aproveché. Alzándome un poco más, comencé a tironear de su camisa para alejarlo de aquí. Al ver lo que yo hacía, un par de personas me imitaron y cuerpo a tierra, se movieron tras de mí.
Una de las camareras alzó la cabeza.
—¿Hay una salida trasera, una puerta de servicio?
Ella asintió a toda prisa.
—Guía a todos hacia allí.
—Sí, sí —jadeó en este extraño silencio dejado por los disparos.
A un sujeto grande y musculoso, le pedí que ayudara al camarero.
La camarera se puso en marcha sin alzarse demasiado del suelo y las personas comenzaron a

seguirla.
Ayudé a una mujer que estaba con dos niños de unos diez y doce años. La niña, la menor tenía un arañazo en la sien que a todas luces, era el paso de una bala, se había salvado de milagro; la niña lucia asustada pero se encontraba bien.
Los ayudé a moverse hacia atrás a ellos y a un par de personas más que no parecían terminar de juntar las fuerzas para alejarse de la parte frontal del local.
Vi a docenas de personas desaparecer por detrás de la barra.
Ayudé a otros tantos y con amargura que no fui el único en sentir porque fue una joven mujer quien la encontró primero, comprobamos que una mujer que creía ver visto a dos mesas de la mía, estaba muerta por culpa de un disparo en el pecho.
Le grité a la chica que se largara de allí, ella se negó, me dijo que le parecía que había alguien más bajo una mesa, no muy lejos.
—Yo la saco, tú vete.
Ella no llegó a moverse que algo silbó por el aire.
Apenas si vi el objeto negro volando.
Esperé el estallido creyendo que me convertiría en carne picada, en vez de eso, la granada explotó y todo fue una luz cegador que por una fracción de segundo, me hizo creer que pasaría a mejor vida.
El sonido atronador fue bestial.
Mis oídos pitaron se taparon.
Mi cabeza fue la turbación absoluta. Pensar era un imposible.
Del blanco segador volví a distinguir algunas formas, la luz de la calle recortada en la vidriera rota, mesas caídas, la chica a mi lado caída en el suelo.
Con los odios pitando de modo infernal y mi cabeza aturdida vi a una figura alzando una pierna para pasar por encima de la pared que sostuviera la vidriera rota.
Su rostro se me escapó, no así el disparo que me hizo dar un salto del susto.
La bala no dio en mí, el grito fue de la chica que se encontraba a mi lado.
Intenté sacar mi arma y me enredé con la sobaquera. Logré desenganchar el arma pero se me escapó de la mano y cayó al suelo. Mi cuerpo era la más absoluta de las torpezas porque el pitido en mis oídos apenas si me dejaba pensar.
Recuperé el arma y la empuñé alzándola al tiempo que le quitaba el seguro.
—Hola, Romeo.
Mi cerebro sumó dos más dos, lo hizo trabajosamente más al final, llegó al resultado porque ni la voz y ni el rostro que quedó ante mí, apuntándome a la cabeza, me eran desconocidos.
—Teo —gemí apenas escuchando mi voz.
—Perdón por interrumpir tu desayuno.
—Hijo de puta.
—Es una pena, este sitio en verdad me gustaba.
—Esta zona —me detuve porque a mi lado, la chica gimió de dolor. Sin desviar mi mirada de la mi arma, busqué a tientas su mano, ella temblaba. Sus dedos estaban pegajosos y supe que era de sangre—, esta zona no…
—¡A la mierda con eso! —estalló Teo—. Es tu culpa. No debiste venir a la iglesia. ¿Acaso pretendías burlarte de nosotros?
—¿Tienes idea de a cuantas personas acabas de asesinar?
—Mis condolencias para las familias; a veces simplemente debes hacer lo que debes hacer.
—Desgraciado, esta guerra no se pelea así.

La violencia con que la mano de la chica tembló en la mía, me hizo enfurecer.
—Si me querías a mí —no pude terminar la frase.
—Te tendré a ti —soltó Teo interrumpiéndome—. Debiste matarme en la playa. Perdiste tu oportunidad y ahora es mi turno. De cualquier modo eres demasiado cobarde para disparar.
Mi brazo se puso dirigido.
Las imágenes regresaron a mí: la discusión en la playa, la sangre, las escenas en la ambulancia, el padre de Darío maldiciéndome. Julieta conmigo en la cama, el resultado de los análisis de Yago, mi padre insultándome.
Había sido un cobarde.
Ya no lo era, ahora era quien necesitaba ser.
—Eres patético, Romeo.
—¿Tu tío te envió no es así?
—Julieta no podrá tener tu cabeza, pobrecita de ella, su padre es un jodido hijo de puta que no pretende permitir que su hija lo ponga en ridículo una vez más. Mi tío es otro cobarde que golpea a su hija y a su esposa por miedo a que ambas lo superen, por los mismos motivos, tiene años envenenando a su hijo. Pero… ¿quieres saber una cosa? Te mataré a ti y luego me encargaré de mi tío, de Julieta y el patético de Yago, eliminaré a tu padre y la ciudad será mía. Bye bye Romeo.
El retroceso de mi arma fue demasiado para mi cuerpo, así como lo fue para el cuerpo de Teo, el de bala que entró en él.
Cayó y un disparo se le escapó, un disparo que convirtió en añicos una de las pocas lámparas de que quedaba colgando del techo.
Sacudí la cabeza para aclararme las ideas y así comprender que debía asegurarme de que estuviese muerto.
Solté la mano de la chica jurándole que sería un segundo y de rodillas fui hasta Teo, lo encontré con los ojos abiertos.
Me miró.
Intentó decir algo y lo único que salió por entre sus labios fue sangre.
Busqué mi disparo en él.
Encontré la mancha roja sobre su lado izquierdo, la bala debía haber pasado muy cerca del corazón, si no lo rozó, perforando además un pulmón.
No sé porqué, busqué su mano. Él se prendió de mis dedos.
Las fuerzas le duraron tres parpadeos y luego su mirada se quedó quieta, sus dedos me solaron.
El quejido de dolor de la chica, me recordó que esto aún no acababa, Teo no había llegado solo.
Me alejé de Teo todavía con el arma en la mano, no la guardaría hasta asegurarme de que estuviésemos a resguardo.
Ella buscó mi mirada cuando me le acerqué.
—Aguanta, por favor—le supliqué detectando el disparo en su abdomen.
Fui a colocarme por detrás de ella, la tomé por las axilas y empecé a arrastrar su cuerpo en dirección a la barra.
—¡¿Teo?! —gritó una voz masculina llamándolo desde la calle.
La chica lloró.
—¡¿Teo?! —la voz sonó más próxima.
—Shhh —le pedí a la chica, esquivando las mesas y sillas caídas, arrastrando a nuestro paso, comida, bebida y vajilla rota.
—¿Teo, estás ahí? ¿Teo, lo mataste?

La figura que apareció de la luz deslumbrante de la calle entró en el local.
Vio a Teo en el suelo.
Escuché las sirenas.
El sujeto alzó la cabeza, vio el bulto que éramos los dos, la chica y yo, junto a la barra pero no estoy seguro de que nos reconociera.
—La policía —gritó alguien desde la calle.
El sujeto dio la media vuelta y se largó dejándonos atrás sin más.
Dejé caer mi trasero al suelo y sobre mis piernas, recosté su cabeza.
Las sirenas eran muchas y estaban cada vez más cerca. Policía, ambulancias y si no me parecía mal, también bomberos.
—Ayuda está en camino —le dije a su mirada que era puro dolor en brillantes lágrimas—. Aguanta un poco más. La policía está en camino—. Ella alzó su mano ensangrentada la cual estreché con la mía escuchando a los motores acelerar en la huida—. Es un momento más, puedes aguantar un momento más. No pienses en el dolor. Dime, ¿cómo te llamas?
Sus labios temblaron antes de que pudiese contestarme.
—Teresa.
—Hola, Teresa, es un placer conocerte, soy Romeo.
—¿Romeo Montesco? —jadeo.
—Romeo, simplemente Romeo.
—¡Policía! —gritaron dando la señal de advertencia.
Alcé la cabeza y vi una docena de figuras invadir el rectángulo de luz de la entrada, figuras que me apuntaban con sus armas y linternas teniendo como telón de fondo, el bullicio de las sirenas.
Alcé mi mano armada ante los policías que hacían su ingreso, para que comprendiesen mi sumisión.
—Teobaldo Capuleto —jadeó uno al ver el cuerpo de Teo en el suelo.
—Soy Romeo Montesco y tengo a una persona herida conmigo —entoné con mi voz que decidió salir hecha trizas—. Teobaldo Capuleto atacó el lugar. Su gente y él dispararon sin piedad. Él entró luego de lanzar una granada aturdidora.
En ese exacto momento alguien la encontró.
—Necesito una ambulancia. Se llama Teresa y tiene una herida en el abdomen.
—¡Necesito una ambulancia aquí y ahora! —gritó el sujeto que entrara en primer lugar—. ¿Estás herido, Montesco?
—No, solamente aturdido por la granada. Estaba desayunando… comenzaron a disparar sin más —le expliqué mientras caminaba en mi dirección—. ¿Puedo guardar el arma?
—¿Le disparaste? —hablaba de Teo.
—Estaba apuntándome a la cabeza. Le disparó a ella —con la mirada apunté en dirección a Teresa quien me veía.
—Es verdad, yo lo vi. Me disparó. Iba a matarlo también a él.
Los de la ambulancia entraron como una tromba.
—Guarda el arma —me dijo el policía.
—¡Romeo! —gritó la inconfundible voz de Lorenzo—. ¡¿Romeo?!
—Fray Lorenzo, no pude entrar ahí —lanzó alguien desde fuera; Lorenzo no le hizo caso. Entró por encima de la vidriera rota, pisando cristales—. ¡Romeo! —su grito llegó a mí al tiempo que los de la ambulancia entraban con la camilla.
Todo sucedió de prisa y fue demasiado para que mi cerebro pudiese procesarlo.
Me arrebataron a Teresa de las manos y para cuando me di cuenta, estaba de regreso en la cocina

de Lorenzo, acompañado de varios policías y siendo atendido por una doctora y un enfermero.
Mi móvil que sonara un par de veces ya, se puso a tocar otra vez. Bajo la atenta mirada de todos, lo busqué en el bolsillo de mi chaqueta la cual colgaba en la silla por detrás de mí.
—Es mi padre —anuncié al ver su nombre en la pantalla del aparato. El policía a cargo del operativo asintió con la cabeza y Lorenzo se persignó—. Hola —respondí alzando apoyando la espalda otra vez contra el respaldo de la silla porque aún estaba un tanto mareado por culpa de la granada aturdidora.
—¿Es cierto, está muerto? ¿Le disparaste? Me han dicho que le diste en el pecho.
Iba a contestarle que le agradecía el preocuparse tanto por mí; preferí guardarme mi sarcasmo para otro momento, tenía demasiado público y no me interesaba que me escucharan desafiarlo.
—Sí, así es —solté por toda respuesta.
—Era hora. Ese maldito mató a tu amigo. Y por lo que entiendo, estaba decidido a matarte. Los Capuleto se saltaron todas las reglas hoy, de modo que ahora deberán atenerse a las consecuencias.
—No es momento para hablar de esto.
—Quiero que acabes con ellos uno a uno. Es tu primera vez y ya ves que has sobrevivido. La próxima vez que lo hagas será todavía más sencillo.
Supe que se refería a mí disparando, a mí matando a alguien.
—El abogado está en camino. De cualquier modo, hace cinco minutos hablé con el jefe de policía. La chica a la que le disparó Teo, una tal Teresa no sé qué, ya declaró en tu favor. Dijo que le salvaste la vida, una suerte que estuviera de parte de los Montesco. Tendrás que declarar más tarde pero no hasta que llegue el abogado, él ya habló conmigo y con el jefe de policía quien por cierto, está muy enojado. Si no hubieses matado a Teo, lo habría hecho él. Me aseguró que en cuanto cortara conmigo, llamaría a Héctor. Sin duda que él está detrás de todo esto, Teo nunca tuvo cerebro suficiente.
Le dejé que creyera lo que quisiera; no tenía caso explicarle la verdad que soltara Teo sobre mí porque él ya no estaba aquí para concretar sus planes.
—Espero que no creas que con esto tienes suficiente para sentirte libre de quedarte sentado en tus laureles, solamente hiciste lo que debías hacer, lo que tendrías que haber hecho cuando esa basura Capuleto mató a Darío. Vienes con retardo, Romeo y es hora de que te pongas al día. Tienes toda una familia por eliminar. Supongo que estarás al tanto que Julieta se ha llevado a su hermano de casa de sus padres. Ahí ha sucedido algo, lo tiene con ella en su hotel, aprovecha y mata dos pájaros de un tiro. Julieta tiene seguridad pero no es la de su padre; seguro no te será muy difícil meterte allí y dispararle a ambos.
—Te llamo más tarde.
—¿Disculpa? —resopló. De sobra comprendí que mi intento de despacharlo, no le cayera ni un poco bien.
—Arrojaron una granada aturdidora en la cafetería y aún no me encuentro del todo bien.
—¡¿Qué no te encuentras del todo bien?! No seas maricón. Es el momento de actuar. Como si no te conociera, no es por la granada, es porque eres un cobarde. Sé que estás con Lorenzo. Sabes que no me agrada que pases tanto tiempo allí, Lorenzo acabará por ablandarte por completo, si es que no lo ha conseguido ya. ¿Fue él el que te pegó esas mañas estúpidas, el que te ha hecho maricón? ¿Te folla? Seguro que sí, en la iglesia todos se creen santos pero no son más que —no pude seguir escuchándolo.
—Cierra la puta boca —le grité—. Te llamaré cuando pueda —le dije y corté la comunicación para pagar mi móvil, el cual lancé sobre la mesa.

Los policías, el personal de la ambulancia y Lorenzo, se quedaron viéndome.
—No se preocupen está todo bien, mi padre y yo solemos hablarnos así.
La doctora me estudió con su intensa mirada verde acuosa.
—Insisto en que deberías acompañarnos al hospital para que podamos efectuarte unas pruebas. Sería solamente para quedarnos tranquilos.
—No, está bien.
—Recién le dijiste a tu padre que no te encuentras del todo bien.
—Para que me dejara en paz, Lorenzo.
—No necesita pasar ahora mismo por la comisaría, señor Montesco. Creo que todos nos quedaríamos más tranquilos si fuese al hospital.
Lorenzo miró al policía y luego a mí.
—Ya lo ves, voy contigo.
—Mi abogado está en camino.
—Puede reunirse contigo en el hospital —añadió Lorenzo mientras mi mirada se llenaba de chispas de luz.
Tuve que cerrar los ojos. Sentí que me tambaleaba. Me atajaron por los hombros y ya no pude escaparme de me llevaran al hospital en una ambulancia escoltada por tres coches patrulla con sus sirenas encendidas.
Lorenzo fue conmigo, con mi mano en las suyas, rezando en voz baja, teniendo una sonrisa para mí, cada vez que yo lograba despegarme un poco del mareo y abrir los ojos.
Me efectuaron una resonancia magnética, me vio un oculista y también me revisó un otorrino. El neurólogo llegó junto con los resultados claros de la resonancia pero de cualquier modo me revisó. En la bata abierta por detrás en la que me metieron al llegar al hospital, tuve que ponerme de pie y hacer una serie de pruebas para revisar mi equilibrio y motricidad. Me preguntaron mi nombre, el día de mi nacimiento y si recordaba que fecha y día de la semana era.
Respondí a todo bien, repitiendo entre medio de cada respuesta, que me dolía la cabeza.
Con la aprobación del doctor me dieron un calmante y me metieron en la cama otra vez para tenerme bajo observación pese a que yo me quejé porque no me parecía que fuese necesario. Entre Lorenzo y mi abogado, quien por lo visto quería hacer de esto todavía más drama del que ya era, me obligaron a meterme en la cama y obedecer al doctor.
La policía me interrogó en mi habitación del hospital mientras fuera en el pasillo, rondaban hombres de mi padre que se suponía, estaban aquí para cuidarme. Él pese a que volví a encender mi móvil, no intentó ponerse en contacto conmigo otra vez.
El abogado se fue y también Lorenzo porque prácticamente lo eché luego de que se quedara conmigo para verme ingerir a la fuerza la cena desabrida del hospital.
Ya con la puerta cerrada de mi cuarto y con apenas una luz muy tenue a mi lado porque se suponía que debía dormir, busqué mi móvil rosa y vi que tenía media docena de llamadas perdidas de Julieta y otros tantos mensajes suyos.
Acurrucándome en la cama, medio bajo las mantas para que estas amortiguaran mi voz, la llamé.
—Por Dios, Romeo —jadeó contestando al instante.
En cuanto su voz sonó, todo mi cuerpo se llenó de ella. Se me puso la piel de gallina y mis oídos pitaron otra vez.
—Amor —fue lo único que conseguí articular.
Ella estalló en llanto.
—Julieta —la llamé, ella no pudo detenerse, fue escucharla atragantarse con las lágrimas, hipar, quebrarse; mi cuerpo se hizo trizas con el de ella.

—Lo siento —lloró.
—Nada de esto es tu culpa y lo sabes.
—Esta noche se le acabarán las ganas de joder contigo, te lo prometo.
—Julieta…
—Lo verás en las noticias.
—No necesito ver nada en las noticias, solamente necesito saber que Yago y tú están bien.
—Sí, estamos bien —se sorbió la nariz—. Hemos pasado todo el día en casa, él está algo mejor. Ahora lo dejé con alguien de confianza.
—¿Qué?
—No podía dejarlo solo.
—¿Dónde estás?
—Estoy harta de él, de su violencia y su maldad.
—Julieta, dime que harás—. Aparté las mantas de encima de mis piernas, decidido a levantarme e ir a buscarla.
—¿Tienes seguridad en el hospital?
—Sí, los hombres de mi padre están aquí.
—Bien.
—Julieta, no me respondes.
—Ojalá pudiese ir a verte luego.
—Julieta, por favor —rogué.
—Que mañana te lleven el periódico.
—Julieta, por favor.
—Te amo. En cuanto me enteré de lo sucedido… No quiero tener que vivir sin ti.
—Ni yo sin ti. Julieta, tu padre —ella me impidió seguir.
—Mi padre necesita que alguien le pare los pies. ¿Te darán el alta mañana?
—Julieta.
—No sé cuando podré verte.
—Julieta, por favor.
—Te amo. Intenta descansar.
—Cómo podré si no me dices dónde estás o qué te dispones a hacer.
—Te amo —me dijo y colgó.
De inmediato la llamé. No contestó. Corté y la llamé otra vez, sonó cuatro veces y me saltó el buzón de voz. La llamé otra vez y en esta ocasión directamente saltó el buzón de voz, debía haber apagado su móvil.
Marqué otro número.
—¡Jefe! ¿Está bien?, vi imágenes de la cafetería y un video que tomó alguien con su móvil, del tiroteo. Oí que está en el hospital.
—Es solo por precaución. Oye, puedes averiguar dónde estaba un teléfono móvil la última vez que fue utilizado.
—¿Jefe?
—Lo necesito para ya.
—Jefe, eso no…
—Te pagaré lo que me pidas.
—Jefe —empezó otra vez y no le permití seguir.
—Es el número de Julieta Capuleto. Ella y yo… estamos juntos, no ahora, es decir —mi cabeza era un desastre—. Lo que estoy haciendo lo hago con ella, estamos juntos en esto y mucho más

que eso. Julieta lo es todo para mí. Ella acaba de llamarme a este número desde un móvil que tiene exclusivamente para llamarme a mí. Va a hacer algo contra su padre y no sé que es y temo por ella. Te lo suplico, por favor ayúdame.
—¿En contra de su padre?
—Menciona la cifra.
—Jefe, no todo en esta vida es dinero; y yo, gracias a usted, ya tengo mucho más del que pueda necesitar. Deme el número.
—Sería perfecto si pudieses ir tras ella cuando descubras su ubicación.
—¿Ir tras Julieta Capuleto? Jefe imagino que si está con ella, conoce de su reputación, yo no puedo correr, siquiera caminar rápido y ella tiene una puntería legendaria. No quiero morir esta noche.
—Dile que vas de mi padre, detenla, temo por ella. Te pasaré el número.
—Jefe…
—La amo.
Lo escuché suspirar resignado.
—Ok, déjeme ver qué puedo hacer.
Colgué y le pasé el número.
A partir de entonces, no fue más que esperar, esperar y esperar.
Y esperar un poco más en esta estéril habitación de hospital.
Cabeceaba cuando una enfermera entró para revisar mis signos vitales. Salí de mi sopor sobresaltándome, no recordando ni dónde quedara mi móvil. Me costó un largo segundo traer de regreso a la realidad todo lo sucedido durante el día e hilvanarlo con el hecho de que esperaba tener noticias de Julieta cuando me quedé medio dormido.
—Tranquilo, todo está bien, señor Montesco —susurró la enfermera para mí, dándome unas palmaditas en el hombro—. Tranquilícese —insistió al lanzarle una mirada al aparato que controlaba mi ritmo cardiaco—. Necesita descansar. ¿Está mareado, le duele la cabeza?
Sacudí la cabeza.
—¿Señor Montesco?
—Estoy bien.
—¿Ha podido descansar?
No respondí.
—El doctor autorizó a que le administrásemos algo para dormir si usted quería. Necesita descansar, su cerebro pasó por mucho hoy, también el resto de su cuerpo. No todas las heridas son físicas.
Sí, qué poética.
—Estoy bien, no quiero nada para dormir.
—¿Y su cabeza, le duele?
—No. Un poco, dormiré.
Ella me estudió con desconfianza mas luego, al cabo de manipular las máquinas a las que estaba conectado, me sonrió.
—Bien. Intente dormir. Si me necesita no tiene más que presionar este botón —me avisó levantando el llamador de encima de la mesa de noche.
—Claro.
—No lo dude, estamos aquí para servirle.
—Gracias.
—Descanse.

—Lo hare —le dije y ella rodeó la cama para partir. La enfermera cerraba la puerta cuando el móvil rosa, por debajo de las mantas y junto a mi muslo, se puso a vibrar. Por un instante creí que la mujer lo había escuchado. No fue así, ella me dedicó una última sonrisa y cerró la puerta.
Con manos torpes busqué el móvil y me lo llevé a la oreja para volver a apartarlo porque sonó una explosión.
—¡Joder! —la exclamación se me escapó un poco más alto de lo pretendido, cuando el aparato se me escapó de la mano y cayó a la cama. De inmediato lo recogí, viendo en dirección a la puerta para asegurarme de que continuara cerrada.
—¿Jefe, está ahí? ¡Sí! —festejó y de fondo, escuché otra explosión sonar, acompañada del cristalino y agudo sonido de cristales al convertirse en añicos.
—¿Qué carajo?
—Jefe, prendió fuego al lugar y ahora está volando por los aires. Todo el edificio, jefe, el fuego pasará al resto del complejo. Julieta está volando por los aires el complejo de oficinas de su padre.
Otra explosión sonó un poco más lejana.
—¿Qué…?
—Perdí la voz.
—Ese ha sido un edifico al otro lado de la manzana. El fuego se está moviendo muy rápido.
Otra explosión y su mierda que sonó claro y fuerte.
—Su chica está loca, jefe. Vino aquí, cuando llegué, este lugar ya ardía y estallaba como si fuese un festejo de año nuevo. No estoy seguro de si sigue aquí o no porque no ha vuelto a utilizar su móvil.
—¿Y los bomberos, la policía?
—Hasta ahora ni señales.
—¿Y la seguridad del lugar?
—Cuando llegué en la calle había tres sujetos uniformados de una compañía privada de seguridad, tenían sus móviles en las manos pero no sé, aquí todavía no llega nadie y no escucho sirenas. Aquí hay otras compañías además de la de Capuleto padre. Están las oficinas de un banco importante que según tengo entendido trabaja con los Capuleto. También hay oficinas de una compañía naviera que ha sido varias veces acusada de tráfico entre otras cosas, de estupefacientes y demás drogas, por lo que pude averiguar tiene tres causas pendientes. También tiene aquí una suerte de deposito el sujeto ese que fue acusado de tener en su poder artículos que fueron ilegalmente retenidos por los nazis durante la segunda guerra.
—Eso no lo sabía.
—Sí, está en investigación por varias causas. O lo estaba, toda esta gente estaba protegida por Capuleto y ahora todo el lugar arde. Jefe el fuego se expande anormalmente rápido. No sé qué fue lo que hizo su chica pero lo hizo bien. Esto traerá cola, no solamente por los daños materiales. A más de uno le resultará sospechoso que todo el lugar se queme cuando muchos de los inquilinos de las oficinas de Capuleto, tienen tantos problemas legales. Y los bomberos que todavía no llegan, jefe.
—Intentaré llamar a Julieta, puedes intentar localizarla.
—Si, jefe, ya mismo me meto en la camioneta, deme cinco minutos para tener el equipo trabajando.
Cortamos y me dispuse a dárselos.
Los cinco minutos no llegaron a pasar; antes de que se cumplieran, me envió un mensaje para avisarme que estaba listo.

Llamé a Julieta y al instante, saltó el buzón de voz.
—Vamos, amor, no me hagas esto —jadeé llamando otra vez.
El buzón de voz me contestó por ella.
—Soy yo. Llámame, necesito saber que estás bien, que saliste de allí sin hacerte daño. Julieta…
Corté y volví a llamar.
—Joder, llámame o saldré del hospital para ir a buscarte.
Corté otra vez y volví a llamar.
—¡Julieta, joder contigo! —corté otra vez.
Mis dedos se movieron ansiosos por la pantalla.
—Debe tener el móvil apagado, jefe. No puedo dar con ella.
—¿No viste nada? ¿Los bomberos todavía no llegan?
—No, jefe, aquí no hay movimiento. No tengo ni la más puta idea de dónde se metieron los de seguridad. Aquí todo está tomando fuego.
—Julieta —jadeé para mí.
—Tranquilo, jefe, su chica debía saber lo que hacía. Yo creo que debe haber dejado este lugar hace rato.
—Puedes ir a su hotel, alojarte allí. Intentar averiguar si ella está.
—Jefe yo no tengo el porte para eso. Puedo hacer otras cosas pero no poner la cara así. Usted sabe que nadie se tragaría mi presencia así. Le prometo algo, intentaré averiguar si ella ha regresado a su casa.
—¿Puedes hacer eso?
—Deme un rato.
Escuché las sirenas.
—Creo que son los bomberos. Dudo que puedan hacer mucho.
—Espera unos minutos a ver qué sucede y luego te largas. ¿Puedes comenzar a trabajar desde allí?
—Sí, tranquilo, jefe. Lo llamo en un momento.
El momento se transformó en cuarenta minutos eternos en los que yo me levanté de la cama, fui al baño, regresé a la cama mareado, me recosté, volví a sentarme, tomé agua y me quede dormido por un par de segundos.
Abrí los ojos sobresaltado otra vez.
Cuando miré la hora, eran casi las tres y media de la mañana.
Iba a recoger mi móvil para llamarlo y esperé, sino llamaba era porque no tenía novedades.
Su llamado interrumpió mi ansiedad de no poder decidir si llamar o no.
—Hola, jefe, perdón la demora, es que no podía dar con ella de modo digital, al final conseguí ayuda humana. Julieta está en su piso privado del hotel. Una amiga tiene una conocida que trabaja en el servicio al cuarto, acaban de confirmarme que Julieta pidió que le subieran de comer, ella misma recibió las hamburguesas.
—¿Hamburguesas?
—Tres, con patatas fritas y muchos sobres de kétchup. Tal parece que se encuentra bien. Fue hace un instante nada más. Intenta llamarla ahora. Puedo confirmarle que la vieron y que por lo que pudieron contarme, su integridad está intacta, no así el complejo de oficinas de su padre, tal parece que hubo un problema con las alarmas del lugar y jamás sonaron y hasta lo que sé, los de seguridad por algún motivo, tampoco pudieron dar aviso. Sospechoso.
—Sí, sospechoso. Gracias.
—No hay por qué.

—Luego me pasas la cuenta.
—Tranquilo jefe, llamé a su chica y asegúrese de que ella está bien. Hablamos luego.
Terminé de despedirme y la llamé otra vez.
Respiré aliviado cuando el móvil siguió tocando y no me saltó el buzón.
—Hola —respondió su voz, apenas sonando.
—Joder, Julieta, ¿quieres matarme de un susto?
—Lo siento, no quería usar mi móvil y estaba un tanto ocupada, iba a llamarte en un momento. Estoy comiendo algo, lo necesitaba.
Por la línea se filtraron voces masculinas.
—¿Con quien estás?
—Con Yago y Horacio, un amigo, él se quedó cuidando a mi hermano.
—Ese Horacio es el mismo que —ella me interrumpió.
—Ese mismo Horacio que sabes que ayudé.
—Mierda, Julieta, que sé lo que hiciste. Carajo, podrías habérmelo contado, habría conseguido ayuda para ti, no porque la necesitaras porque resulta evidente que lo tenías muy bien planeado.
—Tenía unos días dándole vueltas a la idea, planeándolo. No quise seguir esperando.
—¿Te encuentras bien?
—Sí, estoy bien, me torcí un tobillo al salir corriendo pero estoy bien.
La risa que se me escapó fue pura angustia.
—No vuelvas a hacerme nada semejante.
—No puedo prometértelo.
—Julieta…
—Ojalá pudieses estar aquí, ojalá pudiese estar allí.
—Buscaremos el modo de vernos.
—Sí.
—Lo que hiciste levantará polvo.
—Ese era el objetivo.
Se me escapó un suspiro.
—¿Estarás bien?
—Sí, eso creo, y tú.
—Sí, supongo. Lo estaré si me prometes que ya no harás más nada, que tendrás cuidado.
—Horacio se quedará aquí con nosotros, para todos, yo no he salido de aquí en toda la noche. Horacio es mi coartada. A la mierda con Paris.
—¿En serio? ¿Has hecho ver que estás con el portero de tu hotel?
—Sí, el novio de Horacio ya está al tanto.
—Sí, por supuesto —reí agotado.
—Necesitas descansar y recuperarte.
—Y tú. Compraré el periódico mañana.
—Y yo —sonó entusiasmada, feliz—. Te amo, Romeo.
—Te amo, Julieta.
Nos despedimos y la dejé partir por el momento.
A la mañana siguiente me despertó mi padre, llegando muy temprano a visitarme con una pila de periódicos que compró para festejar. Frente a mí, descorchó una botella de champagne y encendió la televisión para enseñarme las repercusiones del incendio de la noche. En todos los noticiarios los comentarios eran los mismos, las fuertes sospechas de que Héctor Capuleto era responsable de ese fuego intencional que borrara para siempre, las posibles pistas y pruebas en

las investigaciones en su contra y contra los inquilinos de las oficinas de su complejo.
Los periodistas también remarcaron que Capuleto tenía negocios con todos ellos.
Más de uno de los fiscales que tenían a su cargo las investigaciones contra él y sus inquilinos, salieron en las noticias a hablar en su contra, a tildarlo de mafioso entre otras cosas.
A mí me dieron el alta y me fui a mi piso más ese no fue el fin del pésimo día para los Capuleto.
Una revista amarillista anunció en su versión online que Julieta había pasado la noche con uno de sus empleados.
Lo siguiente que vi fueron las fotografías e imágenes de Paris siendo acosado por los paparazzi.
Paris se esforzó por seguir con el circo, asegurándole a todos que su novia era fiel, que ellos eran una pareja que iba en serio.
Julieta que apareció al anochecer, frente al lugar del siniestro, no hizo declaraciones.
Por la noche, en los noticieros aparecieron los rostros de los inquilinos de Capuleto jurando y perjurando que ellos nada tenían que ver con el incendio. No sirvió de mucho, la semilla estaba plantada y sus brotes se enredaron con la ya complicada situación por los Capuleto después del ataque al café en el que yo desayunaba.
Tuve que ir a declarar otra vez y a la salida fui tratado como si fuese un héroe de guerra. No pude hacer nada para evitar tener que ir a ver a Teresa al hospital y no porque me molestara ir a ver como ella seguía sino porque mi padre montó a nuestro alrededor un show descomunal que en el fondo, funcionó y muy bien para hacer quedar a mi familia y a mí como las victimas de toda la situación.
En cuanto logré liberarme de las cámaras y la persecución de la policía, la llamé. Creí que me diría que no, sin embargo ella aceptó de inmediato cuando le propuse que nos viésemos a resguardo de las paredes que Lorenzo nos ofrecía.
Llegué allí mucho más temprano de lo acordado.
La esperé en el jardín hasta que la noche comenzó a caer, hasta que ella me llamó al móvil rosa para avisarme que estaba a la vuelta de la entrada de vehículos.
Hacia allí fui para abrirle el portón, para ver su rostro sonriente al otro lado del cristal de la luneta delantera.
Por primera vez en dos días, finalmente logré inspirar aliviado.

XIII
A por todo.

Corrí hacia él para prenderme de su cuello, para apretarlo contra mí al tiempo que inhalaba el aroma de su piel y envolvía su cabeza en mis brazos; los suyos rodeaban mi cintura. Le había escuchado decirme una y otra vez que se encontraba bien, que Teo no le había hecho daño; mi corazón necesitaba ver para creer. Tuve ganas de desvestirlo allí mismo para asegurarme que no tenía ni un rasguño, y después de revisarlo… lo quería en mí, en mis brazos con sus labios jurándome el infinito, una vida para nosotros, una felicidad sin fin, en paz lejos de tanta inmundicia. Lo mismo quería prometerle yo a él porque no quería que se viese en la obligación de tener que disparar su arma en contra de otro ser humano, nunca más.

—Julieta, amor.

Apreté el agarre de mis brazos sobre él.

—Amor, estás estrangulándome —me dijo y fue evidente en su voz.

—Lo siento—. Apenas si me atreví a soltarlo un poco—. Estaba tan preocupada por ti.

—¿Tú preocupada por mí? Julieta, lo que hiciste… podrías haberte hecho daño, mucho daño.

—Teo podría haberte matado.

—Estoy bien.

—Y yo. Bueno, todavía no del todo —admití—. Creí que era fuerte pero en cuanto te vi… tuve tanto miedo.

—Imagínate el mío al escuchar las explosiones.

—Sabía lo que hacía.

—No lo dudo pero joder —gimió. Una de sus manos trepó por mi espalda para sostenerme al tiempo que se apartaba un poco para poder mirarme a la cara. Sus luminosos ojos azules me enfrentaron.

—Hay algo que todavía nadie sabe —confesé.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —quiso saber.

—Mi papá perdió hace cuestión de una hora, la mitad de su fortuna.

—¿A qué te refieres?

—La misma persona que ha estado ayudándome a sacar dinero de sus cuentas, jaqueó hoy el sistema del banco donde tiene una de estas y la vació.
A Romeo se le desorbitaron los ojos.
—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!
—Es muy bueno en lo que hace pero de hecho, acaba de retirarse. En este camino va de camino al aeropuerto para largarse fuera del país, con una identidad nueva hacia su nuevo hogar.
—Lo dices en serio.
Sus manos temblaron sobre mí.
Asentí con la cabeza.
—¿A dónde envió el dinero?
—Una porción a una cuenta que beneficia a mi hermano, otra parte a mi cuenta, un poco a la cuenta de quien se encargó de todo y el resto repartido a un par de miles de cuentas que tuvieron la suerte de ser favorecidas por el algoritmo que creó el programa que jaqueó la cuenta de mi padre. No sé ni quienes son, ni como se llaman, solamente sé que a partir de hoy, cuentan con un poco de dinero extra.
—Julieta —jadeó sorprendido.
—Está hecho. El programa seguirá activo por unas veintidós horas más y luego los de banco se percatarán de lo que sucedió, lo lamento por ellos cuando mi padre se entere.
—¿Le quitaste la mitad de su fortuna?
—Tiene otra cuenta y sus activos, pero también tiene muchas deudas y bueno, con el incendio y las explosiones, ahora también tiene muchos problemas. No creo que nadie se trague el cuento cuando mi papá diga que le robaron, yo creo que pensarán que él sacó el dinero para evitar tener que responder a los problemas que le caerán encima.
—Julieta —entonó y se quedó boquiabierto.
—Ya siquiera me importa si tu padre se queda con la ciudad, solamente me interesa velo a él arruinado.
—Joder, una pena que tu hombre se retirara. Me hubiese gustado pedirle que se ocupara de mi padre.
—No puedo recomendártelo porque además él siquiera tiene idea de quién le encomendó el trabajo.
—¿No?
—No, lo siento.
Él sonrió una de sus sexys, varoniles y perfectas sonrisas.
—No quisiera encontrar tu lado malo, amor, en serio. Eres increíble.
Sonreí pero me amargué y él lo notó.
—Lo siento. No quise…
Se me puso la piel de gallina.
Lo miré a los ojos.
—Quiero largarme de aquí de una maldita vez.
—Aún debo ocuparme de mi padre y necesitamos asegurarnos de que no nos sigan cuando nos larguemos. Lorenzo dice que tiene algo entre manos; no quiere contarnos nada aún.
Alcé una ceja.
—Dice que es importante que primero lo arregle él.
—En verdad que no puedo creer que Lorenzo tenga los medios para orquestar un plan que nos ayuda en la huida. Bueno, admito que aún no termino de asimilar que sea tu socio.
—El socio que en un futuro cercano le provocará muchos dolores de cabeza a mi padre.

—¿Y eso?
—Conseguí a un ingeniero que me pase un informe falso sobre él terreno el cual no es muy prometedor para la construcción de un hotel allí. En su informe nos advierte que el terreno no es todo lo firme que debería ser y habrá que reforzar los cimientos de la construcción de manera significativa lo cual implicará una inversión que mi padre no podrá costear, sí mi socio.
—¿Harás que pierda su parte del negocio?
—Eso espero porque mi socio quiere comenzar a construir ya y si mi padre no responde a los plazos establecidos en el contrato, tiene derecho a pedir un resarcimiento monetario.
—¿Tu padre firmó eso?
—Sí, no lo pensó dos veces, solamente quería sacarle el terreno de las manos a tu papá.
—Entonces vamos a por todo —entoné asimilándolo.
—Sí, ya no hay vuelta atrás. Que además mi socio se consiguió un abogado al que medio mundo le teme. Llegará esta noche y pedirá verse con mi padre. Mi padre ha de tener el informe en sus manos en un par de horas. ¿Tu papá no te molestó?
—Está demasiado ocupado resolviendo problemas y llorando la muerte de Teo.
Fue su turno de quedar en silencio.
—Era él o tú.
—Sí, bueno —se detuvo cuando mis manos lo tomaron por el cuello.
—No lo dudes ni por un segundo, Romeo.
—No es tan sencillo.
—Sí, lo sé.
Inspiró hondo.
—¿Tienes que regresar pronto a casa? —le pregunté y su respuesta fue una sonrisa amplia, luminosa.
—¿Y tú?
—Horacio está con Yago fuera de la ciudad. Horacio renunció a su trabajo y lo último que hizo fue sacar un enorme baúl de uno de nuestros huéspedes, por la puerta delantera, sin que nadie notara nada extraño.
—¿Un baúl, que tan grande?
—Lo suficiente para contener a una persona. Mi piso está vacío porque envié a mi nana a casa de mis padres a cuidar de mi madre, es su nuevo trabajo.
—En qué momento hiciste todo eso.
—No he dormido mucho estos últimos días —admití percibiendo el cansancio en mi.
—Podrías dormir una siesta a mi lado ahora. ¿Qué tal suena el plan?
—Preferiría hacer contigo otras cosas.
—¿Armar un rompecabezas? —me soltó a cara de piedra y no pude más que reí.
—No, idiota —le dije al cabo de besar sus labios.
—Si no es eso, no se me ocurre qué.
Deslicé mis manos por su pecho hasta sus pectorales.
—¿Seguro que no se te ocurre nada?
Negó con la cabeza, en sus labios llevaba una de esas sonrisas pícaras que yo en el pasado, creía que odiaba.
—En serio que no tengo idea de qué es lo que puedas tener en mente.
—Solamente dime que podemos usar una de las habitaciones del retiro.
Romeo inclinó su rostro para dejarlo gravitando sobre él mío, su boca a escasos centímetros de la mía.

—Solamente si me prometes que no pondrás el lugar a arder.
—Contigo a mi lado, dudo que pueda evitarlo.
—¿Es una amenaza?

—Es una promesa.
Romeo ronroneó para mí, con su pecho vibrando sobre él mío.
—Si hay algo que me molesta y mucho, de toda esa situación es no poder gritar a los cuatro vientos, lo mucho que te amo.
Las articulaciones de mis rodillas cedieron y él me atrapó en sus brazos; los míos se enredaron otra vez alrededor del suyo. Tuve ganas de trepar por él, igual que una enredadera. No lo hice porque recordé que este era el hogar de Fray Lorenzo y fray Lorenzo no era el único habitante.
—¿Te quedas a pasar la noche conmigo? Dudo que vayan a alcanzarme un par de horas.
—No planeo soltarte por un buen rato —le prometí y subí hasta sus labios con los míos para besar su tibia y tierna carne que era tan distintiva de él como su mirada azul, como su cabello renegrido y su modo de vestir. Familiar y único, también fue el modo en el que él me besó, sabiendo que a mí, su necesidad de mí me volaba la cabeza. Sus manos moviéndose por mi cuerpo eran la mejor sensación, su respiración agitada sobre mi piel era el broche de oro.
Cada uno de sus gruñidos que retumbaron en mi pecho mientras nos besábamos de camino a la entrada de la construcción, dando tumbos por el jardín, sus rosales, glorietas y bancos de piedra fueron todo lo que necesité escuchar. Este era el hombre que me amaba y deseaba, el hombre que era mi cómplice, el que siempre lo fuera, además de mi amigo; la otra cara de una misma moneda que jamás fuera un opuesto sino los ojos que veían por mí hacia el otro lado, para que yo estuviese siempre protegida.
Romeo mi soñador cuyo cuerpo sabía me llevaría al delirio una vez más.
Para horror de Lorenzo noté que Romeo comenzaba a ponerse duro cuando me apretó contra la espalda de la estatua de la Virgen, tomado mi trasero para empujarme hacia arriba.
Suerte para ella y para él, que ninguno de los dos pudo verme moviéndome sobre sus pantalones porque moría de ganas de acariciarme con él, de tenerlo dentro de mí.
—Estoy loco por ti, locamente enamorado de ti, Julieta —susurró sobre mi oído para luego besar mi cuello una y mil veces mientras los dos nos movíamos uno sobre él otro, buscando más y más de nuestros cuerpos.
Mis dedos ardían en deseo de pasear por encima de sus tatuajes.
Mi mano izquierda bajó hasta la base de su cuello para deslizar mis dedos sobre la palabra *puro*, allí entre los laureles. Romeo continuaba siéndolo; no había modo de que nada de lo que sucedía su alrededor o de lo que él pudiese verse en la obligación de hacer, que tuviese el peso suficiente para cambiar su esencia.
—¿Te he dicho lo mucho que me gustan todos tus tatuajes?
Su sonrisa fue felina, peligrosa.
Sus dedos estrujaron mi trasero y así, sobrevino un arrebato de deseo que puso fuego por debajo de mi piel, fuego que sentí en mi rostro y entre mis piernas.
—Yo soy fan de tu culo. Bueno, también de tus tatuajes, de tu boca, tus tetas, me gusta tu cabello, tu voz, tu mirada, tu vientre, tus manos en mí. Tus besos, me gusta su sabor y tu perfume pegado mí. Me vuelve loco que soportes mi estupidez.
—Eres adorable.
—Y eso, que creas que soy adorable.
—Lo eres, admítelo, todo lo demás es una actuación.
Romeo se enserió y me miró.
—No, cuando estoy contigo todo es desgarradoramente real.
Con aquello me dejó muda pero no imposibilitada de usar mi boca.
Mi boca, la cual moví hasta la suya para besarlo otra vez.

Desde mi espalda contra la espalda de la virgen, lo empujé para ponerlo en movimiento otra vez, necesitaba privacidad para desvestirlo, tenerlo en mis manos y dentro de mí, para que él pudiese besarme de pies a cabeza porque nadie hacía vibrar cada una de mis células, en el modo en el que él lo conseguía.
—Adentro —articulé entre sus labios para luego morder su boca.
Romeo me permitió guiarlo de espaldas, entregándose por completo a mí, a mi mano izquierda enredada en los cabellos largos en su nuca y la derecha sujetando con fuerza la media coleta en lo alto de su cabeza.
—Agradezco tanto no haber ido a que me cortaran el cabello —tonteo cuando ladeé su cabeza para profundizar nuestro beso, tomándolo desde la coleta.
Sonreí y él gimió de gusto cuando le tiré del cabello otra vez para luego lanzarme de lleno a su boca.
Creí que caería sin piedad por el abismo del filo de sus dientes para perder por siempre la cabeza en él.
Mis tacones y sus zapatos hicieron eco en el piso de piedra cuando entramos al edificio por uno de sus largos corredores. Él cambió nuestras posiciones para aplastarme contra la pared entre dos enormes cuadros que me pareció recordar de mi última visita, representaban santos.
Sus piernas se metieron entre las mías para que su erección se moviera sobre mi pelvis y la parte baja de mi vientre. Apretada entre la pared y su respiración agitada me sentí más yo misma que nunca antes. Este era el resultado de mis decisiones, del destino que construía para mí.
Mi destino besó, succionó mi carne y mordió mi piel al hacerse espacio en la base de mi cuello.
—Mi princesa —gruñó y yo me estremecí de pies a cabeza.
—Romeo.
Ante mi jadeo me tomó por el trasero y empujó hacia arriba, me colgué de él atrapando sus caderas en mis piernas.
Si alguno de los habitantes de esta santa casa, nos veía, le daría algo.
Romeo me cargó en sus brazos hasta la escalera y de nada sirvió que le pidiera que me bajara al suelo.
—De modo alguno te soltaré otra vez. Destruiste toda una manzana de edificios la última vez que te alejaste de mí.
Sonreí sobre sus labios.
—Y robaste a tu padre. Estoy orgulloso de ti.
Puse los ojos en blanco.
—Haré que te sientas orgullosa de mí. Les demostraremos al mundo que si creían que podrían con nosotros, se equivocaban. Pasaremos a la historia, princesa.
Atrapé su labio inferior entre mis dientes.
Nuestro siguiente beso fue todavía más fiero, también el modo en el que él me apretó contra su cuerpo para llévame escaleras arriba.
En el descanso dimos contra una estatua de madera de San Antonio y por poco y la volcamos. Al llegar arriba los dos estábamos tan turbados por el placer que a los dos nos costó recordar en qué dirección quedaba la habitación que él ocupara la vez anterior, la cual Lorenzo volviera a poner a su disposición.
Por las prisas y la necesidad Romeo por poco y me clava la manija de la puerta en el trasero al intentar abrir la puerta.
Reímos como idiotas después de quejarme de dolor y él me prometió que me quitaría el moretón con un millón de dulces esos que esperaba que me diera, exactamente allí.

Al final consiguió a abrir la puerta y contra esta me apretó al cerrarla para que nos besáramos hasta quedar sin aliento.
—Bájame, bájame —le urgí; necesitaba arrancarle todo lo que llevaba encima y desvestirme también.
Romeo obedeció como niño bueno y yo como la niña mala que era le arranqué los faldones de la camisa del pantalón y tiré. Los botones volaron al demonio. Él fue a quejarse pero tapé su boca con la mía para empujar la camisa por sus hombros y luego sus brazos, desnudando su piel blanca poblada de sinuosas y sexys líneas de tinta negra.
Los puños se le trabaron en las manos, Romeo tironeó hasta arrancársela.
Así como sus manos llegaron al soltar los botones de mis pantalones vaqueros, mis dedos llegaron al cinturón de su pantalón cuya hebilla solté de inmediato para atacar el botón y el zipper. Fui más rápida que él y logré alcanzar su cuerpo caliente, antes de que él pudiese bajar el zipper de mi pantalón.
En cuanto lo tomé en mi mano se detuvo.
Empujé sus ropas hacia abajo y comencé a acariciarlo con ambas manos.
—Amor —susurró estremeciéndose de gusto—. Soy todo tuyo.
Sosteniéndolo solo con mi mano izquierda me llevé la derecha a la boca para humedecer mis dedos, los cuales regresé a su erección para acariciarlo.
—Joder —gruñó cuando deslicé mis dedos sobre lo más alto de su erección—. Julieta.
Me quedé con su reacción en mi mano y con la otra, terminé de empujar sus pantalones y ropa interior hacia abajo. Todo cayó a sus pies, descubriendo su esplendorosa y ardiente humanidad para mí. Esto era fuego, no lo que yo hiciera con los edificios de mi papá.
—La situación es un poco injusta —logró articular no con poca complicación porque no paraba de acariciarlo. Con sus palabras, su mirada bajó por mi cuerpo aún cubierto de ropas.
—Así es la vida, injusta.
—Permíteme que resuelva eso.
—Ya lo hiciste. Juntos estamos ajustando la balanza.
—Pero este momento no necesita ser solamente tu responsabilidad, Julieta. También puedes permitirme cargar el peso aquí, no porque desnudarte sea una tarea que vaya a costarme, todo lo contrario, la disfrutaré.
Sonreí. Esto era él, hacerme sonreír, sentir más ligera, esperanzada.
Lamenté dejar ir su erección.
Sus dedos se posaron sobre el primer botón de mi camisa a centímetros de la base de mi cuello. Con sus prolijas uñas que eran el final de estos dedos que me encantaba besar, un soltó el botón y luego el siguiente. Detuvo sus manos y estiró su dedo índice para tocar mi piel justo entre mis pechos, sobre el sostén.
Su mueca fue picardía pura, fue absolutamente pornográfica al igual que la visión de su erección reaccionar a ese contacto de su piel con la mía.
Sonreí complacida.
—Sí, tú jáctate. Ya verás.
Lo desafié con una mirada.
—¿Julieta?
—¿Romeo? —lo desafié siguiéndole la corriente.
Lo siguiente que supe fue que fue el turno de los botones de mi camisa salir volando por los aires
—¡No! —me quejé y no pude seguir porque su boca estalló contra la mía para besarme.
Romeo se metió entre mis piernas, sus manos se colaron por la parte trasera de mis pantalones

para agarrarme por el trasero otra vez, pegándome a él.
Su boca me dejó jadeando y él se me movió de prisa agachándose frente a mí para arrancarme los pantalones y las bragas en su descenso.
Tomándome por las caderas me dio la vuelta obligándome a enfrentar la puerta de la cual me sostuve con mis dos manos porque él plantó su primer beso sobre mi glúteo muy cerca de donde me golpeara la manija. Después de besarme me mordió. —¡Romeo!
Volvió a morderme.
—Ven aquí —me dijo más fue él quien se movió, no yo. Su boca fue a ubicarse entre mis dos piernas mientras su mano derecha empujaba mi espalda para obligarme a inclinarme hacia delante y así, brindarle a sus labios y a su lengua, un mejor acceso a mí.
Su lengua me acarició para pasar por encima de mi entrada y así el universo se redujo a nosotros dos. A sus besos en mí, a la succión de sus labios y las caricias de su lengua, a su dedo dibujando deliciosos círculos sobre mi entrada, su dedo entrando en mí para buscar aquel punto capaz de apagar por completo mi parte racional y así convertirme en una entidad que era pura sensación.
Placer, con dos de sus dedos deslizándose al rimo justo, hacia dentro y hacia fuera de mí, no pude ser otra cosa, no necesité ser nada más.
Romeo me dejó al borde de un orgasmo enloquecedor para ponerse de pie.
Poniendo besos sobre mi cuello, me quitó la camisa y el sostén y pegó su pecho a mi espalda para con su puño derecho, guiar su erección hasta mi entrada.
Planté mis palmas sobre la puerta preparándome para resistir sus embates.
Romeo entró en mí de una sola estocada y tuve que morderme los labios para no chillar de placer.
Sus siguientes embates me dejaron en puntas de pie, con mi cuerpo temblando de placer sintiendo que no podría resistirlo, que era demasiado placer para mi carne, para mi cabeza y mi corazón.
Él me empujó otra vez y se me escapó un chillido de desesperación que Romeo medio atrapó con un beso sobre la comisura de mis labios.
Me golpeó con su cuerpo otra vez y yo tensé mis brazos y mi espalda buscándolo.
Romeo perdió la cabeza y así toda contención.
Mis propias amarras volaron por los aires y solté su nombre una y otra vez, entre jadeos de placer mientras su cuerpo chocaba contra el mío y la puerta crujía contra mis manos.
Acabé de modo descomunal y él no me dio más que cinco segundos de tregua para terminar de alcanzar su placer con mi mano en su nuca y mis besos en su perfil.
Fue placer, fue amor, fue la violencia con la que el amor te lleva por delante cuando es correcto, cuando debe ser, cuando sin importar lo que pienses o lo quisieran inculcarte, se instala en ti para siempre.
Desnudos, sudorosos y con muchas ganas de besarnos, nos rendimos a la angosta cama todavía sin poder parar de tocarnos.
No estoy segura de cuánto tiempo pasara hasta que mi estómago crujió y Romeo lo escuchó.
En pantalones y su camisa sin botones, bajó a buscar de cenar.
Cuando llegó me dijo que Lorenzo me enviaba saludos a lo cual los dos reímos como idiotas.
Cenamos en la cama después de que él se desprendiera de sus ropas otra vez y apenas si atinamos a apartar los platos de la cama antes de volver a hacer el amor.
Antes de acomodarme para dormir en sus brazos, llamé a Yago.
Mi hermano, Horacio y el novio de este último, veían una película. Mi hermano me explicó que se sentía mucho mejor y que había podido cenar bien.

Hablé con Horacio y él me lo confirmó. Además me aseguró que todo estaba tranquilo. Le pedí que no bajara la guardia y que me llamara si necesitaba algo. Horacio prometió que lo haría.
Una parte de mí se relajó, la otra se mantuvo atenta porque esta situación aún estaba lejos de terminar, éste era el momento más crítico y todo podía irse al mismísimo demonio.

Odié tener que separarme de él en la mañana pero yo todavía continuaba siendo la hija de mi papá y él también tenía cosas que hacer. Y en honor a la verdad, además de mi papá, me quedaba otro asunto por resolver. El cobarde de Paris siquiera me llamara desde que en las noticias saliera que yo estaba con alguien más, él solamente se había limitado a decir que confiaba en mí, que yo le era fiel. El error que hubiese sido casarme con él, seguir con aquella vida. Paris no me amaba, Paris estaba a mi lado porque en algún punto le convenía, porque debía tenerle miedo a mi familia y muy probablemente a mí también, cualquier otro novio habría llamado a su novia para pedirle explicaciones, o como mínimo, para verla.
Ojalá Paris un día comprendiese que podía dejar de ser una marioneta en su propia vida para comenzar a mover él mismo, sus hilos.
No me tocaba a mí enseñárselo; no estaría aquí para enseñárselo.

Fue suficiente con dos llamados para saber dónde se encontraba y qué hacía.
No era mi intención montar un espectáculo, tampoco planeaba esperar más para termina con lo nuestro de modo que quedaría en él, no armar un drama de la situación.
En el club me reconocieron de inmediato y a nadie se le ocurrió detenerme cuando entré en el sector de canchas de tenis para ir a buscarlo a la que compartía con uno de sus amigos.
Paris no se percató de mi presencia sino hasta que intentó devolver el saque y su bola dio contra la red.
Su amigo festejó y a él que no le gustaba perder, que era pésimo perdiendo hasta cuando jugaba en la PlayStation solo, se le agrió el rostro.
Paris fue a recoger la bola, enderezó la espalda y me vio.
Lo vi mover su mirada por encima de mi camisa anudada a la altura de mis costillas porque los botones anoche pasaran a la historia y ni siquiera me planteé pasar por mi piso a cambiarme.
—¿Julieta? —su voz tuvo un dejo de pánico. Pese a su reticencia por dar con la realidad debía comprender que de esta situación ya no había escapatoria. Ni él ni yo podíamos continuar pretendiendo que todo estaba bien, que algún día se celebraría una boda—. ¿Qué…? —balbuceó viéndome llegar a él.
—¡Julieta, hola! —me saludó Rafael andando tranquilamente hasta el otro lado de la red.
—Hola, buen día, lamento interrumpir el partido.
—No pasa nada. Ojalá hubiese sabido que vendrías, habría organizado unos dobles.
—Odio el tenis —le contesté y él se quedó sin gracia.
—¿Sucede algo? —el miedo en la voz de Paris fue todavía más evidente.
—¿Te parece que nada sucede?
Se puso pálido y toqueteó su raqueta.
—Creí que estarías furioso conmigo.
—¿Por qué?
Su respuesta no pudo molestarme más. Procuré recordarme que esta situación no era solamente su culpa, la mitad de la responsabilidad era lo que yo generara, lo que permitiera que sucediera.
—¿Horacio? ¿El hecho de que tenemos días sin vernos?
—Bueno, has estado muy ocupada con todo… yo no quería… iba a llamarte para darte el pésame

por Teo. En verdad yo… tu papá… el tiroteo… Bueno, eso y que supe que tienes a tu hermano contigo. No quería moléstate, me figuré que cuando todo estuviese más ordenado tendríamos tiempo de conversar. Sabes que yo no le doy espacio a las habladurías de las revistas amarillistas; tú y yo somos más que eso, amor.
De refilón vi a Rafael hacer una mueca. Ni su amigo se tragaba sus mentiras.
—No, Paris, nosotros no somos nada. Entre nosotros no queda nada.
—¿Qué?
—Se terminó. Lamento si ya compraste el anillo. Dime dónde lo adquiriste y hablaré para que te devuelvan el dinero.
—¡¿Qué¿! ¡No! —chilló con los agudos disparándosele—. Vamos, Julieta. Tú sabes que yo no tomo en consideración a ese tipo de sujetos, solamente dime que no volverás a verlo y listo. Tenemos todo el futuro por delante.
—No, Paris, nosotros no volveremos a tener nada juntos.
—¿Julieta?
—No es por Horacio, no es por la muerte de Teo, siquiera es por mi hermano. Es por mí misma. Lo nuestro nunca fue lo que pretendimos que fuera. Lamento que mi papá te obligara a pedirme matrimonio.
Paris empalideció frente a mí.
—No, él no —no le permití seguir.
—Sé que lo hizo, me dijo que lo haría. No me casaré contigo y creo que mi papá lo entendió. Se terminó.
—Julieta —gimió al borde de la desesperación.
—No.
—Pero tu familia está en problemas, tu padre… dicen que las investigaciones que tiene sobre él, ahora lo complicarán mucho más por culpa de los incendios.
—No necesitas preocuparte por mi papá.
—Mi papá puede ayudarlo.
—Lo que quiera hacer tu papá no es ni será mi responsabilidad.
—¿Julieta qué sucede contigo?
—Lo que sucede conmigo es que no te amo, que no me casaré contigo, que no pienso seguir adelante con lo nuestro.
—Pero…
—Pero, nada, Paris. Lamento que perdieras el tiempo conmigo. Lamento haber interrumpido tu partido.
—No te preocupes, él iba perdiendo —lanzó Rafael con toda la malicia.
Joder con la gente que nos rodeaba.
Miré a Paris.
—En serio, busca rodearte de gente mejor que nosotros Paris, todo esto da asco.
No le presté atención a la cara de ofendido de Rafael.
Paris se quedó boquiabierto.
—Lo lamento, en serio.
—Julieta —su voz sonó pequeña.
—Si quieres mi sano concejo, lárgate de esta puta ciudad, Paris. Vete lejos, muy lejos.
—Julieta, amor… escucha…
—No hay nada más para decir.
—No puedes terminar conmigo.

—Acabo de hacerlo.
—¡¿Qué?! ¡No! —gritó—. Yo termino contigo —vociferó tal si quisiese que quienes ocupaban las canchas cercanas lo escucharan—. ¡Soy yo quien termina contigo! ¡No pienso permitir que me engañes otra vez! ¡Ni tu padre ni tú son dueños de la ciudad, mucho menos mis dueños! ¡Se terminó!
Ante su actuación, Rafael rio.
—Sí, claro, Paris. Que tengas buen día.
—Maldita desgraciada, no eres más que una puta cara.
Mi puñetazo lo hizo retroceder un par de metros trastabillando. Al instante supe que le había roto la nariz. Su raqueta y pelota volaron al demonio.
Paris, sosteniéndose la nariz con ambas manos, me miró.
—Vuelve a insultarme y lo próximo será mi arma, no mi puño. Ve con cuidado, Paris, no vaya a ser cuestión de que se te olvide quien soy y quien me ha criado.
Con eso fue suficiente para que no dijera nada más.
Di la media vuelta y me largué de allí.

XIV
El principio del fin.

El ejercito de abogados se encontraba acomodado en las sillas al otro lado de la larga mesa de la sala de conferencias. A la cabecera, mi padre. De este lado, el abogado que supuestamente representaba Lorenzo, y yo.
El vocero de los abogados de mi padre, acaba de admitir que necesitábamos llegar a un acuerdo,

el abogado de Lorenzo, miraba con una mezcla de desinterés y aburrimiento, el lápiz que rotaba entre sus dedos para golpear alternativamente el block de notas frente a él, con la mina y con la goma de borrar; en el papel no había nada escrito porque nada de lo propuesto por los abogados de mi padre, cerraba en sus cuentas, ese era el plan, que él no quisiera llegar a un acuerdo, el discurso era que nada de aquello era de interés para su cliente.
Mi padre se aclaró la garganta y el abogado de Lorenzo, alzó la cabeza.
—¿Señor Montesco? —medio resopló con evidente fastidio.
—Debe comprender que esta situación supone un imprevisto —el abogado no le permitió terminar.
—También es un imprevisto para mi cliente, aún así, él ha decidido arremangarse y continuar adelante, demorar el proyecto no serviría para otra cosa que para hacerle perder todavía más dinero del que supone aumentar la inversión para resolver el problema de los cimientos. Se lo repito, señor Montesco, no es problema de mi cliente que usted no cuente con los fondos suficientes para continuar adelante con el proyecto, con el que se comprometió al firmar el contrato. Nadie lo ha engañado, estimo que todos sus abogados, aquí presentes, pudieron examinar el contrato y usted lo aceptó. A nadie le agrada tener problemas, a mi cliente tampoco. Es su decisión si quiere tener más problemas de los que ya tiene, si no acepta cumplir con su parte del contrato. O facilita al proyecto el dinero extra que requiere, o lo pierde.
El exabrupto de mi padre no me sorprendió, tampoco al abogado a mi lado. Mi padre le dio un puñetazo a la pesada mesa de roble; los letrados al otro lado de la mesa se alertaron. No contento con haber hecho temblar la mesa y el agua dentro de los vasos frente a cada uno de nosotros, empujó su silla y se puso de pie.
—¡No perderé nada! —ladró.
—Bien por usted —le dijo muy tranquilo el abogado—. Infórmeme cuando depositará en la cuenta del proyecto, el dinero.
Mi padre no tenía más dinero, no esa suma al menos y por eso, su rostro enrojeció.
—Acaso no ha escuchado lo que le dije. No dispongo de esa suma ahora mismo, necesito tiempo, al menos dos semanas.
El abogado a mi derecha comenzó a negar con la cabeza.
—Me temo que eso no es aceptable.
Sabía que se enfurecería sin embargo nunca creí que haría lo que hizo a continuación.
Mi padre sacó su arma dorada y le apuntó al abogado.
A mí se me disparó el pulso y heló la sangre. A este sujeto lo había contratado yo, las horas que cobraba salían de mi bolsillo y no era que fuesen baratas pero dudaba que a él, esto continuase pareciéndole un buen negocio.
Para mi sorpresa, su rostro se mantuvo impasible.
—¿En serio piensa que amenazarme o incluso dispararme, resolverá sus problemas, señor Montesco? O deposita el dinero mañana por la mañana, o ejecutaré el contrato. Si usted no puede seguir adelante con el proyecto, no es problema de mi cliente.
—Señor Montesco, por favor, baje el arma —le pidió la voz cantante de los abogados de mi padre a él.
Mi padre no bajó el arma, sí cambió la dirección en la que apuntaba el cañón.
La boca negra de su arma quedó a un metro y medio de mis ojos.
—Fuiste tú quien trajo esta lacra a nuestro hogar.
—¿Ahora culpará a su hijo? Señor Montesco, la firma en el documento es suya.
—¡Cierre la puta boca! —gruñó mi padre—. Todo esto es tu culpa —me dijo a mí.

—Creía que estabas agradecido por conseguir la ayuda que necesitábamos para evitar que esas tierras fueran a parar a manos de los Capuleto.
—¡Pedazo de mierda! —la mano de mi padre tembló cuando apretó la empuñadura con fuerza. Es tu culpa, debería matarte aquí y ahora.
—Señor Montesco, permítame hacerle una sana sugerencia —comenzó el abogado.
Mi padre no apartó el cañón de la línea de tiro pero si la mirada, para moverla lentamente hacia el abogado—. Mi cliente comienza a cansarse de sus juegos mafiosos. Matar a su hijo solamente no empeorará todo —plantó el lápiz a lo largo sobre el anotador—. En vez de perder tiempo con este circo, mueva su elegante trasero y busque el dinero para mañana. Le aseguro que ninguna bala, ninguna muerte y ciertamente, ninguna amenaza lo salvará de perder el proyecto si no deposita la suma que le corresponde —en la pausa que efectuó a continuación, recogió el anotador, el lápiz y lo guardó dentro de su portafolios—Estaré esperando el aviso del banco—. Se puso de pie—. En verdad espero que la situación se resuelva satisfactoriamente, señor Montesco.
Mi padre bajó su brazo y así dejó de apuntarme.
—Buenas tardes, señor Montesco.
El abogado cruzó una última mirada conmigo y sin demostrar que le preocupaba en lo más mínimo, que mi padre aún tenía el arma en su mano, dio la media vuelta y se largó en dirección a las amplias puertas de la sala de reuniones.
Las puertas se cerraron tras él.
—¡Fuera! —estalló mi padre—. ¡Fuera todos! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!
Los cuatro abogados de mi padre saltaron de sus sillas recogiendo sus cosas a toda prisa.
Despacio, aparté mi silla hacia atrás, con la intención de ponerme de pie.
—No tú —me advirtió.
Noté que los abogados se alertaron todavía más.
Procuré mantener la calma. Mi arma estaba en mi sobaquera mas no era mi intención que la situación fuese a decantar en nada semejante; tenía suficiente con la muerte de Teo, con que esta mañana por fin, su familia había podido darle sepultura. Ver imágenes del cementerio en las noticias, con la familia reunida alrededor del féretro fue demasiado para mí. Julieta estaba allí en pie, vestida de negro y de mi arma había salido la bala que lo mató.
Como una tromba, el ejercito de letrados, abandonó la sala.
Fueron largos segundos en los que mi padre esperó viéndome a los ojos tal si temiese perderme de vista.
—Siento curiosidad —empezó—. Disfrutas esto, ¿no es así?
Iba a responderle, él continuó.
Pegué los labios.
—Quieres verme caer, lo sé. Puedo verlo en tu mirada. Siquiera te molestes en negarlo. Eres un cobarde, prefieres que todo acabe, con tal de no verte en la necesidad de tener que alzar tu arma otra vez, para defender a tu familia.
—Esto no se resuelve con más muertes.
—En eso estás equivocado, Romeo. Sí se resuelve con muertes. Puedo perder el terreno, perder el negocio pero no puedo, de modo alguno, permitir que los Capuleto ganen.
—¿Que ganen qué? Aquí ya no queda nada por ganar o perder.
—Mátala.
—¿Qué? —gemí si bien sabía muy bien a quien se refería.
—Mátala o yo te mataré a ti.

—Estás loco.
Mi padre no se demoró ni un parpadeo, en alzar su arma y apuntarme otra vez.
—Hazlo, no me importa cómo. Es ella o tú, Romeo.
Harto de todo, me puse de pie. Mi padre alzó su mano para seguirme.
—Dispárame.
Su mirada de odio fue el principio del fin.
—Dispárame, no pienso hacerlo. Estoy harto de esto.
—¿Que estás harto de esto, dices?
—Sí, esta guerra sin sentido me agotó. No seguiré con esta locura. Nada de esto tiene caso. Tus problemas no se resolverán con que yo elimine a Julieta porque esto para ti, no acabará jamás.
Mi padre me estudió por un instante y bajó su arma.
—Eres una puta vergüenza, Romeo. Bien, no lo hagas, encontraré a alguien más con los huevos suficientes para cumplir con la tarea.
—No —solté al instante.
—Desde luego que sí. No todos los hombres son como tú. Si no quieres hacerlo, perfecto, no lo hagas.
—Papá —no supe qué decir.
—Te quiero fuera de la ciudad para esta misma noche.
—Papá.
—Vete y no regreses, no quiero volver a saber de ti, no quiero volver a ver tu rostro en la vida, ¿me oyes? Lárgate y no regreses. Vete, desaparece. Si sé que vuelves a poner un pie en esta ciudad, ordenaré a que te maten.
—Papá.
—No quiero escucharte lloriquear. Estoy cansado de ti. Siquiera vales la bala que podría gastar en quitarte la vida. Vete, lárgate, vive toda tu vida con la vergüenza de ser un cobarde, de haberle fallado a tu familia. No eres nada, Romeo, y como no es nada, no me molestaré más contigo.
—No puedes hacer eso.
—Estoy haciéndolo. Vete, esfúmate de mi vida, para mí, ya estás muerto.
—Papá…
—No quiero escucharlo. Esfúmate, desde este instante ya no formas parte de esta compañía, de esta familia, desde este instante esta ya no es tu ciudad. Es en serio, Romeo, daré el aviso de que si te ven, te disparen. Lárgate.
—No tienes derecho.
—Es mi ciudad.
—No es tu puta ciudad. Tú no —el resto de la frase se me quedó atragantada en la garganta cuando él se abalanzó sobre mí. Me eché hacia atrás llevándome por delante la silla, aprovechó mi tropiezo, y su arma acabó en mi cabeza.
—Recoge tus porquerías y lárgate de la ciudad.
No me moví.
—¿Acaso no me escuchaste?
No podía dejar a Julieta sola aquí, no así, no con mi padre decidido a acabar con ella.
—Bien, está bien —musité.
—¿Qué es lo que está bien?
—Lo haré.
—Esta noche.
—¿Esta noche? —lancé—. Sabes que no será sencillo—. Los Capuleto están en alarma por lo

sucedido en la cafetería, tienes que darme un par de días.
—¿Para qué, para que luego me hagas lo mismo que hiciste con esa mierda de socio que me conseguiste?
—El contrato —comencé a replicar y él me detuvo.
—Mátala esta noche. Me importa una mierda si mueres en el intento.
—Esta mañana fue el entierro de Teo, ha de estar con su familia.
El culatazo dio sobre mi ceja izquierda. Casi pude sentir la carne desgarrarse por el choque entre metal y hueso.
Con el golpe se me mezclaron las ideas y me tambaleé.
Atontado me llevé las manos a la frente, el contacto de mi mano con la herida, ardió. La sangre pese a la presión que intenté ejercer sobre la herida, comenzó a correr hacia mi ojo.
—Me das asco —gruñó.
Tapándome la herida con la manga del traje, espié en su dirección.
—Lárgate, Romeo. Sal de mi vista. Haz lo que debes hacer y no regreses hasta que lo hayas hecho. Y si no lo haces, siquiera pienses en regresar.
Me limité a mirarlo.
—Vete —susurró y tanto su tono de voz cuanto su mirada, fueron desprecio absoluto.
No pude contener mi reacción.
Mi pierna pateó la silla y terminó de mandarla al demonio.
—Maldito desgraciado, soy lo que te mereces —gruñí—. Soy exactamente lo que te mereces—. Y por eso me aseguraría de dejarlo completamente en la ruina y sin posibilidad de recuperación.
Mi padre se quedó viéndome en silencio.
Bajé el brazo y alcé la frente.
—Este es el rostro de tu ruina. Esto es lo que generaste con tus actos. Soy tu fin, padre, soy la peor maldición que podría caer sobre ti.
Él no tenía ni idea de cuan malo era todo lo que me aseguraría que cayese sobre él.
Bajó el arma.
Di la media vuelta y salí de la oficina dando un portazo, pateando todo lo que encontré en mi camino, frente a las miradas sorprendidas de nuestros empleados.
Con la puta herida que no paraba de sangrar, me metí en el elevador y bajé a las cocheras para buscar mi camioneta, allí, antes de poner el motor en marcha busqué el pequeño botiquín de primeros auxilios. Con las manos ensangrentadas abrí las gasas y apreté un montón contra la herida luego de embeberla en agua oxigenada.
Cuando la sangre fluyó más despacio, fui a por otro sobre de gasas, que pegué contra mi frente con un poco de cinta. Necesitaba puntos pero eso debería esperar un rato.
Limpiándome el ojo con la otra manga, para quitarme la sangre de las pestañas saqué mi móvil rosa y lo llamé.
—Hola, jefe, ¿me llama para recomendarme alguna otra buena inversión?, porque miré que hoy estoy que ardo con esto de hacer malos negocios. Nunca creí que fuese a ser tan divertido, perder dinero. Es una sensación increíble saber que estás haciendo un absoluto desastre.
Sus palabras fueron un bálsamo para el dolor en mi frente.
—¿Lo conseguiste? ¿En serio pudiste hacerlo?
—Bueno, técnicamente no lo hice yo pero sí, está hecho. Su padre invirtió una suma ridícula en acciones de las compañías Capuleto que ya nadie quería, porque como bien sabe, los Capuleto van directo a la ruina.
La ola de alivio provocó que se me pusiese la piel de gallina.

—Gracias —suspiré—. Gracias, gracias, gracias.
—Jefe, no necesita agradecerme, fue toda una aventura, nunca había intentado nada semejante. La verdad es que no creo que vaya a repetirlo.
—¿No?
—No, jefe, no creo que nunca en la vida vaya a disponer de una cantidad de dinero semejante. Creo que de ahora en más, me dedicaré a volar un poco más bajo, tengo mucho tiempo queriendo dedicarme a programar juegos.
—¿Programar juegos?
—Sí, jefe. Creo que me retiraré y programaré juegos.
Se me escapó una carcajada que fue puro alivio.
—Se lo debo a usted, jefe.
—No me debes nada, fuiste tú el que hizo todo el trabajo. El cual por cierto, fue un trabajo estupendo.
—Gracias, jefe, me alegra haber podido ser de ayuda. Por cierto, Capuleto debe estar enterándose de que está en la ruina y pronto su padre también lo sabrá.
—Sí, pronto.
—Aquí arderá Troya, jefe.
—Sí.
—Y yo no pienso quedarme en la ciudad para ver las llamas. Le tengo fobia al fuego.
—¿Te marchas?
—Sí, jefe. Buscaré un piso con vista al mar.
—¿Lo dices en serio?
—Y me pondré a dieta. Siempre quise aprender a surfear y no creo que haya una tabla para mí.
—Seguro la hay pero estaría bien que te alimentaras mejor. Tienes mucho dinero ahora, procura tener una larga vida para disfrutarlo.
—Eso mismo, jefe. Igual estaré en la ciudad un día más, estimo. No en mi piso, de hecho ya no estoy en mi piso. Si va allí, no encontrará nada.
—Claro, lo bien que has hecho.
—Pero estaré activo. Si me necesita para algo más, me llama.
—Claro, lo haré.
—Jefe, en serio fue un placer trabajar para usted.
—Fue un placer conocerte.
—Jefe, una cosa más.
—Dime.
—Lárguese de aquí cuanto antes. Esfúmese, búsquese un apellido bonito que le haga justicia. El Montesco no le queda, jefe, jamás le ha quedado.
—Gracias —musité. Él jamás tendría idea de lo mucho que le agradecía lo que acababa de decir.
—En serio, jefe, lárguese pronto. Las cuentas de su padre están casi en cero y esto mañana será un infierno.
El infierno que se merecen —pesé.
Nos despedimos y decidí dejar para más tarde, el llamar a Julieta. Necesitaba salir de aquí lo antes posible.
Para hacer tiempo, fui al hospital a hacer que me suturaran la herida e hice hincapié en respetar mi turno en la sala de urgencia porque prefería esperar a que llegara la noche.
Tras hora y media de espera, una doctora puso dos puntos sobre el corte que le dije me había hecho al llevarme por delante el canto de una puerta.

De allí, fui a un bar a beber un par de tragos y allí, en el extremo de la barra, solo y por una vez, sin nadie que prestara atención a mi presencia, aproveché para llamarla.
Julieta contestó al segundo timbrazo.
—A punto estaba de llamarte, que no aguantaba más la distancia —soltó a toda prisa.
—Hola, princesa. ¿Cómo estás?
Ella guardó silencio un instante.
—Bien. Por otra parte… suenas agotado. ¿Cómo fue todo?
—Tengo dos puntos de sutura sobre la ceja izquierda pero por lo demás, soy todo buenas noticias.
—¿Ah sí?
—Mi padre está en la ruina. Lo consiguió.
—Romeo… —jadeó ella.
—Sí, eso, puedo verte más tarde. Ahora estoy en un bar sin embargo planeo pasar la noche en lo de Lorenzo.
—No lo sé, mi padre… bueno, sucedió. Tiene a su gente reunida en la oficina. Lleva cuarenta minutos gritándoles. Yo me escapé hace un momento, igual de cualquier modo, no me quiere ni me necesita allí.
—¿Descubrió lo del dinero?
—Sí. Y además de eso, todos los otros problemas se le han caído encima.
—Igual a mi padre. De lo demás se enterará mañana, supongo.
—Tenemos que largarnos de aquí, Romeo.
—Lo sé. Mi padre, después de la reunión… se supone que daba matarte o me matará.
—¿Qué? —jadeó.
—Eso. En serio necesito verte donde Lorenzo. Tenemos que acabar de planear nuestra huida.
—Creo que será mejor que no te vea esta noche. Se me ocurrió una idea.
—Julieta, tus ideas me aterran—. Se me puso la piel de gallina.
—Tranquilo, no te preocupes. Si puedes, ve a quedarte con Lorenzo y que nadie te vea, no salgas hasta mañana.
—Julieta…
—Cuando te pegunten si fuiste tú, di qué si.
—Sí, fui yo, qué.
—Tú di que lo intentaste, que algo debió salir mal.
—Julieta.
—Tranquilo, estaré bien.
—Joder, eso es lo peor que puedes decirme.
—¿Que estaré bien? —bromeó y puede escuchar la sonrisa en su voz.
—¿No, que me quede tranquilo?
—En serio, no pasa nada. Relájate. Intentaré verte mañana cuando por aquí tengan todos la situación un poco más asimilada. Necesitamos que hasta último momento, nos vean en nuestros puestos.
—Lo sé. Hoy mandé a mi padre a la mierda pero lo sé.
—Romeo, no vuelvas a ponerte en peligro. ¿Fue él el responsable de los dos puntos en tu ceja?
—Sí.
—No lo enfrentes.
—Me provoca un profundo rechazo, no puedo evitarlo.
—Sí pero yo te necesito vivo.

—Tú enfrentaste a tu papá.
—No me tomes de ejemplo.
—Amor… —no pude seguir.
—No puedo ausentarme mucho más. ¿Cuándo se enterará tu padre de que compró las acciones de la compañía del mío?
—Mañana supongo. Mañana por la mañana se le caerá el mundo encima porque se supone que además ese sea el plazo para depositar el dinero para pagar el refuerzo de los cimientos el nuevo proyecto.
—Mañana —susurró ella.
—Sí, mañana.
—Bien, habla con Lorenzo, que te explique cual es ese misterioso plan que tiene para nosotros.
—Eso haré. Necesitamos estar listos. ¿Estarás bien?
—Sí, ya te lo prometí. Envíame un mensaje cuando dejes el bar, necesito saber en qué momento quedarás fuera de la vista del mundo.
—Joder, Julieta. Con cada segundo que pasa, me preocupo todavía más.
Ella rio.
—Tengo que dejarte ahora. Avísame.
—Bien.
A regañadientes me despedí de ella.
Estuve una hora y media más allí, dándole vueltas a un trago que se calentó en el vaso.
Antes de partir del bar, le envié un mensaje.
Julieta me contestó que iba de salida.
Me largué del bar y de camino a lo de Lorenzo, dando suficientes vueltas por las calles de la ciudad para asegurarme de que nadie me siguiera.
Lorenzo alzaba el portón de la entrada para mí cuando me saltó el aviso de que Julieta volvía a postear en Instagram, después de mucho tiempo. Era una fotografía de ella en la barra del Verona y hasta lo que yo podía ver, no la acompañaba nadie conocido, ninguna de sus amigas estaba allí.
En el silencio de la madrugada, la vi llenar sus histories de fotografías del club nocturno, la última, a las cuatro treinta y tres de la mañana, en la que anunciaba el fin de la noche.
Le envié un mensaje preguntándole qué se suponía que hacía. Ella no respondió.
La llamé y no contestó.
Salí de mi cuarto de camino a la cocina a preparar té.
A los cinco minutos Lorenzo apareció en la cocina.
Completamos mi insomnio y el suyo, con galletas y una taza de té para él a lo que luego le sumamos un juego de cartas.
Hubo una segunda ronda de tazas de té y el día comenzó a clarear.
Mi móvil, no el rosa, sino él otro, se puso a tocar.
El corazón me trepó a la garganta cuando vi que quien llamaba, era mi padre.
No me dio tiempo a nada.
—Y por una puta vez, haces algo bien. Está en todos los canales.
No dije nada.
—Tal vez, después de todo, no seas una completa decepción.
Apreté los dientes, conteniendo mi furia.
—Te veo luego.
—Sí, claro. Nos vemos más tarde —contesté y él cortó la comunicación.
—Enciende la televisión —le pedí a Lorenzo y él se levantó para buscar el mando y encender el

pequeño y anticuado televisor de la cocina.
Llamas.
Varios coches se incendiaban en la vereda de en frente del Verona.
El titular por debajo de la imagen anunciaba que la camioneta de Julieta Capuleto había volado por los aires en una explosión que destrozó los frentes de los locales de la calle y provocó que varios de los vehículos estacionados junto al bordillo, tomaran fuego. Hasta ahora no se sabía si había heridos y qué fuera de Julieta Capuleto porque de ella, lo último que se sabía era que abandonara el club nocturno.
—Joder —soltó Lorenzo por mí.
—Está loca. Joder, está loca —jadeé—. Me advirtió que haría algo pero… joder —gemí experimentando una poderosa presión en el pecho que me impedía llenar por completo mis pulmones—. Joder.
La camioneta ardía, al igual que otros tres vehículos y saltaba a la vista, pese a que las llamas la devoraban sin control, que fuera severamente dañada por la explosión.
En frente de los vehículos, los locales ardían.
—¿Tú padre… qué dijo?
—Que por una vez, he hecho algo bien.
—¿Entonces cree que la… —giró sobre su silla y me enfrentó—, cree que Julieta está muerta?
Asentí con la cabeza.
—¿Cuánto durará esto?
—No lo sé. El tiempo que ella pueda mantenerse oculta, el que su padre tolere el silencio. No lo sé, Lorenzo.
—Romeo…
—¿Qué?
—Creo que se me ha ocurrido una mejor idea.
—¿Sí?
—Sí —confirmó—. Pero debería hablarlo con Julieta. Necesitamos que ella haga algo.
—¿Qué cosa?
Lorenzo inspiró hondo.
—Tu padre y el padre de Julieta deben enterarse de que ustedes están juntos.
—¡¿Qué dices?! ¡Estás loco! ¡¿En serio, Lorenzo, perdiste la cabeza?!
—Necesitamos darles motivos.
—¡¿Motivos?! ¿Motivos para qué?
—Confía en mí. Cuando todo lo demás esté resuelto, todo el mundo debe enterarse de que Julieta y tú están juntos y de paso, que también sepan que ustedes son los responsables de la ruina que se precipita sobre ambos.
—Lorenzo…
—Es la única salida. ¿Iras a ver a tu padre?
—Más tarde, supongo. Hoy será un día complicado, se enterará de que lo perderá todo.
—Porque Capuleto lo ha perdido todo.
—Sí —entoné y mi voz fue casi silencio.
—¿Romeo? —me llamó y se me puso la piel de gallina.
Mi mirada perdida en las furiosas llamas, se movió hasta sus ojos.
—Saldrá bien. Saldrá bien y ambos serán libres.
El té se convirtió en vidrío molido en mi estómago.
—Tiene que salir bien —musité.

Por Julieta y por Yago, esto debía salir bien. Si algo les sucedía por mi culpa…
Lorenzo se estiró por encima de la mesa para posar su mano en mi hombro.
—Tranquilo.
Me esforcé por tironear de las comisuras de mis labios para sonreír.
—Voy a extrañarte.
La cocina quedó en calma porque en las noticias solamente quedó la imagen de los vehículos ardiendo, sin que los periodistas dijesen nada.
—Está sucediendo.
—Sí, Romeo, es real. Está sucediendo.

XV
Decepción.

Mi papá gesticulaba toda velocidad sin parar de caminar alrededor de la mesa, tenía varios minutos espiando hacia la sala de reuniones por la puerta entornada, escuchando su vozarrón tronar de tanto en tanto.
Sus más próximos colaboradores, esto era, un puñado de sujetos que se suponía eran de su entera confianza, se encontraban con él, ellos y quienes en la familia, tenían una posición de peso en la compañía.
La reunión ya duraba tres horas y aún no había resultados, no al menos los que mi padre esperaba. Con el correr de los minutos, la situación empeoraba más y más, mi padre no solamente estaba al borde de la ruina, sino también de ser detenido por todas las causas judiciales que en últimas horas se aceleraran en su contra.
Otra vez pasó por delante de la puerta entornada, gritando al teléfono mientras los presentes, trabajaban a su par para evitar lo inevitable.
Escuché la puerta, no la que daba a la sala de reuniones sino la que daba al pasillo.
Giré la cabeza para ver a Rosalina regresar con las dos tazas de café que fuera a buscar.
Ella cerró la puerta con el codo y me sonrió.
Le devolví el gesto de un modo tanto más modesto porque se suponía que estaba en shock después de ver volar por los aires de mi camioneta cuando desde la esquina, le quitara la alarma.

Cierto que la explosión, pese a que la esperaba, me había impactado pero de cualquier modo, mi sangre corría tranquila porque mi padre me pidió que hiciera exactamente lo que pretendía hacer, mantenerme oculta de los ojos de todos, fingir que quien pusiera el explosivo en mi camioneta, lograra su cometido.
En las noticias decían que estaba muerta y los únicos que sabían que en verdad eran mi padre, Rosalina y mi tío, nadie más me había visto desde esta madrugada cuando abandoné el Verona.
Por supuesto que mi hermano estaba al tanto de todo, también Horacio pero siquiera me había puesto en contacto con Romeo porque no tuve ni dos segundos de soledad para poder enviarle un mensaje siquiera.
—¿Cómo va todo allí afuera? —le pregunté con sus pasos siendo amortiguados por la alfombra que se extendía por debajo de la mesa del café y entre los sillones.
Rosalina me tendió la taza de café, por encima de la mesa de cristal.
—Nada bien. De hecho, es un infierno allí afuera. Por lo que me han dicho, está en las noticias que tu papá está en quiebra. Es una locura. Escuché a uno de sus abogados hablar por teléfono, estaba diciéndole a alguien que tu padre podría ir preso esta misma tarde.
Iba a beber pero me detuve.
Ella tomó asiento.
—¿Y de los Montesco, alguna novedad?
—Rumores, dicen que han pedido el proyecto del terreno que le arrebataron a tu padre.
—¿Ah sí?
—Sí. Ojalá se hundan, los malditos.
Me quedé mirándola en silencio.
—Julieta, debieron ser ellos los que volaron tu camioneta. Si no fueron ellos ¿quién más?
No hice ningún comentario.
—Marisa me llamó hace un momento —continuó—. Esta mañana fue a hacerse las uñas, la chica que la atendió tiene una conocida que su hermana trabaja para los Montesco. Le dijo que en la compañía comentan que fue Romeo, que Montesco ha estado soltando a quien lo quiera escuchar, que su hijo mató a Julieta Capuleto.
Me llevé la taza a los labios y bebí un sorbo.
—Julieta.
Bajé la taza y la miré.
—Tienes que hacer algo al respecto.
Esperé.
—Romeo… no pues permitir que él salga indemne de esto. Intentó matarte. Es un Montesco. Es un mentiroso, es…
¿Mentiroso? Que lo llamase así me confundió.
Asesino sí, pero… ¿mentiroso? ¿En qué podría haber mentido Romeo?
Escruté su rostro con curiosidad y la vi enrojecer.
La mirada de Rosalina cayó la taza en sus manos, las cuales apoyó sobre sus rodillas.
—¿Mentiroso? —le pregunté en voz alta.
—Sí, mentiroso.
—No entiendo. ¿Por qué dices que Romeo Montesco es un mentiroso?
—Porque lo es, es un maldito mentiroso embustero.
Sentí como si mi cuerpo acabase de convertirse en concreto; mis extremidades se pusieron duras y pesadas, y creí que no volvería a ser capaz de moverme nunca más.
—Me dijo que nos largaríamos de aquí juntos.

Mi cuerpo volvió a ser carne, carne susceptible de ser aplastada por la loza que tuve la impresión acaba de caerme encima.
—Tiene un piso en Mantua. Nos veíamos allí.
—¿Qué? —Todo el aire se me escapó de los pulmones.
—La noche de la despedida de soltera… nos vimos afuera. Vino a verme.
Más que una loza, todo un edificio cayó sobre mí.
—Es un mentiroso, me dijo que él no me había prometido nada pero sí lo hizo, habló hasta por los codos de sus ganas de largarse de la ciudad, de dejarlo todo, de abandonar a su padre y comenzar una nueva vida muy lejos de aquí.
—¿Contigo? —apenas si tuve fuerzas para articular aquello, apenas si podía creer que esto en verdad sucedía—. ¿Te dijo que quería irse contigo?
Rosalina me contestó que sí con la cabeza.
—¿Ibas a largarte con Romeo Montesco?
Ella me miró a los ojos y volvió a asentir con la cabeza.
—¿Y qué sucedió?
Rosalina se encogió de hombros.
—A partir de la noche de la despedida de soltera él simplemente —su voz empequeñeció hasta que ella enmudeció—. Él simplemente desapareció. Ya no quiso saber de mí. Empezó a no responder a mis llamados y mensajes, y luego, comenzó a mentir, a decir que él no me había prometido nada, a decir que lo nuestro no iba de promesas y planes. Como si yo lo hubiese inventado todo.
—Rosalina.
—Sí, lo sé —chilló—. Es el hijo de puta de Romeo Montesco, el enemigo pero en verdad creí… yo creí que decía la verdad, que era sincero, que en verdad le importaba. Me hizo creer que él estaba tan harto de esta vida cuanto yo lo estoy y mira nada más, le disparó a Teo.
—Teo iba a matarlo —solté en un susurro.
—Y voló tu camioneta.
Romeo no había volado mi camioneta pero sí…
Sí todo lo demás, las promesas, las palabras, los momentos. Mantua. Largarnos de aquí.
Sentí mi rostro ponerse frío.
—Es un maldito hijo de puta que merece morir del peor modo posible, es el peor de todos los Montesco. Es un mentiroso, me hizo creer que una Capuleto y un Montesco podían convivir en paz y mira nada más.
—Rosalina, lo que me dices…
—Debí contártelo mucho antes, lo sé. Estaba tan avergonzada. Soy una estúpida, creí en cada una de sus palabras sin pensarlo dos veces. Estoy segura que solamente me utilizó.
—¿Qué te utilizó?
—Bueno, hablábamos de trabajo, de la compañía, de ti.
La decepción fue absoluta.
—¿De mí? —balbucí.
—Sí, él quería saber de ti.
—¿Qué le contaste?
Rosalina se quedó viéndome.
—¿Qué le contaste de mí? —Repetí la pregunta temiendo tener una respuesta esta vez.
Rosalina podía sentirse estúpida por haber creído en su palabra sin embargo en este instante, si alguien se llevaba los laureles en aquella competencia de idiotez, era yo. No quería creerlo

pero… Romeo le había hecho las mismas promesas que a mí.
—Rosalina —su nombre en mis labios fue una advertencia.
Ella no respondió.
—¡Rosalina! —chillé sin que me importara si me escuchaba quienes se encontraban al lado en la sala de reuniones—. Dime qué le contaste sobre mí.
—Me peguntó sobre Paris y tú, quería saber sobre tu trabajo, tus negocios. Me preguntó como te llevabas con tu padre. Temo que las cosas que le conté…
Fui incapaz de controlar mis manos que se echaron a temblar, por lo que bajé mi taza de café a la mesa, para no tirarme la bebida caliente encima.
—Lo siento, Julieta. Fui muy tonta, en verdad creí que hablaba en serio. No lo conoces, no sabes cómo es, Romeo te dice exactamente lo que sabe que necesitas escuchar. Él es… es vil, el un Montesco. Jamás debí olvidar que lo es.
Ella no era la única que olvidara aquel detalle.
—Lo siento, el daño ya está hecho pero en verdad lo lamento. Cuéntaselo a tu padre si quieres, me haré cargo de la responsabilidad que me toca.
Su responsabilidad en lo sucedido no era nada en comparación con la mía.
—Sé que me utilizó. Es mi culpa. Todo esto es mi culpa, Julieta. Soy una idiota.
—No… no es tu culpa.
—Deberías buscarlo y acabar con él. Romeo juega a ser inocente, a que es la pobre victima de un mundo que está en su contra.
El sorbo de café que bebiera, trepó por mi garganta junto con jugos gástricos.
—Mátalo.
Mi piel se heló.
—Mátalo, Julieta. Sin importar qué sea de todo lo demás, mátalo y acaba con esta plaga que son los Montesco. Termina con él.
No supe si permitirle a mi estomago dar un vuelco para vomitar o ponerme a gritar y a gruñir de furia.
¿Me había engañado? ¿Logró que me pusiera de su parte? ¿Hice todo lo que necesitaba que hiciera? Cierto que su padre también estaba en la ruina, que lo había perdido todo pero no él, Romeo tenía su ticket de salida de aquí asegurado, tenía su futuro garantizado.
¿Se iría y me dejaría atrás?
—¿Julieta?
Tragué la saliva que se pusiera amarga en mi boca y me puse de pie.
—¿Julieta? ¿Julieta, que sucede?
—Dile a mi papá que tuve que irme.
—¿Qué? —jadeó desesperada—. ¿Irte a dónde? ¿Julieta?
—¡¿Qué sucede aquí?! ¿Qué significa esto? —le escuché gritar a mi papá.
Giré sobre mis talones los cuales medio se enredaron en la mullida alfombra para ver a un montón de policías llenar la sala de reuniones. Todo el mundo se puso de pie.
Hubo gritos, exclamaciones y entonces vi a mi papá sacar su arma. No fue el único, todos los policías desenfundaron de inmediato. Hubo quienes de las sillas se arrojaron al suelo, quienes se pusieron de pie para hacerle frente a los oficiales.
Un oficial de civil se movió hasta mi padre, apuntándole mientras mi padre le apuntaba.
—Baje el arma, señor Capuleto. Bájela, lo único que consigue con esto es complicar todavía más su situación.
Mi papá no obedeció.

—Si continua resistiéndose, será todavía peor.
—Señor Capuleto, por favor, baje el arma —le escuché pedirle a uno de los abogados de mi padre, luego de que el oficial de civil, volviera a advertirle a mi padre.
El arma en las manos de mi papá, tembló.
—¡Baje la maldita arma! ¡Todos bajen sus armas ahora! —vociferó el oficial.
El ambiente que vibraba de tensión, llegó hasta aquí.
—Si no nos acompaña por las buenas, lo hará por las malas pero ya no conseguirá de modo alguno, librarse del peso de la justicia, señor Capuleto. Baje el arma ahora.
—Por favor, señor Capuleto, obedezca. Si los acompaña ahora es probable que pueda sacarlo con una fianza esta misma noche. Por favor, baje el arma a la mesa y…
—No me sacarán de aquí con vida —rugió mi padre.
—Señor Capuleto, por favor —le pidió su abogado.
Sonó un disparo que no supe de qué arma emergió y la escena se convirtió en un pandemónium descomunal.
A ese disparo le siguieron más y yo solamente atiné a arrojarme por detrás del sofá para buscar protección.
Hubo más disparos y gritos, gritos de dolor, de miedo y de furia.
La balacera acabó con la voz del oficial rugiendo.
—Si parpadea, disparo. ¡Suelte la maldita arma, Capuleto!
Me alcé sobre mis rodillas y espié hacia la sala de reuniones, la puerta tenía dos orificios de bala y el oficial apretaba su arma contra la nuca de mi papá.
Mi papá bajó el arma a la mesa y alzó sus dos manos.
Otra media docena de policías entró en la sala.
—Tenemos que salir de aquí —jadeó Rosalina.
En vez de responderle, actué. Manteé mi bolso del sillón y en cuatro patas rodeé la mesa, llegué a ella y la empujé hacia la puerta que daba a la oficina contigua, la cual estaba vacía y daba a una salida secreta que tenía una escalera privada que subía a la azotea al helipuerto y bajaba al garaje.
—Andando —la empujé—. Tenemos que salir de aquí ahora.
Antes de empujarla una vez más hacia la puerta, estiré el cuello y me asomé hacia la sala de reuniones, vi a dos oficiales de uniforme rodear a mi padre para esposarlo.
—Salgamos de aquí.
Abrí la puerta sin ponerme de pie y la empujé hacia la otra oficina. Una vez allí, me levanté, y pasé llave en la cerradura.
Corrimos hacia el armario que no era tal cosa. Lo abrí y la empujé dentro.
—Abajo —le ordené.
Rosalina tropezó con los primeros escalones pero no se detuvo.
—¿Qué haremos ahora?
—Primero que nada, salir de aquí.
—Mi papá estaba en esa sala.
—Los abogados se ocuparán de ellos.
—Julieta —gimió desesperada.
—Ve a casa y quédate con tu mamá.
—Julieta —esta vez mi nombre lo entonó al borde de las lágrimas—. ¿Qué harás tú?
—Buscaré a Romeo.
Rosalina se detuvo y me miró.
—¿Acabarás con él?

No pude responderle.
—Todo esto es su culpa, lo sé —las primeras lágrimas se le escaparon—. Es mi culpa.
Era mi culpa.
—Salgamos de aquí.
A los trompicones y con el corazón latiéndome en los oídos, abrí la puerta que daba al garaje privado cuya salida no era la que los oficiales debían estar custodiando sino una por un edificio lindero de departamentos que nadie sabía tenía que ver con nosotros.
Fui a por el único vehículo estacionado allí, una camioneta negra, de vidrios tintados que era blindada y que además, estaba equipada para situaciones como aquella que estábamos viviendo.
Con los ojos desorbitados, Rosalina me vio abrir la puerta trasera para descubrir los tres enormes estuches que contenían una gran variedad de armas.
Saqué dos pistolas y los cargadores que me entraron en las manos.
—Julieta —gimió ella, que ni disparaba ni soportaba las armas.
—Quédate en casa y no salgas—. Guardé una de las pistolas en la cintura de mis pantalones y la otra, junto con los cargadores, la arrojé al interior de mi bolso. Le ordené que subiera al vehículo y ella obedeció.
Puse el vehículo en marcha y lo saqué a la calle viendo que la manzana estaba rodeada de coches patrulla para evitar que mi papá escapara.
Había vehículos cortando la calle y oficiales con armas largas, apostados junto a estos.
—Malditos Montesco—. Rosalina se pegó al cristal mientras yo conducía por delante de los vehículos para sacarnos de allí.
Estrujé el volante con mis manos; mi cuerpo era puro nervios. No podía creer que esto estuviese sucediendo; tenía que haber una explicaciones coherente que demostrara la inocencia de Romeo, que validara las cosas que le dijo, no como un engaño hacia mí, sino como… siquiera sabía cómo qué, entendí que solamente necesitaba engañarme, que no podía reconocer la decepción porque dolía como nada en este mundo. ¿Había sido así de sencillo permitirle engañarme, enredarme en sus mentiras para darle exactamente lo que necesitaba.
Dejé a Rosalina en la puerta y le recordé que no podía decirle a nadie que me había visto, por el momento, hasta que pudiese averiguar cual era la situación en la que me encontraba, debía permanecer muerta para todos. Le pedí que le dijera a su madre que había escapado por el estacionamiento, sola.
Esperé a que se metiera en la casa y me largué de allí.
Todavía no llegaba a la esquina que mi móvil sonó, era uno de los abogados de mi padre que iba siguiendo al coche patrulla que trasladaba a mi padre hacia la estación de policía.
—Tu padre me pidió que te llamara, por supuesto, después de explicarme que estabas viva. Vi la sala contigua vacía. ¿Rosalina salió contigo?
—Sí, la dejé en casa de su madre y le pedí que no dijera nada de mí.
—Bien hecho, así debe seguir. Mantente oculta hasta que pueda resolver esto. Estoy seguro que sacaré a tu padre de allí antes de que caiga la noche y que no te quepan dudas que iré contra el oficial que comandó el arresto. Se le quitarán las ganas de volver a acercarse a tu padre.
—¿Hubo heridos?
—No, por suerte para ellos, no. Tu padre estaba furioso, es todo. No te preocupes Julieta, en cuanto tu padre esté libre, nos encargaremos de ir contra los Montesco. Vete a un lugar seguro, cuida de tu hermano, volveré a llamarte en cuanto tenga novedades.
—Gracias —le dije más por mantener las apariencias que por otra cosa.
—De nada. Cuídate.

—Eso haré.
En cuanto corté la comunicación con el abogado de mi padre, busqué el otro móvil, puse el manos libres y lo llamé.
—¡Por Dios bendito, al fin llamas! Amor estaba muerto de preocupación. Joder que vi la camioneta ardiendo. Julieta, estás loca, en serio. No sé ni qué… —se detuvo—. Mi padre está convencido de que fui yo, está seguro de que estás muerta pese a que todavía no hay una declaración oficial. No sé cómo ha hecho tu padre para que los periodistas no se le lancen a la yugular por una respuesta. ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien? ¿Y Yago? ¿Sigue en el lugar de siempre? Julieta, necesitamos hablar.
Desde luego que necesitábamos hablar.
—¿Julieta, estás ahí?
—Sí, aquí estoy —me impresionó notar mi tono frío y distante, al hablar con él.
—¿Te encuentras bien? Suenas…
—Estoy bien. ¿Dónde estás?
—En la oficina. Mi padre ha descubierto que alguien se metió con sus cuentas y que compró con su dinero, acciones de las compañías de tu padre que —Romeo se detuvo y escuché al fondo, voces, gritos, festejo.
Intuí qué era lo que festejaban.
—¿Qué carajo? —jadeó Romeo—. ¿Julieta?
Las voces sonaron más fuerte pero eran tantas que no pude determinar qué decían.
—Mierda, Julieta —se detuvo—. ¡¿Dónde mierda está el mando a distancia de este televisor?! —bramó.
El teléfono se llenó de ruidos como si hubiesen puesto algo encima del aparato. Más sonidos y entonces, cuando el micrófono se despejó, sonó la voz de un periodista que relataba las últimas novedades, mi padre era trasladado a la estación de policía.
—Mierda —jadeó—. ¿Se llevaron a tu padre?
—Sí —mi voz apenas si sonó.
—¿Dónde estás?
No respondí.
—¿Estás conduciendo?
—Sí.
—¿Hacia dónde?
—No lo sé —admití.
—¿Quieres que nos veamos en Mantua?
—No, Mantua está demasiado lejos.
—¿Julieta, amor, te encuentras bien? ¿Sucedió algo?
—Sí, estoy bien, no es nada. Solamente necesito verte.
—Y yo muero de deseos de verte también. ¿Nos vemos en lo de Lorenzo?
—No, no creo que sea buena idea.
—¿Julieta?
—Baja al parador veintitrés, está a apenas unas calles de las oficinas de tu padre.
—¿Quieres que nos veamos en el parador de aquí? Julieta, no creo que sea buena idea.
—Puedo llegar en un momento. Además allí nunca hay demasiada gente.
—No, sobre todo en día de semana pero no deja de ser mi parte de la ciudad.
Su parte de la ciudad —repetí dentro de mi cabeza.
Parte de la ciudad que les pertenecía a los Montesco.

—Amor, en serio, comienzas a preocuparme.
—Baja, te veré allí en la playa.
—Julieta…
—En quince minutos.
—Julieta mejor —no le permití seguir y corté la comunicación.
Romeo intentó volver a llamarme tres veces y no le respondí. Tampoco a sus mensajes. Ignorando que continuaban entrando, conduje hacia su parte de la ciudad intentando concentrarme en lo que estaba a punto de hacer, procurando apartar a un lado los sentimientos. Era Romeo Montesco y me debía una explicación, era Romeo mi enemigo, amante y amor.
Tal vez, después de todo, sí fuésemos a tener un final violento.
Llegué al parador mucho antes de los quince minutos en los que le dije estaría allí.
Guarecida tras el tintado de los cristales de la camioneta, esperé estacionada de cara a la playa, viendo pasar a las pocas personas que andaban por la arena de esta parte céntrica de la ciudad que era poco concurrida los días de semana.
En el agua había un par de surfistas y ocasionalmente por delante de mí, en la franja asfáltica destinada a ello, pasaban personas en bicicleta, corriendo o en patines.
En la espera busqué una de los cargadores de repuesto que arrojara dentro de mi bolso y lo enganché en la cintura de mis pantalones junto con el arma que ya estaba allí.
En estado de tensión, esperé un poco más. Romeo iba retrasado.
Desvíe la mirada hasta el móvil y sopesé la posibilidad de escuchar sus mensajes para ver si alguno de estos era para avisarme que no podía venir o que se demoraría. Desistí porque temía lo que fuese a sucederme si escuchaba su voz antes de tiempo; no podía ablandarme, no debía permitir que me afectara.
Cerré los ojos y apoyé mi nuca contra el apoya cabezas.
Abrí los ojos sin despegar la cabeza de donde estaba y lo vi. Romeo venía cruzando la avenida al trote, con los faldones de la chaqueta de su traje gris azulino sacudiéndose contra sus angostas caderas.
Llevaba el cabello recogido en una media coleta y se veía tan radiante como siempre.
Tuvo que apurar el paso un poco más porque el semáforo para los vehículos, cambiaba a verde.
Pasó por entre los coches estacionados a mi derecha. Por supuesto, ni reparó en esta camioneta negra en la que me encontraba porque no la conocía.
Romeo se detuvo al entrar en la playa y miró hacia el parador. Allí había apenas dos mesas ocupadas y la barra estaba libre.
Alzó su brazo izquierdo y miró la hora. Giró sobre sus talones. Su mirada pasó sobre mí sin que él se percatara, sin bien me buscaba.
Dio toda la vuelta y volvió a enfrentar la playa para llevarse las manos a la cintura y quedarse quieto un instante.
Parpadeé una, dos y tres veces.
Romeo bajó los brazos y se echó a andar hacia el parador por encima del camino de madera.
Había llegado el momento.
Esperé a que se alejara un poco más y abrí la puerta. Salí y aguardé. Como él continuó andando sin percatarse de nada, cerré la puerta y saqué el arma que dejé en mi mano, junto a mi muslo.
Di mis primeros pasos sobre la cinta de listones de madera viendo su espalda, la cual creía familiar y segura, su nuca, la cual me convencí de que calzaba a la perfección en mis manos.
¿Y si había sido todo una mentira?
Romeo continuó andando conmigo siguiéndolo a un paso más rápido.

Él bajó a la arena. Lo imité al cabo de desprenderme de mis zapatos de tacón, los cuales dejé olvidados porque en este instante, no tenían valor alguno.
Romeo se desvió en dirección al mar.
Lo seguí sin dudar, agradeciendo que se apartara de los testigos.
La brisa marina llegó a mi rostro, con su aroma y frescura, la cual me trajo también, parte de su perfume, o al menos eso me pareció; tal vez solamente fuese mi cerebro torturándome, lo cual merecía por ser tan estúpida, tan crédula.
Con el correr de los metros en nuestra aproximación al mar, la arena se tornó más fresca y menos mullida, soportando así nuestros pasos.
Romeo se detuvo a un par de metros del mar y yo seguí andando. Alcé el brazo y le apunté con el arma.
Las olas estallaban con fuerza motivo por lo cual, llegué a él sin que escuchara mis pisadas.
Mis ojos se empañaron, inspiré hondo y parpadeé a toda prisa para aclarar mi visión.
—Montesco —lo llamé porque entonar su nombre, me dejaría demasiado expuesta. Mi tono no fue el mejor y eso quedó en evidencia en la mueca en su rostro cuando se dio la vuelta, la cual empeoró cuando vio el arma apuntándole a la cara.
—Julieta —musitó.
A mí se me puso la piel de gallina.
Flexioné el dedo sobre el gatillo.
—Julieta, amor… ¿qué… Julieta?
—Rosalina —gruñí entre mis dientes y su cuerpo lo delató al instante. Su pecho se hundió, su mirada terminó de oscurecerse, sus hombros dieron una sacudida.
—Julieta…
—Rosalina me lo contó hace un momento.
—Julieta, amor, no es lo que crees, ella y yo —no le permití seguir.
—¡¿Qué es lo que crees que creo?!
—No fue nada serio, ella y yo… no fue nada —me dijo igual si estuviese rogándomelo.
—Le dijiste que querías largarte de aquí, le dijiste que te irías con ella.
—¡No, nunca! Yo no dije eso, eso fue lo que ella interpretó, le dije que quería largarme y ella creyó que era con ella pero no era así.
—¿En algún momento le dijiste que no era con ella?
—No, no tenía caso. Rosalina… ella… Julieta, lo nuestro no era así. No…
—Le preguntaste sobre mí.
—Sí, es cierto pero no es lo que crees.
—Dejaste de verla después de la noche en el Verona.
—Sí, porque tú y yo —no le permití terminar la frase.
—¡Porque te conseguiste a alguien más próximo a las fuentes, alguien que pudiese brindarte toda la información que necesitabas, a alguien perfecto para ayudarte en tu plan.
—¿Mi plan? Lo dices como si… es nuestro plan. No hay otro plan, amor. Rosalina jamás significó nada. Ella… no sabía cómo terminar con ella, temí que si la enojaba todavía más ella fuese a contártelo. No quería… No es lo que crees, te lo juro, amor. Yo no quería irme con ella, no era mi intención.
—Tampoco es tu intención irte conmigo, solamente necesitabas arruinar a mi papá, librarte del tuyo y quedar libre de todos.
—No, no es así. Te amo.
—¡Mentira! —rugí con las lágrimas escapándose.

—Amor, te lo juro por mi vida. Sí, es cierto que le dije que quería irme, fue una estupidez pero así soy yo, a veces se me escapa mi inocencia. Creí que podía confiar en ella porque sabía que Rosalina no podría decirle a nadie lo que yo le contaba porque ella jamás admitiría que había estado conmigo. Solamente necesitaba decírselo a alguien, hablarlo con alguien pero con ella jamás fue y nunca podría ser como es con nosotros porque yo te amo desde siempre. Sí, le pregunté por ti, le pregunté por tu relación con Paris porque no ha pasado un instante de mi vida sin que pudiera parar de pensar en ti. No fue para espiarte. Julieta, no voy a largarme a ningún sitio sin ti. Si te quedas aquí, me quedo aquí, si te mueres, me muero contigo. Si tu corazón se rompe, el mío también. Te juro por mi vida que no fue eso.
—La llevaste a Mantua —mi voz tembló y la odie por eso.
—Te lo dije, sabía que ella no podía hablar de eso con nadie. Rosalina no estaba en posición de discutir con ninguna persona lo que hablábamos, no era como con las otras mujeres.
—Desde luego—. Otra vez tuve que parpadear a toda prisa para apartar las lágrimas de mi mirada.
—No. No es así, amor. Si quieres matarme, mátame, sin embargo te juro que no es así. Julieta todas mis cuentas están a tu nombre también.
—Qué valor podría tener eso si estoy muerta.
—Julieta, prefiero estar muerto antes que verte muerta. Te lo juro. Sí, es cierto, estuvimos juntos sin embargo no fue así, no como nosotros. Nadie como nosotros. Lo nuestro no tiene igual. Te amo, eres el amor de mi vida, sé que tú también me amas. Julieta estamos a un paso de quedar libres. Amor, te lo juro, eres tú y nadie más.
Vi a Romeo dar un paso al frente para tomar con decisión el cañón del arma el cual movió hasta su frente y allí lo apretó.
—Mátame si no me crees. Siquiera eso logrará cambiar lo mucho que te amo. Porque te amo, amor, siempre te he amado. Eres tú y nadie más. Te amo Julieta. Yo, Romeo Montesco estoy irremediable y perdidamente enamorado de Julieta Capuleto.
—¿Qué mierda significa esto? —gruñó una voz que por desgracia, me era demasiado familiar si bien no era de mi entorno.
Vi que a Romeo se le desorbitaban los ojos.
—¡¿Qué mierda significa esto?! —el grito sonó todavía más fuerte que la poderosa rompiente en la que ese entretenían los surfistas—. ¿Romeo, qué significa esto?
El arma tembló en mi mano.
Romeo apartó la mirada de la mía, a su padre por detrás de mí.
—¿Qué acabas de decir? ¡¿Qué significa lo que has dicho?! ¡Pensé que la habías matado! ¡Se suponía que Julieta estaba muerta!
Romeo se movió a toda velocidad.
Su mano izquierda tomó mi muñeca, la derecha me arrancó el arma. Yo jamás había tenido real intención de dispararle, no creí que fuese a ser capaz de dispararle por lo cual no pude reaccionar, él se quedó con el arma y me apartó de en medio. Soltándome, se puso por delante de mí y con mi arma, apuntó a su padre que a su vez, nos apuntaba a nosotros con un pistola dorada como la suya.
—Bájala —le ordenó Romeo y su padre sonrió—. Baja la puta arma, papá.
La sonrisa de su padre se ensanchó todavía más.
—Baja el arma o disparo.
Sin bajar el arma, su padre se echó a reír con fuerza.
—Maldito desgraciado hijo de puta —rio—. Qué hijo de puta —se carcajeó un poco más—.

Fuiste tú no es así. ¿Te metiste con mis cuentas y compraste las acciones de la compañía de su padre? Lo tenías planeado. Ella y tú, los dos… lo tenían planeado. ¡Que hijos de puta los dos!
Romeo me buscó con su mano, y por la cadera, me empujó para colocarme justo por detrás de él.
—¿En serio la amas?
—Sí —Romeo no se demoró en responder y su tono fue firme, irrefutable hasta para mí que hasta un instante atrás, dudara de todo—. Estoy enamorado de ella, la he querido toda mi vida. De nada han servido tus esfuerzos de incúlcame odio hacia su persona, la amo. La amo y la protegeré de ti y de cualquier otra persona que amenace con hacerle daño.
—Me das asco —escupió su padre—. Eres una puta desgracia, siempre lo has sido. Pero no importa, nada de eso importa porque ninguno de los dos saldrá vivo de esta playa y sabes porqué, porque eres un maldito cobarde y jamás me dispararías, porque eres demasiado débil para matar. Yo no lo soy. Te mataré a ti, y luego a ella. Pedazo de mierda, desagradecido.
—Baja el arma, papá.
—¡Eres basura! ¡Eres todavía peor que ella! Julieta al menos tenía lo que un asesino debe tener. ¡Tú no tienes nada, no eres nada! ¡No eres más que un mentiroso, débil y cobarde embustero! ¡¿La amas?! ¡Pues que mal por ti porque la verás sufrir, no podrás hacer nada para defenderla! ¡La mataré y acabaré con el resto de su familia y tú no podrás hacer nada! ¡Basura! ¡Traidor!
—No, no soy un traidor, soy fiel a lo que siento, a lo que soy. No puedo ser tu hijo, jamás he podido ser el hijo que esperabas que fuera, soy el hombre que la ama desde que tiene uso de razón, el hombre al que esta ciudad le da asco, al que tú le provocas asco. Estoy harto de esta vida porque jamás fue mi vida. Mi futuro con ella es mi vida.
—No tienes futuro con ella. No tienes ningún futuro. Baja el arma.
—No.
—Romeo, baja el arma.
—No.
—Romeo —le advirtió su padre.
—Vete.
—No iré a ninguna parte, no hasta que la mate.
—Por favor, papá, baja el arma.
—No.
—Baja el arma.
—Muévete.
—No.
—Romeo, suficiente, apártate.
—No.
—Romeo —le pedí yo, él en respuesta, buscó mi mano y entrelazó nuestros dedos para darme un apretón.
—Papá, baja el arma y vete. No necesita terminar así.
Su padre acomodó su dedo alrededor del gatillo y apuntó a su frente.
—Papá, por favor.
Su padre se limitó a mirarlo con una sonrisa en los labios.
—Papá, te lo ruego—. Romeo soltó mi mano—. Papá.
—Eres un maldito cobarde.
Sonó un disparo y un grito se escapó de mi garganta. Romeo cayó sobre mí y fue como si el mundo se me cayese encima.
—¡Romeo!

El grito de dolor no fue suyo, sino de su padre.
Caí a la arena pero él no cayó sobre mí, sino que se abalanzó sobre su padre.
Giré para verlo arrancarle el arma de la mano antes de que su padre pudiese terminar de reaccionar. Tenía un disparo en el hombro izquierdo.
—¡Julieta! —me gritó devolviéndome mi arma, la cual tomé poniéndome de pie.
—Romeo —gruñó su padre y él lo ignoró.
—Tu coche, ¿cuál es tu coche?
—Romeo, ¿qué haces?
—Lo siento, papá —le contestó y luego me miró a mí—. ¡Julieta! —me gritó para que reaccionara.
—Allí —apunté con la cabeza hacia la calle. Tiró de mí para alejarme de su padre y los primeros pasos que dio tras los míos, los hizo apuntando a su padre, sin perderlo de vista.
—¡Corre! —me ordenó y no necesité que me lo pidiera dos veces porque la alama ya estaba en la gente que ocupaba y atendía el parador.
Con mi arma empuñada, recogí mis zapatos y continué corriendo.
—¿Cuál es tu coche?
—La camioneta negra de los vidrios tintados, la llave está puesta.
—Yo conduzco.
—Romeo.
—Corre, no tardarán nada en llegar.
—Romeo.
—Lo discutimos luego, ¿sí?
Lo miré y él lo entendió.
—Te amo, en serio te amo. Solamente corre, salgamos de aquí y luego si quieres seguir discutiendo…
Se me escapó una media sonrisa triste.
Los dos llegamos al camino de madera al mismo tiempo y nuestros pies aporrearon la superficie con furia.
Romeo se lanzó hacia la puerta del conductor. Logró entrar primero en el vehículo y desde dentro abrió la puerta para mí para poner la camioneta en marcha.
Puso la marcha atrás antes de que tuviera tiempo de terminar de cerrar la puerta.
El primer disparo cayó sobre nosotros.
—Joder —soltó Romeo.
Por el espejo retrovisor vi a los hombres que cruzaban la calle disparando y apuntando.
Un disparo impactó sobre la luneta trasera que logró contenerlo.
Romeo pisó al acelerador y para salir del estacionamiento y por poco y choca con un coche que venía por la avenida. Hubo bocinazos y frenadas. Más disparos cayeron sobre nosotros.
Ignorando el semáforo en rojo, Romeo volanteó y se lanzó a la avenida tirándose encima de los hombres de su padre que continuaban disparándonos.
Los sujetos lograron apartare del camino justo a tiempo para que nos los atropellara.
Aceleró todavía más y aún así, los balazos nos llovieron por detrás.
—Joder.
—¿Qué haremos ahora?
—Lorenzo —comenzó y se interrumpió—. Lorenzo tiene un plan—. Espió en mi dirección—. Lo siento, amor, debí contarte sobre Rosalina. Te juro que digo la verdad, te amo, no iba a irme con ella a ninguna parte. Estamos juntos en esto. No pretendo abandonarte, no tenía intención de

engañarte. Por favor, perdóname. No iré a ninguna parte sin ti. Si no quieres venir conmigo… Julieta lo juro, estamos juntos en esto. Lo mío con Rosalina fue una estupidez —añadió viéndome directo a los ojos—. Eres tú y nadie más que tú. Si no quieres irte, no me iré, enfrentaremos juntos, lo que debamos enfrentar—. Espió hacia la avenida y volvió a mirarme—. ¿Julieta?
—Le disparaste a tu padre.
—No iba a permitirle que te hiciera daño.
—De esto no hay vuelta atrás.
—Sí, lo tengo clarísimo. No necesito que haya vuelta atrás. Mi lugar es contigo, donde sea pero contigo, no con él. Se terminó. Esta ciudad se terminó. Dime… dime qué hacer, dime si estás conmigo, si seguimos juntos, si seguimos con el plan de Lorenzo y nos largamos de aquí.
Romeo, ignorando el hecho de que conducía a toda velocidad, se quedó con su mirada sobre la mía.
—Te amo —me dijo una vez más, mirándome a los ojos—. Siempre te he amado.
Aquella mirada, la misma que siempre estuviera en sus ojos para mí, desde que tenía uso de razón, la del mismo Romeo que fuera mi cómplice desde que éramos niños. El mismo Romeo que me hacía el amor, el mismo Romeo que disparara a su padre por mí, para defenderme—. Julieta.
Ante el tono de suplica de su voz, se me puso la piel de gallina.
—También te amo.
Su sonrisa fue una de alivio absoluto.
—Bien —su sonrisa se ensanchó—. Bien —repitió viendo hacia el frente—. Te amo —espió en mi dirección otra vez.
—Y yo a ti.
—Joder, creí que te perdería.
Negué con la cabeza.
Sin soltar el volante se inclinó en mi dirección, buscando mis labios así como los míos buscaron su boca.
—Te amo, eres el amor de mi vida, eres mi pasado, mi presente y mi futuro.
Besé sus labios una vez más y él volvió a prestar atención al tránsito.
—Buscaremos a Yago y nos largaremos de aquí.
Asentí con la cabeza.
Romeo condujo como si nos persiguiese el mismísimo Diablo y así, como si no hubiese un mañana, entró la camioneta por el portón frenando de modo salvaje, frente al jardín en el cual al instante, apareció Lorenzo corriendo. Vi su duda y su miedo; él no reconocía el vehículo y el modo salvaje en que frenamos ante él, no debía augurarle nada bueno.
Abrimos los dos, las puertas al mismo tiempo.
—¡Romeo! ¡Julieta! Mis niños, ¿qué sucede?
—Es hora —le contestó Romeo.
—Su padre —comencé y no pude seguir.
—Sabe que estamos juntos. Julieta… Rosalina le contó.
Lorenzo lo miró y luego a mí.
—Es un estúpido, una infinidad de veces le recomendé que te contara la verdad. Julieta, entre Rosalina y Romeo no fue nada serio. No más serio que la bobera que le afectaba hasta antes de conocerte. Doy fe que te ama, que cuando se lo propone se comporta como un idiota pero eres su vida, eres su futuro.

—No tendremos futuro si no nos damos prisa —con la cabeza apuntó en dirección a la camioneta que enseñaba las pruebas de la balacera que nos cayera encima—. Los hombres de mi padre —articuló por toda explicaciones.
—Bien —musitó Lorenzo y se detuvo un momento, con la mirada fija en la camioneta —bien —repitió y su mirada encontró la mía—. Supongo que sí llegó el momento—. Su rostro se descompuso de tristeza—. Mis niños —susurró—, es hora de decirles adiós.
Romeo se abalanzó sobre Lorenzo en un abrazo que sacudió mi mundo. Lorenzo lo tomó en sus brazos para prenderse de su chaqueta y luego de su cabeza, la cual apartó de él para enfrentar a Romeo y verlo a los ojos.
—Confío en que la vida nos unirá otra vez, en que esta no es una despedida definitiva, mi niño. Sabes que eres un hijo para mí, que te deseo toda la felicidad del mundo.
—Lorenzo —la voz de Romeo emergió por entre sus labios, hecha trizas.
—Es hora, mi niño, es hora. Al fin serás libre—. Lorenzo soltó la mirada de Romeo para buscar mis ojos—. Es hora de que ambos sean libres. Julieta, necesitamos de tu conocimiento.
Parpadeé.
Lorenzo procedió a soltar sobre mí su plan el cual él repitió sobre nosotros mientras iba en procura de todo lo necesario.
Menos de diez minutos más tarde, íbamos de salida montados en la camioneta otra vez, con Lorenzo siguiéndonos en una lujosa camioneta plateada que también tenía los vidrios tintados.
Llamé a Horacio y él contestó siendo pura histeria porque estaba al tanto de lo sucedido. En pocas palabras le expliqué que había llegado el momento y que era la hora de despedirnos.
Horacio me pasó con Yago.
—Es hora —le dije y mi hermano me contestó que estaba listo para largarse de la ciudad.
Nos separamos de Lorenzo para que él fuese a ocuparse de su parte del plan, con Romeo, nos dedicamos a la labor que nos tocaba.
Con la noche ya instalada sobre la ciudad, recogimos a mi hermano y salimos de la ciudad en la camioneta negra, Lorenzo, nos seguía en la suya.
Pasamos por debajo del cartel que indicaba que Mantua se encontraba a ciento veinte kilómetros.

XVI
Perdón y castigo.

Desde la distancia, por el espejo retrovisor, vi la camioneta ser engullida por las llamas. El vehículo volvió a estallar otra vez iluminando la noche de un dorado ominoso.
Las llamas que purifican y limpian no tenían piedad en este instante, producían el efecto deseado, borrar, consumir; llamas que eran perdón y castigo.

Otra explosión, esta vez, una todavía más poderosa, que empujó hacia fuera las puertas de la camioneta e hizo saltar el vehículo sobre el asfalto tal si no pesara nada.
Un coche que venía a lo lejos, frenó.
Vi que otro más aparecía en el horizonte por detrás desde la ciudad, este también se detuvo.
La camioneta ardía en mitad de la ruta consumiendo el pasado.
—Dios bendito —gemí sin parar de conducir.
Aceleré dejando atrás la camioneta que venía desde Mantua y que se detuviera al ver la explosión.
Mis niños —pensé.
Mis niños que hoy no eran tal, mis niños que ahora eran algo distinto. Mis niños ahora eran fuego, cenizas, humo… de este momento en adelante, mis niños serían humo imposible de atrapar.
Espié hacia atrás por el espejo retrovisor y sonreí.
Humo.
Eternidad.
Mis niños por siempre serían leyenda.
Conduje hasta Mantua sin detenerme, sin decir nada.
—Hubiese deseado tener más tiempo para despedirme pero debía regresar a la ciudad a terminar de asegurarme que los cuerpos fuesen identificados como Romeo y Julieta.
Al pasar por el lugar del siniestro, me topé con lo esperado, un camión de bomberos que llegara muy tarde, al igual que las dos ambulancias. Tres coches patrulla, muchos curiosos y nada que hacer.
El tránsito avanzaba lento frente a la camioneta y yo me obligué a dejar de mirar.
Llegué casa justo a tiempo para esconder la camioneta en el garaje y partir a recibir al oficial que vino a interrogarme porque más de un testigo había asegurado ver entrar la camioneta negra con severos daño de disparos, por el portón.
Acepté de buen grado ir a la estación a explicar qué sí, que Romeo y Julieta habían llegado a mí, pidiéndome ayuda para huir de la ciudad.
La angustia que era real porque habían sido años de ver a Romeo sufrir, de ver a mis dos niños padecer a sus familias, afloró en un llanto feroz que tomó cuenta de mí, cuando me avisaron que la camioneta había estallado en la ruta de camino a Mantua y que dentro, se hallaron tres cuerpos. El dinero había pasado de manos y pronto llegaría la confirmación en la identificación de los cuerpos.
Lloré un eternidad, sin parar.
La ciudad a mi alrededor fue pura convulsión; nadie en la estación de policía daba crédito de lo sucedido, el padre de Julieta continuaba en la cárcel y el de Romeo, había ido a parar al hospital, por lo que los medios no lograron obtener entrevistas de ninguno de los dos.
Las siguientes cuarenta y ocho horas fueron una sucesión de desgracias que acabaron con dos grandes imperios. Ni Cristo sacaría a Héctor Capuleto de la cárcel y al padre de Romeo del coma en el que entrara luego de intentar suicidarse en el hospital al saber de la muerte de su hijo.
Los ladrillos cayeron uno a uno hasta sepultarlo todo.
Por mi parte hice el anuncio, no solamente dejaría la ciudad, sino que también me alejaría de la iglesia aduciendo que lo sucedido, era demasiado para mí.
En menos de veinte días, me montaba otra vez en mi camioneta, para dejar atrás la ciudad con unas pocas posesiones encima, y mucho, muchísimo dinero en el banco después de vender el proyecto del hotel, a una compañía que llegara a la ciudad para tomar cuenta tanto de los hoteles

y casinos de los Capuleto, cuanto los de los Montesco.
Me obligué a no mirar atrás.
Entré y salí de Mantua, soltándolo todo, viendo únicamente hacia mi futuro.
—Es un nuevo día, Lorenzo —me recodé—. Una nueva vida.

Epílogo.

La puerta de nuestro cuarto estaba abierta y desde el corredor vi que las vaporosas cortinas blancas que parecían bruma de marina, flotaban hacia el interior del espacio, ondulando sinuosamente, sin prisa llenando el espacio de sol y olor a mar.
Aquel espacio era un idilio de perfección, un paraíso que estaba cada día al alcance de nuestra mano. Tenía diez meses siendo testigo de este lugar, viviendo aquí, compartiendo cada rincón de este espacio con él y aún no podía creer que fuese nuestro, que esta casa fuese nuestra, la casa en la que colgaban sus maravillosos cuadros; para nosotros un hogar, un refugio, el presente y el futuro, una hoja en blanco a la que aún nos faltaba terminar de contagiarle nuestra impronta. De

cualquier modo, no teníamos prisa, nadie nos perseguía, no debíamos explicaciones y aquí en este pequeña ciudad gente al mar, la gente no corría más que para ejercitarse, este lugar era veraneo los trescientos sesenta y cinco días del año y si bien los dos trabajamos, nuestras horas ocupadas no eran más que un puñado salpicado durante la semana que solían pasarse rápido porque ambos las disfrutábamos así como disfrutaban de nuestro trabajo, los turistas que visitaban la isla.
Terminando de desabotonar mi camisa lo llamé.
Romeo no contestó porque no estaba en el cuarto.
Me detuve a un paso de entrar en la habitación para ver la cama tendida con el millar de almohadones blancos prolijamente acomodados sobre el cubrecamas que era apenas un tono más oscuro, uno de sus cuadros colgando sobre la cabecera de nuestra cama, el que fuera un regalo de su parte por mi último cumpleaños.
Retomé mi andar permitiendo que la camisa se deslizara por mis hombros.
Desde mi posición, podía ver la amplia entrada al enorme baño. Él tampoco estaba allí, lo cual lamenté, me hubiese gustado poder darme un largo baño con él.
Arrojé la camisa sobre la cama y desabroché el botón de mis shorts de lino. Bajé el cierre y los dejé caer por mis caderas, la prenda se deslizó por mis muslos y cayó al suelo, alrededor de mis pies descalzos sobre la madera clara del piso.
Como yo no era ni tan remotamente tan ordenada como él, di un paso al costado para abandonar la prenda allí.
Giré sobre mis pies para enfrentar los amplios ventanales que daban a nuestra piscina privada, una de las dos de la casa, y a nuestra porción de playa y mar turquesa de fondo.
Allí, en la terraza clara, enseñándome su bronceada y ancha espalda tatuada, se encontraba Romeo, de cara al mar, con gotas de agua rodando por su piel, pegando su pequeño traje de baño blanco a su perfecto trasero.
Romeo soltó sus caderas y alzó sus manos para pasar sus dedos por su cabello, el cual mantenía del largo que a mí me gustaba, el suficiente para poder recogerlo en una media coleta y para contener dentro de su cortina negra de seda el delicioso y masculino aroma de su cuello.
Sus manos bajaron por su cuello que era mío, al igual que el resto de su cuerpo, el cual deseaba con locura en este instante.
Llevé mis manos hacia atrás y desabroché mi sostén para dejarlo caer al suelo.
Me quité las bragas y solté la goma que sujetaba el extremo de mi trenza en la cual metí mis dedos para aflojar y soltar las lazadas.
Así, vistiendo solamente mis tatuajes y mi largo cabello cayendo por detrás de mi espalda, comencé a alejarme de la cama de camino a los ventanales que conectaban con la terraza, para llegar a él.
Tomé la cortina y la hice a un lado para poder pasar.
Pasé por encima del riel de la ventana y mi pie aterrizó sobre la piedra caliente color arena.
Romeo que estaba otra vez con las manos en la cintura, no se percató de mi llegada.
Sobre nosotros pasaron sobrevolando dos gaviotas para perderse más allá de puñado de palmeras cuyas hojas flotaban en la brisa caliente.
El sonido de las olas lamiendo la playa, la rompiente lejana y risas de niños, probablemente los niños de nuestros vecinos más próximos cuya casa si bien estaba lejos, podían escucharse ya que el viento venía de esa dirección. Eran dos niños adorables, mellizos, dos criaturas de dos años, rubias de ojos dorados que eran la perdición de Romeo cada vez que los veía, y cuando no, también, si hasta cuando estábamos de paseo en el centro comercial, pensaba en ellos y siempre

acababa comprándoles algún presente que luego feliz de la vida, quizá más feliz que los niños, les entregaba para disfrutar viéndolos jugar con aquello que les comprara.
Sin duda, y pese a todo, Romeo no había perdido su esencia, todo lo contrario, al saber de lo sucedido con su padre, luego de que este se enterara de nuestro fallecimiento, había hecho las paces con él, en cuerpo y alma. Romeo no conservaba rencores ni dolores, había comenzado esta vida sin ningún peso arrastrando por detrás de sus pisadas dándole rienda suelta a su arte. A mí me había costado tanto más poder seguir adelante pese a que sabía que se hiciera justicia. Un par de días atrás, el juicio contra mi padre llegó a una resolución, el veredicto era culpable, culpable de docenas de estafas, fraudes fiscales, negocios fraudulentos. Lo habían culpado por su dinero pero no por todo el dolor y las muertes de las que era responsable, aún así, estaría tiempo de sobra en la cárcel. De su imperio no quedaba nada, solo la esperanza de libertad que ahora también era de mi mamá, quien así como yo, se largara de la ciudad acompañada de mi nana. Ella pasó tres meses en una clínica de rehabilitación y ahora vivía en una pequeña casa en el campo que perteneciera a sus padres cuando ella todavía no conocía a mi papá. Nana y ella vivían entre un montón de perros rescatados que mamá ayudaba a rehabilitar para encontrarles hogar.
Así como el imperio de mi familia, también se derrumbó el de la de Romeo. Los hoteles casino cambiaran de mano, la ciudad ya no estaba a merced de nadie, no había más tiroteos ni riñas en las calles, tampoco líneas divisorias y otra vez, las playas eran de todos, sin apellido.
Así como nosotros, quien también tenía un nuevo apellido y una novia con dos hijos adolescentes que por lo que él me contaba, eran adorables y lo aceptaron en su familia, era Lorenzo.
El reencuentro entre nosotros y él no fue sencillo pero desde hacía dos meses atrás, estábamos en contacto con él otra vez, la primera vez que hablamos con él por video llamada, los tres lloramos a la par, la segunda, cuando Lorenzo nos presentó a su novia y llamó a Romeo mi hijo, fue otro momento emocionante. A mí me constaba que para Romeo, Lorenzo era un punto de anclaje, un ejemplo y un enorme sentimiento que era parte importante de su persona así como también lo era mi hermano, a quien tratara como suyo; ver a Romeo y a Yago juntos, riendo, ejercitando, jugando a la PlayStation o simplemente preparando la cena sin ser conscientes de que yo los veía era para mí, un generador de energía y esperanza tan poderoso como un millón de bombas atómicas.
Mi hermano…
Mi hermano quien hoy por hoy vivía una vida completamente normal luego de tanto padecer de manos de nuestro papá; mi hermano que hoy por hoy cursaba la universidad a distancia, que tenía una novia y se había hecho aficionado del surf.
Aún me costaba creer que esta fuese nuestra vida luego de tanto.
Nuestra vida.
Todo un futuro por delante.
Y lo mejor de todo, este presente que era absolutamente perfecto, que bien podía ser el final de todo porque yo ya no necesitaba nada más, era feliz como nunca antes en mi vida y tenía la impresión de que no podía pedir más de la vida porque ya me lo había dado todo. Bien, cierto que había planes porque Romeo y yo queríamos niños, porque nuestro pequeño hotel boutique podía expandirse, porque él quería ir a por su segunda exposición de su arte aquí, porque cada día en esta isla era un regalo por desenvolver…
Romeo escuchó mis pisadas y giró apenas un poco para espiar hacia atrás por encima de su hombro derecho.

Alzó las cenas al ver mi desnudez y sonrió tan pornográficamente como solamente él, podía sonreír.
Le devolví la sonrisa y fui a atraparlo por su espalda para pegar mi pecho a su piel húmeda y caliente que olía a sol, a sudor, a su perfume y al cloro de la piscina. Me apreté contra él, para morder su hombro, para buscar con mi mano izquierda su pectoral derecho y con mi mano derecha… la lycra de su traje de baño estaba frío, no así su cuerpo, el cual busqué.
—Julieta —mi nombre en sus labios fue el comienzo de hacer el amor, mi nombre en sus labios sonó a placer y placer sentí yo al buscar el largo y viril peso de su cuerpo—. Joder, amor —jadeó y su pecho se deprimió porque se le escapó el aire de los pulmones.
Comencé a acariciarlo.
—¿Me extrañaste? —le pregunté después de besar su hombro allí donde lo mordiera.
—Cada segundo, horrores. Este lugar no es ni la mitad de bello cuando tú no estás aquí.
—Adulador —le dije bajando mi mano un poco más para alcanzar sus testículos.
Romeo gruñó de gusto. Se movió sobre mi mano.
—Tu hermano salió con su novia.
—Sí, lo sé, tenemos toda la casa para nosotros.
—Sí —murmuró moviendo sus caderas para buscar mi mano.
Mis dientes buscaron su cuello por debajo de su cabello.
—Me encanta tu trasero en este traje de baño, es impúdico. ¿Sabías que se transparenta todo?
—¿Tu taje de baño también es transparente o no llevas ninguno?
—No llevo ninguno porque no lo necesito. Lo que vamos a hacer ahora no requiere de prenda de vestir alguna.
Mi mano izquierda se deslizó desde su pezón, el cual tuviera entre las yemas de mis dedos, hacia sus marcados y fibrosos abdominales.
Su cuerpo comenzó a enseñar señales de excitación.
Atrapé el elástico de su escaso traje de baño y lo empujé hacia abajo para descubrirlo.
Pegué mi pelvis a su firme trasero desnudo y así, sin un milímetro que nos separara, llevé mis dos manos a su insipiente erección la cual se ponía cada vez más pesada y dura de deseo, en mis manos.
—¿Entras al agua conmigo?
—Sabes que voy contigo a donde sea, siquiera necesitas preguntarlo, amor. Es para siempre, donde sea, sin importar qué. Bueno, en realidad hay un qué que importa. Hace un rato hablé con Lorenzo, estará aquí en una semana, me ha reclamado otra vez, que aún no te hago mi esposa. Ya no me cree cuando le digo que te lo he pedido un millón de veces y que tú aún no me contestas, cree que soy un libertino que no quiere dejar ir su soltería.
Mi mano rodeó lo más alto de su erección y él se interrumpió.
—Joder, Julieta —gimió—. Dime que sí, dime que me aceptas como tu esposo. Le he prometido a Lorenzo que sería nuestro padrino.
—¿Qué? —mis dos manos se detuvieron sobre él, rodeándolo.
Romeo espió hacia atrás para encontrar mi mirada.
—Siempre dices que no quieres una gran boda, que no te interesa eso. Podríamos ser nosotros, tu hermano, su novia, Lorenzo con Anabela y los niños. En la playa —añadió susurrando sobre mis labios—. Yo soy tuyo para toda la vida y más allá pero sería… Bueno, sería agradable poder hacerlo oficial, no quiero que mis hijos sean… es decir, en el fondo da igual, solamente quiero jurar ante todo el mundo que es para siempre, que te amo y te amaré por toda la eternidad.
Sonreí.

—Vamos, di que sí. Podríamos hacerlo aquí mismo, en la playa. No necesitamos organizar nada más porque este lugar que es nuestro hogar, es perfecto para nuestra luna de miel. Lo celebraríamos con nuestra familia.
—Nuestra familia —fue mi turno de susurrar, con mi mirada empañándose de emoción.
—Sí, nuestra familia, princesa. Es solo que sería agradable llevar una alianza en mi dedo para que así todo el mundo sepa que soy tuyo, que mi dueña es la mujer más increíble del mundo.
—Eres terriblemente zalamero —canturreé y lo besé.
—Y tú la más valiente.
Le di otro beso.
—La más inteligente.
Puse los ojos en blanco.
—La más sexy.
—Si soy la más sexy, ¿por qué es que todavía no estamos en el agua, contigo moviéndote dentro de mí?
—Porque todavía no me dices que sí.
—¿Si no te digo que sí, no haremos el amor? ¿Esa es tu forma de coaccionar sobre mí? ¿Lorenzo te apura para que nos casemos y tú me apuras a mí utilizando el sexo?
—Bueno, es un modo de verlo.
Reí con ganas.
—No estoy apurándote, estamos negociando —añadió—. Y nos consta a ambos que eres mucho mejor que yo negociando pero… —Romeo se detuvo porque mis manos volvieron a moverse sobre él.
—Joder, Julieta, eso no es justo.
—¿Qué es lo que no es justo? —susurré por detrás de su oreja derecha, pasando mis dedos por el extremo de su hinchada y rosa erección.
—Eso —gruñó de placer—, eso que haces. No puedo pensar si me estas follando con tus manos así.
Tomé el lóbulo de su oreja entre mis dientes y él se estremeció de gusto.
—Bueno, ese no es mi problema —contesté sin parar de deslizar mis manos por todo su largo.
—Julieta te lo ruego, por favor, di que sí.
Detuve mis manos sobre él.
—Te compraré el anillo más bonito.
Ni le contesté, ni me moví.
—¿Julieta?
Romeo buscó mi mirada otra vez.
Sonreí.
—¿Es eso un sí? Preferiría una confirmación verbal. La necesito para creer porque este corazón que en este momento late desbocado, está demasiado acostumbrado a hacerse ilusiones sin fundamentos y no quiero… no quiero que se quiebre de desilusión. Alzar lo que se vendría abajo —no le permití seguir.
—¿Sin fundamentos? ¿En serio? —le espeté con una ceja en alto, procurando contener la risa.
—Bueno, sé que me amas y yo te amo más que a nada en este mundo pero… bueno, tienes meses no queriendo responder. Tenerme de novio es una cosa, casarte conmigo… —su voz se consumió frente a mi sonrisa—. Podría entender que no me quisieras de esposo.
—¿En serio podrías entenderlo? Yo no.
—Julieta…

—El sí lo tienes desde el primer día. Supongo que solamente necesitaba tiempo para… Tenía miedo, no de ti, no de este amor, no de nosotros, solamente de que el pasado nos encontrara, es todo. Temía dejarte viudo —admití forzándome a sonreír.
—No me dejarías viudo. Yo moriría contigo, ya morí una vez contigo, lo volvería hacer. Romeo Montesco murió contigo. Romeo Marques también moriría por ti.
Negué con la cabeza.
—No, no necesito eso, no necesito muertes, basta de muertes, hicimos suficiente para ganarnos la eternidad.
—La eternidad es nuestra amor, en mil versos, en todos los idiomas. Tú y yo, Romeo y Julieta por siempre.
—Sí —respondí a su pregunta—. Sí a tú y yo por siempre.
Lo solté y Romeo giró en mis brazos para enfrentarme con su boca iluminada en una enorme sonrisa, su boca que me besó como si fuese la primera y la última vez, tal si no hubiese un mañana.
Con sus manos en mi cintura y mis brazos alrededor de su cuello, me guió hacia las escaleras que descendían por la piscina.
El agua trepó por nuestros muslos y se detuvo a mitad de mi pecho, con Romeo apretándome contra la pared de la piscina. Sus manos encontraron mi trasero. Me alzó y mis piernas se prendieron de su cintura. Con mis brazos rodeando su cuello, mis manos en su cabello, apreté mi pelvis contra su erección.
—Por siempre —susurró dentro de mi boca, metiendo una mano entre nosotros para buscar su erección, la cual guió hasta mi entrada.
Mi cuerpo se estremeció de gusto con aquellos pocos centímetros que él me penetró.
—Por siempre —convine y él me colmó de una sola estocada. Como cientos de veces antes, como miles serían en un futuro, los dos los perdimos en el fuego infinitos de nuestro amor, en el placer violentamente real y descarnado de esta unión entre nosotros, la cual sería recordada por siempre. Romeo y Julieta, un amor infinito.
Por siempre, Romeo y Julieta.

Fin